ADVERTENCIA

Ofrecemos la que en rigor debe considerarse como tercera edición de la Monarquía indiana *de fray Juan de Torquemada. Por primera vez se publicó esta obra en Sevilla, en 1615 y, en segunda edición, apareció en Madrid, en 1723. De esta última hay dos reproducciones, hechas en la ciudad de México por el procedimiento de* offset: *en 1943 por don Salvador Chávez Hayhoe y en 1969 por la Editorial Porrúa.*

No obstante las mencionadas reproducciones, era patente de tiempo atrás la necesidad de preparar, con adecuada metodología y sentido crítico, una nueva edición de esta importante obra histórica, descrita a veces como copiosa crónica de crónicas. Así, durante los años de 1969 a 1971, hemos trabajado en forma de seminario, en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional, con el propósito de sacar a luz esta que, como ya se dijo, en rigor técnico habrá de tenerse como tercera edición del complejo y rico trabajo de Torquemada.

No es la intención pormenorizar en esta Advertencia *cuál es la serie de estudios que adicionan la presente publicación, referentes al autor, sus fuentes y su obra en general, ya que a todo esto se dedica un volumen que, a modo de complemento, y con los índices de la obra, forma parte de esta edición. Nos limitamos aquí, por tanto, a señalar brevemente las características principales de la tarea que hemos realizado.*

Ante todo importa destacar que en ella se ha establecido el texto de la Monarquía india, *modernizada la ortografía, siempre que pareció necesario hacerlo, como, por ejemplo, en los casos del empleo de la* c *con cedilla o de la* s *alta y asimismo en relación con numerosos problemas que presentaba la puntuación. Obviamente la finalidad buscada con esta nueva transcripción del texto fue facilitar la lectura del mismo. Respecto de los arcaísmos no se introdujo alteración alguna y, para su mejor comprensión, se ofrece un elenco y una elucidación de ellos en el ya mencionado volumen que incluye los índices y los distintos estudios en relación con el autor y su obra.*

Para establecer el texto de la Monarquía indiana *—dado que resultaron infructuosas nuestras pesquisas por encontrar el manuscrito original o alguna copia temprana del mismo— se realizó al menos la confrontación entre los de la primera y la segunda ediciones. Ello permitió percibir algunas diferencias que, en cada caso, se señalan debidamente. Añadiremos tan sólo, por otra parte, que nos hemos limitado a consignar por medio de notas al pie de página las referencias que, a modo de apostillas, aparecían en las ediciones anteriores. Todas las otras formas de esclarecimiento o precisiones, quedan reunidas en el volumen que complementa esta publicación.*

Tomando en cuenta la amplia extensión de la obra de Torquemada, y con

el propósito de facilitar su lectura y consulta, pareció conveniente —conservando el formato de la serie de publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas— distribuir su texto en seis volúmenes, a los que se añade, como séptimo, el de los índices y estudios complementarios. A continuación se da una tabla de correspondencias acerca de la forma en que aparecen distribuidos en cada volumen los distintos libros de la Monarquía indiana *en esta tercera edición:*

Volumen	I	*libros*	I	—	III
Volumen	II	*libros*	IV	—	V
Volumen	III	*libros*	VI	—	X
Volumen	IV	*libros*	XI	—	XIV
Volumen	V	*libros*	XV	—	XVIII
Volumen	VI	*libros*	XIX	—	XXI

De este modo, los volúmenes I y II de la presente edición corresponden al tomo I de las ediciones anteriores, los volúmenes III y IV al II y los V y VI al III.

Dado que en el volumen VII de nuestra edición —o sea en el que se ofrecen los distintos estudios sobre el autor, sus fuentes y su obra, así como los índices de ésta— se indican expresamente los nombres de quienes han participado en las distintas tareas realizadas, no creemos pertinente reiterar en esta Advertencia *tal tipo de información. Dejamos tan sólo constancia de que, para hacer posible esta tercera edición de la* Monarquía indiana, *han colaborado con grande interés varios investigadores y miembros del personal técnico de este Instituto, al igual que otras personas de la misma Universidad Nacional. El resultado de nuestro trabajo en equipo queda ahora en manos de los estudiosos del pasado prehispánico de México y del primer siglo de vida novohispana, con el deseo de facilitar su aprovechamiento del caudal de noticias que fray Juan de Torquemada reunió y estructuró en esta obra.*

Miguel León-Portilla

Director del Instituto
de Investigaciones Históricas

PROEMIO

A ESTA SEGUNDA IMPRESIÓN DE LA *MONARQUÍA INDIANA* *

* Se reproduce aquí, por considerarlo de grande interés, este *Proemio* de don Nicolás Rodríguez Franco, el impresor de la segunda edición de la *Monarquía indiana*, publicada en Madrid en 1723.

EL IMPRESOR AL LECTOR



A SATISFAGO, LECTOR PRUDENTE, al anhelo común, ofreciéndole *la Monarquía indiana* del insigne varón *fray Juan de Torquemada, provincial del Santo Evangelio en la Nueva España,* para que registre en ella el origen de las *gentes* e *imperios* de aquellas regiones (pobladas sin duda en tiempos muy antiguos) mirándole en los más puros manantiales que descubrió el continuo afán del *autor*, en las *pinturas* de que formaban libros los *mexicanos, tetzcucanos* y otras *naciones*, en las *tradiciones* que halló conservadas en *indios antiguos* y en los libros, relaciones y papeles manuscritos e impresos de la *conquista* y sucesos de aquellos tiempos, desterrando tantas fábulas nuevas, tantas equivocaciones y aun delirios que esparcidos corrieron hasta su edad,[1] en historias tan apetecidas de los extraños, como ignoradas de los proprios, averiguando la verdad de lo que escribe con la verosimilitud[2] o evidencia de lo que escoge en tantas confusiones, como causan los *caracteres* de los que deponiendo la barbaridad común de los *indios* merecieron, entre todas las *naciones* del Nuevo Mundo, el nombre de políticos.

El beneficio general de todos me obligó a entrar en el empeño de volverla a imprimir, habiendo hallado casualmente el original que sirvió a la edición primera, en la librería del *señor don Andrés González de Barcia, de los Consejos Supremos de Castilla y Guerra,* que me le fió para este efecto.

Antes hubiera logrado el público, el recreo, enseñanza y noticia que incluye esta *grande obra*, si hubiese podido adquirir promptamente la impresión primera; pero la dilación en encontrarla frustró algún tiempo mi solicitud: parecía que en el naufragio en que pereció la mayor parte de sus ejemplares no se había salvado alguno para mí. Desengañóme presto uno en la *Librería Real*, otro en el *Colegio Imperial de la Compañía de Jesús*, y otro que fue inútil, pues aun estando impreso cayó en su dueño la nota, que contra los de los manuscriptos españoles dejó estampada *Daniel Jorge Morhofio* en su *Polyhistor*[3] y que generalmente es incierta en los doctos

[1] Rodríguez de León, in Apologia quae praecedit Bibliothecae Indicae, Antonii de Leon Pinelo.

[2] Quae proxima est veritati; Baldus de Ubald. cons. 61 lib. 3. Et eius locum occupare solet, Tiraquell. in Praefatione, leg. Si unquam, Cod. de rev. donat. D. Ioan. a Castillo, Soto-Mayor, 5. controv, cap. 63, p. 2. Ob id cognata dicitur naturae, Baldus, dict. lib. 3, Con. 180; Oldrado, cons. 13. Et qui in ea nititur, ratione naturali niti videtur: ut plene docet Ot. Philip. Ceperus, in Cynosura legali, cap. 3-4, num. 45.

[3] Morhosius, Polyhistor, sive de Noticia Auct. vel rerum, lib. 1. cap. 7. fol. 66. in Hispanis Bibliothecis, multa supersunt M. S. sed ut Dracones opibus suis incubant, neque tamen iis vti, vel possunt, vel volunt. Petrarch. Dialogo 43. Nunc flent taciti, multa quidem nominatim illud, quod persaepe unus iners affluit avarus, quibus multi egeant studiosi. Consonat Div. Isidor. Pelusiota, epist. 127. lib 1.

que saben ser acción propria de la sabiduría,[4] comunicarla, extenderla y ampararla; y sé por experiencia que los que me favorecen festejan las ocasiones de manifestar los monumentos que conservan, aun convidando con ellos, cuando reconocen el bien público; y muchas veces sin la cautela de que usa en los de su librería el Consejo de *Augusta*, que advierte en la frente de su *catálogo* (escrito de orden de *Marcos Velsero,*[5] *por Daniel Hoesehelio)* arriesgándolos en manos de ignorantes o descuidados; que como en su doctrina tienen fundada su gloria no esperan la ocasión del plagio para lograr con su nombre[6] el premio de las fatigas ajenas, sino disfrutarlos con las proprias según la regla de la ingenuidad, con que deben proceder los racionales, que dejó establecida Plinio[7] para manifestar los medios que fecundan el desvelo de los sabios.

Negado, aunque ofrecido este ejemplar, pedí al *reverendísimo padre Martín de Raxas, rector del Colegio Imperial de Madrid,* varón venerable por su verdadera piedad, por su pura religión y sólida doctrina, el de la librería de su *colegio;* y sabiendo el fin y la común conveniencia que resultaba, de que se lograse mi deseo, me entregó sin dilación los volúmenes que cotejados con los de la *Librería Real* y ambos con el original pude conseguir mi deseo y tu obsequio.

Luego que empecé la impresión por el original hallé que en la primera impresión hubo más omisiones y errores que los que son regulares en todas;[8] faltaban en ella algunos párrafos, estaban equivocados y desmentidos muchos nombres; en el *cuerpo* de la *historia* y en las *márgenes,* eran innumerables las faltas; procuré suplir unas y añadir otras, como fácilmente se reconocerá, comparando esta edición con aquélla.

No tuve por conveniente pedir licencia para estampar lo que se hallaba borrado en el original, aunque ya parecía cesaban las causas del recato, imaginando no ser de importancia a la *historia;* pero con gran desplacer dejé el *capítulo* I *del libro* 2, en que se contenía[9] el fundamento o *clave de la idea de esta obra.* Cuyo epígrafe decía: *De cómo el demonio quiso remedar a Dios escogiendo pueblo, el cual fundó en los mexicanos;* brevemente cesó el disgusto habiendo encontrado el mesmo concepto delineado con mayor

[4] Sapientia 7. Sine invidia communico: ob id Eccl. 21. dicitur scientia sapientis, tamquam inundatio abundavit, et consilium illius sicut fons vitae permanet, et cap. 20. Sapientia abscondita est Thesaurus invisus, quae utilitas in utrique? Clem. Alex. lib. I. Strom. Philosophia autem humana est, et se lubenter communicat.

[5] Quisquis Reipublicae Literariae faves, sive Lector, sive Typographe: horum omnium Codicum, sive interpretandi, sive conferendi, sive edendi; ita tibi futura est copia: si de iis incolumibus restituendis, caveris. Morhof, dict. cap. 7.

[6] Sicuti faciunt plures, nomina tamquam rerum Notas dumtaxat mutantes. Cicer. lib. 5. de Offic. Conr. Ritherhus. L. 12. Tabul. in Proleg. cap. 6. num. 4. Valentinum Forsterum obisurgat in Historia Iuris Civilis, eo quod plura arripientem ab Oldendorpio, nihil de eius memoria curat: Ventura, Valentin. Parth. Litig. lib. I, cap. 14. num. 11.

[7] Benignum, et plenum ingenui pudoris est palam fateri per quos profeceris, ex Plinio adnotatum reliquit Guill. Anton. Freumd. de Rescript. Morator. in Epilogo, fol. 532. Adducens Fulvium Pacianum de Probat. lib. I. cap. 1. num. 2. et seqq. Nevizanus in Silv. nuptial. lib. 6. de Comm. Opp. num. 58. alioqui facientes (aiunt) alienae Gloriae, et Laudis fures dicuntur.

[8] Cornelius Kilianus apud Laurent. Beyerlinch, verbo Typographia, tom. 7. fol. 237.

[9] Loco cap. I. deleti subrogatum fuit 2. et sic deinceps.

brevedad y claridad, en el erudito *fray Gregorio García, de la Orden de Predicadores*, en su exquisito libro del *Origen de los indios del Nuevo Mundo, e Indias Occidentales*,[10] que dice así:

§ III

De un viaje que hicieron los indios mexicanos semejante al del pueblo israelítico

De la historia mexicana y de lo que refieren el padre Acosta y fray Agustín Dávila, arzobispo de Santo Domingo,[11] *consta cómo los de aquesta nación tuvieron otro viaje y peregrinación, semejante al que tuvieron los hijos de Israel; porque se dice que esta gente mexicana (que fueron los que aportaron a Nueva España de la séptima cueva o linaje) salió de Atztlan y Theuculhuacan, por mandado del ídolo Huitzilopuctli, o por mejor decir, del demonio que estaba en este ídolo, a quien ellos adoraban por dios. Éste, pues, los mandó salir de su tierra prometiéndoles que los haría príncipes y señores de todas las provincias que habían poblado las otras seis naciones, que antes de ellos habían salido. Que les daría tierra muy abundante, mucho oro, plata, piedras preciosas, plumas y mantas ricas. Con esto salieron llevando a su ídolo metido en una arca de juncos, la cual llevaban cuatro sacerdotes principales con quien él comunicaba y decía en secreto los sucesos de su camino, avisándoles lo que les había de suceder, dándoles leyes y enseñándoles ritos y ceremonias y sacrificios, haciendo que el cielo lloviese pan y sacando del pedernal aguas para que bebiesen y otras maravillas semejantes a las que Dios hizo en el pueblo israelítico. No se movían un punto sin parecer y mandato de este ídolo, cuándo habían de caminar y cuándo parar y dónde él lo decía, y ellos puntualmente obedecían. Lo primero que hacían, donde quiera que paraban, era edificar casa o tabernáculo para su falso dios; y poníanle siempre enmedio del real que asentaban puesta el arca siempre sobre un altar, hecho al mismo modo que le usa la iglesia cristiana. Hecho esto hacían su sementera de pan y de las demás legumbres que usaban; pero estaban tan puestos en obedecer a su dios, que si él tenía por bien que se cogiese, lo cogían; y si no, en mandándoles alzar su real, allí se quedaba todo para semilla y sustento de los viejos y enfermos y gente cansada que iban dejando de propósito donde quiera que poblaban, pretendiendo con ello que toda la tierra quedase poblada de su nación.*

¿Quién no dirá que parece esta salida y peregrinación de los mexicanos a la salida de Egipto y camino que hicieron los hijos de Israel? Pues aquéllos, como éstos, fueron amonestados a salir y buscar tierra de promisión[12] *y los unos y los otros llevaban por guía a su Dios y consultaban el arca, le hacían tabernáculo y así les avisaba y daba leyes y ceremonias; y así los*

[10] Lib. 3. cap. 3. § 3. fol. 234. editus Valentiae in 8. anno 1607.
[11] Acosta lib. 7. Hist. Indiar. cap. 4. Augustin Davila lib. 2. Hist. Dom.
[12] Exod. 12

unos, como los otros, gastaron gran número de años en llegar a la tierra prometida, que en todo esto y en otras muchas cosas, a semejanza de lo que las historias de los mexicanos refieren, de lo que la divina escritura cuenta de los israelitas y sin duda es ello así, &c. Lo mismo repite *en el libro último, cap. 3. §. 3.*

He querido poner a la letra la autoridad de varón tan docto, no sólo para suplir el capítulo borrado (aunque se conforme más al *autor*, el *padre fray Agustín de Betancur* en su *Theatro mexicano)*[13] sino para que se entienda con más facilidad esta *obra;* en la cual se toca, como tratado de propósito, este punto; y porque no juzgue alguno haber sido omisión la obediencia.

También me pareció necesario que autorizasen repetidas a esta edición las licencias de la *religión seráfica;* porque quien leyere el *Menologio franciscano del padre Betancur,* en el día 9 de mayo,[14] no imagina haber duda en que sea proprio *autor* de esta obra el *padre Torquemada;* pues en el folio 45 y 46 (habiendo dicho en el prólogo del *Menologio,* que el *padre Torquemada* siguió a los padres *Motolinía, Sahagún, Mendieta y Oroz)* escribiendo la vida de *fray Gerónimo de Mendieta,* prosigue así: *Escribió muchos sermones, de que se valió el padre fray Juan Baptista, como lo dice en el prólogo que imprimió del* Adviento, *donde dice también que el venerable padre Mendieta escribió la* Monarquía indiana *y que a él se la dejaba; pero que fue a dar a manos del padre Torquemada, discípulo suyo, que le dará no menos espíritu que su autor y así fue que la imprimió en su nombre. En su vida, dice el padre Torquemada, escribió un libro que intituló:* Historia celestial (*dirá eclesiástica*) indiana, *que remitió a España y no sé qué se hizo.* Y en el Resumen de los varones ilustres, *que con sus escritos honraron la Provincia del Santo Evangelio,* folio 140, repite lo mismo y añade: *Imprimiéronse en Sevilla el año 1615 por Mathías Clavijo las tres partes de la* Monarquía indiana *que han sido en el orbe celebradas, valiéndose de los muchos escritos de los más antiguos padres.*

Dos cargos y bien pesados resultan de esta relación contra el *autor* de la *Monarquía indiana:* uno, que imprimió en su *nombre* obras ajenas. Otro, que fingió no haberlas visto; y es violencia grande querer persuadir al menos capaz, que habiendo escrito por obediencia y mortificación el *autor* y trabajado veinte años[15] sin perder la predicación y enseñanza de los *indios,*[16] empleado en otras ocupaciones bien embarazosas,[17] procurando la verdad de ella, sin perdonar afán,[18] ni desvelo; se dé a entender que tuvo menos fatiga que yo en esta reimpresión; pues menos es sin duda enviarla a imprimir a Sevilla, que corregirla y costearla.

[13] 2. p. tit. I. cap. 9. ad finem exprimens. Y si se advierte en otras cosas y sucesos de menos importancia, se hallará el cuidado que tuvo el Demonio en remedar a Dios en sus mandatos. Et cap. 10, et 11.

[14] Post. 4. part. Theatr. Mexicani invenies.

[15] Ut ipse testatur, lib. 7. cap. 21. t. 2.

[16] Lib. 17. cap. 10. t. 3.

[17] Lib. 5. cap. 6. t. 1.

[18] Lib. 1. cap. 12. t. 1.

No he visto lo que escribió el *padre Mendieta,* ni de su *Historia eclesiástica* tengo más noticia que la que da nuestro *autor* y traen León Pinelo[19] y otros; pero la poca reflexión de que imprimió el *autor* obra ajena en su nombre se descubre desde luego; porque el *padre Torquemada* hizo lo mismo que hasta ahora han hecho todos los que han escrito *historias* más o menos prolijamente, según su genio, que es unir al asunto que toman a su cargo, lo que vaga, esparcido o tratado sin la majestad o reflexión que corresponde al objeto, en otros autores;[20] sin que desaire la variedad del estilo que procede de la multitud digerida, a la verdad,[21] ni aun a la elocuencia del que principalmente escribe, que ésta se causa sin culpa de los escritores, viéndose precisados a andar como mendigando noticias[22] débiles y obscuras, para fortalecerlas e ilustrarlas; pues substancialmente poco añaden siempre los modernos a los antiguos; porque según *Tucídides* siempre se representa en el mundo una misma[23] comedia; pero influyen mucho sus discursos y desvelos para apartarse de los errores y retener con mejores fundamentos las verdades; y si éste es delito no está menos incluido en él el *padre Betancur,* pues dice:[24] *He llevado por norte el consejo de Casiodoro, que más se ha de ajustar el historiador a trasladar que a fabricar;* así hizo el *autor,* que no sólo recogió de todos; pero, como prudente pintor que copia, disimuló[25] diestramente las imperfecciones del original, sin fingir figuras nuevas ni introducir ideas por casos.

El autor de estos libros se vale de las historias de los *indios,*[26] *relaciones e historias de los conquistadores, del padre Acosta, Gómara, Ocampo, Herrera, Motolinía, Sahagún y otros.* Y de todos, habiéndolos reconocido, deduce lo que importa[27] a la hermosura, fundamento y verdad de su asumpto, citándolos y dándoles el honor y alabanza que cada uno merece; a lo menos

[19] Ant. de Leon Pinelo, in Biblioth. Ind. tit. 20. fol. 114. D. Nicol. Ant. Biblioth. Hisp. tom. 1. fol. 447. Neothericae.

[20] Eusebius Cesar. Hist. Ecles. in Proem. fol. mihi 463. Sparsim singulorum quorumque temporum, seu rerum gestarum ad Nos, usque inditia Monumenta transmisa sunt, equibus quaedam nobis luminum faces, velut in obscuro possitis e minus acceduntur, et tamquam e sublimi specula, qua nos gressum tendere oporteat, ac viam verbi, absque errore dirigere eorum vocibus admonemur, etc.

[21] Inde nimirum (ait Zonaras) variam dictionem nasci, quod et variis auctoribus instar stipis colligenda fit.

Plinius Iunior, epist. 5. lib. 2.

[22] Christophor. Heindreich, in Proem. suae Cartaginis. vel Cartaginensium Republica. Tota fere Antiquitas (inquit) percurrenda, lustranda, scrutandaque erat; et instar Mendicitatis alicuius undique omnia conquerenda.

[23] Ex Tucidides, et Plin. observat. Guill. Ant. Freumd. in Epilogo de Rescriptis Morat. num. 19.

[24] In Prolog. dict. 4. p. Theatr. Mexicani.

[25] Nicephor. Gregoras, Historiae Romanae lib. 1. fol. 7. Ego quosdam Veterum sapientum dixisse audio iis qui ad scribendum adiecerint Animum bonos Pictores esse imitandos: qui si Archetypum aliquo vitio laboret, sive excesu, sive defectu partium corporis, non id totum in Pictura imaginis exprimunt, sed alicubi quidem ad similitudinem ostendendam inserunt, alicubi praetereunt, etc.

[26] Ut videre est lib. 1. cap. 35. t. 1. lib. 14. cap. 6. t. 2. et in Prolog. lib. 15. col. fin. t. 3. et passim.

[27] Quod valde necessarium dixit Petrus Comestor. Histor. Schol. Daniel. et plaudent Ruffus in Molin. fol. 316. Uvilielm. Malam. lib. 1. de Gestis Pontif. Angl. f. 207. Lipsius in Praefation. ad Polit. Scriptores et mille aliquot particulis cohaerent opus.

en su concepto, y especialmente dice:[28] *Lo dicho es colegido de lo que los venerables padres fray Toribio Motolinía y fray Gerónimo de Mendieta tienen en sus libros escritos de mano, que no están impresos; y son razones también del bendito padre fray Andrés de Olmos, de cuyos escritos se aprovechó el dicho fray Gerónimo para escribir la* Historia eclesiástica indiana *que aquí cito;* y en otra parte,[29] *de otro padre clérigo, dice el venerable padre fray Gerónimo de Mendieta, en su libro escrito de mano estas formales palabras: &c.* Repite semejantes citas varias veces como se reconocerá en la *obra;* pues con este cuidado se ha sacado su *nombre* al *margen.*

Queda manifiesto ser el *autor* quien escribió estos libros, porque si fuera razón bastante para quitarle a uno sus trabajos, sacarlos de los *autores,* lo mismo se debiera decir del *padre Mendieta* que se utilizó de los del *padre Olmos* y éste de los más antiguos; y no fuera el mejor librado en este despojo el *padre Betancur;* pues citándole o no citándole resume de esta *obra* del *padre Torquemada,* cuanto necesita para su *Theatro mexicano.* Pero no por esto me atreveré a disminuirle ni disputarle la gloria que le resulta de sus desvelos,[30] ni a dejar de hacer de él cuando se me ofreciere, según mi juicio y necesidad; porque cualquier obra que aprenda mi memoria o alcance mi entendimiento puedo hacerla mía; y mudando el estilo o el método saldrá nueva o renovada. ¡Y cuántos se conocen,[31] que sin uno ni otro corren por *autores* de ajenas fatigas,[32] con poca vergüenza suya y menos inteligencia del vulgo!

Excluido uno de los cargos queda el otro desvanecido, leyendo con atención lo que el *autor* de esta *obra* refiere:[33] *Escribió muchas cosas* (habla del padre Mendieta), *en especial el libro que intituló* Historia eclesiástica indiana, *el cual envió a España al padre comisario general de Indias, para que lo hiciese imprimir. Obra cierto grandiosa y de mucho trabajo y gusto, no sé qué se hizo;* habla después de otro volumen y prosigue: *El cual libro tengo en mi poder y de él y algunos borrones del primero, esto es de la* Historia eclesiástica, *me he aprovechado mucho en estos míos, especialmente en las cosas de las conversiones de estas gentes indianas y de las vidas de los religiosos que en ellos refiere; porque fue muy curioso investigador de estas cosas, aunque es verdad que también se aprovechó de los trabajos de otros religiosos, para lo que de ellos escribió.*

No puede darse más evidente ingenuidad, fuera de la que generalmente está acreditando la obra; pues parece iba delineando la pluma del *autor,* con sus discursos, la sinceridad, de su genio; quién no reconoce cuán diverso sonido hacen estas palabras de las que el *padre Betancur* propone; pues manifiestan que la copia enviada al *comisario general* para imprimir

[28] Lib. 11. cap. 27. t. 2.
[29] Lib. 6. cap. 29. t. 3.
[30] Lipsius lib. 6. de Cruce. Ut et fent. quod baurimus nostrum est quisque tamen suo vasse; sic quod et communibus scriptoribus, sed quisque pro sui Iudicii modo.
[31] Guillerm. Anton. dict. loc. num. 20. Hoc aevo plerique Bibliotaphi ex alienis, quasi ubis vendimiam facientes transcripsisse ex aliorum Libris.
[32] Sine ulla Pristini, et veri, Autori. Memoria: Suetonius in Domit. cap. 5.
[33] Dic. cap. 73. lib. 20. t. 3.

no sabe que se hizo y al mismo tiempo confiesa haberse aprovechado mucho de sus borradores; y esto no es enviar a *Sevilla* a imprimir la *Monarquía indiana* del *padre Mendieta*, de que no supo qué se hizo *Torquemada* sino otro libro, que no es esta *Monarquía* suya.

Si hubiera visto el contenido de ambas obras era fácil desvanecer este error; pero suplirá este defecto el *padre Betancur*, que dice:[34] *Compuso* (el padre Mendieta) *un gran libro, que intituló: Historia eclesiástica indiana*, de la venida de los doce primeros religiosos a la Nueva España: o *Vidas de muchos varones santos de la provincia;* que es lo mismo que el *padre Torquemada* confiesa tomó de él y todo está comprehendido en el tercer tomo de su *Monarquía*, añadido lo que sucedió después, observó el *autor* y sacó de infinitos libros que cita; lo cual destruye cualquier recelo que se pueda concebir de la usurpación desta *obra* y califica ser propria, autorizada con lo que dedujo del *padre Mendieta* para ilustrarla, como él mismo confiesa; por lo cual es dignísimo de alabanza,[35] y queda manifiesta la equivocación del *padre Betancur*, reconocida la diversidad; pues aunque el del *padre Mendieta* fuese un *libro grande*, los de esta *Monarquía* son tres, no pequeños. Los títulos de las obras no convienen tampoco a una; pues la *Historia eclesiástica* estaría completa con la materia del resumen referido y la *Monarquía* requiere todo lo que en el epítome de ella, que va puesto adelante, declaró el *autor*.

Esto baste para que no se dude verdad, que desde la primer impresión ha sido constante en todos, como lo reconocen *don Nicolás Antonio*,[36] *León Pinelo, don Juan de Solórzano Pereyra* y otros; y especialmente los que han querido saber o escribir con fundamento los sucesos de *Nueva España*, aunque algunos se han quedado con el deseo de verle por no haber podido hallarle, como sucedió al elocuentísimo *don Antonio de Solís; coronista mayor de Indias*, que escribió la *Historia de la conquista de Nueva España*, bien admirada por la solidez de su verdad, dulzura y elegancia de su habla y altura de sus conceptos, correspondiente en todo al *héroe*, cuyas hazañas escribe: a *don Pedro Fernández del Pulgar*, que le sucedió en el empleo, que tampoco le vio, aun habiendo dejado escritos dos volúmenes de la misma *conquista;* pero después le cita en la *Historia de la Florida* que dejó imperfecta; y *don Gabriel Álvarez de Toledo Pellicer*, asombro de la erudición de nuestro siglo, incansable investigador de cuantos libros eruditos vieron la

[34] En el Resumen de los Varones ilustres. f. 140.

[35] Niceph. Gregoras, dict. lib. 1. Historiae Roman. His igitur de causis hoc genus eruditos, nec magnopere fere diligo, nec magnifacio, qui comicis, et tragicis fabulis, et Laudationum blandimentis linguas acuerunt suae eos potius, qui aut naturam rerum pro virili sua indagarunt, aut historias dispersas, et aliorum dicta factaque ad animi fortitudinem, ac prudentiam spectantia suo labore collecta ad maximam posteritatis utilitatem ediderunt.

[36] Dict. tit. 1. f. 605. Fr. Joan Torquemada Franciscanum Provinciae S. Evangelii Novae Hispaniae apud Indios Occidentales cui Provincia aliquando praefuit: foras emisit: Monarquia Indiana XXI. Libris tribusque tomis. Pinellus de eo memivit in Bibliot. sua tit. 17. f. 102. tit. 20. f. 114 et tit. 23. D. Ioan de Solorzano Pereyra in suo eruditis. Tract. de Iur. Indiarum, et Politica Indica passim eum laudat et commendat. Et ab omnibus quibus fors illum obtulit maximae, ut Auctoritatis Vires transcribitur, et laudatur.

luz en Europa; cuyo delicado y científico ingenio quedó por muestra estampado en el tomo de su *Historia de la iglesia y el mundo*, que con haberse criado en *Sevilla* y hecho grandes diligencias en adquirirla, nunca pudo lograrla, hasta que mi intercesión le hizo dueño de ella; porque aunque solían pagarse por 25 doblones sus tres tomos, era difícil encontrarlos.

Todos estos inconvenientes ha allanado mi solicitud con el deseo de servirte, procurando restituir a su primer esplendor obra tan deseada y manifestar la suma erudición que contiene en los puntuales y bien trabajados *índices* con que la he adornado; además de la *carta* o *mapa general de Indias*, que hizo *Antonio de Herrera*, añadidas cuanto permitió su pequeñez algunas cosas que la dan a entender más; porque la de *Francisco López de Gómara* (cuya geografía usa el *autor*) que está a la frente de la impresión de Zaragoza, es tan tosca y mal dispuesta que confunde más que enseña.

También puse en un ángulo del *mapa* la figura de las *zonas*, de que hace mención el *autor*, *libro* I, *capítulo 4*, omitida en la primer edición; porque no faltase requisito alguno a ésta.

De la vida del *autor* y sus piadosos, públicos, particulares y doctos ejercicios, da bastante noticia en su *Monarquía;* por los cuales fue elegido en el capítulo de *Xuchimilco, provincial de la Provincia del Santo Evangelio*, de que tomó posesión (sucediendo a *fray Hernando Durán*) a 18 de enero de 1614; y sirvió su trienio con gran fruto de *españoles* e *indios*, hasta que le sucedió *fray Juan López* que había sido *provincial de Mechoacan*. Puede ser que en otra parte se dé más noticia deste insigne varón; ahora me bastará haberte dado el placer que tengo de verme libre de gastos y desvelos, conseguido, a Dios gracias, mi primer intento. Gózale, úsale y ten salud. Madrid y enero 20 de 1725.



CARTA NUNCUPATORIA

A LA SACRATÍSIMA MAJESTAD
DEL REY DEL CIELO
DIOS NUESTRO SEÑOR
SU CRIATURA HUMILDE
JUAN DE TORQUEMADA
DESEA ALABANZAS ETERNAS

TODOS LOS QUE ESCRIBEN LIBROS, Dios y señor mío, buscan modos cómo más honrarlos y ampararlos de los que los calumnian; y unos los dedican a reyes y monarcas poderosos, pareciéndoles que en ellos está su defensa; y otros a otras personas a los cuales se reconocen obligados y en orden o de lisonjearlos, creyendo que en esto les dan gusto, o de obligarlos a mayor gratitud y agradecimiento, les desentrañan las vidas y hacen largos procesos en contar las de sus pasados, hasta llegar al tronco y cepa donde comenzó su nobleza; pero al fin dan en laxa, pues llegan a término donde se acaban las caballerías y en el mismo se comienza a descubrir la hilaza de la masa de Adán, donde toda nobleza e hidalguía quedó por el suelo abatida y el Sambenito de la culpa primera puesto a los pechos que, aunque más se quiera cubrir con hábitos de San Juan, de Calatrava, Alcántara y Santiago, no es posible, por cuanto él campea sobre todos. Y poniéndome a considerar todas estas cosas hallo, por muy cierto, que todas tienen fin y que no consiguen lo que pretenden los que les dedican sus obras; pues en muriendo el amparador muere con él también la protección y amparo que le hacía; y no sabemos de ninguno que haya dejado en cláusula de testamento, ni en vínculo de mayorazgo a sus sucesores y descendientes, que tomen a su cuidado los libros que en su nombre se imprimieron. De manera señor, y Dios poderoso, que todo lo de esta vida es engaño y lo más firme sin firmeza y lo que parece favor es fingimiento y mentira. Pues siendo esto así hice discurso sobre la manera que tendría para dedicar mis libros, no faltando en la costumbre que hay de darles amparador; y deseando que fuese tal que lo mucho que les falta, con su autoridad y favor lo supliese, hallé no haber otro a quien con tan justas causas se debiese, que a vos; porque si os quiero considerar rey, sois rey de reyes, como os lo dio por blasón el evangelista San Juan en su *Apocalipsis:* Sí señor, lo sois también de señores; y aunque este título lo recibisteis en tiempo que fuisteis criando las criaturas, no es en razón de haber en vos tiempo, sino en cuanto a la creación de esas mismas criaturas que criasteis. Si quiero nobleza, quién tan noble como vos, pues vuestra hidalguía y limpieza es eterna y sin principio y tan inmenso vuestro nombre, que no tiene más que significación de ser. Esto se manifiesta en el *Éxodo,*[1] cuando vuestro capitán Moisén os dijo que para dar razón de vos a los que se lo preguntasen, les dijésedes vuestro nombre, le respondiésedes: Yo soy el que soy; y así les dirás: el que es me envía a vosotros. Como si dijésedes: Yo soy eterno, soy sin principio y mi divino y soberano ser no tiene fin. Esto significó San Juan en su *Apocalipsis*[2] diciendo: El

[1] Exod. 3.
[2] Apoc. 1.

que era, el que es y el que ha de ser; manifestando en estas palabras vuestra eterna nobleza, que así como no tuvisteis principio, tampoco habéis de tener fin; y estáis en un continuo y permaneciente ser, sin que vuestros años se envejezcan, como lo canta David. Pues si es eterna vuestra nobleza (como en realidad de verdad lo es) ¿quién como vos y por qué no hemos de dedicaros a vos, que sois el noble de los nobles, todas las cosas que piden amparo de nobles? Pues si sois el criador de todas las cosas (como lo sois) luego, señor, sois de ellas. Y si los reyes de la tierra son criaturas, luego vuestras lo serán, pues todo lo criasteis; y siendo vuestras vos seréis el grande y verdadero rey y todos los del mundo serán pequeños reyes, pues por esta razón también se os deben las dedicaciones de las cosas, como a rey que sois supremo.

Si buscamos hazañas y hechos maravillosos en los cuales podamos considerar vuestra grandeza, clamando están y dando voces en las Sagradas Escrituras, tantas como tenéis hechas en el mundo. Y qué mayor hazaña que haber criado el mundo de nada, dado al hombre el ser que tiene, sacar vuestro pueblo de Israel del cautiverio de Egipto (con mano poderosa y fuerte) anegando a Faraón en las aguas del mar, destruidos sus carros y caballerías, asolado a Hierico, introducido vuestro pueblo en la tierra prometida, a pesar (y con hartas muertes) de sus vecinos y moradores; detener las aguas del Jordán para que pasasen; poner temor a todas las naciones para que por entonces no les ofendiesen; poner en manos de un mancebo pastor la cabeza de un Goliat y otras cien mil maravillas de que están llenos los volúmenes sagrados. ¿Pues quién de los hombres puede blasonar de estas hazañas? ¿Qué armas puede haber de tanta calificación como las vuestras, donde ni hay Castillas ni Leones, sino un mundo redondo en vuestra mano, que incluye a Castilla y a León y a Francia y a Inglaterra y todos los demás reinos del mundo? Siendo pues esto así, a vos, mi señor y mi Dios, os ofrezco mis escritos, porque sois el criador de las gentes que en ellos se contienen; vos los descubristeis; vos los vencisteis; vos los convertisteis; y vos los conserváis en el número que sois servido, a los convertidos. Yo también, señor, me hallo obligado a ofreceros mis trabajos; lo uno, porque sois el supremo dador de todos los bienes; y lo otro, porque me sacasteis de las tinieblas de la vida secular, donde no sé los caminos, ni senderos que siguiera (y fuera posible que fueran de mi eterna condenación) y me trajisteis al jardín florido de vuestra seráfica religión franciscana, donde me habéis hecho grandísimas mercedes y me dais el pan de cada día, quitándolo de las bocas de otros que mejor lo merecen para que yo lo coma; y pues vuestro cuidado es tanto en hacerme merced (siendo mi Dios y señor) no es mucho que el mío, que soy vuestra criatura, sea de reconoceros; y así os ofrezco este pequeño servicio que en vuestra santa casa he hecho y copilado, echando en el regazo de vuestra misericordia este cornadillo, como el que la otra pobre mujer os dio en otro tiempo en el gazophilacio. Recibidle, señor, con el amor que acariciáis a los que a vuestro amparo se arriman, que por poco que me deis de vuestro favor y socorro, será más que cuanto todo el mundo junto puede darme.

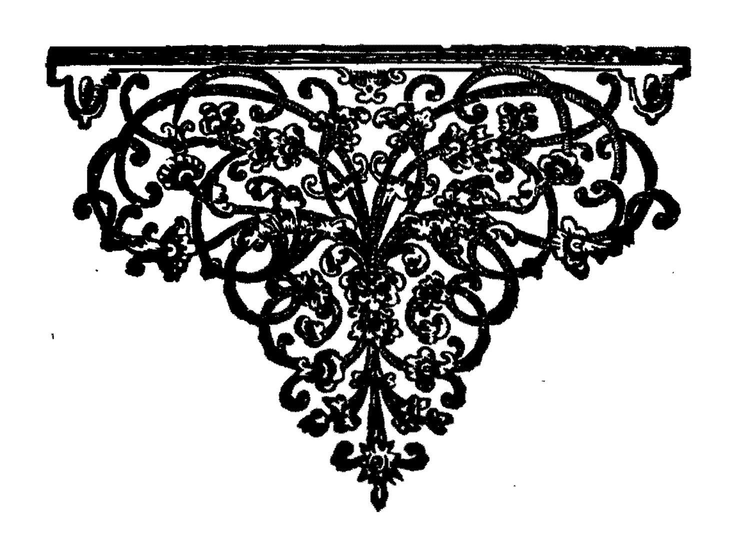
Con esto alabo y bendigo vuestro santo nombre y confieso vuestra grandeza y a mí por vuestra muy humilde y desaprovechada criatura.

Juan de Torquemada

Fray Bernardo de Salva de la orden de los Frailes Menores, padre de la provincia de Cataluña y comisario general de todas las Indias, *cum plenitudine potestatis,* por nuestro reverendísimo padre fray Arcángelo de Mecina, general sumo de toda nuestra orden, al padre fray Juan de Torquemada, predicador, y difinidor de nuestra Provincia del Santo Evangelio, en la provincia de Nueva España; salud y paz sempiterna. Considerando cuán justo y conveniente sea que la memoria de los varones perfectos que con sus heroicos hechos honraron nuestra sagrada religión y se ocuparon en la manutenencia de las innumerables gentes que nuestra santa madre iglesia puso a su cargo, para que como verdaderos hijos suyos aumentasen en número copioso de ios creyentes y propagasen con aprovechado fruto el santo evangelio en tierras nunca jamás vistas ni conocidas hasta entonces, no sólo se eternizase en la eterna de los justos y amigos de Dios en el cielo, sino es también en la tierra, para dar gloria por ella al padre de las misericordias y esforzar a los que deseosos de seguir semejantes ejercicios van en pos de ellos. Nos ha parecido que en nuestros tiempos conviene hacer crónicas que los manifiesten, porque la malicia de ellos no obscurezca obras tan claras y excelentes, dejando al mundo sin la noticia de ellas y de otras cosas memorables que en esas regiones han sucedido y suceden cada día; así para exaltación de nuestra santa religión cristiana, como para universal gloria y regocijo de toda la iglesia santa de Dios. Y habiéndonos para esto informado con particular diligencia de las personas de prendas, letras, virtud y demás calidades necesarias que hay en esa nuestra provincia, para cometerles negocio tan importante y arduo, hemos acordado que a vuestra reverencia, como en quien concurren todas estas partes, se encomendase y encargase; así por su suficiencia como por la larga experiencia que como tan gran ministro y lengua de esos naturales tiene, para poder averiguar y sacar a luz muchos secretos de importancia dignos de ponerse en historia y saberse por todo el mundo; y así, por la presente, rogamos y si necesario es mandamos a vuestra reverencia se encargue desde luego de recoger todas las relaciones y escritos; así los que el padre fray Gerónimo de Mendieta dejó en esta razón, como en los demás que para hacer nuevas crónicas de todas las provincias se hallaren, examinando de nuevo la verdad de todos e inquiriendo o buscando y averiguando los casos particulares y comunes que importaren, con los demás que en reinos tan extraños han sucedido y suceden; así de las vidas de tantos religiosos santos y graves que acabaron las suyas, como fieles siervos de nuestro señor, en la obra que por él se les había encomendado; como también de los nuevamente convertidos, de sus ritos y ceremonias, de sus leyes, repúblicas y gobiernos; del

modo de su conservación y conversación, de sus reyes, reinos, ciudades y señoríos, de su origen y principios, de la división, provincias y reinos; de la diversidad de sus lenguas, de las riquezas y sustentos de ellos, de sus dioses y adoraciones y con mucha particularidad del modo que los religiosos y ministros tuvieron en el principio de aquellas conversiones y cómo han proseguido y prosiguen en ellas; con el modo de su entrada y el que tienen en la administración de los santos sacramentos, donde tan copioso fruto se ha cogido; y con las demás cosas notables que en ésa y las demás provincias de la Nueva España se pudieren verificar y sacar en limpio, poniéndolo vuestra reverencia todo en buen estilo y modo historial. Y aunque en tan grande obra no han de ser pocos los trabajos, considere vuestra reverencia que el premio de ellos ha de ser nuestro señor en el cielo; y en la tierra, cuanto nos fuere posible, estimaremos los que vuestra reverencia tuviere y su persona y calidades, como lo merecen. Y por cuanto estamos informados que sin muchos gastos y dificultades no se podría en esos reinos imprimir la dicha historia, en acabándola vuestra reverencia nos la remitirá para que en su nombre la hagamos imprimir acá; y para esto la pondrá vuestra reverencia con su dedicatoria y prólogo; y si para el progreso de él fuere necesario que los padres comisarios generales y provinciales den a vuestra reverencia su favor y ayuda, se lo encargamos y mandamos y que en todo acudan a la solicitud de esta tan provechosa obra. Dada en San Francisco de Madrid a 6 de abril de este año de 1609, firmada de nuestra mano y sellada con el sello mayor de nuestro oficio.

Fray Bernardo Salva
Comisario general de Indias



PRÓLOGO

GENERAL Y PRIMERO
DE TODA
LA *MONARQUÍA INDIANA*

PLUTARCO, EN LA VIDA DE THESEO, *dice que el generoso corazón (nacido y criado para entender en cosas de virtud y conocer la excelente dignidad de que es dotado un hombre de razón) es cosa muy honesta y necesaria que levante sus pensamientos más alta y encumbradamente que lo que acostumbra la bajeza del vulgo para que pueda, con profundo estudio y levantada contemplación, penetrar los secretos de la naturaleza y venir en conocimiento de sí mismo y del autor de este maravilloso artificio y máquina del mundo, cuya dignidad (incomprensible en sus obras) resplandece, contemplando, con grande atención y gustando con gusto puro (y no con ningunas vilezas humanas estragado) la suave y grata fama que la eterna mente divina dejó esparcida de sí misma en las artes y ciencias liberales. Estas palabras de este discretísimo varón deberían ser motivo a todos los discretos del mundo para que siguiendo su consejo se ocupasen, que no en los estudios particulares de las ciencias (porque no todos pueden estudiarlas, ni deben ser letrados) al menos a leer lo que otros con particulares estudios han escrito; que de esta manera no habría tanta ignorancia como hay en tantos; y cada cual (arrimado a esta intención y gustando de este aviso) se haría sabio y llegaría a la cumbre de toda la felicidad humana; porque si bien se mira la miseria del hombre vestido de carne mortal y pasible, es poder volar con las alas de carne a la alteza y suavidad de la contemplación divina; a la cual, como dice San Pablo, todas las cosas criadas nos convidan mayormente que el hombre sabio es señor del corazón de su vecino, porque con prudente saber lo vence y gana; y aun subiendo más de punto esta razón, dice Diógenes,[1] que todas las cosas son de los dioses y los amigos de los dioses son los varones sabios; y luego infiere: si entre los amigos todas las cosas son comunes y los sabios son amigos de los dioses, luego todo lo que poseen los dioses será también de sus amigos; y así los sabios poseerán todo lo que poseen los dioses. De esta razón debemos nosotros advertir que el hombre sabio y entendido todo lo posee y goza de más y mayores riquezas de cuantas tiene el mundo escondidas en las ocultas venas de la tierra, así de oro como de plata y otras cosas que los hombres estiman y tienen por ricas y preciosas; porque el hombre sabio todo lo posee y al ignorante todo le falta, aunque lo tenga todo, pues no tiene saber para gozarlo. Esta razón sube más de punto Salomón diciendo en el libro de la* Sabiduría[2] *que la sabiduría es mas preciosa que todos los reinos juntos; y cifrando todas las comparaciones en una palabra, dice que no hay a qué pueda dignamente compararse, porque ni la piedra preciosa la iguala y el oro es arena muy menuda en su presencia y la plata muy asqueroso lodo; y concluyendo con sus*

[1] Diog. in Vit. Philos.
[2] Sap. 7.

muchas y buenas propiedades y condiciones, dice, que es la madre de todos los bienes. Por esto deberían los hombres que desean vivir vida dulce y regalada, darse a la lección de las Escrituras; porque como dice San Gregorio, leyendo y oyendo el hombre se hace sabio; y siéndolo tiene uno de los mayores bienes que puede desear en este mundo.

De aquí tomé motivo no sólo de leer y estudiar en los libros sagrados (que tratan cosas escolásticas y positivas) sino también en los históricos profanos, que no contienen más que cosas humanas y acaecimientos sucedidos en el discurso del tiempo, desde que comenzó en los pocos hombres que tuvo en el principio de su creación, hasta los presentes, en los cuales se ha ido extendiendo su escritura, por muchos y muy copiosos volúmenes, según las cosas que han ido sucediendo y multiplicándose entre los hombres y en el discurso de esta lección me moví no sólo a leer sino también a escribir, por tener parte en esta empresa en la gloria que suelen tener los que bien escriben; ¿porque quién hay, cristiano lector, que codicioso del premio de la gloria y enamorado de la hermosura de la virtud (por donde se alcanza) no sólo no desee, más acometa, y porfíe a ponerla en ejecución y por obra? La consideración de esto anima a los hombres a que lo acometan; pero viniendo después a comenzarla y a tentar sus fuerzas las halla enfermas, caducas y flacas; y finalmente, vanas y sin virtud, para aquello que antes deseaba y le parecía fácil y posible; y no sólo las halla de esta suerte para obrar, más aún para pensar alguna cosa provechosa para su salvación; pues dice el apóstol[3] que no somos bastantes para pensar alguna cosa buena de nuestra cosecha. De aquí es aquella confesión general de los santos, con la cual (como autor principal) suelen atribuir a Dios sus virtudes y buenas obras, reconociendo su flaqueza y miseria. Todas las cosas (dice Isaías)[4] habéis obrado, señor, en nosotros. Y al mismo propósito dice Jeremías:[5] No está en el hombre su camino, ni es del varón enderezar sus pasos para el cielo. Y también dice San Pablo:[6] Dios es el que obra en nosotros, el querer la buena obra y el acabarla y darla perfección, porque quedaron las fuerzas naturales del hombre, después que cayó de aquel bienaventurado estado de la inocencia en que Dios le había puesto, tan flacas y estragadas, que de sí mismas apenas pueden obrar aquellas buenas obras y virtudes que para la vida natural y política son necesarias; y para las que son camino del cielo, aunque (como la doctrina católica enseña) le quedase algún brío y movimiento del alma, pero no le quedó poder para ejecutarlo y ponerlo por obra, sin especial favor y ayuda del cielo; mas aunque esto sea verdad, que por el pecado nos quedaron las fuerzas del alma debilitadas y que por solas ellas sea al hombre dificultoso e imposible alcanzar alguna cosa buena y obrar virtud; con todo esto, con el ayuda y socorro del cielo le es posible y fácil, porque con el ayuda de Dios viene a recobrar y reparar las fuerzas y bríos que en la consideración de su flaqueza y miseria haya perdido y torna (desterrada toda desconfianza y cobardía) a conhortar

[3] 2. Cor. 3.
[4] Isai. 26.
[5] Hier. 10.
[6] Ad Philip. 2.

y alegrar su alma con la dulce esperanza de la divina largueza que da abundantemente (como dice Santiago)[7] *a todos los que le piden. Él es (dice David)*[8] *el que da la virtud y fortaleza; y como en el mismo lugar dice Santiago de su divina mano se deriva y mana toda dádiva y todo don perfecto. Y San Pablo, después de haber dicho que no somos bastantes de nosotros mismos, aun a pensar alguna cosa útil y provechosa, para alcanzar la vida eterna, añade luego: mas de Dios tenemos suficiencia para todo. Así que nadie debe desmayar ni enflaquecer sus santos y virtuosos deseos por la consideración de su miseria, pues tiene abierta la puerta de la divina largueza que ayuda (como dice el apóstol)*[9] *nuestra enfermedad y flaqueza. De aquí es, cristiano lector, que habiendo yo comenzado esta obra muchos años ha, desmayando en la prosecución de ella por mis débiles y flacas fuerzas y poniéndoseme por delante tantas dificultades, como se le ofrecen al que escribe historia, muchas veces dejé la pluma y propuse no pasar adelante. Acobardábame mi poco espíritu, juntamente con otras cosas en que estaba ocupado; y lo que más me hacía guerra era la poca noticia que tenía de muchas cosas necesarias a esta escritura, que para salir con esta empresa se requerían, por lo cual había de ser notado de muchas faltas (como lo son otros) de los que escriben libros. Y verdaderamente, teniendo atención a esto, me hubiera excusado y alzado la mano de la obra, si hallara otro que lo hiciera y quisiera, por amor de Dios, tomar este trabajo; mas visto que no había quien saliese a tomar esta empresa, ni tuviese tanta noticia en los tiempos de ahora, de las cosas que en aquellos dorados sucedieron (por haberme dado a la inteligencia e inquisición de ellas) con buen celo e intento de que no se perdiese la memoria de casos y personas, tan dignas de ella, no confiando en mi caudal y fuerza con el ayuda del señor vencí todas estas dificultades; y desplegando las velas de mi encogimiento y forzado del mérito de la santa obediencia, que por mis prelados me fue impuesta, como parece por su patente y letras, salí con ella al cabo. Confieso que el trabajo que en ello he pasado ha sido muy grande; porque como de las cosas eclesiásticas de esta Nueva España ha habido tan pocos o ningunos escritores y yo no he salido de esta Provincia del Santo Evangelio, ni peregrinado a las demás de Mechoacán, Xalisco, Zacatecas, Huaxteca, Yucatán, Guatemala y Nicaragua (como otros hacen en demanda y busca de estas cosas), mas antes he tenido otras ocupaciones que me han forzado a no salir del convento donde era morador para inquirirlas. A esta causa me ha sido forzoso juntar y conferir papeles y memoriales, con mucha fatiga de mi entendimiento e imaginación, inquirir e investigar la verdad de lo que se escribe de personas fidedignas, sacar relaciones y testimonios ciertos de escribanos y archivos de los monasterios, parte en presencia y mucho más en ausencia por cartas.*

Y aunque es verdad que los doce primeros padres (columnas de esta seráfica religión en esta Nueva España) nos pudieran excusar de este trabajo, escribiendo como testigos de vista las cosas memorables que en la conversión

[7] Jacob. 1.
[8] Psal. 67.
[9] Ad. Rom. 8.

de estas gentes pasaron. Por dos causas no lo hicieron: la una, por humildad (de que entre las demás virtudes estaban dotados), pues caminando todos ellos aprisa, en pos de la perfección y santidad, remitieron sus trabajos al supremo galardonador (que es Dios) pareciéndoles que era harto y bastaba mirar por sí, dando ocasión a los presentes de vivir con toda sinceridad y buen ejemplo, sin obligarse a los venideros, dejando sus hechos y los de los otros por escrito. La otra causa es que, como en aquellos tiempos ellos eran los obreros de esta mies de Jesucristo, siendo como eran pocos y la mies mucha y grande, tuvieron poco tiempo para ocuparse en otras cosas, fuera de las de la conversión de los naturales, aunque de dos de ellos he hallado escritos de que mucho me he aprovechado. El uno, de fray Francisco Ximénez, que escribió la vida del santo fray Martín de Valencia. Y otro, de fray Toribio Motolinia que dejó en un libro algunas memorias de los acaecimientos de su tiempo.

Y lástima es por cierto hallarse tanto descuido en las repúblicas y congregaciones; pues a cualquiera república bien ordenada le está bien saber las cosas pasadas de sus mayores para imitarlas y aprovecharse de ellas; y los que suelen juzgar bien de las cosas, aquellas obras tienen por más aventajadas dignas de precio, de las cuales suelen resultar a los hombres mayor provecho y utilidad. Y entre éstas las que tienen el provecho más universal y del cual puede caber más parte al común; porque si (como dice San Dionisio) el bien tanto es más divino, cuanto es más común, buena regla es para medir y tasar el valor de las cosas, el bien que de ellas puede seguirse a la comunidad; y según esto la historia de cosas verdaderas y provechosas, sin contradicción alguna, es cosa divina y excelente. Es la historia un beneficio inmortal que se comunica a muchos. ¿Qué depósito hay más cierto y más enriquecido que la historia? Allí tenemos presentes las cosas pasadas y testimonio y argumento de las por venir; ella nos da noticia y declara y muestra lo que en diversos lugares y tiempos acontece; los montes no la estrechan, ni los ríos, ni los años, ni los meses, porque ni está sujeta a la diferencia de los tiempos, ni del lugar. Es la historia un enemigo grande y declarado contra la injuria de los tiempos, de los cuales claramente triunfa. Es un reparador de la mortalidad de los hombres y una recompensa de la brevedad de esta vida; porque si yo, leyendo, alcanzo clara noticia de los tiempos en que vivió el católico rey don Fernando o su nieto, el emperador Carlos V, ¿qué menos tengo (en la noticia de esto) que si viviera en sus tiempos? Y cierto, mirando estos bienes y provechos que consigo trae la historia y los trabajos que padecen los que la componen para dar a los hombres noticias de tantas cosas, les habían de ser muy agradecidos; porque escribir historia de verdades no es tan fácil, como algunos piensan; es menester fuera de otras mil cosas una diligencia grande en la inquisición de las cosas verdaderas, una madureza no menor en conferir las dudosas y en computar los tiempos; una prudencia particular y señalada en tratar las unas y las otras y, sobre todo en la era en que estamos, es menester un ánimo santo y desembarazado para pretender agradar a sólo Dios, sin aguardar de los hombres el premio (o algún interese) por lo cual no esperándolo yo, ni fiando de mis pobres y flacas fuerzas sino en sólo

Dios que me esfuerza mediante el mérito de la obediencia impuesta, he concluido lo que muchos años antes había comenzado, dando por todo las gracias a nuestro señor, de quien viene todo lo bueno; y diciendo de todo mi corazón: Señor, trabajando por toda la noche de mis tinieblas en este mar de tantas tormentas y dificultades, ninguna cosa he hecho más en vuestro nombre y con vuestra ayuda extenderé la red de mi pobre talento.

Los trabajos que he tenido en haber puesto en estilo estos Libros rituales y monarquía indiana, *han sido inmensos; porque dejado aparte el mucho tiempo que me ocupé en buscar todas estas cosas, que pasaron en esto más de catorce años, otros siete que ha puse la mano en ellos de propósito para distribuirlo en libros, como van seguidos no sólo seguía la comunidad con los demás religiosos, pero hice una iglesia de bóveda en el convento de Santiago Tlatelulco, que es una parte de la ciudad de México, de las más insignes de la cristiandad y un retablo de los mayores que hay en las Indias, sin tener maestros que amaestrasen lo uno ni lo otro, sino yo solo, que para haber de salir con ello tuve necesidad de muy grande estudio en cosas de arquitectura; la cual me comunicó el señor, sin haberla estudiado ni sabido ni aprendido de maestros que suelen enseñarla, aprovechándome de los libros que de esto tratan; y no digo esto por engrandecer mis trabajos ni por excusar mis defectos, que estos escritos llevaren, sino porque conozcas (prudente lector) lo mucho que hice en años tan breves; porque a todo lo dicho se recreció también haberme ocupado en la obra de las calzadas de Guadalupe y Chapultepec, que tuve a mi cargo en la primera inundación de la ciudad, que dijeron ser reparo el levantarlas y ponerlas en el ser que ahora están, que es cosa maravillosa poderse hacer en estos tiempos; en las cuales asistí con la solicitud y cuidado que la presura y angustia del tiempo pedía, trayendo a mi cargo solicitar la gente que a ellas venía y el dar la priesa en la obra. De esta manera partía el tiempo y me ocupaba; y cuando me hallaba cansado de los trabajos en que en las obras y otras ocupaciones me tenían, volvíame al estudio de los libros y a dar una y muchas vueltas a las cosas que escribía, porque en el revolvimiento y trasiego de ellas descansaba; y alabo grandemente al que llamó ocio al estudio, porque cierto lo parece; pues a los que a él se inclinan les da descanso. Y así dijo bien Scipión Africano que nunca estuvo menos ocioso que cuando estuvo ocioso, queriendo decir que su mayor ocio era estudiar y revolver libros; y así lo dice Cicerón:*[10] *de* Sentencia *de Catón. Y como dice Séneca:*[11] *No debe, el que se precia de hombre, tener el trabajo; por lo cual me abalancé a él, porque de mí no se verificasen otras palabras suyas que dicen: Si rehúsas y huyes del trabajo serás muy poco, porque a los ánimos generosos el trabajo los sustenta; y no puede cantar victoria sino el que pelea con varonil ánimo, hasta vencer al enemigo, mayormente en guerra del entendimiento y saber; pues excede esta lucha a todas las corporales en excesivo e incomparable grado. Y si como dijo el otro poeta discreto, es la falta del trabajo el ocio y dejamos dicho que el ocio más deleitoso es vacar a los estudios de las letras, bien se sigue que no hay cosa en*

[10] In Praef. 3. de Offic.
[11] Senec. Epist. 13.

la vida humana tan dulce y tan deleitable como es el tiempo que en ellos se gasta; y aunque es trabajo es de gusto y por esto es fuerza que no se sienta; y lo que más engolosina al apetito para la perseverancia en él, es saber que dura por siglos; porque como dice Musonio, si alguna cosa honesta hicieres con trabajo, alégrate de ello, porque pasa el trabajo y queda la gloria de la cosa buena y honesta que hiciste; al contrario de las cosas malas y deshonestas, porque se pasa el gusto y queda la infamia del mal hecho.

No excuso, cristiano lector, las cosas de que puedo ser notado en estos libros, porque por más excusas que dé me quedaré con ellas y sentirá cada cual lo que quisiere; pero para mi consuelo quiero traer a la memoria aquella soberana y artificiosa fábrica del tabernáculo que edificó Moisés en el desierto por mandamiento de Dios[12] *(que fue una de sus divinas invenciones y pensamientos eternos), para la cual contribuyeron todos los del pueblo de Israel, según la calidad de sus personas y conforme la posibilidad de hacienda que tenían; porque los potentados y príncipes del gobierno dieron piedras ricas y de valor para los ornamentos sacerdotales; los padres de familias y hacendados dieron oro y plata para los vasos y servicios del templo; y todos los demás del pueblo, como menos ricos y poco hacendados, ofrecieron otros paños y lanas, que aunque necesarios y vistosos, no de tanto valor ni precio como se cuenta en el libro del* Éxodo.[13] *De esta devoción y ofrenda que el pueblo de Israel hizo a su Dios toma motivo San Gerónimo*[14] *en su prólogo galeato para excusarse de la translación que hizo de hebreo en latín, de los libros sagrados del Viejo y Nuevo Testamento, diciendo así: No piense el que leyere esta letra y translación que he tenido intento de reprehender en ella a los mayores que en otro tiempo la hicieron, porque el que tal pensare y entendiere irá muy errado y sacará de quicios sencillos y llanos la humilde intención con que los ofrezco; porque así como en el templo de Dios ofreció cada uno lo que pudo (es a saber) unos, oro; otros, plata; otros, piedras preciosas; otros, telas ricas y de color; otros, púrpura y grana. Yo, con los que ofrecieron pelos de cabra, ofrezco esta mi humilde obra, porque no fueron menos necesarios los pellejos de las ovejas y cabras, para defender las riquezas y hermosura del tabernáculo por defuera de los rayos y ardimientos del sol y otras inclemencias de los cielos, que el oro y plata y otras joyas y piedras de valor para lo anterior con que dentro hermoseaba su lindeza.*

De donde, como digo, tomo motivo de consolarme en estos escritos, pareciéndome que aunque mis trabajos sean después de otros que han escrito acerca de estas materias, podré ofrecerlos con los que para el adorno del templo dieron menos, certificando que doy lo más que de todos mis trabajos he tenido y no quiero condenar a nadie; que si los que no condenan y tratan controversia con otro no se escapan de ser censurados, mucho más lo serán los que trabaren pendencia con otros; sólo digo que lo más que en estos libros va dicho hasta ahora no se ha tratado; y lo que digo con otros va en grande manera ampliado; y según va vestido de añadidura, parece todo el ropaje lo

[12] Exod. 33.
[13] Exod. 25. et cap. 15.
[14] Div. Hier. in Prolog. Galeat. ad Libr. Reg.

añadido. Yo quería escaparme sin dolo y sin tijera; pero no pienso que será posible, habiéndome puesto a la censura de todos; lo cual no debió admitir en general de doctos e indoctos, sino de sólo los sabios.

Muchas razones me movieron a los principios a poner mano en esta historia, de las cuales es una haber sido mucho de ello trabajos muy sudados de religiosos de la orden de mi seráfico padre San Francisco, especialmente de los padres fray Toribio Motolinia y fray Francisco Ximénez (como dejamos dicho), fray Bernardino de Sahagún y fray Gerónimo de Mendieta, que después de ellos añadió otras y por ser de su orden quiso ponerlo en estilo sucesivo histórico. Otra fue ser yo tan aficionado a esta pobre gente indiana y querer excusarlos, ya que no totalmente en sus errores y cegueras, al menos en la parte que puedo no condenarlos y sacar a luz todas las cosas con que se conservaron en sus repúblicas gentílicas, que los excusa del título bestial que nuestros españoles los habían dado. Otra es haber más de veinte años que traía esta guerra, con el deseo de escribir esta Monarquía y historia indiana.

Y para mayor claridad de la historia digo que algunos vocablos y nombres de los indios no van declarados por no salir un punto de la verdad, ni vender por significados los que no lo son, confesando no haberlos alcanzado ni sabido, ni podido tomar motivo de la lengua, aunque me he ejercitado más de 25 años en ella para declararlos; y no es maravilla, pues aun de la nuestra materna ignoramos. Muchos de los cuales no sabemos el fundamento que hubo para darles semejantes nombres; y aun el glorioso padre San Isidoro, en el libro séptimo de las Etimologías[15] *dice, tratando de los significados de los nombres de personas particulares nombradas en las divinas escrituras: Donde no alcanzamos a saber la interpretación de los nombres pasamos con sólo decir la etimología de ellos. De manera que no de todos se sabe ni alcanza a saber su significado o porque no le tiene o porque falta quien tenga inteligencia de él para declararle; y así digo que donde pareciese pasarme de largo sin declararle será señal de que lo ignoro.*

De estos trabajos que represento conocerán otros más de los que yo puedo decir por otros semejantes que habrán pasado; y no es éste nuestro trabajo, después del de otros, sin fruto ni sin provecho; porque como dice Braqueto, sería trabajo excusado el que se siguiese después de muy largo y prolijo estudio, si no llevase algo más de lo que otros han dicho; y es de muy corto ingenio no añadir algo más a las cosas ya dichas; y como dice Quintiliano,[16] *siempre se ha de confiar que el que habla después de otros en aquella materia que ellos trataron, que dirá alguna cosa más de lo que aquellos dijeron; porque no hizo la naturaleza a la elocuencia tan corta que no le diese razones para agradar a los hombres y las que unos no dijeron, las digan otros. Estas dichas, cristiano lector, recibirás con la afección y amor que te las ofrezco y en lo que te cuadrare de estos libros, da gracias a Dios por ella; y en lo que no, cree de mí que quisiera satisfacerte y que el daño está en que no supe más, ni se me entendió más, y que no me quedó por negligencia, el inquirirlo y saberlo.*

[15] Div. Isidor. 7. Ethymol. cap. 6.
[16] Lib. 10. cap. 5.

LICENCIA DEL PROVINCIAL DE LA PROVINCIA DEL SANTO EVANGELIO

Fray Hernando Durán, lector jubilado en santa teología, ministro provincial y siervo de todos los frailes menores de regular observancia de nuestro seráfico padre San Francisco y monjas de Santa Clara de esta Provincia de el Santo Evangelio de la Nueva España, al padre fray Juan de Torquemada, difinidor que ha sido de esta dicha provincia y guardián del convento de Tlaxcala; salud y paz en nuestro señor Jesucristo, que es la verdadera salud de sus fieles; porque con trabajo, cuidado y estudio de muchos años, ha vuestra reverencia sacado a luz los *Libros rituales y monarquía indiana,* obra muy de ver y que es justo se imprima y sepan todos la pulicía que los indios tuvieron en su antigüedad, así en su gobierno y trato, como en las guerras y contiendas que en diversas naciones tuvieron y otras cosas dignas de ser sabidas y entendidas. Por la presente doy y concedo a vuestra reverencia licencia para que guardando lo establecido en el Santo Concilio Tridentino y lo ordenado y mandado en las pragmáticas reales, acerca de la impresión de los libros, pueda vuestra reverencia imprimir e imprima en tres cuerpos grandes, los dichos *Libros rituales y monarquía* que tiene compuestos, por cuanto por mi orden y comisión las vio y examinó el padre fray Luis Váez, lector de teología y guardián del convento de Santiago Tecalli y por su aprobación consta ser la dicha impresión de mucha utilidad y provecho; y por lo que lo sé y la experiencia que de vuestra reverencia tengo, de algunos años a esta parte y todos la tienen de su mucha virtud y religión y cuán grande ministro ha sido de los naturales, no sólo concedo la dicha licencia sino que le mando, por santa obediencia, en virtud del Espíritu Santo, imprima los dichos libros; porque ocupación de tanto tiempo, tan buena y tan necesaria, salga a luz, en honra de su provincia. Dada en nuestro convento de San Francisco de México a 17 días del mes de mayo de 1612 años; firmada de mi mano, sellada con el sello mayor de mi oficio y refrendada de mi secretario.

Fray Hernando Durán
Ministro provincial

Por mandado de nuestro padre provincial,
Fray Pedro de Aragón
Secretario

APROBACIÓN DEL PADRE FRAY LUIS VÁEZ LECTOR DE TEOLOGÍA Y GUARDIÁN DEL CONVENTO DE TECALLI

Por comisión de nuestro padre fray Hernando Durán, lector jubilado en santa teología y provincial de esta Provincia del Santo Evangelio, vide y

LICENCIA DEL PROVINCIAL DE LA PROVINCIA DEL SANTO EVANGELIO

Fray Hernando Durán, lector jubilado en santa teología, ministro provincial y siervo de todos los frailes menores de regular observancia de nuestro seráfico padre San Francisco y monjas de Santa Clara de esta Provincia de el Santo Evangelio de la Nueva España, al padre fray Juan de Torquemada, difinidor que ha sido de esta dicha provincia y guardián del convento de Tlaxcala; salud y paz en nuestro señor Jesucristo, que es la verdadera salud de sus fieles; porque con trabajo, cuidado y estudio de muchos años, ha vuestra reverencia sacado a luz los *Libros rituales y monarquía indiana,* obra muy de ver y que es justo se imprima y sepan todos la pulicía que los indios tuvieron en su antigüedad, así en su gobierno y trato, como en las guerras y contiendas que en diversas naciones tuvieron y otras cosas dignas de ser sabidas y entendidas. Por la presente doy y concedo a vuestra reverencia licencia para que guardando lo establecido en el Santo Concilio Tridentino y lo ordenado y mandado en las pragmáticas reales, acerca de la impresión de los libros, pueda vuestra reverencia imprimir e imprima en tres cuerpos grandes, los dichos *Libros rituales y monarquía* que tiene compuestos, por cuanto por mi orden y comisión las vio y examinó el padre fray Luis Váez, lector de teología y guardián del convento de Santiago Tecalli y por su aprobación consta ser la dicha impresión de mucha utilidad y provecho; y por lo que lo sé y la experiencia que de vuestra reverencia tengo, de algunos años a esta parte y todos la tienen de su mucha virtud y religión y cuán grande ministro ha sido de los naturales, no sólo concedo la dicha licencia sino que le mando, por santa obediencia, en virtud del Espíritu Santo, imprima los dichos libros; porque ocupación de tanto tiempo, tan buena y tan necesaria, salga a luz, en honra de su provincia. Dada en nuestro convento de San Francisco de México a 17 días del mes de mayo de 1612 años; firmada de mi mano, sellada con el sello mayor de mi oficio y refrendada de mi secretario.

Fray Hernando Durán
Ministro provincial

Por mandado de nuestro padre provincial,
Fray Pedro de Aragón
Secretario

APROBACIÓN DEL PADRE FRAY LUIS VÁEZ LECTOR DE TEOLOGÍA Y GUARDIÁN DEL CONVENTO DE TECALLI

Por comisión de nuestro padre fray Hernando Durán, lector jubilado en santa teología y provincial de esta Provincia del Santo Evangelio, vide y

examiné el libro intitulado: *Los rituales y monarquía indiana*, repartido en tres tomos, compuesto por el padre fray Juan de Torquemada, difinidor que fue de esta provincia, predicador y guardián del convento de Tlaxcalla, en él no hallo cosa que sea contra nuestra fe católica y buenas costumbres; antes lo juzgo por utilísimo y digno de que salga a luz; porque de las historias que de la antigüedad y origen, ritos y costumbres de los indios hasta ahora han salido, ninguna dice las cosas con más fundamento, ni tan de raíz, por ser su autor tan gran ministro y lengua y haber tratado tanto con los naturales y haberlo sacado todo de sus antiguas pinturas e historias. Muestra bien su autor su mucha erudición y letras, así en lo humano como en lo divino y no sin gran trabajo mezcló lo dulce de la historia, con lo útil y provechoso, donde el docto hallará mucho qué ver y el que no lo fuese, mucho en que deleitarse; y de quien tan bien cumple con todo se le puede decir que: *omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci.* Será su impresión de mucho provecho y los señores del Consejo podrán ver en él las razones tan piadosas, verdaderas y doctas e importantísimos avisos que se dan para la conservación de estos naturales, que tanto pretende la majestad de el rey Felipe III, nuestro señor; y éste es mi parecer. Dado en este convento de Santiago de Tecalli a 22 del mes de febrero de 1612.

Fray Luis Váez

APROBACIÓN DEL REVERENDO PADRE FRAY FRANCISCO DE ARRIBAS, LECTOR JUBILADO DE TEOLOGÍA, PADRE DE PROVINCIA DE LA CONCEPCIÓN Y CONFESOR DE LA SERENÍSIMA REINA DE FRANCIA, HIJA DEL REY DON FELIPE III, NUESTRO SEÑOR

Por comisión del reverendo padre fray Antonio de Trejo, comisario general de las Indias, he visto en tres tomos los veinte y un libros de la *Monarquía indiana, &c*, compuestos por el muy reverendo padre fray Juan de Torquemada, predicador y guardián del convento de San Francisco de Tlaxcalla y difinidor de la Provincia del Santo Evangelio en México; y habiéndolos leído atentamente, después de no ver en ellos cosa que sea contra nuestra santa fe católica o buenas costumbres, hallo que el autor procede como persona de aventajada erudición y doctrina, manifestándose en esta obra muy gran teólogo y diligentísimo historiador; y juzgo la impresión de dichos libros por muy provechosa a todos estados, porque la lección de ellos abraza tan diversas materias y por tan buen estilo, que a todos será de mucho aprovechamiento. Dada en San Francisco de Madrid a 4 de febrero de 1613.

Fray Francisco de Arribas

examiné el libro intitulado: *Los rituales y monarquía indiana*, repartido en tres tomos, compuesto por el padre fray Juan de Torquemada, difinidor que fue de esta provincia, predicador y guardián del convento de Tlaxcalla, en él no hallo cosa que sea contra nuestra fe católica y buenas costumbres; antes lo juzgo por utilísimo y digno de que salga a luz; porque de las historias que de la antigüedad y origen, ritos y costumbres de los indios hasta ahora han salido, ninguna dice las cosas con más fundamento, ni tan de raíz, por ser su autor tan gran ministro y lengua y haber tratado tanto con los naturales y haberlo sacado todo de sus antiguas pinturas e historias. Muestra bien su autor su mucha erudición y letras, así en lo humano como en lo divino y no sin gran trabajo mezcló lo dulce de la historia, con lo útil y provechoso, donde el docto hallará mucho qué ver y el que no lo fuese, mucho en que deleitarse; y de quien tan bien cumple con todo se le puede decir que: *omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci*. Será su impresión de mucho provecho y los señores del Consejo podrán ver en él las razones tan piadosas, verdaderas y doctas e importantísimos avisos que se dan para la conservación de estos naturales, que tanto pretende la majestad de el rey Felipe III, nuestro señor; y éste es mi parecer. Dado en este convento de Santiago de Tecalli a 22 del mes de febrero de 1612.

Fray Luis Váez

APROBACIÓN DEL REVERENDO PADRE FRAY FRANCISCO DE ARRIBAS, LECTOR JUBILADO DE TEOLOGÍA, PADRE DE PROVINCIA DE LA CONCEPCIÓN Y CONFESOR DE LA SERENÍSIMA REINA DE FRANCIA, HIJA DEL REY DON FELIPE III, NUESTRO SEÑOR

Por comisión del reverendo padre fray Antonio de Trejo, comisario general de las Indias, he visto en tres tomos los veinte y un libros de la *Monarquia indiana, &c*, compuestos por el muy reverendo padre fray Juan de Torquemada, predicador y guardián del convento de San Francisco de Tlaxcalla y difinidor de la Provincia del Santo Evangelio en México; y habiéndolos leído atentamente, después de no ver en ellos cosa que sea contra nuestra santa fe católica o buenas costumbres, hallo que el autor procede como persona de aventajada erudición y doctrina, manifestándose en esta obra muy gran teólogo y diligentísimo historiador; y juzgo la impresión de dichos libros por muy provechosa a todos estados, porque la lección de ellos abraza tan diversas materias y por tan buen estilo, que a todos será de mucho aprovechamiento. Dada en San Francisco de Madrid a 4 de febrero de 1613.

Fray Francisco de Arribas

Fray Antonio Trejo, comisario general de Indias, con plenitud de potestad por nuestro reverendísimo padre fray Juan del Hierro, ministro general de toda la orden, dio licencia al padre Torquemada en 5 de febrero de 13 ante fray Diego de Siervo, secretario.

APROBACIÓN DEL LICENCIADO PEDRO DE VALENCIA, CORONISTA DEL REY NUESTRO SEÑOR

Por mandado del Real Consejo de Castilla he visto los veinte y un *Libros rituales y monarquía indiana* compuestos por el padre fray Juan de Torquemada, de la orden del señor San Francisco y difinidor de la Provincia del Santo Evangelio en la Nueva España, que están escritos en tres tomos grandes y me parece que se le puede conceder la licencia que pide para imprimirlos; porque no contienen cosas contra la fe ni buenas costumbres; antes muchas para la edificación de la iglesia y gloria del nombre de Dios, por la conversión de tantas ánimas y buenos ejemplos de los santos varones que en ella se ocuparon y porque dan muy particular noticia de las historias, costumbres, ceremonias y gobierno de los indios occidentales, sacada con gran diligencia y cuidado de las antiguas tradiciones y pinturas de los mismos indios, que todo puede aprovechar para mayor conocimiento de aquellas provincias y de lo tocante a su buena administración. En Madrid, 5 de mayo de 1613.

Pedro de Valencia



EL REY

POR CUANTO POR PARTE DE VOS, *Nicolás Rodríguez Franco, impresor de libros en mi corte, se me ha representado teníades que imprimir siete libros. Uno intitulado:* Obras líricas de don Francisco Antonio de Bances Candamo. *Otro intitulado:* Historia de la Florida. *Otros dos en folio:* Comentarios reales, Historia del Perú; *todos tres escritos por el* Inca Garcilaso de la Vega. *Y otros tres de a folio:* Monarquía de Indias, *escrita por el* padre fray Juan de Torquemada, *del orden de San Francisco. Por lo cual me suplicastes que para que los pudiésedes imprimir, sin incurrir en pena alguna, fuese servido de concederos licencia y privilegio por tiempo de diez años para la referida impresión. Y visto por los del mi Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que por la pragmática últimamente hecha sobre la impresión de los libros se dispone, se acordó dar esta mi cédula. Por la cual os concedo licencia y facultad para que por tiempo de diez años, primeros siguientes que han de correr y contarse desde el día de la fecha de esta mi cédula, vos, o la persona que vuestro poder hubiere y no otra alguna, pueda imprimir los dichos libros, por los originales que van rubricados y firmados, al fin, de don Baltasar de San Pedro Acevedo, mi escribano de cámara y de gobierno, del mi Consejo; con que antes que se vendan se traigan ante los de él, juntamente con los originales para que se vea si la dicha impresión está conforme a ellos, trayendo asimismo fe, en pública forma, cómo por corrector por mi nombrado se vio y corrigió dicha impresión, por los originales, para que se tase el precio a que se han de vender. Y mando al impresor que imprimiere los dichos libros no imprima los principios y primeros pliegos, ni entregue más que un solo libro, con los originales, al dicho Nicolás Rodríguez Franco, a cuya costa se imprimen, para efecto de la dicha corrección, hasta que primero los dichos libros estén corregidos y tasados por los del mi Consejo. Y estándolo así y no de otra manera, pueda imprimir los dichos principios y primeros pliegos, en los cuales seguidamente se ponga esta licencia y la aprobación, tasa y erratas, pena de caer e incurrir en las contenidas en las pragmáticas y leyes de estos mis reinos que sobre ello disponen. Y mando que ninguna persona sin vuestra licencia pueda imprimir los dichos libros, pena que el que los imprimiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que los dichos libros tuvieren y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís y sea la tercera parte de ellos para la mi cámara, la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare y la otra para el denunciador. Y mando a los de el mi Consejo, presidentes y oidores de las mis audiencias, alcaldes, alguaciles de mi casa, corte y cancillerías y a todos los corregidores, asis-*

tente, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios y otros jueces, justicias, ministros y personas cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de estos mis reinos y señoríos y cada uno y cualquier de ellos, en su jurisdicción vean, guarden, cumplan y ejecuten esta mi cédula y todo lo en ella contenido y contra su tenor y forma no vayan, ni pasen, ni consientan ir, ni pasar en manera alguna, pena de la mi merced y de cincuenta mil maravedís, para la mi cámara. Fecha en el Pardo, a veinte y siete de enero de mil setecientos y veinte y uno. Yo el rey.

Por mandado del Rey nuestro señor
Don Francisco de Castejón



TASA

Don Baltasar de San Pedro Acebedo, secretario de cámara de el rey nuestro señor y de gobierno del consejo, certifico que habiéndose visto por los señores de él las obras de fray Juan de Torquemada, de la Orden de San Francisco, en tres tomos que se intitulan: *Monarquía indiana,* tasaron a ocho maravedís cada pliego; y parece tienen cuatrocientos y noventa y siete y medio, sin principios, ni tablas, que al dicho respecto montan siete mil novecientos y ochenta maravedís de vellón; y a este precio y no más mandaron se vendan; y que esta certificación se ponga al principio de ellas. Y para que conste, lo firmé en Madrid a veinte y siete de octubre de mil setecientos y veinte y cuatro años.

Don Baltasar de San Pedro Acebedo

SUMA DE TODA LA OBRA DE LA *MONARQUÍA INDIANA**

TOMO PRIMERO

El I libro trata de la creación del mundo y qué disposición tiene. De las tierras de Nueva España y por qué se llamaron Indias; y qué gentes las poblaron al principio y qué gobierno tuvieron.

El II la venida de los mexicanos y sus sucesos y el origen de los reyes y emperadores antiguos de los tultecas, chichimecas, aculhuas y otras gentes.

El III las poblaciones principales del reino mexicano y su monarquía.

El IV la conquista de México, desde el origen de don Fernando Cortés.

El V el gobierno secular que se ha tenido de la Nueva España, desde don Fernando Cortés, hasta el marqués de Guadalcázar. Algunos sucesos de Filipinas, Japón, Nuevo México e Islas de Salomón.

TOMO SEGUNDO

El libro VI trata de Dios verdadero y dioses falsos y de la idolatría.

El VII de sacrificios católicos y gentiles y los que usaron los indios.

El VIII de templos de fieles e infieles y de algunos notables que hubo en el mundo.

El IX de los sacerdotes y sacerdotisas del Nuevo y Viejo Testamento y de los gentiles; de sus colegios y viviendas; sus ornamentos y oficio de agorar. Del oficio divino e instrumentos de música y campanas.

* Como se indica en la *Advertencia* a cada uno de los tomos aquí enumerados corresponden dos volúmenes en la presente edición

TASA

Don Baltasar de San Pedro Acebedo, secretario de cámara de el rey nuestro señor y de gobierno del consejo, certifico que habiéndose visto por los señores de él las obras de fray Juan de Torquemada, de la Orden de San Francisco, en tres tomos que se intitulan: *Monarquía indiana,* tasaron a ocho maravedís cada pliego; y parece tienen cuatrocientos y noventa y siete y medio, sin principios, ni tablas, que al dicho respecto montan siete mil novecientos y ochenta maravedís de vellón; y a este precio y no más mandaron se vendan; y que esta certificación se ponga al principio de ellas. Y para que conste, lo firmé en Madrid a veinte y siete de octubre de mil setecientos y veinte y cuatro años.

Don Baltasar de San Pedro Acebedo

SUMA DE TODA LA OBRA DE LA *MONARQUÍA INDIANA**

TOMO PRIMERO

El I libro trata de la creación del mundo y qué disposición tiene.. De las tierras de Nueva España y por qué se llamaron Indias; y qué gentes las poblaron al principio y qué gobierno tuvieron.

El II la venida de los mexicanos y sus sucesos y el origen de los reyes y emperadores antiguos de los tultecas, chichimecas, aculhuas y otras gentes.

El III las poblaciones principales del reino mexicano y su monarquía.

El IV la conquista de México, desde el origen de don Fernando Cortés.

El V el gobierno secular que se ha tenido de la Nueva España, desde don Fernando Cortés, hasta el marqués de Guadalcázar. Algunos sucesos de Filipinas, Japón, Nuevo México e Islas de Salomón.

TOMO SEGUNDO

El libro VI trata de Dios verdadero y dioses falsos y de la idolatría.

El VII de sacrificios católicos y gentiles y los que usaron los indios.

El VIII de templos de fieles e infieles y de algunos notables que hubo en el mundo.

El IX de los sacerdotes y sacerdotisas del Nuevo y Viejo Testamento y de los gentiles; de sus colegios y viviendas; sus ornamentos y oficio de agorar. Del oficio divino e instrumentos de música y campanas.

* Como se indica en la *Advertencia* a cada uno de los tomos aquí enumerados corresponden dos volúmenes en la presente edición

El X de las fiestas de católicos y gentiles y de las que celebraban los indios; y de cierta manera que tenían de comunión; y del arte de adivinar.

El XI de reyes y gobierno, cuántos modos hay y cuál es el mejor, del dictado de caballeros y cómo se daba.

El XII de leyes, cuántas hay y cuán necesarias son y las que usaron los indios.

El XIII de matrimonio, crianza de los hijos, agricultura y pastoría, oficios y sepulturas.

El XIV de guerras y cómo las usaban los indios. De sus mercancías. De su color. De su condición. De plantas particulares. De un admirable pajarito. De sierras, aguas, volcanes y temblores de tierra.

TOMO TERCERO

El libro XV trata de la entrada y progreso del santo evangelio en la Nueva España. El ejemplo de sus ministros religiosos y algunos clérigos. De algunos indiecitos mártires. De las profecías de esta conversión.

El XVI la administración de los divinos sacramentos. La devoción de los indios. Casos maravillosos de la santa cruz.

El XVII de los oficios que los indios sabían en su antigüedad; y de los que después aprendieron. El buen natural e inclinación que tienen. Los favores que los reyes de España les han hecho.

El XVIII el descubrimiento y sucesos de la Isla Española o de Santo Domingo.

El XIX la fundación de las provincias de San Francisco en la Nueva España. La devoción de algunos pueblos a los ministros de San Francisco. Y algunos sucesos de la Florida, Filipinas y Japón. Los obispados y obispos, conventos e iglesias de Nueva España. Comisarios y provinciales de la Provincia santa de México. Del Santo Oficio y de algunos autos de fe. Los autores franciscanos que en la Nueva España han escrito.

El XX las vidas de religiosos singulares y de gran ejemplo de la orden de San Francisco que ha habido en la Nueva España, en especial en la santa Provincia de México.

El XXI qué cosa es martirio y los mártires de San Francisco que ha habido en la Nueva España y en la Isla de Guadalupe.

LOS AUTORES QUE SE CITAN EN LOS DOS PRIMEROS VOLÚMENES*

S. Augustín
S. Atanasio
S. Alberto Magno
Abulense
Fr. Alonso de la Vera Cruz
Arias Montano
Alexandro Aphrodiseo
El P. Acosta
Aristóteles
Averroes
Avicena
Arnobio
Antonio de Herrera

Beda
Beroso
Blas Álvarez
Bracheto

S. Cirilo
Crissipo
Celio Panonio
Celio Rodiginio

S. Dionisio Areopagita
Dionisio Frigio
Diógenes

Eliano
Enio

Gómara

S. Hierónimo
Hierónimo Egipcio
Hugo Cardenal
Herodoto
Henríquez Martínez
Horacio

S. Isídoro
S. Juan Chrisóstomo
S. Juan Casiano
Justino
Josepho
Juvenal
Juan Sarisberiense

Lactancio Firmiano

Fr. Miguel de Medina
Macrobio
Manaseas
Mesenio
Marco Tulio Cicerón
Musonio
Marco Varrón

Nicolao de Lira

Orígines
Oleastro
Ovidio

* Corresponden a los citados en el primer tomo de la segunda edición.

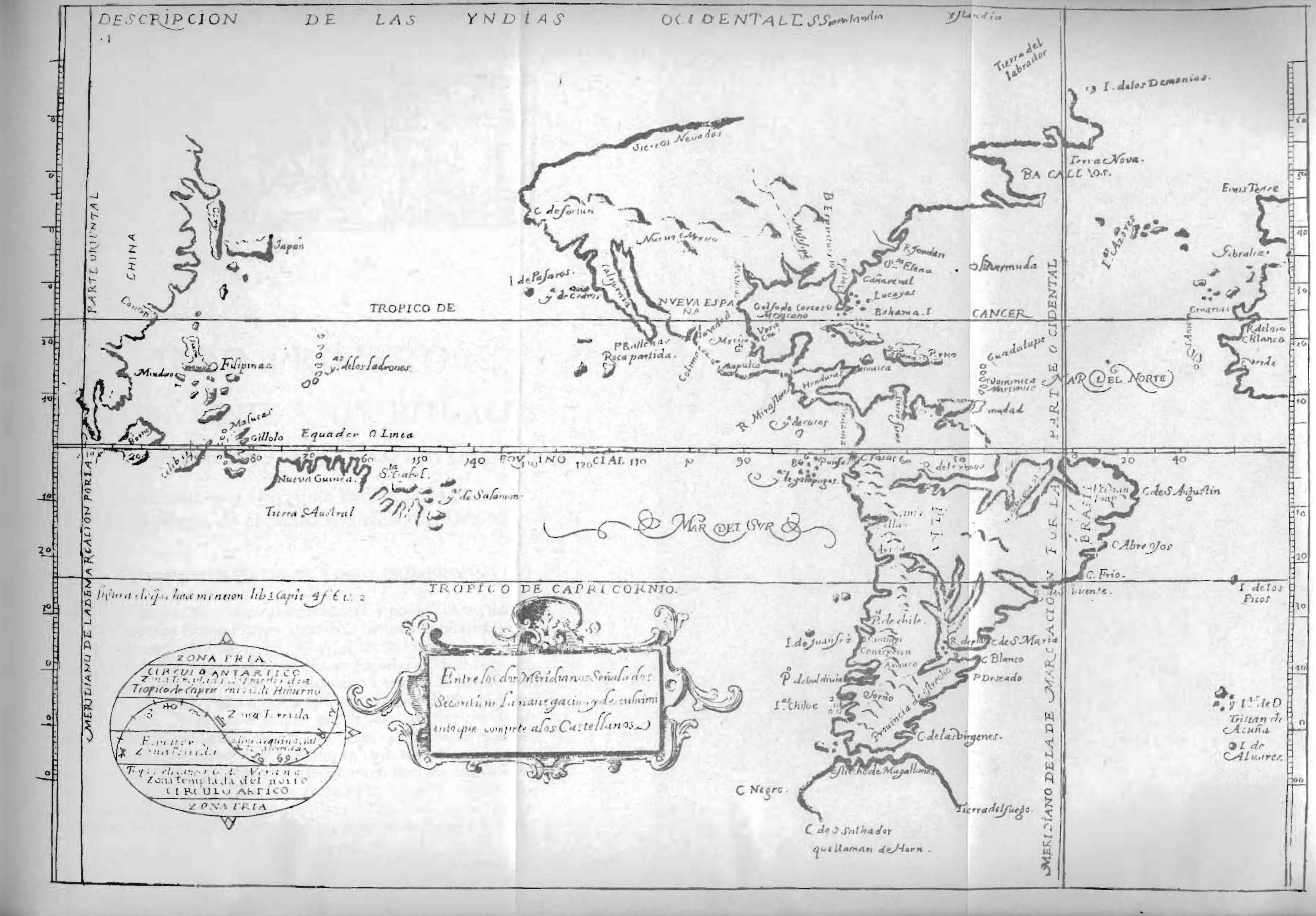
Plinio
Plutarco
Polibio
Ptolomeo
Pedro de Aliaco
Plauto
Plotino

Quintiliano
Quinto Curcio

Séneca
Suetonio Tranquilo
Saxo Grammático

Santo Thomás
Theodoreto
Tucio

Valerio Máximo
Virgilio
Vegecio



DESCRIPCION DE LAS YNDIAS OCIDENTALES
Yslandia
Tierra del labrador
I. delos Demonios
Terra Nova
Sierras Nevadas
C. de fortun
Nuevo Mexico
CHINA
Japon
PARTE ORIENTAL
I de Pasaros
Calyfornia
NUEVA ESPAÑA
TROPICO DE
CANCER
Bermuda
Lucayas
Bahama. I
Florida
I. Azores
Gibraltar
Canarias
C. Blanco
Filipinas
Mindoro
Y. delos ladrones
P. Ballenas
Roca partida
Acapulco
Honduras
Jamaica
Guadalupe
Dominica
Martinico
MAR DEL NORTE
Malucas
Gillolo
Equador o Linea
Nueva Guinea
S. Ysabel
Y. de Salamon
Tierra Austral
MAR DEL SUR
BRASIL
C. de S. Augustin
C. Abre ojos
C. Frio
TROPICO DE CAPRICORNIO
I. delos Picos
P. de chile
I. de Juan Frz
Concepcion
Arauco
P. de baldivia
Ia. Chiloe
C. de S. Maria
C. Blanco
P. Deseado
C. de las virgenes
Estrecho de Magallanes
C. Negro
Tierra del fuego
C. de S. Salvador que llaman de Horn
Y. de Tristan de Acuña
I. de Aluarez
MERIDIANO DE LA DEMARCACION POR LA PARTE ORIENTAL
MERIDIANO DE LA DEMARCACION POR LA PARTE OCCIDENTAL
ZONA FRIA
CIRCULO ANTARTICO
Zona Torrida
Zona templada del norte
CIRCULO ARTICO
ZONA FRIA
Entre los dos Meridianos Señalados Se contiene la navegacion y descubrimiento que compete a los Castellanos



LIBRO PRIMERO

DE LOS VEINTE Y UN RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA

Compuesto por fray Juan de Torquemada de la Provincia de el Santo Evangelio de Mexico

ARGUMENTO DE EL LIBRO PRIMERO

Cría Dios el mundo para mostrar su grandeza y poder. Es un mundo solo y no muchos (como dijeron algunos). Es todo habitable, según sus cuatro partes. Hay antípodas; y está el mundo repartido en islas. Llámanse Indias, las tierras de esta Nueva España. ¿Cómo se poblaron? No son judíos los indios. ¿Por dónde vinieron a la tierra? Hubo gigantes en ellas. Puéblanla los toltecas. Tras ellos los chichimecas y aculhuas. Xolotl es el primer rey de estas gentes; ¿de dónde vino y cómo fue creciendo en número su familia? Prosigue esta monarquía hasta el emperador Tlaltecatzin, en cuyo tiempo entraron los mexicanos en la tierra. Hay intermedios otros dos emperadores; es a saber Nopaltzin, hijo del primer emperador Xolotl y Tlotzin, hijo de Nopaltzin. Mudan el asiento imperial de Tenayuca, donde tuvo su principio, a la ciudad de Tetzcuco, población muy antigua de esta tierra.

PRÓLOGO

AL LIBRO PRIMERO

PLUTARCO, HISTORIADOR ANTIGUO y grave (en la vida de Teseo), comenzando a escribir el curso de sus hazañas y proezas, no con menos estilo grave que elegante, dice estas formales palabras: Imitando la usada costumbre de los historiadores, que en las descripciones de la redondez de la tierra, a lo cual llaman *geografía,* cuando algún lugar se les ofrece dificultoso y que buenamente no puede ser de ellos entendido y mucho menos comprehendido, por la eminente y larga distancia de los lugares, la cual impide la noticia humana, suelen los tales geógrafos abreviar los fines de sus tablas geográficas y, en lugar de los nombres y sitios de las ciudades y tierras que ignoran, escribir o pintar otras cosas peregrinas, así como antiguos monumentos o sepulcros y promontorios, puestos y situados en lugares remotos y apartados, corrientes secas de ríos, algunos lejos de tierras incultas y agrestes, profundos cenagales, espesas arboledas de sierras y montañas o el mar cuajado y otras cosas varias y confusas muy parecidas a éstas o a otras semejantes; por lo cual, siguiendo el mismo estilo en esta descripción y comparación de vidas de ilustres varones, determiné de proseguir ordenadamente la historia, siguiendo el curso de los tiempos, cuanto con buenas razones y probables argumentos pudiere ser comprehendido; y así espero que de las edades antiguas podremos buenamente declarar algunas cosas dignas de poner en escritura, gratas, útiles y provechosas, para los que las leyeren. Esto lo dice Plutarco.

Palabras son las referidas, discretas y graves y muy medidas y ajustadas a mi pensamiento; porque aunque es verdad que la historia de este libro comienza de los primeros pobladores de esta tierra, no es con toda la inteligencia que su antigüedad pide; porque dado caso que decimos haber tenido principio de los gigantes que en tiempos inmemorables la poblaron, a los cuales siguieron los tultecas, que fue otra nación no tan corpulenta ni tan antigua, no podemos hablar en esto con tanta puntualidad que digamos, con absoluta verdad, haber sido la vivienda de estos gigantes antes o después del Diluvio, donde perecieron todas las gentes del universo mundo, por cuanto de sus historias no consta. Pero haciendo lo que Plutarco dice del geógrafo, cubrimos los vacíos y campos que nos ofrecen las dudas de unos, lejos de conjeturas y unos montes espesos de variedad de dichos, como por la misma historia consta y será posible que a los que son curiosos y discretos, no les haga buen sonido algo del orden con que va dis-

tribuido por naciones y familias, por cuanto se pasa de unos a otros sin dar las causas que hubo para hacer estos tránsitos. Y a esto digo lo que Cicerón,[1] que en la historia se guarda la puntualidad de la verdad, a diferencia de la poesía; en la cual no se pretende sino deleitación del ánimo y gusto del lenguaje. Y añade Quintiliano:[2] que los poetas no atienden a más que al gusto, fingiendo no solamente cosas falsas, pero también las increíbles; y como dice Horacio:[3] o quieren aprovechar o deleitar los poetas mezclando unas cosas con otras con intención de entretener la vida; de manera que como la historia pide verdad es fuerza que el historiador, no apartándose de ella, vaya diciendo lo que sabe, según lo que haya escrito o recibido por tradición; y por esto no doy más razón en este primer libro del origen de estas gentes indianas, porque ni por relación que me han hecho gentes antiguas de ellos, ni por escritos que los sabios pasados a sus descendientes dejaron, se sabe más ni más se platica entre ellos, como en sus mismos lugares decimos.

Y aunque es verdad que no hay mucha claridad del tiempo cierto de sus fundaciones, es lo cierto y muy averiguado haber sido por el orden que van distribuidas y repartidas las cosas; y en esto he puesto tanto estudio y cuidado, cuanto es razón que ponga el que quiere decir verdad; y no condenando a los que hasta ahora han escrito las cosas de las Indias (porque escribiéndolas en España, más pudieron averiguar las dudas que se les pudieron ofrecer en orden de concertarlas). Ofrezco las que en estos escritos refiero por las más apuradas y limpias de cuantas se pueden haber sabido ni entendido; y si como entre los atenienses antiguamente, como refiere Valerio Máximo,[4] había ley para que ninguno diese testimonio de lo que escribía, sin que primero jurase ser verdad aquello que sus escritos contenían, la hubiera agora, jurara con animosa deliberación serlo esto en la razón y manera más verisímil que se puede en estas cosas saber y alcanzar, por haber hecho las diligencias necesarias para entender que puede serlo; y aunque como otro Xenócrates, que por ser de muy grande crédito y autoridad entre los mismos atenienses, al tiempo de presentar al Senado sus escritos no quisieron que los jurase, sino que los recibieron sin juramento, por sólo su palabra simple y llana, creyendo de él que no diría cosa que no fuese así como la decía. Con todo no quiero estimarme tanto que presuma ser mi razón tan irrefragable y sin contradición, que no deba temer algún portillo por donde me pueda entrar alguna duda; y por quitarla en la diligencia que he puesto renuncio la presumpción que siempre he tenido de preciarme de ser creído sin juramento y me someto al que los atenienses acostumbraban; y como si ante jueces lo estuviera certificando debajo de censuras, así las confieso en esto que digo: Porque como hombre que ha tantos años que ando buscándolas (como el que busca un tesoro que después de hallado vende todas las cosas que tiene para trabajar

[1] Lib. 10. de Legib.
[2] Quintil. lib. 10. Iustit.
[3] Horat. in Arte Poetica.
[4] Val. Maxim. lib. 2. de Discept. Melit. de Genocrate.

en el aprovechamiento de él) así las he ido inquiriendo y apartando la verdad de la mentira, como si más ocupación que ésta no tuviera; aunque es verdad que han sido muchas las que me han ocurrido, en que he ocupado y entretenido la vida en servicio de mi orden; pero de tal manera que no me han estorbado la inquisición y secretos de todas ellas; porque me ha sucedido lo que al invictísimo Julio César, que peleando con los enemigos iba escribiendo las cosas que le sucedían. Y así yo, hurtando algunos ratos al día y velando mucha parte de la noche, después de haber rezado maitines en comunidad con los demás religiosos, me ocupaba en esto; concertando en el silencio de mi soledad lo que en la barahúnda y gritos de las averiguaciones con otros había batallado y conferido. Y para el que sabe qué es trabajos y no arrogancia, digo lo que dicen del excelentísimo Beda,[5] que era monje y sacerdote, el cual no faltaba ni de día ni de noche de sus comunidades, haciendo compañía a los otros monjes de su monasterio; y así estudiaba como si no acudiera a sus obligaciones; y así continuaba estas obligaciones forzosas, como si nunca estudiara; y si se considera su vida, así era, que parecía nunca darse a las letras; y si sus estudios, parecía por ellos nunca haberse dado a la oración, ni ocupádose en ninguna otra obra monástica y, huyendo toda jactancia y presumpción, digo haberme sucedido en esta obra, casi lo mismo; no con la perfección que este excelentísimo varón escribió las suyas; pero con trabajos tan inmensos que más parece ser misericordia de Dios y fuerzas suyas, que obra de mis manos. Y así lo confieso; porque toda dádiva buena y don perfecto (como dice Santiago) viene de lo alto del padre de las lumbres que da sus dones y comunica sus mercedes, como más es servido. Y finalmente concluyo mi razón con decir que en este libro primero van los primeros moradores que hasta ahora se ha sabido haber habido en estas partes de esta Nueva España, que son los gigantes; y tras ellos los tultecas, a los cuales siguieron los chichimecas y aculhuas que fueron los que fundaron este imperio indiano y lo fueron rigiendo y gobernando por algunos años, con grande pujanza y acrecentamiento de sus moradores, por el orden y manera que en él se dice. Y porque para todas las cosas que en estos *Veinte y un libros rituales y monarquía indiana* se refieren, es necesario tratar de las gentes que fueron las que las ejercitaron e hicieron, por eso he comenzado por su origen y principio (en la manera y forma que en él se trata) a diferencia de los que hasta ahora han escrito, que como no lo han sabido, han tenido varios principios y en el medio o fin de sus obras tratan de la venida de los mexicanos y en ella sola paran, como si sola ella hubiese sido la que pobló estas extendidísimas regiones; siendo así que no sólo no fue la pobladora de la tierra, sino la última que a ella vino como a cosa ya poblada, como veremos en el segundo libro que sigue a este primero. Y con lo dicho entenderá el prudente lector el intento que he tenido en haber comenzado por la manera dicha, anteponiendo las opiniones que a muchos han sentido de ellos, así en el haber venido a la tierra, como en el dudar de qué gentes hayan sido.

[5] 3. tit. praefatio.

con otras cosas que se van declarando por los capítulos que se van siguiendo.

Pero un defecto lleva esta historia muy grande, y es que de muchos reyes y señores que han gobernado estos reinos y otras cosas que han acaecido, no ponemos los años que reinaron, ni tiempos en que acaecieron, que no es pequeña confusión para la lectura de esta historia; pero certifico al lector que no he podido más, aunque lo he procurado con gran solicitud y cuidado. Y si los dejo es o porque no los hallé en sus historias o porque si traté de ellos hallé mucha variedad en su concierto y computación; y así me pareció mejor pasarlos en silencio que fingir números ciertos donde la verdad no los ofrecía. Y si disonaren algunas cuentas mías de otras de otros, no hay que maravillar ni que hacer cuestión de esto; porque como dice el sapientísimo fray Miguel de Medina,[6] de la santa Provincia de los Ángeles, luz y honra de nuestra familia franciscana, estas cuestiones entre hombres sabios son de risa; porque ¿quién hay que en tanta antigüedad de siglos y variedad de naciones (antes del romano imperio) pueda tener memoria cierta y puntual de los años de todas las cosas? ¿Queriendo hacer cómputo cierto de los años, meses y días que los reyes de cada reino reinaron? ¿Y de la vida de los hombres que hayan vivido tantos o tantos años? Siendo cierto que si no son los muy curiosos otros no saben ni aun los años que sus abuelos o bisabuelos vivieron; y aun en los proprios años muchas veces nos erramos, especialmente si llegan a ser muchos. Siendo pues esto así, no es maravilla que los de estos indios o vayan errados en algo o que no los haya en la cuenta, por la variedad que ha habido en los que los han contado; y también porque faltaron sus historias en el tiempo primero de su conversión, por haberlas quemado los ministros evangélicos que entonces vinieron; y así no quiero controversia con nadie acerca de estas cosas de computación; y si alguna hago en alguna parte, será por la claridad que en aquello hay que fue mal advertido de otro. Y he trabajado tanto en concertar esta historia que en solos estos dos libros primeros gasté tiempo de cinco o seis años, cotejando unas historias con otras y confiriendo las narraciones entre sí y tomando de todo lo que más concertaba. Y cuando me vide fuera de sus marañas y confusiones me pareció haber salido del laberinto de Creta, ayudado con el hilo de la verdad con que deseé entrar en él. El cual fui devanando hasta volver a la fuente de la luz más clara que la materia ha ofrecido; con el cual me ofrezco a los que de voluntad quisieren volver a deshacerle, leyendo sus cosas con la codicia que yo lo he ido devanando y componiendo

[6] Medina, lib. 6. de Recet eis Deum cap. 13.

CAPÍTULO I. *De cómo crió Dios al mundo para mostrar su póder y grandeza en su creación*

Es el mundo (como dice el Filósofo)[1] una trabazón de cielo y tierra, y las demás cosas que en cielo y tierra hay, cuya naturaleza se incluye en esas mismas cosas; y declarando más esta definición, o por mejor decir esta descripción, añade otra y dice: El mundo es un orden y concierto de todas las cosas, es una disposición muy agradable, la cual de los dioses y por los dioses se conserva y guarda. Si bien consideramos estas palabras del Filósofo veremos que tiene razón de llamar trabazón, orden y concierto al cielo, tierra y elementos, que son tres cosas que incluyen y cogen dentro de sí todas las demás. Porque el que con ojos desapasionados quisiere mirarlo hallará que es un dibujo de la mano de Dios y un vivo retrato de su infinito poder y un traslado de su saber inmenso; y queriéndose aprovechar, según mi parecer, orígenes de estas palabras filosóficas, en el *Periarchon*,[2] dice: Este mundo, que ahora le llamamos mundo, es todo lo que es sobre los cielos y en los cielos y sobre la tierra y en aquellos lugares que se llaman inferiores y todos otros cualesquier lugares y todos los que en ellos están y viven; de manera que todo esto es llamado mundo. También San Isidoro, tratando de esta materia en el libro 3 de sus *Etimologías*, dice: Mundo es que consta de cielo, tierra y mar, astros y estrellas; y particularizando por qué se llama mundo, dice que porque está en continuo movimiento; porque sus elementos y cielo lo están.

Habiendo pues visto por lo referido, qué cosa es mundo, veamos agora su formación, la cual declara el mismo santo, en el lugar citado, diciendo: La formación del mundo está en que, así como se levanta, viene su mayor altura hacia la parte septentrional (que llamamos norte), así es declinado hacia la parte austral (que es el sur). Su cabeza y manera de rostro es la región oriental, que es la parte donde sale el sol; y su última y final parte es el occidente, por donde se desaparece el sol cuando cada día va siguiendo su curso. Éstas son las cuatro partes que tiene, en las cuales después dividiremos las gentes; sólo agora resta ver su ornato y graciosa vista.

Esto es muy claro y notorio porque, si levantamos los ojos al cielo, veremos aquellos lugares celestiales, morada cierta de los bienaventurados, donde por adorno de él, el hacedor de el mundo fijó los planetas y diversidad de estrellas tan resplandecientes y claras que alegran el alma, cuya diferencia tan admirable contemplaba San Pablo;[3] y después de haberla

[1] Lib. 1. de Coelo et Mundo.
[2] Origin. Periarch. lib. 2. cap. 9.
[3] 1. Cor. 15.

considerado y visto dijo, escribiendo a los corinthios: Una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra la claridad de las estrellas; y aun entre las estrellas hay diferencia, porque una es más clara que otra. De manera que la composición del cielo es una disposición y traza maravillosísima. Pues si los volvemos a las cosas inferiores no menos nos maravillará ver su concierto; porque espanta a todo entendimiento su armonía y diferencia; porque si consideramos la naturaleza de los hombres y la diferencia que entre hombres y hombres hay, veremos unos bárbaros y otros griegos; de los bárbaros unos feroces, otros mansos y pacíficos. Unos que usan de leyes justas y aprobadas por buenas. Otros que no siguen esta equidad y justicia y las mezclan con aspereza y rigor. Otros que en lugar de leyes usan de costumbres más de bestias carniceras que de hombres de razón. Otros que desde que nacen, nacen para humildes y ser sujetos y servir a otros. Otros para ser señores y mandar. Unos que nacen enfermos y nunca sanan. Otros que no saben qué cosa es enfermedad, aunque vivan muchos años. Otros sordos, ciegos y mudos. Otros que oyen, ven y hablan. Pero ¿de qué me sirve revolver tantas cosas como en el mundo y entre los del mundo hay? Todo esto lo dejo a las historias que de ello tratan, de que tan lleno está el mundo. Y volviendo a nuestro intento es bien contemplar estas obras grandiosas de Dios, con que tiene compuesto este su alcázar y estalaje real, de cielo y tierra y elementos; y no importara decir de los animales mudos que rastrean por la tierra, ni de los que con alas surcan el aire y lo van cortando con admiración del entendimiento que los considera y los ve ir sin fijar los pies en nada (antes para aquello no los ha menester). Ni de los peces, cuya naturaleza es el agua, sustentándolos Dios en ella sin que se les ofrezca necesidad que allí no la satisfagan.

Pues todas estas cosas dichas no son las principales en consideración de la grandeza de Dios, sino las secundarias y consecuentes a las principales que hizo; porque todo esto era para hacer otra mayor que era el humanarse el verbo divino; porque todas las cosas que fueron hechas se hicieron en Cristo y por Cristo, como lo dice San Pablo.[4] De esta manera, porque por él y en él son criadas todas las cosas, así las que están en el cielo, como las de la tierra, visibles e invisibles, tronos, principados, potestades y dominaciones, todo fue criado en él y por él; y lo mismo dice San Juan,[5] en su evangelio por estas palabras: Todas las cosas fueron hechas en él y por él y sin él no fue hecho nada. Y el psalmista,[6] dijo: En la sabiduría hiciste, señor, todas las cosas, porque así como Cristo, en cuanto Dios, es verbo, así es sabiduría y también justicia. Y así se sigue, sin duda, que todas las cosas que en el verbo y sabiduría fueron hechas también por la justicia; y convino que fuesen por la justicia también, por quitar sospechas de pechos malos y cavilosos y porque no parezca nada que sea injusto, ni fortuito, sino que sean enseñados los hombres en que todo cuanto Dios hizo fue justo y según justicia. Y para esta materia

[4] Ad Rom. 11.
[5] Ioan. 1.
[6] Psal. 103.

basta lo dicho, por razón de que no hay ingenio, ni entendimiento que pueda alcanzar la grandeza y majestad con que Dios pintó y dibujó toda esta variación de cosas y diversidad de hechos maravillosos suyos; ni hay palabras con que se expliquen, si no es que el mismo Dios, el verbo divino, sabiduría del Padre, en quien se encierran todos los tesoros de su sabiduría inmensa, nos hace de ello manifestación. Y así, no confiados de nuestro poco saber, sino postrados a los pies de tan alta majestad, ni fiados de ninguna ciencia humana, sino de la general noticia que la vista nos administra, podemos dar a nuestra ánima ocasión de imaginar, en tanta armonía y concierto, con que Dios lo tiene todo puesto en orden y con que nos da ocasión de admirarnos y de que las manos atadas vengamos a confesar su poder y grandeza; ya que sin tener los antiguos noticia distinta, de quién fuese, viniesen a conocer por la vista de esta máquina mundial, la alteza de su omnipotencia, como lo dice San Pablo,[7] por estas palabras: Por las cosas que Dios hizo en lo visible vinieron a rastrear el poder de Dios y a conocerle; pues ésta es obra que Dios hizo para mostrar su grandeza y poder y para que los hombres, llevados de esta consideración, supiesen granjearle su voluntad por amor y temor que le tuviesen.

CAPÍTULO II. *Donde se confuta y reprueba el error de los antiguos que dijeron haber muchos mundos, y se prueba ser uno solo*



NGAÑADOS LOS FILÓSOFOS ANTIGUOS de las cosas que veían y no enseñados en las cosas forzosas del conocimiento de Dios, tuvieron muchísimos errores, entre los cuales fue uno: persuadirse a que había muchos mundos. De esta opinión fueron Anaximandro, Leucipo y Demócrito y otros, cuyo parecer fue que las cosas se formaban y engendraban de los átomos (que son aquellas motas que se ven a los rayos del sol), como refiere Aristóteles en su *Phisica;*[1] y por esto porfiosamente afirmaban haber otros mundos más de este que agora tenemos. Porque decían que así como las cosas se formaban y engendraban de átomos, así los mundos serían muchos, porque de la misma manera que de veinte y tres letras se hacen infinitos libros y se componen muchas cosas por escrito, así también de estos mismos átomos se harían infinitos mundos. Parece favorecer esta opinión un dicho de San Clemente, discípulo del apóstol San Pedro que cita Orígines, en su *Periarchon,*[2] que dice: El mar océano no es navegable y aquellos mundos que están detrás de él se gobiernan y rigen por providencia del mismo Dios. También dice Plinio: Creer que hay infinitos mundos procedió de querer medir el mundo a pies, cosa de tanto atrevimiento para los hombres;

[7] Ad Rom. 1.
[1] Physic. 8.
[2] Orig. lib. 2. Periarch.

aunque dice llevar tan buena cuenta y tan sutil, que sería vergüenza no creello. Pero el dicho de estos gentiles fue poco estimado, que (como dice San Agustín) se revolcaron por infinitos mundos, con su vano pensamiento Y así, dejado todo esto por vano y por disparate de antiguos, tenemos nuestra verdad saneada con razones que (sin las que de fe se nos ofrecen) hay otras que podían ser (como lo son) naturales y de discurso concluyente. Porque habiendo como hay tanto número de naturalezas, entre sí distintas y diversas y todas perfectas en su género, es fuerza decir que, en cuanto su perfección, son una misma cosa; porque si una es perfecta y otra también, en cuanto entrambas son perfectas, que gozan de perfección, también de unidad de perfección; y así son una misma cosa en cuanto son iguales en razón de perfectas. Y esto se entiende habiendo entre sí disposición y orden, lo cual se conoce en estas cosas criadas; porque, con ser como son cosas tan diversas (y tanto que aun los ángeles no las pueden numerar), están ordenadas y trazadas con grandísimo concierto entre sí y no acaso. Por manera que en su concierto y orden se conoce la divina sabiduría, la cual dispone, provee y gobierna, todo lo a ellas necesario. Y es así, porque si del divino entendimiento o con su infinita voluntad no estuviese todo trazado y ordenado, era fuerza que con la confusión que entre sí tuviesen las cosas, en muy breve se acabarían; lo cual no sucede por el respeto dicho.

También es razón concluyentísima saber que la unidad de las cosas se considera en cuanto tienen recurso a una cosa; y como la unidad de las cosas criadas tienen recurso a Dios (que es solo y no muchos dioses), por esto siendo la unidad, en cuanto en grado de perfección, una, acógese a solo uno, que es Dios que le satisface en todo lo que le conviene, que como dice el psalmista,[3] crió todas las cosas para sí, haciéndoles que tuviesen recurso a él; mayormente que donde quiera que hay concierto y orden, no hay recurso más que a uno, como en una ciudad bien ordenada de justicia y leyes (si el gobierno es monárquico) siempre se reconoce uno a quien tienen por gobernador de ella y se acude a él con todo lo que toca a su gobierno y buen régimen. Por manera que tenemos razones naturales que pudieron considerar aquellos antiguos para reducir las cosas criadas a un solo mundo, sin repartirlas en tantos; las cuales, por ventura, no alcanzaron o ya que las alcanzasen o supiesen no se fiaron de ellas, desvanecidos de su propio parecer; que cierto no deja de admirar la consideración de su saber y juntamente su ignorancia grande; porque hombres doctos y que iban poniendo en pulicía la república del mundo, dando noticia de las cosas y secretos de nuestra tan obscura naturaleza, que dijesen que había muchos mundos, repugnando esto a toda razón, espanta. Porque para poner muchos mundos habían de dar alguna causa necesaria, la cual no hay que fuerce a creerlo; porque lo que pudo en aquellos muchos mundos que ellos fingieron, hay en éste que agora gozamos. Y si querían decir esto, por parecerles que en esto honraban más y engrandecían más la magnificencia y arte del criador, más honra le daban en poner en un solo mundo lo que

[3] Psal. 118.

en tantos mentían. Porque si no es más que un Dios, ¿de qué servían muchos mundos? Pues mundo (como vimos en el capítulo pasado) es una trabazón y concierto del cielo y de la tierra y todos los elementos donde se concierta esta armonía de cosas inferiores y superiores. Y si Dios crió el mundo por el hombre, como lo conceden y dicen los santos, y también por mostrar su grandeza y majestad, ¿qué necesidad hubo de muchos mundos, pues en sólo éste se acudía a la satisfacción del negocio?

Y aunque es verdad, que digo, que no hay más de un mundo, no por eso niego el poder infinito de Dios, que como crió uno, pudo criar otro y otros muchos y cuantos más fuere su santísima voluntad. Porque como la virtud de Dios es infinita (como la fe enseña) diciendo el santísimo Athanasio:[4] Inmenso es el Padre e inmenso es el Hijo e inmenso es el Espíritu Santo; que en cuanto son estas tres personas un solo Dios, es sola una inmensidad; y así se confiesa en lo de *Summa Trinitate et Fide Catholica*. Baruch,[5] en sus profecías y el psalmista,[6] dice: Su grandeza no tiene fin. Síguese, pues, de aquí muy bien, que con criar este solo mundo no agotó la infinidad de su poderío, antes le quedaron los tesoros de su grandeza tan colmados como antes que lo criara. Y pudo y puede criar otros cielos, otra tierra y otros elementos, si su majestad santísima fuese servido de quererlo; porque como en la creación deste mundo no hubo más (como dice San Juan)[7] de mandarlo y luego se hizo, así no habrá más agora si quisiese; pero según razón y según fe católica no tenemos otro mundo; como la misma fe nos lo enseña. Y esto prueban galanamente el glorioso padre San Agustín[8] y San Isidoro,[9] en los libros de sus *Ethimologías;* y se trae en el derecho y lo tenemos también citado en San Mateo,[10] diciendo Cristo a sus discípulos: Id a enseñar por todo al mundo, a todas las gentes. Y luego dice: que ellos fueron y predicaron en todas partes. Y sabemos de cierto que los apóstoles no fueron a otro mundo a predicar, sino a éste; por donde también la fe nos enseña tenaz y fuertemente lo que debemos tener acerca desto.

A la razón del glorioso padre San Clemente, acerca de los muchos mundos que pone desta parte del océano, digo: que se ha de entender y tomar por orbes y partes de la tierra, que así llama Plinio y otros escriptores a Escandinavia, tierra de godos y a la Isla Taprobana, que agora llaman Zamotra, y Epicuro (según Plutarco refiere) tenía por mundos semejantes orbes y bolas de tierras, apartadas de la tierra firme, como isla. Por manera que por lo dicho queda bien probado ser el mundo uno; y falsa la opinión antigua de que había muchos mundos; si ya no es que quisieron decir lo que decimos, de que las partes del mundo se llamasen mundos; tomando la parte por el todo, como agora esta tierra destas Indias llama-

[4] Div. Atha. in Simb. 60. de Sum. et Fid. Cat. C. firmi.
[5] Baruch cap. 5.
[6] Psal. 144.
[7] Ioan. 1.
[8] Div. Aug. lib. de Haeres. cap. 77.
[9] Div. Isidor. lib. 6. Ethymol. cap. 5 et adducit. 24. q. 3. c. quidam.
[10] Matth. ultim.

mos Nuevo Mundo, no porque sea otro diferente sino porque es parte dél, nuevamente conocida de nuestros españoles que, de poco acá, le descubrieron y habitan.

CAPÍTULO III. *De cómo las cuatro partes del mundo no sólo son habitables sino que también se habitan*



IENE EL HOMBRE (según el Filósofo) en el primero de la *Metafísica*,[1] una inclinación natural y apetito de saber y es tan insaciable que jamás se contenta con lo adquirido con la ciencia de una cosa, sino que pone más cuidado en proceder adelante y a más, cuanto más puede; y ésta fue la causa porque los antiguos sabios presumieron e intentaron no sólo querer medir la tierra; pero también poner en cuenta la grandeza de los cielos, numerándola y repartiéndola a palmos y en otras muy más pequeñas y estrechas medidas; cosa de grandísimo atrevimiento y que les hizo errar en muchas cosas. Porque dejando la investigación de las cosas inferiores, levantaron la presumpción a lo dicho; y de aquí cayeron en muchas ignorancias, a los cuales reprehende Aristóteles[2] en el prólogo que hace al libro *De Coelo et Mundo,* hablando con el rey Alexandro diciendo: que los que dejan de contemplar las cosas inferiores por irse a las superiores (es a saber) a la consideración de los cielos y planetas, en vez de hacerse sabios, quedan más ignorantes; con la cual ignorancia, quedándoles tan tapiados y cerrados los entendimientos filosóficos, crecióles sin temor la osadía de decir que, según hallaban las constelaciones de los cielos, su naturaleza y disposición, no era posible que toda la tierra fuese habitable. De los que dieron de ojos en este error fueron Tales Milesio y Pitágoras y, con ellos, aquel monstruo de naturaleza y ciencias humanas, Aristóteles, que no por haber reprehendido a los demás dejó de incurrir en el mismo yerro. Y, tras este sapientísimo varón, todas las escuelas griegas y latinas; y Ovidio[3] dijo no ser habitables las dos últimas zonas por ser demasiadamente frías. Y Macrobio[4] y Virgilio,[5] Apiano[6] y Gemmaphrisio y el comendador en las *Trescientas* de Juan de Mena. Éstos (con otros) afirmaban que la tierra en ninguna manera era toda habitable y era fuerza que, si la experiencia, a nosotros que gozamos destos presentes siglos, no nos hubiera enseñado lo contrario, nos abalanzáramos a creer con simplicidad y sin baraja este parecer tan general; porque no sólo fue (como digo) de los antiguos; pero de los que después los siguieron, que ahora llamamos modernos (como fue Durando y el sutil Escoto); porque decían que una

[1] Metaph. lib. 1.
[2] Arist. in Prol. lib. 1. de Coelo et Mundo.
[3] Ovid. in Metha.
[4] Macrob. lib. 2. de Somno Scipion.
[5] Virg. in Georg.
[6] Apia. in sua Cosmograp.

no se podía habitar, por muy fría y otra por muy caliente. Y así otros, que repartían la tierra en dos partes (que llaman hemisferios), decían que no había hombres en la una, ni los podía haber, sino que forzados y constreñidos de pura necesidad, habían de ir huyendo de aquellos extremos, buscando habitación templada. Por manera que de cinco partes, en que los antiguos repartieron la tierra (según contaron cinco zonas en el cielo), aún no hallaban habitables más de las dos; y las tres las dejaban deshabitadas y vacías, como temple contrario a la vida del hombre.

Para mayor claridad e inteligencia de lo dicho quiero poner aquí el fundamento que tuvieron estos antiguos, para dejarse llevar desta verdad fingida y aparente; el cual fue: que partiendo la tierra en cinco partes fingieron en el cielo cinco fajas (que llamaron zonas) con que quisieron medirla y regularla; las dos de las cuales son frías, dos templadas y una caliente. Esta opinión refiere también San Isidoro.[7] El que quisiere saber cómo son estas cinco zonas ponga su mano izquierda entre la cara y el sol, cuando nace u sale, con la palma hacia el pecho (que así lo ejemplifica Gómara y me aprovecho de su ejemplo). Y esto mismo enseña Polivio Grammático y tenga los dedos abiertos y extendidos y, mirando al sol por entre ellos, haga cuenta que cada uno es una de las dichas zonas u fajas; el dedo pulgar se ha de considerar ser la faja u zona fría de la parte del norte, que por su demasiada frialdad es inhabitable (según los dichos). El otro junto al pulgar es la otra zona templada y habitable, donde está el trópico de Cancro. El dedo de enmedio es la tórrida zona, que por tostar y quemar su calor la llamaron así y es inhabitable. El dedo del corazón es la otra zona templada, donde está el trópico de Capricornio. El dedo menor es la otra zona fría e inhabitable de la tierra que cae al sur. La distancia y espacio que hay de una zona a otra es que la de enmedio, que es la tórrida o tostada, coge de ancho desde el trópico de Cancro hasta el de Capricornio que es por donde pasa la equinocial, por donde de continuo corre el sol y hace su curso sin salir de este distrito y cerco; porque cuando va haciendo su curso hacia el austro o sur, declinándose hacia aquella parte, llega al trópico de Capricornio y de allí no pasa. Cuando se declina por estotra parte del septentrión o aquilón (que es el norte) llega al trópico de Cancro y de allí vuelve sin exceder su límite; y corriendo por la mitad de la zona, la equinocial divide y corta en dos partes iguales la tierra. Una parte deja al aquilón u norte y la otra al austro o mediodía; y cada mediación de éstas tiene veinte y tres grados y medio de anchura. De manera que todo lo ancho de esta zona, de trópico a trópico, son cuarenta y siete grados de distancia; que son, en cuenta más clara, ochocientas y veinte y dos leguas, de las ordinarias castellanas.

La segunda zona, después de esta tórrida hacia el aquilón, corre su anchura, desde el trópico de Cancro hasta el círculo del polo Ártico, el cual círculo se mide desde el polo del zodíaco, que dista del polo del mundo por veinte y cuatro grados y tiene esta zona de anchura cuarenta y tres

[7] Div. Isidor. lib. 3. Ethymol. cap. 21.

grados. La tercera zona corre de ancho desde el polo del zodíaco hasta el polo del mundo (que es el Ártico) y tiene veinte y cuatro grados; y contando en junto la distancia de grados que hay desde este polo a la línea equinocial son noventa, que son la cuarta parte de toda la tierra de polo a polo. La cuarta zona corre (volviendo destotra parte del polo Antártico) desde el trópico de Capricornio hasta el círculo también zodíaco Antártico, que se llama así por ser de la parte de mediodía; la cual zona es correspondiente a esta que nosotros habitamos y corre las parejas a ésta, con cuarenta y tres grados. La quinta y última zona es la que se incluye entre el polo zodíaco Antártico hasta el polo del mundo, que tiene veinte y cuatro grados, como la otra en su contraposición.

De esta larga división verá cada uno que quiera leerlo y notarlo en cuántas partes estaba dividida la tierra, haciéndola quintanaria la sabiduría antigua; y aunque la midieron toda y la redujeron a los números de leguas que tenemos referidas, por los grados dichos, no es tan cierta esta cuenta que no puede faltar en algo; y por esto decimos que es poco más o menos de lo dicho, contando desde la equinocial a una y a otra parte polar.

CAPÍTULO IV. *Que prosigue la materia del pasado y se prueba la habitación de todas las partes del mundo; y se declara a la opinión de los antiguos acerca del calor de la tórrida*



ONSIDERADO BIEN lo dicho en el capítulo pasado, se conocerá con facilidad lo que los antiguos dijeron acerca de la habitación o inhabitación de las tierras. Y aun Plinio, tratando más por menudo de lo habitado, escribe que de cinco partes que llaman zonas, quita las tres el cielo a la tierra, que son las señaladas en la figura y, que aún de esto que se puede habitar, le hurta una grande parte el océano. Y en otra parte dice que no hay hombres, sino en el zodíaco. La causa que ponían estas gentes para probar esta imposibilidad era ser unas tierras muy frías y otras muy calientes; lo cual todo trata Henrico Martínez[1] en su *Reportorio* y, por estar bien puestas y ser cosas de su facultad, me aprovecharé de ellas diciéndolo como él lo dice. Para lo cual hemos de suponer que la principal causa del calor, que de parte del cielo recebimos, es la presencia del sol. El cual nos comunica su cualidad por medio del aire. De suerte que tiempo caluroso no es otra cosa que estar cálido el aire que nos rodea. Recibe (pues) el aire calor por virtud de los rayos solares, los cuales hacen en él más o menos impresión, según la disposición del lugar en que le hallan, porque en las partes y lugares bajos y abrigados, donde los rayos solares reberberan en la tierra y hallan resistencia, calientan más que adonde pasan de claro. Y de que esto sea así se ve por experiencia que en tiempo

[1] Henrico Martínez. Report. tr. 3. cap. 5.

de invierno, los que por la mañana se quieren calentar a los rayos del sol, se arriman a alguna pared o a otro lugar acomodado, adonde los dichos rayos reberberan; porque allí sienten más calor, que en otro lugar exento, adonde pasan de través y a soslayo. Pues de la misma manera en las partes del mundo, adonde el sol hiere a la tierra derechamente, es la dicha reberberación fuerte y por consiguiente manera causa mucho calor; mas adonde los rayos solares pasan oblicuos y de soslayo no hay la tal reflexión; por lo cual las tales tierras gozan de poco calor.

Son (pues) las partes del mundo, adonde los rayos del sol vienen perpendiculares y derechos a la tierra, aquellas donde el sol pasa dos veces al año por el zenit o punto vertical (que es sobre nuestra cabeza) como sucede en todas estas tierras que están dentro de los trópicos, a cuya causa son generalmente muy cálidas. Y aquellas partes del mundo, donde los dichos rayos cuasi de todo punto pasan al soslayo sin que hagan impresión en la tierra, son las que están debajo de los polos del mundo, a cuya causa son muy frías. De aquí se colige que entre estos dos extremos se comprehende el temperamento que cualquiera tierra de parte del cielo puede tener, pues cuanto más se acercare al uno, más se ha de apartar del otro; y sácase de ello una regla general y es: que tanto será una tierra más fría cuanto mayor elevación de polo tuviere; y por consiguiente tanto será más calurosa, cuanto la elevación del polo fuere menor. Esto se entiende generalmente de parte del cielo. Mas si consideramos las partes y sitios de la tierra, hallaremos ser la referida regla muy falta; porque la virtud de las cosas universales en la producción de los efectos es variada y determinada, según la cualidad de la materia; y los grados de calor, frío, humedad y sequedad, no dependiendo de la vecindad o apartamiento del sol, sino también según el sitio y disposición de la tierra. Porque se ve por experiencia que en los valles hondos y apreturas de la tierra, se multiplica y aumenta el calor del sol y se extiende, esparce y disminuye en los llanos. En lo cual (por ventura) no advirtiendo los antiguos consideraron que cuanto el sol más se eleva, más calienta; y juzgaron que si en algunas partes de Europa, donde el sol no llega ni con muchos grados al zenit, hace grandes calores; que mucho mayor sería el tal calor en las partes del mundo donde pasa por el zenit. Y pues que en Sevilla, ciudad principal de España, no siendo la máxima o mayor elevación del sol más de treinta y seis grados y medio, causa en el estío un calor cuasi insufrible que mucho más sería este calor adonde viene a estar el sol, en nueve grados sobre el horizonte: pasando por encima de la cabeza. Pues como esto sucede en todas estas tierras comprehendidas dentro de los trópicos, las juzgaron por inhabitables, llamándolas tórrida zona, pareciéndoles que no sería posible sufrir la gente tan grande calor. De más de que a esto se había de seguir gran sequedad y destemplanza. Desta opinión fueron Ptolomeo,[2] y todos los demás astrólogos. Entre los cuales se cuenta también el autor de la esfera, diciendo: Que de toda la tierra del mundo, sola la cuarta parte era habi-

[2] Ptol. in 3. de Almagestis.

table. También es de este parecer Pedro de Aliaco[3] y Juan Pico Mirandulano, hombre doctísimo en las conclusiones que sustentó en Roma, delante del papa Alexandro VI; defendió acérrimamente ser imposible poder vivir hombre ninguno debajo de la tórrida zona. Y lo que más espanta es que el doctor Blas Álvarez Miraval, médico y teólogo, en el tratado que imprimió en Salamanca el año de mil quinientos y noventa y nueve intitulado *La conservación de la salud del cuerpo y del alma*, en el capítulo 12 dice: Que sola la quinta parte del mundo es habitable (que es la zona, inclusa, entre el círculo Ártico y el trópico estival de Cáncer) y que aunque la otra zona templada que hay en la parte meridional también sea habitable, que no se sabe qué gente sea la que la habita; porque el grande calor de la tórrida zona que está en medio de entrambas les quita el comercio; y que los hombres no se puedan comunicar. Y por otra parte en el mismo capítulo dice: Que la zona más principal y excelente, es la que está entre el círculo Antártico y el trópico de Capricornio, por razón de que es más habitable y tiene más gente que las demás, que es una contradición notable. Y en el capítulo 8° del mismo libro dice algunas cosas de astrología, al mismo tono; por donde muestra este escritor la poca noticia que tenía de la cosmografía y astrología cuando escribió. Lo cual no causa admiración en el prudente, porque raras veces acontece saber un hombre todas las ciencias bien; pero es costumbre de sabios que si para substanciar alguna cosa se les ofrece tratar en ella de facultad ajena, la comunican primero con los profesores de ella. Y así admira que una persona docta contradiga e ignore lo que de muchos años a esta parte han hallado y hallan, no uno, ni ciento, ni mil, sino millares de personas, por experiencia; pues consta y es cosa cierta que los reinos de la Nueva España, que caen debajo desta tórrida zona y los del Perú, la mayor parte de la Etiopía y costa de Guinea, la Arabia feliz, la India de Portugal, gran parte del reino de Persia y la parte meridional de la gran China, las islas Malucas y Filipinas; y otras muchas tierras fértiles y muy pobladas que están en esta tórrida zona, en muchas partes están pobladas, en la cual se goza del más apacible temple de todo el mundo.

No iban los antiguos fuera de camino en imaginar lo que queda referido, si la cualidad y disposición de todas las tierras (dentro de los trópicos) fuera según las de Europa; mas Dios nuestro señor, que todo lo crió de nada con su infinito saber, proveyó del remedio conveniente, dándoles la propriedad que tienen que es ser algunas muy húmedas y llover en ellas en la fuerza de los calores, en otras por la comodidad del sitio, que por naturaleza tienen ayudado del veloz curso de los cielos, gozando ordinariamente de aires frescos y templados. De más de esto los mayores días en estas partes son menores que en Europa y por consiguiente las noches mayores, para poder refrescar el tiempo y con esto es el calor menos, de lo que ellos imaginaban; porque importa mucho a la perfección del efecto, la continuación de la causa; y así no sólo son estas tierras habitables, mas

[3] Petrus de Aliaco, q. 3. supra Spher.

es el temperamento de muchas de ellas apacible, bueno y acomodado para la vida humana; y no solamente son habitables pero muy habitadas (como hemos dicho) y tan llenas de gente (que hablando desta Nueva España) en su gentilidad estos mexicanos eran en tanto número, que excedían a las hormigas de muy grandes hormigueros y a los muy grandes enjambres de abejas; y ahora hay muchísimo número de gente, así de ellos como de españoles, a los cuales jamás se les ha oído queja de calor que sea excesivo; y no sólo en este reino, donde tantas naciones hay, se puede vivir debajo desta zona; pero en el Pirú, en la ciudad de los reyes, metrópoli y cabeza de aquel reino (que por otro nombre se llama Lima) y la provincia de Quito, que están en el mismo grado que este reino mexicano, debajo de la tórrida zona, cuatro grados y más dentro del trópico de Cancro, contra la línea equinocial y es tan habitable esta tierra, que no la tiene el mundo de mejor temperamento; porque ni en el invierno hace mucho frío, ni en el verano calor demasiado; y es tan comedido el temple en sí, que en ninguna parte de la Nueva España obliga el calor en todo el año a que se desee el frío, ni el frío aprieta tanto a un hombre que se muera si no se pone a calentar al fuego; lo cual no se halla en España, porque cada tiempo da lo que es suyo, no perdonando el frío lo que puede ejecutar de su naturaleza, ni el calor lo que sabe abrasar.

De manera que esta región, como probamos, no sólo es habitable sino muy habitada y es muy conveniente para la habitación del hombre el estalaje que hay debajo de la equinocial. Así lo sintió San Isidoro en sus *Etimologías,*[4] en el cual paraje y región creyó estar el paraíso terrenal situado, aunque en la parte de oriente, en Asia. Y el doctísimo Vera Cruz, en una especulación que hace filosófica, citando al dicho santo, añade más, diciendo: que en Inglaterra vido un hombre a un encantador, que por arte del demonio y con sus diabólicos pactos y encantaciones había constreñido y encerrado al mismo demonio (según él pensaba); el cual para poder salir o tener licencia para ello prometía al encantador de traerle cada día, en todos los del año, frutas maduras y buenas; y preguntándole el encantador que ¿dónde estaba aquella tierra, que él sabía, donde tan ordinarios frutos se cogían?, respondió el demonio, que en cierto lugar que a los hombres parecía ser inhabitable, el cual era muy apacible y ameno. Este caso refiere el padre Vera Cruz y se lo atribuye al dicho santo; pero en el lugar que lo cita no está. Yo le tengo (y todos los que le conocieron) por hombre de toda verdad, así en sus escritos como en sus palabras; y así creo que lo leería en algún lugar y texto suyo; que aunque con diligencia lo he buscado no lo he podido hallar; pero no dificulto el creello (aunque un hombre tan grave no lo dijera) pues es proposición verdadera que la tenemos a los ojos, porque sin ir a tierras tan lejos buscando el nacimiento del sol, sino estando debajo de la misma línea, aunque acá tan apartados vemos todo aquello en abundancia; porque militando dentro de la tórrida zona podemos sin encantamientos afirmarlo, porque en todos los días del año

[4] Div. Isidor. lib. 14. Ethymol.

se dan frutas maduras de muchos géneros y sin obra del demonio, ni por mano suya podemos traerlas a las nuestras y comerlos, como lo hemos comido; porque de los frutos que produce la misma tierra (los que podemos llamar nativos) es muy cierto que en todo tiempo no faltan en este género o en el otro; y lo que más pone en admiración es ver que de los frutos castellanos, que después de pobladas estas tierras de españoles se han traído de Castilla, como son peras, higos, membrillos, uvas y otras de estas cualidades, por navidad, cuando los fríos, son acá mayores, siguiendo el temple de España (aunque no en la intensión y fuerza) hay alguna de estas frutas, como la hemos visto como son peras, membrillos y duraznos; y en confirmación de esta verdad, hoy que se cuentan 17 de el mes de noviembre del año de 1611, tengo en mi poder dos duraznos, tan lindos y frescos como se dan por su proprio y natural tiempo. Y este mismo año cuasi en principio de septiembre vide en el pueblo de Cohuatlychan, siete leguas de esta ciudad de Mexico, un rosal con rosa muy hermosa y fresca, siendo el tiempo de ella abril y mayo; y todos meses del año he visto en la ciudad y provincia de Tlaxcalla membrillos (aunque no en mucha cantidad); y por el mes de enero del año de 1612, que es otro después de el referido, vide peras maduras en esta dicha ciudad; y por febrero y marzo rosa; y en estos mismos meses algunos membrillos; y en el convento de Perihuan, que es pueblo en la provincia y reino de Mechoacan, vide el año de 1584 sacar de la huerta del dicho convento una gran canasta de membrillos, tan grandes y tan amarillos como se dan por los meses de agosto y septiembre, que es su natural tiempo, en todas partes. Y en el mismo reino y pueblo de Tacámbaro, que es de la encomienda de don Fernando de Oñate y está a la doctrina de los religiosos del glorioso padre San Agustín, se cogen manzanas, muchas y muy buenas, todos los meses del año, como me lo han certificado los mismos religiosos. Y en las faldas del volcán, en un pueblo llamado Tochmilco, duraznos y peras cermeñas más dulces que la miel; y en tierras donde se ejercita la labranza del trigo se ven, en todo el tiempo del año, un trigo que lo están segando y otro que va madurando y otro más verde y otro que acaba de nacer y otro que van sembrando; y ahora, que es por el mes de noviembre, se verifica esta verdad en el trigo que se está segando de temporal y el que va creciendo de riego, en el valle de Atrisco y otras partes y otro que se va sembrando; cosa que podría causar admiración viendo tanta fertilidad de tierra. Y si San Isidoro lo viera,[5] no dejara de espantarse y aun de celebrar la tierra, así como también alaba la India oriental diciendo de ella: Que a los árboles no se les cae en todo el año la hoja y que siembran y cogen dos veces en él, lo cual también se hace en estos reinos en muchas partes; y de el maíz digo que hay tres provincias que tienen tres cosechas de él.

De esto dicho sacamos probado cómo todo lo que coge esta tórrida zona no sólo es habitable, pero muy habitada; y con esto queda ya probado cómo las dos partes del mundo, que son oriente y occidente son

[5] Div. Isidor. lib. 14. Ethymol. cap. 6.

regiones habitables. Y digo más, que no sólo lo son; pero que también se habitan. Del oriente, por no causar enfado al lector, no traigo a las manos la prueba; pero para satisfación de esta verdad, que a nuestro propósito no hace la particularidad de quienes sean, lea el que quisiere al elocuentísimo historiador del rey, Cristóbal Estella Calvete, en sus *Comentarios de la tierra del Perú,* y allí satisfará el deseo, que para mi intento basta lo dicho. De la parte occidental están todas estas tierras que agora se hallan en estas Indias Occidentales y corriendo más hacia la China (según he oído a hombres doctos y seguros en sus palabras) debajo de esta zona, hay grandísimas poblaciones y tierras muy largas cubiertas de gentes, islas Malucas y Filipinas y otra mucha parte de la China, como dejamos dicho. De las otras dos zonas, medias o más templadas, no hay que probar; pues la experiencia hace prueba y en ellas habitaban los que pusieron en opinión el estalaje de las tres y en una de ellas nacen cuasi todos los que de las Españas vienen a las Indias, porque son de todas naciones; porque donde hay de todas naciones, habrá de todas tierras, aunque alargando más la prueba de la tórrida, lo podemos probar con dichos de los mismos escritores que eran contrarios y con autoridad de estos sabios antiguos y también modernos, y es sentencia de la divina escritura. Demás de esta experiencia dicha y examinada, Strabón, Pomponio Mela y Plinio, que fueron los que también afirmaron lo de las zonas, dicen cómo hay hombres en Etiopía, en la áurea Chersoneso y en Taprobana, que son Guinea, Malaca y Zamotra, las cuales caen debajo de su tórrida. De las otras dos zonas, ártica y antártica, tenemos la prueba muy bastante; porque en la parte del polo Ártico, en la elevación de sesenta grados hasta los setenta, se conoce habitación y asistencia de gente, como lo afirma el maestro Olao Magno, arzobispo upsalensi, en aquella larga historia que compuso de las gentes setemptrionales y pone a Noruega en la elevación de setenta grados, donde los días son de dos meses y medio y aun más; y pone islas que se habitan en aquellos polos y regiones hasta la elevación de ochenta y tres grados, donde dice que habitan los esclerigeros que por otro nombre se llaman pigmeos, que según historias verdaderas tienen sus batallas campales con las grullas, los cuales tienen días de cinco meses. Y el que quisere ver esto, y otras cosas muy curiosas y de ingenio y aun increíbles de los moradores de aquellas tierras tan remotas, podrá leer al dicho autor, si le pudiere haber a las manos y a *Jardín de Flores,* si no lo ha leído. También Escandinavia y los montes hiperbóreos y otras tierras que caen al mismo norte (como voy probando) están muy pobladas según otros autores; porque estos hiperbóreos están debajo del norte (según dice Herodoto en su *Melpómene)* y Solino en su *Polyhistor,* aunque Ptolomeo no los pone tan vecinos al norte, sino en algo más de setenta grados apartados de la equinoccial; aunque también es verdad que Matías de Nicoi los niega y no quiere creer que hay tal gente; y por lo dicho no ha faltado quien se haya maravillado de Plinio, autor tan conocido y, grave de que hubiese mostrado contradicción en lo tocante a las zonas y descuido o poco saber en geografía y matemática.

El primero que afirmó ser habitable la tierra de esa parte de las zonas templadas (porque demos autor de más de la experiencia) fue Parménides, según cuenta Plutarco. Y Solino, refiriendo autores y escritores viejos, pone los hiperbóreos donde un día dura medio año y una noche otro medio, por estar de ochenta grados arriba viviendo muy sanos y tanto tiempo que hartos de su mucha y larga vida, se matan ellos a sí mismos. También dice cómo los alimpheos, que moran en aquellas partes, andan sin cabello ni sombrero. Ablavio, historiador godo, dice cómo los adogitas tienen día de cuarenta días nuestros y noche de cuarenta noches, por estar de setenta grados arriba y viven sin morirse de frío. Galeato de Narni afirma, en el libro de *Cosas incógnitas al vulgo*, cómo hay muchas gentes en la tierra que cae y está cerca del norte. Saxo Grammático, pone por tierra muy poblada a la Escandinavia, que ahora llaman Suecia, la cual es muy setemptrional. Alberto Magno dice que tiene por muy mala vivienda la tierra de cincuenta y seis grados arriba; y así cree por imposible la habitación debajo del norte; pues donde la noche dura un mes, es incomportable la frialdad; y así dice Antonio Bonfin, en la *Historia de húngaros y bohemios*, que a los lobos se les saltan los ojos del mucho frío que sienten en las islas del Mar Helado. Y aun Aben Ruiz lo afirma, por Aristóteles,[6] Avicena en su *Doctrina segunda*. Y Alberto Magno,[7] en la *Naturaleza de lugares* y quieren probar por razones naturales, cómo el estalaje debajo de la tórrida zona es habitable y aun más templada para la vivienda del hombre que las zonas de los trópicos.

De estos dichos de unos y razones de otros podemos colegir el atrevimiento del saber humano donde llega, que quiere ponerse a fuerzas en las cosas que no ve ni sabe, afirmando si puede o no puede ser; pero finalmente se les puede a todos tapar las bocas con la palabra de Dios dicha por Isaías,[8] donde dice: No crió el señor la tierra en balde, ni en vacío, sino para que se more, habite y pueble. Y Zacarías dice al principio de su profecía, que anduvieron la tierra y toda ella estaba poblada y llena de gente. Ni es de creer que la mar esté llena de peces y poblada de ellos, en todos cabos y que la tierra esté vacía y baldía, sin tener hombres en las zonas que fingieron destempladas; ni tampoco impiden los fríos, por más enemigos que sean a la vida humana; de manera que no anden sin él y descabellados los que viven en aquellas frigidísimas regiones; porque si como dice el Filósofo, la costumbre hace naturaleza, ¿por qué la naturaleza no se conservará? Bien es verdad que el frío destempla un cuerpo que está no hecho a él; pero si con él se cría no le hará daño. De la tórrida zona decimos que conservará los cuerpos con más propriedad porque naturalmente el calor ayuda a la vida.

De todo lo dicho concluimos con que las cinco zonas no sólo son habitables, sino que se habitan con grandísima frecuencia, según lo probado; y esto se debe tener por muy cierto, dado caso que antiguamente los que

[6] Lib. 4. de Coelo et Mundo.
[7] Albert. in natur. loco, 2. p. cap. 6.
[8] Isai. 45.

seguían la común opinión pusiesen las dos últimas zonas que llamamos polares (y esta media que es la tórrida) por inhabitables y despobladas; que como todo no se pudo saber en un día, ni en un año, después que el hombre cayó de aquel felice y honroso estado en que Dios le había puesto, pasándose muchos, fue imposible (con saber humano) dar noticia al mundo ni tenerla de su grandeza, si no fuera revelándolo Dios; y así poco a poco se han ido desengañando los hombres de muchos errores, que a los antiguos les parecieron verdades muy apuradas, en los cuales hallamos haber caído todos los astrólogos y cosmógrafos antiguos negando estas poblaciones y no advirtiendo al dicho de Dios[9] (hablando a nuestros primeros padres Adán y Eva), diciéndoles que creciesen y multiplicasen y hinchesen la tierra, que a tener fe como nosotros la tenemos pudieran creer que quien mandaba que multiplicasen y hinchesen la tierra, que también concertaría las regiones como pudiesen ser morada de tantos hombres. Ellos, finalmente erraron, y ahora se descubren estos yerros. Sea Dios bendito que quiso hacer tanto favor a los siglos presentes, que gozasen de estas verdades tan al descubierto, y los españoles y castellanos tienen mucha parte en estas gracias (en cuanto pueden ser humanas) después de las que a Dios se deben, pues ellos fueron instrumento de este tan manifiesto desengaño.

CAPÍTULO V. *De cómo todo el mundo es esférico y redondo y cómo por esta causa hay antípodes contra la opinión de muchos antiguos*



EL CAPÍTULO PASADO nos pone en obligación a que declaremos qué figura tenga el mundo; porque si en todo él se habita y vemos que el sol y la luna, unas veces se nos esconden y otras vuelven a aparecer, puede causar confusión en la consideración y deseo de saber (en los que no lo saben) de cómo puede ser esto viendo que siempre estos cuerpos celestes se descubren y encubren por una misma parte de oriente a poniente y que nunca mudan sitio, fuera del que tienen señalado de Dios en sus vueltas y movimientos. Por esto no menos esta dificultad que otras (como hemos ya visto) descubrió las razones ocultas de los antiguos, porque como dijo Antipho, poeta (referido por Aristóteles en las *Cuestiones mecánicas)*, sabían o habían hallado por cierto que con el arte o maña se vencían todas las faltas de naturaleza y con esta presumpción quisieron afirmar muchos que el mundo tenía figura de huevo, otros de piña o pera; y Demócrito dijo ser redondo a la manera de un plato, aunque de figura cóncava. Otros, que firmemente tuvieron no haber antípodes y que los negaron (como fue Anaximandro, Anaxímenes, Lactancio Firmiano) y otros fueron de parecer que este cuerpo redondo que hacen agua y tierra era

[9] Genes. 1.

llano; pero como siempre iban fundados en sólo su parecer (y el del hombre por sí mismo sea tan flaco y ciego) jamás decían cosa que de ella no pudiesen nacer cien mil sospechas; porque a la hora que no eran profetas de Dios, ni su saber procedía de revelación particular deste mismo Dios, sino de una atrevida confianza de ingenio, mal podían saber por cosa cierta (estando en Grecia) lo que pasaba en estas nuestras Indias Occidentales. Y si decían algunas verdades destas sus tierras (fundados en lo que presumían alcanzar y saber de la vista y consideración de las estrellas y cielos) eran envueltas en mil falsedades como la experiencia nos lo enseña, cuya prueba vamos siguiendo; porque decir que el mundo fuese de figura de huevo o llano, si entonces se creyó, ahora vemos lo contrario; lo cual ellos o no lo alcanzaron o no lo quisieron creer, por ver la tierra tan llena y rodeada de montes, sierras, cerros y quebradas; cosas éstas (a su parecer) que no venían bien con figura redonda, no considerando que lo particular no deshace ni destruye a lo general; y que respecto de toda la tierra, en general, son de muy poca cantidad los montes y sierras y que si en tanta distancia de tierra como hay llana fue Dios servido que hubiese sierras y cerros, fue por disposición divina, para más provisión de las aguas que siempre se engendran más en ellas que en los llanos, como lugares más dispuestos para estas generaciones que los llanos por estar más rodeados de aire, que es el elemento que con más facilidad se transmuta y convierte en elemento de agua y por ser tierra más porosa para esta transmutación convenientísima; y los montes y sierras no hacen a la tierra mayor ni menor, en cuanto a la esencia del círculo que coge porque son como superfluidad de la misma tierra y como cosa sentada en la llanura y superficie de ella.

Y así por estas razones los que agora vivimos teníamos muy grande ocasión de admirarnos de aquellas gentes doctas, antiguas, que fundados en livianas razones posponían las esenciales y forzosas y tomando este negocio con más consideración podíamos preguntarles que si es verdad que el mundo es llano; y el mundo, como tenemos probado (en el capítulo I), es una trabazón de cielo y tierra, esta llanura es fuerza que llegue a tener fin y que pare en algo; y ya que no tenga este fin siempre, la figura recta es imperfecta, porque puede recibir más cantidad y hacerse mayor de lo que es (como dice el Filósofo);[1] pues vemos que todas las obras de Dios son perfectas y acabadas con grandísimo concierto. Síguese qué cosa imperfecta no se ha de atribuir a cosa tan hermosa y linda como es todo el mundo. Y más que como dice el Filósofo en el mismo lugar, uno es primero que muchos y el simple primero que el compuesto, como la parte que es primero que el todo, y la figura recta o larga es compuesta de muchas líneas; luego seguirse ha muy bien que a cosa tan perfecta le demos figura más perfecta que se puede hallar; la cual es la figura redonda que por eso se dice perfecta, porque no tiene principio ni fin, y en razón de figura circular o redonda no se puede añadir ni quitar nada; y así prueba

[1] Lib. 2. de Coelo et Mundo.

el Filósofo, ser el cielo de figura circular o redonda, porque siendo como es cosa tan excelente y hermosa y entre todos los otros cuerpos esféricos el primero y principal, hásele de atribuir la más excelente figura, que es la circular y redonda; porque esto tiene de excelencia esta figura, que aunque es chica (según el Filósofo) es muy grande porque es chica en cuanto a la línea, porque de sola una línea se compone y es grande en cuanto a la capacidad. Y así, lo mismo que decimos de los cielos, hemos de entender de las demás esferas elementales, de fuego, aire, agua y tierra; lo cual, si no es que un hombre esté ciego, es fuerza que lo vea y entienda; porque si el cuerpo del mundo es redondo, con mucha más razón lo han de ser sus partes, que son las que lo componen, como son los elementos que son las esferas inferiores.

De que la tierra sea redonda de oriente a occidente, que es lo que llaman la largura del mundo, claro se manifiesta; porque las estrellas y planetas no se manifiestan igualmente en el oriente, que es la parte por donde se descubren; porque primero las ven los que habitan más al oriente que los que estamos acá más occidentales y esto nace de ser redonda la tierra; porque si fuera llana, fuera cosa muy cierta que igualmente se vieran las estrellas y planetas de los orientales habitadores y de los occidentales; porque fuera fuerza que su horizonte fuera el nuestro y el nuestro el suyo; lo cual no es así, por la diversidad de los lugares y ciudades; de lo cual todo tratan largamente los cosmógrafos; porque a los que habitan en las regiones de España les nace y aparece el sol seis horas y media y más, antes que a nosotros que vivimos en esta Nueva España, según tengo comunicado con quien lo entiende. Y primero se les cubre y entra en el occidente que a nosotros todo este tiempo dicho; y así se ve claro ser redonda la tierra, en lo que toca a esta parte oriental y occidental. Esto se prueba con la experiencia de un eclipse que hubo en España el año de 1539, que si fuera la tierra llana y no redonda (como vamos diciendo) cuando se vido allá se viera acá en esta Nueva España, el cual no se vio; lo cual (aunque es verdad que pudo ser por alguna causa natural, el no verse acá, porque el sol jamás se eclipsa de todo punto) también lo causó la mucha distancia de la tierra; y si algún eclipse sucediese en España antes de mediodía, a cualquier hora que fuese no sería posible verle en la ciudad de Mexico; porque a aquella hora, aún no ha nacido acá el sol; y así afirmaron los que vieron el eclipse referido en España, que se hallaron en Sevilla, que fue a las once del día antes de comer. De lo cual queda líquido el no poderse ver acá, en esta tierra; pues aquella hora aún no había amanecido en ésta, con dos horas o poco menos; porque cuando allá es mediodía, comienza acá a salir el sol; y cuando acá es mediodía, se pone en España.

De que también sea redonda la tierra, tomando del mediodía al septentrión (que llaman los astrólogos, anchura del mundo) vese muy claro; porque si uno caminase del polo Ártico (que es el norte) al Antártico que es el sur, camino recto sin torcer a ninguna de las otras dos partes de oriente o poniente o, por el contrario, trocando los polos (conviene a saber) del Antártico al Ártico, verá uno de los polos más levantado y elevado

que otro; y el que no está tan subido le parecerá más bajo y casi en abscondido; de tal manera que si el polo, hacia el cual camina y lleva siempre delante el caminante, se eleva y levanta por espacio y distancia de un grado, estotro queda a las espaldas, estará más caído toda la distancia y espacio de aquel grado; y esto que digo es experiencia cierta de todos; por lo cual (según dicen hombres doctos) en Sevilla es la elevación y apartamiento del polo, 37 grados escasos; y si de allí acostándose a aquella parte de septentrión quieren ir a Salamanca, está en aquel sitio elevado el polo, 41 grados; y si de Sevilla, pasando el mar, vienen a Mexico, hallarán caído el polo, 19 grados, que es la altura en que está esta ciudad mexicana; por manera que yendo de un polo a otro se conoce lo que sube y baja la tierra; y así por todas partes es redonda y para quitarnos de pruebas matemáticas, conócese que el mundo es redondo en la vuelta redonda que con increíble presteza da el sol cada día; y siendo redondo aquel cuerpo superior, también lo es la tierra, por cuya redondez pasa todos los días, haciendo su curso (y como centro que es del mundo) según lo muestran los equinocios; la cual está fija y fuerte y tan recia y bien fundada sobre sí misma que nunca faltará.

Por lo dicho, fácilmente se declara cómo es redondo el mundo y no llano como los antiguos dijeron; de aquí se sigue que si en todo él hay gente, es fuerza tener antípodes, que son los hombres que pisan en la bola y redondez de la tierra, al contrario de nosotros o por mejor decir al contrario unos de otros; los cuales a el parecer (aunque no de cierto) tienen las cabezas bajas y los pies altos; sobre lo cual (como dice Plinio) ha habido gran batalla de letrados; unos los han negado y otros aprobado y defendido; y otros afirmando que los había, juraban que no se podían ver ni hallar; y con esto anduvieron vacilando y haciendo titubear a otros. Estrabón y otros, antes y después, negaron los antípodes, diciendo ser imposible que hubiese hombres en el hemisferio inferior donde los ponen; y no sólo autores gentiles, pero también cristianos los han negado. Los que tenían la tierra por llana, los negaron; y también los contradice y niega Lactancio Firmiano, persuadiéndose a que no podía ser que hubiese hombres que pusiesen y afirmasen los pies en la tierra, al contra de nosotros; porque decía que a ser así sería ir contra la naturaleza: los pies altos y cabeza baja, cosa a su juicio fingida y de que se reía; y por eso burlaba mucho de los que creían que era el mundo redondo y me río más de él en que se persuadiese que el que hizo máquina tan vistosa como la del mundo, no pudiese hacer esto que a él le parecía tan imposible; porque cuando se ha de poner dificultad en una cosa o imposibilidad, ha de ser por una de dos causas, o porque el que la quiere hacer no tiene caudal ni poder para salir con su intento, o porque de parte de la cosa hay insuficiencia y repugnancia. Una de estas dos cosas había de haber en esta obra del mundo; lo cual vemos falso; porque de parte del artífice vemos poder infinito con que pudo salir con todo. De parte de la obra no hubo repugnancia; porque no implica contradición que unos afirmen los pies, en contra de otros; porque no es contra naturaleza; porque como pudo criar Dios llana la

tierra, por mostrar sus maravillas, la hizo redonda; y haciéndola redonda ya la posibilitaba para ser morada de los hombres y esto es maravilla de Dios y grandeza suya hacer y disponer la bola de la tierra, de tal manera, que estándose queda pudiesen andar por ella los hombres; y si los que negaron los antípodes cavaran y ahondaran la vuelta que hace el sol cada día, a buen seguro que lo creyeran; porque (pregunto) ¿para qué crió Dios el sol y lo puso en medio del cielo y le hizo de tal naturaleza, que lo bojease todo en 24 horas? Para que alumbrase a los hombres (pues para el hombre lo crió todo). ¿Pues de qué servía sol, donde no hay ni había hombres? Y si es verdad, como lo es (y lo dice el Filósofo),[2] que Dios y la naturaleza no hicieron cosa superflua ni sin provecho y sabemos que el sol da vuelta por debajo de nuestros pies; ¿a qué propósito la da si no hubiese a quién alumbrar y dar luz debajo de ellos? Seguirse ya que la vuelta redonda que da fuese superflua y vana; pues no era de ningún efecto el ir por aquel medio mundo Antártico (que así lo quiero nombrar el de nuestros antípodes, haciendo este nuestro en que habitamos Ártico) y así hallaríamos obra de Dios superflua; y el que quisiese tendría ocasión de sospechar de Dios lo que como malo se le antojase y si este mundo (que es trabazón de cielo y tierra) no fuese redondo sino llano y feneciese en lo que se ve de oriente a poniente y allí hiciese fin, pregunto: ¿por dónde vuelve el sol a deshacer su curso, después que vemos que se nos ha desaparecido? Porque si volviese por donde fue era fuerza que lo viésemos venir como lo vemos ir; porque no había para qué cubrirse y en Dios no hemos de poner superfluidades sino lo necesario y vemos que es muy al contrario; porque le vemos siempre que hace su curso para alumbrar el mundo. Sabemos[3] que volvió en tiempo del rey Ezechías diez horas atrás por particular voluntad de Dios; por causas que a su majestad pluguieron y de aquello se admiró el mundo, al menos todos los que lo vieron y supieron. Luego fue cosa inusitada; pues puso admiración y espanto que a ser cosa común y ordinaria no admirara, como no admira en contra, como lo vemos ir.

Por lo dicho podemos colegir la poca razón de Lactancio en reírse de buenos entendimientos que creyeron y afirmaron lo contrario de lo que él sentía; si no fuese que dejado llevar del parecer antiguo, no quisiese contradecirlo y se fuese al hilo de otros, como otros muchos. Ésta fue la casua (según pienso) que debió de mover al glorioso padre San Agustín, a negar los antípodes, como los niega en el libro 16 de la *Ciudad de Dios;* ver que había antiguos que los negaban y también no haber leído en toda la Sagrada Escritura lugar que los afirmase, ni nombrase; y también por quitarse de ruido en cuestiones con hombres que los negaban tan fuerte y rigurosamente; porque si dijera que los había no pudiera probar que descendían de Adán y Eva, como todos los demás hombres, de todo aquel medio mundo que ellos habitaban, a los cuales hacía ciudadanos y moradores de aquella su ciudad de Dios; porque la antigua opinión de filósofos

[2] Deus et natura nec deficit in necessariis, nec abundat in superfluis.
[3] Isai. 28. Div. Dion. Epist. 7. ad Polic.

y teólogos de aquel tiempo era que, aunque los hubiera, no se podían comunicar con ellos, por razón de estar en este hemisferio que ahora por voluntad divina habitamos, que es estotra media bola y redondez de tierra que ellos no creían que había y pensaban que aunque los hubiese no era posible su comunicación, por el gran mar que de por medio había que lo impedía; y también la tórrida zona, que con su fuego atajaba el paso. También los nego San Isidoro en sus *Ethymologías*,[4] cuyas palabras son: fuera de las tres partes del mundo, que son Asia, África y Europa, hay otra parte en el mediodía o occidente, tras del océano, la cual por el gran ardor del sol nos es oculta, en cuyos fines y lugares fingen algunos haber antípodes; quiere decir en estas palabras que la verdad de haber antípodes nació de poetas, que por adornar sus dichos suelen fingir mil cosas; entre las cuales, es decir, que hay gente detrás del océano; lo cual nasció de alguno de ellos, sin que ningún escritor lo haya afirmado, ni dicho. La causa que haya tenido este glorioso santo, para negar los antípodes, como no la da, sino parescerle burla; por eso no la sé, ni puedo presumir que sea, si no es irse al hilo de los demás, como también hizo Lactancio, como hemos visto.

El glorioso padre San Agustín pudo tener las que hemos dicho, aunque no es bastante razón no haberla en la Sagrada Escritura para no creerlo que muchas cosas son muy ciertas, de las cuales no nos da razón la Sagrada Escritura y no por eso dejamos de saberlas y creerlas; porque lo que no va contra ella que se afirme con razones discretas y naturales no la ofende. Demás de que en la Sagrada Escritura está cómo es redonda y cómo el cielo y el sol la rodean. En conclusión, una gran caterva de filósofos antiguos (que por no ser prolijo, los dejo encomendados al silencio) lo afirmaron; como lo cuenta Plutarco en los libros que intitula: *Parecer de filósofos*, y Macrovio, sobre el sueño de Scipión; y es tan común este nombre de antípodes, que pienso que desde el Diluvio se supo; y el que hizo mención de él, primeramente, entre teólogos, fue San Clemente Papa, discípulo de San Pedro Apóstol, según Orígenes y San Gerónimo. Y para que la experiencia de esta verdad tape las bocas a los que quisieren ir contra esto, quiero hacer memoria y contar la vuelta que a todo el mundo dio la nao, llamada Victoria, que fue una de las que llevaba Magallanes al descubrimiento de las Malucas, como lo cuenta y afirma la *Historia general de Indias*; la cual con los que iban en ella, después de haber salido de Sevilla y pasado por el estrecho, que se dijo del que iba en ella, Magallanes, y habiendo llegado adonde llevaban el intento, que era a las Malucas, y habiendo cargado suma de especias de Tidore, isla cuyo rey se llamaba Almanzor, tomaron la vuelta de España por la navegación portuguesa, y partiendo de esta isla, Juan Sebastián (a cuyo cargo iba la nao) por abril tocó en muchas islas y vino a Zomatra y, sin tomar tierra, pasó a cabo de Buena Esperanza y arribaron en Santiago, isla de Cabo Verde y en breve llegaron a San Lúcar, puerto de donde habían salido a los 6 de septiem-

[4] Div. Isidor. lib. 14. Ethymol. cap. 6.

bre de 1522 años. Habiéndose tardado en el viaje, en ida y vuelta, tres años, menos catorce días; y cada cual procuró irse a descansar que bien lo habían menester; pues el camino y viaje que habían hecho no era menos que de diez mil leguas y aun catorce mil (según fue cuenta) y en este viaje atravesaron la tórrida zona seis veces y sin quemarse, contra la opinión de los antiguos; por manera que aunque no hubiéramos dicho más que este caso, era bastantísima prueba de todo lo dicho acerca de la redondez de la tierra y cómo es habitable y se habita; pues no sólo es imaginación de entendimientos curiosos y especulativos, sino trato palpable de los ojos y testigos muchos que unos a otros se abonan; y con este fin me parece que queda bien satisfecho el capítulo.

CAPÍTULO VI. *Cómo el mundo está repartido en islas, según los antiguos y cómo comprueba esta verdad este Nuevo Mundo descubierto que se tiene también por isla (como lo es) y se numeran las leguas que bojan por las dos mares del Norte y la del Sur*



ONTINUANDO aquellos antiguos padres de las ciencias, el discurso de las cosas del mundo, no se contentaron con sólo saber que era tierra en la que se habitaba en Asia, África y Europa, sino que pasando adelante las hicieron unas divididas de otras y apartadas por las aguas y las llamaron islas. Y así, según refiere Isócrates en su *Panegírico*, partieron a Asia y Europa por el Tanáis. Luego dividieron a África de Asia, por las vertientes del Nilo; y si todo lo advirtieron fuera muy mejor por el Mar Bermejo,[1] que casi atraviesa la tierra, desde el mar océano, hasta el Mediterráneo; y si hemos de ir con dichos de autores antiguos, a quien es justo que sigamos porque de ellos viene la noticia que en estos siglos nosotros tenemos, dice Beroso que Noé puso nombre a estas tres tan largas provincias, llamando a la una Asia, a otra Europa y a la otra África; y se las dio a sus tres hijos, Sem, Cam y Japhthe (como en otro capítulo veremos, siendo Dios servido), y que navegó el Mediterráneo diez años. Séase lo que se fuere, ahora sólo se dice cómo se dividen aquellas tres partes del mundo en islas; y pues no es menos parte de él sino una de las mayores, esta tierra de las Indias Occidentales como tal, pasa por isla, como una de las demás que lo es sin duda, por estar cercada por todas partes; de la una, de la del norte; y de la otra, de la del sur; y porque más se satisfagan los que alcanzaren a leer esta historia y vean la grandeza encubierta en estas partes, me pareció poner las leguas que bojea, rodeándola por la California que es el poniente, hasta el Estrecho de Magallanes que cae al oriente de este reino mexicano, dando la vuelta de norte a sur;

[1] Gómara p. 1. fol. 8 y 9.

lo cual haré aprovechándome de lo que acerca de esta cuenta tiene ya litigado y averiguado el maestro fray Alonso de la Vera Cruz, en su *Filosofía* y el autor de la *Historia general de las Indias*; porque la verdad de esta cuenta la tiene deslindada y tratada con los cosmógrafos del rey; los cuales no ponen en las cartas de marear ninguna cosa de nuevo que no sea tomado juramento y delante testigos, aquellos que las dicen; y para mayor declaración comienzo la cuenta por la parte septentrional, que es la que más confina con tierras de Europa, islas no mucho tiempo ha halladas; llamada la una Islanda y la otra Gruntlandia, términos y aledanos o mojones de esta tierra indiana, porque aquella parte cuyo sitio y disposición se dirá.

Confina, como digo, con estas islas (no muy lejos) la tierra que llaman del Labrador,[2] sitio más metido al norte de toda la tierra de las Indias y corre 200 leguas de costa hasta Río Nevado. De Río Nevado, que cae a sesenta grados, hay otras doscientas leguas hasta la bahía de Maluas; y casi toda esta costa está en los mismos sesenta grados; y toda, como he dicho, es llamada Tierra del Labrador; y tiene al norte la isla de los Demonios. De Maluas a Cabo Delgado, que está en cincuenta y seis grados hay 60 leguas. Desde Cabo Delgado, que cae en cincuenta y cuatro grados, sigue la costa doscientas leguas por derecho de poniente, hasta un gran río dicho San Lorenzo, que algunos lo tienen por brazo de mar y lo han navegado más de doscientas leguas arriba y por esto muchos le llamaron el Estrecho de los Tres Hermanos. Aquí se hace un golfo, como cuadrado, y baja desde San Lorenzo hasta la punta de Bacallaos, harto más de doscientas leguas. Entre aquesta punta y Cabo Delgado hay muchas islas bien pobladas que llaman Cortes Reales y cierran y encubren el golfo cuadrado, lugar en esta costa muy señalado. Desde la punta de Bacallaos ponen ochocientas y sesenta leguas a la Florida y por más menudo se cuenta así. De la punta de Bacallaos, que cae a cuarenta y ocho grados y medio, hay setenta leguas de costa a la bahía del río. De aquella bahía, que está en algo más de cuarenta y cinco grados, hay otras setenta leguas a otra bahía que llaman de las Islas o Isleos, y está en menos de cuarenta y cuatro grados. De la bahía de Isleos a Río Fondo hay setenta leguas; y del otro río, que dicen de las Gamas, hay otras setenta leguas y ambos ríos están en cuarenta y cuatro grados. Del río de Gamas hay cincuenta leguas, al Cabo de Santa María; y de éste al Cabo Bajo hay cerca de cuarenta leguas; de éste al Cabo de San Antón cuentan más de otras cien leguas. De este río de San Antón hay ochenta leguas por la costa de una ensenada, hasta el Cabo de Arenas, que está en casi treinta y nueve grados. De Arenas al puerto del Príncipe hay más de cien leguas; de éste al río Jordán setenta; de éste al Cabo de Santa Elena, que cae en treinta y dos grados, hay cuarenta. De Santa Elena a Río Seco hay cuarenta. De éste, que está en treinta y un grado, hay veinte leguas a la Cruz; de aquí al Cañaveral cuarenta. De punta del Cañaveral, que cae a veinte y ocho grados, hay cuarenta hasta la punta de la Florida.

Es la Florida una lengua de tierra metida en la mar cien leguas y derecha

[2] Gómara.

al sur. Tiene de cara, y a veinte y cinco leguas, la isla de Cuba y puerto de la Habana; y hacia levante las islas Bahama y Lucaya. La punta de la Florida, que cae en veinte y cinco grados, tiene veinte leguas de largo y de ellas hay cien leguas y más hasta el Ancón Bajo, que cae cincuenta leguas de Río Seco, leste oeste, que son la anchura de la Florida. Del Ancón Bajo hay cien leguas a Río de Nieves; y de éste a Río de Flores más de veinte. De Río de Flores hay setenta a la bahía del Espíritu Santo, a quien por otro nombre llaman la Culata, que baja treinta leguas. De esta bahía, que está en treinta grados, hay más de setenta al Río de Pescadores. De Pescadores, que cae a veinte y ocho grados y medio, hay cien leguas, hasta Río de Palmas, por cerca del cual pasa el trópico de Cancro. Del Río de Palmas al río Pánuco hay más de treinta leguas; y de allí a la Villa Rica o Vera Cruz,[3] noventa leguas; queda en este espacio Almería. De la Vera Cruz, que cae en diez y nueve grados, hay treinta leguas y más al río de Alvarado, que por otro nombre se llama Papaloapam. Del río de Alvarado al de Cohuatzacualco ponen cincuenta leguas. De allí al río de Grijalva cuarenta; y están estos dos ríos en poco menos de diez y ocho grados. Del río de Grijalva al Cabo Redondo hay de costa ochenta leguas y están en ella Champotón Plozaro. De Cabo Redondo al cabo de Catoche o Yucatán cuentan noventa leguas y están en cerca de veinte y un grados. De manera que hay novecientas leguas de costa, desde la Florida a Yucatán, que también es otro promontorio[4] que sale de tierra hacia el norte; y cuanto más se mete al agua, tanto más ensancha y retuerce. Tiene a sesenta leguas la isla de Cuba que le cae al oriente, la cual casi cierra el golfo que hay desde la Florida a Yucatán, a quien unos llaman Golfo Mexicano, otros Florido y otros de Cortés. Entra la mar por este golfo por entre Yucatán y Cuba, con muy gran corriente y sale por entre Cuba y la Florida y nunca es al contrario; llámase agora el Desembocadero. De Catoche a Yucatán hay ciento y diez leguas al Río Grande y quedan en el camino la punta de las Mujeres y la bahía de la Ascensión. De Río Grande, que cae a diez y seis grados y medio, hay ciento y cincuenta leguas hasta Cabo de Camarón, contadas de esta manera: treinta del río a puerto de Higueras; de Higueras al puerto de Caballos otras treinta y otras treinta del de Caballos al Puerto de Triunfo de la Vera Cruz y de él al puerto de Honduras otras treinta. De éste al Cabo del Camarón veinte, de donde ponen setenta al Cabo de Gracias a Dios, que está en catorce grados. Queda enmedio de esta costa Cartago. De Gracias a Dios hay setenta leguas al Desaguadero, que viene de la laguna de Nicaragua. De allí a Corobaro hay cuarenta; y más de cincuenta de Corobaro al Nombre de Dios; y queda enmedio Veragua. Estas noventa leguas están en nueve grados y medio. Tenemos ya numeradas quinientas leguas, menos diez, desde Yucatán al Nombre de Dios, que por la poca tierra que hay de allí a la Mar del Sur es cosa muy notable.

De Nombre de Dios hay setenta leguas hasta los farallones del Darién.

[3] In Vera Cruz, 90.
[4] Maestro Vera Cruz, 19 grados y cuarta.

que cae a ocho grados y están por la costa Acla y puerto de Misas.[5] El golfo de Uraba tiene seis leguas de boca y catorce de largo. De el golfo de Uraba cuentan setenta, hasta Cartagena. Está enmedio el río de Cenu y Caribana, de donde se nombran los caribes. De Cartagena ponen cincuenta leguas a Santa Marta, que cae en algo más de once grados y queda en la costa, puerto de Zambra y Río Grande. Hay cincuenta leguas de Santa Marta al cabo de la Vela, que está en doce grados; y a cien leguas, Santo Domingo. Del cabo de la Vela, hay cuarenta leguas hasta Coquibocoa, que es otro cabo de su misma altura, tras el cual comienza el golfo de Venezuela que boja ochenta leguas, hasta el cabo de San Román. De San Román al Golfo Triste hay cincuenta leguas, en que cae Curiana. Del Golfo Triste al Golfo de Cariari hay cien leguas de costa, puesta en diez grados y tiene a puerto de Cañafístola, Chirivichi y río de Cumana y punta de Araya. Cuatro leguas de Araya está Cubagua, que llaman Isla de Perlas; y ponen de aquella punta a la de Salinas setenta leguas. De punta de Salinas a Cabo Anegado, hay más de setenta leguas de costa, por el golfo de Paria, que hace la tierra con la isla Trinidad. Del Anegado, que cae a ocho grados, hay cincuenta leguas al Río Dulce, que está en seis grados. Del Río Dulce, al río de Orellana, que también dicen río de las Amazonas, hay ciento y diez leguas. Así que cuentan ochocientas leguas de costa desde Nombre de Dios al río de Orellana; el cual entra en la mar (según dicen) por cincuenta leguas de boca, que tiene debajo de la equinocial; donde por caer en tal parte y ser tan grande (como dicen) causa admiración. Del río de Orellana ponen cien leguas al río Marañón; el cual tiene quince de boca y está en cuatro grados de la equinocial al sur. Del Marañón a Tierra de Humos, por donde pasa la raya de la repartición, hay otras cien leguas. De allí, al Angla de San Lucas, hay otras ciento. De la Angla, al Cabo Primero, hay otras ciento; y de él al cabo de San Agustín, que cae en casi ocho grados y medio, más allá de la equinocial, hay setenta leguas; y a esta cuenta son quinientas y veinte y cinco las que hay en este trecho dicho de tierra. El cabo de San Agustín es lo más cerca de África y de España, por esta parte de las Indias, porque no hay más de quinientas leguas de Cabo Verde acá, según la cuenta común de los mareantes, aunque hay otros que ponen menos.

Del cabo de San Agustín hacen cien leguas, hasta la bahía de Todos Santos, que está en trece grados y va la costa, siguiendo al sur. Quedan entremedias el río de San Francisco y el Río Real. De Todos Santos ponen otras cien leguas, al cabo de Abre los Ojos, que cae algo más de diez y ocho grados. De este cabo al que llaman Frío, cuentan cien leguas. Es Cabo Frío como isla, y hay cien leguas de él a la punta de Buen Abrigo; por la cual pasa el trópico de Capricornio y la raya de la partición, que son dos señalados puntos. De Buen Abrigo hay cincuenta leguas, a la bahía de San Miguel; y de allí al río de San Francisco, que cae en veinte y seis grados, hay sesenta. De San Francisco al río Tibiquiri hay cien leguas, donde quedan Puerto de Patos, Puerto del Farayol y otros. De Ti-

[5] Gómara, p. 1, fol 8 y 9.

biquiri al Río de la Plata, ponen más de cincuenta; y así hay 660 leguas del cabo de San Agustín al Río de la Plata, el cual cae en treinta y cinco grados, más allá de la equinocial. Hay de él, con lo que tiene de boca hasta la punta de Santa Elena, sesenta y cinco leguas. De Santa Elena a las Arenas Gordas hay treinta. Y de ella a los Bajos Anegados, cuarenta. Y de allí a Tierra Baja, cincuenta. De Tierra Baja a la Bahía sin Fondo hay sesenta y cinco leguas. De esta bahía, que cae a cuarenta y un grados, ponen cuarenta leguas a los arrecifes de Lobos. De Lobos, que tiene de altura cuarenta y cuatro grados, hay cuarenta y cinco leguas al cabo de Santo Domingo. De este cabo a otro que llaman Blanco, hacen veinte leguas. De Cabo Blanco hay sesenta leguas hasta el río de Juan Serrano, que cae en cuarenta y nueve grados; y otros lo llaman río de Trabajos. De éste hacen ochenta leguas al promontorio de las Once Mil Vírgenes, que está en cincuenta y dos grados y medio, en el embocadero del Estrecho de Magallanes; el cual dura ciento y diez leguas por una misma altura y derecho leste oeste; y mil y doscientas leguas de Venezuela norte sur. De Cabo Deseado, que está a la boca del Estrecho de Magallanes, en la mar que llaman del Sur y Pacífico, hay setenta leguas a Cabo Primero que cae en cuarenta y nueve grados. De Cabo Primero al río de Salinas, que está en cuarenta y cuatro grados, ponen más de ciento y cincuenta y cinco leguas. Del río de Salinas cuentan ciento y diez leguas a Cabo Hermoso; que cae cuarenta y cuatro grados y medio de la equinocial al sur. De Cabo Hermoso al río de San Francisco, 60 leguas de costa. De el río de San Francisco, que está en cuarenta grados al Río Santo, que está en treinta y tres, hay ciento y veinte leguas. De Río Santo hay poco a Chirinara, que algunos llaman Puerto Deseado de Chile.

Hay de Chirinara, que cae a treinta y un grados (y casi leste oeste con el Río de la Plata), doscientas leguas hasta Chincha y Río Despoblado, que está en veinte y dos grados. Del Río Despoblado hay noventa leguas a Ariquipa, que está en doce grados. De Ariquipa hay ciento y cuarenta leguas a Lima, que cae a doce grados. De Lima cuentan más de cien leguas hasta el cabo de la Anguilla, que cae en seis grados y medio. Están en esta costa, Trujillo y otros puertos. De la Anguilla hay cuarenta a Cabo Blanco. Y de éste a cabo de Santa Elena, sesenta. Están en medio, Tumbez y Tume-Pumpa y la isla Puna. De Santa Elena, que cae a dos grados de la equinocial, hay setenta leguas a Quexemis, por do atraviesa. Quedan en la costa el cabo de San Lorenzo y Pasao. Miden desde esta costa al cabo de San Agustín mil leguas de tierra, que por caer debajo y cerca de la tórrida zona es riquísima, según lo han mostrado el Collao y el Quito. De Quexemis hay cien leguas al puerto y río del Perú, del cual tomó nombre toda la provincia. Están en este trecho de costa la bahía de San Mateo, río de Santiago y río de San Juan. Del Perú, que cae a dos grados de esta parte de la equinocial hay más de setenta leguas al golfo de San Miguel, que está seis grados de la equinocial y boja cincuenta leguas y dista veinte y cinco del golfo de Uraba. De San Miguel a Panamá ponen cincuenta y cinco leguas. Está Panamá ocho

grados y medio de la equinocial acá, hay diez y siete leguas de Nombre de Dios; por las cuales deja de ser isla el Perú, que como ya está dicho tiene mil leguas de ancho y mil y doscientas de largo y boja cuatro mil y sesenta y cinco. De Panamá hacen seiscientas y cincuenta leguas a Tehuantepec, midiendo setenta leguas de costa, desde Panamá a la punta de Guerra, que cae a poco más de seis grados. Quedan en aquel espacio París y Natán. De Guerra a Borica que es una punta de tierra puesta en ocho grados, hay cien leguas, costa a costa. De Borica cuentan otras ciento hasta Cabo Blanco, donde está el puerto de la Herradura, del cual hay cien leguas al puerto de la Posesión de Nicaragua, que cae a cerca de doce grados de la equinocial. De la Posesión a la bahía de Fonseca hay quince leguas. De allí a Cholulteca veinte. De Cholulteca al Río Grande, treinta y de él al río de Cuauhtemala, cuarenta y cinco. De Cuauhtemala a Citula hay cincuenta; y luego está la laguna de Cortés, que tiene veinte y cinco leguas en largo y ocho en ancho. De ella a Puerto Cerrado, hay ciento; y de allí cuarenta a Tehuantepec que está norte sur con el río Cohuatzacualco; y en algo más de trece grados. Todo el trecho de esta tierra es angosto del un mar al otro que parece que se va comiendo para juntarse. De Tehuantepec a Colima ponen cien leguas, donde quedan Acapulco y Zacatula. De Colima hacen otras ciento hasta cabo de Corrientes que está en veinte grados y queda allí Puerto de Navidad. De Corrientes hay sesenta leguas al puerto de Chiametla; por el cual pasa el trópico de Cancro y están en esta costa puerto de Jalisco y puerto de Banderas. De Chiametla hay doscientas y cincuenta leguas hasta el estero Hondo o Río de Mira Flores que cae casi en treinta y tres grados. Están en estas doscientas y cincuenta leguas Río de San Miguel, el Guayabal, puerto del Remedio, Cabo Bermejo, puerto de Puerros y puerto del Pasaje. De Mira Flores hay otras doscientas y veinte leguas hasta la punta de Ballenas, que otros llaman California, yendo a Puerto Escondido, Belén, Puerto de Fuegos y la bahía de Canoas y la Isla de Perlas; punta de Ballenas está debajo el Trópico y ochenta leguas del cabo de Corrientes; por las cuales entra este Mar de Cortés, que parece al Adriático y es algo bermejo; y por ser cosa tan señalada paramos aquí.

De la punta de Ballenas, hay cien leguas de costa, a la bahía del Abad; y de ella otras tantas al cabo del Engaño, que cae lejos de la equinocial treinta grados y medio. Algunos ponen más leguas del Abad al Engaño. Empero yo sigo lo común. Del cabo del Engaño al cabo de Cruz hay casi cincuenta leguas. De cabo de Cruz hay ciento y diez leguas de costa al puerto de Sardinas que está en treinta y seis grados. Caen en esta costa el Ancón de San Miguel, bahía de los Fuegos, y Costa Blanca. De las Sardinas a Sierras Nevadas hacen ciento y cincuenta leguas, yendo a puerto de Todos Santos, cabo de Galera, Cabo Nevado y bahía de los Primeros. Sierras Nevadas están en cuarenta grados y son la postrera tierra que por aquella parte está señalada y graduada, aunque la costa todavía sigue al norte para llegar a cerrar la tierra en isla con el Labrador o con Grontlandai. Hay en este postrer remate de tierra quinientas y diez leguas y

costean las Indias, tierra a tierra, en lo que hay descubierto (y aquí va notado) nueve mil y trescientas y más leguas. Las tres mil y trescientas y setenta y cinco por la Mar del Sur; y las cinco mil y novecientas y sesenta por nuestra mar, que llaman del Norte; y es de saber que toda la Mar del Sur crece y mengua mucho; y en algunos cabos dos leguas hasta perder de vista la gente y decrescencia; y la Mar del Norte casi no crece si no es de Paria al Estrecho de Magallanes y en algunas otras partes. La cuenta que yo llevo en las leguas y grados va según las cartas de los cosmógrafos del rey; y ellos no reciben, ni asientan relación de ningún piloto, sin juramento y testigos. Quiero decir también cómo hay otras muchas islas y tierras en la redondez del mundo, sin las que habemos nombrado. Una de las cuales es la tierra del Estrecho de Magallanes que responde a oriente y que según su muestra es grandísima y muy metida al polo Antártico. Piensan que por una parte va hacia el Cabo de Buena Esperanza y por la otra hacia los Malucos; porque los de las naos del virrey don Antonio de Mendoza toparon una tierra de negros, que duraba quinientas leguas y pensaban que se continuaba con aquella del sobredicho estrecho. Así que la grandeza de la tierra aún no está del todo sabida. Otras muchas tierras e islas hay en las Indias descubiertas, de las cuales no se hace mención en esta relación, por bastar lo dicho para probar el título del capítulo.

CAPÍTULO VII. *Por qué se llamaron Indias las tierras de este mundo que descubrió Colón y luego Cortés y sus compañeros*



NTES DE PASAR adelante en esta historia quiero decir lo que siento acerca de este nombre Indias; porque algunos tienen creído que se llamaron así, por ser los hombres de estas nuestras Indias del color que los indios orientales; pero engañáronse en esto, porque difieren mucho en el color y facciones. Bien es verdad que de la India oriental se denominaron éstas, Indias Occidentales y aquella gran provincia de Asia, donde Alejandro Magno hizo guerra, tomó nombre del Río Indo; la cual se divide en muchos reinos sus comarcanos; y de esta India, llamada oriental, salieron grandes campañas de hombres y vinieron (según cuenta Herodoto) a poblar en la Etiopía que está entre el Mar Bermejo y el Nilo (que agora posee el preste Juan). Prevalecieron tanto allí que mudó y trocó aquella tierra sus antiguas costumbres y apellido que trajeron ellos de la India (pues) del preste Juan, donde ya entraban portugueses pienso que llamaron Indias a estas nuestras tierras occidentales; porque la carabela que iba o venía a ella que se perdió y fue a dar a manos de Cristóbal Colón, la debió de nombrar de esta manera. De donde el mismo Cristóbal Colón tomaría motivo para llamar a la tierra de su nueva relación, India. Los que tienen por gran cosmógrafo al almirante don Cristóbal Colón piensan que las llamó Indias a contemplación de la India oriental, creyendo que cuando descubrió las Indias iba buscando la isla Cipango, que cae cerca de la China

o Catayo y que se movió a ir tras el sol, por llegar más aína que yendo contra él; pero muchos creen que no hay tal isla. Otros dicen que no tuvo Colón más causa para llamarlas Indias, sino haber querido poner más codicia a los príncipes con quien trataba y autorizar más su navegación con este nombre, por el oro, plata, perlas y otras cosas aromáticas nuevamente halladas y diferentes de las de nuestro hemisferio, que en éste pretendía descubrir y hallar y que por ello podían competir en riqueza con la India oriental. Y es así que si él conocía o se persuadía a que había tierras debajo de la tórrida zona, había de creer también que eran habitables, como lo eran las de la India oriental, que se incluían debajo de esta misma zona; y por ventura habría leído lo que de ella dice San Isidoro en sus *Etymologías*,[1a] diciendo haber en ella mucho oro y plata y ser los temporales de los panes de muy abundantes cosechas y dos veces al año. Y no habiendo causas contrarias que lo contradijesen habían de seguir estas tierras el mismo temperamento y curso que las otras; y siendo esto así, lo era también muy pujante su riqueza y por esto les dio este nombre con que daba mayor reputación a su empresa. Mayormente que habiendo de buscar el levante por esta parte del poniente y estando la India oriental en el fin de levante y la occidental, que trataba de buscar, en el fin del poniente, parecíale que también se podía llamar India; y como después del descubrimiento de esta Nueva España se descubrió el Pirú, se llamaron estas dos partes, Indias. Finalmente de cualquier manera que haya sido ellas se llaman Indias y sus moradores indios, aunque tienen sus proprios nombres los reinos y sus moradores; y en nombre genérico se llamaban Anahuac (que quiere decir) junto al agua; porque tienen las aguas de los dos mares cerca de su tierras y muchos de ellos viven en sus contornos y riberas.

CAPÍTULO VIII. *Donde se prueba cómo pudieron ser pobladas estas tierras de Indias Occidentales según opinión más probable y cierta*



PROBADO YA QUE este Nuevo Mundo es isla como las demás de las otras partes del mundo, resta agora saber determinar el modo cómo pudo ser poblado; porque de cierto sabemos que la propagación y aumento de las gentes fue después del Diluvio; en el cual por voluntad de Dios perecieron todos los que lo moraban, así hombres como aves y animales, si no fueron los que por su divina voluntad se salvaron en el Arca de Noé; la cual, como es cierto, asentó en uno de los más altos montes del mundo, en tierra de Armenia; al cual lugar (como dice Josepho)[1] llamaron los naturales de la tierra Egresorio (que quiere decir lugar donde salió y en más claro lenguaje quiere decir, paradero). También hace memoria de este pa-

[1a] Div. Isidor. lib. 4. Ethymol. cap. 3.
[1] Joseph. de Antiq. lib. 2. cap. 5.

radero y Egresorio Beroso en su *Historia caldaica*, llamando al monte, Cordieo. También Hierónimo Egipcio en sus *Antigüedades de Fenicia* hace memoria de él. Mnaseas Damasceno en el libro noventa y seis de sus *Historias*, dice que hay sobre Miniada (que es tierra de Armenia) un altísimo monte que se llama Baris, en el cual en el tiempo del Diluvio se salvaron muchos; de manera que sola aquella gente que escapó en el Arca y que fue a aportar a la altísima Armenia fue la semilla y principio del segundo aumento del mundo, después del Diluvio general; antes del cual (dado caso que estas tierras hubieran sido habitadas, que no lo sabemos) ya quedaban yermas y desiertas de sus moradores por haber perecido en la universal inundación; y era necesario para que el mandamiento de Dios dado al padre Noé (cuando le dijo: creced y multiplicad)[2] tuviese su debida ejecución, que se poblasen e hinchasen de nuevo.

Bien se pudiera decir que de estas palabras no todo se seguía que el mundo estuviese lleno de gente; pues para su cumplimiento bastaba el crecer y multiplicar en muchas partes de él, si luego no se siguiera y henchid la tierra; porque en decir que se hincha da a entender que no quiere que cosa de ella esté vacía; porque no parezca que falta obra ninguna de sus poderosas manos que fuese superflua y baldía. Y para satisfacer a esta duda hemos de decir que se pobló, como en realidad de verdad la vemos poblada, y que pasaron a ella por mar, en navíos grandes o chicos, o barcas o otras cosas que sirviesen para este pasaje, porque no fuera posible de otra manera; pues no hallamos tierra pegada a esto, según está cercada de ambos mares (conviene a saber) Norte y Sur; y por la parte que más se avecina una tierra con otra, en algún estrecho, tiene algunas leguas el ancho del agua y aunque nadando pudiera pasar alguno (aunque esto me parece también peregrino y raro), no al menos una familia ni cuadrilla de hombres y mujeres; y así hemos de decir que en navíos, barcos o balsas, que de propósito viniesen siguiendo este destino o que por alguna fortuna hubiesen a ella aportado. Y así lo sienten Beroso y Cornelio Tácito,[3] tratando de los que han poblado en islas y tierras, que ha sido necesario pasar mar para ir a ellas.

De las aves y animales no hay cierta determinación aunque se podía decir que las de ligero vuelo pasaron volando, como son águilas, cigüeñas, milanos, golondrinas, azores y gavilanes; porque como más voladoras pudieron pasar de una tierra a otra; o porque acaso se deslizaron por allí; o porque con algún instinto natural fueron buscando lugar y morada más apta para el sustento de su propagación y vida. Las otras, que son de menos vuelo como son gallinas, tórtolas, codornices y otras de éstas, se podría decir que las llevaron los hombres consigo, como le parece a San Agustín en los libros de la *Ciudad de Dios*,[4] que las llevarían de tierra en tierra; como también ahora se han traído de Castilla algunas aves y otras cosas vivas de que está la tierra llena, y de ésta a la de España llevado los

[2] Genes. 9.
[3] Tacit. de Morib. Germ.
[4] Div. Aug. lib. 16. de Civ. Dei. cap. 7.

pavos de las Indias y otros pájaros. De los animales bravos se puede dar la misma razón, aunque si por ser bravos y fieros y que espantan a los hombres, no se persuadiere alguno a que hubo quien los pasase, por embarcación y navío; podrá aprovecharse de lo que a esta duda responde el Abulense, en el capítulo 7 sobre el *Génesis*, favoreciéndose del glorioso San Agustín, para responder diciendo: que como los ángeles los trajeron al Arca para que en ella se salvasen y no pereciesen de todo punto, de esa misma manera los pasarían a diversas partidas del mundo, para que allí se conservasen y aumentasen; y no disuena esta razón a buen entendimiento, antes es conforme a ella; pues no es tan sabrosa la compañía de una bestia fiera que obligue a un hombre a que la desee, antes huye de ella como del enemigo.

CAPÍTULO IX. *De cómo las gentes de estas Indias Occidentales no fueron judíos como algunos han querido sentir de ellos y se contradicen sus razones*



UERZA ES QUE no habiendo noticia de los antiguos moradores y naturales de esta tierra, de qué gente sea, ni de qué familia haya venido, ni en nuestra España haya tal noticia de ninguno de los escritores, que andemos a ojos cerrados dando vueltas y rodeando la verdad y por ventura no llamando a su puerta en mucho tiempo; y así me parece que debieron de ser de alguna gente antiquísima, de aquella que se repartió y dividió, luego después del Diluvio; porque a ser de tiempos más modernos pienso que fuera muy posible que hubiera quien tratara de ella; que no es de creer que si en los tiempos que ellos pasaron hubiera historiadores, dejaran de echarlos menos en algún reino o provincia o ellos supieran dar razón de sí mismos; la cual no hallamos aunque la tenemos de los más modernos (como en sus lugares e historias se dirá). Verdad es que ha habido quien diga que son judíos, de aquellos tribus que se perdieron y que puede creerse, por parecerse en algo a los hebreos. Esta opinión ha sido de algunos que pensaron ser de las diez tribus de Israel que Salmanasar, rey de los asirios, cautivó y transmigró en tiempo de Osseas, rey de Israel y de Ezequías, rey de Jerusalén, como se cuenta en el cuarto de los *Reyes*,[1] que puede haber dos mil y doscientos años, poco más o menos, que fueron llevados cautivos a Asiria; lo cual procuran probar con cinco razones. La primera de las cuales es por razón de la habitación y sitio y parte del mundo a donde se hallan, moran y habitan. Esto fundan en una autoridad del cuarto libro de *Esdras*,[2] donde dice: que estos diez tribus de Israel se pasaron a vivir de allí, de Siria, más adelante, muy lejos, en una región y parte del mundo despoblada de gentes que nunca había sido habitada, camino de año y medio. Pues caminando desde Asiria (dicen estos de esta

[1] 4. Regum. 17.
[2] 4. Esdrae. 13.

opinión) desde la ciudad de Nínive, donde estaba Tobías, que era de aquella gente y los demás de su nación, hacia la parte del oriente (porque a la parte del occidente no caminaron, porque volvieran a su tierra o pasaran por ella a la parte del septentrión o norte) no pudieron caminar tan largo camino, o a la parte del mediodía o sur, sacando los sábados y pascuas que no caminaban; dando a cada jornada diez millas (como los derechos disponen) y atendiendo a las leguas que los cosmógrafos ponen, a donde está Nínive; y del globo del circuito de la tierra, hecha bien la cuenta, viene a concluirse ser éste el camino tan largo a la tierra firme o por allí cerca donde se hallan estas gentes que las moran, que tanto anduvieron por tierra al oriente, que los hallan yendo por allá navegando a la parte del occidente; pero después, como multiplicaron, hinchieron la tierra como parece. Ésta es su primera razón.

La segunda es, por la multiplicación en grande número de gente que decían ser la mayor nación en número que hay en el mundo, por la grandeza de tierra que tiene poblada. Esto fundan en una autoridad del profeta Osseas,[3] donde dice: que había de ser el número de los hijos de Israel, como el arena de la mar, que no se puede contar; y esto aun después de perdido el nombre del pueblo de Dios por la idolatría, como éstos hicieron.

La tercera razón es por la lengua que hablan, que dicen ser hebraico corrompido, como nosotros hablamos romance, que es latín corrompido; así dicen que se halla en la lengua de los indios de La Española, Cuba y Jamaica y las otras adyacentes que hablan hebreo corrompido; y las dichas islas se poblaron antiguamente de la dicha tierra firme, así la lengua de éstos emanó de la lengua que en aquel tiempo se hablaba en la tierra firme, de donde procedieron. Hállanse muchos vocablos (dicen los de esta opinión) de la lengua hebrea entre ellos y en la propia significación y la manera de pronunciar. Dicen que las islas y tierra firme se nombraron antiguamente de los primeros señores que las descubrieron y poblaron entre ellos, según aquello del psalmo[4] *Vocaverunt nomina sua, in terris suis*, que quiere decir: Pondrán sus nombres a las tierras que tuvieran por suyas, y aun los ríos también y así pasa entre nosotros; y así Cuba, dicen que es nombre hebraico, porque por ventura se llamó así el primer cacique que la pobló y descubrió; y se llamó después la isla Fernandina, por el rey que la mandó descubrir, en cuyo tiempo se descubrió la isla Española. Llámase en su lengua Caitintateacuth, que es nombre hebraico o porque se llamó así el primer cacique que la pobló o descubrió antiguamente. Hállanse los nombres de tierras y ríos, de las dichas islas, derivados del hebraico, de hombres y mujeres, de sus ritos y otras cosas. Cacique (dicen) ser derivado en su lengua de acatin, hebreo, que quiere decir principio o altura de ellos, porque el cacique es el más principal y el más alto y de más autoridad entre ellos. Jones, de Jona; de Jacob, Jaque: como nosotros corrompemos que de Jacob decimos Jaques Sanjaque, decían ellos Jaque Samana, de Salmana, hebreo; Juna de Jona, que son vocablos y nombres hebraicos. Un río

[3] Osseae. 2.
[4] Psal. 48.

llaman ellos Haynan, que es cabe Santo Domingo en La Española, derivado de Hain, que en hebraico quiere decir fuente. Al triste y lloroso llaman ellos cinato de cinotl, que en hebraico quiere decir: lloroso o triste o enojado. Un instrumento de palo, cuasi como porra, con que hieren, llámanla macana, de macha en hebreo, que quiere decir: herida o ingenio, porque es ingenio o instrumento para herir. Caribes llaman a los indios que comen carne humana y el tal indio se llama carib, derivado de carith, que quiere decir: *ocursus ignis,* que es llama de fuego que todo lo abrasa por donde pasa; porque a la verdad estos caribes comen a los indios y los matan y los roban y se despueblan las tierras por amor de ellos y todo lo destruyen y abrasan por donde pasan, como acá llaman a los soldados: langosta u otro nombre semejante. Las canoas, en que ellos andan por el agua, a manera de artesas, llaman la canoa, de canon en hebreo, que quiere decir: *statio in aqua,* estancia en el agua, porque los sustenta en el agua. La pimienta de las Indias llaman axí, de axa hebreo, que quiere decir: furor o cosa furiosa, por el gran calor y furia que tiene, que quema la boca y parece que le pusieron aquel nombre por el efecto que hace. Hay otros muchos vocablos y palabras, entre ellos, que en la letra y nombre y significado es hebraico o tiene mucha semejanza con él, como nuestro romance con el latín. Las cuales dice cierto autor que deja de referir por no alargarse; y concluye esta razón con decir: de manera que *loquela tua manifestum te facit* que quiere decir: tu mismo lenguaje te hace conocido o manifiesto. La cuarta razón es porque todas las cualidades y condiciones o señas que se hallan escritas de los diez tribus de Israel, en la Sagrada Escritura, sus ritos y ceremonias, todas o las más de ellas, se hallan entre estos indios, en unos más y en otros menos, según que entre ellos se dividieron en diversas herejías, errores y cismas que tuvieron entre sí y agüeros, por gran discurso de tiempo (como es dicho) desde que se apartaron de Dios y perdieron la observancia de la ley vieja y las escrituras y letras que antiguamente tuvieron: hállase entre ellos la circuncisión y lavarse todos cada día en la mar o fuentes y ríos; no tocar a los muertos y repudiar a sus mujeres y casarse con otras y ellas con otros. Los caciques y grandes señores, en tener muchas mujeres, como se lee de los padres del Testamento Viejo y algunos de ellos casarse con sus cuñadas, cuando quedan viudas sin hijos. En la Nueva España y en otras partes hay de esta cosa mucho. Sacrifican a los ídolos y demonios los muchachos y presos que cautivan. Muchos tienen templos altos; fabrican en los montes, debajo de las sombras de los árboles sombríos; tienen la usura y la idolatría y cómense unos a otros, que estaba profetizado de éstos por el profeta Micheas;[5] y los demás pecados, cualidades y señales que están escritas de Israel, en la Sagrada Escritura, que sería largo proceso de contar.

Estas razones referidas hallé en un papel, donde estaban escritas unas cláusulas de testamento de don fray Bartolomé de las Casas, obispo que fue de Chiapa; y por esto y por ser un mismo lenguaje, el uno que el otro

[5] Mich. 3.

y el mismo estilo que en todos sus escritos guardó, me parece que es suya la opinión; y si lo es, digo, que salva su mucha autoridad y sabiduría, no me persuado a que estos indios sean de aquellos tribus que refiere; porque dado caso que el cuarto libro de Esdras ande impreso, juntamente con los otros libros canónicos, no es rescibido de nuestra madre la Iglesia por tal, aunque le admire como a cosa buena; y así es tenido por apócrifo e incierto, dudando en si es suyo o no, y esto declara más Nicolao de Lyra,[6] en el tercero, que dicen ser también suyo pareciéndole que si lo fuera, no refiriera en él lo que tiene dicho en los dos primeros, que están recibidos por canónicos y por verdaderamente suyos; y así lo dice en el primer capítulo de aquel libro. Por lo cual digo que como hay duda en el libro, la puede haber también, en si hicieron aquellos diez tribus que se quedaron en Babilonia, la jornada que allí se refiere. Ayuda a este parecer el dicho del gloriosísimo padre San Gerónimo que dice: hasta hoy sirven al rey de Persia y nunca se les ha acabado su cautiverio, y sobre Ezechiel dice:[7] hasta hoy están cautivos y detenidos los diez tribus de Israel en las ciudades de los medos y están repartidos por los montes, como fueron llevados y trasladados de sus gentes; y lo mismo afirma sobre el capítulo veintisiete del mismo libro y sobre la exposición del capítulo segundo de Zacarías. De esta misma sentencia y parecer son Ruperto y Nicolao de Lyra, dice Ribera en el capítulo primero de Osseas, que es casi común esta opinión de los doctores, así hebreos como latinos; pero dejados todos quiero referir las palabras formales de Josepho,[8] en el libro undécimo de sus *Antigüedades* donde dice: Los diez tribus están ahora de la otra parte del río Éufratres, que son infinitos millares de hombres y tantos que apenas pueden ser contados; pero no dice que pasaron a tan largas jornadas y los cuenta por moradores de la Asia. De manera que por lo dicho vemos no haber pasado por acá ni dado tan grande vuelta como la hay del oriente a este poniente. Y dado caso que queramos conceder el dicho referido en aquel cuarto libro, ya que no como de libro canónico e infalible sino como de doctor o historiador de los que sabemos citar en historias a los cuales creemos, como a hombres que deben decir verdad y si la dicen no podemos inferir de aquellas palabras ser dichas por estos de estas Indias Occidentales; antes contradicen el intento, porque allí se dice que los diez tribus huyeron la multitud de gentiles por guardar sus ceremonias y ley. Estos indios eran dados a todas las idolatrías del mundo. Pues las entradas del río Éufrates, vean bien los que así lo sienten en qué manera puede llegar a este nuevo orbe y vean si han de tornar por allí los indios (como dice el lugar citado de los judíos que han de volver por allí a salir) y allí dice que se apartaron de los gentiles por guardar mejor su ley; pues estos indios no la tuvieron como los judíos y estos judíos son amigos de conservar su lengua y su antigüedad, y tanto que en todas partes del mundo

[6] Lyra in 3. lib. Hesd. cap. 1.
[7] In Ezech. 23. prope prin. Et in cap. 27. in illud, et factus est Sermo Domini ad me dicens, et in Zachar. 2. in illud et laetare.
[8] Ioseph. lib. 11. de Antiq. cap. 85.

que hoy viven se diferencian de todos los demás. Pues si estos indios fueran judíos, ¿por qué sólo en estas Indias se les había de haber olvidado su lengua, su ley, sus ceremonias, su Mesías y finalmente todo su judaísmo? No me puedo persuadir a tal, ni la razón contraria tal persuade. Demás de que aunque dicen los mexicanos que pasaron un brazo de mar o río para venir por acá, no dicen que se detuvieron sus corrientes como hizo el Jordán para que los hijos de Israel pasasen a la tierra de promisión; sino que pasaron por medio de sus aguas, ora fuese a nado, ora en balsas o barcos, o otra cualquier cosa que pudiese servirles de paso; de manera que por aquí muy poco prueba el lugar citado de Esdras. Y dado caso que queramos conceder el lugar referido, será por ventura en otras regiones su habitación; porque antes de ellos hay otras muchas gentes y otras muy diversas naciones cuyas provincias y reinos están llenos de sus sus gentes, como hormigueros de hormigas; y decir que cotejado el tiempo y contadas las leguas, por lo que el derecho dispone, vienen a ser estas gentes por cuanto pudo ser su camino, este referido, para llegar acá, no hace fuerza; porque si hubieran de venir por la parte del oriente era mucho más de lo que allí se dice. Y si por la del norte, no se sabe las leguas ciertas que pudieron correr y no es creíble que volverían al septentrión; pues es, el estalage tan desabrido de frío para los que no están hechos a él. Demás de que según veremos en la venida de los mexicanos estuvieron muchos años en llegar, haciendo muchas y muy varias mansiones. Y de los primeros chichimecas sabemos haber venido de aquellas partes del poniente, dejando sus reinos y señoríos (como en su historia decimos); y no ha dos mil años que están aquí, cuanto más dos mil y doscientos y más (como la opinión dice) y así creo, y tengo para mí que el lugar citado del cuarto Esdras, no sólo no prueba la opinión, pero que ni se acuerda de ella.

A la segunda razón que dice que por haberse multiplicado esta gente en tan excesivo número, que es condición de aquel pueblo de Israel, profetizado por el profeta Osseas, diciendo: que había de ser el número de los hijos de Israel como la arena de la mar, que no se puede contar; no negamos la profecía sino que la confesamos y creemos; pero quiero que se entienda cómo los doctores santos y prudentes de la Iglesia la entienden y declaran. De los cuales es uno Lyra,[9] y dice: que decir el profeta, serán en número los hijos de Israel como la arena de la mar, se ha de entender de los convertidos a la fe de Jesucristo, en su venida al mundo. Y así (dice) alegar este lugar San Pablo,[10] escribiendo a los de Roma, diciendo: Los que llamó, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles; así como dice en Osseas: llamaré no mi pueblo y gente, mi pueblo y gente; y mi no querida mi querida; y a la que no alcanzó misericordia, que alcanzó misericordia; y en el lugar donde les fue dicho a ellos, ni sois mi pueblo vosotros, allí serán llamados hijos de Dios vivo; de manera, que el apóstol (porque hablemos con el lenguaje de excelentísimo doctor San Gerónimo,

[9] Lyra, super hunc locum.
[10] Ad Rom. 9.

como dice Ribera) tomando el testimonio de Osseas profeta y exponiéndolo acerca del llamamiento y conversión de los gentiles y de la fe de los judíos que quisieron creer, quita toda la dificultad que podía causar este dicho profético y afirmar ser cumplido en la venida de Cristo. Esto mismo sienten San Cyrilo y San Agustín.[11] San Pedro,[12] en su primera canónica, dice: vosotros sois un género electo, un real sacerdocio, gente santa y pueblo adquirido para que anunciéis las virtudes de aquel que os sacó de tinieblas a su admirable luz y claridad; y el que en algún tiempo no fue su pueblo, agora lo es y ha conseguido misericordia. De donde se infiere hablar el dicho lugar, del llamamiento de la gentilidad al evangelio de Cristo en su santo advenimiento; y no de la multiplicación de aquel pueblo judaico en mucho numero de gente. Y no se debe decir que esta nación indiana es ni fue en su gentilidad la mayor del mundo en número, porque aunque es verdad que fue de las mayores, hay otras que se le pueden comparar, como son de la gran China, Catayo, Tártaros, Cofi y otros, cuyos reinos se ven muy pujantes en el mundo. Y cuando dice el profeta (en el lugar citado) que crecerán en número como la arena de la mar, se entiende de los creyentes y convertidos a la ley de Jesucristo. Y refiere este número, tan sin el de arena, para dar a entender los muchos que habían de venir a la fe, de todas las naciones del mundo; de manera que por esta profecía no se infiere el intento de la opinión y por no hacer al propósito, no trato más de ella.

La tercera razón, dice que la lengua que hablan estos indios es hebrea corrompida; lo cual es tan falso que no hay color que pueda defender este error tan manifiesto; porque no sólo no es hebreo corrompido, pero ni lenguaje que con mucho se llegue ni arrime a él. Y si en la Isla de Santo Domingo tienen algunos vocablos parecidos al hebreo, no por eso se ha de decir que son hebreos; porque no es bueno el argumento que se hace de una lengua a otra, por comparación (como dicen hombres sabios); porque *Sus*, quiere decir puerco, en latín y en el hebreo significa caballo, como lo afirma Tuccio;[13] y decir que Cuba es vocablo hebreo y que se le puso a la Isla, que por ventura se llamó así el señor que la pobló, no es razón que concluye ni aun que haga fuerza ninguna; porque a un decir: por ventura será esto; se puede responder: por ventura no será eso y no hay más razón para lo uno, que para lo otro. Y dado caso que quisiéramos conceder que aquéllos podían ser hebreos (que absolutamente lo negamos) no se ha de entender por esto que estos de la tierra firme hayan de ser de ellos; aunque se diga que aquéllos procedieron de éstos; porque esto es hablar a poco más o menos; porque así como no sabemos qué gentes son los unos, tampoco sabemos quiénes son los otros si no es por conjeturas (como luego veremos). Todos los demás vocablos dejo de referir porque no los entiendo, ni tampoco son necesarios para la inteligencia de esta verdad; que si fueran judíos así como habían conservado la lengua (aunque corrupta) tam-

[11] Div. Aug. lib. 18. de Civ. Dei. cap. 18. et lib. 22. contra Faust. cap. 29.
[12] Petr. Can. 1. cap. 2.
[13] Tuccit. in Cant. cap. 1.

bién conservaran algunas de sus ceremonias y costumbres, en especial la circuncisión que tan usada les fue y tan necesaria en aquella ley antigua y otras cosas muy comunes que acostumbraban; de todo lo cual estuvieron faltísimos y demasiadamente apartados.

A la cuarta razón digo, que aunque es verdad que todas las ceremonias y ritos o los más de ellos, se hallan entre estos indios, como también entre aquellos de los diez tribus, no se hallan ni las tienen en razón de ser judíos; antes es al contrario, porque todas aquellas malas costumbres que los judíos tuvieron fueron aprendidas de los gentiles, como parece claro en los libros de sacrificios, festividades, templos y dioses; porque el repudio que los judíos tuvieron fueles permitido de Dios y el dejar a sus mujeres, lo cual acostumbraban los gentiles. Lo mismo es de sacrificar en lugares montuosos y el hacer o plantar lucos o arboledas y tener muchas mujeres, no nació de los judíos, sino de otras naciones antes de ellos. Y es tan claro y manifiesto que no hay quien lo ignore (como sea algo leído en las Sagradas Escrituras), pues por texto expreso del *Éxodo,* dice Dios a Moisés: Huye de tener amistad con ellos (es a saber), con los cananeos y los otros de la tierra, que va a poseer mi pueblo; y luego dice: destruye sus altares, quebranta sus estatuas y corta y destruye todos sus lucos (que son montes y arboledas). Pues según esta verdad, antes que esto usasen los judíos lo tenían de costumbre los gentiles; luego los indios lo aprendieron de los gentiles. Pues sacrificar muchachos aprendieron los judíos también de los gentiles, sus vecinos, que hacían este sacrificio a su ídolo Moloc y así digo de las demás cosas. Y la circuncisión no se usó más que en una provincia de esta Nueva España (como decimos en otra parte); y esto no fue aprendido de los judíos, pues por lo dicho parece claro no haberlos visto; sino que el demonio les enseñaría aquella ceremonia como sabía haberla habido en el pueblo de Dios y haberse dado tanto antes a Abraham y a los de su linaje. Lavarse en ríos y fuentes no es por ser judíos, que si todos los que se bañan fueran judíos pocos gentiles hubiera; y aun muchos cristianos fueran dudosos. Esto no es más de por costumbre, y en muchas partes por ser las tierras calientes; cuanto y más que siendo ceremonia idolátrica, en los que la usaron se ha de entender, que fue de gentiles idólatras y no de judíos.

Otra razón da por quinta el mismo autor, la cual va fundada en muchos lugares de la Sagrada Escritura que tienen muy común y general sentido acerca de otras cosas, a cuyo propósito se entienden; y por esto las dejo y por excusar prolijidad diciendo también que otros del vulgo han entendido que son judíos, pareciéndoles indicio cierto de esto el ser medrosos, descaídos y muy ceremoniáticos, agudos y mentirosos. Demás de esto dicen que su hábito parece al proprio que usaban los judíos; porque usan de una túnica o camisera y de un manto rodeado encima. Traen los pies descalzos o su calzado es unas suelas que llaman cactli; y que éste haya sido el hábito de los hebreos dicen que consta así por sus historias, como por pinturas antiguas, que las pintan así en este traje vestidos; y que estos dos vestidos que solamente traen los indios eran los que puso en apuesta

Sansón, que la Escritura[14] nombra: *Tunicam et Sindonem*, y es lo mismo que los indios dicen: camiseta y manta. Todas éstas son conjeturas muy livianas y que tienen más contra sí que en favor suyo. Sabemos que los hebreos usaron letras y en los indios no hay rastro de ellas; los otros eran muy amigos del dinero, a éstos no se les da nada por él; los judíos, si se vieran no estar circuncidados no se tuvieran por judíos; los indios poco ni mucho no se retajaban, ni jamás dieron en tal ceremonia, si no son los referidos de una sola nación o familia; lo cual han hecho muchos de los de Etiopía y del oriente. Que sean los indios medrosos, supersticiosos, agudos y mentirosos, no es lo primero general a todos; porque hay naciones entre ellos muy ajenas de todo esto; y hay naciones de indios bravísimos y atrevidísimos. Haylas muy botas y groseras de ingenio; y que sean ceremoniáticos ésta fue costumbre de gentiles, que siempre lo han sido. Su traje es éste y la causa es por ser el más sencillo y natural del mundo, que apenas tiene artificio; y así fue común antiguamente no sólo a hebreos, sino a otras muchas naciones. Y supuesto por lo dicho que no son judíos, hemos de ver qué gentes puedan haber sido, de que también estamos bien ignorantes.

CAPÍTULO X. *Donde se dicen otros pareceres de otros que han querido ventilar esta materia; y se dan las que pueden ser más verisímiles y eficaces, probando ser gentiles estas gentes; y se dicen las partes por donde pudieron entrar en esta tierra*

PASANDO ADELANTE con esta materia presuponiendo que fueron gentiles los primeros moradores de este Nuevo Mundo, decimos: que Alexo Venegas, en el libro, que intitula: *Diferencias de libros*, en el libro natural dice: que es creíble que son fenices o cartagineses. Funda su parecer en un dicho de Aristóteles, en el libro que escribió de las cosas maravillosas que en la naturaleza se hallan, donde dice: que los fenicios navegaron cuatro días hacia el occidente con el viento apeliotes (que es el solano) y que aportaron a unos lugares incultos que estaban en continuo movimiento; porque el mar los cubría con sus aguas, y volvía a descubrir, dejando en seco muy gran copia de atunes, mayores que los que ahora parecen en nuestra España. Estos atunes se hallan hoy en la isla que llaman de la Madera (según relación de muchos) y en la que se dice Fayal (o de la Nueva Flandia). Este libro donde Aristóteles dice la propiedad de estas islas, quieren algunos que no sea suyo, sino de Theofrasto; pero dado caso que lo concedamos, mas no es de inconveniente; porque sus escritos tienen (casi) tanto crédito como los de Aristóteles, en esta parte; y así que lo diga el uno o el otro, el dicho es de autoridad. Y en el mismo dice: que unos mercaderes cartagineses navegaron desde las columnas de

[14] Iudic. 14.

Hércules (que es el estrecho de Gibraltar), y a cabo de muchos días de navegación hallaron una isla; que distaba de la tierra firme, por espacio de muchos días de navegación, en la cual no había moradores, aunque era abundante de todas las cosas que a la vida humana son necesarias (demás de muchos ríos navegables que había en ella), por lo cual acordaron de quedarse allí y poblaron la isla. Lo cual como viniese a noticia de los cartagineses entraron en consejo sobre qué se había de hacer de aquella isla, pensando que si la fama de la riqueza de ella venía en noticia de otras extrañas naciones, sería muy posible que con la codicia de ella irían allá y la harían un propugnáculo y defensa, en que se retrujesen y amparasen, para enseñorearse de todos; por donde su libertad podía venir en detrimento si gentes extrañas y naciones diversas y no conocidas tuviesen la posesión y dominio de aquella fertilísima isla; por lo cual salió determinado que se echase bando y pregón general, que cualquiera que fuese osado de navegar aquella isla que muriese por ello; y que los cartagineses que la moraban y habían poblado los matasen, si los pudiesen haber a las manos. Luego prosigue Alexo Venegas diciendo: De estas dos autoridades de Aristóteles es manifiesto que las islas que descubrió don Cristóbal Colón habían sido antes halladas por tiempo de más de dos mil años; y no será fundamento temerario afirmar que los cartagineses la poblaron; y que luego de los moradores de aquellas islas se poblasen todas las provincias de esta tierra firme; y añade luego que si de Adán y Eva se poblaron las tres partes del mundo (Asia, África y Europa) que de cartagineses se poblase la cuarta que es este Nuevo Mundo, de pocos años descubierto, no es mucho; porque no es de inconveniente pensar que aquellos cartagineses que poblaron la isla (que por firmes señales barruntamos que es La Española) se multiplicasen los hombres y cundiesen hasta la de Cuba, que desde Santo Domingo a ésta no hay más de cuarenta leguas y de la Habana a la Florida, veinte y cinco y de ahí se derramasen hasta la tierra firme de América y de ahí cundiesen hasta el Nombre de Dios, Panamá, Yucatán, Mexico y el Pirú; y de ahí hasta la parte de oriente donde están las islas de Javi.

Aquí se ofrece una dificultad y es que como los fenices inventaron las letras, parece que los indios, como descendientes de ellos, habían de tener algún uso o rastro de letras, en planchas o en piedras, lo cual no tienen, ni noticia ninguna de haberlas tenido. A esto decimos que Aristóteles no dice que fueron fenicios, sino cartagineses los que poblaron aquella isla que distaba, por espacio de muchos días de navegación, de la costa de Berbería y los fenicios a la isla de Atunes; luego las letras, de que los indios habían de usar, habían de ser letras de los cartagineses y no fenicios y así pienso que de ellos las tomaron, no de las que usan ahora los africanos (que son los que de ellos proceden) sino las que entonces usaban, que eran las letras reales de cosas pintadas, como eran las pinturas en que leyó Eneas la destruición de Troya en el templo de Cartago, como tenemos nosotros historias pintadas en retablos. Éstas son las letras que hasta ahora habían usado estos indios y aun en algunas partes de esta Nueva España las usan; aunque han aprendido el modo de nuestro escribir.

Esto es lo que siente este hombre docto y curioso; pero yo no lo concedería por las muchas dificultades que ofrece. Y cuando esto fuera así en parte, no se podía conceder en el todo; y para mí tengo que no tiene mucha probabilidad este dicho; y pasando adelante digo que ha habido opiniones de la venida de estas gentes, en razón de ventilar si vinieron por mar o si vinieron por tierra; y cuando hubiese sido pasando algún mar, éste ha sido muy poco; pero mirando bien el caso es lo más cierto decir que estas gentes vinieron a estas partes de las Indias por tierra; porque antiguamente, según se sabe por historias, no estaban las cosas de la navegación tan en su punto, ni había tanta destreza en ella como la hay en nuestros tiempos para poder acometer viajes tan largos y venir a poblar tierras tan remotas y apartadas como lo son éstas, ni tenían el uso de la piedra imán con que tanto se facilita el navegar, ni otros adherentes necesarios a la navegación, que con el continuo uso y experiencia han hallado los modernos; porque las navegaciones antiguas se hacían a vista de tierra y cuando la perdían se aprovechaban de unos pájaros que soltaban, por cuyo medio volvían a atinar con ella; y aunque sería posible hubiesen aportado a estas partes algunos navíos con gente, arrebatados de la furia de los temporales (como sucedió al que primero dio la noticia de ella a don Cristóbal Colón), no se puede creer que viniesen cargados de todos los géneros de aves y animales (como dejamos dicho) que en esta tierra se hallaron cuando se descubrió. Tampoco se ha de creer que hayan venido por la isla Atlántide, que dice Platón en su *Timeo* y los que le siguen, diciendo haber sido mayor que toda África y Europa juntas; y que se hundió en el mar, que el que fuere un poco versado en la cosmografía, considerando la forma, grandeza y posición del mundo y la proporción de sus partes, bien verá haberlo dicho el Filósofo a otro fin y tener algún sentido diferente. Y así, lo que acerca de esto siento (salvo mejor parecer) es, que los más de los primeros moradores de este Nuevo Mundo vinieron a él por tierra y que sus partes, así las del norte como las del sur, deben de estar tan cerca de las otras tierras que se comunican y que los estrechos o brazos de mar que hay de por medio son de poco trecho y de manera que se pueden pasar fácilmente (como dejamos dicho). Y el estrecho de Anián, que dicen tener esta tierra por la parte del norte, es opinión de algunos; mas no porque se sepa de cierto y, cuando le haya (que es fuerza ser así, para que esta tierra sea isla, como dejamos dicho), puede ser de modo que no impida el trato (como también decimos) y la comunicación de la gente de entrambas tierras; y pruébase esta conjetura con decir que los mismos indios tienen pintado, en el principio de la historia de su venida a estas tierras de Anáhuac, un brazo de agua que parece río muy grande y muy caudal, que parece brazo o estrecho, por donde se comunican las aguas del un mar del Norte con las del otro del Sur; y en otra parte he visto que tenían por tradición, que los primeros pobladores de estas tierras pasaron a ellas en balsas de madera o zarzos de cañas gruesas y tupidos; de donde infiero muy verisímilmente ser así, como lo dejamos probado; y que estas gentes indianas no vinieron acaso a estas tierras y regiones, sino

de propósito, buscando lugares y sitios acomodados a la conservación y aumento de la vida humana, ora fuese esta venida de otras tierras más apartadas y mas lejanas de donde de presente se hallaron pobladas, ora de otras no tanto como presumimos; aunque la verdad es que ellos, y por hablar más propiamente los otros de quien descendieron por generación natural, son de los hijos de Noé que desembarcaron en Egresorio de Armenia, que se llamó Paradero; y que de allí se fueron extendiendo y multiplicando hasta llegar a estos reinos que agora se dicen Indias Occidentales; y según lo que tenemos dicho en otra parte acerca del color de estas gentes, no tendría por cosa descaminada creer que son descendientes de los hijos o nietos de Cam, tercero hijo de Noé; y que hayan ido poblando el mundo estos hijos dichos desde entonces lo prueban hombres muy doctos; y dicen que el mismo padre Noé anduvo diez (y más) años costeando el mar en navíos o barcas, visitando sus hijos y nietos y otros de estas familias, en las poblaciones que hacían.

Henrico Martínez (hombre sabio en astrología y cosmografía) en su *Reportorio,* que imprimió en lengua vulgar castellana, demás de lo referido en este párrafo pasado, afirma haber visto en una provincia de Europa, llamada Curlant, que está en altura de cincuenta y seis grados, longitud cuarenta y cinco, estado de los duques de ella, que son vasallos de los reyes de Polonia; la cual provincia es poblada de una gente de la misma traza, color, condición y brío de los indios desta Nueva España, excepto que son algo más corpulentos como los chichimecas, y el lenguaje que hablan es diferente del que usan las gentes de las otras provincias convecinas y comarcanas de ella, que cierto pone admiración, ver aquella gente baza y sujeta, siendo la gente de sus convecinas blanca, rubia y belicosa, por donde imagino ser aquella gente y ésta toda una; y lo que más me obliga a creerlo así, es ver que en mucha altura de polo hay poca distancia de las partes desta tierra a las de Asia y Europa; porque no hay ni con mucho tanta como las cartas de navegar demuestran; porque en altura de sesenta grados hay justamente no más de la mitad, leste oeste, de aquello que por las cartas se halla. La causa desto es que todos los meridianos concurren en los polos del mundo, y según la fábrica de las cartas, son los dichos meridianos líneas paralelas que jamás concurren, aunque se extiendan en infinito; éstas son sus palabras formales.

También puede ser haber venido gente a estas tierras por la parte del sur; porque hasta ahora no se sabe que sea tierra despoblada la que hay de aquel cabo del Estrecho de Magallanes; porque así como hay tierras pobladas en altura de sesenta y más grados, en las partes septentrionales, también las puede haber en las regiones meridionales. Mucho había que decir acerca desto, mas como no se puede averiguar con evidencia la verdad de ello, lo dejo a otro que tenga mejores razones que las que tengo referidas.

CAPÍTULO XI. *Donde se declara cómo por la falta de historias que estas gentes tenían no se puede averiguar bien su origen y principio; y lo que dicen los indios de su origen y venida a esta Nueva España o tierra de Mexico y sus provincias*



NA DE LAS COSAS que mayor confusión causan en una república y que más desatinados trae a los hombres que quieren tratar sus causas es la poca puntualidad que hay en considerar sus historias; porque si historia es una narración de cosas acaecidas y verdaderas y los que las vieron y supieron no las dejaron por memoria, será fuerza al que después de acaecidas quiere escribirlas, que vaya a ciegas en el tratarlas, o que en cotejar las varias que se dicen gaste la vida y quede al fin de ella sin haber sacado la verdad en limpio. Esto (o casi esto) es lo que pasa en esta historia de la Nueva España; porque como los moradores antiguos de ella no tenían letras, ni las conocían, así tampoco no las historiaban. Verdad es que usaban un modo de escritura (que eran pinturas) con las cuales se entendían; porque cada una de ellas significaba una cosa y a veces sucedía que una sola figura contenía la mayor parte del caso sucedido o todo; y como este modo de historia no era común a todos, sólo eran los rabinos y maestros de ella, los que lo eran en el arte del pintar; y esta causa sucedía que la manera de los caracteres y figuras no fuesen concordes y de una misma hechura en todos; por lo cual era fácil variar el modo de la historia y muchas veces desarrimarla de la verdad y aun apartarla del todo. Y de aquí ha venido que aunque al principio de la conquista se hallaron muchos libros que trataban de la venida de estas gentes a estas partes, no todos concordaban; porque en muchas cosas variaban los unos de los otros; y este yerro nació de no ser fija y estable la manera del escribirlas. Aunque una cosa se ha de tener por infalible y es, que todos concuerdan en que son advenedizos y que su origen es de hacia aquellas partes de Jalisco que es al poniente, respecto de Mexico; y para mayor claridad de lo que vamos tratando es fuerza decir la variedad de pareceres y dichos que se han podido colegir; unos dicen que salieron de aquella gran cueva que ellos llaman Chicomoztotl (que quiere decir, Siete Cuevas) y que vinieron sus pasados, poco a poco, poblando, tomando, dejando o mudando sus nombres conforme a los sitios o tierras que hallaban. Los de Tetzcuco dicen ser primeros moradores y ser chichimecas (como verdad es, como se verá adelante en la prosecución desta historia) y al presente algunos de la misma lengua. Y si hemos de dar crédito a una información que yo vi hecha por orden del marqués de Villa Manrique (siendo virrey y gobernador desta Nueva España) en la ciudad de Tetzcuco, acerca de las antiguallas de la tierra, en ella se dice que la propria y antigua lengua de los chichimecas antiguos, primeros moradores destas tierras después de los tultecas (como diremos adelante), es esta que ahora corre con común nombre de mexicana; pero para no persuadirme a ello hallo por contradición que habiendo sido

los chichimecas tanto antes que los mexicanos y los mexicanos mucho tiempo después, era fuerza que hubiesen conservado su lengua, ya que no en general, al menos en particular, lo cual (si no es esta que corre) no se halla que ninguno de su nación hable otra; para esto dan por respuesta que como casaron unos con otros y se hicieron de un linaje, chichimecas y mexicanos, por esta causa hicieron una la lengua, olvidando y dejando de todo punto la suya mexicana y usando de la chichimeca. Ella es respuesta aunque no satisface; porque en quinientos años que se conservaron no era posible que de todo punto y totalmente se convirtiesen en ellos y dejasen la suya natural; si ya no es que, por ser menos en número que los chichimecas poblados, se dejaron olvidar su proprio lenguaje por vivir en conformidad y paz con los moradores antiguos de la tierra, para que viéndolos de una lengua los acariciasen y no tratasen como a extraños. Lo dicho es por razón de que hay quien diga que cuando vinieron los españoles a esta tierra, y algunos años después, hubo destos chichimecas, aunque al presente no los hay; y si va a decir verdad, a mí se me hace dificultoso creerlo; y la razón es porque si así fuera hubiera quien la hubiera dado, de la lengua que hablaban; pero ni de indio ni de español se halla quien lo certifique, por donde vengo a creer que los tetzcucanos (llamados aculhuaques) y los mexicanos que después vinieron eran de un lenguaje, aunque no de una misma provincia; y que la diferencia que entre los unos y los otros hubo, no fue otra que venir unos primero que otros a la tierra.

El padre fray Andrés de Olmos (fraile de la orden de mi padre San Francisco) y uno de los más antiguos que vinieron de España a este Nuevo Mundo y muy curioso escudriñador de las cosas secretas y particulares de ella (como aquel que gastó los años de su vida en su conversión y doctrina, estimando más el traerlos a la fe que todas las demás cosas del mundo, a cuya causa todas las ultrajaba y tenía en poco) dice en un escrito de mano suyo que quien más le satisfizo acerca de esta materia fue un indio principal viejo de Tetzcuco, llamado don Andrés, el cual preguntado por él lo que sabía acerca de la venida de sus pasados respondió: que lo que de los antiguos había entendido era que todos habían venido de lejas tierras, en doce o trece capitanías o escuadrones y que unos se adelantaban y andaban más que otros y que así llegaron primero los chichimecas sus abuelos a tierra de Tetzcuco y la poblaron y habitaron, no para hacer luego casas, sino que habitaban en chozas o cuevas y no sembraban, ni cocían, ni asaban las carnes de la caza que mataban, hasta que después otras gentes (que ellos llaman colhuaques) vinieron, y de ellos tomaron el sembrar y asar la carne y otras cosas. De esta razón infiero la fuerza de mi razón pasada, que todos eran de una lengua, aunque diversos en las naciones. Dice más este religioso: que le dijo aquel indio que después de estos segundos llegaron los mexicanos y trajeron los ídolos, los cuales antes no conocían los chichimecas (como se verá adelante) y que los chichimecas cundieron y poblaron estas tierras, viviendo comúnmente de caza, como muy diestros que eran en tomarla.

CAPÍTULO XII. *De otras opiniones y pareceres de cómo se poblaron estas tierras, según relación de los mismos indios*



ASANDO ADELANTE con nuestra probanza acerca de los varios dichos y opiniones que ha habido en orden de dar a entender la dependencia, origen y principio de estas naciones que poblaron la Nueva España, fue casi común dicho de todos que le tuvieron de un viejo y venerable anciano, llamado Iztac Mixcuatl que residía en aquel lugar, llamado Siete Cuevas (de que ya hicimos memoria en el capítulo pasado); el cual siendo casado con Ilancueitl hubo de ella seis hijos; al primero llamaron Xelhua, al segundo Tenuch, al tercero Ulmecatl, al cuarto Xicalancatl, al quinto Mixtecatl, al sexto Otomitl. De estos seis hijos (si se ha de dar crédito a lo que se halló escrito en los libros de sus pinturas) proceden grandes generaciones (cuasi como se lee de los hijos de Noé). El primero llamado Xelhua dicen que pobló a Quauhquechola, Ytzocan, Yepatlan, Teopantlan y después a Tehuacan, Coztatlan y Teotitlan. Del segundo (llamado Tenuch) vinieron los que se dicen tenuchca (que son los puros mexicanos, llamados por otro nombre mexica). Del tercero y cuarto, llamados Ulmecatl y Xicalancatl, también descendieron muchas gentes y pueblos. Éstos poblaron donde ahora está edificada y poblada la ciudad de los Ángeles y en Totomihuacan (que es una legua de la dicha ciudad, a la parte del mediodía) y andando el tiempo tuvieron grandes guerras y sus contrarios (que fueron muchos pueblos de aquella comarca) destruyeron a Huitzilapan y a Cuetlaxcohuapan, que eran en el mismo sitio donde ahora está la ciudad de los Ángeles y mucha parte de Totomihuacan. Los xicalancas fueron también poblando hacia Cuathazualco (que es hacia la costa del norte) y adelante en la misma costa está hoy día un pueblo que se dice Xicalanco, que solía ser de mucho trato, porque se juntaban muchos mercaderes de diversas partes y lejas tierras que iban allí a contratar. Otro pueblo hay del mismo nombre en la provincia de Maxcaltzinco, cerca del puerto de la Vera Cruz, que parece haberlo también poblado los xicalancas; y aunque están ambos en una misma costa, hay mucha distancia del uno al otro. Del quinto hijo, Mixtecatl, vienen los mixtecas, habitadores de aquel gran reino llamado Mixtecapan (que tiene cerca de ochenta leguas desde el primer pueblo) que cae hacia la parte de Mexico, llamado Acatlan hasta el postrero que se dice Tototepec, que está a la costa de el Mar de el Sur. Del postrero y último hijo, llamado Otomitl, descienden los otomíes, que es una de las mayores generaciones de la Nueva España; pues todo lo alto de las montañas, al derredor de Mexico está lleno de ellos, sin las provincias de Xilotepec y Tula, que eran su riñón; y en muchas de las provincias de la Nueva España, los hay pocos o muchos.

No causa pequeño (sino muy gran temor) querer desenmarañar una maraña (al parecer) tan sin luz ni claridad y donde tantos la han querido deshacer, y oprimidos de su dificultad la han dejado; pero no condenando

a los otros que no hallaron más noticia de lo referido, podremos decir nuestro parecer que, si no se aventajare en nada, al menos quedará arrimado a tan buenos cimientos como los propuestos; y si dijere algo más no será con intento de contradecir, sino con deseo de que la historia vaya siguiendo el orden que pide.

Lo primero se ofrece dificultar cómo siendo estos seis hijos nacidos de un propio padre y una misma madre vinieron a diferenciarse en las lenguas; porque son distantes y diversas entre sí, en especial la otomitl, que es la de los que descienden (según este parecer) de Otomitl, quinto hijo de Iztac Mixcuatl y la mixteca y tenuchca; y tan diversas así en la pronunciación como en las dicciones que en nada se parecen. Y siendo los padres de un lenguaje, los hijos habían de imitarles; y pues vemos la distinción y diferencia tan grande que hay de los unos a los otros, no sé con qué osado parecer podremos afirmar lo dicho. Aquí se me podrá responder que Noé y sus hijos hablaban una lengua y que después sus sucesores hablaron muchas; y que no es de inconveniente, para confesar, que son descendientes todos del padre Noé; así lo creo y tengo por averiguado y, como lo creo, lo afirmo; pero digo que en aquéllos fue esta confusión en pena de su pecado, queriéndose levantar a mayores y ponerse a brazos y fuerzas con Dios. Y así hubo allí milagro; porque lo fue grande que siendo todos de una misma lengua y entendiéndose en ella después no se conocían los unos a los otros, por hablar lenguaje nunca hasta allí usado; y ésta fue la causa de dividirse y juntarse en varias familias (habiendo sido una hasta aquel tiempo) acariciándose y queriéndose los que se hallaban de un lenguaje; pero en esta ocasión no sabemos qué tal haya sucedido, ni que haya habido causa que obligase a ello; de manera que por lo dicho vengo a colegir que el parecer de los que dijeron que fueron hermanos los seis, e hijos de un padre, no fueron acertados; si ya no es que se puede responder que hablando en su principio una lengua después se fue corrompiendo con el tiempo, como ha sucedido a la castellana que la que agora quinientos años se hablaba no es la misma que al presente corre; pero tampoco satisface, porque la castellana, aunque ha variado no en el todo sino en la parte (conviene a saber), en algo de los vocablos, y ha quedado en el todo con un color que se echa en él de ver haber sido siempre castellana; y entre la otomí y mexicana es tanta la diferencia que en ninguna manera concierta un vocablo con otro.

De que estas generaciones hayan poblado estas provincias no se me hace dificultoso; porque habiendo de ser pobladas de gentes pudo ser que fuesen éstos los primeros que dieron principio a estas poblaciones (quiero decir con estos nombres); pero si mi parecer vale (no pareciendo arrogante en contradecir a otros) diría más probablemente: que aunque éstos pudieron ser pobladores no lo fueron primeros, sino los tultecas (como luego veremos); de los cuales fueron hallados en la tierra algunos pocos cuando llegaron a ella los chichimecas, cuyo capitán y caudillo fue Xolotl; y éstos dieron razón de ellos y de sus pasados; y para mayor corroboración de esta verdad la confirmo con que si dicen que los mexicanos o tenuchtecas des-

cienden de Tenuch y sabemos que cuando llegaron a la tierra ya estaba ocupada y poseída de otros, síguese que no fueron primeros; y si se responde que no contradice haber sido postreros para que no hayan sido todos unos, pues tenemos dicho que aunque salieron en escuadrones y capitanías se adentraron unos y fueron siguiendo otros, con algún intervalo de tiempo; y que siendo así no implica esto para que todos no sean de un linaje, así lo confieso; pero niego (como tengo dicho) que sean de un padre, pues la lengua misma dice ser diversos y distintos. Y vemos que los aculhuas confiesan otros primero que ellos (que son los chichimecas) y los chichimecas a los tultecas, a cuyo fin y acabamiento llegaron. También los tlaxcaltecas (que tienen la misma lengua nahual) que los mexicanos y tetzcucanos (aunque algo más tosca y serrana), confiesan que sus antecesores vinieron de la parte del norueste (que es entre el norte y el poniente) y tienen por armas dos saetas; y las tenían guardadas con grande veneración y en las guerras las tenían como los egipcios el vaso o taza de Joseph, en el cual pensaban que estaba el arte de agorar, teniendo estos tlaxcaltecas estas dos saetas por principal señal para saber si habían de vencer, prosiguiendo la batalla, o si habían de retirarse y salirse afuera, lo cual hacían de esta manera. Cuando entraban en ella dos capitanes, los más principales y más valientes, las llevaban cada uno la suya para tirar con ellas a sus enemigos y procuraban hasta la muerte de tornarlas a cobrar; y si con ellas herían, tenían por señal cierta que habían de vencer; y poníales mucho ánimo y esperanza de cautivar muchos en la pelea; mas si con saetas no herían alguno, ni sacaban sangre lo mejor que podían, se tornaban a retirar, porque tenían agüero que les había de ir mal en aquella batalla. Esto es, pues, lo que éstos sentían de su ventura y razón que daban de su gente; pero porque no hablemos en género y sin distinción quiero comenzar en el capítulo siguiente todo lo que toca a la venida de estas gentes, por la manera que a cada familia, de las que agora se hallan, les sucedió y viaje que hicieron.

CAPÍTULO XIII. *Que trata de los gigantes, primeros moradores de estas indianas tierras antes de los tultecas*



SUPUESTO QUE a tantos mil años que pasó el Diluvio e inundación general con que Dios castigó los moradores del mundo, y que después acá de este universal anegamiento se volvió a poblar y henchir de gentes que procedieron de Noé y sus tres hijos (que fueron los que por mandamiento de Dios,[1] entraron en el Arca y en ella se salvaron), digo: que habiendo sido de estos dichos (o descendientes de ellos) los que habitaron y poblaron las tierras (tomando cada cual nombre y apellido, como más a su propósito y plácito hizo) decimos consecutivamente que los que hasta agora se

[1] Genes. 7.

sabe haber morado estas extendidas y ampliadísimas tierras y regiones de la Nueva España, fueron unas gentes muy crecidas de cuerpo que llamaron después otros quinametin (que quiere decir gigantes), porque sin duda los hubo en estas provincias cuyos cuerpos han aparecido en muchas partes de la tierra cavando por diversos lugares de ella; y hemos visto sus huesos tan grandes y desemejados que pone espanto considerar su grandeza. De donde hubiesen venido estos gigantes acá, no se sabe; pero sabemos que antes del Diluvio, dice la Sagrada Escritura,[2] que había gigantes sobre la tierra que nacieron de las hijas de los hombres que se copularon con los hijos de Dios. Que si tomamos el parecer de muchos hombres doctos fueron éstos los mayores, así en dignidad como en cuerpo, de los de la república, escogiendo también mujeres corpulentas y muy crecidas para sus ayuntamientos (según lo nota Oleastro sobre el capítulo sexto del *Génesis*). Y dejando aparte el averiguar de qué gentes habían nacido, sólo digo, haberlos habido en el mundo, en aquellos primeros tiempos de él, diciendo la Sagrada Escritura: que había gigantes sobre la tierra, en aquellos días; y aprovechándose el excelentísimo doctor San Agustín de este lugar, dice: que no hay duda, sino que antes del Diluvio hubo muchos gigantes y que éstos estuvieron avecindados con los otros hombres del mundo. Luego, más abajo de estas palabras, dice: haberlos criado Dios para mostrar en su creación y grandeza no sólo deber ser alabado en la hermosura y bizarría de las cosas, sino también en su hechura y grandeza. Y cita luego a Baruch,[3] que dice: allí hubo gigantes, varones muy nombrados, que desde los principios fueron fuertes y grandes guerreros. Theodoreto,[4] contradiciendo a los que niegan no haber sido los gigantes mayores que los otros hombres del mundo, dice en una cuestión que hizo contra ellos: pero yo, cuando oigo la divina escritura,[5] que dice: que Enach, gigante, nació de gigantes; y que el lecho y cama del rey Og, que era de hierro y de nueve codos en largo y de ancho cuatro; y cuando oigo a los exploradores de Jesu que cuentan que los hebreos que iban entrando a la tierra de promisión eran langostas, en comparación de los gigantes que moraban la tierra; y a Dios, que dice: entregué a Amorreo, cuya altura y grandeza era del tamaño de un cedro y sus fuerzas las de un roble, pienso haber algunos muy grandes hombres, dispensando en su naturaleza y grandeza, el sapientísimo Dios, para que los que le conocen omnipotente en la creación, echen también de ver cómo lo muestra en hacer unos hombres mayores que otros. Beroso Anniano, en el principio de su historia dice: que halló escrito que en aquellos primeros siglos del mundo, antes del general anegamiento de los hombres, había una ciudad junto al monte Líbano llamada Henos, que era de gigantes que se enseñoreaban de toda la tierra, desde oriente a poniente; y luego dice muchas cualidades de estas gentes muy proprias de gente poderosa, fuerte y atrevida; de manera que por lo dicho queda pro-

[2] Genes. 6.
[3] Baruch. 3.
[4] Theod. q. contra negantes Gigantes fuisse.
[5] Deut. 2. Num. 13. Amos. 2.

bado haberlos habido en el mundo, no en pequeño, sino en muy cuantioso número. Pues que los había habido después del Diluvio pruébase con que Og, rey, lo fue de Basan (como se lee en el *Deuteronomio*)[6] y los hubo en Hebrón, ciudad de Judea y en Tani, ciudad de Egipto, como se refiere en el mismo lugar. En tiempo de Abraham hubo también gigantes, los cuales destruyó Amtaphel, como parece luego en el capítulo catorce; aunque no fueron muchos después del Diluvio, como lo fueron antes como parece que en tiempo de Moisén, sólo Og resistía su entrada en la tierra prometida; y en Hebrón fueron sólo tres de la casta de Enach.

Siendo pues esto así verdad y siéndolo también que los hubo en esta tierra de la Nueva España, está ahora la duda en si los huesos que ahora parecen de estos desemejados gigantes fueron de antes del Diluvio o después de él, para cuya inteligencia digo que he tenido en mi poder una muela, que para estar entera le falta poco y es dos veces tan grande como el puño y tan pesada, que tiene de peso más de dos libras; y enseñándola a un hombre llamado Pedro Morlet (francés de nación, natural de la ciudad de París, hombre peritísimo en el arte de la escultura) y diciéndole, ¿qué le parecía de aquel tan monstruoso hueso?, me dijo: que en el convento de San Agustín, de esta ciudad de Mexico, acababa de ver aquel día un hueso que parecía ser de muslo y que según su tamaño era todo el cuerpo de más de once o doce codos (cosa monstruosísima) y añadió diciendo que era de gigante, de los del tiempo del Diluvio, y preguntándole: ¿que cómo lo sabía?, respondió que en no sé qué parte de España (que no me acuerdo bien la que me nombró) cavando en una sierra, donde buscaba piedra para su arte y escultura, fue descubriendo mucha osamenta, como ya convertida en piedra, que parecían huesos de gigantes y que comunicándolo con otros dijeron: que fueron de aquellos que habían ahogado las aguas del Diluvio; porque así lo tenían de opinión muchos, que en otras partes, por allí cerca, habían dado con otros huesos de aquel mismo tamaño y que en aquellos tiempos se habían repartido por todas las tierras estos hombres grandes y tan crecidos. Y dado caso que esto no sea así, es cierto que fue verdad ésta, después del Diluvio y que los hubo en estos nuevos mundos; y se dice que hubo gran noticia en el Pirú, de unos gigantes que vinieron a aquellas partes, cuyos huesos se hallan hoy día de disforme grandeza, cerca de Manta y de Puerto Viejo; y en proporción, habían de ser aquellos hombres más que tres tanto mayores que los indios de ahora. Dicen que aquellos gigantes vinieron por mar y que hicieron guerra a los de la tierra y que edificaron edificios soberbios, y muestran hoy un pozo hecho de piedras de gran valor. Dicen más, que aquellos hombres, haciendo pecados enormes y especialmente usándolo contra natura, fueron abrasados y consumidos con fuego que vino del cielo. Del tiempo que se pobló la provincia de Tlaxcallan (en esta Nueva España) se dice que habitaban aquella tierra gigantes y que como llegaron los forasteros se la quisieron defender; pero los recién venidos, como viesen la desigualdad de las fuerzas de los moradores y

[6] Deut. 2. Num. 23.

cuánto se les aventajaban en valor, los aseguraron y fingiendo paz con ellos los convidaron a una gran comida y teniendo gente puesta en celada, cuando más metidos estaban en su borrachera hurtáronles las armas con mucha disimulación (que eran unas grandes porras y rodelas, espadas de palo y otros géneros). Hecho esto dieron de improviso en ellos; queriéndose poner en defensa y echando menos sus armas, acudieron a los árboles cercanos y echando mano a sus ramas, así las desgajaban como otros deshojaran solas las hojas; pero como al fin los advenedizos venían armados y en orden, desbarataron a los gigantes e hirieron en ellos sin dejar hombre a vida. El padre Acosta[7] dice: que estos que hicieron esta matanza fueron los tlaxcaltecas que poblaron aquella ciudad; pero la verdad es que entraron en la posesión de su sitio como lo decimos en el libro de las poblaciones; y los que pienso que fuesen fueron los xicalancas y ulmecas, que fueron primero que los tlaxcaltecas (como allí decimos); a los cuales echaron después los theochichimecas que vinieron allí (como dijimos), de los cuales no se trata que tuviesen guerra con gigantes. Y nadie se maraville ni tenga por fábula lo que decimos de estos gigantes; porque hoy día se hallan huesos de hombres de increíble grandeza y la muela, que en mi poder tuve, se sacó de una quijada que ya como tierra se iba desmoronando y haciendo ceniza; cuya cabeza, afirman muchos que la vieron (de los cuales son fray Hierónimo de Zárate que era predicador y ministro de los indios del principal convento de Tlaxcalla y Diego Muñoz Camargo, gobernador de los mismos indios, en esta dicha provincia), que era tan grande como una muy gran tinaja de las que sirven de vino en Castilla; la cual, aunque trabajaron mucho por sacarla entera, no pudieron porque se deshacía y quebraba toda. Esto vieron también algunos otros religiosos de San Francisco, mi padre y se descubrió cuatro leguas de la dicha ciudad de Tlaxcalla, en un pueblo que se llama Atlancatepec, que puede ser prueba esto de la verdad que afirmamos. Y para el que le pareciere grande muela esta referida, lea a San Agustín[8] en los libros de la *Ciudad de Dios,* donde dice: que vido una muela (con otros muchos que estaban presentes) que partida en muy pequeñas partes hiciera ciento de las nuestras. Y el padre Acosta dice que estando él en esta ciudad de Mexico, año de mil quinientos y ochenta y seis, toparon un gigante de éstos, enterrado en una heredad suya, llamada Jesús del Monte (cuatro leguas de esta dicha ciudad de Mexico) y que les trajeron a mostrar una muela, que sin encarecimiento sería bien tan grande como un puño de un hombre y esta proporción lo demás; lo cual afirma haber visto. Otra vide yo, en casa de un mercader y todos los que quieren la ven agora, en la calle de Santo Domingo de Mexico, tan grande como esta dicha; pero la que yo tuve es mucho mayor (como ya hemos dicho) y se sacó en el lugar arriba referido y se la di al visitador Landeras de Velasco (que hizo la visita de la Audiencia de esta ciudad de Mexico, los años de mil seiscientos y siete y otros adelante) y se la llevó consigo a España para enseñarla por cosa maravillosa. Estos gigantes se acabaron de todo punto

[7] Acost. lib. 7. de la Hist. Mai. de Indias. cap. 3.
[8] Div. Aug. lib. de Civ. Dei. cap. 10.

sin quedar ninguna memoria de ellos. Dicen algunos que se murieron de hambre, porque no comían lo que el cuerpo les demandaba y que andaban entre las gentes como bestias en el campo, no atendiendo a más que a comer y vivir la vida, hasta que les llegó la muerte.

CAPÍTULO XIV. *Cómo los tultecas moraron estas tierras de la Nueva España después de los gigantes y se dice cómo se acabaron y destruyeron*



OS TULTECAS (según historias antiguas) fueron segundos pobladores de estas tierras, después de los gigantes referidos en el capítulo pasado, en especial en este rincón y parte que se llama Nueva España. Estos tultecas ocupaban estas provincias como señores propietarios de ellas. Dicen de ellos que tuvieron noticia de la creación del mundo y cómo fue destruida la gente de él por el Diluvio y otras muchas cosas que ellos tenían en pintura y historia. Y dicen también que tuvieron noticia de cómo otra vez se ha de acabar el mundo por consumación de fuego, que debió de ser lo mismo que se dice de los antiguos que pusieron muchas cosas en dos columnas; una de metal y otra de ladrillo o piedra, porque si viniese algún incendio permaneciese la columna de ladrillo; pero como no tengo toda la certidumbre de este caso, que la verdad de él requiere, no curo mucho de ahondar en este sentimiento. Sólo digo que tulteca quiere decir hombre artífice, porque los de esta nación fueron grandes artífices, como hoy día se ve en muchas partes de esta Nueva España, y las ruinas de sus principales edificios, como es en el pueblo de San Juan Teotihuacan, en el de Tulla y Cholulla y otros muchos pueblos y ciudades. Estos tultecas dicen que vinieron de hacia la parte del poniente y que trajeron siete señores o capitanes llamados Tzacatl, Chalcatzin, Ehecatzin, Cohuatzon, Tzihuac-Cohuatl, Tlapalmetzotzin y el séptimo y último Metzotzin. Y trajeron consigo muchas gentes, así de mujeres como de hombres y que fueron desterrados de su patria y nación. Y dicen de ellos que trajeron el maíz, algodón y las demás semillas y legumbres que hay en esta tierra; y que fueron grandes artífices de labrar oro y piedras preciosas y otras muchas curiosidades.

Salieron de su patria (que se llamaba Huehuetlapalan) el año que ellos llamaban, ce tecpatl; y anduvieron ciento y cuatro años vagueando por diversas partes de este Nuevo Mundo hasta llegar a Tulantzinco, donde contaron una edad, que contenía de tiempo desde que salieron de su tierra y patria; y la primera ciudad que fundaron fue Tulla, doce leguas de esta de Mexico, a la parte del norte y más de otras catorce del sitio referido de Tulantzinco, que por entonces no les debió de agradar aunque es bueno y lo dejaron al oriente y se metieron en este dicho de Tulla, al poniente. De este lugar el primer rey que tuvieron se llamó Chalchiuhtlanextzin y comenzó a gobernar el año, chicome acatl, el cual murió a los cincuenta y

dos años de su gobierno. Y luego le sucedió Ixtlilcuechahuac, en el mismo año y gobernó otros tantos años, porque tenían por ley, estos tultecas, que sus reyes no habían de gobernar más que cincuenta y dos años, ni tampoco menos, si tenían vida y ellos quisiesen; porque este número era su xiuhtlalpile (qué llamaban una edad) y luego entraba a gobernar el sucesor, cumplidos los cincuenta y dos años, aunque estuviese vivo su padre; y si moría antes de cumplir este número gobernaba la república hasta llegar al año dicho y luego metían en el gobierno al que legítimamente le venía. A Ixtlilcuechahuac le sucedió en el reinado Huetzin y a Huetzin, Totepeuh y a Totepeuh, Nacazxoc. A éste, otro llamado Mitl, que edificó el templo de la diosa rana. A éste sucedió la reina Xiuhtzaltzin, la cual gobernó cuatro años. A ésta sucedió Tecpancaltzin, por otro nombre Tolpiltzin, en cuyo tiempo se destruyeron los tultecas. Este rey tuvo dos hijos varones que se llamaron Xilotzin y Pochotl, de los cuales después procedieron los reyes de Culhuacan, que escaparon con otros señores y otros plebeyos en diversas partes de esta Nueva España, especialmente en las riberas de la laguna de Tetzcuco y en las costas del Mar del Sur y Norte; porque como las cosas de la vida mortal todas tienen fin, por estar sujetas a corrupción (que es lo que dice San Pablo) permitió la divina majestad de Dios que estas naciones y gentes se acabasen y llegasen a tener fin y se introdujesen otras que les siguiesen y poblasen las provincias, desamparadas y asoladas del tiempo que todo lo consume.

Fueron los tultecas gente crecida de cuerpo y dispuesta (como las historias de los aculhuas cuentan). Andaban vestidos de unas túnicas largas y blancas. Eran poco guerreros y más dados al arte de labrar piedras (que esto quiere decir tulteca, como ya hemos dicho), que a otro arte alguno. El modo de su destruición, perdición y acabamiento (según que se lo oyeron a estos muy pocos, que de ellos quedaron en la tierra) fue, que habiendo sido perseguidos y oprimidos de un cierto rey y reyes, por tiempo de más de quinientos años, pareciéndoles que aquella persecución procedía de tener enojados a sus dioses (que eran grandísimos idólatras) se determinaron de hacer junta general de todos los sacerdotes, príncipes y señores de cuenta que había en el reino, en un lugar llamado Theotihuacan, que cae ahora seis leguas de la gran ciudad de Mexico, a la parte del norte, para hacer fiestas a sus dioses con intento de agradarlos y desenojarlos del gran enojo (que a su parecer) contra ellos tenían. Estando ya juntos y comenzadas sus fiestas con grande concurso de gente, que a la voz de ellas concurrió, en medio de la celebración de ellas se les apareció un gran gigante y comenzó a bailar con ellos; y aunque pudo ser que admitiesen la repentina visión en su compañía, con algún temor que por el que les pudo causar su presencia, por ser demasiado de grande y disforme, los brazos largos y delgados, todavía le hicieron rostro, por parecerles que aquello era inevitable, por venir por ordenación de sus fingidos e indignamente reverenciados dioses; el cual a las vueltas que con ellos iba dando, se iba abrazando con ellos y a cuantos cogía entre los brazos (como otro Hércules a Anteón) les quitaba la vida, enviándolos de ellos seguramente a los de

la muerte. De esta manera y por este modo hizo aquella visión gran matanza aquel día, en los bailantes. Otro día se les apareció el demonio, en figura de otro gigante, con las manos y dedos de ellas muy largos y ahusados y bailando con ellos los fue ensartando en ellos; y de esta manera hizo el demonio aquel día gran matanza en ellos. Otra vez (continuando sus fiestas por ver el fin de ellas y oír el oráculo deseado, por cuyo intento festejaban a sus falsos dioses) se les apareció el mismo demonio en un cerro alto,[1] que está en la dicha parte que le corresponde al poniente, en figura y forma de un niño muy blanco y hermoso sentado sobre una peña y con la cabeza toda podrida, y del hedor grande que de ella salió murieron muchísimos, como heridos de mortal y venenosa ponzoña; viendo los presentes el mal tan grande que su vista y preferencia les había causado, se determinaron a cogerle y arrastrándolo por el suelo llevarle hasta una laguna grande y espaciosa, que poco trecho de este lugar está (que es llamada ahora la de Mexico), y aunque lo intentaron y procuraron con toda fuerza no les fue posible, porque era mayor la del demonio con que se defendía y resistía; en medio de estas bregas, y fuerza con que procuraban los tultecas arrancar el muchacho de aquel lugar y llevarlo a la laguna, se les apareció el demonio y les dijo: que en todo caso les convenía desamparar la tierra, si querían salvar las vidas; porque en la que poseían no les prometía el tiempo sino muertes, ruinas y calamidades y que era imposible huir estos peligros, si no era ausentando los cuerpos; y que les pedía que le siguiesen y se dejasen llevar de él, que él los pondría en salvo y llevaría a partes donde la pasasen con quietud y descanso. Viendo los afligidos tultecas cómo sin remedio crecían sus calamidades y que el más cierto de su reparo era tomar su consejo tuviéronlo por bueno y desamparando la tierra se fueron en su seguimiento; unos hacia la parte del norte y otros hacia la del oriente, conforme se habían repartido en la visión que a cada uno se les había mostrado; y así poblaron a Campech y Quauthemala, según se colige de las historias aculhuas, que son caracteres y figuras con que estos naturales las escribían.



[1] Llámase Hueitepetl. q. d. Cerro grande.

CAPÍTULO XV. *De cómo el chichimeca Xolotl, señor de las provincias y reinos de Amaqueme, en el septentrión o partes del norte, primer poblador de esta Nueva España después de los tultecas, viendo que las gentes que le solían hacer guerra ya no parecían, se determinó de entrarles las tierras a buscarlos y envió sus exploradores para que las recorriesen*



ACIA LAS PARTES DEL NORTE (en contra de la ciudad de Mexico y en grandísima distancia apartadas de ella) hubo unas provincias (y puede ser que al presente las haya) cuya principal ciudad fue llamada Amaqueme y cuyos moradores en común y genérico vocablo fueron llamados chichimecas, gente desnuda de ropas de lana, algodón, ni otra cosa que sea de paño o lienzo; pero vestida de pieles de animales; feroces en el aspecto y grandes guerreros, cuyas armas son arcos y flechas. Su sustento ordinario es la caza, que siempre siguen y matan; y su habitación en lugares cavernosos, porque como el principal ejercicio de su vida es montear, no les queda tiempo para edificar casas. Tomaron nombre de chichimecas estas gentes (que así se nombraron) del efecto, significa su nombre; porque chichimecatl tanto quiere decir como chupador o mamador; porque chichiliztli es el acto de mamar o la mamadura; y chichinaliztli es el acto de chupar o la chupadura y así se llama el pecho y teta de la mujer y la de cualquiera otro animal chichihualli; y porque estas gentes en sus principios se comían las carnes de los animales que mataban crudas y les chupaban la sangre a manera del que mama, por eso se llamaron chichimecas, que quiere decir chupadores o mamadores. De este nombre techichinani, que es el chupador o el que chupa, estas gentes (según se lee de ellos en sus antiguas pinturas) no alcanzaban tan artificiosa idolatría; pero como la condición natural del hombre es inclinarse a hacer reverencia a una causa que sea superior y tenga resabio de dignidad, aunque estos bárbaros no alcanzaban a conocerla (como ella es) con todo, les decía su apetito natural que debían reverenciar a otra cosa que era más que ellos; y así ignorantes del conocimiento del verdadero y proprio Dios (que se comunica y da a conocer a toda criatura que se dispone para su conocimiento) tuvieron erróneamente que el sol era dios que vivificaba las cosas y las sustentaba en el ser de vida que tienen; y aunque bárbaramente tenían este sentimiento no erraban en confesar que el sol es causa de la generación y conservación de las cosas; pues es una de las razones más comunes y verdaderas que da el Filósofo en las naturales, si con esto supieran conocer que es segunda y no primera, y que la virtud que tiene de vivificar y conservar las cosas vejetables que tienen ser y vida, no es propria, sino comunicada de la primera, que es Dios; de quien todas las cosas de la vida (así en el cielo, como en la tierra) reciben el ser que tienen, como lo dice San Pablo. En él vivimos, somos y nos movemos; pero ya que acertaban en lo uno, erraban (como ciegos y privados de la razón) en lo otro; y así con esta ceguera

y error de entendimiento, como estaban persuadidos a que el sol era cosa deífica y divina (en el modo dicho) hacíanle reverencia, ofreciéndole cada mañana (de la primera cosa que cogían) la sangre; y este solo modo de adoración tuvieron mientras no se mezclaron con otras naciones, hasta que con el tiempo y junta de otros fueron entrando, más de golpe, en la detestable idolatría, como en su lugar se dirá.

Estas chichimecas naciones fueron gobernadas y regidas de valerosos y esforzados capitanes y señores, entre los cuales fue uno Icuahutzin, el cual gobernó su señorío ciento y ochenta años. A éste sucedió su hijo, llamado Moceloquichtli, el cual murió a los ciento y cincuenta y seis años de su gobierno. Muerto éste le sucedió Tlamacatzin, el cual gobernó ciento y treinta y tres años y murió el mismo año que los tultecas se destruyeron y dividieron, unos de otros (como queda dicho). Éste dejó dos hijos; el uno llamado Achcauhtzin, y el otro Xolotl. De estos dos hermanos dicen unos que Achcauhtzin entró en el señorío; otros que Xolotl. Y pudo ser que en orden de esto hubiese habido alguna diferencia y que por quitarla se encontrasen de mandar entrambos. Xolotl (que por ventura) no estaba contento con el poder a medias, con su hermano (porque el mandar no quiere igual), como hombre valiente por su persona y muy animoso y codicioso, no sólo de sustentar su señorío presente; pero de ganar tierras para acrecentarle, ampliarle y hacer célebre y glorioso su nombre (cosa natural de ánimos altivos y soberbios; semejantes a un Alexandro Magno; Julio César y otros sin cuento). Con esta natural codicia y también por vengar injurias antiguas que su padre, abuelos y antepasados habían recibido de las naciones que habitaban la tierra, hacia las partes del sur y mediodía (en contra de las que hasta entonces los chichimecas habitaban y poseían) los cuales se les ponían de ordinario en fronteras y los inquietaban y molestaban, con continuas guerras, sujetóse a nuevos acuerdos y cuidados.

Viendo pues Xolotl que de algunos años atrás había cesado aquella molestia e importuna guerra con que los irritaban, y que ya no reconocía aquella gente gigantesca los términos de sus provincias y viendo el poco o ningún ruido que hacían y que todo estaba en amortiguada calma y confuso silencio, acordó (y sería con acuerdo y parecer de su hermano) de enviar gentes que, a modo de espías y exploradores, corriesen las tierras contrarias de sus enemigos, para que vistas y visitadas, con cuidado, les trajesen razón y aviso de qué era la causa de no parecer ya aquellas enemigas y contrarias gentes. Escogiéronse para esto algunas personas de quien más satisfacción tenían; y encomendándolas el secreto, cuidado y diligencia, las despachó. Ellos se partieron y tanto deseo llevaban de saber el fin de aquel suceso que en muy breve tiempo colaron la tierra y se hallaron más de docientas leguas andadas, hasta dar en un sitio, que ahora se llama Xalixco y por otro nombre la gobernación de la Nueva Vizcaya. Llegados a aquel lugar vieron en él y en toda su comarca y convecina tierra algunas estancias y fuerzas arruinadas y en partes del todo caídas y sin moradores, ni gentes, que por todas aquellas partes pareciesen, siendo antes muy habitadas. De aquí coligieron ser muertos o idos a otras distantes de aquéllas;

y sin osar pasar adelante (o ya porque les faltó el sustento o ya porque temieron no morir en la extraña y desconocida tierra) se volvieron a su señor con sola la razón de lo visto. Xolotl, que estaba con cuidado de su vuelta, porque más debía de atender a verse en estas tierras, que de estar con su hermano gobernando, los oyó con atención y los despidió. Pero como en las cosas dudosas no descansa ni sosiega el ánimo hasta saberlas de cierto, el de Xolotl (que se inclinaba a deshacer dudas y vencerlas con valeroso esfuerzo) determinó de ir él en propria persona acompañado de todo su poder y de los más valerosos capitanes y señores de su señorío y gobierno a buscar aquellas gentes y naciones y descubrir aquellas tierras y poblarlas (si acaso estaban yermas, y desiertas), haciendo en ellas otro Nuevo Mundo, aunque fuese oponiéndose para ello contra todo el poder de los hombres; y metido en nuevos cuidados con el que le ofrecía la ocasión del presente, determinó de dar parte y noticia de él a los señores de su reino, pues es cosa cierta que las cosas dificultosas, comunicadas, hallan camino abierto para su remedio y acertado fin; y fue en el modo, que el capítulo siguiente dirá.

CAPÍTULO XVI. *De cómo el gran chichimeca Xolotl llamó a consejo a los grandes de su reino; y de lo que en él quedó determinado*



DESEOSO YA el gran chichimeca Xolotl de ver puesto en ejecución su cuidado, como aquel a quien su ventura le llamaba, por voces secretas de su próspera fortuna, para padre y primer poblador de este Nuevo Mundo, después del despoblamiento de los antiguos tultecas, moradores de él, de quien comenzasen las historias a hacer memoria de su nombre (cosa apetecida de la condición humana y en cuya demanda han perecido infinidad de gentes, no concediéndoles el cielo nombre de tanta estimación), envió sus embajadores a los señores de la tierra a él sujetos para que se hallasen en su corte con término de cuarenta días, los cuales pasados y no viniendo los daba por traidores y que se procedería en su remisión, como contra gente inobediente a los mandatos de su señor, y príncipe. Con este recaudo se partieron y cada cual llegó a la parte y provincia que le fue mandado. Fueron recebidos en los lugares a los cuales fueron, enviados; y oída su embajada la obedecieron y al término y plazo puesto llegaron a la corte y lugar donde Xolotl residía; los cuales fueron de Xolotl, muy amigablemente recebidos y ellos se le ofrecieron con leal y rendida voluntad a su servicio, como fieles y obedientes vasallos suyos. Y como las cosas tienen mejor despacho tratadas con acelerada diligencia que las que por indeterminación de los que las han de hacer son remisamente puestas en ejecución, Xolotl (que era prudente y determinado) les dio luego cuenta de su propósito, hablándoles de esta manera: ya sabéis,

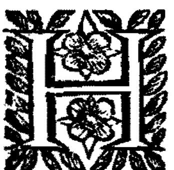
amigos y compañeros, que siempre en la paz y en la guerra lo habéis sido míos; y que es bien, que pues hemos sido a una en gozar nuestras tierras y posesiones, sin que entre nosotros se haya interpuesto voluntad discorde, que también lo seamos en lo que al presente os quiero proponer; que no sería yo padre de la patria, si a los hijos y hermanos que en ella tengo no comunicase lo que a ella le está bien y a nuestras personas nos promete aventajada fama y gloria. Yo vivo (o por mejor decir) muero cercado de pensamientos de acrecentar el estado que mis mayores y pasados me dejaron y no permitir que en mí acabe su nombre; antes hacerlos tan valerosos con el mío que en oyéndose por el mundo digan quién fue mi padre y que no era posible menos, sino que de tal tronco había de nacer una tan buena rama; y lo que digo de mí, eso mismo quiero que se confiese de vosotros. Para que tenga efecto lo dicho quiero traeros a la memoria la razón grande que tengo de pensarlo. Ya sabéis cómo en los tiempos pasados mis padres, abuelos y bisabuelos (juntamente con los vuestros) han traído importunas y continuas guerras con las gentes gigánteas que moran las partes del mediodía, que corresponden a estas donde gobernamos y las molestias y aflicciones que nos han causado. También es cosa cierta que de algunos años acá han faltado en su demanda y no parecen; y así nos han dejado. Por lo cual (y como admirado de esta novedad) envié exploradores que corriesen la tierra para que con verdad me dijesen si alcanzaban a saber la causa de ella; volvieron con nuevas de que no parecían, ni había rastro de ellos, en muchas leguas a la redonda. Y si este negocio lo dejásemos pasar en silencio y no inquiriésemos el fin que haya tenido, será suficiente causa de nuestra total destruición y ruina; pues es averiguado que de las guerras y escaramuzas, que con ellos tenemos, resulta el ejercicio de las armas de nuestros soldados y faltando faltaría el ejercicio militar (caso pernicioso y dispuesto para perdernos y perder nuestras tierras). Y pues yo tengo vasallos tan valerosos y deseosos del acrescentamiento de mi honra (tales como vosotros) he acordado que los vamos a buscar; que para animaros yo quiero ser el primero, que no es bien que si vosotros vais, como animosos, yo quede como cobarde y que si a vosotros os hallaren cansados en la guerra, me vean a mí descansado en la paz y juntos todos lo que de los unos fuere, sucederá por los demás; y si los halláremos, acometerles hemos como a enemigos que son y venciéndolos (como lo confío en vuestro valor), vengaremos las injurias pasadas y cobraremos nuestros antiguos ríos y tierras, que aunque hasta ahora no las gozamos, la ventura las ha hecho nuestras, para los siglos por venir; y os prometo (como a compañeros míos) que ganándoles las tierras y provincias que poseen, de haceros grandes mercedes y de daros señoríos muy más aventajados y mayores de los que poseéis; y para que no dudéis en seguirme quiero advertiros que los que acá dejáis no quedan desamparados, pues quedarán encomendados a los proprios vuestros, que como tales os los rijan, gobiernen y guarden el nombre de su legítimo, verdadero señor.

Estuvieron todos los grandes y señores atentos al razonamiento propuesto de Xolotl, el cual oído, lo sentaron en sus corazones, sin ánimo de con-

tradición y alabando la discreción y prudencia de sus palabras, dijeron todos a una voz y con alegre semblante y cara: que les parecía muy acertado su parecer y que les placía lo dicho, a lo cual se disponían desde luego para ponerse en camino, al tiempo que Xolotl determinase, ofreciendo sus personas y las de sus vasallos y que se resumiese en él cuándo se había de comenzar y hacer la jornada y el lugar dónde se habían de juntar. Mostró Xolotl gran placer en el concorde parecer de los presentes; y habiendo deliberado la comodidad del viaje, quedó determinado que fuese a los seis meses siguientes, en los cuales pudiesen aviarse y apercebirse, así de armas como de otras cosas convenientes para la jornada. También se señaló el lugar donde todos habían de concurrir, al cual vinieron, pasado el tiempo de los seis meses y cada uno con la más gente que pudo, trayendo juntamente sus mujeres y hijos, por ser usanza chichimeca andar juntos en todas ocasiones. Creíble es que Achcauhtzin, hermano de Xolotl, sería también en esta consulta y quedaría su voto en este parecer; lo uno como señor de la tierra; y lo otro como hombre embarazado en su gobierno, con la asistencia de su hermano y quería más poca gente suya propria, que mucha de compañía con su hermano; porque las más veces resultan malos fines de estos gobiernos a medias. Hízose esto así y llegóse el tiempo (como decimos), y llegando todos los principales señores al puesto determinado, aguardaron en él a Xolotl, el cual a quince días pasados vino con gran número de gente y lo recibieron muy solemnemente a su usanza y modo. Y ocho días después de todos juntos, se partieron, cada cual deseoso de verse ya envuelto con sus enemigos. Quedó en el gobierno del reino de Amaqueme su hermano Achcauhtzin, que no debió de quedar poco contento, en verse solo gobernando. Ellos fueron arando toda la tierra y por todas las partes que pasaban dejando gente en los lugares más acomodados, sin hacer mansión que fuese de consideración, hasta llegar a un lugar que llaman Cuextecatl ychocayan en el cual camino gastaron tiempo de un año; y de allí pasó adelante, siguiendo el propósito que había sacado de su tierra (que era buscar los moradores de la tierra) y llegó a otro lugar, llamado Cohuatlycamac y pasó a otro, al cual pusieron por nombre, Tepenenetl; y de allí pasaron al sitio (donde ahora es el pueblo de Tula, doce leguas de esta ciudad de Mexico) en el cual lugar y sitio hallaron muchas ruinas de edificios y casas antiguas, que daban a entender haber sido habitadas de otras gentes, antecesoras y entre las casas muchos tiestos de ollas y loza de diversas maneras. Viendo el lugar y coligiendo por su asolamiento la ausencia o fin de sus moradores, tuvieron por indicio cierto (del descubrimiento de la gente que buscaban) haber visto sitio que hubiese sido morada de aquellas antiguas gentes. Y pasando adelante (con deseo de hallarla) llegaron a otra mansión, llamada Mizquiyahualan; y de ésta fueron a Atocpa. De allí pasaron a otro lugar que pusieron por nombre Xoloc, porque en él hizo alto y asiento, por algún tiempo, el gran chichimeca Xolotl. Haciendo pues alto y mansión en este lugar, pasó con parte de su gente a un gran cerro que se llama Cempohualtecatl, junto al pueblo de Cempohualla (doce leguas de la ciudad de Mexico a la parte del norte). Y de allí pasó

a Tepepulco, cuatro leguas adelante, yendo de Cempohualla hacia el oriente; y todos estos lugares que iba mudando era en razón de buscar los más convenientes para su morada, porque como se sustentaban de caza, buscaban las tierras montuosas y ásperas, donde más se cría. En este lugar halló una cueva, donde se retrajo y vivió algunos días, de donde hacía sus salidas con alguna de su gente, buscando por aquellos lugares si por ventura hallaba parte de las gentes en cuya busca andaba.

CAPÍTULO XVII. *De cómo el chichimeca Xolotl, habiendo llegado a estas comarcas de Mexico, despachó a su hijo Nopaltzin a buscar las gentes moradoras de la tierra y él se volvió a su puesto de Xoloc*



ABIENDO VISTO con cuidado toda la tierra de Tepepulco (el chichimeca Xolotl) y no hallando las gentes que buscaba, pareciéndole que perdía tiempo y que aquella vida era muy corta para emplear en ella la grandeza de su ánimo, llamó a su hijo Nopaltzin y mandóle que pasase adelante a explorar y descubrir tierras; para lo cual le dio buen número de gente y él, con el resto de la que quedaba, se volvió al lugar de Xoloc, que antes había escogido para su morada, en el ínterin que el tiempo descubría mejores sitios; en el cual él y su gente se ocupaban en el ejercicio de las armas y montería por ser el uso ordinario con que habían las cosas necesarias para su sustento. Vuelto Xolotl con su gente fuese el hijo con la que el padre le había dado en busca de las nuevas tierras que deseaban descubrir; y en paradas que fue haciendo, dejadas las que no son de consideración, fue una, en una serrezuela, que ahora cae junto de la ciudad de Tetzcuco (que se dice Tetzcoton), desde donde descubrió la laguna de Mexico y todas sus riberas y tierras llanas, que antes habían sido aradas y cultivadas de los antiguos moradores de ella. Y como no viese rumor, ni señal de gente (por haber sido toda destruida) bajóse con más seguridad al llano, por mejor satisfacerse de la bondad de la tierra y fue demarcando todas aquellas laderas de las sierras, que corresponden a la ciudad, por la parte del oriente; en las cuales descubrió muchas cuevas y cavernas (moradas ordinarias de los chichimecas) y pasó del lugar, donde ahora es el de Huexotla y llegó al de Cohuatlychan, que está una legua de Tetzcuco, al mediodía; y habiendo demarcado y corrido la tierra hasta la sierra, llamada Volcán, que son distancia de seis o siete leguas, viendo y catando los lugares y cuevas de aquellas montañas, se subió a un cerro, de donde mejor pudo ver las llanadas que ahora son de la ciudad de Mexico; y en ciertas partes de ellas vido humo (es a saber) en Tlatzalan, Coyohuacan y Chapultepec y sin querer detenerse a saber qué humos fuesen aquellos que había visto, dio luego la vuelta con la gente que había venido a dar aviso y razón a su padre Xolotl, del buen principio que había descubierto

para sus deseos; porque creyó que aquellos humos no podían ser sino de gente moradora de aquellos lugares, y que cuando fuese poca daría cuenta del suceso de la demás; y con esta confianza volvió a Xoloc, donde su padre estaba con mucho cuidado, aguardando su venida, por enterarse de lo que por la tierra había.

CAPÍTULO XVIII. *De cómo volvieron Nopaltzin y los capitanes exploradores de la tierra a dar noticia de lo que habían visto al chichimeca Xolotl; y se dice el excesivo número de gente que Xolotl trajo*



uando Xolotl envió a su hijo el príncipe Nopaltzin a explorar la tierra (por la parte del mediodía, más declinada al oriente), despachó también otros ciertos capitanes, por estotra del mediodía (que se declina más al occidente) los cuales llegaron a un sitio, que dista ahora de la ciudad de Mexico dos leguas (llamado Tenanyucan); y considerado el sitio y habiendo visto ser bueno para su vivienda, se volvieron a su señor Xolotl a darle razón de lo que habían visto. Fue su venida al mismo tiempo que el príncipe Nopaltzin, su hijo, había también vuelto de su jornada; y habiendo dado todos razón y noticia de lo que les había sido encomendado, fueron muy bien oídos del gran cacique y señor, que les había enviado. Y entre otras razones que el príncipe dijo a su padre, fueron éstas: yo fui (señor) a lo que me enviaste y entre cosas particulares de que hice memoria, fue una gran laguna que vi y a sus orillas, aunque en alguna distancia apartado, vi muchas cuevas y a la otra parte de ella vi humos, que me dieron a entender haber gentes en aquellos lugares. La tierra es buena y muy dispuesta para nuestra morada; y habiendo tomado Xolotl razón de la tierra, así de los unos como de los otros, mandó que el príncipe su hijo y los otros, que habían salido por estotra parte, consultasen entre sí y deliberasen el estalaje que más a cuento les estuviese para su vivienda. Y habiendo dicho unos y otros las condiciones de los sitios y tierras que habían andado y visto, quedó entre todos decretado que la de Tenayucan era por entonces mejor y más acomodada; y siguiendo esta determinación movieron las familias de aquel lugar, llamado Xoloc, y a pocos días llegaron a este dicho de Tenayucan, donde el gran chichimeca Xolotl, escogiendo morada para sí, en lo cavernoso del lugar, fue repartiendo los demás sitios a todos los de sus familias.

Si quiero pasar adelante sin numerar la gente que llegó a este sitio, hago agravio a la historia (siendo de ella decir su número) y si lo refiero temo que ha de ser increíble; pero como no son estas razones de ingenio que engendran opinión, sino cosas que hallo escritas (si las pinturas antiguas están verdaderas y no mendosas) dicen que fue esta poblazón, por aquellas cuevas y lugares, de más de un millón de gentes; porque demás de seis

reyes y señores, que venían con Xolotl, eran los otros menos principales y capitanes más de veinte mil; los cuales traían a su cargo, cada uno, más de mil personas a quienes mandaban Xolotl y los otros seis señores que con él habían salido de sus reinos y provincias. Y porque las orejas del prudente y discreto lector no se escandalicen, pareciendo el número demasiado, digo que allí cerca del pueblo, que ahora es llamado Tenayucan (que fue cabeza entonces de este tan gran reino) está un lugar donde hay doce cerrezuelos de piedrecillas, que son las que se juntaron cuando se contaron, llevando cada uno una y arrojándola en el montón, que vistos, parece espanto; y considerado que cada una de aquellas pedrezuelas había echado cada uno de ellos no se hará dificultoso de creer ser el número de la gente tan grande como se ha dicho y así se puso aquel lugar por nombre Nepohualco, que quiere decir contadero.

Otra razón hay que obligue a creer que sería mucho este número de gente, que para mí es muy fácil; y es saber que esta gente chichimeca venía en busca de los moradores de la tierra, con determinación y ánimo de hacerles guerra (como a mortales enemigos) y si para vencer al enemigo fuera de su casa son menester fuerzas, en ella serán necesarias dobladas; y así es creíble que viniesen en tan crecidos y cuantiosos escuadrones como aquellos que no sólo pretendían hacer rostro, sino vencer y después quedarse por señores de la tierra.

CAPÍTULO XIX. *De cómo despachó Xolotl al cacique Acatomatl con una copiosa compañía de gente a descubrir todas las riberas de la laguna; y de la razón con que volvió*



O HAY CONTENTO que lo lea cuando se presume que no hay seguridad en poseerle. Por esta causa, aunque había mostrado Xolotl tenerle en la posesión del buen lugar y sitio que había hallado para su morada, vivía con recelo de perderle (o al menos de gozarle con zozobras y sobresaltos) si acaso había otros poseedores más antiguos que pudiesen oponérsele y hacerle guerra por quitárselo; y cuidadoso de saberlo y deseoso de asegurarse en la posesión de su nueva población llamó a un señor, llamado Acatomatl (uno de los seis mayores que con él habían venido) y dándole una buena y copiosa compañía de gente, le mandó que fuese a descubrir todas las tierras y riberas de la laguna que correspondía a su población por la parte del mediodía; el cual obedeciendo su mandato movió con su gente luego, y llevando en la memoria la noticia de los humos que el príncipe Nopaltzin había visto, destinó su camino hacia aquellas partes (que ahora tienen por nombre Chapultepec, bosque de recreación de los príncipes y virreyes que gobiernan esta Nueva España y dista de la ciudad de Mexico, poco menos de una legua). Llegado, pues, a este lugar encontró con uno de los antiguos tultecas llamado Ecitin, cuya mujer se llamaba

Axochiatl, que en aquel sitio, entre carrizales, tenían su asistencia. Vivía solo con su mujer y un hijo suyo. Fue mucho el contento que Acatomatl mostró en ver a el tulteca y con deseo de saber la causa de su soledad y la que lo era de haberse despoblado aquella tierra, se lo preguntó por señas (porque en lengua no se entendían por ser diversas las de sus naciones), a lo cual satisfizo el tulteca diciendo: que la causa de su soledad era haberse quedado escondido, cuando los otros moradores de aquellos lugares los desampararon, temiendo ir con ellos. Hecho ya a la tierra y no cuidando de conocer la ajena y que los otros sus conterráneos y compañeros se habían acabado unos y otros ido huyendo; porque de años atrás habían tenido muchas secas, de las cuales habían resultado hambres y de ellas pestilencias, muertes y guerras, que habían tenido por muchos años, con un poderoso rey, su contrario, que cada día los consumía; y deseosos de la paz, y ganosos de apartarse de la guerra, se habían metido la tierra adentro, por orden y consejo de sus dioses; y unos habían ido hacia Campech y otros, más metidos al mediodía (que es la relación que antes hemos dado) y que no sólo él había quedado con su mujer e hijo, que presentes veían, sino que en otros lugares habían quedado algunos otros; y preguntado por el capitán el tiempo que había que faltaban los que la moraban, respondió: que había espacio de cinco años que de todo punto la habían desamparado, aunque años antes habían comenzado a dejarla.

Dejando (pues) Acatomatl en aquel sitio al dicho tulteca, pasó adelante y no muy lejos (aunque más metidos en los carrizales de la laguna de agua dulce, en un lugar que ahora se llama Colhuacan) halló otros dos de los dichos tultecas con sus mujeres e hijos. El uno se llamaba Xiuhthemal y el otro Cozauhtli. La mujer del primero Oceloxoch y la del segundo, Yhuixoch. Los hijos se llamaban Coyol y Acxoquauh. Éstos se habían pasado del sitio de Tlatzalan, había tiempo de un año, al que de presente tenían por parecerles más acomodado para su vivienda, por ser más húmedo y haber habido tan grandes secas los años atrás. De éstos tomó la misma razón que del pasado y gastando algunos días en dar vuelta a la laguna y hallando otros pocos de estos tultecas, de quienes tomó la misma razón que de los pasados, caminó hacia oriente y pasó el volcán y Sierra Nevada y la parte del mediodía (que corresponde a este dicho volcán); en un lugar que ahora se llama Tepexoxoma halló otro hombre de éstos, con su mujer e hijos, del cual recibió razón; como no había por aquellas comarcas más gentes y que sólo sabía que en Cholula (ciudad que ahora es populosa) había dos sacerdotes de sus ídolos, viendo Acatomatl que tantas leguas no había encontrado con número de gente y que la poca que había visto le daba nuevas ciertas de su soledad y que la tierra estaba valdía y desamparada, volvióse luego con su gente a su señor Xolotl, el cual le recibió con mucho gusto y placer; tanto porque como amigo le amaba, cuanto por saber nuevas ciertas de lo que deseaba. Y como le preguntase el fin de su jornada, le dijo lo que había visto y se ha dicho en este capítulo y cómo se podía llamar bienaventurado; pues a tan poca costa era señor y gozaba de tierras, las mejores del mundo y que sólo restaba poblarlas;

porque sin contradición del cielo ni de la tierra, podía nombrarse señor de todas ellas.

Viendo Xolotl la soledad de la tierra y cómo tan a poca costa suya se hallaba señor de ella ordenó su pueblo y repartió los sitios de él, entre los suyos, aventajando a los señores y principales los otros, que no lo eran; y de esta manera quedó sentada su ciudad, que aunque no en formadas casas, al menos en sitios cavernosos y en otras maneras a su usanza y modo. Luego repartió parte de sus gentes por otros lugares, hacia la parte del norte, en distancia de más de veinte leguas en cuadro. Llegando a Zacatlan, Quauhchinanco, Tototepec, Atotonilco, Quachquetzaloyan que fueron, como términos y aledaños, de sus gentes. La cual tierra se llamó chichimecatlali, como heredad de los chichimecas o porción, parte y fuerte de chichimecas.

CAPÍTULO XX. *De cómo habiendo Xolotl vivido algunos años en Tenayuca se pasó a Tetzcuco y pobló allí de nuevo*



STANDO YA XOLOTL en las riberas y orillas de la laguna, que ahora se llama mexicana, dos leguas de la ciudad de Mexico y en el lugar antes referido (llamado Tenayuca, en contra de la dicha ciudad, a la parte del norte que en aquellos tiempos llegaban hasta allí sus aguas) y agradado del lugar, viendo que no había quién le defendiese su morada determinó, como hemos visto, ranchearse en aquel sitio bien diferentemente y por muy diverso modo que los tultecas, sus antecesores; porque los primeros, como gente de más policía, tenían su asistencia en poblado, morando en casas hechas de piedra y otros materiales semejantes, tratando unos con otros y comunicando entre sí y gozando de vecindad y compañía; pero Xolotl y su gente muy al contrario, porque como no sabían de vestidos, tampoco de pláticas ni conversaciones; y así era toda su vida, gozarla y vivirla, desnudamente en los cuerpos, vistiendo pieles de animales. Andaban vagueando por la tierra, sin arar, ni cabar, porque no sabían cultivarla; y todo su mantenimiento y sustento era la caza y montería de venados o ciervos, conejos, liebres y otros animales y culebras. De esta manera estuvo Xolotl con su gente, por aquella comarca de cerros y sierras, gozando esta vida referida diez y siete años y al diez y ocheno se pasó de aquel lugar al otro que su hijo Nopaltzin había demarcado, de la otra parte de la laguna (que ahora tiene por nombre Tetzcuco que es la cabeza y ciudad principal que tuvo aquel reino y una de las buenas que ahora tiene, después de la conquista de esta tierra); su mudanza debió de ser haberse multiplicado su gente o ser corta por allí la tierra, para el modo y manera de sustentarse y parecerle más acomodado el sitio de Tetzcuco, para este intento por tener en su contorno, montes y sierras de muy extendidas y grandes arboledas, donde había mucha abundancia de caza, de que se mantenían.

En este lugar de montes y sierras se sabe que vivió, y como aquel que no tenía enemigos, ni gentes vecinas que le hiciesen contradicción, vivió pacíficamente ciento y trece años, después que salió de su tierra y provincia de Amaquemecan, habiendo pasado la total ruina de los tultecas por tiempo de ciento y veinte y dos años, como se verá en sus lugares.

CAPÍTULO XXI. *De cómo vinieron otros seis señores de la parte del poniente a esta tierra de Anahuac*



A HEMOS DICHO cómo el chichimeca Xolotl, agradado de la tierra de Tenayuca, había hecho en aquel lugar su morada y aunque es verdad que había salido de su tierra con ánimo de buscar a sus enemigos y quitarles por fuerza de armas las que poseían, no puso en ejecución su propósito por haber tenido noticia de los pocos tultecas que habían quedado, de cómo todos habían perecido y ídose a otras apartadas y en gran distancia, lejanas tierras; y cómo aquellas que de presente gozaba las halló tan a propósito para el sustento de su ordinaria vida (disuadido de seguir a sus contrarios) eligió la vivienda en ellas, sin querer pasar adelante a descubrir otras por entonces; y cómo la gente, que era en crecido número, se extendiese por los términos y linderos referidos atrás y viesen la buena disposición de sus comarcas, gozaban de ellas alabando la bondad de su extremado cómodo. Ésta debió de ser la causa de que luego, en muy breve tiempo, corriesen estas felices nuevas y volasen hasta llegar a su tierra o ya que fuese por información del mismo Xolotl, dando aviso a los que en su gobierno dejaba, de lo sucedido hasta entonces o ya por otras gentes que por otras diferentes causas hubiesen aportado y vuelto hacia aquellas regiones (antigua y natural patria suya); pero séase lo uno o lo otro, lo que se sabe de cierto es que después de estar poblados y rancheados por esta tierra (como está dicho) vinieron otros seis señores, aunque no todos juntos sino siguiéndose unos a otros, llevándose los unos a los otros, algún tiempo de intervalo y acabaron de llegar a la presencia de Xolotl, ocho años después de su llegada a Tenayuca. Eran estos seis señores de provincias comarcanas a la de Xolotl y aunque convecinos, no de su lengua; no dicen las historias de estos señores más de que lo eran y muy principales y que vinieron con muy poca gente; pero ellos y los suyos fueron poblando y tomando sitios donde Xolotl les señalaba, porque como señor primero de la tierra, ya era conocido y obedecido por el mayor monarca de ella; éstos fueron tributarios a Xolotl, reconociéndole por cabeza y señor; llamábanse Tecuatzin, Tzontehuayel, Zacatitechcochi, Huihuatzin, Tepozotecua y Itzcuincua. De esta manera se fue multiplicando la gente de esta gran provincia, juntamente con la que en la misma tierra ya iba naciendo; que como gente que usaba de descanso, multiplicaban abundantemente y en demasía.

CAPÍTULO XXII. *Donde se dan las causas por qué en sus principios estos chichimecas no habitaron casas y se ranchearon en cuevas y otras semejantes partes y mansiones*



OS HOMBRES (a los cuales las experiencias de las cosas han hecho sabios y gozan el nombre de serlo) entre muchas razones que han hallado para excusar a las primeras gentes del mundo, de la barbaridad que se les puede atribuir, en razón de vivir apartada y solitariamente, sin género de policía, sin leyes, ni casas, ni en congregación social, son: una, que por ventura se comenzó aquella tierra a poblar de nuevo, por alguna poca gente o por algunas particulares personas, que por alguna causa se apartaron de otros y no han tenido lugar ni tiempo de crecer, ni tomar experiencia de las cosas, en aquella región que moran; otra es, por no ser la tierra, para ellos dispuesta; y después de haber entrado en ella o no quisieron o no pudieron juntarse en congregación, por razón de tener intento de volverse a la tierra y partes de donde vinieron, por la incomodidad de su sitio u otra razón motiva que para ello tuvieron. Otra es, que a poco tiempo que comenzaron por allí a poblar iban creciendo y multiplicando en orden desconcertada, y tienen intento de juntarse en congregación llegando a más número de gente. Otra es, por suplir mejor su necesidad, considerado el sitio o porque está cerca de algún río o monte, para mejor conservar la vida humana, con el servicio del agua y leña. Otra, porque es tanta la bondad y fertilidad de la región, que cada una ranchería o casa está segura y proveída de lo necesario, sin que tema que hombres o bestias la puedan perturbar ni damnificar en nada; de manera que no se sigue de necesidad, que porque se hallen gentes solas o acompañadas, juntas o esparcidas y derramadas en montes o llanos o en valles y quebradas, pocas o muchas, en tierras malas o buenas, que por eso sean bárbaras y ajenas de razón; pues las causas motivas que pudieron tener para parecerlo son las referidas; éstas hallamos haber tenido los primeros chichimecas, moradores de esta tierra; y sin ellos sabemos haber principiado todas las naciones del mundo, que porque no sean los indios solos notados de bárbaros, quiero hacer memoria de algunas, porque hallando razones que los excuse, sirvan las mismas de excusarlos a ellos, pues que por razón de ser hijos de un solo padre, en el principio de el mundo, les convienen las mismas razones, así a los unos como a los otros; pues sabemos que en lo que toca el ser natural, todos gozamos de unos mismos principios; y así son causas occidentales las que impiden éste o esotro efecto. Y estos tales que viven vida esparcida y derramada, fácilmente son reducidos a congregación con otros mismos hombres, de esa misma sociedad y compañía, por causas que entonces obliguen o por amor y persuasión del tal que los congrega como lo dice Tulio en el proemio de su *Antigua retórica;* y en la oración 32, que hizo por Publio Sextio, cuyas palabras son: fue cierto tiempo en el cual los hombres vivían por los montes o campos, como bestias, vagueando,

manteniéndose de la comida silvestre como los animales sin razón. No se regían por razón alguna, sino que todos estribaban en las fuerzas corporales; no alcanzaban ningún conocimiento de Dios, ni ejercicio de la religión; y mucho menos la razón de ello. No trataban de legítimos casamientos, ni conocían cuáles de ellos fuesen sus hijos, ni los hijos sabían cuáles eran sus padres. La utilidad de la igualdad del derecho la ignoraban y la de la justicia; por cuya ignorancia y error la codicia ciega y temeraria que señorea al ánimo desenfrenado, usaba mal de todas las cosas, aprovechándose de las fuerzas corporales para todos sus maleficios. En aquel tiempo cierto varón sabio, conociendo la dignidad de la materia que se le ofrecía y la excelencia y virtud de los ánimos de los hombres y cuán dispuestos están para cosas excelentes y grandiosas, comenzó a persuadir con dulces palabras y con la vehemente fuerza de la razón, a forzar a los hombres, que andaban derramados y esparcidos por los montes y campos, para que viviesen juntos, en un cierto y escogido lugar. Y después de juntos y congregados les enseñó poco a poco las cosas necesarias para la vida social, induciéndolos y aficionándolos a las cosas útiles y honestas y desviándolos de las deshonestas y malas. Y aunque algunas de estas gentes (prosigue), luego a los principios, por la envejecida costumbre y acostumbrada libertad, reclamaban y se querían volver a su antigua vida, con todo eso, aplacándolos con las razones que les decía y modo suave y manso de hablar de que usaba, de fieros y crueles que eran los tornó humildes, mansos y blandos; porque de esta manera (concluye Tulio) no es dificultoso traer a los hombres a vida de conmunidad y a lo que la razón dicta y enseña.

Lo mismo dice Plutarco,[1] haciendo mención de aquel tiempo rudo, cuando los hombres vivían esparcidos y derramados y como bestias de el campo y de aquel varón prudente y sabio, que los comenzó a traer y persuadir a ponerse debajo de leyes y dio noticia de haber Dios, que vivía vida perpetua y eterna. Y es aquí de considerar que aquel tiempo, que refiere Tulio haber sido, en el cual los hombres vivían a cada paso por montes y campos, como salvajes y bestias, fue común a todo el linaje humano. Después que las gentes se derramaron y esparcieron por las tierras y se fueron multiplicando (conviene a saber), que ninguna gente ni nación, ni tierra, hubo poblada de ella, que a los principios no viviese y estuviese, por muchos tiempos, esparcida y derramada por montes y campos, sin ley, sin orden y sin industria, viviendo ruda y groseramente sin pueblos, sin casas, sin sementeras o labranzas; comiendo los frutos que de sí misma daba y producía la tierra, como animales rústicos y campestres que entonces eran; aunque por el contrario los conocemos en estos presentes siglos, por muy pulida y concertada república. Y esta rudeza y barbaridad duró tanto cuanto se tardó en nacer o venir a cada nación de otras partes, alguna persona o personas de mejor entendimiento o que cayese, más temprano que las otras, en la cuenta y conocimiento de la utilidad que trae consigo el hacer casas, el ajuntarse a vivir juntos, el tener leyes, obedecer a quien

[1] Plut. lib. 1. cap. 7. de Placitis Philosophi.

los rija, el vivir ordenadamente, usar oficios y ejercitar otras cosas necesarias a la vida. Y porque no parezca que todo se dice en común y que por serlo parezca dudoso, quiero poner el ejercicio de lo dicho en la gente de Italia, donde al presente hay tanta policía, orden y concierto y donde también hay tan ilustres y populosas ciudades y casas de magnífico aparato y donde florecieron las artes y sobre todo la religión supersticiosa; y florece ahora la cierta, cristiana y verdadera.

Cuando vino Saturno a Italia estaban los moradores de la tierra tan bárbaros y brutos, que no se halla gente en el mundo que más lo estuviese; y era esto en tanto grado que tuvieron los poetas a los indianos (al menos así los cantaban) que no eran hijos de hombres, sino que habían nacido de los troncos de los árboles y de duros maderos. Esto afirma Virgilio,[2] en sus *Eneidas,* introduciendo al rey Evandro, rey de Arcadia, que vino a Italia y hablando con Eneas del principio de la poblazón de la tierra de Italia y de la brutalidad de la gente italiana, dice en siete o ocho versos. Evandro, rey que había venido a Italia (y era rey de ella) dijo a Eneas, cuando vino a ella: Estos montes que tú ves, y en que ahora estamos, eran habitados otro tiempo por los faunos y ninfas (que son dioses aldeanos y rústicos) y era la gente de esta tierra hombres nacidos de los troncos de los árboles y de los maderos duros y ásperos. Éstos ni tenían leyes ni costumbres, ni sabían de labranza, ni uncir bueyes, ni ganar ni allegar riquezas, ni guardar lo que ganaban. Su mantenimiento eran ramos de árboles y la ruda caza que cogían. Donde parece que para mostrar Virgilio el principio de la poblazón de Italia, introdujo dioses rústicos y aldeanos y los hombres bestiales; y debajo de estas palabras, significó todo el rudo y brutal estado italiano en aquellos primeros tiempos y puso a los hombres bestiales o insensibles (como hechos de troncos y palos) por razón de la grande ignorancia y simplicidad con que en aquellos tiempos vivían; los cuales, teniendo tan felice tierra, no sabían gozarla, ni aprovecharse de ella, sino que vivían de lo que acaso hallaban por los campos, cerros y montañas. Vivían sin ley y sin costumbres; y así parecía que aquéllos no eran hijos de hombres que tuviesen razón ni entendimiento, sino de árboles; y no sólo de árboles, pero de troncos y muy duros maderos, y esto, para más encarecer su simpleza; por lo cual, en tanto eran duros, que no se podía imprimir en ellos cosa de buen entendimiento, ni razón de la manera que se puede y es fácil de imprimir algo en las cosas blandas y tiernas. Y en esto concuerda el Filósofo,[3] diciendo: que según la blandura de la carne así es en los hombres el bueno o no tal ingenio. Pruébase también su brutalidad por razón que en aquel tiempo no se mantenían sino de comidas ásperas y silvestres, como eran los frutos de los árboles silvestres que acaso estaban por los montes y las carnes de los animales que acaso, y con poco trabajo e industria, mataban sin guisallas, ni cocellas sino crudas o mal asadas. Y esta vida tan áspera no la pudieran sufrir hijos de hombres; y porque aquéllos la sufrían mostraban no ser hijos de hombres racionales, sino nacidos

[2] Virg. lib. 8. Aeneid.
[3] Arist. lib. 2. de Ani.

de duros maderos y troncos. Esta manera de decir tuvieron los poetas y con Virgilio, Ovidio, en el libro primero de sus *Metamorfoseos*, en donde introduce a Deucalión y Pirra su mujer, que de piedras hicieron hombres cuando las echaron hacia atrás, en el Diluvio en que se salvaron; que dejando fábulas quiso decir que los hombres en aquellos tiempos eran de linaje duro, que sufrían la vida bárbara y brutal; y esto refiere Juvenal,[4] en el libro de sus *Sátiras*.

A esta gente italiana que ahora es tan política y entonces era tan silvestre, rústica y bárbara, vino Saturno, hombre sabio y rey de Grecia, no por su voluntad, ni por codicia de buscar mejor tierra, sino echado por fuerza de su reino por su hijo Júpiter; y fue en tiempo que señoreaba en ella, no como rey sino como más honrado y algo más entendido que los demás, uno llamado Jano; y puesto que no tenía tanto juicio e ingenio, que supiese poner en policía a los italianos y dalles leyes y los enseñase en las cosas de granjerías, debía de ser viejo y de buena voluntad y debía de regirlos en algunas cosas livianas y de poca cuenta, como a gente que entre sí tenía pocas barajas por su mucha simplicidad y que viviesen todos en paz; porque como no tenían cosas proprias, tenían quitada la causa de rifar; y como en él viesen algunas bondades más que en los otros, debían de amarlo y reverenciallo y por su mucha edad tenerlo en alguna manera por padre de todos.

Este Jano, de buena voluntad con todos los demás italianos, recibieron a Saturno; y tuvo por bien que ambos fuesen señores según dice Macrobio.[5] Saturno, así bien recibido, comenzó a enseñar a los italianos el uso de la agricultura, como es arar y cavar, sembrar y plantar, ingerir, y toda la demás arte de la labranza y agricultura, para tener la comida del pan y las otras cosas necesarias; y por esto pintan a Saturno con una hoz en la mano. Hízoles que tuviesen tierras y casas proprias, porque tuviesen cuidado de labrarlas y guardarlas sin tomar las ajenas; y porque vivían en cuevas y debajo de árboles, les enseñó a hacer casas y los juntó y congregó en comunidad. Y así hicieron pueblos y en especial dos ciudades o lugares, uno cerca de otro. El uno llamaron Janículo, donde moró Jano y el otro Saturna, donde habitó Saturno, según lo dice Macrobio.[6] Dioles industria de montear los animales y cazar las aves y pescar los peces y cómo guisasen las carnes y comidas; y púsoles leyes no penales, porque no las habían entonces menester, por vivir con mucha simplicidad, sino por vía de doctrina y enseñanza, como es la *Filosofía moral* de Aristóteles y las *Epístolas* de Séneca, que no son ley, sino enseñamiento y doctrina de virtud. Esto dicho, parece por Virgilio.[7]

De esta manera podemos presumir y juzgar de todas las gentes del mundo, y así lo hallamos escrito por muchas historias, que acaeció en nuestra España, en la cual hubo a los principios grande y ruda simplicidad. Tene-

[4] Juven. lib. 1. Satir. 1.
[5] Macrob. lib. 1. Satur.
[6] Macrob. lib. 1. cap. 7. Satur.
[7] Virg. lib. 8. Aeneid.

mos otro ejemplo muy antiguo, el cual refiere Theodonción, autor griego y copioso en las historias antiguas, de un noble varón de Arcadia (parte de la provincia de Acaya Mediterránea, cuyos pueblos fueron antiquísimos, tanto que dijeron los poetas haber sido la gente de ellos nacidos antes que el sol y la luna) el cual se llamaba Lisanías y los poetas le nombraron el primer Júpiter. Éste (dice Theodonción), que como fuese de excelente ingenio y viniese a Athenas y hallase los hombres allí que vivían incultos y como bestias, sin orden, sin leyes, sin policía, sin matrimonio (antes tenían las mujeres comunes) y que vivían vida apartada y sola, sin ayuntamientos de pueblos y sin ninguna política, lo primero que les enseñó y persuadió fue que se congregasen y juntasen en uno y viviesen debajo de una ley que fuese común a todos. Enseñóles a usar de matrimonio natural (como es, que cada uno tuviese su propia mujer); después los introdujo poco a poco en todas buenas costumbres y al cabo dioles doctrina, reglas y modo como sirviesen y honrasen a Dios, o a los dioses, edificándoles e instituyéndoles templos y altares, sacrificios y sacerdotes. Maravillándose de esto los rudos y groseros atenienses y reconociendo ser gran beneficio el que de él habían recibido, honráronlo y tuviéronlo por dios y llamáronlo Júpiter e hiciéronlo rey suyo. Con lo dicho concuerda Tulio,[8] queriendo que éste haya sido el más antiguo de los reyes de Athenas. Quien quisiere ver algo más de esto lea al Tostado,[9] sobre Eusebio, de donde parece que los atenienses (entre los cuales tanto resplandeció la filosofía y ciencias naturales y morales y toda buena doctrina) fueron en sus principios rudísimos y tan bárbaros que fueron tenidos (como otras naciones) por bestias; porque no nacieron más pláticos ni más enseñados que otros; y es este ejemplo harto claro, para comprobación de la materia que vamos tratando.

Lo mismo se halla escrito del rey Radamanto, de Licia y del rey Minos, de Creta, los cuales dieron orden y pusieron en policía y debajo de leyes aquellos reinos, según Aristóteles.[10] Del postrero (y aun de ambos) hablan largamente Platón,[11] y Estrabón,[12] y dejo de traer a la memoria a Licurgo, rey de los lacedemonios, de las leyes que dio y policía que entre ellos puso, de que todos los libros antiguos están llenos y son cosas muy sabidas para los que leen y saben historias y cosas de república, con libros de filosofía, manifiesta y clara, aunque los ejemplos antiguos tanta más autoridad alcanzan entre los sabios cuantos más años hubiere consumido su antigüedad (y para nuestro intento debía bastar y aun sobrar lo dicho), pero para los que no vuelan tan alto, sino que han menester caseros milagros para creer (como es la gente vulgar), quiero traerles otro ejemplo más moderno, que sea fin y remate de todo lo dicho y prueba verdadera de nuestro propósito.

En la historia de Boemia,[13] se lee y hace mención de ello el papa Pío

[8] Tul. lib. 1. de nat. Deor.
[9] Tost. in Euseb. de Temp. 4. p. cap. 90.
[10] Lib. 2. Pol. et lib. 7. cap. 10.
[11] Plat. lib. 7. de Leg. et lib. 24 de Rethor. et lib. 34. Dialog. 12 de Leg.
[12] Strab. lib. 10.
[13] Lib. Hist. Boemorum cap. 3.

en la historia que escribió de la dicha región, donde se cuenta de Cechio Creatino, primero duque o rey de ella, que por cierta ocasión yendo aquella tierra, donde la gente vivía derramada y como brutos, haciendo mansión donde la noche los cogía y en aquel lugar dormían y trayendo en carros toda su casa y todo lo que poseían, cuya comida era bellotas y frutas silvestres de los montes, aunque según el papa Pío, dice se sustentaban de leche de animales y de la caza, que cazaban, andaban las mujeres y los hombres desnudos, con ser (como lo es) la región frigidísima, los indujo y atrajo este duque, llamado Cechio a que se juntasen; y enseñó a arar y cultivar la tierra, sembrar trigo y coger las mieles, cocer y comer pan; y así, de cuasi bestiales y fieros hombres, los trajo a vida política y de razón, los cuales, conociendo el bien y utilidad que de él habían recibido, lo eligieron por su señor, duque o rey.

De estos ejemplos, antiguos y modernos, parece claramente no haber naciones en el mundo, por rudas y bárbaras, groseras y fieras, bravas y brutales que sean, que no puedan ser reducidas a modo político y vida sociable, haciéndose domésticas, mansas y tratables. De todas las referidas y una de las que caben con mucha propiedad en esta historia, es la de los chichimecas, que en sus principios se halla haber vivido (como dejamos dicho) derramados y esparcidos en cuevas y rancherías de piedras y riscos y no en pueblos que tuviesen forma de ciudad y calles, con casas labradas de piedras y otros materiales requisitos; y éstos (como adelante veremos) se redujeron a otras moradas, que hacían forma de pueblos y ciudades, siendo en sus principios muy semejantes a los referidos en este capítulo, así en su desnudez, comida, vida brutal y bárbara.

CAPÍTULO XXIII. *De la venida de los aculhuas y de cómo fueron bien recibidos del gran rey y señor Xolotl*



LOS CUARENTA Y SIETE AÑOS que ya el gran chichimeca Xolotl tenía tomada posesión de la tierra y era señor universal de ella, así por razón de no haber en ella quien le contradijese, como porque de los que consigo tenía le reconocían por mayor, vinieron de las partes del poniente otros tres señores, con voz y título de reyes, los cuales trajeron consigo un muy crecido y pujante ejército de gente, que todos parecían gigantes por ser crecidos de cuerpo y muy apersonados. Estos tres señores traían por común apellido y nombre: aculhuas; y eran del linaje y sangre de Citin (que fue entre ellos casa muy antigua y noble, como entre los romanos, los Césares, los Pompeyos, Aníbales o Scipiones), y era gente muy valerosa de ánimo y esfuerzo invencible, cuya venida no se sabe qué origen o motivo hubiese tenido. Aunque se puede creer sería el mismo que tuvieron los primeros (es a saber) tener noticia de la buena tierra y la próspera fortuna de que gozaban los chichimecas que la poseían; o sólo movidos del oculto impulso de

su buena suerte y ventura, como la que los traía a gozar de ella en posesiones de tierras, gobiernos de reinos y señoríos, de pueblos y ciudades.

Habiendo (pues) llegado a la tierra por sus alojamientos y mansiones (sin más noticia de saber que vinieron y no el tiempo que en venir tardaron) llegaron a los lugares donde los chichimecas vivían, y tomando lengua y razón de lo que para su presente propósito les convenía e importaba, y del nombre del señor que los regía, se fueron a él; del cual fueron amigablemente recibidos; y como a gente desconocida y extraña de aquella tierra les preguntó la causa de su venida a ella; al cual los dichos señores respondieron: Habrás de saber, señor, que venimos de aquellas partes donde el sol se pone, de provincias y tierras muy apartadas y distantes de éstas; y los tres, que en tu presencia estamos, somos hermanos, hijos de un gran señor y monarca y hemos venido destinados a tu presencia; y aunque reyes, señores y capitanes de tanta gente, como a nuestro cargo traemos, no nos preciamos sino de ser tus vasallos y criados y como tales te suplicamos nos señales tierras y des sitios donde podamos vivir en compañía tuya, sirviéndote como a señor, obedeciendo tus mandatos como de príncipe y monarca, sin más interés que ser tus vasallos, aunque deseando servirte con el ánimo que heredamos de nuestros pasados y progenitores; que la noticia que tenemos de quién eres, nos ha obligado a venir a tu presencia.

Oídas éstas y otras semejantes razones por Xolotl, las agradeció y prometió galardonar sus buenos propósitos, estimando en mucho sus buenos deseos; y luego mandó aposentarlos y darles hospedaje, tal cual merecían, hasta tanto que consultase su petición y demanda con lo de su gobierno y consejo; lo cual fue hecho por Nopaltzin, hijo de Xolotl, el cual mandó que en su misma morada fuesen regalados, repartiendo la demás gente por entre los demás vasallos como mejor les estuviese. Después de aposentados los aculhuas y bien recibidos de Xolotl, contentos y deseosos de conseguir el fin de quedarse bien acomodados en las tierras y señoríos que ya Xolotl tenía por suyos, hablaron al príncipe Nopaltzin pidiéndole con encarecimiento les fuese intercesor con su padre para que los favoreciese; cuyo favor tuvieron tan aventajado que con él consiguieron todo cuanto pretendieron.

CAPÍTULO XXIV. *De la respuesta que Xolotl dio a los tres reyes aculhuas; y trató de casar a los dos de ellos con dos hijas que tenía*



ENÍA XOLOTL dos hijas doncellas a las cuales no había puesto en estado y deseando darles maridos (no de los que a su gobierno y mando tenía) comenzó a pensar que era buena la ocasión que a las manos se le había venido de aquellos tres señores y que sería bien casarlas con ellos; para lo cual dilató el darles respuesta de lo que habían pedido; y mandó a gente de su casa de quien él tenía confianza que tratasen y comunicasen a los tres señores forasteros y viesen de ellos si eran hombres valerosos y de

estimación y prendas. Todo esto a fin sólo de recibirlos por yernos; y como el príncipe Nopaltzin, su hijo, oyese decir lo mucho que valían y el trato tan político con que comunicaban y lo mismo le certificasen los criados a quien había dado cargo de tratarlos y de que viesen la prudencia de que usaban, quedó muy pagado de ellos y puso en su corazón de darles a sus hijas; pero porque no se entendiese que se movía a cosa tan grave por sólo su parecer, hizo llamar a los seis señores que con él habían venido (los cuales eran de su consejo) y comunicándoles la venida de los aculhuas y loándoles su buen modo de proceder en todo, dioles a entender el gusto que tendría en recibirlos a su amistad y gracia y el provecho grande que al imperio se le seguiría en tener tales hombres que con su valor lo defendiesen y con su discreción y policía lo hermoseasen y juntamente les dio a entender que deseaba darles tierras que poblasen y lugares donde viviesen. Lo cual oído por los señores consejeros, no con menos gozo que Xolotl lo había propuesto, respondieron: Señor y monarca de las naciones chichimecas, a cuya voluntad estamos los que somos tuyos y de tu servicio, la respuesta que damos a tus palabras es: que se haga como lo has dicho porque de tu prudencia fiamos que no harás cosa que no la tengas bien considerada y que no sea de mucha utilidad para tu imperio; y así decimos que los recibas no sólo a tu gracia; pero a cualquiera otra cosa que sea más de tu gusto.

Entonces les declaró su intento y dijo cómo quería dar a los dos de ellos las dos hijas que tenía, por mujeres y los pueblos que quería encomendarles y cuando determinado esto, entre todos, hizo llamarlos Xolotl (que ya estaban con cuidado aguardando la respuesta), los cuales venidos a su presencia y en la de los seis señores, sus consejos, les dijo: Aunque os habrá parecido olvido el que he mostrado en despachar la causa de vuestro deseo, no le ha habido en mí, sino ganas muchas de regalaros y por parecerme que el cansancio de los largos caminos piden mucho tiempo para descansar, os he olvidado; y pareciéndome que ya estaréis algo aliviados y sueltos del molimiento que habéis traído os he hecho llamar para deciros dos cosas: la una, que conociendo el valor de vuestros pasados (cuya noticia por todas partes corre) os admito en mi reino y os hago moradores de él para que como tales repartáis vuestras gentes en los lugares que les serán señalados para que como vecinos y moradores de él le defendáis y tratéis como cosa vuestra; la otra, que de los dos mayores de vosotros, quiero casar con dos hijas que tengo, las cuales os doy de muy buena voluntad; y de quien os da su sangre podéis creer que no tiene cosa en la tierra que no os dé y entregue. Oídas estas cosas por los señores aculhuas y recibiendo el generoso ofrecimiento que Xolotl les hacía, con grande alegría de su corazón, agradeciéronlo con las mayores muestras de amor y cortesía que pudieron y remataron sus razones con decir que no las tenían para darle gracias por tantas y tan altas mercedes como les hacía; y que no sólo no sabían encarecer el favor tan grande que les hacía en recibirlos por hijos; pero que lo fuera muy grande admitirlos por criados de su casa. Con esto se acabó esta plática y como cosa deseada puso luego Xolotl en ejecución

lo propuesto, tratando de casar a sus hijas y darles los maridos que la ventura le había traído a su casa.

CAPÍTULO XXV. *De cómo se hicieron los casamientos entre los dos reyes aculhuas y las dos hijas de Xolotl y cómo fueron festejadas*



ENTADOS YA LOS CONCIERTOS entre los señores aculhuas y Xolotl y determinados los casamientos, hizo llamar a las gentes de su reino que ya eran muchas en número (como luego veremos), las cuales, congregadas en la primera poblazón de Tenayucan, donde vino Xolotl con sus hijas y yernos a celebrar las bodas, dicen las historias que fueron en tan crecido número que no cabiendo en la ciudad, se alojaron los más en los campos haciendo sus tiendas y chozas donde meterse. Aquí casaron los dos señores con las dos señoras ya dichas, llevando Aculhua que era el mayor a la mayor de las dos, llamada Cuetlaxochitl y el segundo, llamado Chiconquauh, casó con Cihuaxoch, cuyas bodas y entrego de esposas se celebraron con grandísimos regocijos, así de Xolotl, como de los de su corte y reino; lo uno, por ver ya puestas en estado las princesas; lo otro, por haberse dado a personas que también las merecían. Los géneros de fiestas de que en aquella ocasión usaron fueron probar las fuerzas unos con otros luchando y otros peleando con leones y tigres donde cada cual procuraba aventajarse y ganar nombre de valiente y animoso; y entre los que más se señalaron fue uno el príncipe Nopaltzin, el cual en todas las luchas que con otros tuvo y ocasiones de animales bravos a que acometió siempre salió cantando victoria con grande contentamiento de todos; porque como a señor todos le deseaban su bien y gloria.

Duraron estas fiestas y celebración de bodas sesenta días, las cuales acabadas se fueron todos a sus casas contentos de lo acontecido. De Tzontecomatl, hermano menor de estos dos señores, decimos que también casó después con Coatetl, nieta de los señores culhuas y toltecas y nacida en Chalco de los culhuas algo después; y fue de la más ennoblecida sangre de los señores inferiores chichimecas.



CAPÍTULO XXVI. *De cómo de Xolotl y sus familias y de otros señores que después de él vinieron se poblaron estas tierras que se llaman de Aculhuacan*



A EN ESTOS TIEMPOS es fuerza creer que las gentes que con el chichimeca Xolotl habían venido y de las que con esotros seis señores que después a su corte llegaron habrían crecido en infinito número, de los cuales se fueron haciendo y edificando pueblos y ciudades, con que se iba hinchendo la tierra; y esto se prueba ser así por razón de saber que gente ociosa y desocupada que no atendía a más que tratar de su multiplicación y conservación, habría llegado a fines populosos y numerosos. Y así se ha de entender en estos quince señores (conviene a saber), seis que vinieron con Xolotl, y seis que a los ocho años después de su venida llegaron; y estos tres últimos, dos de los cuales recibió por yernos, cuya llegada fue cuarenta y siete años después de los primeros; y se dice por historia cierta y verdadera haberse poblado estas tierras de Aculhuacan, las cuales tomaron nombre y denominación de aculhua, uno de los tres últimos señores que vinieron, que fue yerno de Xolotl.

Según esta relación que tenemos dada, ya parece que las gentes chichimecas hacían su habitación y morada en poblado, gozando de vecindad y compañía pues, como luego veremos, repartió estados y señoríos a los grandes y señores que con él habían venido y estado; y es cosa cierta que donde hay partición de estados hay reconocimiento de propias tierras; pero no creo que en común y en general se poblaron estas bárbaras naciones, sino que si unos se recogieron y redujeron a pueblos y ciudades, otros se quedaron distraídos y desparramados por los campos, siguiendo su natural inclinación que era de cazar, montear fieras y animales varios y vivir desnudamente en destierros y despoblados, entre montes espinosos y sierras muy fragosas de lugares cavernosos donde hasta el día de hoy, que es el año de mil y seiscientos y diez de la encarnación del hijo de Dios, hay muchos que viven y conservan este nombre de chichimecas: Yo doy fe de haberlos visto (como aquí se representan) como en su lugar diremos.

CAPÍTULO XXVII. *De cómo el gran chichimeca Xolotl repartió a sus yernos y algunos señores más principales, que con él asistían en su corte, algunas provincias de las de su reino*



ONTENTO EL CHICHIMECA XOLOTL de haber puesto en estado a sus hijas y juntamente de ver que por las extendidas tierras de Aculhuacan estaban sus vasallos repartidos, unos en rancherías alojados sin género de policía y otros con mejor orden en villas y lugares, y pareciéndole que no era posible que todos estuviesen bien regidos y gobernados con sola su palabra y sin tener presente alguna persona que representase la

suya, determinó de dar este cargo a algunos de los que con él estaban, lo cual repartió por este orden. Aculhua, que era el mayor de los tres hermanos y a quien había dado su hija mayor por mujer, le dio la población y señorío de Azcaputzalco; y al segundo, llamado Chiconquauhtli, le hizo señor de Xaltocan que era otro señorío que cae adelante de Azcaputzalco a la parte del norte por distancia de cuatro o cinco leguas; al tercero, llamado Tzontecomatl, le señaló el señorío de Cohuatlichan, una legua adelante de su corte a la parte de mediodía. Después de haber repartido los señoríos dichos a los tres señores referidos, que para haberles de hacer la donación de ellos les habló en lenguaje cortés y grave como a reyes y señores que no trataba con imperio sino como a hijos y yernos, llamó luego a los seis señores que con él habían venido y les dijo estas palabras: Amigos y queridos míos, preciosos brazos de mi imperio, piedras preciosas y perlas divinas de mi señorío, justo es que pues por mí dejasteis vuestra patria, tierras, regalos y poderíos y habéis pasado tantas hambres y trabajos que os sean agora gratificados; y aunque es verdad que en lo que os tengo referido habéis pasado muchas calamidades, no ha sido perdiendo la gloria de vuestro merecimiento, pues me habéis honrado en ello a mí que soy vuestra sangre; y así confieso que sois mi honra y fama, por lo cual es razón que conozcáis de mi pecho que lo que os prometí en vuestra tierra os cumplo en esta que de preferente tenemos poblada; y quiero que cada uno de vosotros rija y gobierne una provincia como señor legítimo de ella, sin que ninguno de mis hijos y nietos os molesten por ello, ni os la quiten ni a ninguno de vuestros hijos, nietos y descendientes, por dárosla como os la doy, casi en premio y paga de vuestro sudor y trabajo.

Después de haberles hecho este parlamento y plática, nombró por señor de la ciudad y provincia de Cohuatepec al chichimeca Acatonale, que era uno de sus más queridos; y la de Mamalhuazco a Cohuatlapal y Cozcaquauhtli; y la de Tepeaca a Iztacmitl, que era el ayo que había criado al príncipe su hijo llamado Nopaltzin; y la de Mazahuacan, con las que corren hacia a aquellas partes, entregó su gobierno a Tecpa e Iztacquauhtli. Este repartimiento del chichimeca Xolotl fue de muy buen corazón recibido de aquellos señores, en quien fueron encomendados; los cuales en voz común lo agradecieron, estimando la gran merced que les hacía y cómo quedaban sujetos a sus mandatos cada y cuando que por él fuesen llamados, declarando no ser más que tenientes suyos, reconociéndole por emperador y monarca, prometiendo de vivir y morir en su servicio, dándole la obediencia por sí y por sus hijos y descendientes a él y a todos aquellos que en su señorío y estado le sucediesen; con este hacimiento de gracias y sumisión y obediencia que le juraron y prometieron, se fueron estos señores cada cual a la provincia y parte que les cupo de su gobierno, los cuales fueron en ellas muy bien recibidos y con mucha alegría festejados.

CAPÍTULO XXVIII. *De lo mucho que Xolotl se entristeció con la ausencia de sus hijos y familiares después que les repartió señoríos y tierras*



Así como la familiar comunicación de los amigos causa contento y alegría, por consiguiente manera será verdad decir que la ausencia que hacen les será de mucho pesar y tristeza; ambas a dos cosas vemos verificadas en Xolotl, el cual vivía alegre y contento con la presencia de sus hijas y yernos y los demás señores con quien siempre había comunicado; pero después que les dio tierras y señoríos y se fueron a ellas y le faltaron de sus ojos, fue tanta tristeza que recibió que con lágrimas y suspiros la dio bien a entender a todos los que habían quedado, por lo cual fue forzoso al príncipe Nopaltzin, su hijo, venir a la corte (el cual no asistía en ella, sino en otra ciudad, dos leguas de allí) a consolar a su padre y le sacó de ella y llevó a unos jardines y lugares frescos que cerca de ella tenía en el lugar que ahora se llama Tetzcuco, en el cual lugar, aunque para otros lo podía ser de gusto no al menos para Xolotl; antes, acordándose que eran edificados por algunos de los ausentes, le creció más la tristeza y acompañándole el príncipe a sentir su soledad la lloraron ambos. De aquí le tomó gana a Nopaltzin de ir a ver a su ayo que le había criado y, pidiendo licencia al rey, se fue a verle, el cual fue de él muy bien recibido y consolado en su tristeza y estúvose con él algunos días; después de los cuales se volvió a la presencia del rey, su padre, al cual halló en las riberas de la laguna con otros señores y personas de cuenta, que habían venido a consolarle en su tristeza.

CAPÍTULO XXIX. *De cómo el príncipe Nopaltzin se casó; y se declara de qué gente era la mujer que recibió por esposa*



Para mayor claridad de la historia que vamos tratando es de saber que los tultecas, antiguos moradores de esta tierra, habían quedado algunos, cuando los chichimecas entraron en ella (como dejamos dicho); de los cuales fueron dos niños o mancebos llamados: el uno, Axopal y el otro, Pixava, hijos del gran tulteca y gigante llamado Mitl. Estos dos mancebos dichos tenían por ordinario ejercicio sacar plata de las venas de la tierra y labrarla, lo cual usaron en tiempo de los chichimecas, con sola intención de tenerlos gratos y propicios para que no los matasen y hiciesen mal; éstos vivieron en aquel lugar que ahora se llama Quecholac, en cuyo tiempo vino a estas riberas de la laguna de la ciudad de Tula una señora llamada Yaluac y pasó a Cholula y se llegó al favor de los sacerdotes que allí habían quedado de los dichos tultecas y de uno de ellos tuvo

un hijo llamado Ixcach, el cual casó después con otra doncella tulteca, hija de Acapal; y éstos fueron casando con los chichimecas y mezclándose unos con otros hasta hacer de ambas naciones una generación y familia. También se dice por cosa muy cierta y verdadera haber quedado de aquella dicha nación tulteca una niña llamada Azcatlxochitl, hija de Pochotl y de Huitzitzilin y nieta de uno de los mayores señores tultecas y príncipes de los ya dichos y referidos, a la cual su madre criaba en el pueblo de Tlaximaloya, treinta leguas poco más o menos de esta ciudad de Mexico, a la parte del poniente, que se había quedado en aquel lugar, en la destrucción y acabamiento de los de su familia. Y aunque la niña era de sangre ilustre y noble, vivía y se criaba en grandísima pobreza y no daba la madre demonstración de serlo; lo uno, por ser pobre; y lo otro, por no ocasionar a los chichimecas a que la matasen con sospechas de que no pensasen que algún tiempo les tomaría gana de recuperar su señorío si el número de su gente crecía, aunque todo esto se allanó y aseguró; con que sabiendo Xolotl quién era y cuán a propósito le venía casarla con su hijo Nopaltzin, se la dio por mujer y esposa en cuyo contrato y casamiento hubo grandes regocijos y fiestas; lo cual sucedió dos años adelante de los desposorios y casamientos de sus hermanas; y de aquí quedaron emparentados tultecas, chichimecas y aculhuas, haciendo un linaje tres que lo eran diversos y distintos. Las fiestas que se hicieron a la celebración de estas bodas duraron tiempo de seis meses; y se dice que era tanta la gente que concurrió a ellas que, no bastando los poblados, se alojaban por los campos en grandísimas congregaciones y rancherías, sin conocerse ya los unos a los otros, entre los cuales, fueron quince reyes y más de treinta príncipes e infantes, con otros muchos señores de cuenta y capitanes y gente de guerra que ya estaban puestos en presidios y fronteras.

CAPÍTULO XXX. *De cómo Itzmitl, por otro nombre Tlacoxinqui, señor de Cohuatlichan, fue a pedir a Xolotl señorío para su hijo Huetzin y le prometió el de Culhuacan; y cómo el señor de aquella provincia, llamado Nauhyotl, hizo ejército para recibirle y matarle*



N ESTOS TIEMPOS en los cuales ya las naciones chichimecas, tultecas y aculhuas, eran unas y se trataban como hermanos y parientes, comenzó la ambición a crecer con el número de la gente; entre los cuales el primero que se dice haber introducido la plática de este detestable vicio en estas familias fue Itzmitl, señor de Cohuatlichan, hijo de Tzontecoma, uno de los tres señores aculhuas que de sus tierras vinieron a éstas, cuando ya Xolotl las poseía. Este señor, como tuviese un hijo llamado Huetzin y desease verle señorear y mandar como él señoreaba y mandaba, si ya no es, que con el temor natural que suele causar la ambición parecien-

do al que la tiene que lo que él hiciera para llegar a aquel punto harán otros para alcanzarle, aunque sea matar o pretender la muerte los hijos a los padres, y por asegurarse de esta sospecha para gozar con quietud la estimación de su señorío, fuese al emperador Xolotl y pidióle, que pues su hijo era ya de edad para poder ejercitarse en cosas de gobierno, que se sirviese de mandarle dar algún pueblo, donde asistiese, hasta tanto que (alcanzándole por días) entrase en la posesión y herencia de Cohuatlichan, y en él pudiese comenzar a tratar las cosas que para una república son importantes, para que después estando experto y experimentado en ellas las ejercitase en la suya como buen republicano y maestro diestro en el mandar. A lo cual Xolotl no puso dificultad; y diciéndole que le placía y que pedía acertadamente le preguntó que: ¿qué provincia o ciudad se le podía encargar? A lo cual Itzmitl dijo: que la de Colhuacan era buena, la cual tenía a su cargo uno de los señores descendientes de los tultecas.

No fundaba mal su razón porque según hemos visto Tzontecomatl casó con Coatetl, que era de aquella casa, cuyo nieto era Huetzin y no se dice la causa de querer aquel señorío habiendo en el poseedor que era Nauhyotl que reinó en aquella ciudad más de sesenta años. Para esto ordenó Xolotl de irse a holgar aquel lugar; y llamando a Ameyal, nieto del señor de Colhuacan, le dijo lo que determinaba y cómo le parecía bien que Huetzin, hijo de Itzmitl, estuviese en compañía de su abuelo en Colhuacan hasta que se le llegase el tiempo de su herencia; y como los príncipes (por tener voluntad y determinación absoluta) muchas o las más veces y por hablar mejor nunca deben ser contradichos en especial si se conoce de sus palabras algún particular intento y gusto, Ameyal, que lo debió de conocer en las de Xolotl, no sólo no le contradijo pero diole a entender que gustaba mucho de ello y que era favor y merced la que se le hacía a su abuelo Nauhyotl; pero después que se fue de la presencia del rey envió a avisar secretamente a su abuelo de lo que en palacio Xolotl había tratado y que viviese con aviso y cuidado de lo que debía hacer, pareciéndole que el llevarle a su compañía sería con ánimo de introducirle en el señorío, enajenando a su abuelo de él (cosa que ninguno que posee apetece ni consiente aunque por ello se ponga a riesgo de perder la vida). Con este aviso que Nauhyotl tuvo de su nieto Ameyal comenzó a vivir con cuidado y a disponer las cosas del recibimiento de Huetzin, más en favor de su conservación y permanencia que en orden de fiestas y regocijos, para admitir en su casa huésped que podía echarle de ella aunque esto fue por entonces con mucho secreto y silencio.

Xolotl, que era ya muy viejo y debía de atender más a pasar la vida como quiera que ella se le ofreciese, que no a considerar lo que mejor y más a cuento le estaba (por ser aquella edad la que torna y reduce a los hombres a la de los niños), no advirtiendo al daño que se ofrecía en su demanda y determinación, fuese a Culhuacan publicando y pregonando huelgas y pasatiempos; y después de ser muy bien recibido de Nauhyotl le declaró su intento; a cuyas palabras aunque le prestó orejas no le dio el sí de su voluntad y corazón y siempre estuvo con el cuidado de recibir mal al huésped

que el rey alojaba en su casa. Acabadas las huelgas y vuelto Xolotl a su corte, pensando que se le quedaba aliñado casa al príncipe Huetzin, le mandó ir a Colhuacan; el cual fue tan mal recibido que a no valerle los pies le hubieran valido poco las manos; porque salió el señor de Colhuacan con ejército formado contra él y la gente que con él venía, que era mucha, aunque todos vestidos de pascua, apellidando paz, como los que hasta entonces no habían sabido de guerra.

Vino luego este alboroto a las orejas del rey Xolotl y juntamente a las del príncipe Nopaltzin, el cual con el enojo que recibió salió con la gente que pudo, y haciéndo guerra a Nauhyotl, lo venció y prendió y tuvo preso mucho tiempo; el cual murió en aquella prisión y aflicción como hombre alborotador del reino; supo también cómo Ameyal había dado el consejo a su abuelo y aunque era su cuñado por estar casado con hermana suya le prendió y trató mal y quitó el señorío y provincia que a su cargo tenía por prisión del viejo Nauhyotl. Entró Huetzin, en el gobierno y señorío de Colhuacan (que es el segundo señor que Gómara[1] nombra en la sucesión de los señores de esta población y provincia; pero no dice el orden que hubo y así confunde el señorío) al cual volviéndose a su ciudad de Cohuatlichan por muerte de su padre, le heredó Nonohualcatl; y casó este Huetzin con Atotoztli, hija de Achitometl, señor de aquella provincia de Colhuacan que después de Nonohualcatl entró en el señorío.

CAPÍTULO XXXI. *De la muerte de Chiconquauhtli yerno de Xolotl; y de algunas cosas que Xolotl hizo con que provocó a los de su imperio a pretenderle la muerte*



N LOS CAPÍTULOS de atrás hemos dicho cómo Xolotl dio una de sus hijas a Chiconquauhtli, uno de los tres señores aculhuas y le hizo rey y señor de la provincia de Xaltocan, el cual habiendo tomado posesión de su señorío y gobernándolo muchos años, murió, dejando hijos que le heredasen, cuya muerte debió de ser tan acelerada y repentina que no dio lugar de poder dar noticia de ella al emperador, su suegro y a otros señores para que se hallasen presentes; pero sabida por Xolotl, después de sentirla mucho, dio orden cómo encomendar el gobierno a persona tal que lo rigiese hasta tanto que fuese sabida por sus nietos, hijos de Chiconquauhtli, los cuales, en provincias distintas y apartadas, gozaban señoríos, por ser usanza de estas gentes, en aquellos tiempos, dar títulos y pueblos a los herederos de cuyo señorío denominasen a la manera que en nuestra España, cuando a los duques de Medina les nacen los primogénitos y herederos, nacen con título de condes de Niebla y otros muchos a esta manera y modo, para lo cual envió a llamar a Tochintecuhtli, señor de la provincia de Cuahuacan y mandó que dando el pésame a su hija de la muerte de su

[1] Gómara, en la Historia General.

marido nombrase por gobernador del estado a Omicxipan, un caballero de mucha cuenta de la misma provincia y reino. Fue Tochintecuhtli, como Xolotl le mandó, con su embajada; y habiéndola dado y hecho todo lo que el rey Xolotl le mandó, se volvió con priesa no a su presencia sino a Cohuatlichan a la de Huetzin, señor de ella.

Bien se puede presumir de esta venida alguna traición; pues es fácil de ver que, habiendo sido enviado por Xolotl, era razón que volviera a su presencia, con la de lo sucedido en todo lo que le había mandado; y debió de ser así, que trajo este cacique y señor mal intento y que vino revestido de maldad y traición, por lo que adelante se dirá (que no la hay en el mundo tan secreta que por algún modo no se descubra con daño del inventor); sabido por Xolotl que había vuelto Tochintecuhtli de Xaltocan y la junta que con el de Cohuatlichan había hecho, mal pagado de su fidelidad y aún muy enojado de su atrevimiento le privó de su señorío y mandó con pena de muerte que no volviese más a Cuahuacan; y le envió desterrado a Tepetlaoztoc, una legua de la ciudad y corte de Tetzcuco. Privó a muchos señores de sus señoríos; y mando matar algunos de ellos y puédese creer sería la causa haber descubierto algunos dolos y traiciones que fácilmente inventan los deseosos de mandar y de conservarse en señoríos. Y como luego veremos ya no eran estos tiempos de paz y amistad entre estas naciones sino de odios y enemistades, unas públicas y otras secretas conforme cada cual se hallaba tímido o poderoso.

CAPÍTULO XXXII. *De la última vejez a que Xolotl vino; y de cómo en ella le pretendieron matar algunos señores enemigos que tenía, por cierta traición que ordenaron*



LEGÓ XOLOTL a tan crecida y copiosa edad y gozó de tanta vejez que ya parece que la vida le enfadaba (cosa que a los hombres es tan sabrosa y dulce), y con el hastío y enfado que consigo traía ya no la vivía tan deleitosa y apaciblemente como en los tiempos de su juventud y mocedad; por lo cual trataba poco las cosas de gobierno y aunque no le había renunciado y se llamaba emperador y señor de las naciones chichimecas y aculhuas, remitíalas todas a su hijo Nopaltzin, el cual las concluía con la misma autoridad que su padre, haciendo oficio de gobernador, así en las cosas tocantes a la paz, como a la guerra. El entretenimiento de Xolotl era, en este tiempo y sazón, en unos jardines que junto a la ciudad poco trecho había hecho de mucho deleite y recreación.

De estas dos cosas (conviene a saber) de ver tan viejo a Xolotl y el gobierno y causas del reino en las manos de Nopaltzin, no faltaron ánimos a los inferiores y vasallos alterados, así de los señores que con él vinieron, como de otros que después habían nacido en la tierra; los cuales quisieron apellidar libertad y verse absolutos señores de los que en el reino se cono-

cían; y ayudaba a este deseo y voluntad la mala que algunos tenían concebida contra el príncipe Nopaltzin, en especial por haber prendido a Nauhyotl, señor de Colhuacan (como ya se ha dicho) y por haber visto en él, brío y ánimo muy igual y semejante al que pedía ser hijo de tal y tan singular padre. De aquí les tomó gana a algunos de los ya dichos señores de matar a Xolotl, como a persona que ya vivía más para darles pena que para el bien de su república, aunque jamás osaron descubrir este pensamiento de manera que pudiese correr públicamente por el reino; porque temían que sabiéndose, habían de pagarlo con las vidas, que no es posible aunque un rey sea muy malo que todos se hagan contra él; antes tiene defensores y aliados que abonen sus causas y defiendan su persona, como vemos que entran en Jerusalén los reyes del oriente, buscando al legítimo y verdadero y comienza la ciudad a alborotarse cuando lo oye siendo advenedizo y tirano el que reinaba y deseaban conservarle en el gobierno. Y del rey don Pedro de Castilla (con tener tan malo y riguroso nombre) al tiempo del morir tiene a su lado quien se duela de su muerte; de manera que aunque en un reino haya quien desee la muerte a un rey, no es tan en general que no tenga deseosos de su vida.

Por esta razón los que la deseaban a Xolotl no lo manifestaban en lo público, aunque en lo secreto buscaban ocasión y manera de ponerlo en ejecución; y así succedió que estando una vez en uno de sus jardines determinaron sus enemigos de ahogarle, sacando un río que pasa por cima de la ciudad y echarlo por aquella parte en que entendieron que dormía, lo cual fuera fácil de hacer y que Xolotl muriera por aquel modo y traición, si uno de los que alcanzaron el secreto no le diera aviso de ella; pero como lo supo púsose en mejor y más seguro lugar y cuando los traidores soltaron la presa por la zanja que habían hecho y entendieron que por haber entrado con ímpetu se habría llevado a Xolotl su corriente, le oyeron dar voces diciendo: que saliesen los de la guardia de su casa a saber y ver qué caso nuevo era el sucedido. Vino la mañana y descubierta la traición, dijo Xolotl (mostrando contento y alegría a la gente de su casa y a otros señores que con él estaban): aunque sabía que mis criados y vasallos me querían mucho, echo de ver ahora que es mucho más lo que me quieren, pues andando cuidadoso en cómo traer mucha agua, para regar y refrescar mis jardines, me la han traído tan sin ruido y riesgo por lo cual es razón que festejemos este hecho; y luego mandó hacer grandes fiestas y con mucha publicidad para que los enemigos conociesen que no le ponían temor con ninguna cosa que contra él ordenasen. No quedaron muy contentos los inventores de aquella traición, de haber tan mal relanceado y creyeron y tuvieron, por sin duda, ser Xolotl mago y encantador, pues se había librado de un género de muerte tan cierto (a su parecer) como el intentado y temieron haber de pagárselo. Luego Xolotl se fue a su ciudad de Tenayuca donde había tenido antes su corte, con intento de castigar aquel atrevimiento y dar la muerte a los conjurados en la traición.

CAPÍTULO XXXIII. *De la muerte de el emperador Xolotl y de la amonestación y plática que hizo a su hijo Nopaltzin a quien dejaba en la herencia y sucesión de su imperio*



A HEMOS VISTO por las palabras últimas del capítulo pasado, cómo Xolotl fue a Tenayuca a tratar el castigo de la traición; pero como en las cosas humanas jamás hay seguridad habiendo contradicción divina, no llegó a debida ejecución su determinación y propósito por razón de que luego que llegó a su casa adoleció de la enfermedad de la muerte; y como conoció que se moría (olvidado de la venganza y enojo que contra los traidores tenía) hizo llamar a su hijo Nopaltzin y a sus dos hijas y a Aculhua, su yerno (que todavía vivía), y mostrando en el fin las veras con que en vida los había querido y amado, les dijo las palabras siguientes: amados hijos míos, yo me hallo muy malo y según me siento ya es llegada mi muerte y no es maravilla, pues cuando la enfermedad no fuera tan grave, mi mucha vejez bastará para desconfiar de mi vida; y pues muero, dejando hijos y tales como vosotros, os ruego muy encarecidamente que conservéis la paz entre vosotros, que con ella seréis señores de los corazones de vuestros vasallos. Y vuelto a Nopaltzin, su hijo, le dijo: hijo mío y sucesor en mi estado tan digno del imperio por vuestro valor, como por derecho y razón de ser mi hijo, como a cabeza de él os ruego que toméis el cuidado de gobernarlo con la discreción y prudencia que de vos confío, mostrando en todo valor, preciandoos siempre de parecer a los nobles señores y reyes vuestros pasados, pues no es vuestra sangre menos noble que la suya, si por culpas proprias no la envilecéis y hacéis cobarde. Amad a vuestros hermanos; acariciad a los señores y vasallos; sed apacible y grave con todos que con estas cosas os conservaréis y podréis contar muchos años de vida, que son los que os deseo. Comenzaron tras estas palabras todos a llorar y entre sus lágrimas y suspiros expiró el gran padre Xolotl, habiendo vivido pocos menos de docientos años; habiendo gozado en ellos el gusto de haber visto tan multiplicadas sus gentes, tan extendidos sus pueblos y ampliadas sus provincias. Y viendo juntamente en tan larga edad la multiplicación de sus deudos, hijos, nietos y bisnietos, hasta la tercera y cuarta generación, todos honrados y tenidos, que es una de las bienaventuranzas humanas. Murió (pues) el bien afortunado viejo, en los postreros años de su senectud, cuya muerte fue muy sentida en el reino como (al fin) de hombre, que tantos años los había regido y traído a tan buena y fértil tierra.

CAPÍTULO XXXIV. *Del entierro y obsequias que se le hicieron al emperador y monarca de este imperio chichimeco y aculhua; y se declara ser usanza antigua*



ODAS LAS NACIONES de el mundo han tenido modos particulares de enterrar los cuerpos de sus difuntos (como en otro lugar se dice), pero el que estos chichimecas usaron fue quemarlos; y por esta causa, luego que Xolotl murió le sentaron en su silla y real trono, donde le tuvieron cinco días hasta tanto que todos los señores más principales del imperio pudiesen llegar, para hallarse presentes al entierro y honras que se le habían de hacer (como acostumbraban); los cuales pasados y habiendo venido la gente dicha, vistiéronlo de sus vestiduras reales y adornaron su cuello de muchas joyas de oro y piedras de valor y estima y sentáronlo en otra silla que tenían hecha de incienso y otros olores y perfumes y plumas de colores varios y ricas; y haciendo una hoguera de mucha leña echaron en ella el cuerpo, el cual, quemado y convertido en ceniza la recogieron toda, y metida en una caja pequeña y bien labrada de piedra dura, tuvieron aquellas cenizas que decían y manifestaban ser del grande emperador Xolotl, otros cuarenta días, en una de aquellas principales salas de su casa; en cuya presencia lloraban y lamentaban todos los señores que presentes se habían hallado, con grandes muestras de sentimiento, en especial sus hijos, que más que los otros lo habían perdido. Pasados los cuarenta días llevaron la caja con las dichas cenizas a una cueva que no muy lejos de la dicha ciudad está y allí la pusieron con grandísimo acompañamiento y ceremonias que para semejantes actos se inventan, cuyo dejo y despedida fue con muchas lágrimas y demonstraciones de tristeza; y con dejarle en la cueva destituido de la compañía de los hombres y muy acompañado de los demonios (a quien en vida había servido) se volvieron a palacio acompañando al rey y príncipe Nopaltzin para haberle de jurar y reconocer por monarca.

CAPÍTULO XXXV. *De la jura de el rey y monarca Nopaltzin, hijo de el gran emperador chichimeca Xolotl*



UNCA EN LAS MONARQUÍAS y reinos supremos, cuyo emperador y monarca fallece y muere, dejando legítimo heredero y sucesor, se ve que las lágrimas que se derraman por el difunto corren en general a ser muchas por mucho tiempo; pues es verdad conocida que la sucesión del nuevo rey y señor las aplaca y enjuga. Esto vemos cumplido en esta nación chichimeca y aculhua que si lloraron por Xolotl cuando murió, sólo duró su sentimiento hasta que lo enterraron y hicieron la celebración de sus obsequias, las cuales pasadas y vueltos a Tenayucan juraron a Nopaltzin por supremo y universal emperador y rey de aquellas naciones, a cuya

jura asistieron, no sólo los señores que a la muerte y entierro de su padre se hallaron, sino todos los que eran de más cuenta y estimación en el reino; la cual regocijaron y festejaron muy cumplidamente por espacio y tiempo de cuarenta días, los cuales pasados mandó el rey que todos se volviesen a sus ciudades y pueblos, de donde habían venido y asistían, no haciendo por entonces innovación en cosa ninguna, dejándolas todas en el ser que antes estaban.

Con la licencia que Nopaltzin dio a los nobles y señores para volverse a sus tierras, la tomaron ellos de irse a despedir de él, lo cual hicieron todos juntos o los más, diciéndole estas palabras: gran señor y emperador nuestro, con la licencia que nos habéis dado nos atrevemos a volver a vuestros pueblos y ciudades para regirlas y gobernarlas como vasallos y criados vuestros, llevando en el alma el contento de haberos visto en el trono que merecéis y el que os es debido por ser hijo de quien sois; y confesamos a una, que es gran bien el que el cielo nos ha hecho de hacernos dignos de tan alto y poderoso señor. Gozad, señor, vuestra buena suerte y fortuna, como aquel que también la ha merecido; y os suplicamos que nos miréis con ojos de padre y nos amparéis como poderoso para que a vuestra sombra vivamos; pues sois agua preciosa, y fuego abrasante e invencible, muerte y vida para nosotros. A estas palabras respondió el nuevo rey, de esta manera: agradecido me hallo (amados hijos y hermanos) del servicio que me habéis hecho y del amor que al difunto mi padre habéis mostrado; y aunque digo que es servicio mío por razón de la memoria en que me tenéis puesto, también confieso que es honra vuestra, pues honráis en esto a vuestro hermano, hijo de vuestro padre y nacido entre vosotros; y como sé conocerlo y estimarlo, sabré también agradecerlos; idos a vuestras provincias y ciudades llevando escrito en vuestra memoria que sois mis tenientes, como lo fuisteis de mi padre. De esta manera se despidieron y fueron a sus provincias quedándose con el rey su hermana viuda, mujer de Chiconquauhtli, que era señor y rey de Xaltocan.

CAPÍTULO XXXVI. *Donde se dice y declara el origen y principio de las disensiones y enemistades que estas gentes tuvieron entre sí con que comenzaron a hacerse guerra*



NO ESTABAN LOS CORAZONES de los señores y caciques de estos tiempos tan conformes como en el principio de su población y venida según hemos visto por los capítulos pasados; porque es fuerza que en la multiplicación de las gentes y en la variedad de las condiciones haya diversidad de gustos y deseos encontrados, de cuya contradición nacen enemistades y disensiones, las cuales comenzaron entre estas gentes a pocos años antes de la muerte de Xolotl; cuyo principio se conoce en la pelea de Culhuacan, cuando Nauhyotl se puso en arma contra el príncipe Huetzin para no reci-

birle en su ciudad; de cuyo hecho comenzaron a dividirse las voluntades y a estar desconformes (aunque por miedo que a Xolotl tenían, no le perdían de todo punto ni en público el respeto, que le debían, como a señor y rey supremo). Este atrevimiento parece que creció con la muerte del dicho rey y sucesión de Nopaltzin, a quien tenían por belicoso y temían de su cólera que los trataría con aspereza y como poderoso y por otras razones y causas. Ya como muchos de los señores anduviesen algo atrevidos y como un cuerpo que está lleno de ronchas, por razón del gran pujamiento de sangre que padece, la cual está tan dispuesta para hacer fuga que no aguarda a más de que le piquen para saltar y manchar al que ha picado, así este cuerpo místico de república estaba tan lleno de ronchas, de ambición y tan hinchado que a cualquier ocasión, por leve que fuese, mostraba el deseo y bullicio grande que tenía de reventar y salir manchado y ofendiendo la obediencia que a su monarca debían; pero Nopaltzin, que no era menos prudente y sabio que belicoso, procuró introducirse en su imperio ganando voluntades perdidas y afijando las ganadas; pero duró (en general) esta quietud y sosiego poco tiempo; porque como la olla del deseo de verse cada cual señor absoluto, hervía, llegaba la ambición a espumarla, y derramando la espuma daba a entender la pujanza de su calor y fuego. De aquí nació que aunque no se atrevían contra la corona imperial, se hacían ya guerra los unos a los otros, por matarse y quitarse sus provincias y señoríos; a los cuales pacificaba Nopaltzin, como padre universal que era, doliéndose de su perdición y aun temiendo que a las vueltas de estas paces, alguna vez, no se diesen en la cabeza (cosa muy ordinaria en los que ponen mano en ellas).

CAPÍTULO XXXVII. *De los hijos que el emperador Nopaltzin tuvo, y de otras cosas de su tiempo*



L PRIMER AÑO que Nopal casó con la señora tulteca, hubo de ella un hijo, al cual pusieron por nombre Tlotzin, que fue el que entró en la herencia y sucesión del imperio, por muerte de su padre Nopaltzin. Tras el dicho le nació otro, a quien llamaron Quauhtequihua y por otro nombre Tochintecuhtli. Y tras éste le vino el tercero, que se llamó Popozoc; éstos fueron legítimos. Luego que Nopaltzin heredó el imperio se pasó de la ciudad de Tetzcuco, donde vivía y era rey, a la imperial de Tenayuca, donde su padre Xolotl asistía y murió; y dejó en su ciudad, por rey jurado y señor de ella, al príncipe Tlotzin, su hijo, por ser costumbre (como hemos dicho) de dar señoríos a los herederos de cualquier reino, para que con aquellos principios de ejercicio le tuviese, cual debía, en la monarquía que después se le entregaba. A Quauhtequihua hizo señor de la provincia de Zacatlan, que era una de las mayores y más poderosas de aquellos tiempos. Y al tercero, llamado Popozoc, hizo señor de Tenamitic.

Si se considerase bien esta costumbre, que estas gentes tuvieron, se vería cómo es muy provechosa para conservarse los monarcas y príncipes del mundo en sus señoríos, sin riesgo de los daños que por no hacerse, muchas veces corren; porque como la experiencia ha enseñado y hemos visto y sabido por historias antiguas que los hijos han deseado la muerte a sus padres; y no sólo deseándosela, sino también pretendídosela, por llegar a mandar para cuyo fin no atienden a la maldad que cometen en menospreciar a los padres (caso que tan encomendado está de la razón, pues lo es tan grande reverenciar al que me engendró y dio el ser de hombre que tengo, en cuya tutela nací y a cuya sombra y abrigo pasé los años de mi puericia, sin cuyo favor y amparo la tierra no me sufriera) y sabemos por las divinas letras[1] (como dejamos dicho), que Absalón hizo guerra a su padre David por despojarle del reino y poseerle él; lo cual no sucediera por ventura si le hubiera divertido el gusto, con hacerle señor de alguna parte de él. Y volviendo al propósito digo que usando de esta loable costumbre estas naciones chichimecas, se vino a Tenayuca Nopaltzin y dejó en Tetzcuco a Tlotzin, su hijo y comenzó a disponer a su gusto y modo las cosas del gobierno de su imperio, las cuales le ponían en mucho cuidado, por estar entonces más revueltas y enmarañadas que hasta aquellos tiempos lo habían estado.

CAPÍTULO XXXVIII. *De cómo el emperador Nopaltzin fue a ver a su hijo Tlotzin, rey de Tetzcuco; y las razones que le dijo en un jardín de su padre*



UN AÑO ESTUVO NOPALTZIN en la ciudad imperial de Tenayuca, rigiendo y gobernando sus gentes, sin tener causa que le moviese a salir de ella. Mas al segundo de su elección se partió a la de Tetzcuco a ver a su hijo Tlotzin; y la que pudo tener sería andar revueltos los señores y cabezas del reino por entonces; que aunque no se atrevían a él, andaban muy divisos entre sí y encontrados unos con otros y por comunicar con el rey, su hijo, el orden mejor que se podría dar para pacificarlos y quietarlos, antes que se tomasen licencia, para mostrar en público la pasión de sus corazones; porque no era posible, sino que había de redundar en daño universal del imperio y en manifiesta descomposición, de su universal rey y señor; pues hacían contra la fe jurada y obediencia prometida.

Estuvo en la ciudad real de Tetzcuco algún tiempo; en el discurso del cual, habiendo salido a cierta recreación, que solía ser de su padre Xolotl, acompañado de su hijo Tlotzin y otros muchos señores que con él fueron y asistían con su hijo, comenzó el emperador a llorar; y preguntada la causa de sus lágrimas dijo: acuérdome que cuando mi padre hizo este jardín y huerto, tenía hijos más pacíficos que yo tengo y tenían sus corazones

[1] 2. Regum. 16.

muy conformes; servían con llaneza a su rey y tomaban de sus manos, con humildad, los señoríos; y aunque son muchos de los que viven los mismos, que antes eran en las personas, no lo son ahora en la presumpción; y me pesa de que siendo mis hermanos criados conmigo, me han de constreñir y obligar a que los trate como a extraños; porque me acuerdo de que muchos que tengo de tratar como enemigos, traté en mismo lugar como amigos. Esto y acordarme que perdí un padre, tal como todos sabéis me hace llorar.

Volvióse luego a su hijo, el rey, y díjole: amado y querido hijo, poned los ojos de la consideración en el valor y hechos del gran emperador vuestro abuelo; y os pido con encarecimiento que lo tengáis por muestra y dechado de los vuestros; y advertid, que fue muy gran señor y para espantar a los rebeldes, gran dragón, fuego abrasante y agua preciosa y tigre despedazador; y pues sois el que según orden natural habéis de sentaros en su silla y trono, después de mis días, es razón que notéis estas cosas y las apercibáis disponiéndolas desde luego, con el orden necesario que viéredes convenir, para que cuando lleguen les halléis fácil el remedio y no os cojan desapercibido. Razones son éstas, cierto dignas de notar y dichas de un muy grande entendimiento. Los señores que presentes estaban, mirándose unos a otros callaron, hablando en sus pechos y corazones, al compás y manera que las razones de Nopaltzin les habían picado; y todos juntos se volvieron a la ciudad y a pocos días Nopaltzin a la de Tenayuca, para asistir en su casa y corte.

CAPÍTULO XXXIX. *De la guerra que Aculhua, yerno del emperador Xolotl y cuñado de Nopaltzin, tuvo con Chalchiuhcua, señor de Tepotzotlan, que fue la primera que se halla escrita de aquellos tiempos y le venció en ella*



CULHUA SEÑOR DE AZCAPUTZALCO y cuñado de el emperador Nopaltzin, pareciéndole que su señorío era corto y las gentes de que se nombraba rey eran pocas, juntamente por pasión y que contra el señor de Tepotzotlan (que era vecino suyo) tenía, determinó de darle guerra; la cual pensada puso luego en ejecución y saliendo con todos los suyos púsolos en campos contra el dicho señor; el cual, habiendo conocido el ánimo con que su contrario venía, no fue menos diligente en juntar la suya y ponerse con ella a la derecha de sus tierras y amparo de su ciudad; pero aunque al primer encuentro y rociada mostró Chalchiuhcua mucho ánimo, como su gente era en número mucho menos que la de Aculhua, no fue posible resistirse mucho tiempo y usando más de maña que de poder, para inclinar a su enemigo y obligarle a que no le hiciese mal, se fue a él (haciendo del ladrón, fiel) y le dijo: si para hacerte señor de mis tierras veniste con ejército y mano armada, pudiera ser excusado, haberte puesto a peligro de

perder la vida; pues con sola tu palabra bastabas a rendirme, como me hubieran dicho de parte tuya, que querías que fuese tu esclavo; lo cual hiciera y de muy buena gana te recibiera por señor; pero queda luego una réplica, que podrás hacerme diciendo: si es verdad que tenías ese deseo, ¿por qué no me recibiste de paz y me ofreciste esa llana voluntad, que ahora confiesas? A lo cual respondo, que como la defensa es natural, aunque conocí mi flaqueza, por razón de mi poca gente y mucha tuya y que en ejércitos éramos desiguales, quise defenderme y mostrarte que la ventaja que me tuviste no fue de persona a persona, pues si a las fuerzas de entrambos se hubiera remitido la victoria, no sé cuál de los dos la alcanzara; pero (como digo) quise, puesto en campo, darte a entender que el ánimo muchas veces no hace caso de fuerzas humanas, pareciéndole con engaño y ceguera, que a lo que él se atreve se deben atrever las fuerzas; lo cual queda probado en el caso presente, habiendo salido con tan pequeño escuadrón a oponerme al pujante y crecido tuyo. Y pues me has vencido y héchote señor de lo que yo lo era, gózalo el tiempo que pudieres que yo te serviré, el que de vida me durare. No replicó Aculhua a estas palabras; pero apoderándose del pueblo hizo demonstración que las obras eran amores y no buenas razones; y quedóse por señor de Tepotzotlan, como lo era de Azcaputzalco y muy glorioso de haber despojado de su señorío a su enemigo y de haber comenzado a ensanchar su reino.

Esto sucedió al cuarto año del imperio de Nopaltzin y no sabemos que se agraviase del hecho, en lo cual me fundo, para decir que debió de ser con su consentimiento; porque como andaba entre todos la contienda de cuál sería mayor, puede ser que este cacique se hubiese demasiado en palabras o atrevidos intentos, los cuales llegaron a ser castigados por aquel modo; y él, desposeído de su estado y señorío.

CAPÍTULO XL. *De la guerra que el rey de Cohuatlichan, llamado Huetzin, hizo a Yacazozolotl, señor de Tepetlaoztoc, porque se le quiso casar con su esposa; y de cómo le venció en ella y huyó con otros señores que en ella se hallaron en su favor y dos príncipes, hijos de Huetzin*



UETZIN, REY DE COHUATLICHAN y hijo de Itzmitl, uno de los señores que vinieron con Xolotl, había tratado de casarse y tomar por esposa una doncella principal y de sangre noble y real, como la suya, llamada Atotoztli; y como en cosas de amor no hay respetos, ni se guardan, pretendió lo mismo Yacazozolotl, señor de Tepetlaoztoc y vasallo suyo, para cuya conclusión juntó gente y hizo un ejército para hacer guerra a su padre, si por bien no quisiese dársela. Sacó en su ayuda y favor a Tochtli, señor de la provincia de Culhuacan; el cual (como está dicho) estaba privado de ella y desterrado en Tepetlaoztoc, por Xolotl, desde que le envió a Xalto-

can, a dar el pésame a la reina, su hija, de la muerte de Tochintecuhtli, su yerno; y otro señor de Oztoticpac, llamado Quauhtla, y dos hijos de este rey Huetzin, los cuales traía desterrados y desacariciados, o porque tenía otros hijos mayores, a quien más quería, o porque por traviesos estaban fuera de su gracia.

Huetzin, que sentía el atrevimiento de Yacazozolotl y veía, que se le oponía al casamiento, que tenía tratado y ya por suyo, no pudo dejar de resistirlo, por la deshonra que se le seguía (cuando no fuera por el amor que a la doncella tenía), y forzado de ambas cosas convocó sus gentes y salió con ellas a campo, donde venció y mató a Yacazozolotl y a otros señores, que como valientes y esforzados quisieron morir en la guerra. Pero como fue conocida la ventaja que el ejército de Huetzin tenía al de Yacazozolotl, Tochtli, señor que fue de Culhuacan y el de Oztoticpac, con los dos hijos de este rey Huetzin se pusieron en huida y se fueron a retraer a la ciudad de Huexotzinco, donde de algunos de ella que los ampararon, fueron recibidos y en ella muy afligidos del rey contrario, que de ordinario les hacía molestia y ofendía en cuanto podía. Y en este apretamiento y estrechura pasaron miserablemente su vida, hasta que no pudiéndola sufrir murieron de pena y pesar unos tras otros. El rey Huetzin, que se vido vencedor, muy alegre quedó hecho señor de Tepetlaoztoc y puso en aquella provincia quien la gobernase y tuviese en su nombre y por suya; y volviéndose a su ciudad se llevó consigo a su esposa, con el contento que suelen los que salen de semejantes riesgos, por querer mucho a la mujer que pretenden por esposa.

El modo de este casamiento fue, que siendo aún príncipe este emperador Nopaltzin (como se ha dicho) quitó el señorío de Culhuacan a su cuñado Ameyal, por la rebelión que hubo contra la voluntad de su padre, por haber contradicho la estada de este rey Huetzin, siendo príncipe en aquella provincia, de la cual estuvo privado veinte años; en los cuales supo darse tan buena maña, que granjeó de nuevo la voluntad del emperador, su cuñado y la de Huetzin, que ya era rey de Cohuatlichan por medio de este casamiento con Atotoztli, doncella muy hermosa y adornada de mucha honestidad y recogimiento, la cual había pedido diversas veces Yacazozolotl y negándosela su padre, por conseguir estotro fin dicho y volver a recuperar su provincia y señorío; lo cual sucedió así, y la gobernó veinte y siete años; y porque murió sin heredero varón, volvió su gobierno al hijo del señor, que antes la habia poseído, por espacio de veinte años, llamado Quiyauhcal, hijo de Izxochtonameyotl. Esta señora, sobrina de la emperatriz, aunque fue la pacificación de las provincias de Cohuatlichan y Culhuacan, fue causa de muchas muertes y destruición de pueblos que contendieron sobre cuál de ellos la habían de tener por señora.

CAPÍTULO XLI. *De cómo el emperador Nopaltzin fue contra la provincia de Tolantzinco que estaba rebelada contra el imperio; y de cómo la venció y redujo a su obediencia*



AS COSAS DE MAL y relajación, que en sus pequeños principios no se remedian, suelen llegar a tan crecidos y pujantes fines, que cuando se los quiere dar remedio, no le hay que valga; y ya entonces el mejor y que con más cuidado se busca, parece peor y para su destruición y ruina, es llevarle a sangre y fuego. Pruébase esta verdad en esta república aculhua y chichimeca que habiéndose tratado dulce y amigablemente muchos años después de haberse juntado y hecho uno estos dos pueblos, a los fines del emperador Xolotl, o ya por su mucha vejez (por cuya causa no hacían caso de él los más fuertes) o ya porque por aquellos que como a hijos no castigó algunas demasías en que les halló notados y comprehendidos, comenzaron a descomedirse y a perder el respeto, no sólo a sus iguales, sino también a sus mayores. Y pues es común decir que quien adelante no mira, atrás se halla; no hay que maravillar que Nopaltzin ya viva inquieto y sin reposo, pues en tiempo de su padre no dio muerte a los que se le descomedieron, para que en ella escarmentasen los que ahora tratan de negarle la obediencia y matarle, como cruel y tirano.

Fue pues el caso que los tulantzincas (gente de una gran provincia, que le cae a la de Mexico diez y ocho leguas al norte) no pudiendo llevar con su altiva y ambiciosa condición, verse sujetos al emperador y queriendo substraerse de su obediencia, apellidaron nuevo rey, de los mismos suyos, jurando obedecerle y negar el nombre del que legítimamente lo era. Vino esta nueva a las orejas de Nopaltzin y sintiéndola mucho hizo junta de sus gentes y con ejército copioso fue contra ellos. Los tulantzincas, que supieron su venida (que no estaban descuidados en esperarla, por ser condición y propiedad del que hace mal, vivir con recato), formaron su escuadrón y hecha toda la provincia una piña, aguardaron con ánimo valeroso a que el enemigo llegase; pero como aun para sacar un muerto de su casa son menester cuatro hombres, así es cosa muy difícil echar al vivo que se defiende. Comenzó la guerra Nopaltzin en la cual supo de todo, porque unas veces se hallaba vencedor y otras vencido; y duró el combatirse y hacerse mal los unos a los otros, diez y nueve días; que no poco sentimiento y aun vergüenza tenía el emperador, de detenerse tanto en castigar aquella ofensa y sujetar a sus vasallos.

Dicen las historias que para esta guerra, que Nopaltzin tuvo, no llevó mucha gente en su ejército, por razón de que su hijo Tlotzin, rey de Tetzcuco, había llevado consigo a otra pacificación, la más gente y más lucidos capitanes del imperio con que el emperador, su padre, le ayudó, para que saliese con victoria; pero sabiendo en el peligro que estaba y la necesidad que tenía, le envió socorro de ella muy bastante, con el cual y la gente que le había quedado y su ánimo invencible, los venció; y castigando a los más

culpados y disipando las cabezas del motín, perdonó a los demás y dejólos a su obediencia y voluntad, como antes lo habían estado; y volvióse a su casa muy glorioso de haber salido bien, con semejante empresa. La causa de ir en persona fue por razón de que la gente de aquella provincia era muy belicosa, entre los cuales había muy famosos y valientes capitanes, cuya fuerza y brío, pedía, no menos que la presencia de un emperador, tan valeroso como era Nopaltzin.

En este tiempo castigó otros señores que se comenzaban a motinar, tomando motivo de los tulantzincas, y con el castigo que hizo en éstos y perdón en otros, pacificó su tierra y la rigió y gobernó treinta y dos años, con nombre de gran capitán y famoso guerrero y príncipe prudente y sabio. En el discurso de estos años hizo señores titulares a muchos de los de su corte y reino, mostrándose muy generoso en mercedes que hacía; y dos o tres años antes de su muerte, hizo señor de vasallos a un hijo bastardo que tuvo, llamado Tenancacaltzin, que fue el que hizo después guerra a los mexicanos, luego que llegaron y los tuvo arrinconados en Chapultepec muchos días, como en su lugar se dirá.

CAPÍTULO XLII. *De cómo el uso de el maíz y sus sementeras fue hallado, y de otras plantas*



YA HEMOS DICHO en los capítulos pasados de este libro cómo los tultecas, que habían quedado por estas riberas de la laguna, aunque pocos en número, dieron razón a los que de nuevo vinieron de su destruición y ruina y de otras muchas cosas que les fue preguntado y del modo que tenían en sembrar el pan y beneficiarle, para su mantenimiento (que ahora llamamos maíz) lo cual todo les había faltado por las muchas y continuas secas que habían tenido, que (casi) fueron la mayor causa de su destruición y arruinamientos; y ya no usaban de él por razón de que como los tultecas eran tan pocos, no curaban de cansarse en sembrarlo y cultivarlo con recelo y miedo de que los chichimecas, no los tratasen mal por ello. Tampoco hicieron caso de él los dichos chichimecas por razón de que los señores y reyes tenían bosques de conejos y venados, donde tenían la carne segura, y los plebeyos y macehuales los buscaban y cazaban por los campos y con esto se sustentaban y mantenían sin otro género de sustento que hubiese de costalles trabajo de sembrarlo, por no haberse criado con el uso de ello. Y esto corrió algunos años hasta el tiempo de este emperador Nopaltzin, en el cual Xiuhtlato, señor de Quauhtepec, uno de los descendientes de los antiguos tultecas, teniendo noticia de sus antepasados, de cómo era su pan y que con él se criaban y vivían, guardó en su niñez unos pocos granos, los cuales fue sembrando y como iban creciendo y multiplicando, iba repartiendo por los de su nación y casta y de esta suerte volvió a crecer y multiplicarse esta planta y a cundir por toda la tierra. Y

viendo los moradores de ella, así de chichimecas como de aculhuas, el gran provecho que les hacía y las muchas fuerzas que les daba, tuvieron por bien de bajar el cuerpo y sembrarlo y gozar de su fruto para mantenerse, que era a menos costa que la caza que mataban por tenerla más segura, a cualquiera hora que querían.

De la planta del algodón (que es la materia de que ellos usaban en su gentilidad y ahora lo usan) se dice lo mismo; del cual los antiguos tultecas usaron y vistieron como en sus pinturas yo lo he visto; pero esto que se dice del algodón, ha de ser entendido en algunas particulares provincias en especial calientes y húmedas; lo cual todo faltó en aquellas esterilidades tan grandes y secas, muchas que hubo; pero dícese que algunos de los árboles que son frutales de la misma tierra, quedaron conservados y seguros en la que era más húmeda; y de éstos hay muchos el día de hoy; pero volviendo al propósito digo que lo que se ha dicho del maíz es lo más cierto que se ha podido averiguar; y lo contrario de esto es sueño o imaginación de quien a poco más o menos trata las cosas, fundado en su solo antojo o en alguna relación ditada entre tizones de gente, que se precia más de contar cuentos y consejas, que historias verdaderas. De aquí finalmente tuvo origen la segunda vez el maíz y se fue cundiendo por toda la tierra y es el que hoy día usan y tienen por pan ordinario y cotidiano.

CAPÍTULO XLIII. *De la muerte del rey Aculhua y de la del emperador Nopaltzin, su cuñado*



ESPUÉS DE HABER GOBERNADO ACULHUA, rey de Azcaputzalco, muchos años, favorecido de su suegro, el emperador Xolotl y de Nopaltzin, su cuñado, a los veinte y siete del gobierno del dicho Nopal, murió en su ciudad, dejando en la herencia del reino a un hijo suyo llamado Tezozomoctli, a cuya muerte asistió el emperador y toda la más gente del imperio y le hicieron sus honras y entierro, con las mismas solemnidades que a los otros reyes se les habían hecho; las cuales, pasadas y concluidas todas las ceremonias ordinarias, se volvió el emperador a su casa, llevándose consigo a su hermana, mujer del difunto (que no debía de ser muy niña, pues según es fácil de computar el tiempo, pasaba de ciento y cincuenta años), la cual vivió en la corte de su hermano los pocos días que le quedaron de vida. También decimos del emperador Nopal que, después de haber vencido a los tulantzincas, vivió quieta y pacíficamente el tiempo que le quedó de vida; porque en aquella guerra escarmentaron los que por alguna manera habían intentado de rebelarse y alzarle la obediencia; por ser cosa muy averiguada que el castigo en unos, es enmienda en otros y el disimular en cosas es dar suelta y larga a desvergüenzas y atrevimientos.

Conociendo (pues) todos los feudatarios del imperio cuán belicoso era Nopaltzin, guardáronse de enojarle y así vivió quieta y pacíficamente, go-

zando de paz y quietud en su corte y casa; pero como la paz humana no promete seguridad de vida (aunque Nopal se preciaba de ella) llegó la muerte, envuelta y disfrazada en una grave enfermedad, en la cual los dolores y fatigas de ella le dijeron cómo lo tenía preso y asido, que no era posible soltarse sino morir de ella. El valeroso y fuerte chichimeca, que la conoció y supo de cierto ser ella, hizo llamar a su hijo Tlotzin, rey de Tetzcuco y heredero del imperio y en presencia de los otros dos, sus hermanos, que también fueron llamados y toda la gente granada y lucida del imperio, se le entregó y amonestó como padre deseoso de que en su gobierno acertase, y abrazándolos a todos murió, cargado de muchos días, cuyas honras y entierro fueron muy solemnes, quemando su cuerpo y recogiendo sus cenizas.

No se tratan cosas particulares que este belicoso y valiente emperador hiciese, porque aunque fueron muchas, como casi todas fueron en tiempo de su padre y viviese poco después de su muerte, todas quedaron sepultadas en el olvido de su principado; pero dícese de él que fue muy valiente, como se puede colegir por la guerra que tuvo con los tulantzincas y otros señores, a los cuales privó y enajenó de sus gobiernos y señoríos y los arrinconó y puso en grande extremo de necesidad y miseria y fue muy generoso dando señoríos a hijos de señores y grandes y otras personas, que por sí mismos los merecieron, levantando por humildes a unos, así como humillaba por soberbios a otros.

CAPÍTULO XLIV. *De la entrada y posesión que el emperador Tlotzin tomó en el gobierno de su padre Nopal*



ABIENDO FALLECIDO EL EMPERADOR NOPALTZIN y concluido su entierro y funestas honras, entró en su lugar y silla Tlotzin, su hijo, a quien dejaba encomendado su imperio; cuya jura se hizo luego, a la cual concurrieron los señores más principales del reino y monarquía; entre los cuales asistieron dos hermanos del dicho emperador, hijos del difunto, llamados el uno, Quauhtequihua y el otro, Apopozoc. Estos dos príncipes tenían sus señoríos y reinos dados de su padre; y no pienso que entonces eran los reyes de muchas provincias, sino de lugares y ciudades particulares; y en lo que me fundo es en que acostumbraron estos señores indios, cuando casaban alguna hija con alguno de los señores de la tierra, le daban al yerno el señorío de aquel pueblo, para que gozase de sus rentas y vasallos, como natural y propio; y de éstos hubo muchos y los había cuando les entraron la tierra los españoles. Por lo cual digo que estos príncipes y hermanos del nuevo emperador lo serían de algunas de las principales ciudades que entonces hubiese fundadas y que más floreciesen, y es posible creer que tendrían otros pueblos y tierras de añadidura, como hijos de emperador y monarca, que por esta razón habían de ser preferidos a los otros.

Pasada la jura y celebradas las fiestas, que duraron algunos días, despidió el emperador a todos los que en ellas habían asistido y los envió a sus señoríos y pueblos, haciéndoles una larga plática y paterno razonamiento, en el cual les mostró ser su elección más para usar con ellos oficio de padre que de rey soberbio, ni monarca tirano. Todos se despidieron de él muy amigablemente, llevando el gusto muy sabroso de sus paternales y dulces palabras.

Despedidos todos, rogó a sus hermanos que no se fuesen sino que se quedasen con él por algún tiempo, lo cual hicieron de buena gana y voluntad y los entretuvo un año en su corte; y es mucho de considerar que siendo la condición humana envidiosa y que no sufre no sólo mayoría, pero ni aun igualdad, en especial entre hermanos que saben que son hijos de unos mismos padres y que por esta razón presumen ser iguales en los bienes y herencias paternas, pareciéndoles que no hay de parte de los hijos, en razón de hijos, más méritos en unos que en otros; y que por solas leyes se aventajen unos a otros y lleven más los unos que los otros y entren en los señoríos unos y otros, queden privados de ellos, cosa (como decimos) que engendra envidia y rencor. Con todo esto no cupo en los corazones de estos dos príncipes semejante pasión, antes mostrando alegría y contento festejaron su estada con muchas fiestas con que entretenían a su hermano el emperador, del cual fueron tratados muy honrada y acariciadamente, correspondiéndoles con una muy sencilla y hermanable voluntad.

CAPÍTULO XLV. *Donde se trata de las condiciones loables de este nobilísimo emperador y de lo que por esta causa era amado de todo su imperio*



NA DE LAS CONDICIONES que deben tener los reyes y príncipes para gobernar con más seguridad su república es la mansedumbre y clemencia, porque ella vence los corazones de los hombres y se hace señor de ellos. Éste fue un aviso romano, de que usaron todos u los más de sus príncipes y capitanes, para enseñorearse del mundo. Y así, dice Plutarco,[1] de su fundador Rómulo, que era tan manso y piadoso, que no sólo a los amigos hacía bien, pero que a los enemigos perdonaba; y solía decir que quería ser amado y reverenciado de su gente, como padre y no temido ni aborrecido, como tirano; pues que para aumentar y confirmar el imperio entre los hombres es necesario que los príncipes gobiernen con tanta mansedumbre y benevolencia su pueblo, que no solamente sean señores de los cuerpos de los súbditos, para hacer de ellos por su poder absoluto lo que quisieren, sino que por amor y beneficios los tengan robados los corazones, para que de su propia voluntad, sin ser a ello forzados ni compeli-

[1] Plut. in Vita Rom.

dos le sigan y obedezcan en todo lo que les mandare; pues que consta claramente que lós imperios fundados en crueldad y administrados por severidad rigurosa ni son firmes ni pueden ser durables, porque en el tiempo de la mayor necesidad hallarán, por experiencia los príncipes, que tienen por fuerza sojuzgados los cuerpos que están muy contrarios, y muy lejos de su servicio sus corazones. La prueba tenemos en Roboan,[2] que queriendo ser más cargoso a su pueblo, de lo que lo fue su padre Salomón, perdió la nueva carga que les imponía y con ella las diez partes del reino y se quedó con dos solas.

Esta condición y propiedad tan digna de loor y alabanza se dice de este nobilísimo emperador Tlotzin; porque fue tan benigno, manso y afable, que no hubo hombre que le aborreciese, ni que dijese de él una mala palabra, que es una de las bienaventuranzas humanas y de mayor gloria para un príncipe que gobierna. Era muy alegre de condición y jamás le vieron el rostro turbado a ninguna cosa adversa que le sucediese, ni jamás se le oyó palabra de reprehensión agria; antes eran todas tan risueñas y amorosas que cautivaba con ellas a todos los que la oían; pero junto con esto era de ánimo valiente y generoso, dispuesto para regir y gobernar su pueblo a cualquier fuero que se le ofreciese. Era por esta condición tan amado y querido de todos, que morían y trabajaban por verle y gozar de su trato; por lo cual, de todos los grandes y señores de su imperio, era muy frecuentemente visitado y regalado y no había persona que lo fuese de cuenta, que no le visitase dos o tres veces en el año, con los cuales se alegraba y recibía placer y los festejaba y honraba como a hijos muy queridos. Encarece mucho el historiador (por sus pinturas) en la historia, que se intitula de los emperadores y señores chichimecas y tultecas que gobernando treinta y seis años, prosiguió el tiempo de su gobierno con los mismos principios que comenzó, sin mudarse en nada ni descubrir más condición de la dicha y referida; cosa que luego se manifiesta a los primeros encuentros y lances del mandar y señorear a otros; porque mientras uno no es movido ni provocado a mostrar quién es, encubre lo natural de su condición; la cual fácilmente manifiesta puesto en lo forzoso de la ocasión; de la misma manera que para conocer si está sano un vaso, es menester henchillo o llenarlo de agua, el cual lleno luego manifiesta su entereza o rotura, de esa misma manera no es conocido el hombre hasta que está puesto en dignidad o magistrado, porque entonces el tirano (si lo es) o el iracundo y colérico, manifiesta en el oficio aquella tiranía y cólera que encubría de su condición, apartado de la ocasión; y así dijo el otro poeta, que los honores mudaban las costumbres y hacían a los hombres otros de lo que eran; pero enmendóle mejor el que dijo que no los mudaban, sino que descubrían quiénes eran; porque en la fragua de un herrero fuese acontecer que cesando de soplar los fuelles, se amortigua el fuego y parece que está muerto y convertido en carbón; pero en volviendo a soplar resucita y se enciende; porque la ocasión los encendió. De esta manera parecen las condiciones

[2] 3. Reg. 12.

de algunos que viven la vida sin cargo ni carga de oficios; pero en ellos manifiestan las brasas encendidas de la desabrida condición de su pecho.

Condición (cierto) ésta de este rey, digna de loar; porque no hay cosa más útil y sana al príncipe, que la noble y moderada condición, ni más perniciosa que la crueldad y tiranía; y así dijo el sabio, en los Proverbios,[3] en la alegría de la cara y rostro del rey está la vida; y su clemencia es como el rocío saludable tardío, que quiere decir que es tan estimada esta virtud como el agua deseada, para que riegue los necesitados panes y mieses. Y en el capítulo veinte, dice: que la misericordia y verdad guardan y defienden al rey, y con la clemencia se fortalece y confirma su reino y trono. Y en el veinte y cinco quita la impiedad de la cara del rey y se fortificará o fortalecerá la justicia de su trono. De esta mansedumbre y clemencia fue dotado nuestro emperador Tlotzin y la ejercitó todos los días de su vida; pero tampoco quiero que se entienda que por ser de esta condición dejaba de castigar los casos que requerían castigo; que en éstos mostraba su justicia como en esotros su misericordia y clemencia; porque castigar culpas cuando requieren castigo no es crueldad sino clemencia; y así donde dice el salmista: Rígelos con vara de hierro, allí no denota crueldad, que no quiere decir que con crueldad sean regidos y gobernados; porque la severidad no es rigor, cuando lo pide el caso, sino justicia; y así dice San Gerónimo,[4] que la crueldad es una atrocidad del ánima y inhumanidad enemiga mortal de la ley de naturaleza (a la cual debemos seguir) ésta, ni se harta con sangre, ni con ningún mal se satisface; pero apartando de sí toda humanidad y clemencia echa por la boca de su maldad espuma, y de lo más oculto de su pecho, echa y derrama crueldad y tiranía; esta sentencia está en el derecho.[5] Muy ajeno fue Tlotzin de esta inhumanidad y muy revestido de clemencia, por la cual (como dicho es) le amaban todos sus vasallos y era muy estimado de ellos.

CAPÍTULO XLVI. *De los ejercicios y cosas de recreación en que este príncipe y monarca Tlotzin se ejercitaba*



NO SE DICE DE ESTE EMPERADOR TLOTZIN que formase campo, ni hiciese guerra a ninguna de las provincias a él sujetas (que eran todas las que se conocían en esta Nueva España y tierra de Anahuac); porque cuando entró en el gobierno le halló pacífico y sosegado por haberle pacificado su padre Nopal y así entró en él, como otro Salomón, en el de Israel, sin que en toda su vida tuviese género de alboroto ni rebeldía que le desasosegase; y ayudóle mucho a esta conservación la clemencia y mansedumbre de que era dotado (como en el capítulo pasado se ha dicho) por lo cual

[3] Prov. 16.
[4] Div. Hier. in Epist. ad. Rupar.
[5] 23. q. 8. C. Legi.

y no pasar la vida ociosamente (que es la destrucción del alma) se ocupaba muy de ordinario en ir a caza y montear fieras, cosa muy natural a los príncipes y señores y que no les es reprehensible; mayormente si con este ejercicio no olvidan el que a su república y gobierno deben. Para estas monterías se acompañaba de muchos grandes y señores, que (como ya hemos dicho) tenía su corte llena de ellos, no teniéndose por bienaventurado el que no le acompañaba y veía de ordinario; tenía muchos bosques de recreación para este fin, señalados muchos jardines y florestas en que se entretenía y gozaba de tranquilidad y sosiego; hacía juntamente con esto que su gente se ejercitase en las armas y milicia que ellos usaban, para si fuese menester en alguna ocasión; porque el descuido y ocio no los cogiese desapercibidos en la necesidad; que es un aviso de que usó un rey de los scitas, que pidiéndole su gente que los bajase a los llanos (por ser muy áspera y fragosa la tierra en que vivían) no quiso; diciéndoles que aquella aspereza los hacía fuertes y robustos, para el trabajo y que en la blandura de la tierra y regalo de la vida ociosa se hacían afeminados e inhábiles para las guerras; de manera que el ejercicio de las cosas tiene en pie a los que en ellas se ejercitan y es cosa muy necesaria su ejercicio, para el fácil uso de ellas; porque sin él es desabrido y llegados a las veras, las tratan como extrañas y desconocidas.

Jamás mandó cosa en sus reinos y repúblicas en que no fuese obedecido; porque el príncipe querido en ellas, no es penoso ni desabrido en lo que manda, por ser una de las condiciones del amor, facilitar todo lo que representa el amado, por cargoso que sea, cuanto y más que este príncipe, con el mucho que les tenía, miraba las cosas de manera que cuando las mandaba eran hacederas. Con esta paz y seguro gozó este dichoso y bienafortunado emperador los años de su imperio, sin recelos de males ni sobresaltos de enemigos, hasta que llegó el universal de la vida humana, que es la muerte y se lo llevó como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XLVII. *De la muerte del emperador Tlotzin y de un dicho digno de memoria que dijo, que fueron las últimas palabras con que acabó la vida*



ESPUÉS DE HABER REINADO este excelente monarca treinta y seis años, con mucha paz y amor de sus vasallos, estando en el mayor gozo de la vida rodeado de mujer, hijos, hermanos, deudos y parientes, le sobrevino una enfermedad, la cual padeció por tres o cuatro meses; en el discurso de la cual le acompañaron muchos señores del reino y procuraban entretenerle con juegos, danzas y otras cosas en que veían que tenía gusto, llevándole a espaciar a sus florestas y jardines para divertirle de los dolores que la enfermedad le causaba; pero como eran ministros de la muerte, iban creciendo con los días y conociéndola en ellos se hizo vol-

ver a su corte y ciudad de Tenayuca, donde mandó venir a su hijo Tlaltecatzin, rey de Tetzcuco y heredero del imperio y a otros hijos que tenía, juntamente con sus hermanos y otros señores de valor y cuenta; y en su presencia la dio al emperador futuro del estado en que quedaba el imperio y le encargó su gobierno y entregó el poder absoluto que tenía, para que si de aquella enfermedad muriese quedase por su legítimo y natural sucesor. Crecía la enfermedad y los dolores avivaban y el emperador sentía que se iba muriendo; y como la muerte es el espanto más horrible de la vida y la causadora de todos los sinsabores y acedías del gusto, ya el afligido monarca no le mostraba, en cosa que para dársele se hacía, de lo cual mostraban gran dolor los presentes, a cuya sazón dio un muy gran suspiro; y llegándose a él los que más cerca se hallaron le dijeron estas palabras: señor, grande y poderoso, ¿qué es lo que te da pena? ¿No basta para alegrarte ver a tu cabecera la emperatriz, tu mujer, señora nuestra, el rey y príncipes, tus hijos, reyes que en sus reinos son señores y en tu presencia y siempre vasallos tuyos? ¿No te ves señor de este mundo, que poseemos? Suplicámoste que no muestres tristeza, ni dolor, sino contento y alegría. A los cuales respondió: ¿no queréis que suspire, pues sabéis (como acabáis de confesarlo) que soy el mayor señor del mundo y que siendo tan poderoso no tenga poder para apagar parte de estos dolores? ¿Y lo más que siento, que no sé cuando, ni a qué hora, me quitará la vida el hacedor y dador de ella? Y pues todas estas cosas alegadas por vosotros no me pueden aumentar ningún día de vida, quitadlo allá todo que no lo quiero. No dijo más el otro Filósofo a aquel rey que le dijo que le pidiese mercedes, al cual preguntando, si le podía hacer merced de la vida para siempre; y respondiéndole que si él pudiera la tomara también para sí y se hiciera inmortal; le dijo: ¿pues qué me das en todo cuanto puedes darme, sino me das vida para que lo goce? Y si esta sentencia es tan celebrada en este Filósofo, no debe serlo menos en este monarca, pues conoció que las cosas de la vida, no siendo perpetua para gozarlas, son más de ultraje y menos precio, que de codicia. Acabó esta razón y con ella la vida, dejando a todos con gran dolor de su muerte. Y se dice que fue tan sentida en general que no sólo la lamentaban en sus pueblos y tierras, sino que vinieron chicos y grandes a la corte a llorarla, cuyas obsequias se celebraron a su usanza, muy honrosamente, a las cuales y a su muerte se hallaron (sin sus hijos, hermanos y deudos) treinta y cinco reyes y otros muchos señores y gran número de pueblo.

Pero como los cuerpos sin alma (por más que en vida se habían querido) en muerte no son sufribles; el de este emperador (aunque la suya era muy llorada) fue echado de casa presto, haciendo con él lo que con los demás sus antepasados; y en especial se dice que después de quemado cogieron sus cenizas y las pusieron en un arca o caja, hecha de una piedra muy rica; y hay quien diga que fue de esmeralda y que tenía una vara de largo y otra de ancho, en figura y forma cuadrada, cuya corbetura y tapadera, de una plancha gruesa de oro, esmaltada de muchas piedras de valor y precio, las cuales cenizas y caja tuvieron cuarenta días puestas en un lugar y tienda,

ricamente aderezada de mucha pluma rica y otras cosas de adorno; con que mostraba el sitio la grande estimación en que tenían a la persona cuyas cenizas, en el túmulo y teatro le estaban representando; al rededor del cual estaban muy por orden, las de los reyes y señores, que las besaban y guardaban hasta cumplidos los cuarenta días que tenían de ceremonia, en los cuales hacían sus obsequias con grandes llantos e invenciones, ayunando todo este tiempo en demonstración de tristeza y sentimiento, de haber perdido tan gran señor y monarca; el cual tiempo pasado lo enterraron muy honoríficamente aunque no dicen el lugar adónde; pero débese creer sería tal para tal persona. También dicen que fue tanto el concurso de la gente que concurrió, que se hincheron los campos y que parecían muy grandes ejércitos y escuadrones, puestos en orden para pelear. Acabadas las obsequias, se volvieron a la ciudad, acompañando al nuevo emperador para jurarle.

CAPÍTULO XLVIII. *Donde se trata del emperador Quinatzin, por otro nombre llamado Tlaltecatzin, hijo de Tlotzintecuhtli, en cuyo tiempo entraron en la tierra los mexicanos*



UERTO EL EMPERADOR TLOTZIN (Pochotl por otro nombre) cuya mujer se llamaba Quauhcihuatzin, hija del rey de Huexotla, entró en la herencia del imperio su hijo Quinatzin, como lo acostumbraban las gentes de aquellos tiempos (heredándose hijos a padres, y no hermanos a hermanos, ni interviniendo otro algún parentesco, más que el dicho), cuya jura no se hizo en la ciudad imperial de Tenayucan, como la de sus pasados padre y abuelo (como en sus juras hemos dicho), antes ordenó que el entierro y obsequias de su padre fuesen muy solemnes y cumplidas; y acabadas recogió toda la gente y se fue a su ciudad de Tetzcuco, donde pasó la corte, y fue jurado. Pero como ya por estos tiempos había crecido en mucho mayor número la gente, y los señoríos estaban más subidos y autorizados, y la policía de los reinos y provincias se había puesto más en punto, ya no se quiso tratar este rey con el uso común y ordinario, antes saliendo de él (como el que estaba criado en grande policía con los señores acolhuas y tultecas), hízose llevar en andas, las cuales fueron rica y costosamente labradas (por ser grandes artífices de toda obra los tultecas que las hicieron). Estas andas llevaron sobre sus hombros cuatro de los más principales señores, de los que no tenían título de rey y un palio que cubría su cabeza, cuyas varas llevaban cuatro reyes; y como iban haciendo paradas se iban remudando, así los principales y señores, en llevar las andas como los reyes el palio, que no serían pocas las paradas, siendo más de siete leguas el camino. De este emperador se dice que fue el primero que se atrevió a subir sobre los hombros de los fortísimos chichimecas y acolhuas, no estando hechos a tal usanza y de allí adelante lo acostumbró todas

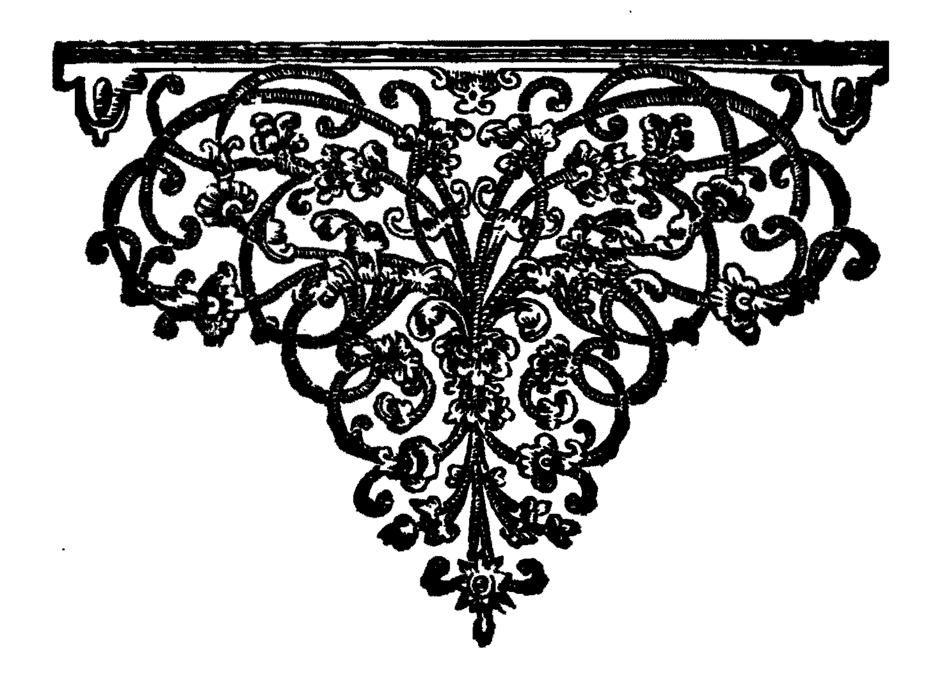
las veces que salía de su casa, para cualquier parte que fuese; y de aquí quedó el uso que los demás después tuvieron de tratarse con este imperio y señorío; y así como el modo del llevarle fue particular y aventajado, así ni más ni menos lo fueron las fiestas y alegrías con que fue jurado, y duraron por mucho más tiempo que en otras juras pasadas se había hecho.

No tuvo contradición ni cosa de cuidado en los principios de su gobierno; y así tenía tiempo de ordenar las cosas de su imperio, como mejor les estaba a todos; y como hombre desocupado de guerras y enemigos vivía vida quieta y segura, gastándola en huelgas y contentos, como hacen los reyes que se hallan pacíficos y seguros en sus tierras, cuyos ejercicios (por no estar ociosos) son cazas y monterías, convites y pasatiempos, aunque muchas veces suele acontecer, que cuando más descuidados están en el contento y gusto de estas cosas dichas, se pone enmedio un sinsabor que les causa sobresalto y les agua lo más gustoso de sus fiestas. Bien contento estaba una noche Baltasar,[1] rey de Babilonia, haciendo convite y gira a los grandes de su corte, cuando se le aparecieron aquellos tres dedos que escribían en la pared de la sala que su reino había de ser dividido y dado a gente contraria y enemiga, como sucedió luego y él fue a las vueltas avergonzado y muerto y en medio de su contento, pareciéndole que no había otra cosa, perdió la honra y la vida; y por no ser molesto ni prolijo, no refiero otros cien mil casos que hacen a este propósito, sólo me contento con decir que aunque los reyes y reinos tengan por algún tiempo paz y tranquilidad, no es tan durable, que perpetuamente permanezca y dure, que cuando menos se catan cesa la prosperidad y se vuelve lo de arriba abajo y lo de abajo arriba y se causan vaivenes de grande terror y espanto.

Algún tiempo vivió (como decimos) Quinatzin en paz y sosiego, gozando de la vida pacífica y quieta que su padre había vivido, pero como con las faltas de las personas, así también suelen trocarse los ánimos de los hombres. Así sucedió, en esta ocasión, del gobierno de este emperador, que olvidados algunos de la amistad de su padre y obediencia que a él, como a monarca, se le debía, se le amotinaron muchos, como luego veremos. En tiempo de este emperador, entraron en la tierra los mexicanos, pareciendo en ella por la parte de el poniente, que no causó poco alboroto su venida; porque muchas veces el corazón pronostica, en particulares sentimientos que hace, las cosas que han de acaecer, en casos que suceden; y así les pudo adivinar a éstos la venida de los mexicanos, la guerra que después les habían de hacer, hasta quedárseles con el imperio, como veremos en el proceso de esta historia. Ahora queda en este punto, con decir, que luego que el emperador tuvo nueva de su entrada envió a Tenancacaltzin, su tío, a que la reconociese y supiese su intento, como lo hizo y dejó pasar. Y aunque por entonces no les hicieron mal ninguno, por parecerles gente pacífica y trabajada, después con el discurso del tiempo y viendo que pasaban de un lugar a otro y que en ninguno de los que tenían reposaban, les hizo guerra este mismo Tenancacaltzin, con toda la gente de Tenayucan, hasta arrinconar-

[1] Dan. 5.

los en el bosque de Chapultepec; y dejando de tratar de este emperador diremos de los mexicanos la salida que hicieron del lugar que llamaron Siete Cuevas y llegada a esta laguna mexicana, por los sitios y mansiones que trajeron, para que puestos acá, prosigamos la historia de todos juntamente; pues de aquí adelante les pertenece a todos juntos una misma mezcla y trabazón de cosas que fueron sucediendo lo cual se verá en el libro segundo, que es el siguiente.





LIBRO SEGUNDO

DE LOS VEINTE Y UN RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA

Compuesto por fray Juan de Torquemada
de la Provincia de el Santo Evangelio de Nueva España

ARGUMENTO DE EL LIBRO SEGUNDO

Salen los mexicanos de la provincia de Aztlan, prosiguen su camino hasta llegar a esta laguna mexicana. Padecen muchos trabajos en los caminos y hacen muchas paradas y mansiones. Hacen asiento en Chapultepec y pasan a Culhuacan y de allí a su asiento de Mexico. Prosigue el imperio de Tlaltecatzin, en cuyo tiempo entraron en la tierra. Síguele Techotlala, su hijo. Y a éste, Ixtlilxuchitl, a quien mató Tezozomoc, rey de Azcaputzalco y se alzó con el imperio. Sucédele su hijo Maxtla, y al tercero año de su gobierno se confederaron los reyes de Mexico y Tetzcuco, Itzcohuatl y Nezahualcoyotl y lo mataron en guerra y cobraron el imperio perdido. Quedó el de Mexico Itzcohuatl gran señor; y de éste comenzó la monarquía mexicana a ensancharse y hacerse poderosa. Su primer rey fue Acamapich y su último y muy celebrado Motecuzuma, el segundo, en cuyo tiempo entraron en la tierra los españoles. Dícense en este libro las guerras que estas gentes tuvieron entre sí, unos con otros, y variedad de gobierno que alcanzaron. Las monarquías, cómo fueron sucediendo de unos en otros; y los prodigios y señales que tuvieron para su destruición y acabamiento.

PRÓLOGO

AL LIBRO SEGUNDO

EN ESTA SAZÓN DE TIEMPOS y casos, en ellos sucedidos, me ha parecido dejar el proceso de esta historia indiana en el primer libro pasado, por comenzar en este segundo la de los mexicanos, los cuales llegaron a la tierra en tiempo del imperio del rey Tlaltecaltzin de Tetzcuco, donde aunque postreros en tiempo, fueron después primeros en el señorío y supremos en lo común del mando. Porque como dice Christo, señor nuestro (aunque a diferente propósito): los primeros son postreros, y los postreros primeros. Porque como las cosas de la vida sean arcaduces vueltas, inconstantes, nunca cesan de subir unos y bajar otros, sucede que los que hoy son, mañana no sean; y los que ayer mandaban hoy sean mandados; y que los siervos sean señores y los señores siervos. Como le sucedió a Jeroboán[1] en el reino de Israel, con el rey Roboán, hijo de Salomón, que juntándosele las diez tribus de Israel, se hizo señor de ellos, dejando de reconocer por el señor al que lo era. Véase también en el gran Pompeyo, emperador romano, cuya ventura le ganó Julio César; y no sólo le quitó el señorío y majestad con que triunfaba, sino también la vida y se hizo señor de la monarquía del mundo, que entonces gozaba el romano imperio. Porque como dice Séneca:[2] Lo que sublima y levanta la fortuna no es para sustentarlo y conservarlo en un mismo ser y firmeza, sino para dar con ello luego una gran caída. Y como dice Aristóteles:[3] Cuanto mayor es la fortuna, tanto es menos segura. De manera que estos últimos indios, postreros en tiempo, fueron después primeros en el mando, al cual llegaron por valor que para ello tuvieron, ayudados de su falso dios, Huitzilopuchtli, que (por permisión divina) parece que en todo los favorecía, como a cultores particulares suyos (como luego veremos), y así se comenzará a tratar de ellos, desde la salida que hicieron de aquellas sus fingidas Siete Cuevas, contando sus paradas y mansiones por el orden que las hicieron; y dejando de decir algunas cosas que otros dicen, acerca de esto, o porque ellos las dijeron o porque no me parecen tan auténticas y verdaderas como las escriben; porque no debemos cansar los ánimos de los que las leen, con la repetición de cosas que si ya no son de todo punto

[1] 3. Reg. 6.
[2] Senec. Trag. 8.
[3] Arist. Ethi. lib. 8.

falsas, al menos son dudosas e inciertas; y afirmar cuentos por verdades, ni le está bien al historiador, ni menos hacen al propósito de la historia; porque su primera ley es que no se diga ninguna cosa falsa en ella.

Ya tengo dicho en muchas partes de estos libros cómo los que han escrito el origen de estas gentes no se han curado de más que dar noticia de cómo estos últimos mexicanos vinieron; y porque los unos autores toman de los otros, por eso dicen todos una misma cosa y no hacen mención de otras gentes que antes haya habido; siendo así, que si cuando ellos llegaron había ya gentes y estaba poblado todo (y por esto les fue forzoso tomar el sitio que pudieron) que aquellas otras gentes que acá hallaron, fueron primeros; y que siéndolo se debe comenzar la historia de ellos, lo cual hago yo, habiendo buscado su origen en libros que los naturales tenían guardados y escondidos, por el gran miedo que a los principios de su conversión cobraron a los ministros evangélicos; porque como eran de figuras (y mal pintadas) entendían que eran idolátricos y los quemaban todos y por redimir algo de ellos, no los manifestaban y en éstos he visto lo que en el pasado se ha dicho y lo que en este que se sigue se dirá; en el cual se va siguiendo la monarquía indiana, en las gentes aculhuas, chichimecas y tepanecas, que por traición y tiranía se introdujeron en ella; no siendo cosa nueva en el mundo, inventada por la ambición y codicia de mandar y tener más señoríos que otros; con el cual intento se han hecho guerra y se han muerto unos a otros olvidando el amor natural que debían tenerse, por solo el interés de poseer lo que los otros antes poseían. Esto encarece Juvenal, en una de sus sátiras,[4] diciendo: Las mezclas de desconciertos que hacen la ambición y codicia, no hay quien pueda decirlo, porque la vida del hombre va regida y guiada de un huracán, deshecho de ambición. Y prosigue luego: ¡Oh frágil y dañosa soberbia del reino! ¡Oh furor! ¡Oh ciego deseo de señorear más que otro! ¿Dónde vas, ciego deseo? ¿Tan hinchado de soberbia, metido en el golfo riguroso de tantos y tan varios peligros? ¿Cuántas acechanzas y traiciones te van siguiendo? ¿Cuántas muertes traes arrastrando? ¿Cuántas caídas de hombres poderosos tienes a tu cuenta? ¿Qué de pendencias? ¿Qué de espadas y cuchillos, si bien lo consideras, tienes a los ojos que te están amenazando? Y concluye diciendo: ¡Ay, ay dulce veneno de mandar y honra incierta y sin ninguna seguridad; y es así, porque cuando se ha conseguido un señorío, está otro trazando cómo podrá quitárselo! Esto hacían estos indios (como todos los demás del mundo), que no contentándose con los que tenían, se hacían guerra para quitarlos a sus vecinos y a otros que no lo fuesen, según que tenían las fuerzas y el poder. Por esto veremos en este libro segundo, cómo según el otro poeta, cuanto crecían las riquezas en ellos, tanto más crecía el amor de tener más de ellas; y llegando las cosas a tener fin en unos, comenzaban en otros, de los cuales fueron los últimos que las poseyeron los mexicanos, juntamente con los aculhuas; cuyos reinos fueron iguales en el señorío y mandos; los cuales poseyeron esta monarquía, acom-

[4] Iub. Sat. 14.

pañados de los tlacupanecas, como se verá en este libro, hasta que llegaron los españoles a quitársela, como más poderosos en armas, fuerzas y valentía, pudiendo decir de ella, lo que el profeta: ya cayó, ya cayó Babilonia, aquella ciudad grande de confusión.



[3] Isai. 21.

CAPÍTULO I. *De cómo partieron los mexicanos de la provincia de Aztlan, movidos e incitados por la persuasión de un pájaro que cada día oían; y se cuentan las jornadas que vinieron haciendo*



EGÚN LAS PINTURAS que los más curiosos de estos indios naturales tenían y yo al presente en mi poder tengo, parece que para venir del lugar primero de donde salieron, para éste, adonde ahora están, pasaron algún grande río o pequeño estrecho y brazo de mar, cuya pintura[1] parece hacer media isleta, en medio de los brazos que divide estas aguas, y dejando para otro lugar el sentimiento y parecer que tengo acerca de qué gentes sean estas que han poblado esta Nueva España, que es la causa porque trato de este sitio, digo ahora, que el fundamento que tuvieron para hacer esta jornada y ponerse en ocasión de este tan largo camino, fue, que dicen fabulosamente que un pájaro se les apareció sobre un árbol muchas veces; el cual cantando repetía un chillido, que ellos se quisieron persuadir a que decía: tihuí, que quiere decir, ya vamos; y como esta repetición fue por muchos días y muchas veces, uno de los más sabios de aquel linaje y familia, llamado Huitziton, reparó en ello y considerando el caso parecióle asir de este canto, para fundar su intención, diciendo que era llamamiento que alguna deidad oculta hacía por medio del canto de aquel pájaro; y por tener compañero y coadjutor en sus intentos dio parte de ello a otro, llamado Tecpatzin y díjole: ¿Por ventura no adviertes aquello, que aquel pájaro nos dice? Tecpatzin le respondió que no. A lo cual Huitziton dijo. Lo que aquel pájaro nos manda es que nos vamos con él y así conviene que le obedezcamos y sigamos. Tecpatzin, que atendió a lo mismo que Huitziton, del canto del pájaro, vino en el mismo parecer y los dos juntos lo dieron a entender al pueblo; los cuales, persuadidos a la ventura grande que los llamaba, por lo mucho que de ella supieron encarecer los dos, movieron las casas y dejaron el lugar y siguieron la fortuna que en lo porvenir les estaba guardada.

Pero aunque todos eran de una misma generación y linaje, no todos vivían debajo de una sola familia, sino que estaban repartidos en cuatro. La primera de las cuales se llamaba mexicana. La segunda tlacochcalca. La tercera chalmeca. Y la cuarta, calpilco. Otros dicen que estas familias eran nueve, conviene a saber, chalca, matlatzinca, tepaneca, malinalca, xochimilca, cuitlahuaca, chichimeca, mizquica, mexica.

También dicen otros que aquel chillido, tihuí, sólo se oía de Huitziton y de Tecpatzin; pero que no se veía el que le pronunciaba. Pero séase lo

[1] Torquemada, lib. I, cap. 10.

uno o lo otro que todo es fabuloso; lo que de aquí se infiere y saca es convenir todos en la salida por motivo de alguno que los incitaba. Salieron, pues, los aztecas, guiados por Tecpatzin y Huitziton de su tierra, en el primer año de su primer siglo (porque desde entonces comenzaron a contarlo) y anduvieron algunas jornadas, en las cuales gastaron espacio y tiempo de un año; al cabo del cual llegaron a un lugar llamado Huey Culhuacan, donde estuvieron tres. En este lugar y sitio, dicen, se les apareció el demonio en la representación de un ídolo y diciéndoles que él era el que los había sacado de la tierra de Aztlan y que le llevasen consigo, que quería ser su dios y favorecerles en todas las cosas y que supiesen que su nombre era Huitzilopuchtli (que como en otra parte decimos es el que los gentiles llamaban Marte, dios de las batallas)[2] pidióles que le hiciesen silla y sitial en que le llevasen; la cual hicieron luego de juncos y ordenó que cuatro de ellos fuesen sus ministros, para lo cual fueron nombrados Quauhcohuatl, Apanecatl, Tezcacohuacatl, Chimalman y los sumos supremos, que regían este coro, eran Huitziton y Tecpatzin, como caudillos de estas familias; lo cual todo se hizo con grande agradecimiento de los aztecas, viendo que ya no seguían su jornada a ciegas, sino que llevaban dios que los guiaba, a cuyos ministros llamaron theotlamacaztin y a la silla en que iba, teoycpalli y al acto de llevarlo a cuestas, pusieron theomama.

Con este principio que el demonio tuvo en este pueblo marchó de aquel lugar para otro donde cuentan había un árbol muy grande y muy grueso donde les hizo parar; al tronco del cual hicieron un pequeño altar, donde pusieron el ídolo, porque así se lo mandó el demonio y a su sombra se sentaron a comer. Estando comiendo hizo un grande ruido el árbol y quebró por medio. Espantados los aztecas del súbito acaecimiento, tuviéronlo por mal agüero y comenzáronse a entristecer y dejaron de comer; y suspensos con el caso los caudillos de las familias consultaron a su dios, el cual apartando a los que ahora se llaman mexicanos, les dijo: despedid a las ocho familias y decidles que se vayan siguiendo su viaje, que vosotros os queréis quedar aquí y no pasar adelante por ahora. Hiciéronlo así los mexicas y aunque con dolor de dejarlos los otros, por ser todos hermanos y familiares y no valerles sus ruegos, pidiéndoles que se fuesen juntos, dejáronlos y fuéronse siguiendo su camino.

Apartados ya los unos de los otros, los mexicanos con quien se había quedado el ídolo y dios Huitzilopuchtli, fuéronse a él y dijéronle: que ¿qué determinaba hacer de ellos? Entonces el demonio (que dicen hablaba por boca del ídolo) les dijo: ya estáis apartados y segregados de los demás y así quiero que como escogidos míos, ya no os llaméis aztecas, sino mexicas, y que aquí fue donde primeramente tomaron este nombre de mexicanos; y juntamente con trocarles el nombre les puso señal en los rostros y en las orejas un emplasto de trementina, cubierto de plumas, tapándoselas con él; y dioles juntamente un arco y unas flechas y un chitatli (que es una red donde se echan tecomates y jícaras) diciéndoles que aquello era lo que había de prevalecer en ellos; y es así porque el arco y flechas son insignias

[2] Lib. 9.

de guerreros y ellos juzgaron que les quiso decir en esto, que con arco y flechas y armas militares habían de vencer a muchos enemigos y hacerse señores de grandes provincias y reinos. Y en la red, dicen que significó el lugar y estalaje donde habían de parar, que es esta laguna mexicana, en la cual luego que llegaron se hicieron pescadores. Con estas insignias volvieron a proseguir su camino, habiendo antecedido las ocho familias dichas, viniéndose ellos poco a poco.

CAPÍTULO II. *Que prosigue la venida de esta gente mexicana hasta el sitio y lugar de la ciudad de Tulla*



L LUGAR DONDE SUCEDIÓ el caso referido en el capítulo pasado se llamaba Chicomoztoc, que quiere decir, sitio y pasaje de Siete Cuevas; en el cual lugar estuvieron nueve años y de aquí queda averiguado cómo no tienen los mexicanos y todas las demás naciones y familias, que vinieron a poblar esta Nueva España, su origen y principio de estas Siete Cuevas; por lo dicho hemos visto que no es sino sitio donde se ranchearon por espacio y tiempo de nueve años. Por lo cual el padre Acosta,[1] no teniendo cumplida relación de la legítima succesión de ellos, dice en el libro séptimo de su *Filosofía moral,* que de estas Siete Cuevas tienen su origen, ni tampoco dicen absolutamente los indios que cueva quiera significar su origen y descendencia; al cual sigue Antonio de Herrera,[2] cronista mayor de las Indias, en el libro segundo, década tercera, capítulo décimo. Y lo mismo digo del historiador Gómara,[3] en el libro que intitula: *Conquista de Mexico,* donde dice que los mexicanos salieron de un pueblo llamado Chicomoztoc, y que todos los mexicanos y nahuatlacas nacieron de un padre, dicho por nombre, Iztacmixcohuatl; pues (como adelante veremos) no se verifica lo que este autor, en este lugar dice; y dejando los tres en este lugar, hasta que los encontremos en otro, pasamos con los mexicanos de estas Siete Cuevas a otro lugar, llamado Cohuatlycamac, donde estuvieron tres años.

En este lugar, dicen, que usó con ellos el demonio de un caso que aunque en sí mismo no era nada, fue de grande contienda para todos y fue que enmedio del real y alojamiento parecieron dos quimiles, que son dos pequeños envoltorios; y deseosos de saber lo que dentro tenían cubierto, llegaron a desenvolver el uno, dentro del cual vieron una muy rica y preciosa piedra, que resplandecía con muy claros visos de esmeralda; y como la vieron tan rica, embazaron todos en miralla; y codicioso cada cual de haberla se dividieron todos en dos bandos. Viendo Huitziton (que se halló presente y era el que los capitaneaba) que contendían, sobre cual de los bandos había de llevar la piedra les dijo: admirado estoy, mexicanos, de

[1] Acosta, lib. 9.
[2] Herr. lib. 2. Década 3. cap. 10.
[3] Gom. Hist. General.

que por cosa tan poca y leve os hagáis tanta y tan grande contradicción, sin saber el fin que en esto se pretende. Y pues está delante de vosotros otro envoltorio, desenvolvedlo y descubridlo, y veréis lo que contiene y será posible que sea alguna cosa más preciosa, para que estimándola en más, tengáis en menos ésa. Parecióles bien la razón de Huitziton a todos los opositores, desataron el quimilli y en él hallaron dos solos palos; pero como no les relució como la piedra les había relucido, no los estimaron y volvieron a su primera contienda. Pero Huitziton (que era el que hacía los embustes y los declaraba) viendo que los unos de ellos (que después se llamaron tlatelulcas) hacían tanta instancia por llevarse la piedra, díjoles a los otros (que después se quedaron con el nombre de mexicanos) que partiesen la diferencia y dejasen la piedra a los tlatelulcas y ellos se llevasen los dos palos; porque eran mucho más necesarios y de mucho mayor estima para el progreso de su jornada, como luego verían. Ellos, que creyeron las palabras de Huitziton, tomaron sus palos y dieron la piedra a los otros; y con esto se conformaron. Y deseosos los mexicanos de saber el secreto de estos palillos, pidiéronle a Huitziton que se lo descubriese. Él, deseoso de quietarlos, los tomó y puesto uno en otro sacó fuego de ellos, de que quedaron grandemente admirados todos los presentes (porque jamás habían visto cosa semejante) y de aquí quedó conocida esta invención del fuego, por este modo. Y aun también nació de aquesto que los que se habían llevado la piedra, quedasen arrepentidos y quisieran trocar los envoltorios. Pero como el secreto estaba descubierto no quisieron los mexicanos; y cada cual se quedó con el suyo.

Desde esta ocasión, aunque todos estos aztecas venían juntos, ya no con aquella hermandad y familiaridad que antes traían; porque desde esta disensión guardaron el rencor y odio, los unos contra los otros y vinieron parciales y divididos en las voluntades. Y partiendo de este lugar, por mandamiento del demonio, llegaron a otro donde estuvieron otros tres años; de allí pasaron a Matlahuacallan donde estuvieron otros tres; y de allí a Apanco donde reposaron cinco.

En este lugar hallaron gentes pobladas, las cuales quisieron resistir la entrada de los que venían, como hombres que eran desconocidos de ellos; pero Huitzilopuchtli, que en todo hacía favor a los mexicanos, dicen que los defendió y ayudó hasta hacerlos señores del lugar, desposeyendo de él a sus moradores, haciendo crecer las aguas de un riachuelo que por allí pasaba, en tanto extremo que, a no desampararle presto los que le habitaban, fuera cierto su anegamiento; los cuales, viéndose destituidos de su tierra y pueblo por este modo, pasaron adelante y vinieron hacia esta tierra de la laguna, movidos, por ventura, de algún oráculo diabólico. Y después de salidos de este lugar, estos que lo habitaban, dijo Huitzilopochtli a los de su pueblo, que aquello había hecho para que estas gentes que iban desterradas viniesen a disponer las tierras de la laguna.

Aquí también sucedió que una mujer llamada Quilaztli, que venía con ellos y era grande hechicera, la cual por arte del demonio, dicen que se transformaba en la forma que quería, quiso burlar a dos capitanes y cau-

dillos, llamados el uno Mixcohuatl y el otro Xiuhnel; los cuales andaban por el campo cazando y se les apareció en forma de águila muy hermosa y grande, puesta sobre un hueynochtli, que llamamos nosotros los castellanos, cimborio; y como los capitanes la viesen, quisiéronle tirar sus flechas, pensando que en realidad de verdad era águila natural y verdadera; y al tiempo de desembrazar las flechas y conociendo la hechicera su peligro y riesgo, les habló diciendo: para burlaros (capitanes) basta lo hecho, no me tiréis que yo soy Quilaztli, vuestra hermana y de vuestro pueblo. Enojáronse los capitanes de que los hubiese burlado y dijéronla que era digna de muerte, por la burla que los había hecho. Ella les respondió que si querían matarla que hiciesen su poder, mas que algún día se lo pagarían; ellos no la respondieron y fuéronse y ella se quedó en su árbol y cada cual con su desabrimiento.

Hecho ya tiempo de partir de este lugar, por orden de su oráculo, llegaron a otro llamado Chimalco, donde estuvieron seis años; y al cuarto de su llegada a él acordándose la hechicera Quilaztli de la pesadumbre que hubo entre ella y los dos capitanes ya dichos en la mansión pasada, hizo memoria del agravio recibido en el tunal, donde quisieron matarla; y vistiéndose a la usanza de guerra, se fue a ellos y pensando amedrentarlos les dijo: ya me conocéis, que soy Quilaztli y debéis de pensar que la contienda que conmigo tenéis, es semejante a la que pudierais tener con alguna otra mujercilla vil y de poco ánimo; y si así lo pensáis vivís engañados porque yo soy esforzada y varonil y en mis nombres echaréis de ver quién soy y mi grande esfuerzo; porque si vosotros me conocéis por Quilaztli (que es el nombre común con que me nombráis) yo tengo otros cuatro nombres con que me conozco; el uno de los cuales es Cohuacihuatl, que quiere decir, mujer culebra; el otro Quauhcihuatl, mujer águila; el otro Yaocihuatl, mujer guerrera; el cuarto Tzitzimicihuatl, que quiere decir mujer infernal; y según las propiedades que se incluyen en estos cuatro nombres veréis quién soy y el poder que tengo y el mal que puedo haceros; y si queréis poner a prueba de las manos esta verdad, aquí salgo al desafío. Los dos esforzados capitanes, no temiendo las arrogantes palabras con que Quilaztli quiso atemorizarlos respondieron: si tú eres tan valerosa como te has pintado nosotros no lo somos menos; pero eres mujer y no es razón que se diga de nosotros que tomamos armas contra mujeres; y sin hablarla más, se apartaron de ella, afrentados de ver que una mujer los desafiaba y callaron el caso, porque no se supiese entre los del pueblo.

A los dos años siguientes que estaban allí rancheados, sembrando y cogiendo y comiendo las cosas que monteaban, partieron a otro lugar llamado Pipiolcomic, donde estuvieron tres años; y de allí vinieron al que se llama Tullan. En este lugar estuvieron nueve años, al cual llegaron muy disminuidos de gente, por haber dejado en las mansiones que venían haciendo mucha de ella, así de viejos como de otras gentes mozas, que por razón de algunas suficientes causas los iban dejando; y de esto hay mucho rastro en todas esas tierras, hacia el norte, de los cuales vide yo siete leguas de Zacatecas, a la parte del mediodía, unos edificios y ruinas de poblazo-

nes antiguas de los mayores y más soberbios que pueden pensarse, de lo cual haremos mención en otro lugar; sólo digo esto en éste, para comprobación de los edificios que hacían y gentes que dejaban en los largos caminos que trajeron. Llegados pues a este pueblo de Tulla y deseosos de parar por algún tiempo, pareciéndoles que ya su peregrinación era muy larga, tomaron sitio junto de un cerro que se dice Cohuatepec, que quiere decir el Cerro de las Culebras. Puestos allí mandó el ídolo en sueños a los sacerdotes que atajasen el agua de un río muy caudaloso que por allí pasaba, para que aquél se derramase por todo aquel llano y tomase enmedio aquel cerro donde estaban; porque les quería mostrar la semejanza de la tierra y sitio, que les había prometido. Hecha la presa, se extendió y derramó aquella agua por todo aquel llano, haciéndose una muy hermosa laguna, la cual cercaron de sauces, álamos, sabinas y otras plantas que luego, con mucha brevedad, crecieron. Crióse en ella mucha juncia y espadaña; y comenzó a tener grande abundancia de pescado y de aves marinas como patos, garzas, gallaritas, de que se cubrió toda aquella laguna con otros muchos géneros de pájaros que hoy en día la laguna de Mexico en abundancia cría. Hinchóse asimismo aquel sitio de carrizales y flores marinas, donde acudían diferentes maneras de tordos; unos colorados y amarillos, cuya armonía con el canto de las aves que estaban por las arboledas, que no eran menos, se puso muy deleitoso y ameno aquel lugar.

Estando los mexicanos con este lugar tan deleitoso, olvidados de que les había dicho el ídolo que era aquel sitio solamente muestra y dechado de la tierra que les pensaba dar, comenzaron a estar muy de propósito, diciendo algunos que allí se habian de quedar para siempre y que aquél era el lugar electo de su dios Huitzilopuchtli, que desde allí había de conseguir todos sus intentos, siendo señor de las cuatro partes del mundo.

Cuentan que mostró tanto enojo de esto, el ídolo, que dijo a los ministros: ¿qué, así quieren traspasar y poner objección a mis determinaciones y mandamientos? ¿Son ellos por ventura mayores que yo? Decidlos que yo tomaré venganza de ellos antes de mañana; porque no se atrevan a dar parecer en lo que yo tengo determinado; y sepan todos que a mí solo han de obedecer. Dicho esto, afirman que vieron el rostro del ídolo tan feo y espantoso que a todos puso gran terror y espanto. Cuentan que aquella noche, estando todos en sosiego, oyeron a una parte de su real gran ruido; y acudiendo allá por la mañana hallaron a todos los que habían movido la plática de quedarse en aquel lugar muertos y abiertos por los pechos, sacados solamente los corazones; y entonces les enseñó aquel crudelísimo sacrificio que siempre usaron, abriendo a los hombres por los pechos y sacándoles el corazón, lo ofrecían a los ídolos diciendo: que su dios no comía sino corazones (como en otra parte decimos). Hecho este castigo, Huitzilopuchtli mandó a sus falsos sacerdotes que deshiciesen la represa y reparos de la toma del agua, con que se hacía aquella laguna y que dejasen ir el río, que habían represado, por su antiguo curso, lo cual pusieron luego por obra; y desaguándose por allí toda aquella laguna quedó aquel lugar seco. Pasado algún tiempo, considerando que ya estaría desenojado

su dios, consultáronle y mandóles que alzasen el real; y así salieron de aquellos términos de Tulla y vinieron marchando hacía la gran laguna de Mexico, con el mismo orden y estilo que queda dicho.

CAPÍTULO III. *Que prosigue la jornada y viaje de estos mexicanos, hasta llegar a estas tierras de la laguna*



ESPOSEÍDOS LOS MEXICANOS de este lugar de Cohuatepec, pasaron a otro llamado Atlitlalacyan, en el cual estuvieron dos años, sin ocuparse en más de aguardar la respuesta del oráculo para que partiesen; y teniéndola fuéronse de allí a otro, llamado Atotonilco, donde estuvieron otro año; y de este lugar vinieron al que se llama Tepexic, donde estuvieron cinco, haciendo compañía a los naturales de la tierra, abrigándose y amparándose con ellos, para vivir seguramente. De allí pasaron a Apazco, donde estuvieron tres años; y desde éste a Tzumpanco, donde estuvieron siete.

En este pueblo los recibió el señor de él, llamado Tochpanecatl, con mucha caricia y benevolencia, pagado del buen trato y modo de proceder de los mexicanos. Este señor tenía un hijo, que se llamaba Ilhuicatl, mancebo y de poca edad que quería mucho, y deseando casarlo y pareciéndole que la gente que a su pueblo había llegado era de mucha razón y que su hijo ganaría mucho con recibir mujer de ellos, pidióles a los caudillos que los guiaban que se la diesen. Los capitanes, que vieron el buen tratamiento que este dicho Tochpanecatl les había hecho, concediéronle su petición y diéronle una doncella llamada Tiacapantzin, la cual casó con el mancebo Ilhuicatl; y su padre la recibió por nuera y le dio todo lo necesario para su casa; y a los mexicanos mucho maíz, metates y ollas, para su servicio y otras muchas cosas de regalo.

Pasados los siete años que había que descansaban en Tzumpanco los mexicanos, dicen que les mandó su dios que pasasen adelante; lo cual hicieron sin dilación ni tardanza; y para ir más seguros siguiendo su viaje, pidieron a Tochpanecatl les diese a su hijo Ilhuicatl que los acompañase; el cual se lo concedió con mucha y buena voluntad, sin hacer repugnancia ni resistencia. Y así el mancebo, llevando su mujer, se fue con ellos y llegaron a otro lugar, llamado Tizayocan, donde estuvieron un año, donde parió la mujer de Ilhuicatl un hijo; al cual pusieron por nombre Huitzilihuitl, a cuyo nacimiento hicieron muchas fiestas los mexicanos.

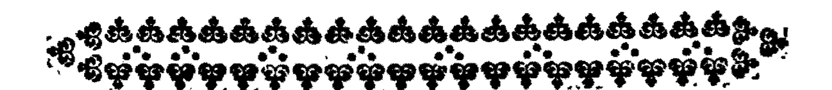
Este mismo año dieron una de sus hijas y doncellas estos dichos mexicanos a un señor de Quauhtitlan llamada Axiochiatzin. De este puesto de Tizayocan vinieron a Ecatepec, donde estuvieron un año. Pasaron a Tolpetlac, luego a Chimalpan; de allí a Cohuatitlan; luego a Huexachtitlan y a Tecpayocan; y de allí a Tepeyac, donde es ahora nuestra señora de Guadalupe; y de allí un poco más adelante a otro que se llama Pantitlan; en las cuales mansiones y estalajes gastaron tiempo y espacio de veinte

años. De aquí se pasaron al lugar de Chapultepec donde estuvieron diez y siete años y no con poco temor y sobresalto por ser en los términos y tierras de los tepanecas, gente ilustre y valerosa, cuya cabeza y ciudad era la de Tenayucan.

Puestos los mexicanos en este lugar hicieron sus chozas para ampararse lo mejor que pudieron y consultaron a su dios de lo que debían hacer; el cual les respondió que esperasen el suceso, porque él sabía lo que había de hacer y a su tiempo les avisaría; pero que estuviesen advertidos que no era aquél el lugar que él había elegido para su morada, aunque les certificaba que estaba cerca de allí; mas que se aparejasen porque primero tendrían grandes contradiciones de las naciones comarcanas. Los mexicanos, temerosos con esta respuesta de su ídolo, fortalecieron los más que pudieron aquel lugar y pusieron sus centinelas para que de día y de noche velasen; y con este reparo aguardaron el suceso y fin de las cosas.

Los hombres más famosos y de más cuenta que vinieron entre éstos mexicanos, que por su vejez y estimación se cuentan por más señalados, fueron veinte, cuyos nombres son estos que se siguen: Axolohua, Nanacatzin, Quentzin, Tlalala, Tzontliyayauh, Tuzpan, Tetepan, Cozca, Xiuhcac, Acohuatl, Ocelopan, Tenoch, Ahatl, Achitomecatl, Ahuexotl, Xomimitl, Acacitli, Tezacatetl, Mimich y Tezca, entre los cuales vemos que no se nombran Huitziton ni Tecpatzin, que fueron los dos caudillos que los sacaron de Aztlan; de donde se infiere que serían ya muertos; pues siendo los capitanes y más principales de estas familias, no se nombran entre ellos, que es lo mismo que le sucedió al pueblo de Israel, corriendo por la soledad del desierto, en cuyo discurso y camino murieron Moisés y Aarón, que fueron los que los sacaron de Egipto y acaudillaron por el desierto.

No trato de las leguas que se incluyen en esta jornada, porque no hay de los antiguos ninguno que las diga, ni tampoco apruebo el parecer de Acosta y los demás que dicen, que jornada que pudo ser andada en poco más de un mes, la anduvieron en tantos años; porque decir que vinieron de aquella provincia pocos años ha descubierta, llamada Nuevo Mexico, es falso; porque ni los de allá tienen tal relación, ni éstos los conocen por parientes; y son tan diversos en lenguas que ninguna dicción, ni palabra conciertan. Concedería al menos que estas gentes, que poblaron esta laguna, pasarían por allí o muy cerca de ellos, que esto es muy creíble; pero no decir que de aquella provincia vinieron.



CAPÍTULO IV. *De cómo los mexicanos padecieron muchos trabajos en este sitio de Chapultepec y lo desampararon y se metieron en otro, llamado Acocolco, más dentro de la laguna*



UESTOS LOS MEXICANOS en este lugar de Chapultepec, aunque es verdad que venían cansados, destrozados y afligidos con el largo camino que trajeron, no por eso dejaban de multiplicarse y crecer en número, como los hijos de Israel en Egipto, del rey Faraón. Y como los comarcanos viesen la multiplicación y crecimiento en que iban, comenzaron a ofenderle y hacerles guerra, con intención de destruirlos y acabarlos, para que su nombre no se supiese sobre la haz de la tierra, ni estableciesen en ella su generación.

Los primeros que después de situados en aquel lugar les hicieron guerra y persiguieron fueron los de Xaltocan, cuyo capitán y señor era Xaltocamecatl Huixton; el cual no cesaba de continuo de inquietarlos y todos cuantos podía cautivaba. Viéndose estas gentes tan apretadas y oprimidas, determinaron de buscar lugar que él mismo, con poco trabajo de ellos, los defendiese, el cual hallaron dentro de la laguna, entre carrizales y espadañas y así lo eligieron; porque con las continuas guerras que los enemigos les hacían, no solamente los iban consumiendo; pero los que quedaban se hallaron tan pobres y desarrapados, que ya no sólo no hallaban mantas de nequén que ponerse; pero ni cuero de venado con que cubrirse; por cuya causa vestían de hojas y raíces de una yerba que se cría en la laguna, llamada amoxtli. Metidos en este lugar tan estrecho y chico consideraban su aflicción y mala ventura y lloraban su apretada y estrechada suerte. Y en esta vida pasaron cincuenta y dos años, sin otros diez y siete que habían estado en el sitio de Chapultepec.

A cabo de este tiempo (según dicen algunos) vino a ellos un capitán culhua, de la ciudad de Culhuacan, legua y media o dos leguas de este mismo sitio de Acocolco, y hablándoles con palabras dulces y amorosas les dijo: que se fuesen a su pueblo, que allí les daría sitio en que morasen y tierras donde se extendiesen y viviesen contentos. Era este ofrecimiento con grande cautela y fraude que no pretendía más de verlos fuera de aquel fortalecido lugar, para consumirlos y acabarlos con la traición que les tenía armada. Los miserables de los mexicanos, que oyeron el reclamo del ofrecimiento y sabían por experiencia el grande mal que pasaban, no sospechando el fraude con que el capitán venía, todos lo agradecieron y muchos de ellos lo acetaron (porque el triste y afligido, cuando se ve en la aflicción, no repara en palabras falsas, si imagina y cree que en la pronunciación de ellas está su remedio). Finalmente todos los que creyeron al traidor se fueron con él sin recelo de la traición ordenada. Pero luego que llegaron a la ciudad de Culhuacan, en vez de recibir regalo y sitio en qué morar, fueron presos y cautivos todos, y muchos de ellos ofrecidos en sacrificio al demonio.

Otros cuentan este caso de otra manera (y a mi parecer es más llegado a la verdad). Lo cual, dicen por este modo, que agraviados los culhuas de ver aquella gente forastera en aquel lugar sin que pagasen tributo, ni pecho, los quisieron sujetar para que lo pagasen, por cuya causa les hicieron guerra. Y en una de las batallas y refriegas que con ellos tuvieron, vencieron a los más y prendieron a Huitzilihuitl que a diferencia del que después fue rey se llamó el Viejo. Este Huitzilihuitl era por entonces, entre todos ellos, el de más cuenta y reconocimiento; y es así porque en esta sazón era hombre de más de ochenta años, pues por lo pasado sabemos haber nacido viniendo los mexicanos marchando de Tzumpanco para la laguna, cuyo padre fue Ilhuicatl, hijo de Tuchpanecatl, señor del pueblo de Tzumpanco.

Este Huitzilihuitl tenía una hermana llamada Chimalaxochitl, la cual, viendo preso a su hermano y que ella con casi todo el pueblo iban cautivos, llorando su desgracia y como adivinando lo por venir y futuro, dijo: ésta es mi suerte y ventura; nosotros vamos cautivos, pero tiempo vendrá que haya en nuestra familia quien vengue estos agravios. Y habiendo pasado algunos años de su cautiverio, murió Huitzilihuitl, en tiempo que señoreaba aquella república de Culhuacan, Coxcoxtli.

CAPÍTULO V. *De cómo el emperador Quinatzin-Tlaltecatzin hizo señor de Tenayucan a su tío Tenancacaltzin; y de una guerra que tuvo con los metzcas y tototepecas*

EL EMPERADOR TLALTECATZIN que se había criado en la ciudad real de Tetzcuco, estando agradado de su buen asiento y cielo, no quiso dejarla, ni asistir en la imperial de Tenayucan y así (como antes hemos dicho), luego que murió su padre Tlotzin, habiéndole hecho sus honras, se partió a Tetzcuco a ser jurado, donde fue con la majestad y grandeza que dejamos referido en el libro pasado. Pero porque la ciudad de Tenayucan no quedase agraviada, por verse sin señor, ordenó el prudente emperador de dársela en tenencia a un tío suyo, hermano de su madre, llamado Tenancacaltzin, que fue el que salió a reconocer los mexicanos, cuando venían entrando y no sólo entonces; pero después, en ocasiones, les hizo mucha guerra.

No sólo tomó por motivo el emperador de pasar la corte a Tetzcuco el haberse allí criado y tener particular afición al lugar, sino porque tenía allí junto otros dos reyes poderosos; el uno en Huexotla, media legua de esta ciudad, llamado Tochin y por otro nombre Ihuimatzal (que algunos dicen que era hermano éste del emperador) y media legua adelante de éste, otro, llamado Huetzin, en la ciudad de Cohuatlichan, deudo muy cercano suyo, los cuales quiso tener a la mano; lo uno por favorecerse de su poder, cuando en ocasiones se le ofreciese; y no pasó mucho tiempo después de

ser jurado, de que no pusiese en ejecución este intento. Porque cuando le pareció que estaba más quieto, gozando de la obediencia de todos sus vasallos, le llegaron nuevas de cómo las provincias de Metztitlan y Tototepec, que eran de grandísimo gentío, se habían rebelado y alzádole la obediencia. La causa que tuvieron para hacerlo, estos señores rebelados, fue verse con tanto poder y gente y parecerles que, como Tlaltecatzin era emperador en Tetzcuco, podían ser ellos reyes en sus tierras; y así no quisieron reconocerle, ni pagarle el tributo y parias, que solían, a sus pasados. Viendo el emperador la soltura y atrevimiento de estos caciques determinó de ir sobre ellos, para lo cual hizo un poderoso ejército y llamó en su ayuda a los dos reyes, deudos y vecinos.

Dispuestas ya las cosas de la guerra y marchando contra los enemigos, les envió a decir que hiciesen una de dos, o que se le sujetasen con la obediencia que le debían y que, haciéndolo así, les perdonaría su atrevimiento, o que saliesen al campo de Tlaximalco (que es un lugar antes de las dichas provincias, dispuesto y raso para la guerra), y esto hiciesen dentro de dos días después que hubiesen oído esta embajada, porque quería ver, en batalla campal, si eran tan hombres para la guerra, como presumptuosos, para verse señores sin rey; donde no, que les juraba que les entraría las tierras y a todos los llevaría a fuego y sangre, pagando los niños los atrevidos pensamientos de los viejos.

Los caciques de las dichas dos provincias (que para haberse de rebelar tenían ya prevenidas sus gentes) hiciéronlo así, como el emperador lo mandaba y, por mostrar más ánimo y valentía, no dejaron pasar el término de los dos días que les habían dado; pero llegaron a Tlaximalco el día antes de cumplirse el plazo.

Pusieron los dos caciques su ejército a vista del emperador, y enviáronle a decir que cuándo quería la batalla; el cual, encendido con el mensaje, respondió que luego; y diciendo y haciendo, llegaron a las manos. Fue tan reñida y porfiada esta batalla, que no sólo no se concluyó en este primer encuentro, pero duró por espacio de cuarenta días, en cuyo medio jamás pasó día sin que se acometiesen, hiriesen y matasen los unos a los otros; pero siempre el campo del emperador iba pujante y victorioso (que esto tiene la razón y el que contiende por ella).

Viéndose los metzcas y tototepecas con mucha mengua de gente, por haber muerto estos días la mayor parte de sus ejércitos, pareciéndoles que si pasaba adelante el caso llegarían a quedar confundidos de todo punto, se rindieron ofreciendo sujeción al emperador; el cual, viéndolos rendidos y humildes, les ofreció el perdón y la paz; aunque castigó a los más culpados y rebeldes para que este castigo fuese ejemplo a otros; y entró por estas provincias con todo su poder, para ser reconocido de todos y, dejándolas pacíficas y sosegadas, se volvió a su casa y corte.

Cuentan las historias que pocos días antes de esta guerra apareció en el cielo una gran cometa que apuntaba hacia aquellas provincias; la cual duró hasta el fin de esta batalla. Esta señal tuvieron por mal agüero; porque estos indios (también como nosotros los castellanos) conocen de ellas sig-

nificar hambres, pestilencias y guerras, como en esta ocasión se verificó. Y al presente que esto escribo, que es a tres días del mes de octubre de mil seiscientos y siete años, hay otra en el cielo, que ha diez o doce días que aparece; la cual colea hacia aquellas mismas partes y se viene subiendo hacia esta ciudad de Mexico, donde nosotros estamos y como ya la tierra no está para guerras, plega a la divina majestad de Dios, no sea hambre o mortandad, que con poca pestilencia que venga se acabarán todos; pues el número, que al presente corre, no es el centeno de los que entonces había.

CAPÍTULO VI. *De otras guerras y hechos de este emperador Tlaltecatzin*



IEMPRE LOS CORAZONES ATREVIDOS y soberbios (confiando en sus desvanecidos pensamientos) sólo atienden a hacer demonstración de su soberbia sin atemorizarse de los atroces fines que pueden resultarles; y de aquí nace que los soberbios, estribando en su sola presumpción, no les sirvan de ejemplo lás desgracias y ruinas sucedidas en cabezas ajenas. Esto digo porque habiendo pasado la guerra de Metztitlan y Tototepec y habiéndose mostrado el emperador Tlaltecatzin tan valeroso en vencerla, no por esto faltó quien quisiese ser segundo, para probar en su cabeza la fuerza de sus manos. Éste fue un reyezuelo de la provincia de Tepepulco, que aunque era rey grande y de mucha gente para tener majestad y señorío, era muy pequeño para oponérsele a tan grande y poderoso emperador; pero como su soberbia le cegaba, ni reparó en su bajeza, ni atendió a la grandeza del contrario; y así se rebeló contra él y le negó la obediencia. El emperador, que lo supo, hizo con él lo acostumbrado, que era enviarle a ofrecer paz y pedirle la obediencia. No sólo Zacatitechcochi (que así se llamaba este rey) no hizo caso de las palabras del emperador, ni se curó de reconocerle, con el vasallaje que le debía; pero hizo burla de sus razones. El emperador, enojado de su descomedimiento, fue sobre él y le entró la provincia y lo mató, sin bastar para inclinarse los muchos ruegos que le hizo después que se vido vencido, diciendo: que los soberbios no eran dignos de perdón; y mató con él a todos los más principales de aquella república y dejó en ella gobernador de su mano y con esto volvió.

A dos años pasados de esta guerra tuvo el emperador aviso cómo siete provincias, que fueron la de Zayollan, ochenta o noventa leguas de esta ciudad, a la parte poniente, y la de Temimiltepec y Totolapan, a la parte del mediodía, más de sesenta leguas, y Huehuetocan y Mizquic, cerca de esta corte y otras dos con ellas se habían rebelado; para lo cual hizo siete ejércitos y encomendando el uno de ellos a Huetzin, rey de Cohuatlichan, para que fuese contra los de Huehuetocan, y a Tochami contra Temimipiltepec, y Ayachimalconetzin, señor de Chalco, contra los de Zayollan, y a

Amitzin, señor de Chalcoatenco, contra los de Mizquic, y a Cohuatl y otro famoso capitán, contra otras dos provincias. Fue él, en persona, contra los de Totolapan (que debía de ser gente más belicosa y valiente) pues el mismo emperador no la fiaba de otras, que de sus manos. Tuvo tan buena ventura que él y sus capitanes vencieron a los enemigos y volvieron cantando la victoria.

Con el gusto de tantas victorias, como este emperador había tenido, sin riesgo de su persona, ni mucha mengua de sus gentes, hizo unas solemnísimas fiestas en su corte, donde no sólo asistieron todos estos valerosos capitanes, con los soldados de sus ejércitos, pero también otras muchas gentes y señores que pudieron ser llamados y convocados, en espacio y término de ocho días; las cuales acabadas hizo muchas mercedes a los capitanes y hombres valientes que en estas guerras se habían más señalado, haciendo a unos señores titulares y de vasallos; y a otros subiéndolos de oficios menores a ditados más altos y subidos; como también entre nuestros reyes acontece. De aquí corrió por todo lo poblado de esta tierra el valeroso nombre de este emperador y unos por miedo y otros por amor, se le sujetaron y rindieron y estimaban en mucho tenerle por capitán y señor; y no hubo rey en todo esto descubierto que no le reconociese; y los mayores y más poderosos (dejando de contar otros muchos de menos poder) fueron veinte y seis, que cada cual de por sí era señor de muchas y muy grandes provincias. Fue Tlaltecatzin, hombre de grandísimo ánimo y muy amigo de la milicia, en la cual traía ejercitada toda su gente y nunca reposaba ni tenía quietud, sino era en las cosas de la guerra. El cual murió, a los sesenta años de su imperio, habiendo hecho en ellos las cosas dichas y otras muchas que se callan por evitar prolijidad.

Para haberle de enterrar le abrieron por medio y le sacaron los intestinos y tripas y, adobado a su usanza, lo volvieron a coser y le vistieron de vestiduras reales y lo sentaron en una silla real enmedio de una grande sala, coronado con corona imperial y debajo de sus pies le pusieron una águila real, rica y preciosamente labrada y a sus espaldas un tigre ferocísimo. En todo lo cual quisieron hacer demonstración de ser hombre feroz y animoso y muy presto en sus determinaciones, y en sus manos le pusieron un arco y flechas, mostrando en esto haber sido invencible capitán, y estaba de tal manera muerto que parecía hombre vivo. Todo esto que hicieron con este emperador fue cosa nueva y no usada con los otros sus antecesores, aunque lo común que hicieron con los pasados fue llorarle cuarenta días y a los ochenta quemaron su cuerpo y enterraron sus cenizas, con grande solemnidad, en una cueva que está junto de la ciudad de Tetzcuco; y este emperador fue el primero que hizo sepulcro de reyes en este lugar, en el cual se enterraron después otros.

CAPÍTULO VII. *De la vida y hechos del rey y monarca Techotlalatzin, quinto emperador de los chichimecas y aculhuas*



OR MUERTE DEL EMPERADOR Tlaltecatzin entró en su lugar Techotlalatzin, su hijo, cuya jura fue hecha en la ciudad de Tetzcuco y muy solemnizada de todos; en la cual se hallaron los mayores y más famosos y fuertes capitanes del imperio. Y como de cada día se van inventando y buscando cosas nuevas, así las hubo en estas fiestas de la jura de este rey; y entre otras muchas fueron traer animales fieros, como eran tigres, leones y otros de esta calidad, con los cuales muchos de los soldados y capitanes probaron sus fuerzas, llegando a las manos con ellos. Estas fiestas duraron por muchos días y se aumentaron con el casamiento que este monarca hizo con Tozquentzin, prima hermana suya, hija de Acolmiztli, rey de Cohuatlichan y de su mujer, llamada Cihuateotzin, hermana de su madre; a cuyo casamiento asistieron los mismos que los juraron y celebraron sus fiestas otros cuatro meses más, por razón de estas bodas.

A los primeros años del gobierno de este príncipe no se cuenta haber tenido guerras ni contiendas con ninguno de los reinos de esta Nueva España; pero dícese que a los treinta años pasados de su señorío, murió Umexipan, señor de la provincia de Xaltocan, en cuya sucesión entró Tzompan, su hijo; y como hombre nuevo en el gobierno y fervoroso en sangre (no advirtiendo el fin que podía tener su mal intento) ordenó en los principios de su mando rebelarse contra el imperio. El cual para salir con su intento pidió favor a los chichimecas y otomíes de la provincia de Otumpan y a los de la gran sierra de Metztitlan y a sus vecinos, los quauhtlitecas y tepozotecas y a los de Quahuacan y Tecomic; los cuales (o por tenerle por amigo, a este señor, o por enemigo al emperador Techotlalatzin) le dieron ayuda y favor y vinieron en consecución de su demanda; lo cual, oído por este prudentísimo rey Techotlalatzin, hizo ejército formado para ir contra él, no habiendo aprovechado haberle enviado a decir primero que se sujetase y acudiese con el feudo y vasallaje que debía, como su padre y abuelos lo habían hecho; pero Tzompan, que era deudo de este emperador, descendiente de la sangre real de Xolotl, cuya hija casó con uno de los aculhuas, a quien fue dado este señorío, no quiso obedecer a las palabras del dicho emperador, pareciéndole que si la sangre del uno era la del otro, que como el uno gozaba de libertad y señorío, podía gozarlo el otro; y con esta altiva presumpción despachó los mensajeros, que le fueron enviados en razón de esto.

El emperador, que oyó su atrevida respuesta, envió al rey de Azcaputzalco, que era Tezozomoctli y a los mexicanos y a otros señores vecinos, que acudiesen con gente para ir sobre ellos, y él por su parte hizo un muy grueso ejército y todos juntos fueron contra la provincia de Xaltocan y les hicieron guerra. La cual duró por tiempo de dos meses, al cabo de los cuales les venció y mató al rebelde Tzompan y con él a todas las cabezas

de las provincias convocadas que se hallaron más culpados, perdonando a los otros que no lo eran tanto, y puso en aquélla gobernador que lo reconociese, y a todos los demás envió a sus casas; y en este Tzompan se acabó la casta y descendencia de sus primeros pobladores, descendientes de la casta de Xolotl, cuya hija (como hemos dicho) había sido señora y reina de aquella provincia.

CAPÍTULO VIII. *Del orden que Techotlalatzin, emperador, puso en el gobierno de su imperio*



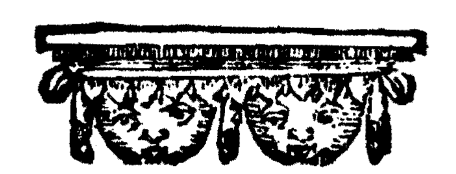
OMO YA LAS GENTES ERAN TANTAS y los señores de ellos muchos había ya gran confusión entre estos reinos que se nombran de las cuatro naciones (conviene a saber): aculhuas, metzotecas (que son los chichimecas), tepanecas y culhuas. Y como en todas las cosas confusas no puede haber orden ni concierto, así pasaba entre estos indios; por lo cual el emperador Techotlalatzin, que era hombre prudente, ordenó veinte y seis cabezas de reinos y provincias principales, para que siendo reyes y señores le ayudasen, así en el gobierno particular que cada uno tenía en el suyo, como también para que defendiesen juntamente con él todo el imperio; para lo cual confirmó a los que ya eran reyes en el señorío de sus reinos y a los que no lo eran, nombrándolos de nuevo. De manera que llegaron todos éstos a cumplir el número de veinte y seis (como dejamos dicho) y todos le reconocían con feudo y vasallaje.

Después que este sabio emperador hizo este repartimiento con que dejó las provincias y reinos en paz y concierto, usó de otra manera de prudencia, muy necesaria para el mayor seguro de su intento, y fue que después de haber hecho estos repartimientos trajo a su corte las cuatro cabezas mayores, para que en ella asistiesen. Y en su palacio instituyó cuatro oficios, en los cuales puso cuatro oficiales de sus más conjuntos y deudos; el uno llamado Tetlahto, al cual hizo capitán general y consejero de las guerras y diole por sus acompañados a los señores aculhuas. Al segundo, llamado Yolqui, le dio título de embajador mayor, el cual tenía por oficio de recibir todos los embajadores que venían de los reinos y provincias de esta Nueva España; el cual los regalaba y aposentaba, conforme a la calidad y suerte de cada uno; al cual dio por acompañados a los señores culhuas. A otro llamado Tlami hizo mayordomo mayor de su casa y reinos, al cual dio por acompañados a los señores metzotecas, otomíes o chichimecas. Al cuarto llamado Amechichi hizo su camarero, el cual tenía cuenta de todo lo interior de su palacio y por sus acompañados a los señores tepanecas.

Aunque a estos señores les había cuadrado mucho el primer repartimiento de haberlos hecho reyes de reinos y provincias grandes, aguóseles este contento con este segundo repartimiento que hizo; porque aunque eran reyes no les dejaba ir a gozar de sus reinos, que fue una de las grandes

astucias que este emperador pudo tener para asegurarse de todos. Había también entre estos señores otro muy grande que se llamaba Cohuatl, y por ocuparle, le hizo sobre estante de todas las gentes que labraban oro y pluma y otras cosas necesarias para su palacio y casa; el cual presidía a los de Ocolco, que era un pueblo cerca de este de Tetzcuco donde estas cosas se labraban; y llegó a tanta grandeza este emperador, que las armas que se había de poner y vestidos que había de sacar en las fiestas y días públicos, ya no eran labrados ni hechos por manos de gente común, sino que los hijos de este señor Cohuatl (que habían aprendido el arte para sólo esto) los hacían.

Pasado algún tiempo que este rey y señor se sirvió por el orden y manera dicha, teniendo por asistentes en su corte y palacio todos estos señores nombrados, ordenó otras treinta y nueve provincias, en las cuales puso señores de nuevo que las rigiesen y gobernasen; las cuales juntas con las veinte y seis primeras, hacen número de sesenta y cinco, cuyas cabezas, todas por este tiempo, reconocían al emperador Techotlalatzin. Y para más asegurar su monarquía usó de otra, no menos sabia que prudente, astucia, y fue que repartió el suelo de toda la tierra por parcialidades de tal manera que en cada pueblo, conforme la cantidad y número de gente que tenía, así hacía la repartición de las gentes; de tal manera que si en un pueblo tepaneca había seis mil vecinos, sacaba los dos mil de allí y pasábalos a otro pueblo metzoteca o chichimeca y de aquel dicho pueblo metzoteca sacaba aquellos dos mil vecinos, que había traído y los pasaba al pueblo tepaneco, de donde los otros dos mil había sacado. Y si el pueblo tenía dos mil, quitábales el quinto y pasábalos a otra nación contraria; y de aquella sacaba el mismo número y pasábalo a estotra parte, donde aquél había salido; y el señor de Tepaneco, que lo era de aquel pueblo donde habían sacado aquellos dos mil vecinos, aunque no los tenía en el mismo pueblo donde era señor, reconocíalos por suyos en la otra parte donde estaban y lo mismo hacía el culhua, el metzoteca, chichimeca y el aculhua; de manera que aunque tenían el número de su gente señalado, no los tenían todos en las partes de su señorío, sino mezclados unos con otros; porque si se quisiesen rebelar los de la una familia, no hallasen parciales y propicios a los de la otra. De esta manera vivió en paz y sosiego; y se sirvió como gran señor hasta que acabó los días de su vida; habiendo sido príncipe y monarca de este imperio y monarquía de Aculhuacan, espacio y tiempo de ciento y cuatro años.



CAPÍTULO IX. *Cómo los mexicanos, estando cautivos y sujetos en el pueblo de Culhuacan, salieron a ayudar al rey de esta dicha provincia contra los xuchimilcas, a quien hacían guerra; y se cuentan extraños casos que sucedieron*

AUNQUE HEMOS DICHO que los mexicanos fueron llevados presos y cautivos al pueblo de Culhuacan, donde estuvieron mucho tiempo, dicen las historias que les dieron lugar y sitio donde hiciesen su habitación y morada, apartados de los culhuas. Lo uno (a mi parecer), por tenerlos recogidos y puestos a los ojos; y lo otro, porque como enemigos temían, si estuviesen mezclados con los de la ciudad, no hiciesen alguna traición o tratasen de algún levantamiento; y el lugar donde los pusieron se llamaba Tizaapan, en el cual puesto pasaban su mala ventura y servían a los culhuas en todo aquello que se les mandaba, y a poco tiempo de estar allí los dichos mexicanos, se desavinieron los culhuas con los de Xuchimilco, que como vecinos traían entre sí ordinarias cosquillas; los cuales se desafiaron, los unos a los otros; y desafiados determinaron el día de su batalla, la cual se dio partiendo el camino que hay de un pueblo al otro, en un lugar llamado Ocolco, haciendo cada cual todo cuanto podía para vencer al otro; pero fue de manera la fuerza con que se aventajaron los xochimilcas, que se conocía por su parte la victoria. Apesarado el capitán de los culhuas de su ruina, buscaba medios cómo no quedar afrentado y su campo vencido, y pareciéndole que aunque la gente era mucha estaba ya algo acobardado; entre varios pensamientos que se le ofrecieron para el remedio de este daño fue uno, acordarse de la nación mexicana que estaba en Tizaapan y puso en su corazón que si venía en su ayuda sería posible ganar la honra, que ya veía perdida; por la cual envió con gran presteza por ellos. Los mexicanos que entendieron que por esta vía podían ganar gracia con quien los tenía cautivos, se holgaron y vinieron sin dilación al socorro.

Verdad sea que aunque el intento del culhua fue traer más gente en su favor y ayuda con cuya fuerza venciese a sus enemigos, fue también con intento de que si en la batalla morían los culhuas, muriesen también los mexicanos; porque se recelaba que si quedaban vivos habían de señorearse de la tierra; y puestos en la ocasión pidieron que les diesen armas con que pelear, porque ellos no las traían ni las tenían. El capitán que no se halló con ellas (o no quiso dárselas) les mandó que saliesen al campo como pudiesen y que en defenderse sin ellas mostrarían su esfuerzo y valentía. A esta ocasión, dicen, se les apareció su dios Huitzilopuchtli y esforzándolos les dijo: no tengáis pena, mexicanos, haced unas rodelas de cañas majadas y salid con ellas a la batalla que yo os ayudaré. Ellos esforzándose con estas palabras lo hicieron así y tomando juntamente unas varas largas a manera de lanzas, algo gruesas, iban saltando acequias y zanjas de agua, afirmándose sobre ellas. Los culhuas iban unos en canoas bien guarnidas y otros por la tierra firme caminando; y fue tan buena y favorable la venida

de estos mexicanos, que aunque la batalla estaba casi conocida por los xochimilcas, a muy breves horas volvió la ventura y fuerte a reconocerse por el campo culhuano y viendo los xuchimilcas la nueva fuerza con que los contrarios les acometían, comenzaron a desmayar y a descaecer. Lo cual conocido por los culhuas se animaron y prevaleció su gente en tanto grado y extremo, que los xuchimilcas les volvieron las espaldas y comenzaron a huir. Los culhuas fueron siguiendo el alcance y no sólo los metieron en su pueblo, pero les hicieron dejar sus casas y huir al monte, donde pudieron salvarse dejando muchísimos muertos y otros muchos cautivos; y victoriosos se volvieron a sus casas, cada cual con los esclavos que cautivó en la guerra.

Los mexicanos, antes de entrar en la batalla, se hicieron de concierto que cada uno llevase una navaja y que al que prendiesen o cautivasen no le matasen, sino que le dejasen señalado la cual señal, determinaron entre ellos, que fuese cortarle la oreja derecha, y así fue que todos los que iban venciendo y dejando atrás, les iban cortando las orejas, como tenían concertado y echándolas en unos canastillos de palma que para esto llevaban. Era costumbre que todos los soldados, después de haber hecho el alcance y salido con victoria, daban cuenta de sus hazañas y proezas a los capitanes y caudillos y en su presencia contaban la presa y presentaban los cautivos que habían prendido. Llegaron los culhuas a esta presentación y cada cual, con el que habían cautivado de los contrarios y enemigos. Y habiendo pasado todos, y recibido las gracias de sus valerosos hechos, fueron llamados los mexicanos y como los viesen venir sin cautivos pensaron que de gente cobarde y pusilánime no se habían atrevido a prender ninguno y por baldonarlos y hacer escarnio de ellos, comenzaron con risa a preguntarles por la presa. Los mexicanos, que (como antes hemos dicho) se habían concertado de cortarles las orejas y guardarlas, sacó cada cual de su tanate o cestillo una sarta de orejas, según las muchas o pocas que había cortado y haciendo presentación de ellas dijeron: estos presos que están aquí presentes, casi todos son cautivos nuestros y sino mirad sus orejas que se las cortamos; y así como tuvimos poder para cortárselas, lo tuvimos también para maniatarlos, pero por no ocuparnos en esto y seguir más libremente, el alcance los dejamos para que vosotros los maniatéis y prendáis; y pues primero vinieron a nuestras manos que a las vuestras, más es gloria nuestra, esta presa, que vuestra. No supieron responder a esta razón los culhuas, mas espantados de la astucia mexicana comenzaron a temerlos más, y a guardarse de ellos, y dijeron: ésta es gente taimada y belicosa, posible será que nos den algún desabrimiento, siendo tan vecinos nuestros como son, mejor será que se vayan, aunque por entonces no les dieron esta licencia.



CAPÍTULO X. *Que prosigue la materia del pasado y se dice cómo los echó de su compañía el señor de Culhuacan y los mexicanos se pasaron al lugar donde fundaron su ciudad de Mexico*

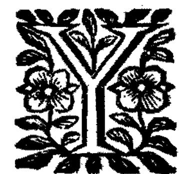


OS MEXICANOS, demás de haber hecho aquel grande estrago y cortamiento de orejas en los enemigos, trajeron también cuatro esclavos vivos, los cuales, ocultamente y sin que los aculhuas lo supiesen, llevaron a su barrio, llamado Contitlan, en el cual hicieron un altar a su dios Huitzilopuchtli que llamaban momuztli, en cuyo levantamiento y dedicación era costumbre (como en otra parte decimos) ponerle enmedio alguna cosa constituida con particulares ceremonias al dios, que allí se adoraba. Para esto se fueron al señor de Culhuacan y le dijeron que ellos determinaban hacer una fiesta a su dios Huitzilopuchtli, y que para esto le habían levantado altar; por lo cual le suplicaban les diese alguna ofrenda que ponerle y que le convidaban para la fiesta. Él aceptó el convite y los despidió diciéndoles: que los tlamacazques (que eran los ministros de sus ídolos) irían con la ofrenda que pedían a ponerlas en el altar. Los cuales por orden de este dicho señor vinieron y trajeron un poco de estiércol, unos cabellos y un pájaro bobo muerto. Todo esto escupido y gargajeado y envuelto en un trapo sucio, lo pusieron enmedio del altar y sin decir nada se fueron. Los mexicanos, que estaban a la mira y con deseo de saber lo que les habían traído y dado por agüero, fueron al altar y desenvolviendo el paño vieron las cuatro cosas dichas, que venían dentro de él y sintiendo mal del hecho conocieron por ellas la burla que de ellos hacían y lo poco en que los tenían y estimaban; y ofendidos y agraviados de ello lo quitaron y pusieron en su lugar una navaja aguda y unas hojas verdes, de una yerba hermosa y linda. Agorando en esto que había de prevalecer su pueblo y florecer como las yerbas fragantes y olorosas y llegar tiempo en que con navajas agudas y crueles, habían de vengarse de sus enemigos.

Venido el día señalado de la fiesta vino el señor de Culhuacan, llamado Coxcoxtli y todos los principales con él y casi todo el pueblo a la celebración de ella. Y los mexicanos la comenzaron cantando y bailando con mucha solemnidad y llevando en medio de los de su rueda los cuatro cautivos, que en secreto habían llevado, los cuales habían de ser en aquel acto sacrificados, y aunque era gente pobre y desarrapada, por ser sujetos y oprimidos de todos y no tener recurso a nada, con todo esto, en este baile, aparecieron todos ricamente vestidos y cargados de piedras preciosas y ricas plumas (siendo la verdad que muchos bailaban desnudos y otros pobremente vestidos, sino que dicen, que su dios les hizo parecer de aquella manera). Quedó el señor de Culhuacan, con los demás caciques y señores que los miraban, muy espantado de ver la bizarría y novedad de su galano traje y mucho más lo quedaron, cuando en el fin del baile y fiesta, vieron cómo sacrificaban los cuatro cautivos dichos sobre una piedra redonda, sacándoles el corazón por medio del pecho y ofreciéndoselo a su dios (de

la manera que en otra parte decimos). Acabada la fiesta, que feneció con el día, se despidieron los unos de los otros y, llegando el rey a su casa, trató con los suyos de la valentía de los mexicanos, de la bizarría que en ellos habían visto y de otras particularidades que en ellos consideraban; y teniéndolos por más belicosos y determinados de lo que de ellos creían, trató el modo de cómo echarlos de su tierra; y siendo por los señores de su consejo así votado, les mandaron luego de su parte que se fuesen de aquel lugar y buscasen dentro de la laguna otro en que morasen. Ellos que lo deseaban, obedeciéronle luego y dejando los culhuas, se apartaron media legua de ellos a un lugar que llamaron Acatzintitlan y ahora se llama Mexicatzinco; pero pareciéndoles ser desacomodado para su vivienda, lo desampararon y vinieron a otro, llamado Nexticpac, media legua más acá, viniendo hacia la parte del norte; de allí volvieron a removerse a otro que llamaron Iztacalco, llegándose más hacia este sitio donde después fundaron la ciudad, que ahora es Mexico; y aquí estuvieron dos años. Hicieron un cerro fingido de papel; el cual pusieron enmedio de un areito con que festejaron a su dios, en hacimiento de gracias por haberlos librado de aquella gente y le festejaron toda una noche cantando la batalla y victoria que tuvieron con los xochimilcas; y como aquel lugar no era el que deseaban, pasaron un poco más adelante, buscándole, y haciendo alto parió la hermana de Huitzilihuitl, que había sido llevada presa a Culhuacan, cuando los cautivaron en Acocolco; y por haber parido allí fue llamado el lugar Mixiuhcan, que quiere dicir: el paridero. Luego pasaron a otro donde bañaron la parida, por lo cual le llamaron Temazcaltitlan, que quiere decir junto al baño. De aquí fueron movidos por su dios a que buscasen el lugar donde habían de hacer su permanencia. El cual hallaron por el modo y manera que en el libro de las poblazones y capítulo de la fundación de esta gran ciudad de Mexico decimos, al cual lugar me remito,[1] pasando a decir en este que se sigue, la vida pobre y sola que en él hacian los mexicanos, por tener por contrarios todos los pueblos vecinos y comarcanos.

CAPÍTULO XI. *Donde se dice la pobre vida que estos mexicanos pasaban en los principios de la fundación de esta su ciudad mexicana y persecuciones que otras gentes les hicieron; y se dice la causa de haberle puesto por nombre Tenochtitlan*



A DECIMOS EN EL LIBRO DE LAS POBLAZONES el origen y principio que tuvo esta ciudad de Mexico, apareciendo en él una peña y un tunal nacido en ella y un águila caudal encima; todo lo cual pareció junto a unas aguas (según algunos dicen) blancas, otras azules o verdes y muy profundas. Lo cual parece cosa fabulosa y más mentira y patraña que historia verdadera, y no es esta ciudad la primera que con portentos y prodigios se dice ha sido fundada en el mundo; porque de la Atenas, dice el

[1] Torquemada, lib. 3. 22.

glorioso padre San Agustín, en los libros de la *Ciudad de Dios,*[1] citando a Varrón, que cuando querían fundarla los atenienses, repentinamente apareció en aquel lugar un árbol de oliva; y en otro allí junto una fuente que reventó de agua. El rey Cecrops, que vido las repentinas visiones y no sabiendo el fin que representaban, aunque entendía que era cosa importante y necesaria para la dicha fundación, por no errar envió a consultar el caso al templo de Apolo, en Delfos; el cual respondió que la oliva representaba la diosa Minerva y el agua al dios Neptuno, y que los nombres de estos dos dioses se ponían a la elección de los que querían fundar aquella ciudad. Y como entonces entraban las mujeres en consulta y consejo, juntamente con los hombres (según prosigue luego, el mismo padre Agustino), votaron los unos y los otros por el nombre que se le había de dar a la ciudad. Las mujeres decían que el de Minerva, y los hombres que el de Neptuno; y como estuvieron los votos partidos, puestos los hombres a una parte y las mujeres a otra, contaron los votos y hallaron haber uno más entre las mujeres que entre los hombres y prevaleciendo su parecer, diéronle el nombre que pedían de Minerva, que en griego quiere decir Athenas; y de esta manera se quedó esta celebrada ciudad con este dicho nombre. De manera que cuando la ciudad de Mexico haya sido nombrada en sus principios con este nombre, Tenuchtitlan, no fue sin causa; pues tuvieron motivo de haber visto la piedra y tuna (como hemos dicho), que ambas cosas significan este nombre. En este lugar se ranchearon (como decimos en el libro de las poblazones) haciendo unas pobres y pequeñas chozas, rodeadas de carrizo y espadañas, que ellos llaman xacalli, y en otras provincias bahareques; en las cuales pasaban su vida, estrecha y pobremente, por ser el lugar muy pobre y desamparado; y como gente pobre y desamparada y guerreada de todos los pobladores de la tierra firme, comían raíces de tulli y otras yerbas que en el sitio y en sus alrededores se criaban. Pero como la necesidad es madre de toda invención e industria, enseñóles modo de pescar haciendo redecillas y otras invenciones de yerbas, con que pudiesen sacar del pescado que en esta laguna dulce se cría. Y aquí comenzaron las pescas en esta laguna, que hasta este tiempo dicho no sabían de ellas los otros moradores de la tierra; y como les había sucedido bien y tenían ya manera de poderse mejor sustentar, fueron continuando la pesquería, de la cual tuvieron noticia los comarcanos de la tierra; los cuales vivieron mucho tiempo ignorantes de aquella poblazón, porque los mexicanos estuvieron trece años, desde que llegaron al sitio del tunal, hasta que se dividieron en los dos barrios que ahora son Mexico y Tlatilulco; y en todo este tiempo no hubo noticia de ellos entre las gentes que vivían a estotra parte del norte, por tener creído que estaban presos y cautivos en la tierra de los culhuas. Pero como los humos se divisaban y algunos ruidos que debían de oír, vinieron a conocimiento de que enmedio de estas aguas había algunas gentes pobladas; aunque deseaban saber quiénes fuesen, no se atrevían por respeto de estar enmedio de las aguas (que entonces

[1] Div. Aug. lib. 18. de Civ. Dei. cap. 9.

era esta laguna dulce muy honda) y por no atreverse a entrar en ella, por no saber modo de poder salir. Pero vinieron a entender que eran los mexicanos los que aquí se habían rancheado y hecho su población; y aunque muchas veces quisieron hacerles guerra no osaban, por la razón dicha.

Cuéntase que el olor del pescado que comían los mexicanos llegaba a las narices de las gentes comarcanas y que envidiosos de ello los quisieron desposeer del lugar y que nunca se atrevieron, temiendo el valor mexicano y recelando perecer en las aguas, que eran hondas y muy llenas de carrizos y espadañas; y que deseando comer de aquella comida y manjar que ellos no alcanzaban y no pudiendo por las dificultades que se les ofrecían, vínoles un grande antojo, del cual antojo se hincharon las gargantas de todos los antojadizos y murieron muchos de ellos. Esto dicho, pase por cuento; pero si hubiere quien quisiere creerlo por verdad, podrá fundarse en esta razón, que el demonio, que hacía favor a los mexicanos, usase de esta astucia para poder con ella atraer a los otros idólatras que lo supiesen a mayores cegueras y más aventajados y diabólicos servicios suyos; porque pudo fingir aquel olor o tomar algún pescado y ponerlo invisiblemente en las narices de los que lo olían y que de esto pudiese nacer naturalmente aquella enfermedad de garganta; y siendo la hinchazón de pujamiento de sangre, y no haciéndole remedio ninguno por no ser conocido el mal, muriesen de ello los que murieron. A esto ayuda decir San Agustín, en el lugar arriba citado,[2] que enojado Neptuno, del agravio que le habían hecho los atenienses, en no haberlo recibido y honrado su nombre, dándolo a su ciudad, sacó las aguas del mar de sus límites y cerco y las derramó por sus campos y dehesas, y las destruyó todas. Y dice luego, que esto no le es dificultoso al demonio; pues si el mar (del cual dice el santo rey David, en el psalmo, que le ha puesto Dios, término y cerco para que no pase punto adelante) salió tanto que se derramó por las tierras atenienses y hizo tanto daño en ellas y esto por orden del demonio, ¿qué mucho que en esta ocasión hiciese este engaño, entre estos idólatras, sacando el olor del pescado, tan afuera de las aguas que llegó a las narices de los comarcanos? Porque si le concedemos el poder de sacar las aguas de sus quicios (como el glorioso doctor San Agustín se lo concede) también hemos de conceder esto, porque la misma fuerza es menester para lo uno que para lo otro; y el Señor, que le dio libertad para el un caso, se la daría para el otro; y esto por la manera y razón que ordenase y pluguiese a su eterna y secretísima providencia y sabiduría, que muchas cosas que sabemos y no alcanzamos su secreto, no es porque no es hacedero, sino porque como no lo sabemos todo, nos espantan sus efectos y sólo nos queda lugar y licencia de admirarnos de ellos.

Puestos estos mexicanos, en este lugar dicho, hicieron luego un altar a su dios Huitzilopuchtli (como lo tenían de costumbre en todas las mansiones y paradas que hacían, en especial en esta parte donde ya sabían que habían de tener su permanencia y estar muy de asiento). Pero como gente

[2] Div. Aug. lib. 18. de Civ. Dei. cap. 9.

pobre y descarriada no les llegó el posible adonde el deseo; y así le sucedió, que el altar no fuese con aquel adorno, majestad y grandeza que ellos quisieran; pero formáronlo pobremente, según pudieron; y colocado y puesto en él, su diabólico ídolo, festejáronlo con las solemnidades que acostumbraban; y sucedió que saliendo a caza un mexicano, llamado Xomimitl, en busca de algún animal irracional que poder traer para ofrecer a su dios, se encontró en el camino con un culhua, llamado Tlacochichil y riñendo los dos (porque eran mortales enemigos, como ya hemos dicho, los de Culhuacan y los de Mexico) venció el mexicano al dicho culhua y maniatándolo lo trajo vivo, con mucho contento, y le presentó a los demás que estaban en su pueblo; y acordándose todos de la burla que su rey culhua les había hecho, cuando le pidieron reliquias para su altar en el barrio de Contitlan, les había dado aquellas cuatro cosas sucias y asquerosas, envueltas en un paño (como ya dejamos dicho), tomaron de esto ocasión para matar a este cautivo y poner su corazón enmedio del altar de su ídolo para que las reliquias que usaban poner en ellos fuesen las más estimadas de la vida que es el corazón, el cual es el primero que vive en el cuerpo humano (como dice el Filósofo) y el último que muere. Hecho así quedaron todos muy contentos de ver el buen anuncio y agüero con que comenzaban a fundar su ciudad, echando en sus cimientos corazones de hombres vencidos y vengándose juntamente de la que les hicieron en la burla dicha del altar.

CAPÍTULO XII. *Del gobierno que tuvieron las dos repúblicas tenuchca y tlatilulca después que se dividieron y apartaron; y se dice la primera elección de reyes que tuvieron*

DÍCESE QUE HABIENDO PASADO veinte y siete años que había que se gobernaban en común, los unos y los otros, les tomó gana de elegir rey, al cual reconociesen por mayor entre todos y a cuya voz acudiesen para las cosas así de la paz como de la guerra.

Yo pienso que se movieron a esto por evitar confusión y particulares pretensiones, como las hay, donde mandan muchos, y los primeros que pusieron en ejecución este pensamiento, según opinión de algunos, fueron los tlatilulcas, cuyo primer rey fue Quaquauhpitzahuac hijo, según dicen, de Tezozomoctli, rey de Azcaputzalco; en especial vide este caso en una de las historias de estos dichos tlatilulcas, los cuales afirman haber tenido rey un año, primero que los mexicanos; y aunque por historias aculhuas y mexicanas se halla verificado haber tenido rey los mexicanos, un año primero que los tlatilulcas, con todo eso, hay de ellos quien lo niega y afirman lo contrario. Pero para respuesta de este caso no hallo otra sino la que dice Plutarco, en la *Vida de Theseo*,[1] el cual tratando de Seirron, que unos dicen haber sido gran salteador de caminos y matador

[1] Plutarc. in Vit. Thes.

de hombres, y otros que lo niegan, pareciéndoles que de hombre que hubiese sido tal y de tan malos principios, no era razón que se hiciese caudal, ni cuenta en una tan señalada república como fue la suya, del cual hubo muchos y muy grandes linajes; y se afirma de él haber muerto por sus propias manos, al fortísimo Theseo. Dice luego Plutarco: así que sobre este caso se hallan éstas y otras contrariedades entre los escritores, así por ser el caso tan antiguo, que no consiente sacar al vivo la verdad de aqueste hecho, como por la natural inclinación de los hombres, que por la mayor parte se inclinan en su favor, mitigando con el amor de la patria y de su gente los vicios que son dignos de reprehensión, en los que los cometen y ensalzando con grande aplauso y majestad de palabras sus virtudes.

De manera que esta sola razón hallo que pueda haberles movido a estos tlatilulcas, que esto han afirmado; para cuya confirmación me sucedió, pocos años ha, en este mismo pueblo, que estando haciendo esta averiguación con un indio anciano de grande elocuencia y saber, acerca de sus antiguallas en presencia de otro no menos sabio y hábil que él, aunque más mozo, llamado don Melchor de Soto, que fue colegial de Santa Cruz, y ahora es gobernador de esta parte de Santiago, quise contradecirle, haber sido primero la elección de su rey que la de los tenuchcas o mexicanos; y concediendo conmigo este dicho indio don Melchor por las razones que les daba, que parecían convencerlos, me dijo el anciano y viejo: que no estaba bien informado del caso y que los tenuchcas decían falsamente haber tenido primero rey que ellos, sólo por quererse llevar la gloria en todo; y vuelto al indio más mozo le dijo que en ninguna manera había de conceder conmigo sino contradecir lo que yo afirmaba aunque no fuera por más de la honra de su patria, pues lo era tan grande, haberse constituido en república, con género de gobierno monárquico.

Por manera que el amor de la patria muchas veces se lleva tras sí la verdad y aun la niega, por ser cosa natural querer cada uno honrar y engrandecer el lugar y sitio donde ha nacido, que todos le tenemos como por madre que nos produjo. Y así dijo Cicerón, cuando le mataban, haberse muerto por su patria, tantas veces por él defendida. Pero como luego dice el mismo Plutarco, estos afectos particulares no es razón que sean mezclados con historias verdaderas, cuya majestad y gravedad debe ser inviolable y tenida por sacrosanta, como conservadora de verdad y declaradora de los hechos ilustres y ciertos, que han acontecido en todos tiempos. Verdad es que en una historia mexicana vi cómo los tlatelulcas tuvieron primero rey que los mexicanos, cuatro años antes, el cual pidieron al de Azcaputzalco y les dio a Quaquahpitzahuac, su hijo y de aquí nace la confusión de los que dicen haber sido el primer rey mexicano de allí, no diferenciando la división de estas dos parcialidades mexicanas y tlatelulcas. Y así, dejando con esto respondido a este caso, iremos a tratar del rey mexicano, que fue un año primero electo que el de Tlatilulco, lo cual manifestaremos en el capítulo siguiente, dejando al tlatelulca, que repose, hasta otro lugar.

CAPÍTULO XIII. *De el primer rey mexicano que hubo en esta ciudad; y se declaran las razones confusas de otros autores que hablan acerca de esto*



L PRIMER REY MEXICANO QUE HUBO (que dio principio a esta monarquía mexicana) fue Acamapichtli, hombre del linaje y gente mexicana, el cual fue electo en rey por la misma república y pueblo de estas gentes mexicanas. La causa de su elección fue haber crecido en número y estar muy rodeados de enemigos que les hacían guerra y afligían. Fue elegido de común parecer y acuerdo de todos, cuya elección fue muy regocijada y festejada de todos los electores; el cual como era mozo soltero determinó de tomar mujer luego que se vido rey y por extender su nobleza no la quiso de las doncellas de su pueblo, sino que fuese hija de uno de los reyes, sus comarcanos. Para lo cual envió a pedirla al rey de Tlacupa, una legua de su ciudad, el cual no quiso dársela, por no tener a los mexicanos por gente noble ni principal y despidió a sus mensajeros con palabras desabridas y afrentosas; y aunque volvieron con este mal despacho a su señor, no sólo no se mostró agraviado, pero sufrió, con ánimo varonil la áfrenta (porque el que con necesidad pide, sufre lo que sin ella no sufriera). Hizo la misma petición al señor de Azcapultzalco y volvieron con el mismo recado; porque así el señor del un pueblo, como el del otro, eran de una parcialidad; y padre y hijo, entrambos fueron a Tetzcuco, por ver si tenían más ventura con los aculhuas, que habían tenido con los tepanecas y volvieron con la misma respuesta; pero no por esto descaecía el valeroso mancebo; antes repudiado en una parte, con desprecio y ultraje, se abalanzaba a otra, esperando la clemencia de alguno de aquellos señores, que quisiese admitir la voluntad con que se le ofrecía y con este ánimo despachó su mensaje y embajada al rey de Cohuatlichan diciéndole que, sino se lo tenía a soberbia, le suplicaba le hiciese merced de darle una de sus doncellas por esposa y que estimaría el don como verdadero criado. Oída la humilde petición del mancebo y satisfecho de cómo le habían levantado por rey los mexicanos, envióle una de sus hijas, llamada Ilancueitl; cuya llegada a Mexico fue muy festejada y entregada con grandes acompañamientos que trajo y mucha solemnidad a su marido.

Hizo vida con esta señora algunos años, sin haber hijos, ni esperanzas de tenerlos; y viendo los mexicanos que la reina era mañera y estéril, vivían disgustosos y deseosos de que su rey y señor tuviese sucesor y viendo que en la reina no le tenía, disgustados de su esterilidad, hicieron con el rey que la repudiase y enviase a su tierra, lo cual fue hecho (según algunos dicen) y la reina se fue con la afrenta que se le hacía, en ser repudiada y con la misma fue recibida de los suyos. Hecho este repudio y viendo los mexicanos al rey solo y sin hijos, determinaron de volverle a dar mujer; y así fueron a Tetepanco y pidiéndola al señor de él, se la dio y trajeron

una señora llamada Tezcatlamiahuatl, la cual luego al primer año que llegó a Mexico, se hizo preñada y parió un hijo; en cuyo parto hubo grandes regocijos en la ciudad, como de cosa que tanto deseaban. Gozoso el rey con el recién nacido hijo, hizo junta y consulta de todos los más principales y de cuenta de la república y les pidió parecer acerca del nombre que sería bien tuviese el niño. Habiendo pues dado y tomado todos, acerca de esto, dijeron entre sí, todos los pueblos vecinos y comarcanos nos son contrarios y no hacen sino mormurar de nosotros y todas sus conversaciones son tratar de los mexicanos y de cómo les harán mal y guerra. Por esto nos parece que se llame Tlatolzaca (que quiere decir, hombre que trae nuevas); tuvo este señor muchos hijos y hijas y de él comenzó la nobleza mexicana y las muchas casas de señores, que en esta gran ciudad después hubo. Otros dicen que se llamó Huitzilihuitl y éste, en naciendo, lo prohijó Ilancueitl y lo crió como propio; el segundo se llamó Chimalpopoca; y el tercero Itzcuauhtzin.

Esto dicho a cerca del segundo matrimonio es así verdad; pero del primero no aciertan los que dicen que repudió a Ilancueitl, hija del rey de Cohuatlichan, porque cuando no fuera provechosa para dar hijos a Acamapichtli, éralo para darle mucha honra, por ser hija del rey Acolmiztli de Cohuatlichan, que era hombre muy esclarecido en sangre y pujante en poder y fuerzas; y cuando no las estimara, para valerse de ellas, en las ocasiones que se le ofrecían con sus enemigos (a lo cual había de acudir el suegro, con voluntad, pues la mostró tan larga en darle a su hija) había al menos de recelarse de ellas, para castigarle de tan grande injuria y afrenta como le hacía, en volverle a su casa, con mengua y ultraje la hija regalada y querida que le había dado para honrarle. Lo que hubo en el caso es que viendo el rey que carecía de hijos (que era lo que él y su pueblo deseaban) recibió a la segunda señora por mujer, persuadido de sus gentes por el deseo que tenían de verse ennoblecidos con la sangre de los reyes y señores comarcanos; y esto con consentimiento y beneplácito de la primera y en conformidad de esto hacia vida maridable con entrambas; y pruébase ser así porque veremos que, en la refriega que tuvieron los mexicanos con otros vecinos, esta señora que estaba viuda del rey, su marido, cogió al niño, que después vino a ser rey, al cual había prohijado y se salió huyendo de la ciudad y se fue a la suya de Cohuatlichan, escapando las vidas de entrambos en una canoa, u barquilla de las que en esta laguna usan. De aquí tomó motivo Gómara (por no saber de raíz la historia) de decir en su libro que esta señora Ilancueytl fue ama de este niño, siendo la verdad que como reina lo había criado y prohijado, el cual fue hijo de Cozcatlamiahuatl. Esta señora Ilancueytl enviaba a su padre Acolmiztli, rey de Cohuatlichan, de las cosas que pescaban en la laguna; y el padre la retornaba con maíz y otras semillas y legumbres que en la tierra firme se hacían, con que su hija se sustentaba y criaba al niño Huitzilihuitl, que fue segundo rey de Mexico, por muerte de su padre, aunque no por herencia sino por elección. Ya en esta ocasión tributaban estos mexicanos al rey de Azcaputzalco, reconociéndole con las cosas que se crían en esta laguna y

con estas parias se le sujetaban; el cual tributo prosiguió este primer rey por todo el tiempo que duró su reinado y señorío.

Acosta, en su libro 7,[1] dice que este Acamapichtli era nieto del rey de Culhuacan, habido de un gran príncipe mexicano, en una hija suya de él, en tiempo que vinieron entre ellos antes de pasarse a esta su ciudad de Mexico y que le fueron a pedir este príncipe, por granjearlo y desenojarlo del agravio que le hicieron cuando le mataron la hija que les había dado para madre de su dios. Esto dice en el capítulo 8, de este libro dicho; pero la verdad es que un principal de la familia mexicana, llamado Cohuatzontli, casó en Culhuacan con hija de otro principal llamado Acxoquauhtli; pero cómo vino a efectuarse este casamiento, no lo tengo averiguado, sólo se puede creer que se haría cuando este pueblo mexicano estuvo vecino de Culhuacan. De la cual señora tuvo nueve hijos varones y mujeres y que por ventura sería alguno de éstos, este Huitzilihuitl el viejo, hijo de Ilhuicatl, que casó en Tzumpanco con la mexicana que atrás decimos. Y háceme fuerza a pensar que es así este caso, saber que los mexicanos cuando estaban vecinos de los culhuas, no estaban allí por amigos, sino los más como cautivos: y a gente que el rey tenía por inferior así, no les había de dar hija suya, aunque fuese por matrimonio, mayormente que los mexicanos entonces no ofendían al rey, ni estaban en ocasión de ofenderle (que es una razón que pudiera moverle al rey, para dar a su hija: si de la tal entrega se siguiera algún buen conmodo a su padre). De manera que siendo verdad que los mexicanos eligieron rey, decimos también que no es de inconveniente que sea de la nación culhua, mezclada con la mexicana, o de la mexicana sola; sólo queda averiguado, que fue de los mexicanos; y que luego que fue electo se trató de darle mujer; la cual fue pedida y demandada por el modo arriba dicho y comenzó a regir y gobernar su república, como rey y señor de ella, para aquel fin elegido.

Con esto queda respondido a lo que Acosta dice,[2] y también a Henrico Martínez, que en el *Reportorio de los tiempos y historia natural de estas Indias*,[3] que compuso, dice lo mismo; y Herrera en su *Historia general*.[4] Y digo más, que no vino la mujer, que casó con el de Culhuacan (como este dicho autor dice)[5] pues consta por lo dicho y por ser así verdad, que las dos que tuvo, fue la primera de Cohuatlichan y la segunda de Tetepanco; y no porque todos tres concurran en decir una misma cosa, es así verdad; que la causa de conformarse todos, es porque los dos últimos, que son Herrera y Henrico, tomaron a la letra las palabras de Acosta y si no de su libro (aunque parece ser así, porque todo es un lenguaje), al menos de una misma relación, la cual tengo yo en mi poder y es el mismo romance y estilo que los tres en sus escritos ponen.

Gómara trae esta elección de los reyes mexicanos, desde los primeros

[1] Acosta, lib. 7. cap. 8.
[2] Acosta, lib. 7. cap. 8.
[3] Henriq. tr. 2. cap. 12. Reportor.
[4] Hist. Gen. Decad. 3. lib. 2. p. 3. cap. 3.
[5] Idem.

tultecas que reinaron en Tulla, diciendo haber procedido de ellos, haciendo su primer progenitor a Totepeuh, primero fundador de aquel reino; y después de otros que nombra y dice: que Nauhyotzin se vino hacia esta laguna, el cual reinó más de sesenta años, al cual siguió Quauhtezpetlatl y va prosiguiendo hasta Achitometl, el cual sabemos, haber reinado en Culhuacan y que reinaba cuando los mexicanos estaban en su contorno y tierras. Este Nauhyotzin era chichimeca, descendiente de los chichimecas y consiguientemente de los aculhuas; pues luego en sus principios se mezclaron los unos con los otros (como en otra parte hemos visto); de manera que esta historia no parece convenir a la mexicana, ni tampoco decir que estas gentes de Culhuacan vinieron a su sitio de Tulla, pues los aculhuas tetzcucanos la fundaron; si ya no es que estos señores sean los mismos que se cuentan, por el orden que descienden de los que de aquella parte de Tetzcuco vinieron a poblarla y estar mal informado este dicho autor, de la parte por donde en este lugar entraron; pero decir que Acamapich fue de estos aculhuas y otras cosas que en este lugar dice acerca de esto, no lo tengo por verdad; porque consta lo contrario en las historias tultecas, chichimecas y aculhuas y aun en las mismas mexicanas, que yo tengo en mi poder juntamente con las ya dichas y referidas. Tampoco quiero negar de todo punto que no lleva alguna verdad, haber sucedido en este señorío dicho los nombrados; pero no vengo en que fuese, por esta manera y modo.

El mismo Gómara dice que este rey Acamapich tuvo veinte mujeres de los señores más principales mexicanos y de ellas muchos hijos y hijas. No he hallado en sus historias esto, pero pudo ser que con las dos que tenemos ya referidas entrasen otras diez y ocho a la parte, que quien tuvo licencia de contraer con dos, la tomaría para casarse con veinte; y aunque nombra a Ilancueytl, no la da señalado lugar de su nacimiento, ni dice el padre que tuvo siendo verdad que fue Acolmiztli, rey de Cohuatlichan.

A este rey Acamapich comenzaron a servir los mexicanos en todas las cosas que eran del servicio de su palacio y artes mecánicas, que por aquel tiempo podían usar y ejercitar, cumpliéndole en esta gran república lo mismo que la de Israel, en la elección del primero que fue Saúl, que todos se habían de ocupar en servirle, así hombres como mujeres; y así comenzó a tener gente, de la de más cuenta, en la asistencia de su palacio y en sus cocinas y salas, muchos criados y criadas, que con su mucho número y maneras diferentes de servicios engrandecían más su persona. Hízosele una muy discreta plática al nuevo rey, en orden del gobierno que recibía por un anciano y grave. Respondió, acetándolo y prometiendo el cumplimiento de lo que se le encomendaba; y así quedó señor confirmado en Mexico y cuidadoso de cumplir puntualmente con su oficio. Aunque cierta relación antigua, que tengo en mi poder, dice que este rey comenzó a guerrear a los comarcanos y a vencerlos, no es verdad porque harto hizo en conservarse en paz con ellos y gozar del nombre de rey, que había recibido, en especial siendo gente que carecía de armas, por entonces por estar enmedio de las aguas de esta laguna y no tener orden ni disposición para hacerlas; y si fuera verdad que eran señores vencedores, ya por este tiempo era señal

que era gente pujante y poderosa para vengar sus agravios e injurias (pues alcanzaban fuerzas para conquistar gentes); y sabemos que tributaban a los tepanecas y con grande molestia y agravio, que en este tributo recibían y no lo remediaban; luego cierto es que no podían y no pudiendo remediar sus daños, no es de creer que tendrían osadía de causarlos a sus vecinos; mayormente que el emperador, que entonces era Techotlala, en Tetzcuco, no les consentiría semejante demanda ni hecho; pues era darles mano, para que otro día se le atreviesen en su misma persona. Lo que por las historias de más crédito que hay he podido colegir (y es lo cierto) es que vivió este primer rey en su reino mexicano, veinte y un años que tuvo de vida, después que entró en él sin tener contienda con nadie, aprovechándose de la paz (cosa tan necesaria para el aumento de una república) y en esta paz tuvo tiempo de poder poner las cosas en la firmeza que convenía, para perpetuarse en su señorío, no sólo en el tiempo presente, que él lo gozó, sino para los venideros que en él le fueron sucediendo. No gozó de nombre de rey absoluto (pues tributaba al de Azcaputzalco); y con esta pensión, murió a los veinte y un año de su gobierno y dejando hijos que le fueron sucediendo en el señorío, fue enterrado a su usanza y a sus obsequias no se dice la gente que concurriese; y así tuvo fin el principio del aqueste primer rey mexicano.

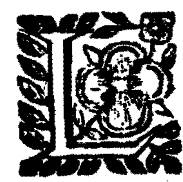
CAPÍTULO XIV. *Del primer rey que los tlatelulcas tuvieron, hijo del emperador Tezozomoctzin de Azcaputzalco, tirano*



IENDO LOS TLATELULCAS que sus vecinos, los tenuchcas, habían elegido rey, luego pensaron en tenerle también ellos, porque como gente que se había apartado y segregado y que hacía cuerpo de república por sí, así también quisieron tener rey, como le tenían ellos; y como el motivo de estos que ahora se llaman mexicanos, fue buscar cabeza que defendiese el cuerpo de su república, de las torcidas voluntades y malos corazones que estos tlatelulcas les tenían, haciendo la misma consideración; y viendo que ya tenían rey que no sólo podía defender a su gente, sino también sujetarlos a ellos, por verlos sin cabeza, tomaron el mismo acuerdo y para más reforzarlo y ponerlo en su punto y cumbre determinaron de que el rey y señor, que hubiesen de tener, fuese de casta y sangre de reyes y no de la suya sola (como sus vecinos los mexicanos habían hecho) para lo cual fueron al rey Tezozomoctzin, que tenía su corte en Azcaputzalco, al cual tributaban con el mismo tributo que los mexicanos; y pidiéronle con humildad les diese uno de sus hijos, por señor y rey, para tener cabeza y señor, como sus vecinos, los mexicanos le tenían y que sería gran merced la que en esto les haría; porque aunque era verdad que pudieran elegirlo de los de su pueblo, con la misma licencia que los mexicanos, para elegir el suyo, no querían sino recibirle de su mano; porque así como le tenían

por señor, le tuviesen de allí adelante por padre. El emperador, concediendo con su petición, les dio por rey un hijo suyo llamado Quaquauhpitzahuac, el cual trajeron los tlatelulcas con muchas fiestas y regocijos a su ciudad y le coronaron por rey y sentaron en su silla y sirvieron como a tal. Esto, según algunos, fue un año después que los mexicanos tuvieron rey; otros dicen que este año fue antes y así sigue Acosta a los que dicen esto; pero aun en una historia tlatelulca he visto pintado este caso y pone al rey de Mexico un año antes que al de Tlatelulca. Y desde aquí comienza la nobleza tlatelulca y se precian más de tepanecas que de mexicanos; porque aunque es verdad que lo común del pueblo fue de sangre mexicana, los señores y principales, como emparentaron con estos dichos reyes ya la sangre mezclada, les hace preciarse de aquellos señores de donde descienden y tienen origen: y esto he averiguado yo muchas veces, con muchos de ellos.

CAPÍTULO XV. *Del tributo que los mexicanos pagaban al rey de Azcaputzalco; y de el progreso y aumento de esta ciudad después que comenzó a tener reyes*



OS MEXICANOS ESTABAN EN ESTE SITIO de Mexico, ya con beneplácito del rey de Azcaputzalco y le reconocían con tributo y pecho, habiendo elegido nuevo rey, puso en cuidado al de Azcaputzalco esta elección, pareciéndole que teniendo cabeza que los rigiese y gobernase, sería posible que se le rebelasen y aun pretendiesen quitarle el imperio; por lo cual hizo junta de los señores de su corte y díjoles: ¿Habéis advertido (azcaputzalcas) cómo los mexicanos, demás de habernos ocupado nuestras tierras, también han elegido rey y hecho cabeza por sí? Y por esto os pido que me digáis qué os parece que debemos hacer; mirad que ya que hemos disimulado con un mal, como éste, no conviene que disimulemos con tantos; porque será posible, que muertos nosotros, querrán éstos sujetar a nuestros hijos y sucesores y haciéndose señores nuestros pretenderán que seamos sus tributarios y pecheros; porque según llevan los principios me parece que poco a poco, se van ensalzando y ensoberbeciendo y subiéndosenos sobre la cabeza; y porque no se atrevan a más (si os parece) vayan y mándenles que doblen el tributo en dos, tanta más cantidad que hasta aquí han dado, en señal del reconocimiento y sujeción en que nos estaban. A todos pareció muy bien el consejo del rey de Azcaputzalco y poniéndolo en ejecución, enviaron sus mensajeros a llamarlos y les dijeron que dijesen a su rey que el tributo que daban era muy poco; y que así él determinaba acrecentarlo y que él tenía necesidad de reparar su ciudad y hermosear sus alrededores y que para esto le llevasen, juntamente con el tributo que daban, muchos sauces ya crecidos para plantar en su contorno; y asimismo muchas y muy grandes sabinas para lo mismo; y que hiciesen una sementera en la superficie del agua, que se moviese como balsa y que en ella sembrasen las semi-

llas que usaban para su sustento, que es maíz, chile, frijoles y unos bledos, que se dicen huauhtli y calabazas y chian. Oído esto por los mexicanos comenzaron a llorar y hacer grandes extremos de tristeza.

Y con esta aflicción, con el singular y peregrino mandato, se volvieron a su ciudad muy afligidos, trayendo en el cuerpo el temor de la muerte, si por ventura no cumplían el nuevo tributo impuesto. Fuéronse a su dios Huitzilopuchtli (como en todas sus necesidades lo acostumbraban) y presentáronle la nueva y dificultosa imposición; el cual los consoló y dijo aquella noche a uno de sus sacerdotes: diles a los mexicanos que no reciban pena, que yo los sacaré de esta pesadumbre y aflicción, que acepten el tributo; y dile a mi hijo Acamapichtli que tenga buen ánimo y haga buen corazón; y que lleven las sabinas y sauces que les piden y hagan la balsa sobre el agua y siembren en ella todas las legumbres y semillas que les piden, que yo lo haré todo muy fácil y llano. Venida la mañana fuese el ministro del ídolo al rey Acamapich y contóle todo lo que su dios le había dicho; de lo cual recibió el rey sumo consuelo y mandó que sin ninguna dilación pusiesen por obra el nuevo tributo, y así hallaron con facilidad las sabinas y sauces y llevándolas a Azcaputzalco las plantaron donde el rey Tezozomoc mandó que fuesen puestas; y asimismo llevaron a su tiempo la sementera movediza, como balsa, encima del agua, toda sembrada y sazonadas las semillas para cogerse; lo cual se hizo en la presencia del rey y viendo Tezozomoc esta maravilla, quedó espantado y dijo a los de su corte: esto me parece (hermanos míos) cosa más que humana, porque cuando yo lo mandé lo tuve por imposible; y porque sepáis que en lo que os digo no me engaño; llamadme acá a esos mexicanos, que quiero que entendáis que éstos son favorecidos de su dios y por esto han de venir a ser sobre todas las naciones. Llamados a su presencia los mexicanos les dijo: paréceme, hermanos, que todo se os hace fácil y en todo sois poderosos; por lo cual es mi voluntad que cuando me traigáis el tributo que estáis obligados, que traigáis también en la balsa, entre lo sembrado, una garza y un pato, echados sobre huevos y vengan tan justos los días, que en llegando acá, saquen sus pollos; y esto se ha de hacer en todo caso; donde no, habéis de ser por ello muertos. Hízoles muy dificultoso a los mexicanos y vinieron con la embajada a su rey diciéndole lo que el rey de Azcaputzalco les mandaba; y divulgándose por la ciudad esta nueva petición, recibieron todos sus moradores grandísima pena y suma congoja; pero confiando el rey Acamapichtli en su dios Huitzilopochtli, mandó que sobre ello no se hiciese ningún sentimiento, ni se diese a entender, ni se mostrase cobardía o pesadumbre, por lo cual todos procuraban en lo exterior y en público mostrar buen ánimo, aunque en lo secreto de sus corazones, andaban harto tristes y atribulados.

Aquella noche quiso consolarlos su ídolo y así habló con uno de sus sátrapas, de los más ancianos y le dijo: padre mío, no tengáis temor ni os espanten amenazas, y decidle a mi hijo Acamapichtli que yo sé lo que conviene y lo que se debe hacer, que lo deje a mi cargo y haga lo que le mandan y de lo que le piden, que todas esas cosas son para en pago de la sangre

y vidas de sus contrarios; y entiendan que con eso se las compramos y ellos serán muertos y cautivos, antes de muchos años; sufran y padezcan ahora mis hijos, que su tiempo les vendrá. Dio estas nuevas el sacerdote viejo al rey y con ellas él y su pueblo quedaron muy confortados y con grandes confianzas en su dios; y al tiempo de llevar su tributo remanecieron en la balsa el pato y garza, echados sobre sus huevos y caminando con ellos llegaron a Azcaputzalco, donde en la presencia del rey sacaron sus pollos y se fueron al agua y cuando el rey Tezozomoc lo vido, más admirado que nunca y confirmándose más en lo que el año pasado había dicho a sus gentes, se lo tornó a referir ahora. Pero así como en el reino de Egipto no se contentaba Faraón de los pechos y tributos ordinarios que los hijos de Israel le daban, sino que viéndolos tan multiplicados les añadía mal a mal y carga a carga; así este rey tirano, que deseaba oprimir a esta pobre gente y buscar ocasión para echarlos de sus tierras o consumirlos. Viendo que todo lo que les mandaba lo cumplían y que en nada hallaban dificultad, añadió a este segundo tributo otro (que le pareció al rey ser imposible pagarlo, por estar tan metidos en medio de las aguas de la laguna), y fue mandarles que le trajesen con todo lo demás, a su tiempo, un ciervo o venado vivo. Parecióles a los pobres mexicanos muy más dificultosa aquella petición que la pasada, por no ser señores de la tierra firme, ni haber en sus distritos montes donde nacen y se crían; pero presentando esta petición a su dios los favoreció, y dieron con un venado en la tierra llana, en las partes que parten términos con los de la tierra firme, en un lugar que se llama Tetecpilco, alinde de Huitzilopochco (que ahora es el pueblo de San Mateo, que dista dos leguas de esta ciudad, a la parte de mediodía) y por haberlo hallado en aquel lugar fue llamado Mazatla (que quiere decir lugar de venados): lleváronlo al rey, con todo lo demás y quedó mucho más admirado de este hecho que del primero, por tenerlo por cosa imposible; pero pasaba con su espanto por no poder hacer otra cosa y los afligidos mexicanos, con su excesivo tributo y opresión.

Pasaron los mexicanos con este género de tributo, cincuenta años, disimulando y sufriendo hasta multiplicarse y reforzarse más. Dentro de este tiempo murió el rey Acamapich, habiendo reinado veinte y un años, en su ciudad de Mexico, y regido con mucha quietud y paz su república, dejándola copiosa, y abastecida de casas, calles, y acequias, con todo lo demás necesario, al concierto de una muy buena y concertada república, de lo cual era muy celoso y cuidadoso.

Llegó el tiempo de su muerte y llamó a todos sus grandes y les hizo una larga y prolija plática, encomendándoles las cosas de su ciudad y a sus mujeres y hijos, no señalándoles ninguno de ellos por heredero del reino, sino que la república eligiese de ellos al que le pareciese, para que los gobernase, que en esto les quería dejar su libertad, como antes la tuvieron para elegirle a él, lo cual se guardó siempre entre esta gente mexicana; porque no reinaron los hijos de los reyes por herencia, sino siempre por elección (como en otra parte decimos); y amonestándoles a éstos mostró grande pena de no haber podido poner la ciudad en libertad de el tributo y pecho

que pagaban a Azcaputzalco; y así dio fin a sus días dejando a todos sus vasallos muy tristes y llorosos, con la pérdida de tan buen padre. Hiciéronle su entierro y obsequias lo mejor y más solemnemente que pudieron; y aunque fue con todas las ceremonias que ellos usaban no empero con el aparato de riquezas y muerte de esclavos, que después usaron, por estar en este tiempo muy pobre y oprimidos.

CAPÍTULO XVI. *De la elección de Huitzilihuitl, segundo rey mexicano, y de cosas que en su tiempo sucedieron*



UERTO EL REY Acamapich y no habiendo nombrado sucesor en su reino, habiendo dejado la elección de él a los de su república (por ventura, o porque le pareció que se podía engañar con la afición que a alguno de sus hijos podía tener y no ser el que convenía para gobernar u porque pensó que aunque él lo nombrase pudieran los del pueblo, después de muerto, no recibirle por señor, queriendo gozar de la misma libertad de elegir a su gusto como la tuvieron de elegirle a él) ellos que se veían sin rey y que conocían la falta que les hacía no tener cabeza, hicieron su congregación y junta, en la cual concurrieron los más ancianos del pueblo y señores particulares de la ciudad, que ya los había; y juntos en su consistorio, uno que era el más viejo de todos se levantó de su asiento y les dijo: por parecerme que soy el más anciano y viejo de los que aquí estamos congregados, tomo licencia de hablar primero; y lo que os quiero decir (oh gente mexicana) es que ya veis cómo nuestro rey y señor es muerto; y así es razón que penséis bien quién será electo en cabeza de esta ciudad, que tenga piedad de los viejos y de las viudas y de los huérfanos, siendo padre de esta república, pues nosotros todos somos las plumas de sus alas, las pestañas de sus ojos y las barbas de su rostro; mirad, mexicanos, a quién os inclináis para que tenga el mando y señorío y se asiente en el trono real de este reino y nos defienda y ampare de nuestros enemigos, porque muy en breve (según el aviso de nuestro dios) nos serán menester las manos y el corazón animoso, por esto es muy justo que consideréis y miréis con cuidado, quién tendrá valor para ser esfuerzo de nuestros brazos, poniendo el pecho con libertad y sin cobardía a la defensa de nuestra ciudad y de nuestras personas y que no amengüe ni abata el nombre de nuestro dios, ni el de nuestras buenas intenciones, sino que como semejanza suya le defienda, ensalzando su nombre y haciendo conocer a todo el mundo, que la nación mexicana tiene valor y fuerzas para sujetarlos a todos y hacerlos vasallos y tributarios.

Oyeron con cuidado los congregados las razones discretas y avisadas del anciano viejo; y confiriendo entre sí el caso, salió determinado que un hijo de el rey difunto, llamado Huitzilihuitl, fuese puesto en el trono y silla de su padre y fuese rey su sucesor y así lo eligieron por rey con mucho contento de todo el pueblo, que estaba congregado, para saber lo que de la

junta salía determinado; y así se levantó entre toda aquella gente un rumor y vocería, diciendo palabras equivalentes a las que suelen decir en nuestro castellano: viva el rey, que fue lenguaje muy gustoso para ellos, porque vieron que unánimes y concordes hicieron la elección, sin dividirse en bandos, ni en parcialidades de que suelen nacer discordias y comunidades.

Hecha la elección, los señores todos puestos en orden se fueron donde estaba el rey electo y, sacándole entre los demás hermanos y parientes suyos, le llevaron en medio y le trajeron al trono y asiento real, donde lo tenían puesto y en él le asentaron y le pusieron la corona real en su cabeza y le untaron todo el cuerpo con la unción que después acostumbraron, que era la misma con que ungían a su dios (como decimos en otra parte) y poniéndose sus atavíos reales, uno de ellos se levantó en medio de todos y le dijo:

Valeroso mancebo, rey y señor nuestro, no desmayéis ni perdáis el huelgo y aliento con el nuevo cargo de ser guía de este reino, metido entre esta aspereza de cañaverales, espadañas y juncia, donde estamos debajo del amparo de nuestro dios Huitzilopuchtli, cuya semejanza sois hoy en la tierra. Bien sabéis, señor, el sobresalto con que vivimos y trabajos que padecemos, por estar en términos ajenos, siendo tributarios de los de Azcaputzalco; tráigooslo a la memoria, no porque entiendo que lo ignoráis (pues es cosa tan notoria y de tanta afrenta para este pueblo mexicano) sino para que cobréis nuevo ánimo y no penséis que entráis en esta honra y os sentáis en esa silla para descansar, antes os ponemos en ella para que trabajéis; pues veis que no tenemos otra cosa qué ofreceros, ni con qué os regalar, sino con la pobreza y miseria con que reinó vuestro padre, lo cual sufrió y toleró con mucho ánimo y corazón.

Hecha esta breve plática llegaron todos a hacerle reverencia, diciendo cada uno su salutación; y así quedó electo en segundo rey de Mexico; no se dice que a esta elección viniese ninguna gente de fuera (como después en las de otros se hizo) ni que los tlatelulcas se hallasen en ella, porque desde el punto que se apartaron nunca más se comunicaron para cosas de gobierno; antes en orden de esto se hicieron guerra diversas veces y en la ocasión presente vivía su rey Quaquauhpitzahuac y gobernaba en Tlatelulco su gente y república en paz, sin tener guerras con nadie.



CAPÍTULO XVII. *De cómo el rey Huitzilihuitl casó con hija del emperador Tezozomoc de Azcaputzalco y de cosas que le sucedieron; y de otro casamiento que hizo con Miahuaxochitl, hija del señor de Quauhnahuac; y de la muerte de Quaquauhpitzahuac rey de Tlatelulco*

ERA SOLTERO ESTE REY CUANDO LO ELIGIERON y comenzó a reinar; y cuando más tenía de edad diez y siete o diez y ocho años, porque nació después que su padre Acamapich fue rey y no reinó más que veinte y un años, según la cuenta más cierta y verdadera que he podido hallar; y porque la carga del reinado fuese juntamente con la de el matrimonio trató su pueblo de casarlo y diciéndoselo les dio su beneplácito para que en su nombre fuesen a Tezozomoc, de Azcaputzalco y le pidiesen una de sus hijas, por mujer; y llevando esta embajada con un presente, el mejor que pudieron haber (según su pobreza), le dijeron al emperador: señor nuestro y rey poderoso, aquí somos venidos, ante tu grandeza, postrados por tierra, con toda la humildad posible, a pedirte y suplicarte una gran merced; porque (señor) ¿a quién hemos de acudir, sino a ti? ¿Pues somos tus vasallos y siervos? Y estamos esperando tus mandamientos reales, colgados de las palabras de tu boca, para cumplir todo lo que tu corazón quiere. Y esto supuesto ves aquí, señor, la embajada con que hemos venido, de parte de tus siervos, los viejos y ancianos mexicanos y con el beneplácito de tu hijo y criado, el rey, pidiéndote que tengas lástima de aquel tu siervo, el rey de Mexico, metido entre aquellas espadañas y carrizales espesos, rigiendo, gobernando y mirando por sus vasallos, que se llama Huitzilihuitl, el cual es soltero y por casar; pedímosle con la sumisión y humildad que debemos, que dejes de la mano una de tus joyas y pluma rica y preciosa, que son tus hijas, para que vaya no a lugar ajeno sino a su misma tierra, donde tendrá el mando de toda ella (éste es el lenguaje de estas gentes, en las peticiones que hacen, en especial si tratan algún casamiento, llamando a la dondella pluma rica, piedra preciosa y joya de valor, que en el lenguaje indiano, suena con grande elegancia y mucho primor). Por tanto (señor), te suplicamos que no nos prives de lo que tanto deseamos.

Habiendo estado el rey muy atento a la demanda de los mexicanos quedó aficionado y inclinado a condescender con su ruego; y así con mucho amor y benevolencia les respondió: hanme convencido tanto vuestras palabras y humildad (oh mexicanos), que no sé qué os responda sino que ahí están mis hijas y para eso las tengo y para eso también fueron criadas del señor de todo lo criado; y así condescendiendo a vuestros ruegos yo os quiero señalar una de ellas, cuyo nombre es Ayauhcihuatl, llevadla mucho en norabuena y dadla a vuestro rey por mujer que yo con esta intención se la envío. Los mexicanos, postrados en tierra, dieron innumerables gracias al rey y recibiendo la doncella la trajeron a Mexico, acompañada con muchos

de los suyos y fue recibida de los de la ciudad con grandes regocijos y fiestas y entregada a su marido con la ceremonia que en otra parte decimos, de atarles las extremidades de sus ropas y dejarlos a la consumación de el matrimonio. Esta señora, haciéndose luego preñada, parió un hijo, el cual fue llamado Acolnahuacatl, de que recibieron sumo gozo los mexicanos y no fue menor el de los tepanecas azcaputzalcas, por ver mezclada ya su sangre con gente tan valerosa, como eran los mexicanos.

Hecha esta elección de Huitzilihuitl, e introducido en el reinado fuese dado nombre y título de Tlacochcalcatl Yaotequihua, a su hermano Quatlecohuatzin, que es como decir, capitán general y suma cabeza de los ejércitos. De manera que según esto, ya en estos tiempos hacían guerra los mexicanos, saliendo de su pueblo y ciudad, para ofender a otros. Y es de creer sería así; pues sabemos que el emperador de Azcaputzalco, luego que se introdujo en el imperio para haberse de apoderar de él, sacó en su ayuda al rey de Tlatilulco, Quaquauhpitzahuac, su hijo y al de Mexico, Acamapichtli y así como lo ayudaron en aquella ocasión, le ayudarían en otras de algunos pueblos y ciudades, que se le rebelarían y substraerían de esta obediencia; para lo cual todas las naciones y provincias tenían sus oficiales de guerra, repartidos por las suertes y clases que en ella se acostumbra.

Por esto los mexicanos, luego que hicieron elección de nuevo rey en Huitzilihuitl, la hicieron también de capitán general, en su hermano Quatlecohuatzin. El cual con el ditado que tenía, era segunda persona después del rey, en la república y muy estimado de todas las gentes de ella.

Tuvo otro hermano este Huitzilihuitl, nacido de su misma madre, llamado Chimalpopoca, del cual no se dice haberle dado oficio ninguno y sería la causa ser muy muchacho o niño, cuando se fue haciendo la repartición de los oficios militares. Tuvo también otro hermano, que se llamó Itzcohuatl; éste, dicen, que no fue habido de legítimo matrimonio, sino que su padre Acamapichtli le hubo en una esclava de su casa, aunque persona principal y de cuenta, que por serlo y juntamente muy hermosa, se aficionó de ella y de su comunicación y trato tuvo a este hijo Itzcohuatl. El cual sucedió en el reinado a su hermano Chimalpopoca, como en la sucesión de esta historia iremos diciendo.

Huitzilihuitl, rey segundo de Mexico (que siguiendo la costumbre de su padre, que fue tener muchas mujeres) no se contentó con tener la hija del emperador Tezozomoctli. Pero pareciéndole que emparentando con muchos reyes y señores, estaría más engrandecido y tendría más favor y ayuda en sus necesidades, determinó de emparentar (si pudiese) con el señor de Quauhnahuac, llamado Tezcacohuatzin; y enviándole sus mensajeros le pidió por ellos le diese una hija suya por mujer, los cuales no sólo pidieron la doncella que el rey quería, sino también le representaron estar casado con hija del emperador Tezozomoctli de Azcaputzalco; todo esto a fin de inclinarle para que no dudase en darle la mujer que le pedía Tezcacohuatzin, estando enterado del caso y de la nobleza que ya los mexicanos tenían, condescendió con su petición y le envió una hija suya llamada Miahuaxochitl, la cual salió de su pueblo y entró en esta ciudad de Mexico con gran-

des fiestas y acompañamiento de gentes, como entonces éstas de esta Nueva España lo acostumbraban.

Desde este tiempo, refieren las historias, que los mexicanos comenzaron a usar ropa blanca de algodón, el cual se da mucho en aquella provincia y se vestían de ello los moradores de ella; de lo cual carecían estos mexicanos por estar, como hemos dicho, metidos dentro de las aguas de esta laguna y fue éste un grande beneficio que estas pobres gentes recibieron, por estar tan faltos de ropa como estaban y no vestir, sino era ayates de nequén, que por ventura entre los tepanecas rescataban, con las legumbres y marisco de esta dicha laguna.

Esta señora Miahuaxochitl tuvo un hijo, que se llamó Motecuhzuma, por otro nombre Ilhuicamina, que fue rey muy sabio y poderoso en este reino (como en su principado diremos). De la primera, que fue hija de Tezozomoctli, tuvo otro hijo, que se llamó Acolnahuacatl, que fue nieto del emperador tepaneco, llamado Tezozomoctli; y hacemos más particular memoria de éstos, que de otros, por los particulares casos que les sucedieron y por convenir a la probanza de la verdad de esta historia.

Con este casamiento que Huitzilihuitl, rey de Mexico hizo con Ayauhcihuatl, hija de Tezozomoctli, vivieron en paz y sosiego los unos con los otros ocho años, según parece por las pinturas de sus historias, tratando unos con otros en la comutación de cosas y en amigable amistad, emparentando unos con otros hasta que pasados algunos tiempos se revolvieron y enemistaron, hasta vencerse los unos a los otros (como después se verá en el proceso de esta historia). Pasados, pues, estos ocho años dichos, de la paz de estas gentes, Maxtla, hijo del emperador y señor de la ciudad y provincia de Cuyuhuacan (o movido por su natural inclinación, que era soberbio y bullicioso o porque le pesaba de verlo tan enseñoreado y hecho yerno de su padre y cuñado suyo, temiendo que creciendo en el señorío, sería posible quitárselo a él y a los suyos) vínose de su ciudad a la de Azcaputzalco y trató con algunos señores y capitanes del agravio que los mexicanos causaban a sus vecinos y comarcanos y que sería bien enviarle a llamar y matarle y que tomarían, por causa de este hecho, acomularle que le había tomado a su mujer Ayauhcihuatl, la cual su padre Tezozomoctli no se la podía haber dado por razón de ser mujer de este dicho Maxtla (que según esto o no era esta señora hija del emperador Tezozomoctli, padre de este Maxtla o si lo era debía de ser de diferente madre y medio hermana suya y en aquellos tiempos debían de casarse así).

Tratado este caso por la manera dicha fue resuelto en que Huitzilihuitl fuese llamado y así fueron mensajeros, de parte del consejo, a llamarle. Huitzilihuitl no rehusó la venida por ser cosa muy ordinaria el verse y comunicarse estos señores; mayormente siendo yerno del emperador y cuñado de este dicho Maxtla; y luego que llegó a la corte (que no dista de su ciudad más de una legua) fue recibido del cuñado y señores que le aguardaban; y fue aposentado en una sala, donde de ordinario había fuego encendido (como en toda su gentilidad estos naturales lo acostumbraron), y después de haberle regalado y dado de comer, en presencia de Maxtla y de

los otros señores que habían sido de su parecer y acuerdo, dijo Maxtla al dicho Huitzilihuitl (que estaba bien descuidado y ignorante del caso): no sé, Huitzilihuitl, cómo has tenido atrevimiento de tenerme usurpada a mi mujer tantos años, como ha, que la llevaste de esta ciudad a la tuya. En lo cual has cometido un gran pecado y culpa contra mí; pues siendo mi mujer te atreviste a recibirla por tuya, haciéndome traición en ello; y por esto no sólo yo, pero todos los que están presentes, te hallan digno de muerte y son de parecer que por ello mueras. El rey Huitzilihuitl, que estaba inocentísimo de semejante caso, le respondió: por cierto, señor, que es una la demanda propuesta, que jamás entendí, ni oí, porque la verdad del caso es que vuestro padre y mi señor, Tezozomoctli me dio a Ayauhcihuatl, su hija, por mujer, la cual he poseído todos los años que ha que está conmigo y la he tenido por legítima y verdadera, sin saber ni entender que fuese de otro, ni tampoco presumo que el emperador, mi señor, la hubiese dado a nadie, que a ser así ello, se hubiera dicho y manifestado y en confirmación de que es mía y no ajena, tengo un hijo que me ha parido que es prenda de esta verdad que confieso y no sé si diga que mi padre, antes que muriese quiso tratar este casamiento con el vuestro; pero prevenido y atajado de la muerte, lo dejó; y después que yo le sucedí en el reino, mis vasallos, lo pusieron en ejecución como a mi padre se lo oyeron; y esto es lo que sé y no otra cosa.

Maxtla, que oyó la respuesta del rey (y por ventura movido entonces a contrario intento) no puso en ejecución lo que tenía pensado; pero sin dar ni tomar más razones le despidió, diciendo: bien pudiera sin oírte darte aquí la muerte o cuando menos tratarte muy mal, dándote de palos o hiriéndote como más quisiera; que de cualquier manera que yo te tratara tuviera el caso muy fácil remedio y cura tu mal; pero no es razón que se diga de Maxtla, que a traición ni a puerta cerrada te he castigado y tomado satisfacción de mi agravio y de tu pecado y culpa; pero vete ahora libre y sano y aguarda ocasión que por ventura se ofrecerá presto de que conozcas en ella tu ventura, que cuando ultrajado y abatido te veas padecer y sufrir trabajos. Con esto lo despidió y Huitzilihuitl se vino a Mexico, espantado del caso y Maxtla se quedó urdiendo tramas, como hombre caviloso e inquieto que era. Una de las cuales fue pensar que si Acolnahuacatl, hijo de Huitzilihuitl y sobrino suyo, llegase a tener edad, podía ser que como nieto que era del emperador Tezozomoctli, fuera recibido por señor en el imperio o dádole alguna mano para mandar y ser señor con libertad entre los tepanecas, así como era hijo de rey entre los mexicanos y por esto dio orden, cómo secretamente le matasen, como en realidad de verdad sucedió y fue puesto en ejecución, sin sabiduría del abuelo, no más que por voluntad y parecer del soberbio Maxtla.

De aquí toman ocasión, los que no tienen bien sabidas estas historias, de decir que Chimalpopoca, tercero rey de Mexico, siendo rey y niño de nueve años fue muerto por los tepanecas, con una grande fábula que cuentan, de haberle enviado a pedir a su abuelo, que les trajese el agua de Chapultepec encañada a su ciudad; y vese claro ser grande la patraña, pues

Chimalpopoca no fue hijo de este rey Huitzilihuitl, que casó con Ayauhcihuatl, hija del emperador Tezozomoctli, sino hermano suyo, hijo de Acamapichtli y de Tezcatlamiahuatl, segunda mujer de este dicho Acamapichtli, que la recibió por razón de ser Ilancueytl, su primera mujer, estéril y mañera; y la verdad es que el que murió niño y de nueve años, fue este Acolnahuacatl referido; los cuales equivocados y aun ignorantes de esta verdadera historia, atribuyen a Chimalpopoca, lo que al niño Acolnahuacatl sucedió. Verdad es que este Maxtla, siendo emperador por muerte de su padre, hizo prender a Chimalpopoca, rey de Mexico y en la prisión que le tenía, se ahorcó el mismo Chimalpopoca como en su historia veremos y no niño, ni mancebo, como esotros fingen; pues vino a reinar después de los días de Huitzilihuitl que reinó, según una cuenta, veinte y dos años; y según otra veinte y seis; y él vino a morir a los trece años de su reinado, que sin contar los que tenía, cuando su hermano Huitzilihuitl entró en el reino, son todos cuando menos treinta y cinco años, siguiendo el número menor del reinado de este Huitzilihuitl, que fueron veinte y dos años.

Pasando adelante, con la historia de Huitzilihuitl, decimos que al treceno año de su reinado se cumplió el cincuenta y dos de su siglo, que llamaban toxiuhmolpia, que quiere decir el atamiento y cumplimiento de nuestros años, en cuya memoria hacían la solemnidad y fiesta del fuego nuevo, en el cerro de Itztapalapan, llamado Huixachtecatl (como en otra parte decimos).

Rigió este Huitzilihuitl y gobernó su ciudad y república con mucha quietud y paz, siendo muy querido de todos; dejó su república muy bien ordenada, con nuevas leyes; de lo cual fue muy cuidadoso, especialmente en lo que tocaba al culto de sus dioses, cosa en que sobre todo se esmeraban estos señores y reyes, teniéndose ellos por semejanza de sus ídolos y entendiendo que la honra, que se hacía a los dioses se hacía a ellos y así tenían, por la cosa más importante, el aumento de su templo y la libertad de su república; para cuyo fin, por la industria y diligencia de este rey, los mexicanos no sólo se ejercitaban en hacer barcos para discurrir por toda la laguna, llevando muy adelante las pescas y cazas en ella con que contrataban con todas las gentes comarcanas, hinchendo de provisión su ciudad, pero también empavesaban sus barcos y canoas, ejercitándose en las cosas de la guerra por el agua, entendiendo que adelante sería menester estar diestros y previstos en la arte militar, para el intento que tenían siempre de libertar su ciudad, por fuerza de armas; y con este designio tenían grandes trazas, para ganar las voluntades a todos sus vecinos, con que hacían también sus hechos que hinchían su ciudad de la gente comarcana y traían las demás naciones emparentando con ellas, por vía de casamientos; todo ordenado al aumento de su ciudad para hacer después mejor su hecho. Y estando en este estado la república de Mexico, y teniendo muy gratos a sus comarcanos, falleció como queda referido, el rey Huitzilihuitl, dejando muy llorosa y desconsolada su ciudad por ser muy amado de todos, al cual hicieron sus obsequias muy solemnes a su modo.

Al deceno año del reinado de Huitzilihuitl en Mexico, murió Quaquauhpitzahuac, rey de Tlatilulco, después de haber reinado en la parte que le

cabía de esta ciudad, treinta y cinco años; fue puesto en su lugar otro señor, llamado Tlacateotl, como veremos adelante.

CAPÍTULO XVIII. *De la elección de Chimalpopoca, tercero rey de Mexico, y otras cosas que en sus tiempos fueron sucediendo*

MUERTO HUITZILIHUITL, SEGUNDO REY DE MEXICO, sin hacer nombramiento de sucesor, siguiendo lo mismo que su padre había hecho haciendo ley y costumbre de aquel caso, así para lo presente como para lo por venir, dejó la elección del nuevo rey que había de ser nombrado, a la misma república mexicana para que en hijo suyo o hermano, hiciesen la elección, como más gusto ellos tuviesen. Los cuales entrando en su consulta y consejo, dando y tomando en razones varias y encontradas, vinieron a resumirse y a concluir que el hermano segundo del difunto, llamado Chimalpopoca, fuese puesto en su lugar para que reinase (que ésta fue costumbre de estos mexicanos en las elecciones que hacían, que fuesen reinando sucesivamente los hermanos, unos después de otros y acabando de reinar el último, entraba en su lugar, el hijo del hermano mayor, que primero había reinado, que era sobrino de los otros reyes, que a su padre habían sucedido, como en otra parte decimos). Hecha la elección y confirmada por la misma república entró Chimalpopoca en el gobierno con toda paz y quietud, sin haber cosa que se lo impidiese.

No se dice que este rey fuese casado cuando entró a reinar, pero sabemos por lo dicho en el capítulo pasado que, cuando entró reinando era ya hombre de más de cuarenta años, que, según esto y la costumbre que éstos tenían de casarse muy temprano, no sólo tendría ya una, pero algunas mujeres y hijos en ellas, que como no corrió el reinado por la línea de Chimalpopoca, sino de Huitzilihuitl, volviendo al tronco y reinando su hijo mayor, no se nombran los que este dicho Chimalpopoca tuvo haciendo sólo mención de aquellos que iban entrando en el gobierno y reinado.

Y no hay que maravillar de que estos indios no hagan mención de otras cosas que son transversales de la sucesión legítima y derecha, de lo que toca al reinado; pues sabemos que no sólo en las historias humanas se ha guardado este estilo, sino que también le hallamos en las divinas, comenzando desde Adán, que fue el primer hombre que Dios crió y discurriendo por los demás que le fueron sucediendo, de los cuales no se nombran más de aquellos que por alguna causa o razón fue necesaria su memoria y nombramiento, dejando a todos los otros que no hacen al propósito de la historia que se va contando; porque demás de ser divertimiento de ella, es también cosa impertinente y superflua; por lo cual muchas cosas que fueron ciertas y verdaderas se dejan de decir y de escribir, no porque no fueron verdades, sino porque aunque lo son, no hacen al propósito de lo que se va tratando.

Y volviendo a lo comenzado, del gobierno y reinado de Chimalpopoca, decimos también que no se dice que tuviese guerras, con ningún pueblo ni gentes, aunque en su tiempo fueron contra los de Xaltocan que se habían rebelado y será posible que ayudasen los mexicanos en esta guerra; pues sabemos, por lo que atrás queda dicho, que Quatlecohuatzin por otro nombre Itzcohuatl era tlacochcalcatl o capitán general de los mexicanos y no había de tener este ditado, sin ocasión ni causa, sino para ejercitarlo en las que se ofreciesen como gente guerrera que era y lo habían mostrado cuando Tezozomoctli, tiranizando el imperio, se valió de estos dichos mexicanos y tlatilulcas, para la guerra que a los acolhuaques hicieron.

CAPÍTULO XIX. *De lo que el emperador Techotlala dijo a Ixtlilxuchitl, su hijo, a su muerte; y de cómo Tezozomoc trató de levantarse con el imperio, y de la conjuración que hizo*



UANDO TECHOTLALATZIN ESTABA CERCANO A LA MUERTE (que murió de una enfermedad leve) llamó a su hijo Ixtlilxuchitl y entre otras cosas que le dijo y dejó por aviso acerca del señorío que le dejaba, fue una, advertirle de cómo Tezozomoctli, rey de Azcaputzalco, era hombre astuto y ambicioso y deseoso de mandar y que sería posible que con el largo tiempo que había señoreado, tuviese ganadas las voluntades de algunos señores que por viejo lo respetaban y querían y que viéndose anciano y a él mozo le pesase de verse su inferior. Por lo cual le pedía que viviese con recato y que le tratase como a deudo y mayor en días, hasta ganar las voluntades de todos para que siendo amado del común, no tuviese que recelar alteraciones particulares. Con este aviso y otros que le dio murió el prudente rey y Ixtlilxuchitl quedó nombrado por heredero; pero pasadas las obsequias del difunto, que fueron hechas muy solemnemente, y queriendo el común hacer la jura del nuevo rey no consintió en el juramento Tezozomoctli y se salió de Tetzcuco antes y de callada se volvió a su ciudad de Azcaputzalco y luego hizo llamar al rey de Mexico (que dicen era Chimalpopoca) y al de Tlatelulco, Tlacateutl y les dijo, que pues era ya muerto Techotlalatzin (el cual los había tenido oprimidos y sujetos tantos años) que le parecía que gozasen de su libertad sin reconocer vasallaje al hijo que dejaba nombrado, dándoles ánimo para ello saber que ellos por sí mismos eran valerosos y no de menos ánimo para mandar, que el que quería entrar heredando; y que no solamente no era razón que lo reconocieran por mayor, pero que ni consintieran en su jura sino que haciendo ejércitos poderosos le hiciesen resistencia y le matasen para que la altivez y soberbia de su imperio se reprimiese y cesase mandando cada cual a los suyos sin reconocer otro mayor en su reino; que para esto él sería el primero formando campo y publicando guerra, para cuya ayuda hablaría a muchos señores que tenía parciales y propicios, los cuales no aguardaban más que oír su

voz para moverse. A esto respondieron los señores tenuchca y tlatilulcatl, que les parecía bien lo pensado y que hiciese su voluntad, que ellos la ejecutarían, como quisiese. Con este buen principio que halló envió luego aviso a muchos señores y reyes amigos suyos para que le ayudasen en esta empresa.

Llegaron estas nuevas a muy breves días a las orejas de Ixtlilxuchitl y acordóse de las palabras de su padre y confirmóse en la malicia del tirano viejo, que no quiso concluir sus días en la fe, que debía al imperio, sino negándola, hacerse emperador si pudiese; y, sabida su intención, comenzó a disponer las cosas del reino en la forma que la ocasión presente pedía; pero no fue como deseaba, porque muchos de los que le confesaron por señor en la muerte de su padre, se le apartaron a la voz del rey tirano, que ya se hacía emperador de todos y así quedó Ixtlilxuchitl con muy poca gente, porque con el pensamiento de Tezozomoc unos se le allegaron y otros, que tuvieron más brío, levantaron cabeza y comenzaron a querer señorear a los otros.

Viendo el tetzcucano las cosas cómo andaban, envió a avisar a los reyes de Huexotla, Cohuatlichan, Cohuatepec y Itztapalocan, para que como amigos y deudos saliesen a la defensa y que convocasen las gentes amigas que le habían quedado; pero como estaba todo el imperio revuelto, aunque los dichos reyes prometieron ayuda por sí y por sus gentes no la pudieron asegurar por otros y así fueron formando su ejército, poco a poco; y desque tuvo gente bastante Ixtlilxuchitl envió a desafiar a Tezozomoc diciéndole: que ya que él no guardaba la fe, que debía a sus canas, que tampoco él debía guardarla, a la que le tenía en parentesco; que saliese a campo con sus gentes si todavía insistía en su loca demanda, queriéndose hacer señor de lo que no lo era. A lo cual respondió el tirano, que aquellas razones y todas otras que podía alegarle remitía a las manos; y que pues quería ponerlo todo en ellas, que en los campos de Quauhtitlan le aguardaba; el cual lugar es cuatro leguas de este de Azcaputzalco, a la parte del norte.

Oída esta respuesta tan resoluta salió el campo de Ixtlilxuchitl repartido en quince compañías de otros tantos reyes y señores que le ayudaban; y no vino en persona, porque se lo estorvaron los suyos, diciendo: que más hacía en su ciudad, guardándola y ordenando en ella el socorro que podía enviar a los suyos, que no yendo personalmente a la batalla, donde había tantos traidores, no sólo descubiertos, pero paliados y vestidos de amistad fingida y falsa y que a uno solo le era muy fácil hacer en él lo que el tirano enemigo, con todas sus gentes no podía; y como se quedó, envió por capitán general de todo el ejército a Tochintecuhtli, hijo de Millato, rey de Cohuatlichan; y a Ircon, rey de Itztapalocan, por su acompañado. Los cuales marcharon para el lugar citado, donde halló un poderosísimo ejército de Tezozomoc, que le aguardaba.

Comenzóse la guerra, que duró por espacio y tiempo de tres años, sin conocerse de la una ni de la otra parte ventaja, porque el gentío de Tezozomoc era mucho y lo que le faltaba al campo de los acolhuas, de ella, les

sobraba en ánimo y valor y con esto empataban a los tepanecas la sobra que tenían de gentío y como la guerra se dilataba y Tezozomoc no prevalecía, fue jurado en el discurso de ella, Ixtlilxuchitl por emperador; la cual jura se hizo en la ciudad de Huexotla, donde le juraron los reyes de allí, llamado Millato y el de Cohuatlichan, llamado Omicxipan y Totomintzin, rey; y otros dos príncipes llamados Quexilpicatzin y el otro, Tuzan; la cual jura acabada se fue a su ciudad de Tetzcuco y dejóles ordenadas audiencias y consejos en sus ciudades que hasta entonces no los había, sino solamente en la ciudad imperial; y en su corte nombró por consejero de guerra al príncipe Tochintecuhtli. Cuando el ejército tetzcucano salió para los campos de Quauhtitlan fue destruyendo y asolando todos los pueblos que encontraba de los enemigos y así destruyó seis provincias, porque no iban vía recta, sino torciendo caminos; lo uno buscando campos donde alojarse; y lo otro pretendiendo hacer mal y destruir a los que les podían quedar a las espaldas, o a los lados para hacerles algún mal o daño y así iban rodeando tierras y cerros y buscando alojamientos útiles y convenientes a supropósito.

En el discurso de esta guerra, tan larga y prolija, hacían los tepanecas con sus aliados algunas entradas a las tierras de Tetzcuco y saqueaban muchos de los pueblos que estaban a la vera y orillas de la laguna, con el seguro que tenían de que la fuerza de la gente tetzcucana estaba en el ejército de Quauhtitlan y que no había quien se lo pudiese resistir. Y viendo Ixtlilxuchitl este tan gran daño y tan continuo puso guarnición, en aquellas partes, de gente que cercenó de los socorros y de esta manera reprimió la soltura y atrevimiento de los tepanecas, aunque no pudo estorbar que no matasen a Quauhxilotl, señor de Itztapalocan y su provincia, que murió defendiendo su pueblo y los lugares marítimos que por allí tenía a su cargo; todo lo cual se atajó con la buena diligencia de Ixtlilxuchitl. Duraron estas guerras, que los aculhuas tetzcucanos tuvieron con los tepanecas, como se ha dicho, espacio y tiempo de tres años, en el cual tiempo, aunque los tetzcucanos eran menos en número (por habérsele allegado toda la gente al tirano Tezozomoc), con todo esto tuvieron muchas victorias y los acabaran de vencer muchas veces si no les acudiera tanto socorro como de ordinario les venía; mas no por eso desmayaban los tetzcucanos, antes con mayor ánimo los acometían y mataban muchos de los enemigos, vengando la rabia de no poder vencerlos en los particulares que les venían a las manos.

Viendo Tezozomoc que de bueno a bueno y en campo formado, no podía concluir su intento, dio en querer paz con los que de corazón no la tenían y envió al de Tetzcuco a decírselo; y aunque no pudo tener confianza de que se la pedía de gana, hubo de hacerlo; porque ya los suyos no sólo iban en grande diminución, sino que cansados, los que habían quedado de la continua guerra, deseaban paces ora fuesen fingidas, ora verdaderas y así los campos se apartaron y cada cual se fue hacia su gente y provincia; pero Tezozomoc con intento y ánimo de acabar por traición, lo que no podía con justicia (que el traidor que lo es, a una traición añade ciento). Pasóse otro poco de tiempo que no se acometieron estos dos enemigos, pero crecía Tezozomoc en el señorío, porque los más del imperio se le lle-

gaban y se le apartaban al de Tetzcuco y otros muchos vivían en su libertad, haciendo cabeza y siéndolo cada cual en su provincia y pueblo (porque donde no la hay reconocida, cada cual se precia de serlo; porque a río revuelto como dicen, ganancia de pescadores).

No se aseguraba Ixtlilxuchitl de las paces que con Tezozomoc tenía y así andaba inquieto y ordenando cómo volver a recuperar su imperio; por lo cual convocaba las más partes que podía en su ayuda y favor y andaba retirado fuera de su ciudad por despoblados, conservando su gente y recibiendo otra que de nuevo le venía. Casó este rey con una señora mexicana llamada Matlalcihuatzin, hija de Huitzilihuitl, segundo rey de Mexico y de esta señora nació Nezahualcoyotl; de manera que era sobrino de Chimalpopoca y de Itzcohuatl. Tenía Ixtlilxuchitl tres hijos, el uno llamado Nezahualcoyotl (que después de él fue su heredero y rey famoso de Tetzcuco) y otros; y queriendo pasar más adelante a mejor puesto para recibir la gente que de algunas partes aguardaba, mandó a Nezahualcoyotl que se quedase en Quauhyacac, lugar cercano a la ciudad de Tetzcuco y él pasó cuatro leguas adelante.

Con estas guerras que Tezozomoctli hacía al reino tetzcucano andaba Ixtlilxuchitl, señor de él, corrido y afligido fuera de su casa por las montañas y bosques convecinos, con las gentes que le seguían y lo mismo los reyes de Huexotla y Cohuatlichan; y viéndose tan pobre y hambriento; y que los otumpanecas y todos los demás de aquella provincia que no les acudían con el pan y lo demás necesario que solían, por haberse hecho con el tirano Tezozomoctli, en cuyas cabeceras y pueblos tenía ya el dicho tirano puestos sus mayordomos para que le recogiesen todas las cosas con que acudían al de Tetzcuco, determinó de enviarles a decir lo mal que lo hacían los que con Tezozomoctli se habían confederado (que a la verdad, aunque los más se habían hecho con el tirano, muchos de ellos seguían a Ixtlilxuchitl, conociéndole por señor y rey natural); pero como prevalecía la mayor parte contra ellos, solicitaban en favor de Ixtlilxuchitl en secreto, lo que no podían, en público.

Para esto llamó a un sobrino suyo, llamado Cihuacuecuenotzin, hijo de una su hermana, llamada Iztacxochitzin, que casó en Azcaputzalco con Chalchiuhtlatonac y le dijo: ya sabes, sobrino mío, los trabajos grandes que pasamos y lo mal que lo hacen con nosotros las gentes que están obligadas a darnos de comer y sustentarnos y ya los otumpanecas y todos sus convecinos están rebelados contra nosotros y siguen el bando de Tezozomoctli; por lo cual conviene que vayas allá de paz y con la mayor humildad y sumisión que pudieres, los digas: que yo Ixtlilxuchitl, su hijo, ruego encarecidamente a los señores de aquellas ciudades, que pues son mi padre y mi madre, se apiaden de este su desgraciado hijo que anda huyendo por sierras y montes de Tezozomoctli, rey de Azcaputzalco, que le hace injusta guerra; y que también se duelan de los pobres viejos y viejas, mujeres preñadas y niños que por aquellos desiertos andan hambreando y llorando; y que pues están obligados a darme de comer que partan conmigo y con los míos de las cosas que ellos en paz y en libertad poseen y comen.

A estas razones respondió Cihuacuecuenotzin, y dijo: señor, tu voluntad y querer haré, porque más estimo obedecerte, que vivir; bien sé que mi vuelta a tu presencia es incierta, porque ya sabes que los otumpanecas están declarados contra ti en favor de tu pariente Tezozomoctli y que toda la tierra se va hinchendo de tepanecas por mandado del rey tirano y no es menos en Otumpan y no temiendo lo que puede suceder me voy a cumplir tu mandato; y te suplico, por última merced de las que de tu mano he recibido, que si no volviere te acuerdes de favorecer a Tzontecuichatl y Acolmizton, mis hijos que quedan niños y sin padre y será muy grande que los pongas en servicio de tu hijo y mi señor Nezahualcoyotl, que andando en su compañía estoy muy cierto que vivirán seguros a su sombra. Con esto se despidieron los dos y juntamente lloraron, diciendo Ixtlilxuchitl: los dioses te acompañen y te vuelvan que será posible que lo que dices de ti, halles hecho en mí cuando vuelvas, según son muchos los enemigos que me buscan y siguen.

Fuese Cihuacuecuenotzin a Otumpan con el recado que Ixtlilxuchitl le enviaba y antes de llegar (que no hay más de cuatro leguas de la una parte a la otra) le salieron de secreto a decir cómo gente tepaneca, enviada por Tezozomoctli, estaba en el pueblo, que iba a decir y pregonar ciertas cosas que el rey tirano mandaba. Pero aunque supo su llegada no receló de entrar y irse derecho a la plaza donde asistían los señores de la república; en la cual halló con ellos a los tepanecas, saludólos a todos en especial a Quetzalcuixtli, que era el señor mayor de aquella república. Y aunque cuando Cihuacuecuenotzin llegó tenían ya los tepanecas convocada la gente del pueblo de los otros demás comarcanos para decirles la embajada y voluntad de Tezozomoctli, no lo hicieron, antes dijeron a Quetzalcuixtli que mandase a Cihuacuecuenotzin que dijese el mensaje que traía de su señor Ixtlilxuchitl; lo cual Cihuacuecuenotzin hizo con mucho ánimo y esfuerzo, sin temer el furor de los contrarios y representó a Quetzalcuixtli todas las razones de Ixtlilxuchitl y la mucha que temía de quejarse de ellos, pues a él, que era su señor natural le negaban por el extraño. Lo cual todo oyeron muy atentamente los tepanecas que estaban allí, por orden de su rey Tezozomoctli y los demás otumpanecas que eran de aquella república y ciudad y sin responderle razón ninguna comenzaron todos a reírse y hacer burla de él; y uno de la ciudad, llamado Itzcuintlatlacza, tomó una piedra y tirósela a la cabeza y comenzó a dar voces, apellidando favor de los demás contra Cihuacuecuenotzin. Aquí levantaron la voz los tepanecas (que hasta que vieron la resolución y determinación de los de la ciudad, habían estado callando) y dijeron: muera, muera el traidor Cihuacuecuenotzin; y como cargaron todos sobre él, comenzó a defenderse de ellos con el mayor esfuerzo que pudo, por ser hombre valeroso y muy valiente, pero como eran tantos los enemigos hubo de huir y aunque fue huyendo y defendiéndose, un muy gran trecho, fue tanta la piedra que sobre él cargó, que le mataron y después de muerto le hicieron mil pedazos.

Con este hecho quedaron los tepanecas alentados y seguros de que serían oídos de los de la ciudad; y el más principal de ellos dijo a todos los

demás que estaban escuchando: mi venida y la de estos mis compañeros ha sido a muy buena ocasión, pues en nuestra presencia ha pasado el caso sucedido, que seremos buenos testigos para afirmarlo a nuestro rey y señor, Tezozomoctli, en confirmación de la lealtad y fe que esta ciudad y provincia le promete: el cual manda que al que se mostrase parcial y amigo de Ixtlilxuchitl, muera por ello; porque es enemigo suyo y que le guardéis fe y palabra de ser sus vasallos y aliados, ahora y en todo tiempo y que en orden de esto defendáis su persona y nombre, haciendo guerra cruel y mortal a Ixtlilxuchitl y a todos los que se declararen por suyos. Dicho esto por los tepanecas y obedeciendo los de Otumpan, levantaron la voz Quetzalcuixtli, Ayacatzone y Xochpoyon y dijeron, en nombre de todos los que presentes estaban: que obedecían a Tezozomoctli por su rey. En orden de esto mandaron a todos que no reconociesen a Ixtlilxuchitl, sino que le tuviesen por enemigo y que el que le siguiese, moriría por ello.

Luego los otumpanecas dieron aviso de este hecho a Teyolococohuatzin, señor de Aculma, que dicen era hijo de Tezozomoctli, para que estuviera cierto de cómo ellos obedecían a su padre; el cual con gente suya y con algunos tepanecas, que vinieron a darle este aviso, lo envió a su padre de lo sucedido, de que quedó el viejo muy contento y con esto fue prosiguiendo su guerra contra Ixtlilxuchitl. Dicen que luego envió Tezozomoctli, al señor de la provincia de Chalco, que juntamente con los de Otumpan buscasen a Ixtlilxuchitl y lo matasen y con este aviso anduvieron todos cuidadosos de quitarle la vida.

En este tiempo andaba el señor de Tlatelulco solicitando también la muerte de Ixtlilxuchitl, en favor del de Azcaputzalco y los tepanecas no vivían descuidados de procurarle la muerte en ocasiones que se ofrecían; para lo cual ya andaban libre y sueltamente buscándolas, no obstante la paz, que su rey le había prometido y en su ayuda acudían muchos pueblos y provincias. Los de Huexotla, Cohuatlichan, Cohuatepec y Itztapalocan, que estaban confederados y del bando de los tetzcucanos, viendo que casi lo más de la tierra estaba alborotada y hechos todos contra ellos, desampararon sus ciudades y fuéronse a los montes, buscando cuevas y guaridas donde salvar las vidas, porque para hacer rostro al enemigo eran pocos; mayormente que los reyes con lo lucido de sus gentes andaban con Ixtlilxuchitl en el campo y con esta fuga de los pueblos y alteración que les causaba ver que el tirano andaba recogiendo gente y que se le allegaban montones. Movió Ixtlilxuchitl su campo del lugar donde lo tenía situado y marchó adelante hacia tierra de Tlaxcalla.



CAPÍTULO XX. *De la muerte del rey Ixtlilxuchitl y de lo que Tezozomoc ordenó para matarle*



IENDO TEZOZOMOC QUE SE LE IBA DILATANDO el nombre de emperador y señor universal de estos reinos (que era lo que él más deseaba) y que no podía salir con él mientras viviese Ixtlilxuchitl, que era a quien por herencia y de derecho le venía, vivía muy desasogado, y trazando en su corazón medios poderosos que llegasen a su fin ninguno hallaba que colmase su gusto; porque veía que si lo remitía a las manos era muy valeroso el acolhua chichimeca y que valía más con poca gente que él con mucha; y si a traiciones, ninguna le valía, porque todas se las entendía y con esto no llegaba a cumplir sus deseos; mas como lo que mucho se piensa suele abrir puerta por donde llega a tener cumplimiento lo pensado, yendo y viniendo Tezozomoc en este pensamiento, halló traza para ejecutarlo y fue el modo: que como supo que los de Otumba habían muerto a Cihuacuecuenotzin, aseguróse de los de aquella provincia, creyendo (como era verdad) que habían dejado de seguir a Ixtlilxuchitl y que eran de su parte; y también se persuadió a que no sólo volverían a su confederación, pero que harían cuanto pudiesen por ofenderle hasta procurarle la muerte, temiendo que si por algún modo llegaban a sus manos, le habían de pagar la ofensa del sobrino muerto. Y pareciéndole al tirano que por aquí tenía entrada para su intento, buscó otros que les fuesen acompañados, los cuales fueron los chalcas, que aunque le habían prometido ayuda a Ixtlilxuchitl, no se la dieron, antes le fueron traidores.

Llamando (pues) Tezozomoc a los señores de estas dos provincias, díjoles que ordenase cada cual un ejército muy de secreto y que lo pusiesen en parte que Ixtlilxuchitl no lo viese y que dos de sus capitanes llegasen a su campo y lo llamasen de paz, como que querían tratar con él de algún concierto y que lo sacasen de su gente con alguna plática gustosa acerca de su gobierno; y que cuando le tuviesen más descuidado le matasen y luego la gente de la emboscada saliese y diese sobre el campo tetzcucano y lo desbaratase, que él les prometía muy aventajada ayuda y muchas mercedes si se concluía esta contienda como deseaba. Eran los capitanes a quienes Tezozomoc se encomendó muy esforzados y grandes enemigos de Ixtlilxuchitl y como hallaron la ocasión del favor que el tirano les ofrecía, pusieron por obra lo mandado y llegando adonde estaba el valeroso Ixtlilxuchitl, descuidado de la traición, fue llamado; y pareciéndole que dos hombres solos no eran poderosos para ofenderle, porque se estimaba por vencedor de ciento, salió de su gente y fuese adonde estaban (porque le habían enviado a decir que le querían hablar en secreto cosas de importancia acerca de la recuperación de su imperio). Ellos, que traían bien estudiada la traición, supiéronle enlabiar tanto con ella que sin advertir su daño se fue con ellos hasta la parte que les pareció dispuesta para su hecho;

y viendo la buena ocasión no la perdieron, antes se aceleraron tanto que a pocos golpes dieron con él en tierra, muerto, a vista de su gente y hijo Nezahualcoyotl que lo estaba mirando; y aunque se dieron prisa a venir a defenderle no pudieron y luego salieron los de la emboscada y trabaron unos con otros una muy reñida y cruel escaramuza; pero como los tetzcucanos se vieron sin rey fácilmente desmayaron y volvieron las espaldas y se pusieron en huida. Nezahualcoyotl, que no pudo detenerlos (porque herido el pastor se derraman sin orden las ovejas), fuele forzoso huir con ellos, porque no era posible escapar con vida si aguardaba; y porque era muy conocido en las armas y era fuerza ser alcanzado se subió en un árbol, donde se escondió del tropel de los contrarios los cuales fueron pasando, siguiendo el alcance, hasta que los tetzcucanos, muy emboscados en la sierra dejaron de ser seguidos. De esta manera acabó Ixtlilxuchitl malogrando siete años que tuvo de señorío, habiendo vivido en él el emperador Techotlala, su padre, ciento y cuatro; y quedaron las cosas del imperio ya casi por propias del tirano que las apetecía; y Nezahuacoyotl que era el que las heredaba, desposeído de ellas y a sombra de tejado, huyendo de su enemigo, como luego veremos.

CAPÍTULO XXI. *De cómo Tezozomoc, rey de Azcaputzalco, después de haber muerto a Ixtlilxuchitl, heredero legítimo del imperio, se hizo llamar emperador; y de las cosas que mandó y hizo*



STABAN LOS TEPANECAS avisados del día de esta traición y muy aprestados para salir a la guerra, los cuales, en sabiendo lo hecho por los otumpanecas y chalcas, vinieron sobre las ciudades de Tetzcuco, Cohuatlichan, Huexotla, Cohuatepec y Itztapalucan y las entraron a fuego y sangre haciendo gran matanza en todos, porque casi no fue sentido este caso y por esto pudieron salir con tanta victoria; pero como era mucho el gentío que entonces había, fue la voz por todas partes a muy breve tiempo, y todos los que pudieron se fueron huyendo por las montañas vecinas y las pasaron de la otra parte, no sin mucho trabajo y se fueron a guarecer y amaparar de los huexotzincas y tlaxcaltecas, que siempre habían sido amigos y confederados (como ya se ha visto en otra parte después que aquel reino se fundó). Con esta victoria quedó Tezozomoc sin contradicción ninguna y con libertad de apellidar el nombre de emperador que tanto deseaba.

Fue esta batalla muy reñida y de las de más sangre derramada, que hasta entonces se había visto; porque, como los que perdían sus casas trabajaban por defenderlas y los que las querían hacían todo su posible por ganarlas, pusieron los unos y los otros todas las fuerzas posibles para ello; comprando los unos la victoria y poniéndose los otros, que se la daban a todo

el más riesgo que podían; pero, al fin, Nezahualcoyotl quedó sin señorío y fue recibido de tres príncipes que lo habían criado y sido sus ayos; y el cuerpo de Ixtlilxuchitl fue recogido de los tlailotlaques, chichimecas y quemado, aunque no con la majestad y grandeza que los de sus antecesores: que así como no tuvo ventura en vida, tampoco la alcanzó en muerte. Reinó este príncipe siete años con muchos trabajos y casi sin saber que era rey y señor, por la continua molestia que de los suyos de su misma ciudad y de los otros, de otras recibía. Luego que murió este príncipe y pasó esta guerra se volvieron muchos de los señores que le ayudaban a sus ciudades, en traje y vestido disfrazados, por no ser conocidos de los enemigos que como a confederados los buscaban para hacer en ellos lo que en Ixtlilxuchitl habían hecho; pero Nezahualcoyotl, en el cobro que se había puesto, no vivía descuidado de lo que le convenía hacer para vengarse del daño que en su padre y propia persona suya había recibido; que no faltaba gente que le reconociese, aunque por miedo y temor del tirano en público le negaba; porque en las traiciones no todos son traidores aunque todos acudan a ellas, que muchos las cometen o forzados de temor o molestados de violencia; los cuales cuando se ven libres de esta fuerza muestran lo contrario de lo que hicieron; como veremos adelante en la vida y hechos de este excelentísimo príncipe y monarca.

Luego que le fueron las nuevas al tirano de la muerte de Ixtlilxuchitl, hizo publicarse por emperador y pregonar en el imperio de Tetzcuco, libertad y perdón general de todos los que se le habían mostrado contrarios, para que segura y pacíficamente se volviesen a sus casas; para lo cual hizo llamamiento en la ciudad imperial de Tetzcuco, donde concurrieron todos los más principales hombres de la tierra, aunque no todos descubiertos sino disfrazados, muchos que aún temían ser muertos o maltratados, hasta satisfacerse del fin de aquel suceso. Entre los cuales vino oculta y secretamente el príncipe Nezahualcoyotl, por ver con sus ojos y oír con sus oídos lo que pasaba, no recelando ser conocido porque esto no le espantaba, antes andaba como león rabioso buscando medios cómo poder verse vengado. Lo que en esta junta se trató fue que a Tezozomoc reconociesen por rey y emperador supremo, que a él y no a otro acudiesen con los tributos ordinarios con que a sus señores reconocían y que para todo lo que se ofreciese en el imperio fuesen a Azcaputzalco, que aquélla declaraba por ciudad imperial y cabeza del imperio. Estuvo Nezahualcoyotl presente a lo determinado y muy atento al pregón; y fue tanto lo que lo sintió que quería reventar de pena y aun poner en solas sus manos la venganza de ella; pero porque le fue estorbo para ello Huitzitziltetl, grande amigo suyo, lo dejó hasta mejor ocasión jurando en sus manos de morir en la demanda, tomándola por el modo que pudiese.

Puso Tezozomoc dos gobernadores generales, a manera de virreyes; uno para la nación aculhua tulteca, llamado Quauhtli; y otro para la nación chichimeca, que se llamaba Tlatolpotl; y en todas las ciudades y repúblicas tetzcucanas puso su gobernador y él quedó desde entonces reconocido por rey y señor de todo el aculhua y tepaneco imperio, al cual acudían todos

los gobernadores o virreyes, con todos los casos graves que se ofrecían en sus jurisdiciones y a darle los tributos y pecho que estaban obligados, según cada cual debía y tributaba. Oído este pregón y viéndose las gentes de los tres reinos despojados de su señorío, juntáronse los más principales de las cuatro cabeceras de Tetzcuco, Huexotla, Cohuatlichan y Cohuatepec en un pueblo que se llama Papalotlan y allí determinaron la obediencia que habían prometido a Tezozomoctli, Chimalpopoca y Tlacateotl y resolvieron el modo de irse a entregar a sus señores, con intención de verse libres de la guerra que tan crueles hacían y tan imposibilitados estaban para sufrirla y resistirla.

Hizo repartimiento de los tres reinos (conviene a saber) del de Tetzcuco, Cohuatlichan y Huexotla, dando el tetzcucano al rey de Mexico, porque le había ayudado en la guerra que había hecho contra él; y el de Huexotla, al señor y rey de Tlatelulco por lo mismo; y él se quedó con el de Cohuatlichan, aunque mandando a todos que le reconociesen a él como a señor común y universal; y de aquí quedó el reconocimiento que tuvo Tetzcuco a Mexico. Hecho este repartimiento de reinos y señoríos y habiéndole cabido al de Mexico el de Tetzcuco, dicen las historias que un caballero y capitán de los mexicanos se subió en el templo de los tultecas y puesto encima de él comenzó a decir a voces: advertid, chichimecas y aculhuas que nadie se atreva a dar la muerte ni a hacer mal a nuestro hijo Nezahualcoyotl, ni consintáis que nadie le ofenda, porque de lo contrario seréis castigados con grandes rigores. De aquí quedó Nezahualcoyotl con libertad para poder entrar y salir en todas partes, aunque no seguro de Tezozomoctli que como era heredero del reino era fuerza que temiese la mudanza de las cosas; y que en alguna ocasión se trocasen y él perdiese en ella lo ganado.

CAPÍTULO XXII. *Del tributo que el rey Tezozomoctli pidió a los aculhuaques después de muerto Ixtlilxuchitl; y de la respuesta que le dieron, sabia y discreta*



UANDO TEZOZOMOCTLI SE VIDO SEÑOR de la tierra y reconocido, no sólo de los mexicanos (que eran sus feudatarios) sino también del reino aculhua, levantó su ánimo a pedirles más cosas de las que ellos solían administrar a sus reyes y señores, pidiéndoles oro, plata y piedras preciosas y otras semejantes cosas, las cuales no poseían o si las poseían no las acostumbraban dar. Pero los aculhuas, que oyeron la petición de Tezozomoctli por los mensajeros que con ella fueron, respondieron que irían en persona a darla al rey. Para esto hicieron su junta, en la cual dieron y tomaron y confirieron las cosas pasadas de sus reyes con las presentes de este tirano y les pareció ser mucha altivez y soberbia y muy ajena de la condición de los reyes chichimecas, sus antecesores; de los cuales este dicho Tezozomoctli descendía, porque era nieto (como ya en otra parte hemos

dicho) de una hija de Xolotl, primer rey chichimeca y por motejarle de altivo y soberbio o por ventura para darle a entender la sinrazón que les hacía en pedirles tales cosas, dijeron: que para darle la respuesta fuesen algunos de los chichimecas y otros de los tultecas que habían emparentado con ellos; y que puestos ante el rey, dijese uno de estos tultecas su origen y descendencia en su propia lengua y lo mismo dijese un chichimeca en la suya, comenzando desde sus simples y humildes principios hasta el estado presente.

Fuéronse los mensajeros de Tezozomoctli a dar la respuesta que los aculhuas habían dado a su rey; y tras ellos fueron estos dichos aculhuas con los chichimecas y tultecas, que para este dicho efecto consigo llevaron; y puestos en presencia de Tezozomoctli sentidos y agraviados de la demanda hecha, hicieron una muy profunda inclinación, saludando al rey y pidiendo licencia para responder a su demanda. Tezozomoctli, que no sabía el intento que traían y entendiendo que traían las manos llenas de lo que les había enviado a pedir, dioles la licencia que pedían; y como venían ya estos señores advertidos de lo que habían de hacer, levantóse el tulteca llamado Quauhtlihcac, que traía premeditada y estudiada su razón y comenzando a tratar de sus gentes, de sus primeros principios, díjole en su propia lengua tulteca las necesidades que pasaron; y que aunque habían sido gentes poderosas en otros tiempos ya en aquellos que llegó a sus tierras Xolotl, primer rey chichimeca, eran ellos pocos, destruidos, asolados y los pocos que habían quedado, derramados y repartidos por diversas partes donde peregrinaban, pobres y humildes y que aun para comer no alcanzaban semillas en los campos; y que después acá, fueron continuando sus sucesores y descendientes esta misma vida, pobre y humilde, en especial, habiendo emparentado con los chichimecas que no usaban estas cosas: y con esto concluyó su razón. Y sin aguardar a ninguna de las del rey, hizo su inclinación profunda el chichimeca, que para esto iba nombrado de los demás, llamado Tequixquinahuacatl y muy discretamente dijo al rey: yo, señor, puedo con mucha libertad y osadía hablar en esta materia más propiamente; lo uno porque soy chichimeca natural; y lo otro porque hablo con un rey y príncipe, que lo es, descendiente de ellos; cuyos abuelos fueron Xolotl, Nopal, Tlotzin y otros de aquella sangre valerosa de los divinos chichimecas; los cuales en sus principios ni conocieron oro ni plata ni piedras preciosas, ni aun tuvieron ropas que vestir; y sabes, señor, que su vida común y ordinaria era andar vestidos de pieles de venados y otras fieras que mataban; y que las ajorcas que en sus brazos traían eran cueros en que la cuerda del arco batía; y si alguna vez querían poner corona en sus cabezas era de yerbas que en los campos cogían; andaban desnudos sin más atavíos y ropas que las dichas de pieles y cueros de animales; y cuando mucho, unas mantas gruesas de nequén o las hojas del maguey secas, cosidas unas con otras; su comida era carne por cocer y cruda de la misma que ellos con sus manos mataban; andaban al sol y al aire, no tenían casas y sólo se contentaban con vivir en cuevas; y después que con los aculhuas emparentaron y supieron labrar las tierras, ellos mismos las labraban y cul-

tivaban, trayendo coas en las manos y obligando con su ejemplo a que los demás de la república hiciesen lo que veían hacer a sus reyes. Siendo, pues, todo lo dicho la vida y costumbres de nuestros pasados, de quien tú oh rey procedes y todos estos chichimecas y aculhuas, será bien que entiendas que nosotros, tus criados y descendientes suyos, no tenemos esas riquezas para poder servirte con ellas; y así venimos con sumisión y humildad a suplicarte que recibas el servicio de nuestras personas en las cosas que nuestros antepasados nos enseñaron; y también de que te sirvas de no pedirnos las que no tenemos; y confiados de que así nos otorgarás nuestra humilde petición, así te lo volvemos a pedir y suplicar.

Oyó el rey Tezozomoctli la relación hecha por el tulteca y chichimeca y aunque no le supo muy bien les dijo que se fuesen y le acudiesen con todas las cosas que él pedía de ellos y pudiesen darle. Y con esto los despidió y ellos se fueron tristes y desconsolados, viéndose destituidos de su rey y hechos tributarios de estos tres reyes.

CAPÍTULO XXIII. *Que comienza a tratar la vida y hechos de el valeroso rey Nezahualcoyotl de Tetzcuco*



NEZAHUALCOYOTL, LLAMADO POR OTRO NOMBRE Acolmiztli, fue hijo, como hemos visto, de Ixtlilxuchitl, el cual, muerto su padre por la manera dicha en los capítulos pasados, no fue rey, ni tuvo orden para serlo en algún tiempo; y por esto, como se hallaba escocido con la pérdida de su reino y tiranía de Tezozomoctli, andaba como hombre que estaba echado de su casa y desposeído y despojado de su reino; por lo cual andaba siempre a sombra de tejado huyendo de día y velando de noche, buscando orden a su vida y medios posibles para recuperar algo de lo perdido si por ventura no pudiese que la recuperación fuese en el todo. Los primeros que se hicieron contra Nezahualcoyotl fueron Tochpili, tío suyo, hermano de su madre y señor de Chimalpa; y Tecpanecatl, su cuñado, hermano de su mujer. Este Nezahualcoyotl, hijo de Matlalcihuatzin, hija del rey Huitzilihuitl de Mexico (como dejamos dicho) y casó con nieta de este dicho rey Huitzilihuitl, hija de Temictzin, que era sobrina suya, hija de hermana de su madre y hija de sobrina de Chimalpopoca y de Itzcohuatl y llamóse Nezahualxochitzin; y cuando andaba fugitivo Nezahualcoyotl puso en su lugar Tezozomoc a un hermano menor suyo, llamado Yancuiltzin.

Con estos pensamientos se partió de la provincia de Tetzcuco Nezahualcoyotl y se fue hacia la de Chalco (que es la que ahora se llama de Tlalmanalco, habiéndose quedado con el nombre antiguo un pueblo que está veras de la laguna, que por estar en aquel lugar se llama Chalcoatenco) y aunque iba desterrado de su patria no al menos olvidado de las leyes y buenas costumbres, en que era criado y había visto guardar a los de su república; y como su corazón era fuerte, para todo trance, hizo en esta

ocasión demonstración no sólo de la justicia presente sino del celo con que, en lo futuro y por venir, había de tener en la buena conservación de sus gentes.

Fue (pues) el caso que como entrase en casa de una señora viuda y principal a hacer noche y viese que tenía una grande viña de magueyes (que es la planta de que se hace el vino en esta tierra como en otra parte hemos dicho) y se informase que no sólo le servía el vino para sí y para el gasto de la gente de su casa, sino que también tenía granjería de ello (cosa prohibida por ley y muy guardada y castigada de los reyes, sus antecesores) cobró tanto enojo y ira que, sin poderlo sufrir, mató a la dicha señora, llamada Tziltomiauh; diciendo que aunque huía de un particular enemigo que era Tezozomoc no le acobardaban los comunes de la república, que eran los que más la destruían; y la cosa más perniciosa que los asolaba y bestializaba era el vino, siendo en demasía y que por esto había de ser muerto el que causaba este daño. Fue luego sabido el caso del señor de aquella provincia, por ser la persona que lo cometió Nezahualcoyotl; y la que lo pagó conocida y de cuenta y deuda cercana suya; pero no salió a la defensa, porque el príncipe Nezahualcoyotl no curó de aguardar ni fuera cordura concurriendo en este caso dos cosas. La una, que el hecho aunque le fue lícito como a señor que lo era, si el tirano no le tuviere usurpado el poderío y que ejecutaba el castigo y pena de la ley que lo mandaba; era al fin, en casa ajena y parienta del rey, la señora difunta y pudiera ser que antes que llegaran a razones y pruebas de si fue bien o mal hecho, llegaran las manos a probar el rigor y dolor de ver muerta señora tan principal y de hombre que había entrado por huésped. La segunda, porque este señor fue uno de los dos que mataron a su padre Ixtlilxuchitl y como mató al padre matara al hijo si pudiera haberle a las manos, sin más causa que saber que era hijo suyo y por quitar un enemigo, de quien pudiera recelarse, para los tiempos venideros; de manera, que siendo discreto el príncipe y sabio, como lo era, había de considerar esto y otras cosas y desocupar la posada, como lo hizo; de manera que cuando se supo el caso y buscaron al malhechor, se había partido que por ser ya de noche no fue hallado, por más diligencia que pusieron en buscarlo; pero quedó de aquí, en el señor de esta provincia, una muy mala voluntad, con que siempre quiso mal a este príncipe; y lo tomó por causa justa para hacerle guerra y serle contrario todo el tiempo que vivió, que fueron muchos años (como veremos adelante) y a esto ayudaba la memoria de la traición que contra su padre había cometido, fomentado de la incitación de Tezozomoc.



CAPÍTULO XXIV. *De cómo el tirano Tezozomoc soñó cierto sueño y de la interpretación que le dieron sus adivinos y lo que dijo a sus hijos en orden de esto; y muerte de Tezozomoc*



OS HOMBRES, QUE POR ALGÚN CASO ponen cuidado en sus imaginaciones, no sólo de día las trasiegan y de noche velando las vuelven de una parte a otra; pero aun durmiendo las sueñan; porque es una de las condiciones del cuidado atormentar y afligir al que le tiene, velando y durmiendo. Por esta causa andaba Tezozomoc, con el que se le había recrecido en su ancianidad y vejez del imperio, que había alcanzado, tan cuidadoso, que no sólo de día y velando le cercaba de imaginaciones; pero de noche y durmiendo se los representaba su desasosegada fantasía; y así sucedió que muchas veces durmiendo soñó que el reino de Azcaputzalco había de ser destruido y asolado; y entre estos sueños soñó también que Nezahualcoyotl, heredero del reino de Tetzcuco, convertido en águila le abría el pecho y comía el corazón; y que otra vez, tomando forma de león le lamía el cuerpo y chupaba la sangre. De lo cual tomó mal agüero y llamando a sus hijos Tecuhtzintli, Tayatzin y Maxtla, les contó los sueños que diversas veces había tenido y lo que de Nezahualcoyotl había soñado; y que creía que era mal pronóstico, de lo que el mancebo Nezahualcoyotl podría hacer en su tiempo o en la vida de sus hijos, del cual no estaba muy satisfecho ni seguro; y acordándose juntamente de la muerte que había hecho dar a Ixtlilxuchitl, su padre, creyó que podía andar el mancebo buscando orden para tomar venganza; y aunque es verdad que era deudo muy cercano suyo y cuando venía a su corte a visitarle trayéndole algún presente y regalo de los que en su casa acostumbraba y él lo recibía con amor y voluntad y le hacía favor en todo, ya desde este tiempo que comenzó a soñar estos sueños le aborrecía y miraba con ojos diferentes de los que hasta allí, aunque no daba a entender ninguna cosa de éstas.

Llegado, pues, a la enfermedad última de que murió, llamó a sus tres hijos, ya dichos y les dijo: ya sabéis, hijos míos, lo que os tengo diversas veces referido de los sueños que he soñado, y como temo que Nezahualcoyotl vuelva a introducirse en tu reino, recuperando el señorío perdido y procure juntamente avasallaros y destruiros, por lo cual os mando que lo matéis en la mejor ocasión que os pareciere y mientras más presto le diéredes muerte, tanto más ahína quedaréis seguros de enemigo tan cruel; pero esto sea en secreto y de manera que él no entienda ni sepa de su muerte. Y ésta fue la causa porque tantas veces, como después lo hubieron a las manos, nunca le dieron, ni pudieron dar la muerte; porque el mancebo siempre vivía sobre aviso y le guardaba de que lo cogiesen descuidado; y ellos no podían matarle, según el engaño de sus falsos adivinos, si no era estando inocente de su muerte y traición, con que se le ordenaba. Pasado un año, después de haber tenido estos sueños, murió Tezozomoc, habiéndo

sido emperador nueve años y todos los de su reinado, ciento y sesenta; aunque algunos dicen que fueron veinte más; pero creyendo a los que mejor los han contado, decimos no haber tenido más gobierno que éste. El cual muerto fue enterrado con la solemnidad que acostumbraban con los reyes y señores; llegó a ser tan viejo este tirano y a estar tan flaco que ya no dormía en cama ni se sentaba en silla; pero estaba metido en una como cuba, hecha de mimbre, entre algodón y humo de tea (que todo es muy caliente) y de esta manera era temido y reverenciado y servido de sus vasallos.

CAPÍTULO XXV. *Donde se trata de los señores que se hallaron al entierro de Tezozomoc y de otras cosas que pasaron; y cómo no avisaron a Nezahualcoyotl de la muerte del rey; y de cómo vino a sus honras y trataron de matarle*



UERTO EL TIRANO EMPERADOR dejó tres hijos, de los cuales el que le había de heredar en el imperio era llamado Tayatzin y éste estaba en su palacio y corte. Otro, que se llamaba Maxtla, o porque era mayor en edad o más atrevido y ganoso de gobierno, tenía el de la ciudad de Coyohuacan, donde era reconocido por señor de los moradores de toda aquella provincia; y sabida la enfermedad de su padre fue con gran priesa a Azcaputzalco (que dista de esta su dicha ciudad dos leguas); y como más entremetido y ejercitado en gobierno comenzó a mostrarse más señor y más audaz que los demás y a dar orden cómo su padre fuese quemado y enterrado; para lo cual hizo llamar a los señores de Mexico (que a la sazón lo era Chimalpopoca), y al de Tlatelulco, llamado Tlacateutl, que era de su misma casa y sangre.

Días había que Nezahualcoyotl no venía a la ciudad de Azcaputzalco; y aunque no se dice la causa de ello, pienso yo que sería haber venido a su noticia alguna parte de estos sueños y la voz que de ellos se debería de haber levantado entre los que los sabían; y como es de prudentes dar lugar a la ira, Nezahualcoyotl (aunque mozo) lo era mucho y se habría retirado, sólo por no ocasionar a sus contrarios a ninguna cosa mala que contra él hiciesen. Por lo cual, aunque el rey Tezozomoctli llegó a esta enfermedad, de que murió, no lo supo; porque, ni él venía a la corte, ni tampoco los hijos de Tezozomoctli le avisaron de ella, con el ánimo dañado que tenían de matarle, y el modo con que la supo fue que vino gente de su casa, que había ido al mercado, que dijo haber oído en él cómo el rey Tezozomoctli era muerto en Azcaputzalco; y que en confirmación de esto habían visto algunos mayordomos suyos que estaban en el dicho mercado, comprando cosas, que ellos gastaban y habían menester en semejantes entierros.

Oídas pues estas confusas nuevas por Nezahualcoyotl, llamó a un continuo de su casa, llamado Tzontemichatzin, y le dijo lo que había oído; y que aunque no le habían dado aviso de ella, lo creía, por lo que los mayor-

domos compraban en el mercado; y que se dispusiesen y compusiesen flores (que son los ramilletes con que ellos acostumbran a saludarse) buen presente y que se fuese con él y llamase gente que los acompañase, y con todos juntos se fue a Azcaputzalco, donde cuando llegó había cuatro días que era muerto y aquel cuarto día era cuando habían de quemar su cuerpo y enterrar sus cenizas.

Cuando llegó al palacio y sala donde el cuerpo del difunto estaba, halló dentro al señor de Mexico y al de Tlatilulco y a otros algunos que para este entierro habían sido llamados; los cuales todos hacían demonstración de mucho sentimiento con la muerte del rey. Estaban sentados por orden en la sala los señores por esta manera: primero, el de Mexico; tras él, el de Tlatilulco; luego seguía Tecuhtzintli, hijo de el rey difunto; tras él, Tayatzin; y el último y que tenía más honrado lugar, era Maxtla, señor de la ciudad y provincia de Coyohuacan, hijo también del difunto. Entró Nezahualcoyotl y así como los vido sentados por orden, así ni más ni menos los fue saludando y haciendo su acatamiento, comenzando en Chimalpopoca, rey de Mexico, y acabando en Maxtla que era el último, y ofreciendo su presente y flores se sentó en una silla, junto de Chimalpopoca y hizo su demonstración de llorar con ellos; y el otro señor, llamado Tzontecuichatzin que iba con él, hizo lo mismo.

Tecuhtzintli que vido a Nezahualcoyotl en la sala sentado con ellos y que era fácil de matarle entonces, se volvió a Maxtla su hermano y le dijo: paréceme, hermano mío, que es buena la ocasión para ejecutar lo que nuestro padre nos dejó mandado acerca de matar a Nezahualcoyotl, porque con su muerte ahora no se le alborote el corazón y refresque la sangre en orden de vengarse. Enojóse Maxtla de este dicho de su hermano, y haciendo mofa de él y de Nezahualcoyotl le dijo: no es ésta buena ocasión para ese hecho; porque la presente de estar haciendo las obsequias del rey mi padre no nos da lugar a eso; mayormente que no nos sería bien contado este caso porque nos notarían de ambiciosos y de gente inconsiderada; pues que cuando estamos llorando la muerte de nuestro padre queremos darla a los que nos visitan, cuanto y más que Nezahualcoyotl no es invisible y como no se meta en el fuego, en el agua o debajo de la tierra, habrá día en qué vengar nuestras manos y caerá en ellas.



CAPÍTULO XXVI. *De cómo después de enterrado el emperador no fue introducido Tayatzin en el imperio y se vino a la ciudad de Mexico; y se quedó Maxtla en Azcaputzalco con ánimo y deseo de seguir a su padre en el imperio*



UEGO QUE TEZOZOMOC FUE QUEMADO y enterradas sus cenizas hizo demonstración Maxtla, su hijo, señor de Coyohuacan, de querer ser señor de todo el imperio siguiendo en él a su padre, no haciendo caso de su hermano Tayatzin, que era el que venía llamado para esto de su padre Tezozomoc, a quien dejaba el señorío de Azcaputzalco y encomendado a los dos señores de Mexico y Tlatelulco para que en el le amparesen; y en orden de esta pretensión comenzó a libertarse y demasiarse, dando a entender que cuando razones no bastasen pondría la ejecución en las manos. Tayatzin, que era hombre pacífico, cuerdo y avisado, no quiso luego poner en riesgo y peligro un caso tan importante y de estima, porque consideraba que su hermano era señor de vasallos y reconocido y obedecido de ellos; y que él, aunque se los habían dado, no los tenía probados ni sabía la fe y lealtad que le guardarían; por lo cual (como hombre que se hacía desentendido de la pretensión de su soberbio hermano) disimuló por entonces y viniéronse los reyes de Mexico y Tlatelulco a sus casas; y otro día de mañana vino Tayatzin a Mexico y fuese a la casa del rey el cual lo salió a recibir a su sala donde se saludaron; y preguntó Chimalpopoca por el estado en que las cosas de su reino estaban y cómo quedaba Maxtla, sólo por ocasionar a Tayatzin para que le manifestase su pecho; y viendo que no le salía a lo que él quisiera y deseaba le dijo: ¿cómo sufres en tu corazón esto que tu hermano Maxtla ha hecho contigo? ¿Por ventura el reino no es tuyo? ¿No te lo dejó tu padre Tezozomoctli? ¿Pues cómo te ves despojado y desposeído de él y no te mueves a cobrarlo? A esto respondió Tayatzin y dijo: a eso no sé responder más que decir que yo no me he de dar a mí mismo el señorío y el reinado; porque si los vasallos no me lo dan yo solo muy mal me puedo introducir en él; y veo que Maxtla, mi hermano, se ha hecho señor y no hay quien se lo contradiga; y es cosa muy dificultosa que siéndolo él le quiera quitar y ponerme yo en su lugar sin más poder ni fuerzas que mi solo deseo. A esto dijo Chimalpopoca: yo daré una buena traza para que este caso llegue a debida ejecución y tú te veas rey y tu hermano sin reino, si tienes ánimo para ejecutarlo. Entonces Chimalpopoca le dijo: la traza mejor que puedo darte es que vayas a tu corte y finjas pesar y pena de vivir en los palacios de tu padre acordándote de lo mucho que te quería y de la grande soledad que su muerte te ha causado, y que por esto no quieres vivir en ellos sino que has determinado de hacer otros nuevos y pasarte a ellos, dejando en esotros a tu hermano Maxtla, si todavía persevera en querer asistir en ellos; y luego que sean acabados convidarás a Maxtla para la estrena; y en el sosiego y descuido del convite

podrás tener ministros que le den la muerte y a ti te dejen señor libre de tan cruel y soberbio enemigo y yo seré el principal y primero que le ponga las manos y dé la muerte; a este consejo no respondió Tayatzin antes se entristeció.

Esta plática oyó un criado de Tayatzin muy familiar suyo que había venido en su compañía a México y se había puesto en la casa real, cuando los dos señores hablaban en parte donde los pudo muy bien oír (aunque no de propósito para el caso). Confuso y triste Tayatzin se estuvo en Mexico tres días en compañía de Chimalpopoca donde dejándolo en su casa el criado que con el había ido se fue a palacio con ánimo de decir al rey Maxtla lo que en Mexico entre Chimalpopoca y su señor Tayatzin había pasado; y llegando a palacio de noche dijo a uno de los porteros: necesidad tengo de ver al rey Maxtla que traigo un caso grave que decirle; y pareciéndole al portero que no podía ser menos que muy importante pues venía a tratarlo a aquellas horas, entró al rey y se lo dijo. Maxtla, que como extraño y no llamado al imperio todavía recelaba lo que podría sucederle, temiendo no fuese alguna conjuración o traición repentina, dio entrada liberal al traidor para que le tratase a lo que venía; el cual puesto en su presencia le dijo todo lo referido y tratado por los reyes.

Maxtla, que era altivo y soberbio, y pareciéndole que aquello no podía ser, ni que hubiese cabido en los pechos de Chimalpopoca y de su hermano Tayatzin, reprehendió ásperamente al criado y motejándole de hombre ebrio y sin juicio le mandó irse a dormir y a digerir el vino (si por ventura lo había bebido). El criado se fue con esta respuesta, bien digna de un traidor. Pero aunque no creyó la razón que éste le había dado con todo determinó en su corazón de hacer aquello mismo que a su hermano habían aconsejado contra él y pensó que la muerte que su hermano le pudiera ordenar por aquel modo era el medio más seguro que él podía tomar, para dársela a él y quedarse señor del imperio; sin que hubiese quien se lo contradijese; porque los otros hermanos que le quedaban ni eran herederos ni le parecía que tendrían ánimo para salir a la demanda por no estar nombrados para herederos ni tener vasallos que los favoreciese como él de presente los tenía y muchos amigos y allegados del imperio. Por lo cual, luego que amaneció, hizo llamar sus gentes y les dijo: estas casas que eran de mi padre son derechamente de mi hermano Tayatl, pues se dice que a él se las dejó; y habiendo yo de asistir en esta corte tengo necesidad de tener palacios en que viva, para lo cual he determinado de hacerlos; y así quiero que luego se comiencen y acaben con mucha brevedad para que mi hermano entre tomando posesión de su casa y yo me pase a la mía. Señaló el lugar y fue tanto el gentío que concurrió a abrir las zanjas, hacer cimientos y levantar paredes y asentar maderas que dentro de ocho días hizo unas casas grandes y de muchos cumplimientos.

Al tercero día del entierro de Tezozomoc que volvía Tayatzin de México a poner en ejecución el consejo de Chimalpopoca, halló que su hermano Maxtla había comenzado sus casas, y no advirtiendo en la traición del engaño que era el familiar que había llevado consigo (porque no creyó que

hubiese persona que lo hubiese oído, ni tampoco que el rey de Mexico le hubiese avisado) preguntó a su hermano Maxtla el intento con que edificaba palacios en su ciudad. Maxtla le dijo que porque las casas reales eran suyas y que a él se le hacía muy de mal ir y venir a Coyuhuacan (donde tenía su señorío), quería con su licencia tener casas en su corte, donde poder vivir de asiento. Con esta respuesta se quietó Tayatzin y no atendió a la malicia de su hermano; y aunque pudo tener intención de edificar casa, no lo puso en ejecución, pareciéndole por ventura que el intento de su hermano no era quitarle el reino sino asistir con él, juntamente, hasta que el tiempo otra cosa le enseñase.

Acabados los palacios (que dicen fueron edificados en solos diez días) hizo convite a todos los señores comarcanos en la estrena de ellos como estas naciones lo acostumbraban y aún de presente se acostumbra y aunque fue llamado a él Chimalpopoca, señor de Mexico, no vino porque viendo que Maxtla había hecho palacios al mismo tiempo que él, y Tayatzin habían tratado de hacerlos para matarle, presumió que aquel nuevo edificio era con intención de hacer en su hermano y en él lo que ellos habían determinado contra Maxtla; y que esto sería posible porque también lo pudo ser haberle avisado de ello, porque aunque el caso se trató en secreto pudo haber alguno que lo oyese (según el común decir que las paredes tienen oídos) y se lo habría dicho, y con este recelo se excusó; pero como Tayatzin no hizo este discurso entró en el convite muy descuidado y en lo más regocijado de él llegó gente apercibida de Maxtla que lo mató y desbarató el regocijo con que las fiestas se habían comenzado. Alborotóse todo el pueblo con el repentino caso; y Maxtla los quietó contándoles el caso cómo había pasado y diciéndoles su poca culpa; pues lo que había hecho era en orden de estorbar la traición que su hermano contra él quería ordenar. Quedaron todos quietos y espantados del suceso y traza, y aclamaron por rey y emperador a Maxtla, el cual desde entonces se introdujo en el imperio y poseyó la silla de su padre con la misma autoridad que su padre la había tenido.

CAPÍTULO XXVII. *De cómo Maxtla emperador hizo traición a Chimalpopoca, rey de Mexico, haciendo llevar por engaño a una de sus mujeres a Azcaputzalco*



AXTLA (que como hemos dicho) era inquieto y bullicioso no sólo amigo de enseñorearse de las provincias y reinos, sino también de tener abatidos y ultrajados a los moradores de ellos, olvidado del beneficio que los mexicanos habían hecho a su padre, cuando le ayudaron en la conquista y vencimiento de los de Tetzcuco y sus provincias, comenzó a quererlos mucho más mal de lo que hasta allí los quería; y debía de ser la causa de

que en aquel vencimiento quedaron los de Tetzcuco con reconocimiento a los de Mexico, y debíale de parecer que gente advenediza y tributaria suya no era razón que tuviesen otros que los reconociesen; por lo cual es muy de creer siendo esto así, y él tan soberbio como dicen que era, que también pretendería sujetarlos de todo punto para que viniendo ellos a su sujeción, lo estuviesen también los que a éstos lo estaban. Y de aquí me parece que tomaría ocasiones leves para agravarlas y hacer culpados a los que no lo eran; en cuya confirmación se ponen dos casos bien ajenos de razón y hechos por él.

El primero de los cuales es éste: como los mexicanos todavía reconocían al rey de Azcaputzalco por señor y le pagaban tributo y pecho de aquellas cosas que (como hemos dicho) se crían en esta laguna, hizo Chimalpopoca traer el reconocimiento ordinario para enviarle a saludar y pagarle lo que le debía; y habiendo pescado los pescadores un buen golpe de pescado de camarón y de ranas, hizo ponerlo en tres grandes cestos hinchendo uno de cada cosa. El cual presente con otras legumbres lo envió al rey con alguna gente principal de su casa y corte; los cuales saludando a Maxtla, con el presente dicho y con la humildad de palabras que supieron, lo recibió el rey mostrando agradecimiento de ello aunque este agradecimiento exterior debió de ser fingido por lo que después pasó; porque mandando aposentar a los mexicanos que lo llevaron se entró de la sala donde lo había recibido a lo interior de su palacio; y, tomando consejo con algunos de los suyos acerca de lo que se respondería y enviaría en retorno al rey de Mexico (por ser costumbre que entre éstos se usaba), salió determinado que le enviasen unas naguas y un huipil de nequén, que es vestidura mujeril y la materia de que fueron tejidas de la más vil y apocada de la que entre ellos usan. Salió un criado con el presente y púsolo en la presencia de los mexicanos que estaban aguardando la respuesta; el cual les dio y sin decirles nada se volvió a entrar allá dentro. Los mexicanos que vieron el mujeril y pobre retorno y que en darles semejante ropa los motejaba de mujeres cobardes y pusilánimes, muy corridos bajaron sus cabezas y comenzaron a sentir en su corazón su corrimiento. Salió luego otro criado que les mandó que no se fuesen (que debió de ser segunda determinación después de la primera para matarlos).

Puesto este caso en este punto y los mexicanos detenidos oyeron dentro del palacio grandes regocijos de bailes y cantares y atendiendo a lo que fuese e ignorantes de lo que se les aparejaba, dicen que se los apareció su dios Huitzilopuchtli y les dijo: ¿qué hacéis, mexicanos, qué aguardáis? Sabed que este rey tiene determinado de mataros haciendo principio en vosotros, para acabar después a toda la gente mexicana, para lo cual tiene convocados y avisados a los xuchimilcas, para que vengan en su ayuda; y porque esto no tenga efecto, huid y idos a vuestro rey y decidle el engaño y maraña de lo que pasa. Hiciéronlo así los mexicanos, porque agujereando la sala en que estaban, que era de cañizo, se salieron oculta y secretamente y se vinieron a su ciudad y dieron a su rey de todo aviso. Pero aunque fue certificado de su agravio y afrenta la disimuló por no tener

aún fuerzas para resistirle hasta prevenirse de armas y lo demás necesario para hacer guerra a un tan poderoso rey como entonces lo estaba Maxtla.

Queriendo pues el Azcaputzalco poner en ejecución la muerte de los mexicanos que habían pensado, hizo salir gente para ello; pero viendo que se habían ido, disimuló por entonces el caso con recelo de no espantar la caza aguardando a mejor ocasión para cogerlos a todos descuidados y desapercibidos.

El segundo caso que con este rey usó Maxtla fue que como los mexicanos y tepanecas ya se comunicaban y habían emparentado algunos de ellos, no se recelaron de tratarse y visitarse; y por esto Maxtla, que tuvo noticia que el rey Chimalpopoca tenía entre sus mujeres una muy hermosa, aficionado por oídas de ella dio traza y orden con algunas damas y señoras de su ciudad, de que se la llevasen por engaño. Y viniendo estas dichas señoras a esta ciudad y visitando a la reina la obligaron a irse con ellas a Azcaputzalco, las cuales con el mismo engaño que la sacaron de su casa con este mismo la pusieron y entregaron en las manos y poder de Maxtla y sin poderlo resistir la reina, Maxtla se aprovechó de ella y la despidió. La reina que se vio engañada de las señoras azcaputzalcas y forzada y afrentada del rey Maxtla, volvióse confusa a su ciudad y contó a su marido Chimalpopoca lo que le había pasado y sucedido. Y como el caso no era muy de honra oyólo el rey con la más paciencia que pudo; y aunque colérico y enojado del caso y deseoso de tomar venganza de tantas afrentas como Maxtla le hacía, no hallaba medios suficientes aguardando a que corriese el tiempo y ofreciese mejor ocasión.

CAPÍTULO XXVIII. *De cómo Nezahualcoyotl se fue de Azcaputzalco y de lo que le sucedió; y de la prisión de Chimalpopoca rey de Mexico y de su muerte ahorcándose él mismo*



LUEGO QUE NEZAHUALCOYOTL SE VIDO LIBRE de aquella traición, que queda referida, no quiso aguardar en Azcaputzalco; pero vínose a Tlatelulco y pidió canoa a un señor amigo suyo y con mucho secreto pasó la laguna y se fue a Tetzcuco donde, aunque no era rey jurado, le trataban como a rey; y estúvose allí algunos días escondido trazando siempre en su imaginación la recuperación de su reino, para lo cual enviaba sus embajadores a diversas partes del imperio, y movía las gentes amigas que podía para su ayuda en la ocasión que mejor fuese para acometer a su enemigo. El emperador Maxtla, que estaba sentido del consejo que el rey Chimalpopoca había dado a su hermano Tayatzin, no se descuidaba en buscar medios para la venganza; porque se incitaba mucho a ella saber que los reyes mexicanos eran tributarios del imperio azcaputzalcatl y que era demasiado atrevimiento mover traición contra ninguno de él y que

aquello sería con intención de que viendo revueltos a los que lo poseían moverían ellos alguna guerra para destruirlos y señorearse de sus señores y amos.

Chimalpopoca, que vido descubierto el caso y temió que de él le había de redundar la muerte o porque tenía a Maxtla por hombre belicoso y vengativo, disimuló por algún tiempo, sintiendo cada día más el caso afrentoso de su honra, como en el capítulo pasado se ha dicho; pero viéndose flaco de fuerzas, por ser tan pujantes las de su contrario, y sabiendo que de cierto le andaba buscando la muerte Maxtla, quiso, antes de venir a sus manos, morir de otra muerte que él pudiera darle, y tratando este caso con Tlacateotl, rey de Tlatilulco, se resolvió en decir que ya que había de morir no quería que esta muerte le fuese dada por orden de Maxtla, sino morir como ciertos antepadados suyos murieron en Atlauhpulco, que fue haciendo un baile, sacrificándose en él a su dios Huitzilopuchtli todos los señores que en él bailaron; porque decía que no había parte en la tierra donde pudiese escaparse de las manos de Maxtla, por ser rey poderoso y él tan conocido de todos.

Con esta determinación llamó a algunos de los mexicanos y les dijo su intento y les declaró la afrenta que les haría si acaso muriese a manos del rey Maxtla, por el caso de Tayatzin, porque baptizarían este hecho con nombre de traición y que no era razón que de un rey mexicano se dijese. Y aunque debieron de hacer sentimiento de ello los mexicanos vinieron en la voluntad de Chimalpopoca y parece ser así verdad; pues el rey puso en ejecución el propósito que tenía para lo cual (señalando el día) se vistió de los vestidos de su dios Huitzilopuchtli y con él muchos señores y señoras principales, los cuales habían de morir con él juntamente; comenzaron a bailar y a la hora determinada, cuando comenzaban en semejantes bailes de sacrificios a sacrificar los ofrecidos al demonio, comenzó el ministro a matar por su orden a los que bailaban. Pero como el caso era público no debió de faltar quien fuese con estas nuevas a Maxtla. El cual envió gente muy apriesa que llegase a tiempo que pudiesen prender a Chimalpopoca, antes que los sacerdotes le matasen y ofreciesen en sacrificio; y por ventura debió de ser porque no llevase aquella gloria de haberse él mismo muerto y ofrecido en ofrenda y holocausto a su falso dios. Y vese claro ser ésta su intención; porque a ser otra no sólo no le diera pena su muerte, pero antes se holgara de haber sabido que era muerto; pues ya lo tenía por contrario en su reinado. Llegaron las gentes de Maxtla al lugar y parte donde se hacía sacrificio a sazón y coyuntura que no faltaban más de dos para ser sacrificados, detrás de los cuales, por última conclusión del sacrificio, había de morir Chimalpopoca. Y llegando repentinamente sin ser sentidos lo cogieron y llevaron con las vestiduras de que estaba vestido y pusiéronlo en una jaula muy fuerte que le servía de cárcel. Quisiéronse poner en arma los mexicanos, en defensa de su rey; pero como eran muchos los tepanecas y venían apercibidos de guerra y ellos estaban de fiesta y descuidados, no tuvo efecto el enojo que les causó este hecho y los tepanecas se fueron con su rey Chimalpopoca muy contentos. Preso el rey Chimalpo-

poca, envió Maxtla a llamar a Nezahualcoyotl donde quiera que lo hallasen, fingiendo querer tratar con él de algún buen medio en orden de darle el reino y de introducirle en él. Vino Nezahualcoyotl por agua y desembarcó en Tlatelulco, en un barrio llamado Contla, y se fue a casa de un grande amigo suyo que se llamaba Chichincatl, y dándole razón de su venida, le dijo Chichincatl que no era para hacerle bien alguno sino para matarle que para esto tenía avisadas sus gentes y que trataba también de matar a Tlacateotl, rey de Tlatelulco, por haberle dado aviso de que se querían matar cuando entró en la sala donde estaban celebrando las honras de Tezozomoc; y lo que con todos platicaba era, decir que la nación aculhua había de perecer y acabarse de todo punto y que no habían de levantar cabeza y que sólo los tepanecas habían de ser señores de este mundo. Quejándose también de los mexicanos y tlatelulcas, que siendo sus vasallos tratasen de querer ser señores y no reconocerle como a sólo y poderoso, y díjole la prisión de Chimalpopoca.

En éstas y otras cosas pasaron algún rato los dos amigos, y Nezahualcoyotl, que era de ánimo muy esforzado, no sólo no se acobardó con lo que había oído; pero muy animoso se despidió y se fue a Azcaputzalco, donde llegó ya de noche y se aposentó secretamente en casa de un señor fiel amigo suyo y por la mañana, queriendo irse a palacio, pasó por la casa de Chachaton y gran privado y familiar del rey Maxtla, hombre anciano y sabio y que también quería mucho a Nezahualcoyotl; al cual Chachaton, cuando llegó Nezahualcoyotl, halló a su puerta y le dijo cómo venía con intento de llevarle por padrino a la presencia del rey; porque sabía que debajo de su amparo iba seguro y que no habría cosa que le ofendiese y así le suplicaba le apadrinase y fuese con él juntamente a palacio. Chachaton, que sabía los intentos del rey y lo mal que a Nezahualcoyotl quería, no confiando de ningún buen suceso si entraban juntos, quiso asegurar el caso con entrar primero y saber el gusto de el rey y lo que podría suceder de la entrada de Nezahualcoyotl, ya que lo había tomado por padrino: díjole Maxtla que Nezahualcoyotl estaba allí, que quería besarle sus manos y hacerle visita. El rey respondió que entrase, que él tenía mucho gusto de verle. Entró Nezahualcoyotl y después de haberle saludado y tenido los cumplimientos que estos reyes entre sí usaban, no le sufrió el corazón a Nezahualcoyotl sin decirle el intento con que venía a hablarle, lo cual comenzó de esta manera:

Sabido he, señor, cómo tienes preso a Chimalpopoca, rey de Mexico, criado y vasallo tuyo y no sé si aún está vivo en la cárcel o le has ya mandado dar muerte; esto querría saber de tu boca y también las amenazas que dicen que me haces, si por ventura son ciertas; porque para amenazarme de muerte sé que no te he dado ocasión; y si he de morir sin ella vesme aquí, en tu presencia, mátame, o haz de mí lo que quisieres, porque no vengo a otra cosa sino a pedirte la muerte; y diciendo esto derramó lagrimas y calló.

No respondió Maxtla a estas razones ninguna cosa; pero volviendo el rostro hacia Chachaton que lo apadrinaba le dijo: bien has oído las razo-

nes de mi hijo Nezahualcoyotl, entre las cuales en la que más fuerza hace, es, impedirme la muerte; harto me espanta que siendo mozo y de poca edad tenga este ánimo y atrevimiento; pero tú, que eres viejo y ya cargado de años, en cuyo consejo confío y espero, ¿cuál es el que me das? ¿No sabes que ha días que lo estoy esperando de tu boca? ¿Y no sabes también las cosas que convienen acerca de este caso? Y sin declararse más, ni aguardar la respuesta de Chachaton, volvió a hablar con Nezahualcoyotl y le dijo: no tengas pena, mancebo, ni te entristezcas, que ni Chimalpopoca es muerto ni morirá; pero quiero que sepas la grande razón que tengo para haberle prendido; porque he sabido de él que trata de secreto de rebelarse contra mí y que ordenó un baile descompuesto y muy ajeno de su edad por ser hombre, que a ser muchacho y de poco seso todavía se le perdonara; pero un hombre mayor como él no es justo que dé mal ejemplo al pueblo. Con esta plática lo fue asegurando, porque estaba industriado de que Nezahualcoyotl no había de ser muerto de bueno a bueno; y así no le mandó matar, antes buscó ocasión cómo asegurarle para que a traición fuera muerto; y mandólo aposentar y dar alguna refacción para que descansase del camino (que aunque eran reyes, como no había caballos en esta tierra, si no se hacían llevar en hombros, andaban a pie, y Nezahualcoyotl, como desposeído de su reino, andaba como podía y por esta causa aunque sus padres y abuelos usaron de este señorío y autoridad, no la gozaba él, por faltarle gente para ello).

Estando Chimalpopoca en la cárcel y sabiendo la venida de Nezahualcoyotl, envióle a llamar con Yancuiltzin y juntamente le envió a decir toda la causa de su prisión y que le rogaba le viniese a ver en ella; pidió licencia a Maxtla para ir a ver a Chimalpopoca que estaba en la cárcel a mucho recado, con mucha y muy fuerte guarda; tal como convenía para la seguridad de un rey enemigo; el cual se la dio. Y entró Nezahualcoyotl en ella con la licencia que llevaba y abrazándose los dos lloraron entrambos y contóle todo lo que con Maxtla había pasado y Chimalpopoca a él su prisión y la causa de ella. Después comenzó Chimalpopoca a declararse más con Nezahualcoyotl, diciéndole: cómo Maxtla era gran traidor, y que las veces que le llamaba a su corte era con intención de matarle a traición y no de bueno a bueno, porque así estaba pronosticado, para que Maxtla pudiese gozar de su reino libre y seguramente; que no fuese a Azcaputzalco ninguna vez y que si fuere posible las excusase todas y no le viese y que por última determinación y manifestación de su voluntad, acerca de lo que quería, le rogaba que pues él había de morir en aquella prisión, que no desamparase a los pobres mexicanos que quedaban sin rey y que les fuese padre y amigo en sus necesidades y que no se pusiese en ocasión de que le matasen; porque no dejase huérfanos a los aculhuaques que le tenían por señor y amparo; y volviendo a repetirse estas razones se despidió de él como hombre que ya moría y en señal del amor y voluntad que le tenía, le dio un bezote de oro que tenía puesto y le dijo: toma esta prenda que fue del rey Huitzilihuitl, mi hermano del cual la heredé; y juntamente le dio unas orejeras a manera de zarcillos y otras piedras preciosas de que

usaba, con lo cual todo estaba allí en la cárcel adornado. Y a otro caballero que iba con Nezahualcoyotl le dio otras joyas y preseas de valor y se despidió de entrambos, y diole por consejo que cuando fuese a su casa en la sala y palacio real, donde de ordinario asistía, tuviese agujereada la pared para que si llegasen a quererle coger de repente, tuviese guarida por donde libertase. Y de este consejo debió de nacer la advertencia que tuvo cuando llegaron los tepanecas, a quererle matar a traición en su casa, de cuyas manos se escapó por el agujero que estaba hecho detrás del asiento y silla real en que se sentaba, como en otra parte decimos. Y porque la tardanza era peligrosa (porque pudiera ser puesta en ejecución alguna maldad contra Nezahualcoyotl) se despidió del preso y se fue a su ciudad sin volver a la presencia de Maxtla que lo sintió en el alma, viendo que no se le aliñaba su muerte. En esta jaula tuvieron preso y afligido a Chimalpopoca, dándole a comer por onzas; y viéndose así y sabiendo que le habían de sacar de ella para darle muerte cruel y rigurosa ordenó de matarse; y así se ahorcó a sí mismo en la cárcel donde estaba; teniendo por mejor muerte la que sus manos podían darle, que la que pudiera recibir de sus enemigos, como triunfando él de sí mismo, antes que su enemigo triunfase de él, como hizo Cleopatra y otros valerosos y esforzados capitanes gentiles, que por haberlo sido hicieron semejantes hechos por no verse en manos ajenas, con ultraje y menoscabo de su valor y grandeza.

Y ésta es la muerte y fin de este desgraciado rey, tercero de Mexico; y esta muerte, así referida, la he visto pintada en dos historias diferentes; una de los de Cohuatlichan, que son aculhuaques, los cuales le pintan dentro de una jaula de fortísimos maderos y dentro de ella ahorcado y junto a él, el nombre del que se tenía en la prisión que es Maxtla; y en otra historia tetzcucana se dice haber muerto de esta manera. Demás de esta verdaderísima probanza me sucedió, habrá doce o catorce años, que estando haciendo parte de estas averiguaciones en esta ciudad de Mexico, con gente sabia y anciana, estaba entre ellos un viejo que me parece tenía más de sesenta años y el que me estaba declarando las pinturas del libro que examinábamos me dijo: padre, haz que hable este viejo; porque sabe esta historia, mejor que yo, que es comprehendido en ella; y volviéndose a él le dijo: ¿por qué no hablas? Pues eres renuevo de aquel tronco, y preguntándole el caso al viejo me dijo, cómo era decendiente de este rey Chimalpopoca y que era verdad que había muerto ahorcado, habiéndose dado él mismo aquella muerte por no morir a manos de Maxtla con que quedase glorioso y el pueblo mexicano afrentado.

Al onceno año del reinado de este rey trajo una piedra muy grande para los sacrificios, la cual puso en el barrio de Tlalcocomoco, sobre la cual mataban y sacrificaban los que eran ofrecidos en sacrificio a los demonios y la digladiatoria. Era esta piedra redonda y grande, labrada toda a la redonda con grande artificio y agujereada por medio, por donde corría la sangre de los cuerpos que sobre ella cortaban. De aquí se infiere que ya en estos tiempos tenían guerras y que salían a ellas, pues los que sacrificaban eran de ordinario los esclavos y cautivos en ellas; y estos sacrificios

hacían en estos tiempos estos mexicanos a su dios Huitzilopuchtli, en el templo pajizo que le tenían hecho, hasta que le edificaron un grande y sumptuoso que se acabó en tiempo de Axayacatl (como después veremos). Muerto este rey por la manera dicha y sabido por los mexicanos, eligieron luego a Itzicoatl, como adelante veremos.

CAPÍTULO XXIX. *De otra visita que Nezahualcoyotl hizo a Maxtla, viniendo de Tetzcuco a Azcaputzalco*



OMO NEZAHUALCOYOTL ANDABA YA AVISADO de cómo deseaba Maxtla haberle a las manos por traición para matarle, andaba también cuidadoso de no caer en ellas y, como hombre valiente y animoso que era, quiso hacer nueva experiencia de los avisos que los otros le daban y determinó de volver a Azcaputzalco y verse con Maxtla y saber de él si todavía trataba de matarlo; para lo cual mandó a ciertos señores, de los que le acompañaban, que compusiesen un rico y preciado presente, así de vestidos para él como para algunas de sus mujeres, con otras cosas de valor y precio, y haciéndolo llevar consigo se acompañó con tres de los más valientes capitanes que tenía y se vino para Azcaputzalco; y llegando aquel día ya muy tarde a la corte, aposentóse muy secretamente en casa de un señor amigo suyo, porque su venida no fuese divulgada aquella noche y le acometiesen con alguna traición. Venida la mañana fuese a palacio con su gente y mandó dar aviso al rey de su llegada; el cual pensando ser buena la ocasión para darle muerte holgó de su venida y fingiendo estar en la cama algo indispuesto hizo que una de sus mujeres, llamada Malin, saliese a recibirle y recibiese de él lo que trajese; y traía orden esta señora de aposentarlo y regalarlo para sólo entretenerlo, mientras el traidor de Maxtla daba orden en matarlo. Hízolo así la señora y saliendo a recibir a Nezahualcoyotl, le dijo cómo el rey Maxtla no se podía levantar tan presto por andar achacoso de algunos males que traía; pero que mientras se hacía hora de verle, que descansase y viese si mandaba algo.

Nezahualcoyotl, que era hombre avisado, oyó el recado y concibió la traición, pero no mostrando cobardía dio su recado y presente, diciendo que su venida no era a más que a besarle las manos; y que con que así lo supiese se volvería contento. Con esto se entró la mujer de Maxtla y se quedó Nezahualcoyotl en la sala o aposento donde la habían hospedado; y concibiendo el mal intento de su enemigo, despachó su gente y a uno de los tres capitanes que con él habían venido, dijo: que no era posible escapar con la vida (según lo que había pasado) ni tampoco era razón aguardar, porque dos hombres solos no se podrían defender de tantos juntos; pero que le parecía buena traza que se quedase a la puerta y que él se saldría con traje disfrazado por una de las paredes del cañizo de que estaba cercado el calpul donde le habían aposentado; y condescendiendo el capitán

con lo dicho, se sentó a la puerta, como que estaba haciendo cuerpo de guardia a su señor; y Nezahualcoyotl, rompiendo el cañizo, se salió de la sala, volviendo a juntar las cañas (porque no se entendiese, que por allí se había salido), se fue.

Maxtla, que se había negado, hizo llamar luego cuatro hombres esforzados y valientes, mientras su mujer estaba entreteniendo a Nezahualcoyotl; y les mandó que entrando en la sala donde estaba, le matasen. Y queriendo los capitanes ponerlo en ejecución, vinieron donde creían estar Nezahualcoyotl, y entrando dentro no lo hallaron; preguntaron por él a su capitán y les dijo cómo había salido fuera a cierta necesidad que se le había ofrecido; dijéronle que lo llamase, que quería verlo el rey y el capitán salió, como que iba a llamarlo y se fue tras su señor, dejando burlados a Maxtla y a sus capitanes. Vínose Nezahualcoyotl a Tlatelulco a casa de Chichincatl, grande amigo suyo, para pasar a Tetzcuco por agua, porque le pareció que por tierra era muy fácil cogerle; y mudando traje pidióle canoa, la cual le dio secretamente y remeros fuertes que en breves horas lo pasasen de esotra parte de la laguna; lo cual hicieron muy sin peligro ni riesgo de sus personas, y de esta manera se libró Nezahualcoyotl de esta traición ordenada por Maxtla.

CAPÍTULO XXX. *Del segundo rey de Tlatelulco, llamado Tlacateotl y de la muerte de su antecesor, Quaquauhpitzahuac*



A HEMOS DICHO QUE UN AÑO DESPUÉS que eligieron los mexicanos a Acamapichtli, por su primero rey, fueron los tlatelulcas a Azcaputzalco y pidieron a Tezozomoctli uno de sus hijos para su rey y señor, lo cual Tezozomoc les concedió, y les dio a Quaquahpitzahuac por rey de su ciudad, el cual la rigió quieta y pacíficamente treinta y cinco años. Al cabo de los cuales murió, habiendo hecho muchos y muy sumptuosos edificios, ensanchando esta parte de su ciudad todo lo más que pudo, cegando las aguas, haciendo acequias y otras huertas y jardines, con que en grande manera la hermoseó. Muerto pues este pacífico rey, quedaron los tlatelulcas cuidadosos de poner en su lugar otro que le sucediese; el cual fue Tlacateotl, que pusieron en la silla y trono del difunto, su antecesor. Aquí hay varios pareceres acerca de dónde vino este segundo rey; porque unos dicen que estos reyes, que hubo en este Tlatelulco, fueron todos azcaputzalcas. Otros dicen que muerto el rey Quaquauhpitzahuac fueron los tlatelulcas a Tetzcuco a pedir a los aculhuaques rey; y que les dieron a este dicho Tlahcateotl; pero séase lo uno o lo otro, la verdad es que este segundo rey se llamó Tlahcateotl y rigió esta ciudad y república treinta y siete años, contando el mismo en que fue muerto Quaquauhpitzahuac y este en que fue nombrado por rey, hasta el último en que murió; en el cual fue nombrado otro y fue elegido al deceno año del reinado de Huitzilihuitl y

vivió todo el tiempo que reinaron en Mexico Chimalpopoca y Itzcohuatl y diez años más del señorío y gobierno de Huehuemotecuhzuma, llamado por otro nombre Ilhuicamina.

No se dice de este rey cosa particular niguna, o porque la historia de sus hechos se ha perdido o por que no hubo qué decir de él; sólo se cuenta que después de haber reinado el tiempo dicho murió, cuya muerte dicen algunos haber sido a traición, yéndose hacia Tetzcuco a favorecer del rey Nezahualcoyotl, que ya entonces lo era muy poderoso (como después veremos), al cual alcanzaron los señores sus contrarios y enemigos que supieron su huida y lo mataron en el pueblo de Atzumpan, que es la parte donde lo alcanzaron; y para mayor afrenta suya lo ahorcaron y después quemaron su cuerpo. Otra historia cuenta su muerte de diferente manera, diciendo: que encontrados los mexicanos y tlatelulcas, por las diferencias que de ordinario entre sí tuvieron, llegaron a términos de quererse asolar los unos a los otros; pero como en esta sazón ya los mexicanos eran señores de mucha parte de esta tierra, debajo del señorío y gobierno del primer Metecuhzuma Ilhuicamina, eran más poderosos que estos tlatelulcas, por el mayor gentío que a su obediencia tenían. Por esto quisieron de secreto y escondidamente dar sobre ellos y acabarlos, de lo cual el rey Tlahcateotl estaba muy ignorante. Tenía este rey en su casa un perro, y revestido del demonio (o el mismo demonio que tomó figura suya), dicen que le habló una noche, y le dijo: haz buen corazón (oh rey) a las cosas de fortuna y ten por cierto que de aquí a quince días has de morir, y yo contigo. Espantado el rey de oír hablar su perro y de las nuevas tan rigurosas que le daba de su fin y acabamiento en tan breves días, preguntóle la causa. A lo cual el perro respondió: que era porque los mexicanos aborrecían el nombre de Tlatelulco y que si él moría sólo cesaría la pasión que los enemigos tenían contra todo el pueblo; a lo cual el rey Tlahcateotl, con grande ánimo y esfuerzo, respondió: que nunca sus dioses permitiesen que tal ruina por su pueblo viniese, ni que se dijese que en su tiempo había sucedido tal cosa, por no querer él poner a riesgo su vida y que quería ser el primero que muriese y ofrecerse al peligro, porque su pueblo no pereciese.

Concertando pues los dos el modo que había de haber en el caso, dejó el rey cumplir los quince días; y pasados salió de su palacio muy secretamente, pasadas algunas horas de la noche y llevóse consigo su perro y llegando al del rey Ilhuicamina, dijo a las guardas, que estaban a las puertas de las casas reales, que diesen aviso al rey Motehzumatzin de su venida; la cual sabida por el rey mandólo aposentar en una sala como acostumbraban recibir a los señores; y a muy breve rato de la estada del rey Tlahcateotl en la sala, le envió Motecuhzuma una rodela y una flecha, que es la señal que ellos tenían de sus desafíos. Admitióla el rey y acetó el desafío que se le hacía; lo cual sabido por Motecuhzuma, y pareciéndole que era mucho atrevimiento de Tlahcateotl en admitir su desafío por ser rey tan poderoso, envióle muy enojado cuatro capitanes para que los matasen; a los cuales acometió el perro y derribándolos en el suelo daba lugar a que el rey Tlahcateotl los matase. Fue oído el ruido en palacio y llegando gente

a saber el caso, vieron lo que pasaba y fueron con estas nuevas al rey Moteculzuma y enviando otras gentes de nuevo para que ejecutasen su propósito y matasen a Tlahcatetotl le sucedió lo que a los demás; y viendo su valentía y la ferocidad del perro, y que no bastaban fuerzas humanas contra los dos, admirados y espantados de lo que veían, determinaron de tapiar las puertas de la sala y destecháronla por lo alto y tirándoles muchas flechas murieron amo y perro, con esta astucia, aunque vendiendo primero muy bien sus vidas, quitándolas a muchos de los enemigos que les acometieron; y murió Tlahcateotl muy alegre y contento sabiendo que por este modo dejaba libre su ciudad.

Si esta muerte y caso pasó como tengo dicho, no sé por cierto qué más hizo el rey Codro en defensa de sus atenienses, que estando confrontado él y su ejército contra los megarenses y sabiendo por respuesta del oráculo de Apolo que el ejército y campo del rey, que en la batalla muriese, había de vencer y cantar victoria de su enemigo; él como valeroso capitán y hombre esforzado no estimando la vida por dejar gloriosa su fama, se disfrazó para no ser conocido y en traje de humilde soldado se metió en lo más riguroso y fuerte de la batalla y se ofreció en ella a la muerte por dejar a su pueblo en los brazos de la vida, llevando esta inmortal gloria de haber muerto él solo, por dar vida a muchos que le seguían. Esto mismo me parece que puede cantar la fama de este valeroso rey Tlahcateotl, pues quiso morir él porque su pueblo viviese.

CAPÍTULO XXXI. *De cómo Maxtla, después que supo la muerte que Chimalpopoca rey de Mexico se había dado en la cárcel, envió gente de secreto que también matase a Nezahualcoyotl de Tetzcuco donde quiera que lo hallasen; y de casos que en orden de esto sucedieron*



PROPIEDAD ES DE UNA MALA CONCIENCIA (en especial si se halla culpada y obligada a la satisfacción y restitución de cosas ajenas) no asegurarse en ninguna ocasión; antes está tan quieta que todas las que se ofrecen, por seguras que sean, la alteran y desasosiegan; lo cual nace no de la duda que en el mismo caso hay, sino del temor de conocer, que no es suyo lo que posee. Por esta causa Maxtla, aunque se veía rey y emperador de casi todas estas naciones de esta Nueva España, como se había introducido en el gobierno por la tiranía de su padre, Tezozomoctli, que tiránica y violentamente había muerto al que lo era propio y natural, por esto no se aseguraba; porque aunque sabía que era señor de los cuerpos de sus vasallos, le parecía también, que no lo era de sus ánimos y voluntades (porque quien por fuerza sujeta la misma fuerza, rinde el cuerpo, pero no la potencia libre del alma).

Con este cuidado andaba Maxtla buscando maneras y modos de cómo

más seguramente pudiese gozar de su imperio; y el más cierto y seguro que hallaba era matar las cabezas mayores de los mayores reinos; y viendo que uno de éstos que más le afligían, que era Chimalpopoca, era ya muerto y que el otro, que era Nezahualcoyotl, por engaños y traiciones no lo podía haber a las manos para matarlo (que era el modo que en su muerte había de haber, según lo determinado y acordado por los adivinos y hechiceros de su padre Tezozomoctli), se determinó, a pública o secretamente, le matasen, pareciéndole que cuando en el modo de su muerte hubiese yerro lo era mayor dejarlo con vida; pues mientras él la tenía es de creer que tendría granjeados los corazones de aquellas gentes, que por fuerza tenía rendidos a su servicio Maxtla; los cuales de voluntad, si pudiesen, se mostrarían vasallos leales de Nezahualcoyotl, que era el desposeído y despojado de lo que legítimamente era suyo.

Por esto, ya desahuciado de sus ocultas trazas, llamó cuatro de sus capitanes y les mandó que juntando alguna de su gente, de la más valerosa y fuerte de su ejército, se fuesen a la ciudad de Tetzcuco donde tenía por nuevas que Nezahualcoyotl estaba y que le matasen por la vía que pudiesen. Los capitanes, obedeciendo a Maxtla, luego se apercibieron; y por no ser sentidos no llevaron mucha gente; pero de los mejores soldados escogieron unos pocos y se partieron con ellos en busca de Nezahualcoyotl. Nezahualcoyotl estaba a esta sazón en la ciudad de Tetzcuco; y aunque de secreto y muy ocultamente solicitaba por sus mensajeros las voluntades de muchos de los señores del imperio, era de manera que en lo interior daba a entender como que vivía descuidado de aquel pensamiento, porque los gobernadores o virreyes que estaban nombrados para las tres naciones (como antes hemos dicho), no entendiesen su cuidado y determinación, antes viendo que se ocupaba en juegos y pasatiempos se desvelasen y creyesen que no trataba nada en orden de recuperar lo perdido. Por esto Nezahualcoyotl ordenaba danzas y bailes, y cantares y otros juegos, que más eran demonstrativos de corazón contento que de hombre apasionado. Con esto le dejaban vivir estos dichos gobernadores sin miedo de que por ellos en ningún tiempo recibiría mal ninguno; mayormente que en el pregón que Tezozomoctli mandó dar acerca del reconocimiento y vasallaje, con que todos habían de acudirle a su corte, fue también perdón general, no solamente para contra los que les habían hecho resistencia, sino también para Nezahualcoyotl, al cual perdonaba y daba licencia de poder andar con libertad y estarlo en su ciudad de Tetzcuco con calidad que no amotinase las gentes, ni tratase de ser más de caballero particular.

Estaba pues a la sazón que estos capitanes llegaron, jugando a la pelota con un caballero de los de su casa llamado Ocelotl; y como viese venir los capitanes determinados hacia su palacio y patio, donde estaba jugando, no dando a entender que los veía venir fingió una necesidad repentina y metióse en lo interior de su casa; porque creyó que aquellos hombres que venían armados, no era posible que viniesen a cosa buena, en especial que conoció en su divisa ser tepanecas. Los capitanes que llegaron a su casa preguntaron por él. El cual dijo: que estaba allá dentro y que iría a

dar aviso de su llegada. Ellos se quedaron a la puerta aguardando la respuesta. Fue el portero a Nezahualcoyotl y le dijo, cómo gente de Azcaputzalco estaba allí, que quería hablarle; mandó que entrasen y a Ocelotl (que era con quien jugaba) que los metiese en la sala donde salían a recibir los forasteros y que supiese la causa de su venida y le avisase. Hízolo así Ocelotl, al cual los capitanes dijeron que venían a hablar a Nezahualcoyotl de parte del emperador Maxtla, porque eran sus embajadores. Fue con esta respuesta Ocelotl y diola a Nezahualcoyotl, el cual de allí a un rato saliólos a ver y muchos de sus criados tras él, con flores y acayetes (que es la usanza con que los forasteros de estimación se recibían), y saludándose los unos a los otros, díjoles Nezahualcoyotl que reposasen y descansasen un poco y que comiesen; y que después de haber comido y descansado le darían la embajada del emperador y que para esto los aguardaba en aquella misma sala, por donde había salido a recibirlos. Había en esta sala un sitial y trono a la usanza antigua de estos reyes donde se asentaban, en cuyo contorno había otros muchos asientos para otros que con los reyes asistían para los negocios que se trataban. Había también detrás del tlahtocaycpalli (que es la silla real) hecho un agujero capaz y suficiente por donde podía salir una persona, el cual tapaba la silla real que delante tenía, para si, en algún tiempo, el rey se viese en aprieto y cercado en aquella sala de enemigos o traidores, tuviese remedio de escapar con la vida por aquel lugar que era hecho a manera de laberinto, por tener muchas y muy diversas entradas y salidas que sólo el rey, y alguna persona privada suya, eran diestros en saberlas.

Entróse en esta sala Nezahualcoyotl y sentóse en su silla, teniendo a vista los capitanes tepanecas en la otra y trayéndoles de comer les vio estar comiendo; y mientras el acto duraba comenzó a considerar Nezahualcoyotl que su venida no podía ser para ningún bien suyo, antes se resolvió que era para matarlo; y pensó que si aguardaba a que los capitanes pusiesen en ejecución su hecho y determinación (si acaso era aquella) era posible salir con ello; porque los de la ciudad, más reconocían a Maxtla, por el miedo que le tenían, que a él, porque lo veían desposeído de su reino; y que si quisiese apellidar favor no lo hallaría y que por esto era más cordura huirles el cuerpo que aguardarles. Y viendo que estaba en ocasión pública y que no podía, por razón de que los tepanecas lo estaban mirando, llamó a Ocelotl y con recato y cautela le dijo: que se pusiese a la puerta de la sala, como que iba con descuido y llaneza y que hiciese que se quitaba algunos pelos de la manta que ellos traen por capa y que extendiéndola bien lo encubriese de la vista de los capitanes que estaban enfrente, para que él tuviese lugar de salirse secreta y ocultamente por el agujero que en la pared estaba. Hízolo así Ocelotl y Nezahualcoyotl se salió muy secretamente de la ciudad y se fue con la mayor priesa que pudo a un lugarejo, media legua de esta ciudad, llamado Cohuatitlan y tuvo lugar para poder hacer esta fuga; porque aunque los tepanecas, cuando miraron hacia la silla y vieron que Nezahualcoyotl no estaba sentado en ella, no sabiendo la fuga ni el secreto de la sala, entendieron que se habría puesto en otro

lugar de ella. Con esto se aseguraron; y después de haber comido aguardaron por muy grande rato a que Nezahualcoyotl los llamase, pensando que estando solo y descuidado con facilidad lo matarían; pero viendo que no los llamaba y que el caballero que a la puerta se había puesto se había ido, fueron hacía la sala, donde creían que estaba, y entrando dentro no le hallaron ni persona que les diese razón de donde se había huido.

Viéndose burlados estos capitanes y notando la astucia de Nezahualcoyotl, corridos y afrentados de la burla que les había hecho, salieron con más priesa que habían traído por ver si acaso en alguna parte le divisaban o hallaban; pero como les llevaba más de una hora de ventaja y el lugar adonde se había ido era cercano, no supieron de él. Fueron en su seguimiento por aquella misma parte que Nezahualcoyotl se había ido, preguntando a los que encontraban por él. Y uno les dijo cómo llegaba ya a esta aldehuela Cohuatitlan y pareciéndoles que ya el caso no podía ir por la manera que lo habían principiado, parecióles ser necesaria la compañía de su gente y llamándolos se fueron a la parte donde les habían dicho que estaba y aunque llegaron a él y hicieron muchas diligencias en buscarle nunca le hallaron; porque los moradores del pueblo eran tejedores de mantas de nequén; y entre unas telas que estaban urdiendo lo metieron y en ellas lo escaparon. Y haciendo mucha matanza en los dichos moradores, obligándoles a que diesen razón del enemigo que buscaban, era tanta la fe que le tenían, que jamás confesaron haberlo visto ni sabido de él; entre los cuales murieron un caballero muy principal, llamado Tuchmantzin, que tenía a cargo el gobierno de aquellos tejedores y otra señora, llamada Matlalintzin, que en orden de encubrir a su señor natural (por ser estas gentes muy amigas de ellos) recibieron la muerte con mucha paciencia. Viendo los tepanecas que la risa y estrago que en aquellos aldeanos hacían no aprovechaba para confesar la verdad que les preguntaban, los dejaron; y pasaron adelante pensando que Nezahualcoyotl iría huyendo hacia la sierra y montes que enfrente de este pueblo estaban, siendo la verdad que quedaba en él escondido; y con esta astucia se escapó esta vez de sus manos.

CAPÍTULO XXXII. *De la elección y nombramiento de Itzcohuatl, cuarto rey de Mexico*

COMO LOS MEXICANOS TUVIERON NOTICIA de que su rey Chimalpopoca era muerto en la cárcel donde Maxtla le tenía (como queda dicho), tristes y afligidos de verse sin rey y que por aquel modo había sido muerto, hicieron su junta y cabildo para elegir otro, que en lugar del pasado saliese a la defensa, no sólo de este agravio presente, sino de todos los demás recibidos. Y juntos y congregados después de haber hecho una muy larga y prolija plática, uno de los más graves y ancianos de esta congregación, represando en ella las aflicciones en que vivían, las afrentas que sus vecinos les causaban y la opresión en que los reyes de Azcaputzalco

los tenían puestos y la falta grande que les hacía carecer de rey y la necesidad mayor que había de elegirle, con aceleración y presteza calló, dando la mano a todos los presentes para que de los que allí estaban fuese electo y escogido alguno en nuevo rey. Estaba entre los señores de esta consulta Itzcohuatl, hijo del rey Acamapichtli, primero de estos mexicanos, el cual (como hemos dicho) era hijo de una esclava que el rey Acamapichtli en su servicio tenía; pero él tan sabio y tan valeroso por su persona que excedía en valor y suerte a todos los mexicanos; el cual hasta aquel punto había tenido nombre de Tlacatecatl Tlacochcalcatl y capitán general y lo había ejercitado con mucho valor y esfuerzo, en las ocasiones que se habían ofrecido. Viendo pues los mexicanos que este dicho Itzcohuatl era hijo de rey y hermano de los dos reyes, sus antecesores, pusieron los ojos en él y de común consentimiento le eligieron por su señor y rey; al cual coronaron y sentaron en su tlahtocaycpalli y allí le ofrecieron la obediencia. Salió por el pueblo la voz de la nueva elección y quedaron todos muy contentos de saber en quien había sido, y la regocijaron y festejaron con muchos bailes y danzas, aunque no olvidados del lastimoso suceso de su antecesor; antes tan vivos en el sentimiento que pusieran luego a prueba de las manos, si tuvieran poder, la pena que su muerte les había causado; aunque este hecho lo reservaron para mejor ocasión, aguardando a que su nuevo rey se hiciese más poderoso y aliase con algunos otros señores, para más certidumbre de su justificada venganza.

Luego que la república mexicana hizo esta elección en Itzcohuatl, lo supieron las gentes comarcanas y vecinas de lo cual mostraron mucho sentimiento, pareciéndoles que el rey electo era muy brioso y animoso y que por ventura no se contentaría con el gobierno de su sola ciudad, sino que pretendería extender la mano sobre las ajenas. En especial, tuvieron este sentimiento los de Azcaputzalco, Tlacopan y Coyohuacan; y luego mandaron poner guardas por todos los caminos no teniéndose por seguros de los mexicanos (como que el corazón los adivinaba el mal que en breves tiempos los había de sobrevenir). Hecha esta elección, se levantó uno de los oradores, que presentes estaban y comenzó a tratar de la obligación que el rey tenía a su república y del ánimo que debía mostrar en los trabajos; y después de haber encarecido estas dos cosas, con muchas y buenas razones, dijo entre ellas éstas: mira rey, que ahora estamos todos pendientes y colgados de ti, ¿has por ventura, de dejar caer la carga que está sobre tus espaldas y hombros? ¿Has de dejar perecer al viejo y a la vieja, al huérfano y a la viuda? Ten lástima de los niños que andan gateando por el suelo, los cuales perecerán si nuestros enemigos prevalecen contra nosotros. ¡Ea!, pues, señor, comienza a descoger y tender tu manto, para tomar a cuestas a tus hijos, que son los pobres de esta república y gente popular y común, que están confiados en la sombra de tu manto y en el frescor de tu benignidad. Éstas y otras muchas cosas le dijo, que no refiero por excusar prolijidad, las cuales tomaban decoro estas gentes para ejercitarse en ellas y las enseñaban a los mozos, en especial a los que de nuevo aprendían esta facultad de oradores.

Era Itzcohuatl hombre de edad madura cuando entró en el reinado; y cuando menos tenía de edad cuarenta y seis o cuarenta y siete años; y luego que él se vido rey comenzó a tratar las cosas de su república con mucha suavidad y las de guerra a ponerlas en punto, para hacerla a Maxtla y todos sus secuaces, en la mejor oportunidad que pudiese. En este punto dejamos a Itzcohuatl gobernando a Mexico, por volver a tratar de Nezahualcoyotl, que andaba en su peregrinación buscando trazas y maneras cómo recuperar su reino, y conviene que tratemos esta causa hasta la ocasión de venir a ser señor de la ciudad de Tetzcuco; porque desde entonces este rey Itzcohuatl y él comenzaron a destruir el imperio y a hacerse señores absolutos de esta Nueva España.

CAPÍTULO XXXIII. *De cómo Nezahualcoyotl salió de Cohuatitlan y se fue huyendo hacia tierra de Tlaxcallan, buscando remedio para libertarse; y se dice no haberse hallado presente los tetzcucanos a la elección de Itzcohuatl*



EZAHUALCOYOTL, QUE SE VIDO LIBRE DE LA CELADA y traición pasada de la gente tepaneca que le seguía, viendo que ya habían pasado en busca suya, salióse de aquel lugarejo llamado Cohuatitlan y hurtándoles el cuerpo fuese por otra parte distante y apartada de la que ellos llevaban. Y pareciéndole que por allí iba seguro casi los encontró, porque andaban como perros rabiosos de una parte a otra buscándole, sin sosiego, sin llevar camino cierto por donde hallarle. Y cansado Nezahualcoyotl de huir llegó a unas heredades, donde unas mujeres labradoras estaban limpiando unas parvillas de chian (que es a manera de linaza), y estando allí descansando vieron que venía la gente de Maxtla y conociendo el peligro de su señor lo escondieron enmedio de una de aquellas parvas y llegando la gente preguntando por él, dijeron: que allí había llegado y comido y pasado delante sin saber adónde iba, y preguntándoles hacia qué parte, le señalaron hacia la sierra y ellos se partieron allá con toda presteza y diligencia. Pasó de aquí Nezahualcoyotl a Tetzcutzinco a hacer noche, que es una casa y palacio grande y sumptuoso que sus antecesores habían hecho para su recreación y caza. En este lugar le estaban aguardando Tlamintzin, Huitzilihuitzin, Ocotl, Tehuitzitzilin, Tochin y Zacatlahto, seis señores capitanes suyos, que juntamente con él andaban a monte y descarriados, ausentes de sus tierras y señoríos siguiendo la ventura que por Nezahualcoyotl corría. Todos juntos en aqueste lugar trataron aquella noche de lo que convenía hacer; y aunque los de la provincia de Chalco habían sido fautores y parciales en la muerte de Ixtlixuchitl su padre, con todo (haciendo del ladrón fiel, por la necesidad grande en que se hallaba) dio orden a uno de aquellos sus capitanes que antes que amaneciese se partiese allá y dijese al señor de aquella provincia los trabajos que pasaba

y cómo Maxtla no lo dejaba vivir en paz ni sosiego; y que pues ya no le valía el sufrimiento que hasta entonces había tenido, pasando con sus demasías y libertades, que ya quería poner a prueba de las manos la verdad y probanza de cuyo era el imperio; y para esto le rogaba que pues eran todos unos, amigos y hermanos, se favoreciesen y hiciesen buena amistad y le diesen ayuda y gente para la conclusión y fin de aquella demanda.

Con esta misma embajada envió a Maxtlapiltzin a Cohuatlichan, los cuales cumpliendo lo que Nezahualcoyotl les mandaba partieron con priesa y les dio orden de dónde le hallarían de vuelta con su embajada. Partióse de este lugar, a otro día de mañana, y fuese con parte de aquella su gente a un lugar que se llamaba Matlallan; y al señor de él llamado Tlaixpan le apercibió que aprestase la gente, para cuando él mandase. De esta manera fue marchando aquel día por algunos lugares de su señorío, apercibiendo los moradores de ellos para su vuelta. Y esto mismo hizo otro día siguiente por los que pudo andar, hasta llegar a un pueblo que se llama Apan, donde haciendo noche le llegaron mensajeros de la ciudad y provincia de Cholula, ofreciéndole todo el poder y fuerzas de los chololtecas en su ayuda y demanda, de que quedó Nezahualcoyotl en gran manera contento, pareciéndole que eran aquellos buenos principios para el caso que emprendía; acariciólos y regalólos con el mejor estilo y hospedaje que pudo y despidiólos mostrando sumo agradecimiento y apercibiólos para el tiempo que ya tenía determinado, excusándose de no poder ir a su ciudad por estar algo distante y apartada y serle forzoso acudir a otras gentes de quien tenía menos confianza, y que así le perdonasen el no ir allá, pues como verdadero amigo los amaba y estimaba. Aquí le alcanzaron dos señores sus continuos, que había dejado en la ciudad de Tetzcuco, para que se informasen de lo que pasaba y de la intención de Maxtla, y le diesen aviso de todo, los cuales le dijeron cómo a fuego y sangre pretendía hacer la guerra. Allí también tuvo aviso de cómo los tepanecas andaban en busca suya por aquellos lugares. Y también cómo a Huitzilihuitl, un señor muy privado suyo, le habían prendido y atormentado porque confesase dónde andaba o estaba su señor Nezahualcoyotl; y que sí era verdad, que había dormido una noche después que salió huyendo de Tetzcuco, en el cerro de Tetzcutzinco; y que se le habían juntado los seis señores, ya dichos, que sí trataban de guerra contra el emperador Maxtla y que por no haber confesado le habían dado la muerte en los tormentos. Todo esto oía Nezahualcoyotl y lo sentía, pero como de presente no podía remediarlo callábalo y amontonábalo en su corazón para su tiempo. Pasó a Huexotzinco, cuyo rey y señor era pariente y deudo de Nezahualcoyotl; allí lo recibió con mucho amor y contento y dolor, juntamente de verle andar fuera de su casa y descarriado, y diole ayuda y favor y prometiósela dándole palabra de salir en persona a su ayuda y defensa.

Partióse de aquí a la ciudad y gran provincia de Tlaxcallan, acompañado de mucha gente que el rey de Huexotzinco le dio y llegaron a la ciudad de Tlaxcallan aquella noche, a puesta del sol; y sabiendo los señores de ella su venida, le salieron a recibir con mucha grandeza y majestad y le metie-

ron en la ciudad con grande honra y con la misma le aposentaron y hospedaron. Los cuales no sintiendo menos el desavío de Nezahualcoyotl, que en su vida traía y siendo enemigos de los tepanecas, le animaron a que les hiciese guerra y acabase ya de recuperar el señorío que le tenían usurpado; y que para esto le prometían todo su poder y fuerzas que hasta morir en la demanda no le faltarían. Agradeciólo mucho Nezahualcoyotl con las mejores razones y sumisión que pudo; y porque no era tiempo de perderle, concertó la guerra y el modo que había de haber para ella y el lugar donde habían de juntarse; y con esto se partió de Tlaxcallan otro día de mañana.

Salió muy acompañado de la ciudad y como hombre que ya parecía rey y que como rey era tratado, de que Nezahualcoyotl recibía gran contento y cobraba ánimo y esfuerzo para verse en aquella majestad, que en aquellos actos y acompañamientos le representaban. Caminó aquel día todo hasta llegar a Calpullalpan, pueblo suyo de la jurisdición de Tetzcuco, que dista de Tlaxcallan nueve leguas y siete de la dicha ciudad de Tetzcuco. Aquí halló a los mensajeros que había enviado a la provincia de Chalco y a Cohuatlichan y a Huexotla, que le traían palabra de que sería ayudado, en aquella guerra contra Maxtla, de sus señores. Aquí en este lugar se estuvo algunos días donde aguardó resolución de todo lo que tenía ordenado y trazado y a los mensajeros que había despachado a diversas partes de esta Nueva España, los cuales le vinieron con las nuevas que deseaba, ofreciéndole todo favor y ayuda.

Según lo dicho en este capítulo se echa bien de ver que Nezahualcoyotl, ni los señores tetzcucanos se hallaron en Mexico en la elección y nombramiento del rey Itzcohuatl; porque como andaba Maxtla pretendiéndole la muerte, era fuerza que anduviese huyendo de ella, mayormente que los cuidados de Nezahualcoyotl no eran en orden de hacer rey extraño, sino de hacerse rey a sí mismo. Y como no tenía caudal, ni poder suficiente para esto, andaba huyendo de las ocasiones cercanas y públicas, por no venir a caer por alguna traición en sus manos, viendo que aún en secreto y en lo oculto, aún no estaba seguro de ellas; y así por lo dicho se ve claro y manifiesto cuán errado va el padre Acosta y los que le siguen, en decir que estuvieron presentes estos tetzcucanos en esta dicha elección, pues ni en ella se vieron ni tampoco tuvieron aviso de que se hacía.



CAPÍTULO XXXIV. *De cómo Nezahualcoyotl partió de Calpullalpan y vino hacia la ciudad de Tetzcuco, donde se le juntó mucha gente y halló a Axayacatl, señor mexicano, que le aguardaba para darle un recado de parte del rey Itzcohuatl, su tío; y de otras cosas que le sucedieron*



SALIÓ NEZAHUALCOYOTL DE CALPULLALPAN acompañado de muchas y diversas gentes que venían en su ayuda y favor para recuperar el señorío que Maxtla le tenía usurpado; y marchando por algunos alojamientos de pueblos que pasaron, llegaron a vista de la ciudad de Tetzcuco a un pueblo llamado Oztopolco que está cerca de la ciudad, donde halló también mucha gente que le aguardaba; entre los cuales estaba un señor mexicano llamado Axayacatl (que después fue rey de Mexico) que venía a hablarle de parte del rey Itzcohuatl, su tío; el cual (sabiendo la pujanza con que venía y el intento que traía, que era de hacer guerra a Maxtla) le enviaba a ofrecer su favor y ayuda hasta morir o vencerlo. Holgóse mucho Nezahualcoyotl de oír nuevas de su tío y de la palabra y favor que le daba, prometiendo de su parte favorecer esta causa con el mismo esfuerzo que le prometía; y con esto lo despidió. Toda aquella noche se le pasó a Nezahualcoyotl en distribuir oficios y nombrar compañías y capitanes para asaltar la ciudad de Tetzcuco el día siguiente; porque no le habían sido leales en sus trabajos, en especial la parte de los tepanecas que en aquella dicha ciudad estaban (según que en la vida del emperador Techotlalatzin dejamos dicho) y como éstos eran de parte de su rey Maxtla y los demás que estaban puestos por Tezozomoc y nuevamente por el hermano menor de Nezahualcoyotl y los demás de la ciudad (aunque eran aculhuas) viendo que prevalecía, seguía la parte más poderosa, dejando por débil y flaca la de su señor Nezahualcoyotl (como muy ordinaria en el mundo que el que más puede lleve tras sí al menos poderoso).

Puesto ya Nezahualcoyotl en esta determinación y venida la mañana llegóse a la ciudad, cuya venida y intento era sabido de sus moradores; y arrepentidos del mal pasado y temerosos del castigo presente se determinaron de venir humildes a pedir perdón de su yerro, para lo cual salieron viejos y viejas, mujeres preñadas y otras paridas, con sus niños en los brazos, pidiéndole se apiadase de ellos, pues era gente que no le habían ofendido y que en matarlos a todos morían ellos que no tenían culpa. Con esto parece que se aplacó el pecho airado de Nezahualcoyotl y perdonándolos a ellos mandó a algunos de sus capitanes que entrasen en la ciudad y pasasen a cuchillo a los gobernadores que por orden del rey de Azcaputzalco estaban en ella puestos y juntamente a todos los tepanecas que vivían dentro. Lo cual se hizo con determinación y presteza; y fue tanta que cuando vino a oídos de Maxtla lo hecho, no sólo estaba ya pacífica y rendida esta ciudad, sino que también los ejércitos que Nezahualcoyotl había juntado estaban a las puertas de la suya; lo cual veremos en su lugar.

Hecha esta matanza y reducida esta ciudad a la obediencia de Nezahualcoyotl (que fue la primer victoria de sus gloriosos hechos y el principio de su señorío, donde ya se comenzó a reconocer por rey), mandó a los capitanes tlaxcaltecas y huexotzincas, que fuesen luego con mucha priesa sobre la ciudad de Aculman y matasen al rey de aquella provincia que era (según dicen) hijo de Tezozomoc y otros cuñado de Maxtla, y que por ninguna manera lo dejasen con vida. Hiciéronlo así los capitanes y llevando sus ejércitos entraron por la ciudad destruyéndola y matando todos los moradores que hallaban, hasta llegar a palacio donde no pudiéndose resistir ni defender el rey, lo mataron.

Hecha esta matanza y reducida esta provincia a la obediencia de Nezahualcoyotl a los cuales hicieron confesar por rey, se vinieron a Chiauhtla (que es un pueblo, casas con casas de la ciudad de Tetzcuco) donde Nezahualcoyotl estaba; y dieron cuenta de lo hecho y se quedaron allí alojados por aquella noche. Este mismo día rindieron a Cohuatlichan y al rey que Maxtla había puesto en aquella ciudad los chalcas viniendo en favor de Nezahualcoyotl.

El rey Itzcohuatl de Mexico, que estaba a la mira para ver lo que pasaba y cómo le iba a Nezahualcoyotl con Maxtla y con sus gentes y si prevalecía contra ellos, teniendo nuevas de los buenos principios con que en la guerra entraba, y sabiendo la pacificación de la ciudad de Tetzcuco, la muerte de sus gobernadores y la del rey de Aculman, cuñado de Maxtla y viéndose él con los suyos tan arrinconado que aún tomar huelgo no les dejaba el tirano Maxtla, haciéndoles tributar las sementeras, patos y garzas y otras cosas referidas en los capítulos que atrás quedan, alentóse con estas nuevas, pareciéndole que por este modo se llegaba su redención; y así le volvió a enviar otro mensaje, como parecerá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV. *De cómo Motecuhzuma el primero, por otro nombre Ilhuicamina, siendo capitán general del pueblo mexicano, fue a Tetzcuco con una embajada del rey de Mexico, Itzcohuatl, y lo que en ella le sucedió que es capítulo de notar*



UANDO NEZAHUALCOYOTL SE LE FUE DE LAS MANOS a Maxtla y supo cómo no le habían muerto sus capitanes y lo que andaba ordenando y que había pasado a Tlaxcalla y Huexotzinco, mandó públicamente que le matasen donde quiera que lo hallasen. Viendo que por traición ni cautela no podía darle muerte dio el señorío y gobierno de Tetzcuco a Yancuiltzin, hermano menor de Nezahualcoyotl, lo cual debió de ser para quietar los ánimos de los aculhuas; viendo que ya que hacía contradición a Nezahualcoyotl, les daba otro hermano suyo, hijo de su padre, por señor. También había mandado en todo su señorío que viviesen con grande recato y guardasen los pasos de todos los caminos para que nadie pasase sin

que se supiese adónde iba o qué recado llevaba; y dispuso sus gentes para la guerra, la cual iba ordenando. A este tiempo volvió Nezahualcoyotl de Tlaxcalla y Huexotzinco; y no sólo venció con ellos a los de Aculman y mató a su rey, que era hijo de Tezozomoc; pero con los de Chalco que habían venido en su ayuda, destruyó la ciudad de Cohuatlichan matando también al rey de ella que era puesto por Maxtla, al cual derribaron de lo alto del templo a pedradas.

También en estos tiempos estaban casi todos los señores del reino de Aculhuacan hechos del bando de Maxtla y lo mismo los más de los tetzcucanos; o ya por incitación de Yancuiltzin, hermano de Nezahualcoyotl, por sustentarse en el señorío que Maxtla le había dado, o ya porque querían mal a los mexicanos, a quienes reconocían por señores, cuya parte favorecía Nezahualcoyotl; por lo cual no estaban muy bien con él, ni querían obedecerle y por esto les hacían el mal que podían. Y llegó a punto este caso que, con el amparo que sabían tener en el favor de Maxtla, se demasiaron una vez y vinieron contra Tezozomoctli, señor de Ecatepec (cuatro leguas de esta ciudad a la parte del norte), hijo de Chimalpopoca, rey de Mexico, lo cual hicieron luego que supieron la muerte de este rey y elección de Itzcohuatl, su hermano; de manera que ya los mexicanos estaban por todas partes cercados de enemigos y aguardando cada día el golpe que determinaba hacer Maxtla en ellos, aunque para esto ya estaban bien apercibidos.

Viéndose, pues, el rey Itzcohuatl tan apretado y viendo la buena ocasión de la venida de su sobrino, hizo junta de los señores mexicanos y les dijo: paréceme que por todas partes nos cercan enemigos; y la que nos parecía más segura y donde teníamos toda nuestra confianza, ésa nos es contraria como las demás; ya sabéis lo que ha sucedido en Ecatepec, por los aculhuas, a los cuales teníamos por padres y nos consolábamos con su comunicación y trato y no sólo nos lo han negado, pero procuran hacernos mal y verse claro, pues se han atrevido a acometer a Tezozomoc, nuestro sobrino; y pues aquello pasa allí hoy, mañana podemos aguardar que suceda con nosotros otro tanto; y por esto estoy determinado de enviar a visitar a mi sobrino Nezahualcoyotl y a darle aviso de todo y rogarle que venga por acá con sus gentes y nos ayude y salgamos de nuestras casas y comencemos a penetrarnos por las ajenas, que será posible que como ellos han tenido ventura de ser señores de otros, la tengamos nosotros de serlo suyo de ellos; pues la ventura que ha hecho lo uno puede también hacer lo otro. Pareció bien a la nobleza mexicana el consejo del rey y concluyendo en que así se hiciese, nombró para esta embajada a Motecuzuma, primero de este nombre, que era su capitán general y había sido también de la consulta, y diole por acompañados otros dos valerosos caballeros, llamado el uno Tepolomichin y el otro Tepuchtli, y le dijo: irás a Tetzcuco, que es donde ahora está Nezahualcoyotl y decirle has, que me huelgo de su bien y de las vitorias que ha tenido, que son principio de muy prósperos fines; y luego le volverás a decir: ¿por ventura no ha quedado en tu pecho alguna poca de misericordia? ¿Es posible que viviendo tú, han de morir

los mexicanos? ¿Qué mal han hecho a los aculhuas que así tratan de matarlos? Y concluye con decirle, que nos ayude. La demanda que llevas es muy grave; el camino dificultoso y la vuelta dudosa; será posible que los que te vemos ir no te veamos volver; haz buen ánimo y sufre lo que te viniere. No mostró cobardía Motecuzuma en su jornada y, despidiéndose del rey, se puso en camino; pero porque iba desacomodado dijo a Telputzin que le fuese por una manta a su casa para llevar más ropa por el camino; hízolo así Telputzin y viniendo con ella no halló a los compañeros; y siguiendo su camino (entendiendo alcanzarlos) erró el que llevaban y llegó solo a Aculhuacan (que es el que llaman río de San Christóbal, el cual ahora pretenden desaguar para asegurar con su desagüe, según dicen, esta ciudad de Mexico) y como había guarda por los caminos, por mandamiento de Maxtla, y los de aquellas riberas le obedecían, encontró Telputzin con ciertos soldados de Chicuhnauhtla (que están cerca de este lugar dicho) al cual prendieron, y preguntaron dónde iba. Telpuchtli respondió que era mexicano y que iba en compañía de Motecuzuma, su capitán y de otro su compañero, que iban de parte de Itzcohuatl, su rey, a hablar a Nezahualcoyotl, su sobrino. Como los chicuhnauhtecas oyeron esta razón, se partieron con él hacia Tetzcuco y llegando a un pueblo enmedio del camino, que se llama Nezquipayac, mudaron de parecer y quisieron matarle; y volviéronle a preguntar ¿a dónde iba y quién le enviaba? Y respondió, que su rey Itzcohuatl y que iba en compañía de Motecuzumatzin, y les dijo: ¿mas, por ventura, habéislo vosotros muerto? Porque ni es posible que ellos no hayan venido a hacer el mandato de su rey, ni tampoco me trajeron tanta ventaja que a ir caminando no los hubiera alcanzado al paso que he traído; y pues ellos no dejaron de venir, ni yo los he podido alcanzar, ni ver, si no es ninguna de estas dos cosas será la cierta que los habéis vosotros muerto; y si es así llevadme a la presencia de Nezahualcoyotl, que después de haberle visto y hablado, no me dará pena que me matéis. No le respondieron a estas razones; pero viendo que instaba en pasar adelante lo llevaron a Tetzcuco y presentaron a Yancuiltzin, el cual lo mandó poner en la cárcel hasta saber de cierto si era verdad lo que decía y si parecían los compañeros que llevaba. Motecuzuma, que no sabía lo que pasaba de su compañero, llegó con el que llevaba donde Nezahualcoyotl estaba, donde también se supo de Telpuchtli, por el cual enviaron y fue traído; que aunque los tetzcucanos estaban mal con los mexicanos, no de manera que por esto lo estuviesen también con Nezahualcoyotl, y así le trajeron el preso a su presencia; y oyendo la embajada que Motecuzuma llevaba, se holgó de oír nuevas de su tío Itzcohuatl y luego se entristeció con ver que no podía favorecerle con la presteza que quisiera y respondió: que le pesaba de los trabajos que los mexicanos pasaban y de no poderlos socorrer tan presto, ni defenderlos de los aculhuas; porque como estaban rebelados y obedecían a Maxtla no hacían caso de él, ni los podía reducir a lo que quería, y que sabía que estaban determinados de hacerles guerra, en favor y ayuda de Maxtla; porque así se decía que los de Azcaputzalco y Coyuhuacan estaban en este deseo y disponiéndose para ello; pero que se sufriesen por

algunos días, que él acudiría a su socorro. Con esto los despidió y dio por aviso que fuesen con recato, porque temía que si los cogían los aculhuas los habían de matar. Los aculhuas, que sabían que Motecuzuma había ido a verse con Nezahualcoyotl, estuvieron en celada, al paso por donde había de volverse a Mexico con sus compañeros, y cuando los vieron venir, salieron a ellos y los prendieron y llevaron a una fuerte jaula donde los dejaron con guarda, y fueron a Tetzcuco y dieron de su prisión aviso a Yancuiltzin, que gobernaba la ciudad; el cual como no se determinó a hacer lo que ellos quisieran concertáronse de ir a Chalco a dar aviso de lo sucedido al señor de aquella provincia, que se llamaba Toteozin, que era enemigo capital de los mexicanos; y fue con este mensaje Tlillancalqui, y en presencia del rey dijo: los señores aculhuas me envían a que te diga cómo tienen preso a buen recado a Motecuzuma, capitán general de los mexicanos y a otros dos compañeros suyos, que veas qué se debe hacer de ellos, que a tu elección y voluntad los dejan. Toteozin, que oyó el caso, alegróse mucho de lo hecho, por ser grande contrario de la nación mexicana; y pareciéndole que no estaban seguros en la prisión que los aculhuas los tenían, según era el deseo de haberlos a las manos, les pidió que se los trajesen a su pueblo, para lo cual envió algunos de los chalcas, que con seguridad y a buen recado los llevasen. Llevados a su presencia los reprehendió y trató muy mal de palabra y los hizo enjaular y diolos en guarda a un señor principal llamado Quateotzin. Puestos en esta prisión mandó que no se les diese de comer sino sólo aquello que él mandase, hasta que se determinase el fin que habían de tener. Quateotzin, que sintió mal de aquel modo de prisión y de que el rey mandase que fuesen tratados tan mal, pareciéndole que los mensajeros no eran dignos de castigo, pues no tenían culpa en los mensajes que llevaban, llamó a un familiar suyo llamado Tonalhuacteohua y le dijo: ve a la cárcel donde Motecuzuma está preso y visítalo de mi parte y dile lo mucho que siento su prisión y la sinrazón de los que lo tienen preso; y juntamente con esto le envió de comer de las cosas que tenía para su mesa. Hízolo así Teohua y visitó a los presos, con que quedaron algo alentados y comieron del pan que les llevó que estaban bien necesitados de aquel regalo.

Teteozin, que tenía a los mexicanos en la cárcel, envió luego a Huexotzinco a dar aviso a los señores de aquella república de esta prisión; y tras el aviso envió los presos a mucho recado, con gente de guardia que los llevasen seguramente a la presencia de Xayacamachan, Chiyauhcohuatzin, Tenocelotzin y Texochimatitzin, que eran los señores principales de Huexotzinco, y dijeron lo que su rey les había mandado y presentáronles los tres caballeros mexicanos con aviso de que si querían matarlos en su ciudad vendrían los chalcas a celebrar y festejar su muerte (porque así lo tenían de costumbre, que cuando cautivaban algunos de república contraria, convidaban a los de las otras convecinas a la celebración de su muerte y sacrificio), y que si querían volverlos a Chalco, que los convidaban para su muerte; pero los huexotzincas, que oyeron el caso y vieron la inocencia de los presos, no queriendo tener parte en la maldad de tan inicuo e injusto

sacrificio, no sólo no lo aceptaron, pero respondieron: ¿Qué razón hay para que estos hombres mueran? ¿Por ventura ser mensajeros fieles de su rey? Y dado caso que la hubiera, para que murieran, ¿por qué habíamos de gloriarnos de matar cautivos que nosotros no cautivamos? Id y decidle a vuestro rey que la sangre y nobleza huexotzinca no mancha su gloria y nombre con semejantes alevosías y traiciones; que si esto hiciésemos, más sería vergüenza nuestra que justicia. Con esto despidieron los huexotzincas a los chalcas, los cuales se vinieron con sus presos a su rey, que los aguardaba y con la discretísima y valerosa respuesta que traían; y como vido Toteozin que allí no había tenido efecto su propósito enojóse mucho y envió a Azcaputzalco al rey Maxtla, con el aviso de lo hecho; y hasta tener respuesta mandólos poner otra vez en la cárcel; y aquella noche de su prisión, dolido Quateotzin del grande trabajo de los pobres presos (en especial de Motecuzuma que era señor de mucho valor y cuenta) determinóse de darles libertad antes que viniesen los mensajeros de Azcaputzalco; porque creía que trairían expreso mandato de que los matasen y aun reprehensión grande del tiempo que los habían tenido con vida. Llamó a Tonalhuac, Quateohua, y le dijo: ve a la cárcel, donde está Motecuzuma, Tepolomichin y Tepuchtli y diles que se vayan de la prisión, que yo les doy libertad para ello y que bien sé que su vida he de pagar con mi muerte, pero que yo lo doy por bien hecho a trueque de dar libertad a un tan buen hombre y fuerte capitán como él, que le suplico, que si oyere decir algún día que por este caso soy muerto, que agradezca esta mi buena voluntad y que si llegare algún tiempo a ser poderoso, se acuerde de mis hijos, que por él han de quedar descarriados; y que no siga el camino real de Mexico; porque hay muchas y muy vigilantes guardas por todo él; que se vaya rodeando por Itztapalocan a Chimalhuacan y que de allí se embarque, que si se ha de escapar, es ésta la más cierta manera que ha de haber para ello. Hízolo así Tonalhuacqui y abriendo a los presos y diciendo a Motecuzoma lo que Quateotzin le había mandado los dejó ir, llevando mucha pena del riesgo en que Quateotzin quedaba y mucho más agradecimiento del bien que les había hecho; y llevando el camino que les dijo, se fueron con la mayor priesa y secreto que pudieron, caminando lo que restaba de la noche, hasta que a buena hora llegaron a Chimalhuacan sin ser sentidos de las guardas; y en una parte secreta que se llama Tetzitzilintitlan se estuvieron escondidos todo aquel día siguiente sin osar pasar ni por tierra ni por agua a Mexico; porque era fuerza haberlos de salir a buscar y cosa muy contingente pasar seguramente a la otra parte de la laguna. Lo que aquel día comieron, dicen, que fueron unas yerbas crudas que por allí hallaron, que no les sería mal pan si con él esperaban sustentar sus vidas. Llegada la noche, entraron en una canoa que en las riberas del agua encontraron y con la más priesa que pudieron se vinieron a Mexico, donde ya los tenían por muertos.

Pero volviendo a lo que en Chalco pasó, digo que venida la mañana y sabiéndose que los presos se habían huido dieron las nuevas de ello al rey que lo sintió todo lo imaginable, mayormente que de su prisión había dado

aviso a Maxtla y aguardaba su respuesta; hizo diligente pesquisa de lo sucedido y halló que Quateotzin les había dado libertad y mandó hacerlo pedazos y a su mujer y hijos que los matasen, porque ésta era la pena de semejantes culpas; y así murió Quateotzin hecho pedazos el día que Motecuzuma y sus compañeros estaban libres y escondidos para irse a su ciudad; y aunque salieron a buscarlos no los hallaron, por el buen aviso que este buen hombre les había dado y murieron juntamente las guardas todas de la cárcel. Dicen que se escapó un hijo suyo y huyó a Yacapichtlan (que es pueblo en el Marquesado) y otra su hija a Mexico, donde fue después honrada.

Cuando llegaron los presos a Mexico fuéronse a palacio, donde los recibió Itzcohuatl y todos los nobles de la ciudad con grande asombro y contento; porque ya los tenían por muertos por el tiempo que había que fueron con su embajada y no haber sabido de ellos; contaron lo que les había pasado como está dicho y quedaron muy más admirados de la ventura que tuvieron y nada gustosos del mal trato de los chalcas y aculhuas. Maxtla, que estaba sentido de Toteotzin por razón de haber ido contra el rey de Cohuatlichan en favor de Nezahualcoyotl y haberle muerto a su pariente y deudo, teniéndolo por hombre de dos caras y traidor, como en realidad de verdad lo era, como adelante parecerá, no sólo no lo estimó, pero envióle una reprehensión muy áspera acerca de este hecho, y envióle a decir que era un bellaco, esclavo mal nacido y fementido y que no pensase que con semejantes traiciones había de congraciarse con él, que luego sin dilación soltase los presos y dejase ir libres a sus casas. Cuando los mensajeros vinieron con esta respuesta, fácil es de considerar cuál quedaría Toteotzin; porque huidos los presos y reprehendido del rey no le pudo hacer buen estómago, aunque al fin lo digirió y pasó con todas las afrentas que en orden de esta historia dicha le fueron hechas de todos. Esta historia así referida la saqué a la letra de lengua mexicana en esta vulgar castellana en que escribo, sin añadir ni quitar, para que se vea las particularidades de ella y la buena razón con que estos indios procedían en su gentilidad; y si Acosta no lo dijo será porque lo ignoró, como también ignoró todo lo que en estos libros escribo, que me ha costado sumo trabajo averiguarlo y sacarlo en limpio.



CAPÍTULO XXXVI. *De cómo se vino a ver secretamente Nezahualcoyotl con Itzcohuatl, rey de Mexico, y volvió luego con sus gentes a la guerra; y cómo en ella murió Maxtla, emperador, quedando victoriosos los mexicanos y aculhuas, y fenecido el imperio tepaneco*



A ESTABA EL TEPANECO MAXTLA apercibido con gente para hacer guerra a los mexicanos; y sabido por Nezahualcoyotl vino secretamente a verse con su tío Itzcohuatl, al cual salió a recibir fuera de la ciudad con mucho contento y tomó razón de él, de lo que había y se podía hacer; y sabiendo que Maxtla se apercibía para hacer guerra a los mexicanos, se partió luego con presteza el valeroso mancebo por la suya, que toda la tenía alojada en los campos de Chiautla y Aculman, sin aguardar a conquistar a los de Tetzcuco y todos los demás de Aculhuacan, que aunque los había perdonado, como ya hemos dicho, no se había apoderado de la ciudad, ni entrado en ella de propósito y importaba ahora mucho acudir a la guerra de Mexico; porque si se vencía al rey de Azcaputzalco estaba segura la victoria de estos dichos aculhuas, temprano o tarde; y si ésta se perdía, no importaba haberla tenido de otras partes; pues quedaba vencedor el enemigo y muy poderoso, no sólo para hacer guerra, pero también para asolar y destruir. Con esto dejó la que pudiera Nezahualcoyotl hacer en su ciudad y vengarse de todos; pero no haciendo caso de ella repartió su ejército, ordenando que los huexotzincas con los otros de la otra parte de las sierras (que no sólo eran confederados de Nezahualcoyotl, sino también amigos de los mexicanos) fuesen a dar a Tenayucan y vino Nezahualcoyotl a Mexico, hallando paso libre para ello; porque todos estaban en Azcaputzalco, recogidos para haber de dar otro día la batalla, la cual se comenzó otro día de mañana por los tepanecas, que vinieron sobre la ciudad creyendo que aunque los cogiesen apercibidos no serían tantos que bastasen a hacerles rostro, ni a mantenerles guerra por mucho rato.

Comenzóse la batalla, para la cual estaban ya apercibidos los mexicanos con el socorro que Nezahualcoyotl les traía; y de una y otra parte los capitanes comenzaron a esforzar y animar a sus soldados; iban delante de los mexicanos (después de haberlos puesto en orden y en concierto) su rey Itzcohuatl y Nezahualcoyotl y con ellos Motecuzuma, como capitán general. Traían los tepanecas por capitán y caudillo un valeroso hombre llamado Mazatl, porque Maxtla (o de confiado, o de soberbio) no salió a la batalla. Comenzáronse a acometer con grandes voces y alaridos, hiriéndose con la mayor fuerza que podían y procurando cada cual vencer a su enemigo y cantar la victoria por suya; pasaron de esta manera la mayor parte del día, ganando y perdiendo tierra, los unos y los otros, pareciendo que unas veces vencían los mexicanos y otras los tepanecas. Pero yendo declinando el día y pareciéndoles a los plebeyos y comunes (y a algunos de los

principales) que el cuerpo del ejército tepaneca estaba fuerte y que se le llegaban gentes de refresco, comenzaron a desmayar y a decir entre sí unos a otros: ¿Qué hacemos mexicanos? ¿Hemos de perecer aquí todos? ¿Por ventura, por sufrir la cólera y orgullo de Itzcohuatl, Nezahualcoyotl y Motecuhzuma, hemos de morir mala muerte, a manos de nuestros enemigos? Mejor es que, confesando nuestra rebeldía, nos demos y entreguemos y pidamos merced de nuestras vidas. Oyó esta voz Itzcohuatl y afligido con ella y viendo que desalentaban sus mexicanos y los tepanecas prevalecían, llamó a consejo de guerra a Nezahualcoyotl, Motecuhzuma y otros señores y les dijo: caballeros y amigos, ¿qué hemos de hacer a tanto desmayo como algunos de los nuestros muestran? A lo cual dijeron Nezahualcoyotl y Motecuhzumatzin ¿qué?, que muramos y que con nuestros ojos no veamos tan grande afrenta, que muriendo peleando habremos cumplido con nuestra obligación; y si vivimos vencidos quedaremos más avergonzados que hasta aquí lo andábamos; pues en orden de morir en esta ocasión o quedar gloriosos vencedores en ella, hemos andado buscándola todos estos tiempos de atrás. Ya a esta hora iba prevaleciendo la vocería de los mexicanos que se hallaban rendidos y llegó a tanto temor que decían a voces: ah tepanecas, señores de la tierra firme, aplacad vuestra ira que ya nosotros nos sujetamos; y si de todo punto no nos entregamos es por el estorbo que nos hacen nuestro rey Itzcohuatl y su capitán Motecuhzuma y el aculhua Nezahualcoyotl, que ellos son los que quieren sustentar la batalla; y si queréis aquí los mataremos a vuestros ojos, porque con este hecho nos perdonéis. Fue tanto el enojo de los tres, cuando oyeron estas palabras, que quisieran poner las manos en ellos; pero por no turbar el orden de la pelea, ni ser causa de que los enemigos hicieran su guerra con las proprias armas mexicanas, lo dejaron y cobraron nuevo ánimo y dijeron todos juntos: vamos a morir, que cuando muramos será el precio de nuestra vida nuestra honrada muerte.

Ya en esta sazón les habían ganado un gran pedazo de tierra los tepanecas a los mexicanos y les habían pasado de estotra parte de una acequia de un lugar llamado Petlacalco y con el coraje que arremetieron los capitanes y alentaron sus gentes los volvieron a arredrar y volver a pasar la acequia que habían ganado y los llevaron retirando hasta otra llamada Mazatzintamalco. Viendo esta conocida ventaja, Itzcohuatl comenzó de nuevo a animar a los suyos y Nezahualcoyotl y Motecuhzuma a hacer grande estrago en los contrarios, y en la mayor fuerza de su combate se encontró Motecuhzuma con Mazatl (que como glorioso y contento venía guiando su gente, apellidando victoria) y encontrándose los dos se acometieron el uno al otro con grande fuerza; y fue tanta la ventura del mexicano que dio un golpe al tepaneca, que con él le trajo a sus pies muerto, y dando voces comenzó a decir: victoria, victoria, y reparando todos en ello, vieron los mexicanos cómo Motecuhzuma la cantaba; y los tepanecas, que era muerto su capitán; y fue tanto el ánimo que cobraron los mexicanos y sus aliados y el desmayo de los tepanecas, que comenzaron a huir y dejar la guerra; cuyo alcance no pudieron seguir los mexicanos por venirse ya cerrando la noche; y volviéndose a su ciudad contentos, se fueron a la suya los tepa-

necas, tristes y desconsolados, aguardando a probar ventura otro día, a lo cual aquella noche los esforzó su rey Maxtla, encareciéndoles la gloria que perdían si no vencían y la mucha de los mexicanos si ganaban; pues de tributarios y pecheros, se hacían señores libres y de vasallos; pero no le aprovechó, porque saliendo los unos y los otros, otro día a la misma demanda y contienda, salieron los mexicanos con su total victoria, habiendo muerto muchos tepanecas y sus aliados. Reconocióse esta ventaja a medio día en punto, y fueron huyendo los tepanecas, y los mexicanos siguiendo el alcance hasta entrar por las casas y calles de Azcaputzalco; la cual dejaron sus moradores y los que iban huyendo se pasaron a los montes, que distan de ella tres o cuatro leguas. Fuéronle estas nuevas a Maxtla y aunque desde el día antes las fue teniendo tan malas por sus intervalos hasta llegar el número a nueve, no las creía; porque como soberbio y altivo que era, no se persuadía a que había poder en la tierra que desbaratase el que tenía en su ciudad y reinos; y con esta confianza aguardó hasta que oyó el llanto de los vencidos y las voces alegres de los vencedores con sus propios oídos; y cuando se vido perdido y que ya no valía autoridad y gravedad, sino la ligereza de los pies y quiso poner su remedio en ellos no pudo, porque le tenían cercado todo el palacio; y viendo que no podía escaparse metióse en unos baños, en que solía bañarse (que se llaman temazcal); pero como le buscaban muchos, y con ansias de hallarle dieron con él en aquel lugar, donde le mataron a pedradas y palos.

Desta manera acabó Maxtla y su imperio, muriendo muerte tan abatida y afrentosa, y mandaron los reyes echar su cuerpo a las aves, que se lo comiesen; y pagó en esta ocasión las afrentas que hizo a Chimalpopoca, violando la honestidad de una de sus mujeres; y la otra de tenerle en la cárcel y hacerle ahorcar con recelo que tuvo de que no había de salir vivo de sus manos; y Nezahualcoyotl quedó también vengado de la inquietud con que le había traído tantos años, sin darle ningún lugar de reposo. Gobernó sus reinos tres años y en él se acabaron los reyes tepanecas, porque aunque hubo después señores, no fueron reconocidos por reyes sino por feudatarios del imperio mexicano que comenzó en este rey Itzcohuatl, como luego veremos. Vinieron entrando los huexotzincas por la parte de Tenayucan y rindieron la ciudad y cautivaron muchos de sus moradores; y a otro día siguiente se juntaron los aculhuas y mexicanos con ellos, los cuales se habían quedado aquella noche en Azcaputzalco, destruyendo sus edificios y quemando sus templos y dándole saco; porque con la grande ruina y pérdida de la batalla pasada, todos asombrados de la muerte se fueron a los montes donde estuvieron muy afligidos, sufriendo hambre y cansancio y otras muchas desventuras (como luego diremos) y un día después deste vencimiento ganaron los ejércitos juntos a Cuetlachtepec, cuyo señor se llamaba Tlatolatl; y con esto se aseguraron por entonces de sus enemigos.

CAPÍTULO XXXVII. *De cómo los tepanecas que habían huido a los montes se vinieron a ofrecer de paz a Itzcohuatl, y los recibió a su obediencia*



IÉNDOSE LOS TEPANECAS SIN REY y todos desbaratados y vencidos fuera de sus casas y en los montes, sin recurso a cosa ninguna, descarriados y hambrientos, tomaron consejo entre sí y trataron de lo que harían para vivir seguros; y determinaron de darse de paz, y entregarse al rey mexicano para que como a vasallos suyos los rigiese y gobernase y los amparase; porque les pareció que ninguno otro corte sería tan bueno; porque si estando los tepanecas en su mayor pujanza los había vencido, mucho más ánimo tendría de hacerles mal viéndolos sin rey y descarriados. Con este consejo enviaron a ofrecerse a Itzcohual, rey de Mexico, con mucha sumisión y humildad; vino con esta embajada un caballero de cuenta, llamado Tezcacochitzin, acompañado de otros muchos nobles y caballeros de Azcaputzalco y de las otras partes donde asistían los tepanecas, los cuales fueron bien recibidos del rey y fueron acariciados de todos; y después de haberse ofrecido de paz y de haber pedido por merced la vida, diciéndole (por ventura) que pues el tiempo mudable se volvió contra ellos y levantó a los que tenían por vasallos a la silla y alteza que ellos gozaban, poniéndolos donde estaban los otros, que no se maravillaban sino que antes agradecían a la fortuna, que ya que dio vuelta a su rueda, fuese poniendo en lo alto de su gloria un tan gran príncipe como Itzcohuatl, que también sabía esclarecer y engrandecer su nombre; y que pues esto no era en elección de hombres sino en voluntad u permisión de Dios, se apiadase de los viejos y viejas, niños y mujeres flacas y que los recibiese por hijos, y otorgase a los que habían quedado con vida que se volviesen a su ciudad y pueblos, y que en nombre suyo y de todos los demás ausentes se le ofrecían por sus vasallos y le reconocían por señor.

No fue pequeño el contento que el mexicano recibió en oír estas razones, ni tampoco se le hará dificultoso de creerlo al que considerase lo que pocos días antes eran los mexicanos y lo que en esta ocasión son, porque de afligidos tributarios y a riesgo no sólo de perder su señorío sino con él también sus vidas y verse ahora restituidos en libertad y relevados de aquel tan grande y pesado tributo que pagaban, y sobre todo hechos señores de sus señores, sin duda que es argumento éste de grandísimo regocijo y contento, el cual (como digo) mostró el rey, y con rostro grave y severo respondió consolándolos y diciéndoles que si habían perdido rey, hallarían en él rey y padre, que no se afligiesen sino que se volviesen a sus casas y viviesen como antes estaban que para ello les daba licencia y libertad y que fuesen fieles y no voltarios porque de una manera y de otra verían el premio y el castigo. Recibieron los embajadores este recado con mucha alegría y fueron a darlo a los fugitivos los cuales con el seguro dél se volvieron a sus

casas, y desde entonces reconocieron al rey de Mexico por señor y acudían a servirle como al que antes tenían tepaneca.

CAPÍTULO XXXVIII. *De cómo los reyes Itzcohuatl y Nezahualcoyotl fueron contra los rebelados del reino de Aculhuacan, y de cómo los vencieron y redujeron a la obediencia de Nezahualcoyotl*



ESPUÉS QUE ITZCOHUATL SE VIDO REY DE MEXICO y de Azcaputzalco, trató con su sobrino Nezahualcoyotl de que se enseñorease de su reino; y viendo que muchos de los señores dél estaban rebeldes y que no querían reconocerle ni recibirle, en especial el de Huexotla, ordenaron de hacerles guerra, para lo cual juntaron toda la más gente que pudieron y salieron contra ellos por los llanos de Santa Martha, yendo a salir al pueblo de Chimalhuacan, y allí situaron sus campos y pararon sus gentes y enviaron a decir a los rebeldes, si todavía perseveraban en su pertinacia; y que si era así, que se apercibiesen para la guerra y que en aquel lugar los aguardaban porque, donde no, les entrarían luego sus tierras haciendo mal a fuego y sangre. No quisieron los rebelados hacer de paz la entrega que se les pedía y apercibiéronse para la batalla, la cual dieron a los ejércitos que se habían juntado de los aculhuas; de los cuales fue él, el rey de Huexotla, vencido y despojado de su señorío y duró la fuerza de la batalla hasta que Motecuhzuma, capitán general, se encontró con él, que lo era de los aculhuas, llamado Huitznahuatl al cual prendió, con cuya prisión se rindieron los aculhuas y huyeron; y después que el rey de Huexotla fue vencido en ella y destruidas sus gentes, viendo los aculhuas su perdición, se vinieron todos a sujetar y dar la obediencia presentando los niños, viejos, viejas y mujeres preñadas y otras que pudiesen mover a compasión y misericordia; y pidieron a Nezahualcoyotl y a Iztcohuatl que perdonasen su yerro, que la causa de su pertinacia no había sido querer mal a su señor y rey, sino el temor grande que Tezozomoc y Maxtla habían cobrado, y que si después de haber muerto Maxtla no se habían rendido, había sido por temor y miedo de haber de ser castigados, por haber negado la obediencia a quien justa y naturalmente se la debían; pero que puestos en sus manos, pedían perdón y de merced las vidas.

Entraron a la presencia de los reyes con sartales de oro y plata y con otras cosas de valor que presentaron como lo acostumbraron en todas ocasiones los vencidos entre estas gentes indianas; y viendo su humildad y sujeción y sabiendo por ventura que al vencido le basta su propria confusión por castigo y al vencedor, por gloria de su vencimiento, verse señor del mismo que pudo rendirle, si la ventura que le ayudó favoreciera al otro, los recibieron y trataron humanamente, pidieron entonces a Itzcohuatl que se sirviese de darles a Nezahualcoyotl, que ellos querían obedecerle como a su rey, lo

cual hizo el de Mexico con muy gran voluntad; porque aunque es verdad que lo era, ya sabemos por lo dicho en los capítulos pasados cómo le tenían reconocimiento desde que Tezozomoc mató a Ixtlilxuchitl, su padre, por haber dado a los mexicanos este tirano el señorío de Tetzcuco y quedádose él con el de Cohuatlichan y los otros restantes; por lo cual, pertenecía a Itzcohuatl este reino, por ser la una parte suya, por habérsela dado el tirano y la otra por ser de Maxtla, al cual venció y se apoderó de su reino, cuya parte era esta que ahora sujetaron en Aculhuacan. Hechos los conciertos y quedando el reino por de Nezahualcoyotl, se volvieron los reyes a Mexico, donde llegaron con grande majestad y regocijo y fueron recibidos de los de la ciudad muy alegremente, y festejaron esta victoria con las demás con mucha solemnidad; los cuales se remataron con lo que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXIX. *De cómo a Totoquihuatzin, señor de Tlacupan, nombraron Itzcohuatl y Nezahualcoyotl por el rey y le dio el señorío de Mazahuacan y todas las provincias comarcanas*

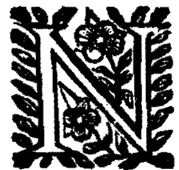


OBERNABA LA CIUDAD DE TLACUPAN un señor llamado Totoquihuatzin, nieto del rey Tezozomoctli y sobrino de Maxtla, el cual (o por no estar bien con el tío o por otras causas que le movieron) no salió a la batalla contra los mexicanos, ni se dice que se hallase en ella, y viendo Itzcohuatl y Nezahualcoyotl que era tan gran señor (y por ventura le tendrían por amigo) le llamaron y dieron nombre de rey de los tepanecas, aunque no con la autoridad y majestad que su abuelo y tío lo habían tenido; pero hiciéronlo parcial con ellos en el gobierno, y en la distribución que después hicieron de las tierras le dieron la quinta parte de todo y la provincia de Mazahuacan y la parte de aquellas serranías, con sus vertientes que eran de chichimecas, que son los que ahora llaman otomíes; y el día de hoy aún dura a la gobernación tlacupa, cuando se hacen llamamientos de gente para alguna obra pública y de consideración, entran en la cuenta desta república todos los pueblos que están en las cordilleras y las otras vertientes de las sierras que le caen al poniente, que corren hacia el valle de Tolucan.

Con este nombramiento y con verse Itzcohuatl rey supremo del imperio tepaneco y Nezahualcoyotl del de Acolhuacan, aunque por entonces muchos dél estaban rebelados, quedaron contentos y trataron tío y sobrino entre sí de partir los tributos y tierras que tenían y que de nuevo ganasen y que se ayudasen en todas ocasiones, dando parte de todo a Totoquihuatzin rey de Tlacupa; y porque determinaban pasar adelante con la conquista del imperio no salió Nezahualcoyotl de Mexico, ni trató de ir a tomar la posesión de su reino, que ya los tetzcucanos (aunque no todos) se lo tenían dado; y despidieron a los huexotzincas y tlaxcaltecas y a todos los demás

que en socorro de la ciudad habían venido, dándoles las gracias de su buena ayuda y parte muy aventajada de los despojos conque se volvieron a sus casas y con palabra de que volverían a ayudarles todas las veces que se les ofreciese necesidad de su ayuda. Y aunque los azcaputzalcas se habían rendido y ofrecido a la obediencia de Itzcohuatl con otros muchos, había otras ciudades y pueblos que estaban rebeldes y enojados y no querían rendirse, por lo cual luego que lo supieron Itzcohuatl y Nezahualcoyotl salieron con sus gentes en su busca y fueron a Tlacubaya (que era el pueblo donde se habían hecho fuertes y haciéndoles guerra los vencieron y sujetaron y quedaron tributarios de Mexico).

CAPÍTULO XL. *De otras guerras que el rey Itzcohuatl, acompañado de Nezahualcoyotl rey de Tetzcuco, hizo en continuación de la conquista de su imperio*



O LUEGO QUE MURIÓ MAXTLA, y se apoderó Itzcohuatl del reino de Azcaputzalco, pasó adelante con la guerra que había comenzado a hacer a los tepanecas, porque para proseguir con ella debía de considerar dos cosas: la una que no quedaba rey que le contradijese por haber muerto el que lo era. Y la otra, porque para salir contra los que estaban quietos en sus casas, y algo apartadas de su ciudad, era necesario pertrecharla, para que cuando saliese de ella la dejase guardada y asegurada de los enemigos, que por vecinos pudieran entrarse en ella y desconocer sus moradores, cuando volviesen a sus casas. Por esto dejó pasar aquel año, en el cual no hubo quien se le opusiese ni contradijese su señorío; pero no por esto los moradores de la ciudad de Coyohuacan (que eran conjuntos al reino de Azcaputzalco) quisieron darle la obediencia, sino que substraídos de ella se estaban en sus casas mostrándose señores de ellas; pero pasado el año y viéndose Itzcohuatl apoderado de la tierra y con fuerzas suficientes para probar su ánimo, comenzó a salir fuera de sus límites, lindes y términos, y vino contra Coyohuacan y Atlacuihuayan; a los cuales hizo guerra acompañado de los aculhuas y otras gentes; pero no los vencieron, porque como gente que sabía que ya los mexicanos pretendían echarlos de sus casas, se habían apercibido y venían otras gentes y provincias a ayudarlos. Pero fue tanta la fuerza de los mexicanos y aculhuas que aunque no los rindieron los hicieron retirar hasta un lugar llamado Tequiahuac, y se volvieron con esta poca ventaja, después de haber peleado fuerte y varonilmente todo aquel día. Volvieron otra vez a la batalla y siempre les iban ganando tierra los mexicanos a los coyohuaques y huitzilopochcas. Y esta segunda vez los llevaron hasta otro lugar más apartado, llamado Axochca. Salieron otro día a probar ventura y la tuvieron de manera que retiraron a los enemigos hasta ponerlos apartados de su ciudad y pueblos, y llevarlos hasta el pie de las sierras que le caen al mediodía, y allí los deja-

ron sin osar volverse a sus casas. Pero los mexicanos, como ya casi vencedores, se volvieron a las suyas con esperanza de vencerlos la primera vez que saliesen contra ellos, como sucedió: que pasados algunos días les dieron cuarta vez la batalla y los vencieron y hicieron huir por aquellos montes y serranías; y dicen que su capitán y señor de la ciudad de Coyohuacan pasó de la otra parte de ellas con muchas de sus gentes y se fue huyendo pasando por las tierras de los ocuiltecas, hasta un lugar llamado Tlachco (que es donde después se descubrieron aquellas que fueron famosas minas, llamadas de Tasco). Aquí se recogió este señor y no se dice que volviese más a su ciudad, y desta manera se hizo señor Itzcohuatl de Coyohuacan, Huitzilopochco y Atlacuihuayan, que eran las ciudades más pujantes de los tepanecas, y quedó muy temido de todos y obedecido como rey; y viéndose estas gentes sin rey en su reino y sin señor proprio en su ciudad, vinieron pidiendo misericordia a Itzcohuatl y dándole la obediencia, y él los recibió y dio licencia para venirse a sus casas; lo cual hicieron los coyohuaques y huitzilopuchcas y los demás, y quedaron por tributarios del imperio mexicano. Esto sucedió el año segundo de su reinado.

Pasadas estas guerras y pacificadas estas gentes, ya parece que estaba el rey Itzcohuatl con algún reposo; porque ya no sólo no pagaba a los tepanecas aquel tan penoso y afrentoso tributo de la sementeras, patos y garzas (que tan afligidos los traían), pero hallábase señor de aquellos mismos que le recibían; y pareciéndole que para lo más que pretendía, que era conquistar los otros reinos de esta Nueva España, había menester ayuda y gente, consideró que Nezahualcoyotl, su sobrino, podría muy mejor dársela asistiendo en su reino que ausente dél, por lo cual le pidió que se fuese a Tetzcuco y tomase la posesión de su señorío; a lo cual acudió Nezahualcoyotl de voluntad, lo uno, porque lo deseaba y, lo otro, por acudir mejor con gente a las conquistas que ya comenzaban a hacer. Fueron para esto llamados los señores del reino de Aculhuacan y llevaron a su rey (y dicen que le fue acompañando Itzcohuatl) los cuales llegaron a la ciudad de Tetzcuco, donde con grande contento lo aguardaban sus moradores. Allí fue recibido de todos y coronado del mismo Itzcohuatl y obedecido de sus gentes; y concertaron entre los tres reyes de favorecerse y ayudarse en todas ocasiones; y hicieron sus conciertos y capitulaciones, y entre ellas una, que de todo lo que se ganase concurriendo los tres, se diese la quinta parte al rey de Tlacupa, y el tercio de lo que quedase a Nezahualcoyotl; y lo demás, a Itzcohuatzin, como a cabeza mayor y suprema. Lo uno, porque las victorias que se hacían (según parece en las historias pintadas, con que ellos se entendían) eran en su nombre, y lo otro, porque fue primero rey que los otros dos; porque aunque Nezahualcoyotl lo era no estaba en la posesión de él, hasta que con el favor de Itzcohuatl la tomó y lo recibieron; y Totoquihuaztli no tenía este título, hasta que estos dos reyes se lo dieron, porque era señor de sola la ciudad de Tlacupan, cuando su tío Maxtla reinaba; como también lo era el mismo Maxtla de Coyohuacan, cuando su padre Tezozomoc lo era de Azcaputzalco. Con esto quedaron los tres reyes hechos señores de los más de la tierra, porque en ellos se incluía todo el más

poder y señorío de ellos, que dado caso que muchas gentes se habían rebelado y otras aún no estaban sujetas, fue después fácil de reducir a los más por bien, y a los que no querían los rendían por fuerza.

CAPÍTULO XLI. *De cómo el rey Nezahualcoyotl, viéndose en la posesión de su reino, comenzó a disponer las cosas de él con mucho concierto para su mayor conservación y guarda*



AS COSAS DEL REINO DE ACULHUACAN TETZCUCO no estaban por estos tiempos en aquella disposición y concierto que las había puesto el emperador Techotlala, abuelo de Nezahualcoyotl, porque con su muerte y trueque, que con ella huyó del gobierno, por haber entrado en él tiránicamente Tezozomoc, rey de Azcaputzalco, todo se había trocado y aun descaecido, en mucha parte, las buenas costumbres y leyes sanas con que vivían; por ser cosa cierta que la relajación de una buena costumbre no quiere muy gran puerta por donde entrar, que por cualquier resquicio cabe; y cuando el concierto de una república se conserva, por la vigilancia y cuidado de un rey, suele por la flojedad y descuido de otro, arruinarse; en especial si el que succede en el reino no es señor legítimo, que por esta razón muchas (y si no son todas, al menos las más) veces disimula, con todo lo malo que se hace, por sólo ganar los corazones de los vasallos, que lo son por fuerza; que esto puede la ambición, que lo que sin ella no se consintiera se consiente por el gusto de mandar y de ser rey. De manera, que por ser uno más que otro, hace cosas que otro no hiciera y tolera los males que debiera remediar, siendo el mando y el señorío para esto. Pero volviendo a nuestro intento, digo, que aquel buen orden y concierto del reino de Tetzcuco en que Techotlala lo había puesto no estaba como antes, porque demás de haber faltado, lo había trocado Tezozomoctli y regían la república gobernadores suyos y de su hijo Maxtla, que le sucedió en él; y por esto, luego que Nezahualcoyotl entró en la posesión y gobierno de él, trató de reducirle a sus buenos principios y a añadir cosas que le parecieron necesarias para su mejor gobierno. Puso en concierto los consejos y audiencias, dando los lugares y oficios de ellas a personas dignas de ellos. Dio a dos hermanos suyos, llamado el uno Quauhtlehuanitzin y el otro Ichantlatocatzin, el supremo (como en Castilla el que llamamos consejo real), a los cuales habían de venir todas las cosas graves y criminales para que ellos, con el rey, las determinasen. A otros cinco señores, que le habían ayudado en las guerras, hizo también de su consejo y les dio muchas y muy grandes preeminencias, dándoles autoridad para los despachos civiles de sus reinos.

Hizo una sala de congregación, donde se juntaban todos los poetas y hombres músicos (que lo eran mucho los de esta tierra), astrólogos y historiadores y de otras artes, donde conferían estas cosas con grande eminen-

cia; y para más autorizar esta sala hizo presidente de ella a un hijo suyo, llamado Xochiquetzaltzin. El consejo de guerra lo reformó y puso en él los hombres más valerosos que halló en sus reinos, así de los nobles como de los plebeyos, no atendiendo en esto tanto a la nobleza de la sangre, cuanto al valor de las personas, por ser esto lo más importante de la guerra. Nombró por presidente de su consejo a Acapipioltzin, también hijo suyo, que por la dignidad de su oficio le llamaban Tlacoxtecuhtli, hombre muy sabio y valeroso en las armas. Y asimismo asistía, en este consejo, uno de los trece grandes de los reinos de Tetzcuco que se decía Quetzalmamalitzin, señor de Teotihuacan, yerno suyo, que era el capitán general de sus reinos, aunque pocas veces salía a la guerra, si no era muy forzosa y donde el rey asistía; y por la dignidad de su oficio le llamaban Hueitlacochcalcatl. Puso consejo de hacienda donde se juntaban todos los mayordomos del rey y algunos mercaderes de los más cuantiosos de la ciudad a tratar de las haciendas y tributos reales; y presidía a este consejo un hijo del rey, llamado Hecahuehuetzin. Tenía, asimismo, repartida la ciudad en esta manera: que treinta y tantos oficios, que tenían los moradores de ella, estuviesen divididos y apartados y cada oficio se usase en barrios de por sí; de suerte que los que eran plateros de oro, habían de estar juntos y todos los de aquel barrio lo habían de ser y no se habían de mezclar otros con ellos; y los de plata en otro barrio; los pintores, en otro; los lapidarios, en otro; y desta manera iban distribuidos los demás oficios y oficiales en la ciudad, no entreverándose ni juntándose los unos con los otros; y para tener este prudente rey más abastecida su ciudad destas cosas, las fue trayendo de otras muchas y diversas partes. Hizo dentro y fuera de la ciudad grandes y sumptuosos edificios de casas, jardines y bosques, como hoy día se ven las ruinas de ellos, que todo era muy de ver.

Llegó desde este punto y con esta grandeza a quedar tan grave y endiosado Nezahualcoyotl, que ya le parecía caso de menos valer, y ajeno de la autoridad de un rey, que todos indiferente le hablasen; y por ganar más autoridad usó esta costumbre y mandó que no le hablasen sino por intérprete y por tercera persona, como esotro rey de Babilonia (de quien en otra parte decíamos), por lo cual, cuando alguno había de hablar al rey, se lo decía a uno de aquellos cinco señores dichos, o a todos juntos; y luego éstos lo decían a un enano y éste lo decía a Axayacatzin, un gran señor, y éste lo comunicaba con Quauhtlihuanitzin, que era del consejo supremo del rey, y según le parecía, mandaba entrar al negociante o mensajero o le despedía con respuesta. A toda esta grandeza llegó Nezahualcoyotl, aunque tan afable con todos, que a los señores los tenía por padres y a los comunes por muy verdaderos hijos, cuidando de su bien como pastor que vela sobre su rebaño y grey.

Puso para la cobranza de sus rentas tres mayordomos mayores que lo eran de su casa y mandó que hubiese en la ciudad real de Tetzcuco de todos géneros de oficiales, así como estaban derramados por el reino (como se ha dicho). Puso escuelas de su arte adivinatoria y manera falsa de astrología que usaban. Púsolas también de poesía, a que muchos eran muy dados,

porque en ella y en los cantares que hacían, referían todas las cosas memorables y casos sucedidos en las edades pasadas y presentes; y se cantaban en los areitos y bailes públicos y en ellos también decían las alabanzas con que engrandecían a sus reyes y personas dignas de memoria; para lo cual se esmeraban mucho en que el verso y el lenguaje fuese muy limado y grave.

Mandó luego edificar un grande y sumptuoso templo a su mayor dios, y otro muchos y buenos a otros de sus dioses. Comenzó a instituir y nombrar ministros para ellos, siguiendo la costumbre y usanza de sus padres (aunque no los chichimecas, que éstos no los tuvieron en mucho número, por decirse de ellos que sólo adoraban al sol, teniéndolo por padre; y si fuera con la inteligencia que dijo el Philósofo, que el sol y el hombre engendran al hombre, decían verdad, y a la luna teniéndola por madre; pero siguió a las otras gentes de quienes también procedía), y en orden de su falsa y mentirosa doctrina adoró muchos dioses, no porque los tenía por tales (como adelante diremos) sino por seguir el común de los otros que los adoraban, y les hizo templos y adornó sus casas; y esto fue con grandes ventajas en éste y en sus sucesores y eran muy mayores que los de Mexico (como en el libro de los templos hemos dicho),[1] a lo cual me remito.

CAPÍTULO XLII. *De la guerra que Itzcohualt hizo a los de Xuchimilco, acompañado de Nezahualcoyolt, y a los de Cuitlahuac y Quauhnahuac; y de su muerte*



EN ESTAS COSAS ESTABA OCUPADO NEZAHUALCOYOTL, y otras muy convenientes para la república, cuando vinieron mensajeros de Mexico, del rey Itzcohuatl, que en su nombre le pedían que mandase hacer gente, como él la tenía ya hecha, para ir sobre la ciudad y provincia de Xuchimilco para sujetarla (que estaba substraída con las cosas pasadas y no reconocían señor, más de los que en la república los gobernaban). Bien se echa de ver, por esto, el arriscado pecho del rey Itzcohuatl y las ganas que tenía de verse emperador de tantas naciones como su suerte tenía aparejada, queriendo mostrar en su ánimo la dicha grande que a los que no son legítimos de su nacimiento la naturaleza muchas veces les concede, que por secretos juicios acaece, que se contenta de dar a mayorazgos y herederos de grandes posesiones y rentas, sólo aquel bien de haberlo heredado de otros, sin poner de su parte más de su persona y los merecimientos de sus antepasados, de los cuales lo han ido heredando sin derramamiento de sangre propria, ni con inteligencia de astucia humana, y a estos tales acontece muchas veces que les basta, para su estimación y honra, verse hijos legítimos de tales padres y en la posesión de tantas y tales rentas; pero a los que carecen deste favor natural y que por algún caso adverso son hijos de sus mismos padres, habidos por modos ilícitos y bastardos o naturales, como

[1] Torquemada. lib. 3

faltos de bienes temporales les suelen succeder los naturales, que son de buena dicha y próspera fortuna, dándoles puerta por donde entren ganando por su persona, lo que por herencia les es negado y con la osadía de que son dotados, emprendan cosas que los hagan iguales en merecimientos a los que no lo son por igualdad de partos; de lo cual tenemos grandes y copiosos ejemplos; pero dejados todos (por evitar prolijidad), digo de Itzcohuatl, que para seguir el alcance de su ventura y ganar nombre de soberano emperador (cosa que por legítima sucesión otros merecían mejor, por ser éste hijo de esclava, aunque hubiese sido hijo de rey) envió sus mensajeros a Nezahualcoyotl, su sobrino, rey de Tetzcuco, que a la sazón se ocupaba en lo que más convenía a la conservación de su reino y señorío, pidiéndole ayuda para contra los de Xuchimilco. Hízolo así Nezahualcoyotl y vino con su gente y todos los tres reyes juntos salieron contra los xuchmilcas y presentáronles la batalla; ellos, que sabían lo que había pasado con los de Azcaputzalco, Coyohuacan y otros pueblos grandes que tenían ya a su obediencia los mexicanos, temieron el acometimiento; pero no de manera que les rindiesen las armas, antes con ánimo valeroso de perderla antes que rendirse; con esta determinación les salieron al encuentro y trabaron una muy reñida batalla, donde se mostraron muy fuertes y valerosos los xuchimilcas; y los mexicanos se volvieron a su ciudad con toda la gente; pero volvieron segunda vez con más poder y fuerza y acometiéndose los dos campos, prevaleció el de los aculhuas y mexicanos y hicieron a los xuchimilcas desamparar su ciudad y huir a los montes. Siguieron el alcance los mexicanos, en el cual murieron muchos principales y plebeyos. Esta guerra duró once días y después de la victoria saquearon la ciudad y se apoderaron de ella. Viéndose vencidos los xuchimilcas trataron entre sí de entregarse a Itzcohuatl, lo cual hicieron entrando en su presencia con sartales de piedras preciosas, cadenas o collares de oro y otras muchas riquezas, con que se presentaron. Recibiólos Itzcohuatl con rostro alegre y admitió su presente; y desde este tiempo quedaron por sus vasallos y a su obediencia y mando. Hízose jurar por su rey y prometió de hacerles mucho bien y excusar el mal que pudiese. Con esto se le rindieron y quedaron por sus tributarios. Vueltos de esta guerra ya muy animados y esforzados, con la próspera fortuna que en todo les iba corriendo, fueron luego el año siguiente contra los de Cuitlahuac, pueblo grande y de mucho gentío, situado en la laguna dulce, que por estar enmedio del agua era muy fuerte; pero fue la suerte de los de Cuitlahuac muy adversa y así vinieron a poder del mexicano, como los de Xuchimilco, aunque duró la guerra hasta vencerlos, siete días, en los cuales se mostraron los unos y los otros muy valerosos; pero al fin hubieron de rendirse los cercados, con el partido que los otros, entrando en la presencia del rey, con un grande presente de oro y otras cosas de mucho valor y precio. Y en esta ocasión tengo por fábula y cuento lo que dice Acosta[1] de los muchachos canoeros, con que venció a estas gentes (como también lo es, creer que hubo Tlacaelel como en otra

[1] Acosta. lib. 7. cap. 15

parte decimos) y si los hubiera visto, como yo los he visto y tratado, supiera que no se habían de vencer tan a lo niño, porque eran de corazón y ánimo valientes y según lo que vamos diciendo de la liga y concordia con que estos reyes de Mexico y Tetzcuco peleaban, ayudándose los unos a los otros, se verá cuán de risa y sin fundamento es lo que luego en este mismo capítulo prosigue de los tetzcucanos, diciendo que viendo estas victorias fueron de parecer de sujetarse al rey de Mexico y convidarle con su ciudad como lo hicieron; y que desde entonces les quedaron con reconocimiento. Y no sólo no es verdad, pero es directamente contra ella. Y esto que afirmo es tomado de las mismas historias mexicanas y tetzcucanas, que son las que sigo en este discurso y las que tengo en mi poder, así de pinturas como en lengua mexicana, la cual escribieron indios antiguos que luego que se convirtieron, comenzaron a escribir, y entonces tenían más noticia de sus historias que sus hijos, que después de ellos los siguieron y han seguido, de los cuales apenas hay hoy quien pueda decir nada, ni aun declarar la etimología o significación de algún nombre que sea dificultoso en el significado.

El señor del pueblo de Xiuhtepec, que es poco más de una legua del de Quauhnahuac, a la parte del mediodía desta ciudad, envió sus mensajeros pidiéndole por mujer una hija, que tenía, la cual se la concedió y celebráronse los conciertos, con muchas fiestas y regocijos. Después otro, de otro pueblo, llamado Tlaltexcal, se la pidió a su padre y se la dio. Afrentóse desto Cohuatzintecuhtli, señor de Xiuhtepec, y con el enojo que recibió de verse burlado, trató de su venganza; pero como era poderoso el de Quauhnahuac no se atrevió con sola su gente a salir a la demanda; pero habiendo oído las grandes victorias de los mexicanos y sabiendo la pujanza con que su dios Huitzilopuchtli les favorecía; y teniendo por cierto que con su ayuda saldrían con victoria, envió sus embajadores al rey Itzcohuatl, ofreciéndosele por amigo y rogándole le favoreciese en aquel caso; oyólo el rey y viendo ser buena la ocasión para comenzar a ensanchar sus reinos, los despidió prometiéndoles su ayuda muy en breve. Dio luego aviso a Nezahualcoyotl, rey de Tetzcuco y pidióle que apercibiese su gente. El mismo aviso envió a Totoquihuatzin, rey de Tlacupa; y habiendo dispuesto todas las cosas necesarias y determinado el día, fueron todos tres a dar el socorro que los de Xiuhtepec pedían. Salió el de Mexico por la parte de Ocuila, para acometerles por la del poniente. El de Tlacupa fue por esta de Tlazacapechco, para entrarles por la del norte. El de Tetzcuco fue a salir a Tlalquiltenanco, para entrar con los de Xiuhtepec por la del oriente y mediodía. Los de Quauhnahuac, viendo el poder que contra ellos venía, juntaron sus gentes y hiciéronse fuertes en su ciudad y comenzaron la batalla. Acometieron los de Tlacupa por la parte que les había cabido; pero fue tanta la gente y fuerza de ánimo que cargó sobre ellos que los hicieron retirar; a esta sazón acometieron los mexicanos por su parte y los tetzcucanos por la suya, ayudados de los xiuhtepecas; y fue tanta la batería que les dieron que los hubieron de vencer y rendir, porque les entraron de golpe todos juntos por diversas partes del pueblo, a las cuales no pudieron acudir a defender sus moradores y llegaron los contrarios hasta el templo mayor

que tenían y le pusieron fuego y lo quemaron. Con esta pérdida y mortandad que hubo de gente se rindió el cacique al rey mexicano, y desde entonces quedó tributario al reino de Mexico y le reconoció con mantas, huipiles y naguas de algodón y el mismo algodón en capullo; y cada cual se volvió a su casa, haciendo volver a los que se habían huido del pueblo y lo habían desamparado. Vuelto Itzcohuatl desta guerra de Cuitlahuac, comenzó en esta ciudad de Mexico el templo del ídolo llamado Cihuacohuatl (que quiere decir mujer culebra) y luego, el año siguiente, se hizo también el de Huitzilopochtli (que era el mayor dios que tenían los mexicanos). Fue contra los de Tultitlan y Quauhtitlan, y los venció y hizo tributarios de Mexico. Habidas todas estas victorias, y estando el reino mexicano ya extendido por las provincias comarcanas de su ciudad, adoleció Itzcohuatl de la enfermedad de la muerte, que como a todos es natural no le valieron sus fuerzas ni ventura para escaparse de ella, porque el más venturoso en las cosas de fortuna suele ser el más desdichado en gozarlas; y si no véase el ejemplo en el emperador Alejandro, que no hubo bien conquistado el mundo, cuando sintió en su cabeza el golpe de muerte, que se lo llevó y dio con él en siete pies de tierra, donde sus huesos habrán sido pisados y hollados de muchos; y lo mismo se puede considerar en Julio César, cuando menos esperaba la muerte, aunque la recelaba. Finalmente murió Itzcohuatl y fue enterrado con la solemnidad que ya habían comenzado a usar en los entierros de sus antecesores; y trataron de elegir nuevo rey, como en el capítulo siguiente diremos.

CAPÍTULO XLIII. *De la elección de Motecuhzuma, primero de este nombre, llamado también Ilhuicamina, quinto rey mexicano*



MOTECUHZUMA (que quiere decir hombre sañudo) fue llamado por otro nombre Ilhuicamina (que quiere también decir el que tira flechas hacia el cielo); qué fuese la causa de haberle puesto estos nombres no lo sé, aunque siempre acostumbraron estas gentes fundarse en alguna, para dársele el día que lo lavaban en su niñez (como en otra parte decimos). Este Motecuhzuma era capitán general de los mexicanos, el cual es el que en la batalla que se tuvo con los de Azcaputzalco, fue el que más valeroso se mostró (como en aquel lugar dejamos dicho), por lo cual, muerto Itzcohuatl, rey mexicano, trataron estos mexicanos de elegirle por rey, pareciéndoles que quien con nombre de solo capitán se mostraba tan valeroso, que con el de rey había de hacer hazañas dignas del reinado. Con esta determinación fueron a Nezahualcoyotl, rey de Tetzcuco, diciéndole lo que entre los mexicanos estaba tratado; y que pues eran de una alianza y confederación mexicanos y tetzcucanos, le suplicaban considerase el caso y viese si les estaba bien y si concurría con su parecer. Nezahualcoyotl, que conocía

bien la destreza, el ánimo y valor de Motecuhzuma, no sólo se mostró contento de la determinación mexicana, sino también la aprobó con muchas razones dignas de su buen entendimiento (porque era hombre que le tenía muy aventajado), despidió a los embajadores con mucho contento y un gran presente, que envió al rey nuevo, dándole la enhorabuena del reinado. Con esto quedó Motecuhzuma confirmado en él y comenzó a tratar las cosas del gobierno como legítimas y proprias, reforzando su ciudad y ejercitando sus gentes en las cosas de la guerra, como aquel que también la sabía y pretendía ejercitarlas con otras provincias, para reducirlas (si pudiese) a su imperio y mando.

De las primeras cosas en que se ocupó este valeroso rey fue una, hacer templo y casa al demonio en un lugar y barrio llamado Huitznahuac; porque debió de parecerle que para conseguir sus intentos contra las naciones que quería sujetar, era bien comenzar con algún servicio hecho a sus dioses; y si este servicio que intentó hacer al demonio fuera en razón de servir al verdadero Dios, criador y hacedor de todas las cosas, no sólo no fuera malo su pensamiento, pero fuera muy meritorio; pues lo primero que todos los hombres deben hacer para encaminar bien sus cosas, es ofrecerle a Dios el alma y el cuerpo con algún particular servicio, como aquél a quien primeramente en todas las cosas estamos obligados. Pero gentil, idólatra y ciego (aunque errando, entendiendo que acertaba) puso en plática haber de hacer este templo. Para esta obra dio aviso al rey de Tetzcuco, Nezahualcoyotl y el de Tlacupan, llamado Totoquihuatzin y les pidió le ayudasen en su fábrica, el cual se acabó en muy breve tiempo, con tanta y tan buena ayuda.

CAPÍTULO XLIV. *De la guerra que los mexicanos y tetzcucanos hicieron a los chalcas, y de cosas que en ella fueron sucediendo; y de un caso que se cuenta de un hijo de Nezahualcoyotl, que es muy de notar*



OTECUHZUMA, QUE ERA DE ÁNIMO VALEROSO, pareciéndole que su reino era corto, y que estaba muy estrecho en estas comarcas mexicanas, pensaba en cómo ensanchar sus términos y hacerse señor de todos los demás que no lo reconocían, ni tributaban. En ocasión de estas vacilaciones y pensamientos de Motecuhzuma, sucedió que dos hijos de Nezahualcoyotl, rey de Tetzcuco, con otros señores y principales mexicanos, salieron de Tetzcuco a cazar por aquellas serranías comarcanas y alejándose de su gente, con el cebo de la caza, Xuchiquetzaltzin y su hermano, hijos del rey, con otros dos o tres de los caballeros mexicanos, fueron a dar a tierras de Chalco, cuyo señor tenía mala voluntad al rey de Tetzcuco por los casos pasados que dejamos referidos en las guerras conque Nezahualcoyotl se apoderó y hizo señor de su ciudad y reino de Tetzcuco. Y siendo

vistos estos dichos señores de algunos de los moradores de aquella provincia, fueron a dar aviso de ellos a su señor. El cual, por vengarse de sus pasiones, teniendo en poco el poder tetzcucano, los mandó prender y matar a todos; y para mayor ofensa y ultraje de Nezahualcoyotl hizo secar los cuerpos de sus dos hijos y después de enjutos y bien secos los tenía en su palacio, los cuales le servían de noche de candeleros, donde se ponían las luces que alumbraban en la sala donde asistía. Este caso atroz y nueva triste le fue al rey, que la sintió muy en el alma, tanto por ser muerte de hijos y caballeros que mucho quería, como por ser alevosía y traición de hombre que en otro tiempo había sido criado y vasallo de su abuelo y padre. Dio aviso de este caso al rey Motehcuzuma y pareciéndole buena la ocasión para sus intentos, sintiendo que sus deudos los tetzcucanos y caballeros mexicanos que con ellos iban fuesen muertos, dio aviso de lo hecho el rey de Tlacupan, Totoquihuatzin y le pidió que saliese con su gente al castigo de tan gran maldad y alevosía; y envió a decir a Nezahualcoyotl que él estaba presto de ayudarle, que saliese con su gente por aquella parte de Tetzcuco, por la tierra firme, que el saldría, con los suyos, por la de la laguna y comenzaría la guerra.

Luego que el señor de Chalco hizo la maldad de matar a los inocentes dichos, sabiendo que de ello le había de redundar alguna guerra e inquietud, recogió sus gentes y púsolas a punto de guerra para defenderse. Salieron Motecuhzuma y Totoquihuatzin con sus ejércitos, en gran número de canoas, por esta parte de la laguna dulce, abriendo paso por el pueblo de Cuitlahuac, para los chalcas. Salió Nezahualcoyotl con la más gente que pudo por la tierra firme y situó su campo en la parte de Tlapechhuacan, yendo por capitanes y caudillos de estas gentes dos hijos suyos llamado el uno Ichantlahtohuatzin y el otro Xochiquetzaltzin. Comenzóse la guerra por los mexicanos y tetzcucanos y aunque la hacían muy fuerte y rigurosa, era mucho el ánimo y valentía de los chalcas y se defendían de todos, como muy valerosos y esforzados hombres.

Era el rey o señor de esta gran provincia de Chalco ya muy viejo y ciego y no podía seguir la guerra en sus pies por la mucha flaqueza que le causaban los años; pero era de tanto corazón y ánimo que vencidas las fuerzas naturales salía a todas las batallas que se le ofrecían, él en persona. Y como ésta era tan de riesgo y donde le pareció que era menester echar el resto para no quedar vencido y tributario de los mexicanos como sabía que lo eran otros vecinos suyos, hízose sacar en una silla (como dicen del duque de Alva en Flandes) y sentado enmedio del ejército, lo gobernaba como si fuera mancebo robusto y no de tan anciana y cansada edad. Estaba vestido de vestiduras reales y en su cabeza tenía la insignia y corona de rey y una cadena al cuello hecha de corazones humanos engastados en oro, de los hombres principales y valerosos que él había prendido y muerto en las guerras. Salió con esta representación y traje soberbio; lo uno, por dar a entender a los contrarios que era hombre que sabía ofender y defenderse; y lo otro, porque por estar él tan viejo y ciego, no podía más que mandar. Comenzóse la guerra y duró muchos días, sin conocerse ven-

taja de una ni otra parte, haciendo unos y otros lances en sus contrarios y prendiendo cautivos de los unos y de los otros. Duraron estos acometimientos cincuenta y tres días, a cabo de los cuales un infante, llamado Axoquentzin, hijo del rey Nezahualcoyotl, de edad diez y ocho años, diole gana de ir a ver a sus hermanos a la guerra que hacían a los chalcas. Acompañóse para esta jornada de algunos mancebos que se criaban con él en su palacio; y cuando llegó al ejército tetzcucano fue una mañana, en ocasión que sus hermanos estaban almorzando para haber de salir a hacer guerra a sus enemigos. Saludólos con ánimo sereno y alegre, cómo aquel que con sinceridad y llaneza iba a visitarlos. Así como en otro tiempo, cuando los ejércitos de Israel estaban confrontados con el de los filisteos, en los cuales los hermanos mayores del santo mancebo David eran soldados y seguían la milicia, que deseando su vista el amoroso hermano, fue a verlos al campo.[1] Pero estos príncipes o infantes tetzcucanos recibieron a su hermano Axoquentzin con mucho desabrimiento y disgusto, o ya porque les pareció que era liviandad de muchacho venir a la guerra desapercibido, o ya porque el corazón les daba que les había de quitar la gloria de la batalla, como ni más ni menos les sucedió a los hijos de Isaí, cuando su hermano David, matando al gigante Goliat, quedó por vencedor y su nombre eternizado, y el suyo de ellos enterrado en la obscuridad y tinieblas del olvido.

Habiendo pues Axoquentzin saludado a sus hermanos y ofrecídoles la paz, díjole uno de ellos, llamado Xochiquetzaltzin, ¿que a qué iba o qué quería, en compañía de hombres un muchacho sin fuerzas ni experiencia para defenderse, si acaso le salían al encuentro sus enemigos? Pero el otro su hermano, llamado Ichantlahtohuatzin le convidó a almorzar con ellos, el cual, admitiendo el convite, alargó la mano para tomar de la vianda que comían, pero enojado de esto Xochiquetzaltzin le asió del brazo y con mucha fuerza le apartó del lugar donde almorzaba, y díjole: el que ha de comer con soldados y capitanes, ha de haber hecho obras de soldado y capitán para que merezca su asistencia y compañía; y si vos queréis ser digno de la nuestra, entrad en ese ejército de los chalcas, que son hombres valientes y animosos y venced y prended algunos de sus capitanes como nosotros hemos hecho, y entonces os admitiremos a nuestra amistad y compañía. Era Axoquentzin (aunque mancebo de pocos años) de ánimo muy varonil, y afrentado con las razones de su hermano apartóse de ellos y fuese, secretamente, al lugar y tienda donde tenían sus armas y vistiéndose de las que más a propósito le vinieron, fuese solo al campo de los enemigos, los cuales, viéndole venir solo y desacompañado y no recelando ningún mal que les pudiese sobrevenir, dejáronle llegar a ver lo que quería; el cual con la rabia que llevaba de la afrenta que su hermano le había hecho comenzó a desenvolverse sin hablar palabra, y hirió y mató a muchos de los chalcas antes que pudiesen desenvolverse ni revolver sobre la furia de tan cruel enemigo. Al ruido y alboroto que el mancebo causaba entre esta gente, que estaba desapercibida, salió Contecatl, uno de los capitanes de los chalcas,

[1] I. Reg. 7

y fue por su mal, porque viéndolo Axoquentzin y pareciéndole por las insignias que traía ser el capitán general de aquel ejército, acometióle con tanta valentía que a breves golpes que se dieron lo venció y derribó en tierra y cogiéndolo por los cabellos lo comenzó a arrastrar por el suelo; pero Contecatl, que se vio arrastrar, se levantó y dio por cautivo de Axoquentzin y le trajo, a pesar de todos los contrarios, defendiéndose varonilmente de ellos, hasta el ejército tetzcucano, que como vieron el ruido que entre los chalcas había y que venían a todo correr hacía ellos, sin saber qué causa podía moverlos para aquella repentina venida, se pusieron en arma y le salieron al encuentro y comenzó a trabarse entre los unos y los otros tan reñida batalla, que murieron muchos de una parte y otra. Sabido por los dos hermanos lo que el mancebo Axoquentzin había hecho y viendo al capitán Contecatl asido por los cabellos y hecho su prisionero, admiráronse del caso; y pereciéndole a Ichantlahtohuatzin, su hermano, que aquel hecho no sólo no era de muchacho sino de hombre de mucha fama y varonil, quitóse de la cabeza la guirnalda y insignia que llevaba de capitán y púsola sobre la de su hermano Axoquentzin, diciéndole que era más digno de ella que él, pues había vencido a quien todos ellos juntos no habían podido vencer; y metiéndose unos y otros en la batalla y acudiendo los mexicanos y tepanecos, por su parte, trabóse entre ellos tan reñida que de esta vez los vencieron, mostrándose el rey Motecuhzuma muy valeroso y hazañoso. En ella fue preso el rey y señor de estos chalcas y llevado a la presencia de los dos reyes, Motecuhzuma y Totoquihuatzin y los dos príncipes tetzcucanos, y hicieron justicia de él conforme a sus maldades y traiciones que había cometido y enviaron la nueva de esta victoria al rey Nezahualcoyotl, a quien guardaban respeto como más antiguo en la dignidad y valeroso en el gobierno; y juntamente enviaron a decir, que si gustaba de venir al repartimiento de los despojos que para ello le aguardaban. Vino luego Nezahualcoyotl con grande acompañamiento y hízose la repartición de todo lo ganado, quedando los tres reyes por señores de aquella provincia, aunque por haberse hallado presente a la batalla Motecuhzuma, salió más aventajado. Dícese que fueron los de esta provincia a Tetzcuco y plantaron una grandísima arboleda de sabinas, que agora están a la entrada de la ciudad, junto a los palacios de este dicho rey Nezahualcoyotl, y que esto hizo en memoria de tan gran victoria, habiendo sido causa de ella su hijo Axoquentzin venciendo al capitán Contecatl, con cuyo vencimiento se atemorizaron los chalcas y comenzaron a huir y a derramarse por diversas partes de aquella tierra; aunque después, por pregón general que se dio por mandato del rey Motecuhzuma, que era el más aventajado en la dicha provincia, se volvieron a congregar y juntar en sus casas, como antes estaban; pero ya sin rey y sujetos a un gobernador que les fue puesto.

Eran estos chalcas muy belicosos y no sufrían ser gobernados de rey extraño y ajeno (como en otro tiempo le sucedió a los españoles con los romanos), y por esta causa se rebelaban muchas veces y mataban a la gente de presidio que tenía entre ellos el mexicano, y duraron estos alzamientos y contiendas espacio de treinta años, hasta que en tiempo de otro rey de

estos mexicanos (que ya entonces eran poderosos en esta Nueva España) los vencieron de todo punto y dejaron rendidos a este imperio mexicano.

Dícese que en esta sazón estaba el rey Nezahualcoyotl en una casa de recreación, que está una legua de la ciudad, que se llama Tetzcutzinco, y la noche antes de esta victoria, estando durmiendo el rey y haciendo escolta algunos de sus capitanes, dos de ellos, llamado el uno Chichintocatzin y el otro Itztapalotzin, oyeron una voz que de fuera del palacio los llamaba y cuando salieron se encontraron con un mancebo bien dispuesto, que les dijo: entrad dentro y decidle al rey Nezahualcoyotl que mañana, a poco tiempo después del sol salido, vencerá su hijo Axoquentzin el ejército de los chalcas y quedará Chalco destruido y asolado. Fueron con este mensaje al rey, que estaba acostado y siempre muy cuidadoso del suceso de esta guerra, el cual lo oyó y quedó como asombrado de oírlo, pareciéndole el caso disparatado por la disparidad grande de las fuerzas, teniendo a su hijo por muy muchacho y represetándosele ser la empresa muy alta; y preguntando a los capitanes si era verdad lo que le decían o cosa que hubiesen soñado, y certificándolo ellos ser verdad y no sueño, mandólos prender y poner a buen recaudo hasta que se supiese la certificación de lo que en aquello había sucedido, como en este capítulo lo habemos contado; quien haya sido este mancebo no se dice.

CAPÍTULO XLV. *De cómo el rey Nezahualcoyotl se casó con una señora, hija del rey Totoquihuatzin de Tlacupan, de la cual hubo a Nezahualpilli, que fue el heredero de su reino, después de su muerte*



ESPUÉS QUE FUERON CRECIENDO EN NÚMERO estas poblazones y poder de los reyes mexicanos y tetzcucanos, fue también tenido por grande autoridad casar los unos con los otros; y así sucedía que aunque acostumbraban tener muchas mujeres, no legitimaban sino aquella que habían recibido de una de estas partes y el hijo mayor que de esta señora nacía hacían heredero de sus estados; y aunque esto corrió en general, por la mayor parte de esta Nueva España, se guardó más en particular en el reino de Tetzcuco. Y aunque Nezahualcoyotl, que en esta sazón reinaba en él, tenía muchas mujeres, en las cuales había habido los hijos que dejamos referidos y otros algunos más, no tenía por legítima ninguna de ellas, por ser hijas de sus vasallos y criados; y pareciéndole ser ya tiempo de buscar mujer de quien pudiese dejar legítima sucesión, comenzó a pensar el modo que tendría para haberla. Sucedió pues, que andando metido en estos cuidados adoleció de enfermedad de melancolía y llegó a estar de manera que nada le daba gusto ni contento, y viéndole los privados de su casa triste y melancólico, y deseosos de que no lo estuviese, le persuadieron a que dejase la ciudad y los negocios del gobierno y se fuese a alguna parte, donde to-

mando placer olvidase sus tristezas. Aceptólo el rey, y díjoles que quería venirse a esta ciudad y parte de Tlatilulco, donde tenía uno de sus famosos capitanes, llamado Temictzin, de quien más se fiaba y que mucho quería; porque (como decimos en otra parte) desde el tiempo del emperador Techotlala, había en todos los pueblos y ciudades grandes, tetzcucanos, mexicanos y chichimecas revueltos y mezclados, y mandóles que le diesen aviso de esto en secreto y ocultamente, sin que el rey Motecuhzuma ni los señores de la ciudad lo supiesen, por excusar ruido y cumplimientos públicos. Hízose así, y avisado este capitán aderezóle su casa y jardines para haber de recibirle. Vínose Nezahualcoyotl por agua y metióse en casa de Temictzin, con la poca gente que trajo de su servicio y en su compañía. Fue recibido de Temictzin con grande reverencia, teniéndose por dichoso y bienaventurado de que su rey quisiese hacerle aquel favor y merced.

Este Temictzin, aunque era vasallo del rey Nezahualcoyotl, era también descendiente de sangre real, por lo cual y por ser grande amigo de Totoquihuatzin, rey de Tlacupan, le dio una de sus hijas por mujer, pero cuando la recibió tenía la niña sólo siete años, aunque ya en esta sazón era de diez y siete, a la cual Temictzin no había tratado como a mujer, sino criado como a hija; y así la moza se estaba doncella, como cuando de sus padres la había recibido, porque hasta entonces no le había hecho falta por tener otras como tenía, las cuales le servían en este ministerio. Llegóse la hora de comer, y para haber de servirle la comida le pareció a Temictzin sería bien que la doncella, su mujer, fuese la que sirviese en el convite, tanto por ser hija del rey, cuanto por ser tan grande rey a quien servía. Salió la moza con el primer servicio y poniéndolo delante Nezahualcoyotl hízole una muy grande reverencia. Puso el rey los ojos en ella y fuele muy agradable la honestidad de sus ojos, la gallardía de su cuerpo y hermosura de su rostro; y pareciéndole ser cosa nueva salir mujer a administrar la vianda (por ser costumbre que los hombres sirviesen a la mesa) preguntó que ¿quién era aquella doncella?, y fuele respondido que mujer de Temictzin, su criado, y hija del rey Totoquihuatzin. Comió el rey; pero ya otro del que a la mesa se había sentado, por haber puesto los ojos en la doncella y habérsele aficionado; y después de haber comido, quedando sólo, dio orden con un privado suyo que inquiriese de su casamiento lo que había, porque quería saber lo cierto de aquel caso, y cómo Temictzin había recibido esta doncella por mujer, y si lo estaba o ya se había aprovechado della. Todo esto pasó en secreto y con el mismo le fue respondido, que hasta entonces Temictzin la trataba como a hija, sin haber cuidado de más.

Estúvose el rey algunos pocos días en esta recreación y más por razón de gozar de la vista de Matlalcihuatzin (que así se llamaba esta doncella) que ya le tenía robado el corazón, que por estar en este jardín y holgura (que para tenerlas muy a placer, mejores y más cumplidas las tenía en su casa) y aunque ya Matlalcihuatzin era su mayor pena y cuidado, como era prudente y sabio, jamás lo quiso dar a entender. Fuese a Tetzcuco con el mismo secreto que vino, y ya llevaba Nezahualcoyotl pensado de haber esta doncella por su mujer (pues por otra vía, ni modo, no le era lícito, ni

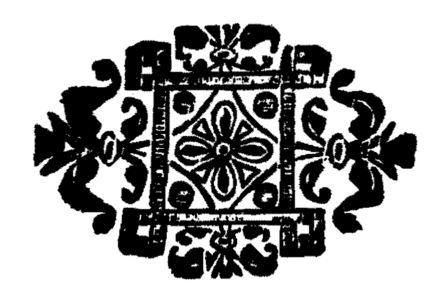
bien contado haberla) y también llevaba trazada la manera cómo entregarse de ella, si el tiempo no le era contrario; y fue que a pocos días después de haber llegado, ordenó de enviar gente contra una provincia que se le había rebelado, y junta la gente envió a llamar a Temictzin y encarecióle lo mucho que le estimaba, la confianza que de él hacía y el crédito con que lo trataba, y que por esto había determinado de enviarle contra los rebelados, dándole el ejército que había hecho para que fuese a sujetarlos, y que le pedía acudiese en el caso con las veras que de él esperaba. Temictzin, que no sabía el intento del rey y entendiendo que era por honrarle aventajándolo a los otros principales capitanes de su reino, agradecióselo con la mayor humildad que pudo, ofreciéndose de hacer lo que él mandaba. Dispuso su gente, ordenó su jornada y fuese en seguimiento de ella. El rey, que por este modo ordenaba su casamiento, llamó a dos de sus muy fieles y leales que iban en la jornada y llevaban cargo de tlacateccas (que eran como acompañados de general) y díjoles, con grande encarecimiento, que cuando estuviesen en lo más fuerte de la batalla pusiesen a Temictzin en el mayor riesgo de ella para que los enemigos le acometiesen, y viéndole en el peligro le dejasen para que en él muriese, y que sucediendo así, como pensaba, le enviasen luego a dar aviso de lo hecho. Prometiéronlo así los tlacochcalcas, y llegando contra los rebelados diéronse la batalla, y aunque quedaron vencidos, murió en ella Temictzin, como el rey lo había ordenado. De lo cual tuvo aviso muy presto. El que hubiere leído las Sagradas Escrituras echará de ver ser este caso el mismo (o poco menos diferenciado) que el que le succedió al rey David,[1] en el adulterio que tuvo con Betsabé, mujer de el fidelísimo y leal vasallo suyo Urías; pues para encubrir el pecado y adulterio que contra él había cometido, le envió a la guerra y mandó al capitán Joab que lo pusiese en lo más fuerte de la batalla y allí lo dejase morir, como sucedió, y después de muerto se casó con Betsabé, mujer que había sido del inocente Urías.

Teniendo pues aviso el rey Nezahualcoyotl de lo hecho, y que esta muerte no se le podía atribuir a él por haber sido tan en secreto, envió luego sus embajadores al rey Totoquihuatzin, pidiéndole a su hija Matlalcihuatzin por mujer; pues aunque lo había sido de Temictzin (ya difunto) sabía que estaba doncella, y que más la había tratado como a hija, que como a mujer. Totoquihuatzin, que vido mejorado el estado de su hija en esta ocasión otorgó con la petición de Nezahualcoyotl y envióle a decir que no sólo gustaba de recibirle por yerno, sino también de estimarle por señor. Tratáronse las bodas y vinieron embajadores al rey Motecuhzuma, que era tío del desposado y a otros señores mexicanos, los cuales todos vinieron en el casamiento y entregaron la doncella a Nezahualcoyotl, la cual recibió por su legítima mujer. Dicen sus historias (como se ve en las pinturas de sus libros) que cuando la llevó a Tetzcuco le fueron acompañando los reyes de México y Tlacupan, cada cual con los señores de su corte. Y que allá duraron las fiestas y regocijos de las bodas espacio de cuatro meses. Y a

[1] 1. Reg. 11

un año después de haberse casado con esta señora, nació de ella Nezahualpilli, que fue el que le sucedió en su reinado.

Estaba Nezahualcoyotl, en este tiempo, ocupado en hacer sus casas reales y palacios, que fueron llamados hueitecpan (que quiere decir el gran palacio) porque aunque los reyes sus antecesores habían tenido sus casas muy cumplidas y grandes, no eran de tanta majestad como el señorío que tenían, pedía; pero Nezahualcoyotl, que sabía la grande autoridad de un rey y él en sí la representaba, quiso que las casas de su asistencia mostrasen con su grandeza lo mismo que sentía de su autoridad. Acabadas las casas, con muchos cumplimientos (como yo las vide, antes que comenzaran a derribarlas los españoles, para aprovecharse de los materiales en el edificio de sus casas) hizo llamamiento de todos los señores sujetos a su imperio y los de Mexico y Tlacupan, para que se hallasen a la estrena de ellas (porque así era costumbre entre ellos). Fue muy de ver todo lo que en orden de esto hubo; los gastos fueron muy grandes, las fiestas muchas, los convidados bien hospedados y todos muy contentos de ver la prudencia y buen gobierno del rey. Cuando fue tiempo de despedirlos hízoles a todos un convite general, donde fueron servidos muy conforme a sus reales estados y personas. Después de haber comido mandó a sus cantores que viniesen a regocijar los extremos y finales de la fiesta; y como era hombre de grande entendimiento y mucha y profunda consideración, viendo tanto rey y señores y capitanes valerosos juntos y que las cosas de esta vida se acaban, quiso dárselo a entender a todos, para que movidos de esta consideración usasen de ellas como de censo que es al quitar, y mandó a sus cantores que cantasen un cantar que él mismo había compuesto, que comenzaba así: xochitl mamani in huehuetitlan, &c., que quiere decir: entre las coposas y sabinas hay frescas y olorosas flores, y prosiguiendo adelante dice: que aunque por algún tiempo están frescas y vistosas, llegan a sazón que se marchitan y secan. Iba prosiguiendo en decir que todos los presentes habían de acabar y no habían de tornar a reinar; y que todas sus grandezas habían de tener fin y que sus tesoros habían de ser poseídos de otros; y que no habían de volver a gozar de esto que una vez dejasen, y los que habían comenzado a comer con gusto fenecieron la fiesta con lágrimas, oyendo las palabras del cantar, y viendo ser así verdad lo que decía.



CAPÍTULO XLVI. *De la muerte de Tlacateotl, rey de Tlatilulco, y sucesión de Quauhtlatohua en el mismo reinado, y de su muerte; y de algunas guerras que el rey Motecuhzuma tuvo contra otras gentes y provincias de esta Nueva España*



ESPUÉS DE HABER GOBERNADO TLACATEOTL, hijo del emperador Tezozomoctli este pueblo de Tlatilulco con alianza y amistad que con otros pueblos y provincias tenía, murió al cabo de muchos años de su gobierno, al cual siguió en él Quauhtlahtohuatzin, que unos dicen vino de Azcaputzalco, de donde era natural el primer rey, y otros que fue de los mismos que habían nacido en este pueblo; y yo me atengo a esta verdad, porque para originar una república basta un primer buen principio, y que después de éste se vayan sucediendo los demás que le siguen; finalmente, séase lo uno o lo otro (aunque, como digo, tengo esto segundo por verdad) lo que hay que decir en este caso es, que Quauhtlatohua no debía de ser de ánimo tan quieto y pacífico como su antecesor Tlacateotl, y como se veía rey debía de quererlo ser absoluto y único de esta su parte de Tlatilulco y de esotra de Tenochtitlan, donde a la sazón reinaba Itzcohuatl, antecesor de Motecuhzuma, que después le sucedió. Con este pensamiento, envió sus secretos embajadores a muchas partes de esta Nueva España, pidiéndoles ayuda y socorro para destruir a sus vecinos, los tenochcas. Pero, aunque así lo pensó, y tuvo mucha parte recogida de gente, no llegó a ejecución, porque como lo supo el rey Itzcohuatl, púsose en defensa y arma, por lo cual Quauhtlatohua desistió de su pretensión, porque tuvo al enemigo en opinión de muy fuerte y él no bastante para conseguir su intención. De esta vez quedaron estos dos reyes enemistados, y puesto muro muy grande entre ellos para su comunicación; aunque es verdad que los populares del pueblo se trataban, comunicaban y continuaban en sus mercancías y contratación. Vivieron estos dos reyes enemistados siempre, y con esta enemistad murió Itzcohuatl y con ella misma entró en el reinado Motecuhzuma, que (como hemos dicho) le sucedió; y como no cesase Quauhtlatohua de pretender querer matarle y hacerse señor de todo Mexico, y por consiguiente manera de todos sus sujetos y aliados, enojado de esto Motecuhzuma hízole guerra, en la cual murió el dicho Quauhtlahtohua y cesaron los bandos que entre los dos traían; pero no los rencores y malas voluntades que los unos y los otros se tenían.

Después que Motecuhzuma tuvo esta batalla contra los tlatilulcas, en la cual mató a su rey, hizo guerra a los cohuixcas, otzomantlacas, cuezaltecas, ichcateupantecas, teoxahualcas, poctepecas y los venció a todos, y la causa que tuvo de hacerles las guerras fue haber muerto a ciertos mexicanos que pasaban por sus pueblos a cosas que el rey los enviaba. También hizo guerra a los de Tlachco y Tlachmalac y los sujetó a su imperio; y de vuelta de esta guerra, ensanchó el templo y casa de su mayor dios Huitzilopuchtli

y lo adornó de muchas cosas de los despojos que trajo desta guerra. Salió luego contra los chilapanecas y los sujetó, y a los de Quauhteopan y Tzumpahuacan, que son provincias apartadas de esta ciudad, y en tierras calientes.

CAPÍTULO XLVII. *Donde se dice el crecimiento que hicieron las aguas de esta laguna mexicana y el remedio de esta inundación; y de una hambre que tuvieron estos mexicanos, y guerras contra los chalcas*



LOS NUEVE AÑOS DEL REINADO DE MOTECUHZUMA crecieron tanto las aguas de esta laguna mexicana, que se anegó toda la ciudad y andaban los moradores de ella en canoas y barquillas, sin saber qué remedio dar ni cómo defenderse de tan grande inundación. Envió el rey sus mensajeros al de Tetzcuco, que sabía ser hombre de mucha razón y buena inventiva, para cualquier cosa que se ofrecía, pidiéndole acudiese a dar alguna traza para que la ciudad no se acabase de anegar, porque ya estaban arruinados y caídos muchos de sus edificios. Nezahualcoyotl, que sentía esta ruina como si fuera en su propia casa, vino con presteza a Mexico y trató con Motecuhzuma que el mejor y más eficaz remedio del reparo era hacer una cerca de madera y piedra que detuviese la fuerza de las aguas para que no llegasen a la ciudad; y aunque pareció caso dificultoso haber de atajar el lago (como en realidad de verdad lo fue) viendo que por otra parte era el eficaz remedio, húbose de tomar el consejo y poner en ejecución la cerca. Llamaron para el socorro de esto a Totoquihuatzin, rey de Tlacupan, a Xilomantzin, señor de Culhuacan, a Cuitlahuatzin, señor de Itztapalapan y a Chimalpopoca, de Tenayucan, los cuales, todos juntos, comenzaron la obra de la albarrada vieja, que cierto fue hecho muy heroico y de corazones valerosos intentarla, porque iba metida casi tres cuartos de legua el agua dentro y en partes muy honda y tenía de ancho mas de cuatro brazas y de largo más de tres leguas. Estacáronla toda muy espesamente, las cuales estacas (que eran muy gruesas) les cupieron de parte a los tepanecas, coyohuaques, xochimilcas; y lo que mas espanta es la brevedad con que se hizo, que parece que ni fue oída ni vista la obra, siendo las piedras con que se hizo todo de güijas muy grandes y pesadas y trayéndolas de más de tres y cuatro leguas de allí; con que quedó la ciudad por entonces reparada, porque estorbó que el golpe de las aguas salobres no se encontrase con esotras dulces, sobre que estaba fundada la ciudad. Mostróse en esta obra Nezahualcoyotl muy valeroso y no menos esforzado Motecuhzuma, porque ellos eran los primeros que ponían mano en esta obra, animando con su ejemplo a todos los demás señores y macehuales que en ella entendían.

Este mismo año se rebelaron los chalcas que (como atrás dejamos dicho) aunque fueron vencidos y muerto su rey, no por eso quedaron sujetos ni acobardados; pero fue el rey Motecuhzuma contra ellos con toda la más

gente que pudo y los venció y redujo a su obediencia, aunque murieron de los mexicanos en la batalla los capitanes de más valor y cuenta que Motecuhzuma llevaba, llamados Tlacahuepantzin y Tzontemoctzin, con otros muchos de grande valor y estima, porque eran los chalcas, y lo fueron siempre, muy valientes y de mucho corazón.

Dos años después de pasada esta inundación dicha, hubo hambre casi universal en toda la tierra fría, porque cuando los panes estaban ya en xilote (que es como decir estar la espiga en leche) cayeron grandes hielos, unos días tras otros y los abrasaron todos; de manera que este año no se cogió grano de maíz, pero valíanse de el que tenían recogido del año antes, y con este reparto no sintieron estas gentes mucha hambre. Pero el siguiente luego sucedió lo mismo que el pasado, que estando en leche la mazorca sobrevinieron hielos que todo lo abrasaron. También el año que se siguió a éste fue de mucha seca y no cogieron nada. Habiendo ya tres años que no tenían cosecha y se sustentaban del poco maíz que quedaba del atrasado, llegó el cuarto año en el cual como no tenían semilla no sembraron, y el año también que no ayudó, por ser muy avieso; de aquí resultó una grandísima hambre y tanto que llegaron estos pobres mexicanos a comer raíces de tulin (que es la que llamamos nosotros enea o espadaña) y otras raíces de yerbas silvestres, por no tener cosa que comer; y llegó a tanto la penuria que se vendían los unos a los otros por precio de maíz; y viendo el rey y su consejo que esto pasaba y que era fuerza pasar así, porque de todo punto no perecieran los mexicanos, dieron permiso de que ya que se hubiesen de vender por esclavos, fuese el valor y precio de una doncella, cuatrocientas mazorcas de maíz, que desgranadas hacen una hanega o poco menos, y el de un mancebo o mozo, fuesen quinientas mazorcas. En esta grande necesidad acudió el piadoso rey a favorecer a sus vasallos, abriendo sus graneros y trojes y repartiéndoles de los panes y semillas que en ellas tenía recogidas (que eran en mucha cantidad). Y no les fue de poco alivio a estos mexicanos este socorro, pero como eran muchos no bastó a suplir la necesidad, en la cual murieron muchos. Y viendo el rey la mortandad que había y que no podía socorrerlos en ella, dioles licencia y permiso para que pudiesen salir del reino a buscar que comer, en cuya despedida, abrazando a muchos con grande ternura de su corazón y lágrimas de sus ojos, los despidió y de esta vez dicen que salieron muchos que nunca más volvieron. Unos, porque en los caminos se morían de hambre; y otros, porque fueron a aportar a tierras remotas, donde viéndose apartados y distantes, poblaron por allá y se quedaron. Dícese también que en toda la provincia de Totonacapan (que son aquellas gentes que primeramente recibieron a Hernando Cortés y los primeros que con él se confederaron) hubo maíz, y así fueron muchas gentes de estos aculhuas y mexicanos a comprarlo y daban en precio de él sus hijos y hijas, porque no tenían ya otra hacienda ni cosa con que rescatarlo.

El año siguiente fue el del fuego nuevo de estas gentes, que llamaban toxiuhmolpia (como en otra parte hemos dicho) que venía a caer de cincuenta y dos, en cincuenta y dos años. Este año tenían por particular y

prodigioso y así lo fue, que habiendo pasado la hambre dicha y no habiéndose sembrado ninguna semilla, fueron muchas las aguas y el año tan próspero, que las mismas tierras dieron maíz, huauhtli, chian y frijoles y otras muchas legumbres, con que quedaron todos los de la tierra muy hartos y prosperados. Esto afirman así las historias y pinturas de aquel tiempo; y aunque parece cosa dificultosa que nazca una semilla que no se ha sembrado, no lo es en esta ocasión, pues el demonio, que se preciaba de su dios y los ayudaba y favorecía en otras muchas ocasiones, pudo sembrar estas semillas invisiblemente y después nacer ellas con el riesgo de las aguas del cielo, que fueron muchas y abundantes este año; y así se dice que nacían estas plantas por los montes y valles y por todas las tierras donde jamás las había habido.

CAPÍTULO XLVIII. *De otras guerras que el rey Motecuhzuma y Nezahualcoyotl hicieron a otras provincias que sujetaron a su obediencia*



STE MISMO AÑO, QUE FUE TAN FÉRTIL y abundoso de panes, quedaron los mexicanos y aculhuas muy descansados para hacer guerra a los que se ofreciesen; y sucedió en esta ocasión que el señor de Cohuaixtlahuacan, en tierras calientes y distantes de esta ciudad, llamado Atonaltzin, había hecho guerra a muchos convecinos suyos y héchose señor de muchas gentes. El cual, aunque había oído la grandeza del reino mexicano y sabía las grandes victorias que sus reyes habían tenido, no haciendo caso de ellos no dejaba pasar por sus tierras a ningún mexicano, y les hacía todo el mal que podía. Agraviado de esto el rey y enojado, envióle sus mensajeros, y por ellos a decir lo mal que lo hacía, que si era verdad que quería mal a los mexicanos y que siendo así, se apercibiese para la guerra y que los aguardase, que presto serían con él, como quisiese recibirlos de guerra. Atonaltzin, que se hallaba señor de muchas gentes y era de ánimo soberbio y atrevido, mofando y haciendo burla de la embajada hizo sacar algunas de sus riquezas, y puestas delante de los embajadores les dijo: estas cosas y otras más ricas me dan mis vasallos con que me tributan, llevádselas a vuestro señor Motecuhzuma, y decidle que las reciba y que vea lo mucho en que soy estimado de mis gentes y criados, y que si yo le venzo en la batalla, que me avise qué es lo que le tributan los suyos, porque como se lo dan a él me lo han de dar a mí, y si él me venciere le haré señor de todo aquello que me tributan a mí los míos; y porque no es costumbre de reyes y señores dar la muerte a los embajadores que vienen a sus tierras y señoríos, y es gran vileza poner manos en los inocentes, no os mando matar; pero llevad este presente y decidle a vuestro señor lo que os tengo dicho.

Con esto quedó Atonaltzin desafiado y los embajadores se vinieron y representaron con mucha y buena retórica su embajada al rey, que no menos

atento que espantado lo oía. Dio aviso de esto Motecuhzuma al rey Nezahualcoyotl de Tetzcuco, y envióle a decir que tan arrogantes palabras no podían nacer sino de corazón muy valiente, y que por esto era necesario mucho poder para vencerle, y que le pedía apercibiese sus gentes para ir contra Atonaltzin a saber, personalmente, si era tanto su valor cuanto sus palabras decían. Convocó Motecuhzuma todos los que pudo de su reino, que fueron muchos; y asimismo Nezahualcoyotl hizo otro poderoso ejército; y determinado el tiempo de partir, salieron todos juntos a esta guerra; pero luego que Atonaltzin despachó los embajadores mexicanos, presumiendo lo que había de suceder, echó bando por todo su señorío que estuviesen vigilantes y apercibidos para una guerra que habían de tener contra los mexicanos, porque para ella le tenían ya desafiado, estimando en poco a los cohuaixtlahuacanecas. Y sabiendo que ya los mexicanos y aculhuas iban contra él, hizo un poderoso ejército y lo situó en las fronteras de sus tierras. Llegaron los mexicanos y tetzcucanos y representáronle la batalla; y cuando Atonaltzin los vido a punto de querer acometer, salió con los suyos tan arrebatada y presurosamente, que aunque los mexicanos y tetzcucanos eran muchos y muy aventajados en las armas, los hicieron retirar y aun huir y apartarse de sus tierras algunas leguas. Murieron en esta batalla muchos de una parte y otra, aunque más de los mexicanos; y con esta grande pérdida que tuvieron y afrentados de no haber hecho nada se volvieron a sus casas; que es caso recio querer echar a uno de su casa, no más de por antojo y sin justicia.

No cansados los dos reyes de esta jornada, antes afrentados de verse vencidos, hicieron otros mayores y más poderosos ejércitos, con que volvieron el año siguiente contra Atonaltzin, ayudándose de otros muchos caciques y señores que eran de su confederación y alianza; y fueron tantos que dicen que eran como langostas cuando cubren el sol a grandes bandadas. Y como Atonaltzin supo de los poderosos ejércitos que contra él se hacían, y pareciéndole ser muy desigual el que podía formar contra ellos, envió sus embajadores a los tlaxcaltecas y huexotzincas, pidiéndoles de merced le socorriesen y ayudasen en aquel tan conocido peligro. Estas gentes de estas dos provincias, como querían mal a los mexicanos y se hacían guerra los unos a los otros, holgaron de esta embajada y juntando la más gente que pudieron fueron a dar ayuda a Atonaltzin, y cuando llegaron y fueron recibidos de él, les dijo que convenía, para no tener estorbo cuando los mexicanos llegasen, ir sobre los de Tlachquiauhco, que estaban allí cerca y eran de la parte de los mexicanos y que los matasen con los mismos mexicanos que estaban allí de presidio. Todos vinieron en ello y yendo juntos sobre los tlachquiauhcas, los mataron y prendieron, y a los mexicanos a las vueltas. De este hecho y traición de los cohuaixtlahuaques envió luego aviso el señor de Tlachquiauhco, llamado Malinaltzin, a Motecuhzuma, y aunque lo sintió, difirió su sentimiento para la venganza y castigo de todo junto.

El año siguiente (como decimos) salieron los reyes de Mexico, Tetzcuco y Tlacupan acompañados de todos sus confederados y amigos, y fueron

contra los cohuaixtlahuaques; y trabándose la batalla entre unos y otros, no le valió Atonaltzin el favor y ayuda de los tlaxcaltecas y huexotzincas, y fue vencido con ellos, muriendo primero muchas de sus gentes y de los tlaxcaltecas y huexotzincas, casi todos. Viéndose vencido Atonaltzin se le sujetó a Motecuhzuma y quedó por su feudatario. Con esto se volvieron los ejércitos mexicanos a sus tierras, dejando de esta vez sujetas y rendidas y puestas a su obediencia las provincias y pueblos siguientes: Cohuaixtlahuacan, Tochetepec, Tepzol, Tzapotla, Tototlan, Tlatlactetelco, Chinantla y Quauhnochco. Los cohuaixtlahuaques y otros señores de estas provincias, que vieron muertos y heridos a muchos que no quisieran haber comenzado esta guerra y la contradijeron todo cuanto pudieron, se amotinaron contra Atonal que la había movido, y traído a los tlaxcaltecas y huexotzincas que fueron el total motivo de inquietar a los quietos y pacíficos. Y con este enojo que cobraron, determinaron entre sí de matar a Atonal, su señor y a los tlaxcaltecas y huexotzincas que habían quedado, y así lo hicieron. Y después de haberlos muerto a todos se vinieron a Mexico y se ofrecieron de su voluntad por tributarios del rey Motecuhzuma, y le contaron todo lo que habían hecho, ofendidos de la inquietud que Atonal les había causado. Trajo de esta guerra el rey Motecuhzuma muchos cautivos, los cuales sacrificó a sus dioses.

CAPÍTULO XLIX. *De otras guerras que estos tres reyes hicieron, con que sujetaron gran parte de la tierra a su imperio*



L AÑO SIGUIENTE QUE SUCEDIÓ ESTA GUERRA y conquista de Cohuaixtlahuacan, salió Motecuhzuma con los dos reyes de Tetzcuco y Tlacupan contra los de Cozamaloapan; y aunque murieron muchos de los mexicanos, quedaron vencedores y hechos tributarios los cozamalotecas. Luego el año siguiente mataron a traición los de la provincia de Quauhtochco algunos mexicanos. Atreviéronse a esta maldad por parecerles que estaban defendidos en su pueblo, por ser lugar más áspero y barrancoso, y que no era posible vencerlos en él aunque se les hiciese guerra. Pero no dificultándola Motecuhzuma salió contra ellos y aunque murieron muchos de los suyos en ella los venció y sujetó a su imperio. En esta misma sazón se volvieron a rebelar los chalcas, y juntos los tres reyes de Mexico, Tetzcuco y Tlacupan trataron entre sí lo que harían acerca de este alzamiento, y salió determinado que más era el daño que recibían de los chalcas que el provecho que tenían de ellos; y que así les parecía se quedase, por entonces, el caso solapado sin dar a entender que sabían ni entendían que estaban rebelados, y así pasaron mucho tiempo. Fueron este mismo año estos tres reyes contra los quauhtochas y los vencieron, y trajeron muchos cautivos que sacrificaron a la dedicación de un templo llamado Yopitli.

Como se vido Motecuhzuma hecho ya señor de la mayor parte de las

tierras que le habían caído por suerte, faltábale por conquistar a Cuetlaxtlan, que era una gran provincia y muy cuajada y copiosa de gente; determinó de irles a hacer guerra para lo cual llamó a Nezahualcoyotl y Totoquihuatzin y declaróles su intento, diciéndoles que quería probar las fuerzas de los cuetlaxtecas y ver si podía sujetarlos a su obediencia, como los demás de Cohuaixtlahuacan y otras provincias que por allí cerca estaban. Quedó determinado entre ellos que así se hiciese. Juntaron sus ejércitos, y los que en ellos fueron de más cuenta fueron Tizoc, que después fue rey mexicano, y Axayacatl, que también le sucedió en el reinado y fue el padre del grande emperador Motecuhzuma, y Ahuitzotzin, que también fue rey, y el que lo era actual de este Tlatilulco, llamado Moquihuixtli, y el de Tenayucan, Chimalpopoca, y Xilomantzin de Culhuacan y otros de gran valor y estima; y a esta guerra no fueron los reyes por parecerles que bastaban los capitanes famosos que en ella iban.

Había en esta ciudad de Mexico algunos indios de las provincias de Tlaxcalla y Huexotzinco que eran espías y servían de dar aviso, de secreto, a sus ciudades de lo que en la corte pasaba (como los suele haber en las más partes del mundo); y como supieron la determinación de los reyes dieron aviso de ello a sus repúblicas y luz clara de lo determinado; y como estos tlaxcaltecas y huexotzincas estaban lastimados de los mexicanos, aculhuas y tepanecas de la mortandad que en ellos hicieron en el cerco de Cohuaixtlahuacan, luego se movieron a salir a ayudar a los cuetlaxtecas; y porque los de aquella provincia eran venidos a fundar allí sus pueblos de tierra de Tlaxcalla y tanto por ayudarlos, por ser amigos, cuanto por vengarse de la pasada, dieron aviso de ello a los cholultecas y los movieron a que saliesen a la batalla. Juntaron estas tres señorías un poderoso ejército y marcharon hacia Cuetlaxtlan, que es más de cuarenta leguas distante de estas sus provincias hacia el oriente, en las tierras bajas de la costa del Mar del Norte, cuya primera fundación fue Riberas del Río, que ahora se llama Medellín, la tierra adentro cinco leguas del puerto de San Juan de Ulúa y ocho de otro más arriba, llamado Tepatlachco, de la misma nación tlaxcalteca; y para esta guerra llevaron los chololtecas consigo a su dios Quetzalcohuatl, porque como siempre les hablaba el demonio por boca de este ídolo, quisiéronlo tener cerca para saber en todas ocasiones lo que mejor les estuviese y debiesen hacer; íbanle haciendo muchas fiestas y derramando sangre delante de su diabólica figura. Llegaron a Cuetlaxtla donde los salieron a recibir con mucho amor y agradecimiento, por el favor que les hacían, que ya estaban apercibidos para esperar a los mexicanos; porque habían tenido nuevas de su venida y del intento que traían de hacerles guerra y destruirlos si no se sujetaban al imperio mexicano.

Comenzó a marchar el ejército mexicano hacia Cuetlaxtla sin saber la conjuración que los tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas habían hecho, ni del socorro con que les habían acudido; pero después que los tres reyes supieron la confederación y alianza de estas gentes y el mucho gentío que se había congregado para hacer guerra a sus ejércitos, parecióles no ser acertada determinación acometerlos, pues de la refriega no se podía esperar

victoria y era muy fácil perder en ella mucho crédito. Con esta determinación enviaron sus correos mandando a los capitanes mexicanos, aculhuas y tepanecas que no pasasen adelante, sino que se volviesen del lugar donde aquel mandato y voz les alcanzase. Ya a esta sazón estaban estos ejércitos imperiales en un lugar, lejos de esta corte y cerca de Cuetlaxtla, llamado Ahuilizapan, que es el pueblo que agora llaman los españoles Orizaba (de donde se denomina el ingenio de azúcar de don Rodrigo de Rivero, llamado de Orizaba). Llegaron los correos con el mandato real de Motecuhzuma, Nezahualpilli y Totoquihuatzin, el cual oído por todos los capitanes y gente principal y de cuenta, comenzaron a conferir entre sí estos señores las cosas presentes; y unos decían que obedeciesen lo que se les mandaba; otros, que parecería grande y notoria cobardía. Prevalecía el parecer de que se volviesen sin pasar adelante ni probar ventura; pero Moquihuix, señor de Tlatelulco, que era de contrario parecer, dijo: vuélvanse todos los mexicanos que yo solo, con mis tlatelulcas, los acometeré y venceré a todos juntos, que no nos hemos de acobardar por ver que se hayan aliado tantos contra nosotros. Esta razón de Moquihuix fue tan eficaz y fuerte que trocó los corazones de los contrarios y los redujo a su parecer; y todos a una voz dijeron que no se debía de obedecer aquel mandato, pues la gente que en el ejército iba era la flor de toda la milicia y que ninguna otra ocasión podían tener mejor para acometer aquella empresa. Pasaron adelante y dieron la batalla a los enemigos y los vencieron, y mataron a los tlaxcaltecas, chololtecas y huexotzincas no valiéndoles la ayuda de su falso dios Quetzalcohuatl, en el cual llevaban puesta la confianza de la victoria contra los mexicanos; y a éstos les valió mucho el ánimo de Moquihuix, porque si no le hubiera mostrado se volvieran sin poner en ejecución tan célebre victoria y volvieran avergonzados y dejaran animados y muy sobre sí a los enemigos para burlarse de ellos y hacer escarnio de su poderío y fuerzas; finalmente, en esta ocasión no fueron obedecidos los mandatos de estos reyes y por seguir el parecer del de Tlatelulco mataron a los tlaxcaltecas, chololtecas y huexotzincas y vencieron a los cuetlaxtecas y trajeron de ellos presos y cautivos seis mil y doscientos y diéronse todos de paz y quedaron tributarios del imperio mexicano. Acabóse este año la casa, que llamaron Tzompantli, y a su dedicación y estrena se hizo una grande fiesta y en ella fueron muertos y sacrificados estos seis mil y doscientos cuetlaxtecas de que no poco quedaría alegre el demonio Quetzalcohuatl (si alegría cabe en él) con tanta cosecha como de esta mies le había cabido de parte, llevándose en Cuetlaxtla todos los que allí murieron, y en Mexico, los que en honra de esta victoria se sacrificaron; que de una manera y de otra siempre tenían que llevar estas furias infernales, pues todos eran idólatras y suyos. Fuéronles dados gobernadores mexicanos a los cuetlaxtecas y pusóseles presidio de gente mexicana; con que quedaron destituidos de su señorío y vasallos de Mexico.

CAPÍTULO L. *De cómo Moquihuix, rey y señor de Tlatelulco, casó con hija de Tezozomoctli de Mexico, hermana de Tizoc, Axayacatl y Ahuitzotl, que fueron reyes mexicanos; y de la guerra de Chalco y otras cosas*



ESPUÉS QUE VINIERON LOS MEXICANOS, aculhuas y tepanecas con victoria cuetlaxtlan, estuvieron algunos días sin guerra y Motecuhzuma Ilhuicamina, rey de Mexico, conociendo el valor de Moquihuix, señor de Tlatelulco, ordenó de casarlo con hija de Tezozomoctli, hermana de Ayaxacatl, que reinó después de él, cuyo casamiento fue ordenado por este dicho rey y por Nezahualcoyotl que lo era de Teztcuco, el cual se celebró con mucha majestad y pompa. Fue llevada a su casa con la solemnidad que pedían tales señores y diéronsele muchas tierras en esta parte de Mexico, en un barrio que se llama Aztacalco, saliendo al bosque de Chapultepec. Y en este tiempo andaban los chalcas muy desasosegados e inquietos y habían levantado la obediencia al rey de Mexico y Tetzcuco, que eran a los que tributaban, y haciendo junta estos señores con el de Tlacupa, mandaron a sus gentes prevenirse de armas para hacerles guerra, y en especial estaban sentidos por haberles muerto en diversas ocasiones a traición y fementidamente muchos señores, así mexicanos como aculhuas; y de los de más cuenta referían, por muy señalados, a Tlacahuepantzin, Tzontemoctzin, Tezozomoctzin, Yhuitltemoctzin, Motlatocazomazin, Cuiyatzin, Chahuacuetzin, Quetzalcohuatzin, Ezocytecale, Xochitlahuan, Ehuaticac y otros muchos soldados valerosos; y el mayor sentimiento que tenían era de que habían muerto entre éstos al señor de Ecatepec, llamado Chimalpilli, de la sangre real de Mexico, y refiriendo éstas y otras cosas, de que se mostraban sentidos y agraviados, hicieron pleito homenaje de no dejar las armas hasta destruirles sus tierras y matarlos. En cumplimiento de esta determinación, previnieron los capitanes y ministros de la guerra toda la gente y cosas necesarias para ella; para cuyo principio hicieron las ceremonias acostumbradas entre ellos y la principal fue poner sus lumbres y hachos en los cerros comarcanos, porque esto significaba querer decir que se hacía la guerra a sangre y fuego y que no había de haber piedad, ni misericordia; y así pusieron fuego en el monte y cerro de Quauhtepec y en el de Apetzyucan, en el de Pixquitepec, en el de Ayauhquemecan, en el de Citzitepetlycpac, en el de Ytztapalocan, en el de Tatlalo, que son las pedreras de Aztacalco. Con esta prevención se comenzó la guerra, la cual fue muy reñida; a la cual concurrieron todos los más valerosos soldados de estas tres familias, por ser estos chalcas valientes y belicosos; y acometiéndose con ánimo soberbio y arrogante, los unos por vencer y los otros por no ser vencidos, sustentaron el peso de la batalla todo un día, sin reconocerse ventaja; porque cada cual defendía la vida con destreza, por no perderla con afrenta y opinión de cobardía; pero como eran más los mexi-

canos y aculhuas que los chalcas, hubieron de vencerlos y ponerlos en huida; los cuales viéndose apretados se comenzaron a derramar por las faldas de las sierras y meterse por el monte adentro a los lugares cavernosos y más seguros que ellos conocían por estar vecinos a ellos, y muchos de ellos, pasando de la otra parte de la Sierra Nevada y volcán, se fueron a la ciudad de Huexotzinco y Atlixco a ampararse y favorecerse de sus moradores. Quedaron vencedores los mexicanos, y entrando en el palacio del señor de Chalco lo saquearon y se apoderaron de él; aquí hallaron a Moxiuhtlacuilzin, hijo del rey de Tetzcuco, a quien este señor había muerto, el cual, embalsamado y seco le servía de candelero a este señor Toteozin en sus bailes y borracheras, habiéndole habido a las manos por traición y cautela (como arriba dijimos), y conociéndole los tetzcucanos, se lo llevaron a su ciudad y lo enterraron con las ceremonias acostumbradas a los reyes y señores.

Hecho el saco de la ciudad y vengados los mexicanos de los agravios que estos chalcas los habían hecho, y viendo que ya de esta vez quedaban muy arruinados y sin fuerzas para poder levantar cabeza tan presto, mandó el rey Motecuhzuma Ilhuicamina y el de Tetzcuco, Nezahualcoyotl y con ellos el de Tlacupa, Totoquihuatzin que se pregonase y echase bando que todos los que quisiesen volverse a la ciudad viniesen sin miedo ni recelo de algún daño, en especial prometían todo favor y amparo a las mujeres y a los niños y viejos; y para que esto tuviese mejor cumplimiento mandaron estos reyes que gente de su ejército entrase por los montes y juntase los huidos y asegurase a todos los que hallasen descarriados; hízose así y vino mucha de la gente huida, los cuales fueron repartidos en el pueblo que ahora se llama Tlalmanalco, en el de Amaquemecan, Tenanco, Chimalhuacan, Tecuanipan y Mamalhuazocan; aunque no todos volvieron a sus antiguas moraduras, antes muchos desesperadamente viéndose vencidos y destruidos, se quedaron en las montañas y sierras y allí se dejaron morir de hambre, y otros pasaron a las partes dichas de esotra banda del volcán. En esta disposición quedaron este año los chalcas; pero luego el siguiente, viéndose destruidos y desflaquecidos en fuerzas, vinieron a darse a Motecuhzuma, ofreciendo tributo voluntariamente, dando las cosas que pudieron haber, así de oro y plata, plumas ricas y adargas y le entregaron las tierras para que las repartiese (porque así se lo había mandado). Aquí se amojonaron todas las tierras de Chalco y se repartieron entre mexicanos, tetzcucanos y tepanecas, tomando los reyes para sí las que mejor les parecieron y dando a los capitanes y hombres nobles muchas; y finalmente no hubo hombre de cuenta de estas tres familias que no entrasen a la parte en ellas, y hasta el día de hoy hay muchos en esto de Mexico y Tlatelulco que labran tierras en aquella provincia, que según lo dicho las debieron de heredar de sus padres, habiéndolas habido ellos en esta guerra y repartición.

El año siguiente se amojonaron los tenochcas y tlatelulcas, haciendo una muy grande y muy ancha zanja que dividió los unos de los otros, y metieron el agua en la plaza y mercado de esta dicha parte de Tlatelulco, concurriendo a su obra todos juntamente por ser el mercado común a unos y

a otros; y en esta misma sazón se substrayeron de la obediencia de Mexico los de la provincia de Tepeaca, que eran ya tributarios de los mexicanos; pero el rey Motecuhzuma Ilhuicamina, que era valiente y animoso, hizo ejército, y con los reyes de Tetzcuco y Tlacupa fue contra ellos y los venció y volvió a reducir al imperio mexicano. Murieron muchos en la guerra de los de Tepeaca y trajeron cautivos a Mexico más de setecientos soldados aunque de estos mexicanos, tetzcucanos y tepanecas quedaron muertos doscientos y cuatro en la batalla que con ellos tuvieron, y quedaron por ahora vencidos y desbaratados estos tepeacas; y luego vinieron a Motecuhzuma con nuevos presentes para aplacar su enojo, causado de aquel alzamiento, y le trajeron una corona muy rica, de las que los reyes usaban, muchas cuentas y plumas, y mucho maíz y otras cosas de reconocimiento; y desde entonces les fue señalado el tributo con que habían de reconocer a los reyes mexicanos y quedaron hechos sus tributarios.

Este mismo año hicieron guerra estos tres reyes a los de las provincias de Cuextlan, Tlahuitolan, Coxolitlan, Tamazolan, Acatla, Piaztlan, Tetlcoyocan y Xilotepec, gente fuerte y animosa y los vencieron y hicieron tributarios del imperio. En esta misma sazón se rebelaron los de Tozoco, y fueron sobre ellos y los sujetaron a su obediencia; con que Motecuhzuma Ilhuicamina se fue haciendo rey poderoso y de muchas rentas, por haber juntado a su ciudad de Mexico y a las provincias que su antecesor Itzcohuatl había ganado, todas estas provincias dichas con que engrandeció su nombre.

CAPÍTULO LI. *Que prosigue el gobierno y reinado de Nezahualcoyotl, rey de Tetzcuco, y cosas particulares que se le atribuían*



EL REY NEZAHUALCOYOTL DE TETZCUCO, aunque andaba ocupado en las guerras dichas en compañía de los de Mexico y Tlacupa, no olvidaba el gobierno del suyo; antes con mucho cuidado y solicitud velaba no sólo en las cosas de su acrecentamiento sino, también, en las que pertenecían al aprovechamiento de sus vasallos, para su mayor conservación y policía; y aunque su abuelo Techotlala le tenía muy concertado y bien regido, como había pasado el tiempo de la guerra que hizo el tirano Tezozomoctli a su padre Ixtlilxuchitl, con cuya muerte las cosas del gobierno se trocaron, y como muchas de ellas ya no se guardasen, tuvo necesidad este prudente rey de volverlas a su primer estado y policía, porque un reino y tan grande como el de Tetzcuco, no pudiera conservarse sin particular y muy vigilante providencia; y así trató de esto Nezahualcoyotl con grande puntualidad. Ordenó los consejos que se conservaron hasta la entrada de nuestros españoles, con todos los oficiales necesarios para cada uno (como antes los había puesto el emperador Tlaltecatzin, su bisabuelo). Fue severo

en guardar justicia y en castigar los pecados públicos que se cometían y mandó justiciar públicamente cuatro de sus hijos porque pecaron y tuvieron acceso con sus madrastras, mujeres de su padre, porque cayeron en el pecado en que incurrió Rubén, primogénito del patriarca Jacob,[1] y Absalón, hijo del rey David.[2]

Dícese de este rey, que tenía puesta ley que no pasasen de cierto término y lugar al monte por leña, por inconvenientes que para ello había; y que una vez, por ver si se guardaba su mandamiento se disfrazó, y en hábito desconocido se fue al monte acompañado de un hermano suyo, llamado Quauhtlehuanitzin, y llegando los dos a las faldas de las sierras, que eran los lugares permitidos para poder cortarla y llevarla a la ciudad, hallaron un muchacho de poca edad que andaba recogiendo unas serojas y algunas varillas caídas en el suelo (porque por ser limitado el lugar y la gente mucha, lo tenían talado todo y ya no se hallaba leña). Viéndolo el rey, que iba en traje de cazador, díjole, por tentarle y por ver qué sentía de lo que acerca de ello tenía mandado: niño, ¿por qué no entras dentro de la montaña, donde hay mucha leña y cargarás apriesa y te volverás a tu casa? El niño respondió: ¿por qué tengo de entrar en el monte? ¿No sabes que el rey Nezahualcoyotl tiene mandado que no pasemos los pobres de este lugar y que la leña de allá dentro es para los templos y para su real palacio y que si quebranto su mandamiento me quitará la vida, mayormente que es rey poderoso y que debe ser obedecido? A esto replicó el rey: entra niño, que aquí no te ve nadie y nosotros, por ser pobre y tener lástima de ti, no te acusaremos ni diremos nada; a lo cual no quiso obedecer el muchacho, y como el rey instase en ello, el niño, enfadado de su porfía, le dijo: tú y tu compañero, que así queréis que quebrante el mandato del rey, debéis de ser algunos malsines, o debéis de ser enemigos de mis padres, que no podéis vengaros de ellos y queréis tomar la venganza por este modo. Viendo esto Nezahualcoyotl calló y pasó adelante cazando y volviéndose a su palacio; como vido la penuria de leña que tenían los de la ciudad y necesidad que padecían, mandó alargar los cordeles y medidas de suelos de los bosques para que hubiera más leña para los pobres, y quedó cierto de cómo era obedecido en sus mandatos.

Una vez denunciaron de un yerno suyo, señor de la provincia de Otumpa, unos enemigos suyos falsamente, diciendo que había adulterado; y como el rey oyó la acusación (no reparando en que era su yerno, casado con hija suya) le mandó prender, y en la cárcel le daba a comer muy limitadamente, hasta la averiguación del caso. Estuvo en esta prisión cuatro años, porque en todo este tiempo no se le pudo averiguar el delito, al cabo de los cuales se vino a saber ser mentira y testimonio que se le había levantado, y castigando a los deponedores con las penas que el delito, si fuera verdad, merecía, mandó soltar al preso. Estaba a esta sazón en una recreación suya el rey, llamada Tetzcutzinco, celebrando ciertas fiestas, y mandó que este caballero fuese llevado a su presencia, y como no sabía que se

[1] Genes. 35.
[2] 2. Reg. 13.

había sabido lo contrario de lo que se le acomulaba y conocía la severidad del rey y creyese que le llevaban a la muerte, fue por el camino componiendo un canto (porque era gran poeta), en el cual representaba su inocencia y engrandecía la misericordia del rey, y cuando iba llegando a su presencia lo comenzó a cantar, de que gustó mucho Nezahualcoyotl, porque también lo era y componía muy elegantemente, cosa que a los reyes, como Dios les comunique esta gracia, no les está mal como ni tampoco le fue de nota ni de menosprecio al emperador Nero, que tuvo competencia en el verso con Lucano y otros; y si ahora tienen alguna nota los poetas, no es porque sea mala la poesía, sino porque algunos que no la saben ni la entienden hacen ultraje de ella. Finalmente este caballero fue cantando su verso delante del rey y probó con sus elegantes razones su inocencia y Nezahualcoyotl lo recibió como a marido de su hija, y haciéndole muchas y nuevas mercedes lo dio por libre y envió a su casa.

CAPÍTULO LII. *De las cosas en que el rey Nezahualcoyotl se mostraba más riguroso y justiciero*



UNQUE LOS REYES Y SEÑORES DE VASALLOS deben ser amorosos y píos con los de su república, no de tal manera que olviden la justicia a que están obligados para la conservación de su pueblo, y aunque a esto están todos obligados, hay muchos que en algunas cosas exceden por parecerles que también esas mismas cosas pasan de los límites de la razón; y así las castigan como exorbitantes y demasiadas. De éstos fue el rey Nezahualcoyotl, el cual incitado de su natural condición castigaba con sumo rigor al traidor y aleve, mandándolo despedazar y cortar por sus coyunturas, por ser este pecado tan grave que no hay cosa segura en el mundo cuando pasa por manos de un traidor. Al que revolvía un reino con otro y era amigo de llevar y traer nuevas de alteración, hacía morir atado a un palo de encina a manera de asador y puesto a las llamas del fuego, donde moría rabiando. El pecado nefando castigaba en dos maneras, al paciente mandaba atar a un madero grueso y le hacía sacar las entrañas por el sexo que fue paciente y los muchachos de la ciudad lo cubrían de ceniza hasta que quedaba enterrado en ella y luego echaban sobre la ceniza leña y le pegaban fuego; al agente le cubrían de ceniza todo y enterrado en ella moría; al adúltero hacía poner la cabeza sobre una losa y luego le dejaban caer otra grande sobre ella y hacíanle saltar los sesos, y así moría; al que mataba a otro, hacía degollar; al ladrón mandaba arrastrar y luego ahorcar. La borrachera castigaba en dos maneras, al señor o caballero que la cometía, luego a la primera vez sin aguardar segunda, lo ahorcaba, y luego era su cuerpo arrastrado por las calles y echado después en un río dedicado para este solo efecto; pero el villano a la primera vez era vendido, y a la segunda, ahorcado; y decía que la culpa del caballero, así como era

mayor por su mayor dignidad, así había de ser su castigo más riguroso que el de la gente plebeya. Éstas son las culpas que castigaba este rey con este rigor dicho, y en otras que se cometían en la república, se había con más misericordia.

Era hombre piadoso con los pobres, enfermos, viudas y viejos; y muchas de sus rentas mandaba gastar en dar de comer y de vestir a los necesitados, en especial los años estériles; y se dice de su mucha clemencia, que en semejantes años no se sentaba jamás a comer hasta que ya todos los pobres habían comido. Si ésta es magnificencia de príncipe piadoso díganlo los que lo leyeren, que yo digo que ningún padre es más amoroso con sus hijos que mucho quiere; pues no hace más en la hambre que padecen que Nezahualcoyotl hizo con sus pobres y necesitados hijos en sus mayores necesidades. Y porque los caminantes tuviesen algún refrigerio (si acaso iban desproveídos de viandas) mandó, que por todos los caminos y sendas a un lado y a otro, que se sembrase maíz y las otras semillas comestibles de que usaban; y esto hizo porque había pena de muerte, que ninguno entrase en sembrado ajeno y incurría en ella aunque fuese por solas siete mazorcas de maíz que tomase; y por excusar a los pobres de esta pena ordenó en sus reinos lo dicho.

CAPÍTULO LIII. *De las rentas y gasto de casa que tenía el rey Nezahualcoyotl de Tetzcuco; y del concierto de sus audiencias y república, que es mucho de notar*

AUNQUE EL REY NEZAHUALCOYOTL mostraba la grandeza de su estado en el mucho valor de su persona y en la estimación de su ánimo, con que no sólo era de todos estimado, pero muy puntualmente obedecido, no fue menos en el gasto de su casa, así para su persona, como para hacer hospicio ordinario a todos los que servían en su palacio y otros muchísimos señores que comían en su casa cada día, en cuyo servicio se gastaban cada año de sólo maíz cuatro millones y novecientos mil y trescientas fanegas (número por cierto harto excesivo y aun increíble, si para haberlo de escribir no tuviera en mi poder la cuenta cierta de esta verdad, escrita en los libros de su gasto y autorizada por un nieto suyo, que después de cristiano se llamó don Antonio Pimentel). De cacao (que es la almendra que se bebe) se gastaban dos millones y setecientos y cuarenta y cuatro mil. De gallinas y gallos, que en Castilla se llaman pavos de las Indias, de siete a ocho mil, sin otras muchas carnes de venado, conejos, liebres, codornices y otras aves y animales que comían. Tres mil y doscientas fanegas de chile y tomate, que es la especia con que guisaban la comida. De otro chile más pequeño y muy picante (que llaman chiltecpin) doscientas y cuarenta fanegas; mil y seiscientos panes de sal, que son de el tamaño de una hogaza de pan de Castilla; chía, frijol y otras muchas le-

gumbres, en tanta abundancia que parece patraña y mentira; pero al que lo leyere certifico que no es de las que en común lenguaje llaman de las Indias; porque aunque es verdad que algunos mentirán, yo me precio de decir verdad en lo que escribo y hiciera alevemente si no la dijera, pues no es libro de caballerías éste, donde se toma licencia para sacar de quicios las cosas y aun para mentir en todo, sino historia donde todo lo que digo es verdadero y digno de toda fe humana.

Para tanto gasto como este poderoso rey tenía, había muchos pueblos que lo trabajaban y no acudían a otra cosa más que a servir al palacio y casa real, los cuales eran veinte y nueve que se repartían de esta manera. Los catorce que eran Tetzcuco, Huexotla, Cohuatlichan, Chiauhtla, Tezonyucan, Papalotlan, Tepetlaoztoc, Acolman, Tepechpan, Chiauhtla, Xaltocan, Chimalhuacan, Itztapalocan y Cohuatepec servían medio año, que en nuestra cuenta eran seis meses y en la suya nueve (porque era de veinte días su mes). Los otros nueve meses, que era el otro medio año suyo, servían los otros quince pueblos, dedicados para solo este servicio, que son Otumpa, Teotihuacan, Aztaquemecan, Cempohualan, Axapuchco, Tlalanappan, Tepepulco, Tizayucan, Ahuatepec, Oztoticpac, Quauhtlatzinco, Coyoac, Oztotlatlauhcan, Achichillacachocan y Tetliztacan; éstos traían leña, carbón, esteras y todas las demás cosas pertenecientes al servicio de la casa real; barrían, traían agua y estaban a todas las cosas que se les mandaban. Era tanta la leña que entre día y noche se gastaba que parece un muy grande exceso, porque siempre ardía fuego en todas las salas y en grande abundancia, y éstos hacían las sementeras, y todos daban maíz y no se ocupaban en otra cosa, aunque de todas las otras provincias sujetas a este reino daban también mucha parte del maíz que se gastaba.

Había de todas las provincias de la sierra (como era Tulantzinco, Xicotepec, Quauhchinanco, Pahuatlan, Tlacuiloltepec, Papaloticpac y otros pueblos muy grandes y cuantiosos) muchos señores y capitanes que asistían en su corte y tenían salas particulares en el palacio, donde estaban de día, para todas las cosas que se ofrecían, así de la guerra como de las pertenecientes al buen gobierno de sus repúblicas. Tenía en todas estas partes mayordomos (que llaman calpixques) los cuales tenían cuenta de las rentas reales (como decimos en otra parte, en común de los reyes de Mexico y Tetzcuco) y los pueblos donde asistían los sustentaban a su costa, y en todos estos pueblos dichos había casas de comunidad donde le recogían todos los tributos y cosas del servicio del rey, y éstas eran casas reales donde no vivían sino los que eran ministros suyos y eran diputados para cuando el rey fuese a los dichos pueblos si alguna vez se le ofreciese.

Los mancebos que aún no llegaban a edad de tributar las cosas que los demás de este reino y provincias tributaban, tenían por oficio traer leña de encina a palacio, y la tasa determinada de esta gente moza eran ochocientas brazas en cada pueblo (porque eran todos tan grandes y tan llenos de gente que todo esto podían los mancebos y mucho más los tlamacazques, que eran del servicio de los templos). Tenían obligación de ir al monte por acxayatl y púas que eran con que se punzaban sus carnes y sacaban

sangre en presencia de los ídolos los que se sacrificaban (como decimos en otra parte); traían tinta para entintarse los cuerpos, ocote, uteayauhtli, cortezas de pino para el fuego y copos de nequén y cuatrocientas brazas de rajas de leña; y esto era una manera de tributo con que se reconocían por menores en la república. Los mancebos de Tulantzinco acudían con esteras, que llaman petates, con sillas bajas (que son icpales), con ocotexolotl, coas y tinta para los embijes, xochiocotzotl, que es de liquidámbar en pan, acayetl, que son cañas de sahumerio cuyo humo chupan estas gentes; y la liquidámbar verde u líquida en vasos. El oro, que se le daba en tejuelos y labrado en rodelas y otras cosas de mucha curiosidad y gala, era mucho y muchas las cosas de pluma que le tributaban. Las mantas de algodón y pluma, entre todas, así blancas como labradas y tejidas con pelo de conejo y otras invenciones, pasaban de nueve millones.

El concierto de sus audiencias y consejos era muy grande y en todo muy puntual, porque jamás faltaban de su asistencia en sus salas, oyendo las causas, según a cada tribunal pertenecían. Despachábanse los negocios con gran presteza y cuidado, sin las dilaciones que en algunas partes se acostumbra; porque, como en estas audiencias indianas no había interés de dinero (porque todos los oficiales de ellas comían a costa del rey) así tampoco no detenían los pleitos, sino que luego se concluían, citadas las partes y oídos todos y todas sus alegaciones; y los casos más graves y que parecían dificultosos, si se diferían más de lo que era el tiempo ordinario, no pasaban al menos de ochenta días, porque de ochenta en ochenta días tenían audiencia general, que la llamaban napualtlatolli, como decir palabra ochentena, que era día en el cual se juntaban todos los de la ciudad y los asistentes de todas las provincias con todo el pueblo, así nobles como comunes y plebeyos, y allí oían todas las causas rezagadas que no habían podido tener conclusión en las audiencias ordinarias; aquí se trataba del gobierno común de la ciudad, de los tributos reales, de las cosas dificultosas de la guerra, del servicio personal y otras cosas a este tono; aquí se castigaban las culpas de los delincuentes, así graves como leves. Si alguno merecía muerte (así de los nobles como de los plebeyos) aquí se la daban en presencia de infinito gentío que concurría al acto. Ninguna causa quedaba por determinar este día. De manera que para lo por venir comenzaban otras de nuevo, que la que más duraba era hasta el ochenteno día siguiente, porque allí se había de acabar sin pasar adelante; de manera que esta audiencia general era en su cuenta de cuatro en cuatro meses, por ser sus meses de veinte días y no de treinta como los nuestros (como en otra parte decimos).

Tenía este prudentísimo rey mucha y muy grande vigilancia en las cosas de la guerra, y para las que eran de particular gobierno no se descuidaba. Y porque los mensajeros que se despachaban a diversas partes de sus reinos y otras provincias fuesen más secretamente (mayormente en negocios de importancia), tenía hecha por debajo de tierra una cueva que comenzaba en su proprio palacio, y iba a salir a una parte secreta fuera de todo el pueblo, por donde sin ser vistos de nadie eran despachados, y con esta pre-

vención no había alborotos en los que con nombre de vulgo luego se alteran a cualquiera entrada o salida de algún correo en las ciudades. Si ésta fue astucia de prudentísimo rey díganlo los hombres de juicio, que yo digo que no lo he leído en ninguna historia de cuantas he alcanzado de rey ninguno del mundo; y de esta manera procedía Nezahualcoyotl con muy grande secreto en todas sus embajadas y misiones.

CAPÍTULO LIV. *De la muerte del rey de Mexico Motecuhzuma Ilhuicamina, y de lo que dejó ordenado acerca de la elección de nuevo rey*

EL REY MOTECUHZUMA PRIMERO DE ESTE NOMBRE, llamado también Ilhuicamina (como dejamos dicho), gobernó veinte y nueve años y conquistó y sujetó a su imperio, en compañía del rey de Tetzcuco, Nezahualcoyotl y de el de Tlacupa, Totiquihuatzin, muchas y muy grandes provincias (como dejamos dicho), y así se hizo rey poderoso y muy temido de sus contrarios. A los principios de su reinado, como fue creciendo en poder, así también en autoridad de su persona. Puso su casa con grande majestad, nombrando muchos y diversos oficiales y servíase con grandes ceremonias y aparato. Fue muy cultor de sus ídolos y amplió el número de ministros, instituyendo algunas otras y nuevas ceremonias, como otro Numa Pompilio en Roma; mostró grande cuidado en la observancia y guarda de su idolatría, ley y superstición diabólica y vana; edificó un muy gran templo a su dios Huitzilopuchtli y ofreció innumerables sacrificios en su dedicación, así de hombres como de otras cosas que para este fin se habían reservado. Finalmente, gozando grande prosperidad de su imperio, adoleció, y como otro Alejandro, según se dice en el primero de los *Macabeos,*[1] conoció que se moría, por lo cual mandó llamar a los mayores de su corte; y estando todos juntos hízoles un largo y muy paternal razonamiento, en el cual les encomendó el amor y fraternidad que debían tener unos con otros. Y en lo que tocaba al rey que le había de suceder, dijo que quedaban tres hermanos muy dignos del imperio, los cuales eran Tizoc, Axayacatl y Ahuitzotl; pero que aunque le pudiera venir bien a Tizoc el reinado, por ser el mayor de los tres, le parecía que Ahuitzotl se le antepusiese por haberse mostrado muy valiente y animoso en las guerras, primero que sus dos hermanos, y que por esto le hacía merced de sus armas, por parecerle que las merecía mejor que otro (favor grande que le hizo y aun casi parecido al que Matatías hizo a su hijo Judas, que quedando otro mayor le encomendó la gente del pueblo que le había seguido, pareciéndole ser el que mejor podría capitanearlos).[2] Y habiendo dado Motecuhzuma su parecer, de que Axayacatl le sucediese en el reinado, dijo que por muerte

[1] 1. Mach. 1.
[2] 1. Mach. 2.

y fin suyo entrase Tizoc, que era el mayor de los tres y tras él Ahuitzotl, su hermano menor. Y que muertos estos tres reyes, que hubiesen sucedido por este orden, fuesen también entrando en el gobierno mexicano los hijos de estos tres señores, siendo preferidos y primeros los de Axayacatl, así como también había antecedido él a su hermano mayor Tizoc; y a un hijo que tenía lo dejó encomendado a sus tíos y les rogó que lo honrasen y que lo tratasen como a hijo de rey; y dijo que aunque era su hijo no lo prefería a los dichos porque no le había de cegar la carne y sangre para pervertir el orden que le parecía mejor para el gobierno de su república.

Quién dejará de engrandecer este magnífico hecho de este rey (que por ser indio, llaman nuestros españoles bárbaro) pues no es de bárbaro el caso sino de hombre de los más sabios del mundo; pues que para regir un reino que le fue entregado por el que le había antecedido y él tanto le había costado no se mueve por pasión ni afición, sino por aquella sola razón que le pareció convenir para dejarlo bien encomendado, anteponiendo la virtud y esfuerzo de la persona de Axayacatl a los años y mayoría de Tizoc y dejando el amor propio de su hijo, que si no me moviera por razón y justicia, pudiera anteponerle haciéndole vasallo de hombre libre y hijo de rey. Si hay muchos de éstos en el mundo, díganlo los mismos casos que en él han sucedido, que pienso que son muy pocos y raros. Sólo me acuerdo haber leído del rey Alejandro, que cuando estaba ya para morir, le preguntaron los que se hallaban presentes que a quién dejaba encomendado el gobierno de sus reinos; a lo cual respondió, que al mejor y más digno, no teniendo atención a carne ni sangre ni amor propio de hijos ni parientes, aunque en el primero de los *Macabeos*,[3] no se dice sino que estando a la muerte hizo partición de sus reinos en los mejores de aquellos hombres, con los cuales se había criado desde su niñez; pero esto no contradice a esotro, ni tampoco se ha de entender (como dice la glosa)[4] que esta partición la hizo Alejandro, sino que estos cuatro, en los cuales se dividió, hicieron entre sí esta partición. Y como dice Justino[5] y otros,[6] diciendo que lo dejaba al más digno y que mejor lo mereciese, se quitó una sortija donde estaba dibujado su sello real y se la dio a un privado suyo que se llamaba Perdica, sin hablarle palabra, como dando a entender en esto que aquél era el que hallaba por el más digno de su imperio, a quien con más justicia se le debía, no reparando este excelentísimo príncipe en que dejaba hermano y a su mujer Roxane, preñada; pareciéndole que un varón valeroso y fuerte no había de dejar por su sucesor y heredero, sino a otro que fuese tal como él. Esto vemos haber hecho Motecuhzuma Ilhuiçamina, que olvidándose de su hijo Iquehuacatzin, y de otros hombres de su linaje, echa mano de Axayacatl y le hace el más digno del imperio.

Declarada esta su última voluntad y despidiéndose de todos amorosamente, murió con mucho sentimiento de los suyos; porque todos le tenían

[3] 1. Mach. 1.
[4] Glos. in hunc. locum.
[5] Justin. lib. 12 m. 13.
[6] Curci. 9. lib. 10.

por padre y conocían su mucha pérdida en perderle. Hízosele el entierro como acostumbraban y tratóse de la elección del sucesor como veremos en el capítulo siguiente. Siendo capitán general de el ejército mexicano y después en el estado de rey cautivó y prendió por su propia mano, en las guerras que tuvo, ochenta y cuatro prisioneros de los más valerosos capitanes y soldados de los ejércitos contrarios; porque demás de ser muy prudente y sabio, era en grande manera valiente y animoso. Reinó veinte y nueve años.

En lo poco que dice de el reinado de este rey el padre Acosta, en su *Historia moral de Indias,* dice que un hermano suyo fue preso en la provincia de Chalco y queriéndolo hacer rey, le enviaron recaudos bien comedidos y obligatorios y que él, viendo su porfía les dijo, que si en efecto querían alzarle por rey levantasen en la plaza un madero altísimo y en lo alto de él le hiciesen un tabladillo donde él subiese (creyendo era ceremonia de quererse más ensalzar), lo cual pusieron así por obra y, juntando él todos sus mexicanos al derredor del madero, subió en lo alto con un ramillete de flores en la mano, y desde allí habló a los suyos de esta manera: ¡oh, valerosos mexicanos, éstos me quieren alzar por rey suyo, mas no permitan los dioses que yo por ser rey haga traición a mi patria, antes quiero que aprendáis de mí a dejaros antes morir que pasaros a vuestros enemigos! Diciendo esto se arrojó haciéndose mil pedazos, de cuyo espectáculo cobraron tanto horror y enojo los chalcas que luego dieron en los mexicanos y allí los acabaron a lanzadas, como a gente fiera y inexorable, diciendo que tenían duros y endemoniados corazones; y que la noche siguiente acaeció oír dos búhos dando aullidos tristes, el uno al otro, con que los de Chalco tomaron por agüero que habían de ser presto destruidos; y que fue así que el rey Motecuhzuma vino en persona sobre ellos con todo su poder y los venció y arruinó todo su reino. Esto último no lo niego, porque a todos los venció con ayuda de los reyes de Tlacupa y Tetzcuco (como ya hemos visto en los capítulos pasados), pero lo primero de este caso no lo he visto escrito en ninguna relación ni historia, ni lo he oído a ninguno de los que podían saberlo; pero como puede ser verdad y no contradice a la historia que vamos escribiendo, paso con él y no lo contradigo (que no todo lo sé, ni todo me lo han dicho). Pero lo que no concedo ni tengo por verdad ni hallo color con que darle entrada, en historia verdadera, es todo lo que dice de un capitán general a quien llama Tlacaellel; porque hombre tan de cuenta como él lo pinta y tan gran guerrero y menospreciador del señorío y propiedad del imperio mexicano y tan dadivoso de honras y tan amigo de no tenerlas por darlas y tan sabio en consejos, había de ser muy conocido y muy celebrado de todos los escritores de aquellos tiempos, del cual ni de cosa que huela a el tal, no he oído ni sabido ni ha habido hombre que tal haya nombrado; perdóneme el padre Acosta, que este capitán yo le tengo por fingido o imaginario y no tiene él la culpa sino la mala y falsa relación que de esto tuvo, que yo la tengo en mi poder escrita de mano con el mismo lenguaje y estilo que él la imprimió, y muchas cosas de ella van muy lejos de toda verdad y puntualidad. Lo que yo pienso que hay

en este caso es que Itzcohuatl, antecesor de este rey Motecuhzuma, fue hombre muy valeroso y grandísimo guerrero, y de tanto corazón y ánimo que de rey pechero se hizo libre, y mató al que le tenía avasallado (como pareció en su historia), y éste pudo ser que fuese este nombrado Tlacaellel; y en lo que me fundo para pensarlo y creerlo es, porque en tiempo de este rey comienza en aquella relación a nombrarse este capitán Tlacaellel (y no antes) y la etimología del nombre le viene muy bien a Itzcohuatl, porque tlacatl (que es de donde se compone con ellel) quiere decir, persona, hombre o mujer, porque es común a entrambos; y ellel quiere decir de gran corazón, y de fuertes y rigurosas entrañas; y así, atribuyen los indios este nombre al demonio, por ser tan malo y cruel en sus acciones para con los hombres; y esta declaración y significado tengo yo averiguado con indios colegiales y latinos y que en su lengua mexicana son cicerones; y por ser este valeroso rey Itzcohuatl hombre tan arriscado y cruel para contra los enemigos, debieron de darle este nombre entonces; y como los que lo oyeron, y no supieron que por él pudo decirse, hallaron este nombre diferenciado y distinto del de Itzcohuatl, atribuyéronselo a otro, y las obras y hazañas de este valeroso rey Itzcohuatl las aplicaron al que no hubo; y desde su tiempo fue corriendo esta ignorancia hasta que dicen que murió, y si no es esto, porque me podrán alegar que yo no concedo en el principio de esta historia, hablando de indios (acerca de que no son judíos), el argumento hecho de una lengua a otra, digo que no lo es, sino en una misma y que lleva grande apariencia de verdad por el claro significado que tiene; y si lo niegan, tampoco confieso que es otra cosa, porque ni en pinturas ni en relaciones escritas ni en las que tengo de todos los hechos de estos reyes mexicanos de palabra, tal no he oído ni sabido, ni los tetzcucanos que escribieron también sus hechos no hacen tal mención ni lo imaginan; y con esto damos fin a la historia de Tlacaellel y tenemos por apócrifas todas las cosas que de él se dicen; y por esto no trataré más de él en las vidas de esotros reyes que se siguen (como hace el padre Acosta).

Y lo que dice, que fue de parecer este Tlacaellel que no se conquistasen los tlaxcaltecas, porque tuviesen allí los mexicanos frontera de enemigos, donde ejercitasen las armas los mancebos de Mexico; y que juntamente tuviesen copia de cautivos de qué hacer sacrificios a sus ídolos, tampoco se tiene por muy cierto, porque para esto último jamás faltaban en las guerras continuas que con todos tenían, como los que eran enemigos de todos por querer señorearse de todos; y para lo primero dice Diego Muñoz Camargo en sus *Memoriales de Tlaxcalla,* que una vez quisieron los mexicanos consumir a los tlaxcaltecas a fuego y sangre (aun cuando el imperio mexicano florecía en los años del gobierno del grande emperador Motecuhzuma) y que aunque así lo quisieron, no pudieron salir con su intento y yendo por lana volvieron trasquilados y dejaron por allá muchos muertos; de manera que no fue no querer él no rendirlos y sujetarlos, sino más no poder; y como en gente enemiga y no rendida, hacían sus matanzas y presas, de los cuales sacrificaban muchos.

CAPÍTULO LV. *De la elección del rey Axayacatl, sexto rey mexicano, y muerte de Totoquihuatzin, rey de Tlacupa, y principio de las disensiones entre este rey de Mexico y el de Tlatelulco, su cuñado*



UERTO EL REY MOTECUHZUMA ILHUICAMINA, quinto rey mexicano y dejando dicho lo que sentía de la elección de nuevo rey por su muerte, entraron a elegir el que había de sentarse en la silla real que dejaba; y pareciéndoles a todos los electores que el difunto había mirado bien el caso y que Axayacatl, hijo de Tezozomoctli (señor mexicano), era hombre valeroso y de muy gran suerte para el reinado, fue de común consentimiento pasado a esta dignidad de la que tenía de tlacuchcalcatl y capitán general, y hecho rey. Y puesto en la posesión del reino entró en la suya de capitán general su hermano Tizoc. Esta elección fue así, como se ha dicho, entrando por rey sexto de este reino mexicano Axayacatl, lo cual he visto en tres historias mexicanas y en una tetzcucana, y así los van nombrando los padres fray Toribio Motolinia y fray Bernardino de Sahagún y fray Hierónimo de Mendieta, frailes de la Orden de mi Padre San Francisco, que supieron estas cosas muy de raíz y las inquirieron con todo cuidado y son los que cito en estos libros muchas veces, por haberme aprovechado de sus escritos en mucho de lo que en ellos digo; y siendo sucesión tan clara y manifiesta y que así se platica entre los indios que más saben, no sé cómo el que hizo la relación que imprimió el padre Acosta pervirtió este orden y antepuso a este rey Axayacatl a Tizoc y los hace a entrambos hijos del rey Motecuhzuma Ilhuicamina, no siéndolo, si ya no es que el que hizo la relación no la averiguó bien con los indios o supo poco de la lengua mexicana (cosa tan necesaria y importante para escribir sus historias) y así no debió de entender bien lo que de esto le dijeron; y por esto no insisto mucho en lo que dice luego, que los padres no falten a los hijos, pues se verifica por lo dicho y por las ciertas averiguaciones que de esto tengo hechas, no ser hijo ni el uno ni el otro. Y esto mismo respondo a Herrera que sigue esta computación por este mismo orden, aprovechándose de lo que dice Acosta para lo que él dice de esta sucesión de reyes y en la historia de Tlacaellel y cosas que fingidamente se le atribuyen.

Y por ser costumbre ya entre estos mexicanos que los electos en reyes para haberse de coronar, habían de ir a alguna provincia a hacerles guerra y vencer por su persona alguno o algunos cautivos y traer gente que sacrificar en la fiesta de su coronación. Hizo luego jornada y con presteza pasó con un poderoso ejército a la provincia de Tecuantepec (que dista de Mexico ciento y treinta leguas, y no doscientas como dice Acosta) y en ella dio batalla a un poderoso e inumerable ejército que, así de aquella provincia como de las comarcanas, se había juntado contra Mexico. El primero que salió delante de su campo fue el mismo rey desafiando a sus contrarios,

de los cuales (cuando le acometieron) fingió huir hasta traerlos a una emboscada donde tenía muchos soldados cubiertos con paja; éstos salieron a deshora y los que iban huyendo revolvieron, de suerte que tomaron en medio a los de Tecuantepec y dieron en ellos, haciendo cruel matanza y prosiguiendo el alcance asolaron su ciudad y su templo y a todos los comarcanos dieron castigo riguroso y sin parar fueron conquistando hasta Coatulco (puerto hoy día muy conocido en la Mar del Sur). De esta jornada volvió Axayacatl con grandísima presa y riquezas a Mexico, donde se coronó soberbiamente con excesivo aparato de sacrificios. En este tiempo se alteraron los de Huexotzinco y Atlixco y fue contra ellos Axayacatl, acompañado con Nezahualcoyotl de Tetzcuco y Totoquihuatzin de Tlacupa; y estando en la batalla se apareció en medio de ella el demonio en figura del dios Titlacahua, y se llevó dos señores mexicanos de los más principales, a los cuales acudió la gente mexicana a favorecer, y pudieron tanto que se los quitaron, con que los contrarios quedaron vencidos y los reyes se volvieron a sus casas; y el de México contó el prodigio y caso sucedido a sus adivinos y agoreros y dijeron no estar acabada la guerra de todo punto, por lo cual quedó abierta para todo tiempo.

Vueltos de esta guerra murió el rey Totoquihuatzin de Tlacupa, habiendo sido hombre muy valeroso el tiempo que gobernó su reino, ayudando con su gente a la conquista del imperio mexicano. Y fue puesto en su lugar Chimalpopoca su hijo, mozo valiente y de mucho valor y esfuerzo, y comenzó su gobierno con mucha loa y buenos sucesos.

Al quinto año del reinado de este rey Axayacatl mandó hacer un templo, que se llamó Cohuatlan y diolo al cargo de huexotzincas, para que cuidasen de su servicio, adorno y limpieza; y este año se eclipsó el sol que fue mal anuncio para esta nación mexicana, porque luego murió Totoquihuatzin, rey de Tlacupa, como queda dicho.

Por este mismo tiempo, Moquihuix, señor de Tlatelulco, cuñado de este rey Axayacatl, casado con su hermana, mandó hacer otro templo que se llamó Cohuaxolotl, para sólo engañar a los tenochcas; y de aquí comenzó a haber disensiones entre estas dos parcialidades, resucitando sus pasiones antiguas (como si no fueran todos unos mismos y de una misma sangre y familia), de donde Axayacatl quedó algo disgustado con Moquihuix, su cuñado y Moquihuix se mostró también desabrido con Axayacatl. A esto se juntó que el de Tlatelulco, no queriendo bien a su mujer, hermana de Axayacatl, no la trataba con amor, ni con aquel respeto que se debía a una hermana de tan gran rey, como era el de México.



CAPÍTULO LVI. *De la muerte de el rey Nezahualcoyotl de Tetzcuco, y nombramiento que hizo de su hijo Nezahualpilli; y cómo mandó callar su muerte, y por qué causa*



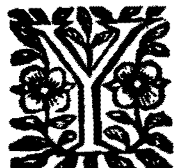
EIS AÑOS DESPUÉS DE LA ELECCIÓN de Axayacatl, rey de Mexico, llegó Nezahualcoyotl a adolecer de muerte; y estando cercano a ella mandó que trajesen a su presencia a su hijo Nezahualpilli, hijo de la señora de Tlacupa, hija del rey Totoquihuatzin, que era muchacho de poca edad. Y en presencia de muchos que estaban en la sala, donde estaba acostado, mandó llamar a su hijo mayor llamado Acapipiol (que con todos los demás sus hermanos estaba en otra sala acá fuera, aguardando la determinación de su padre el rey, para saber a quién nombraba de todos ellos por su sucesor y heredero en el reino). Entró Acapipiol y por ventura con alguna confianza de haber de ser rey, pues era el mayor de los infantes y llamado en semejante ocasión de su padre el rey; pero Nezahualcoyotl, que tenía otros intentos, cuando le vido y saludó, le habló de esta manera: Ya ves hijo, que mi vida se acaba y no me ha quedado de presente otro cuidado sino de dar rey a mis aculhuas y tetzcucanos; aquí lo tenéis presente en Nezahualpilli, al cual hago mi sucesor y heredero, y a él obedeceréis como a vuestro legítimo y natural rey; y porque aún no tiene edad suficiente para regir tan grande monarquía, me ha parecido dejártelo a tu cargo, a tu amparo y protección, para que como hermano tuyo mires por él y lo defiendas de los que quisieren ofenderle; pues tú eres mi hijo el mayor y uno de los más valerosos capitanes que he tenido, que a ser tu madre la que parió a éste, tú fueras el que me siguieras en el reino; pero pues la suerte se trocó en el parto, haz buen rostro a la fortuna y toma del tiempo lo que te ofrece y deja lo demás a cuyo es; mira, hijo, por él y no lo desampares y preséntalo a todos los otros tus hermanos y a los demás señores del reino y hazlo jurar por rey, pues por tal os lo dejo a todos. Tú y tus hermanos gozaréis de las cosas que en vida os tengo dadas; y os mando a vos, el rey (hablando con Nezahualpilli) que en todas ellas los amparéis y tratéis como a hermanos muy queridos y los favorezcáis en otras muchas cosas, acrecentándoles sus casas como a hermanos que son de rey. *Item,* os amonesto y encargo que en mi muerte no hagáis ningún sentimiento, ni lloréis, ni me solemnicéis mis exequias, porque las provincias sujetas a mi señorío no se alboroten, pareciéndoles, muerto yo que soy el que los he sujetado y mantenido en justicia, que ya quedan desobligados a Nezahualpilli que me sucede en el mando y gobierno, y no se procuren substraer y alzarle la obediencia, viéndole niño de poca experiencia; antes os alegrad y aun debéis encubrir mi muerte y fingir que vivo y cuando más no podáis encubrirla, decid que me he ido a partes secretas que no sabéis, de cuya ida no habéis entendido nada, porque esta duda los tendrá con freno para no desmandarse; y la gente de los ejércitos muéstrense muy valerosos y hagan sus entradas como si yo los capitaneara;

porque de esta manera se acobardarán los enemigos y no se atreverán a descomposición ninguna.

Esto dicho, respondió Acapipiol, con mucha humildad, a su padre el rey y obedeciendo su mandamiento tomó por la mano a Nezahualpilli su hermano y obedeciéndole por rey lo sacó a la sala, donde toda la nobleza tetzcucana con otros muchos señores de diversos pueblos y provincias estaban, y diciéndoles lo que el rey su padre le había mandado, les dijo: Veis aquí vuestro rey Nezahualpilli, a quien el rey mi señor Nezahualcoyotl ha hecho su legítimo sucesor; y manda que le obedezcamos como a su misma persona. Los que estaban presentes como lo oyeron, aunque algunos, por ser hijos, entendieron que serían ellos los que le habían de heredar y otros porque Nezahualpilli era niño, no entendieron que le dejara puesto en tal alta dignidad, quedaron algo sentidos; pero sabiendo la última resolución de el rey y que así lo afirmaba Acapipiol, su primogénito, hombre de mucho crédito y autoridad, levantáronse de sus asientos y puestos en pie dijeron: Viva el rey, y corriendo unos tras otros le dieron la obediencia y quedó jurado por su señor y rey de Acolhuacan (que es el reino tetzcucano). Hecha esta jura y recibido Nezahualpilli por rey diósele aviso a su padre Nezahualcoyotl, con que quedó consolado; pero no fue parte este contento que recibió para que luego, otro día de mañana, no muriese, cuya muerte se encubrió, por haberlo así ordenado y mandado el difunto (como dejamos dicho); y como no hay cosa de tanto secreto que por alguna parte no se trasmine luego, la muerte de este rey sonó por todo el reino, y muchos vinieron a la corte a dar el pésame de ella, la cual siempre les fue negada; y a los que preguntaban por el rey difunto se les decía que luego que hizo elección de rey se fue a partes que nunca más de él supieron; y en confirmación de esto hicieron muchas fiestas y alegrías, convirtiendo en fiestas de regocijo las obsequias de el rey muerto y celebrando con ellas la elección del nuevo rey Nezahualpilli. De aquí tomaron motivo los del común y gente popular de entender que se había trasladado de esta vida mortal a la inmortal y compañía de los dioses. Mentira necia y digna de gente que no conoce a Dios, ni se rige por sus leyes.

Dícese de este rey Nezahualcoyotl que fue muy sabio en las cosas morales y que acerca del conocimiento de los dioses dijo y decía muchas veces que no lo eran sino maderos y palos y que era risa adorarlos; pero que por no contradecir la doctrina de sus padres, sustentaba su adoración; pero mandaba que no se sacrificasen hombres, ni se derramase sangre humana, sino que los sacrificios que se hiciesen fuesen de otras cosas irracionales, así como animales del campo, aves y yerbas; sólo decía que reconocía al sol por padre y a la tierra por madre; y dicen más, que muchas veces solía amonestar a sus hijos en secreto, que no idolatrasen adorando aquellas figuras del demonio y que ya que hiciesen en público aquella adoración, fuese por sólo cumplimiento, porque era el demonio el que los engañaba en aquella figura; no pudo salir con que de todo punto cesase el sacrificio de hombres; pero mandó que ya que no podía excusarse, fuesen los habidos en guerra y esclavos (como dejamos dicho).

CAPÍTULO LVII. *Del reino de Tetzcuco que se dice haber sido, en el tiempo de su gentilidad, igual a este de Mexico*



PORQUE QUEREMOS DAR FIN A LA MONARQUÍA y reinado de Nezahualcoyotl, quiero quitar el rebozo a una ignorancia y ceguera grande que corre entre nuestros españoles, diciendo que el reino mexicano era superior a los otros reinos de esta Nueva España, haciendo inferior a él este de Tetzcuco como lo dicen Acosta y Herrera, lo cual es falso, y la pura verdad es que eran iguales cuando llegaron a esta tierra los españoles; para cuya inteligencia se ha de advertir que luego que los mexicanos y tetzcucanos vencieron a Maxtla, emperador tirano, hijo de Tezozomoc, que se había alzado con el imperio (como dejamos dicho en esta larga historia), partieron la tierra entre sí y capitularon que en las batallas, que entre los tres reyes concurriesen, partiesen los tributos con que se mostraban vasallos; pero que las que cada rey hiciese de por sí, fuesen de aquel solo rey aquellas gentes. Esto así ordenado fuéronse ayudando los unos a los otros en aquellos primeros tiempos que comenzaron a fundar sus reinos (como vamos diciendo), porque cada uno por sí era poderoso; pero después que crecieron sus señoríos, salía cada cual por su parte (conforme se le ofrecía) a hacer guerra o ya a provincias que se les rebelaban o ya otras gentes que sujetaban de nuevo; y cuando partieron la tierra y conquista de ella estos tres reyes, le cupo de parte al de Mexico toda aquella que mira desde su ciudad al oriente y vuelta de mediodía hasta casi al poniente. Y al de Tlacupa desde el poniente hasta casi el norte. Y al de Tetzcuco desde poco antes del parejo del norte hasta el oriente donde sale el sol, que partía términos con el mexicano; y por esto si concurrían los tres reyes a alguna de estas partes, aunque es verdad que todos tres conquistaban y vencían, no todos los tres se llamaban señores y reyes de aquella conquista, sino sólo aquel que por suerte le había cabido aquella parte donde se conquistaba. Y estos tributos repartían, pero no aquellos que ellos solos ganaban; que éstos reconocían por proprios y no sujetos a repartición.

Que estos reyes hayan sido iguales y no con reconocimiento de mayor ni menor (en especial el de Tetzcuco y Mexico) se prueba, porque cuando el rey de Mexico, Itzcohuatl, venció con ayuda del tetzcucano a los tepanecas y se hicieron entrambos señores de la tierra, pareciéndole a Itzcohuatl que había hecho mal en no apoderarse de todo y haber dado parte en el gobierno a su sobrino Nezahualcoyotl, quiso intentar quedar solo (si pudiese), pues ya en otro tiempo los de Tetzcuco habían estado sujetos a los mexicanos (como dejamos dicho); pero sabiendo estos intentos Nezahualcoyotl, juntó un poderoso ejército (que ya le era muy fácil esto por haber reducido muchas provincias a su obediencia, como las había tenido Techotlala su abuelo) y vino a Mexico contra Itzcohuatl y hizo hacer una rodela en la cual venía dibujado el sexo femenil de una mujer y una celada con unas

orejas de perro y representando la batalla a Itzcohuatl, no quiso salir a la guerra contra él y enviando a desafiar a los mexicanos, dijo que no quería acometerles sin prevención, porque los tenía en posesión de aquellas cosas que en su rodela y celada traía retratadas. No hicieron caso de estas palabras los mexicanos, porque no les convenía tenerlos entonces por enemigos, y disimulando su afrenta se dieron por desentendidos (que es muy de cuerdos cuando más no pueden, hacer del ladrón fiel y disimular con discreción, lo que no pueden castigar con cordura). Salieron muchos señores de los mexicanos a hacer las paces y con palabras humildes aplacaron al rey y los confederaron a entrambos y quedaron desde entonces muy confirmadas las paces y se hicieron en esta ciudad muy grandes fiestas por esta nueva liga que se hizo. Esta igualdad de señoríos confiesa el padre fray Toribio Motolinia por estas palabras: el señorío de Tetzcuco era igual al de Mexico y llegaba hasta la Mar de el Norte, donde tenía muchos pueblos y provincias que le tributaban y eran sujetas a Tetzcuco cuando los españoles entraron en esta tierra; y es así, que yo tengo en mi poder pinturas antiguas de aquel reino y en ellas señaladas quince provincias muy grandes, que cada una es un muy extendido reino y en cada provincia de éstas muchas ciudades, villas y aldeas; y si cuando entraron los españoles en la tierra hallaron que Motecuhzuma era gran señor, no al menos que lo era de toda la Nueva España, sino que como entraron por tierras conquistadas de Motecuhzuma, y ellos no reconocían otro señor, dijeron que todos eran sus vasallos; siendo la verdad que Tetzcuco tenía su señorío como Mexico, y que no había desigualdad en entrambos; esto digo porque no disuene cuando se oiga algo acerca de esto.

CAPÍTULO LVIII. *Que prosigue el reinado de Axayacatl de Mexico, y de la guerra que tuvo con los tlatelulcas, donde fue muerto su rey Moquihuix, y sujetó su reino al mexicano*



N EL PRIMER AÑO DE LA ELECCIÓN del rey Axayacatl, sexto rey de Mexico, dice que temblaron tres cerros altos en la provincia de Xuchitepec (que es en la costa de Anahuac), pronosticando aquel inusitado temblor y movimiento a los naturales de aquella tierra la sujeción en que Axayacatl los había de poner. Comenzó luego (siguiendo los hechos de su antecesor) a colar tierra por tener ya sujetas las comarcanas, y metiéndose por Anahuac venció a los cuetlachtecas y pasó a los xuchitepecas y también los venció y captivó (como tres años antes sus bailadores cerros se lo habían pronosticado), que fue el año primero de la elección de este rey (como ya hemos dicho). Vino con aquella victoria, y haciendo una grande fiesta a su celebrado dios Huitzilopuchtli, le ofreció muchos esclavos en sacrificio, en el momoztli o templo de Tlatelulco.

Tenía este rey casada una hermana con el señor de aquella parte (como dejamos dicho) el cual, como fuese soberbio y algo suelto en la vida y des-

honesto, sentíalo mucho la mujer y con el dolor de los celos fuese con la queja a su hermano. El rey Axayacatl le habló algunas veces rogándole que tratase bien a su hermana, la cual Moquihuix aborrecía, o ya por haberle causado enfado su comunicación (como a muchos casados acontece) o ya por no poder sufrir los celos que de ordinario le pedía. Ayudaba a esta mala voluntad que a su mujer tenía, la que tenía también a su hermano Axayacatl, por verle mayor señor y de mayor reino que él, y deseaba tener ocasión de venir con él a las manos para ver si le podía quitar el reino y hacerse señor de él. Para esto hizo llamar a consejo a todos los más valerosos capitanes y soldados de experiencia, para tratarles su intento y pedir parecer acerca del medio que tomaría para efectuar su voluntad. Ellos le dijeron, que para acometer tan singular empresa era necesario que fuese con mucho secreto y que se aliase con los más pueblos que pudiese y que de esta manera le podría acometer de improviso y descuidadamente. Parecióle bien el consejo y púsolo en ejecución.

La señora mexicana, aunque era su mujer y tenía cuatro hijos de él, como estaba sentida del mal trato que con ella tenía, tiróle más la patria y sangre de hermano que la que en sus entrañas había concebido de Moquihuix; y sabiendo lo que se trataba entre los tlatelulcas avisólo a su hermano. Con este aviso comenzó Axayacatl a vivir con cuidado y prevención; y Moquihuix, pensando que su hecho estaba muy secreto, envió a muchos señores y reyes (que le pareció que le ayudarían contra el mexicano) a pedirles favor. Quísose aliar con los de Tlacupa y Tetzcuco, los cuales no le acudieron; pero otros aceptaron su embajada y le dieron palabra de ayudarle, que fueron los de los pueblos de Chalco, Xilotepec, Tultitlan, Tenayucan, Mexicatzinco, Huitzilopuchco, Xuchimilco, Cuitlahuac y Mizquic, los cuales le enviaron a decir que ellos lo tomaban a su cargo y que cuando comenzase la guerra saldrían al través, a cogerles las espaldas y que de esta manera le prometían su ayuda. Mas los de Quauchpanco, Metlatzinco y Huexotzinco, que eran enemigos de los mexicanos, luego enviaron palabra de venir en su ayuda al mismo pueblo. También fueron convidados los de Colhuacan, a todos los cuales envió Moquihuix muchos y muy ricos y preciados presentes de rodelas y otras armas muy bien labradas. Llegó la pasión de Moquihuix a término que obligó a su mujer a que se le fuese de casa y se entrase por las puertas de las de su hermano el rey con sus cuatro hijos, de que los tlatelulcas se mostraron en grande manera agraviados, y con el pesar de este hecho ya no se trataban con los mexicanos con el amor que solía; antes cuando los encontraban en partes que a su salvo pudiesen, los trataban muy mal y los mataban si podían; y de palabra se injuriaban unos a otros, en especial las mujeres, cuya lengua es más feroz y cruel, cuando la pasión y ira la gobierna y rige. Y esto encendía más el fuego de la una y otra parte y se apercibían a mayor y más rigurosa venganza.

Hecha ya (pues) esta prevención por el rey, y requeridos los aliados, volvió otra vez el rey a juntar sus consejeros y mayores de su pueblo, en los cuales tenía puesta la fuerza de su confianza, y renovándoles la memoria del caso, les dijo que aunque su ánimo y valor le aseguraban de que po-

niendo mano en la guerra, saldrían con ella; con todo recelaba no acobardasen algunos, viendo que se hacía contra su propia sangre. Entonces se levantó un anciano sacerdote, llamado Poyahuitl, y en nombre de todos dijo que acudirían a darle su ayuda como a señor, y que morirían en ella sin mostrar pelo de cobardía; y que para mayor firmeza de lo prometido serían los primeros que acometerían al enemigo; y que para ver el fin que esta guerra podía tener, quería hacer las ceremonias que en tales actos se acostumbraban y tomar un brebaje que solían entonces. Moquihuix agradeció su buena determinación y ofrecimiento, y mandó que se lavase la piedra donde se hacían los sacrificios y que de las lavazas que corriesen se ordenase el bebedizo de aquel agüero (porque con ella se hacía y conficionaba). Hecha la bebida fuese repartiendo por orden por todos los capitanes y soldados, comenzando desde el mismo rey; y dicen que después de haber bebido este diabólico brebaje se encendieron tanto en coraje y ánimo que desde entonces les parecía ya largo el tiempo que corría sin poner en ejecución lo determinado. Este hecho fue luego sabido por Axayacatl, porque de los mismos que a él asistieron hubo quien se lo dijo y cómo habían jurado de asolar a los mexicanos y raer de la memoria el nombre de los tenuchcas, que tanto hasta entonces se gloriaban de invencibles mexicanos. Esto no supo Moquihuix; y creyendo que el caso estaba muy secreto, llevó a todos los más que pudo de los suyos a un cerrillo que está junto de Nuestra Señora de Guadalupe, llamado Zacahuitzyo (fingiendo ir a otra cosa) y hizo un solemne sacrificio y ratificó en él los corazones de sus capitanes y muchos de sus aliados y confederados y determinaron el tiempo y nombraron el día que había de ser a los ochenta venideros. Determinóse también que se pasasen los días aciagos intermedios, porque sin azar ninguno se consiguiese la victoria.

Esto quedó en este punto y las cosas se fueron disponiendo y a los diez días del mes Tecuilhuitl (que era el postrero del año de los mexicanos) fueron muertos los cautivos que representaban la figura de los dioses Chanticon y Cohuaxolotl y les ayunaron su celebración y muerte y cantaron sus funestos cantos. Apercibió a los aliados y envióles a decir que él quería hacer el primer acometimiento y que después acudiesen ellos y que todos juntos arremeterían y les sería fácil asaltar la ciudad y vencer sus moradores. El gobernador u cacique de Culhuacan (que era hombre poderoso y de mucha gente) le dijo que no se moviese de su casa, sino que estuviese apercibido con su gente y que él con la suya acometería a los mexicanos y que luego haría demostración de que huía para que los siguiesen y que cuando estuviesen fuera él saliese con los suyos, tomándoles las espaldas y que puestos enmedio darían fin de ellos. Este consejo no debió de parecerle bien a Moquihuix; y aunque lo oyó, no lo puso en ejecución (que si lo hiciera no parece malo sino muy bueno). Con esto se despidieron y todos los de la laguna, que ayudaban a Moquihuix, se pusieron en arma para hacer lo concertado. Hizo llamar un día antes de darla a la nobleza de su pueblo y dioles armas a todos muy galanas y a otros señores convecinos que ya habían entrado de secreto en la ciudad, estando otros muchos a

la mira para ayudarles cuando los viesen envueltos con los enemigos. Hecho esto se fueron al templo de Huitzilopuchtli y volvieron a hacer la ceremonia idolátrica del itzpactli (que es la bebida pasada conficionada con muchas diabólicas ceremonias) y hecha una muy profunda humillación al ídolo le pidieron favor contra sus enemigos y pasaron por delante de él en grande orden y concierto (como los nuestros suelen hacer su alarde); salieron del templo, ya muy tarde, a tiempo que la gente del mercado era mucha (porque como ya hemos dicho, el de Tlatelulco era el general de esta ciudad). Aquí hicieron una entrada los mexicanos este día y mataron algunos forasteros, escapándoseles muchos por los pies. A este alboroto acudieron los tlatelulcas y comenzaron a herir en ellos hasta que los retiraron a su pueblo, y en la refriega quedaron muertas muchas mujeres, que como más atrevidas debían de hablar con la libertad que suelen, y de los hombres cautivaron los que pudieron y los llevaron al templo de Tlillan a sacrificar al demonio cuyo era.

Dicen de este mal rey que era tan vicioso que este día (con los otros antes) se entraba en los recogimientos de las mujeres y que a las que mejor le parecían, de las que servían de tejer los ornamentos y vestiduras de la diosa Chanticon, las violaba, con que causó grandísimo escándalo en la república. Y no contento este hombre bestial de cometer este escandaloso pecado hizo también traición a muchos de sus mayordomos y capitanes, de que todos estaban muy sentidos y aun con ánimo más de matarle que de matar a su enemigo; y esto tuvieron los tlatelulcas por muy grande azar y sin haber peleado ya se tenían por vencidos. Pero Moquihuix, que nada de esto le acobardaba, hizo poner su gente en orden para dar la batalla, y comenzóla no guardando el orden dado, pareciéndole que solo bastaba para cantar la victoria.

Había ordenado a esta sazón el mexicano una gran fiesta y venían gentes suyas y otras del reino de Tetzcuco con muchas cosas de aderezo para su celebración, y llegando aquí los mataron los tlatelulcas. Ya a estas horas se iba poniendo el sol y al mismo punto salieron cuatro mujeres hechiceras y brujas, vestidas muy galanamente, las cuales se llamaban cihuatehuitl, con unas escobas de popote, que son troncos de yerba muy delgados y iban bailando con ellas. Estas pajas todas habían pasado por la lengua estas mujeres y sacádose sangre con ellas a manera de penitencia que habían hecho en el templo de su dios Huitzilopuchtli y en el de Tlillan, y pasando por las puertas de los mexicanos quemaron sus escobas, como significando en esto que así habían de ser quemados otro día. Salieron con éstas otras cuatro mujeres (de las que solía haber de amores), y iban dando voces y diciendo: mexicanos, ahora no ha de quedar cosa de vosotros, porque nuestro rey Moquihuix os ha de asolar y acabar a todos, y esto ha de ser antes que comamos, y a pura navaja y pedernal os hemos de cortar los cuerpos en muy menudas tajadas. A lo cual los mexicanos callaban, porque aunque eran animosos no sabían esto que pasaba, ni el fin de este suceso. Comenzáronse a inquietar los tlatelulcas esta noche y luego al amanecer empezaron a escaramuzar, haciendo acometimientos. Los mexicanos

lo estorbaban y con la mayor fuerza que podían se lo impedían, pero viendo que el ímpetu del enemigo era soberbio y que la cosa iba de veras, comenzaron con coraje los mexicanos a tomar sus armas. Subióse Moquihuix en lo más alto de su templo y comenzó a animar su gente para que les entrasen de golpe a los mexicanos. Pero Axayacatl, que supo la ejecución de la guerra, salió con los suyos al encuentro y comenzaron a herirse unos a otros como mortales enemigos. Ya Xiloman, señor de Culhuacan, había venido con su gente al puesto de Acachinantitlan, donde era el concierto que se pusiese para acometer y hacer luego su retirada, para que Moquihuix con los que tenía en su pueblo los siguiese; pero supo que quebrando el orden había hecho el acometimiento primero, de que quedó corrido y enojado, y con este enojo que cobró no quiso llegarse a la ciudad; antes se retiró con ira y mandó a su gente que cerrase las acequias para que no pasasen canoas al socorro. Súpolo Axayacatl y mandó a sus mexicanos que las abriesen y así se hizo y entraron los de la redonda de la ciudad a ayudarle, como los tenía concertados y prevenidos. Fue la batalla este día muy reñida entre estos dos pueblos; pero no se reconoció ventaja más de la una parte que de la otra; y así se dividieron y apartaron, porque los dividió y apartó la noche. Los de los barrios contiguos de Tlatelulco, que eran mexicanos, viendo que no habían tenido suerte ninguna buena aquel día contra sus enemigos quemaron sus casas y las desampararon; pero al despartirse cogieron los tlatelulcas veinte mexicanos, los cuales aquella noche sacrificaron al demonio. Esta noche es de creer que la pasarían los dos reyes cuidadosamente, previniendo cada cual las cosas necesarias para el día siguiente. El cual venido, cada uno de los dos se pusieron en sus lugares para animarlos y esforzarlos a la batalla; y prevenido todo y hecha la señal comenzaron los tlatelulcas su combate y los mexicanos a defenderse, lo cual duró por un rato; pero como el tlatelulca tenía menos gente, por habérsele ido el de Culhuacan y otros muchos pueblos aliados con él, y al mexicano le hubiese entrado mucho socorro, comenzaron a venir sobre sus enemigos con tanto ímpetu, que ya no sólo trataban de defender sus casas sino también entrárseles a los contrarios por las suyas. Duró algunas horas el ímpetu de la batalla; pero al encumbrarse el sol por el cielo comenzó a reconocer la gente de Mexico que hacían ventaja a los de Tlatelulco y con esto fue grande el esfuerzo que cobraron. Axayacatl, que no ignoraba la ventaja de los suyos y conoció la ruina y flaqueza de los contrarios, envió gentes por las calzadas que entran en esta parte de Tlatelulco y tomóles los caminos. Puso a un valeroso capitán, llamado Atzacualco en la punta de la albarrada con gente. La calzada de Guadalupe dio a Cahualtzin y estotra parte de Quepupan encomendó a otros valerosos capitanes y los de más cuenta fueron Ahuitzol y Tizoc, sus hermanos, que después fueron reyes y a otros llamados Tlilpotoncatzin, Xippilli, Totomotzin, Tzontemoctzin, Tenamatzin y otros muchos, tan nobles en sangre como valerosos en sus personas; y esto hizo porque como por aquella parte eran vecinos pudieran entrárseles por ella los enemigos y ganarles la ciudad. Comenzaron con este nuevo orden a acometerse los unos a los otros, con mucho y más

nuevo ánimo; pero como los tlatelulcas estaban cercados y acudían a todas partes, a ninguna era con fuerza por tenerla dividida y apartada.

No bastaban las voces de Moquihuix a dar ánimo a sus soldados, antes parece que con ellas se desanimaban para pelear y cobraban ánimo para indignarse contra él por haberles hecho tomar armas contra los mexicanos, con los cuales tenían amistad y estaban contentos, y viéndose tan apretados comenzaron todos a desmayar y otros a huir, y los que no podían por tierra se metieron por el agua entre los tulares y cañizos, por defender en ellos las vidas. Llegaron de tropel los mexicanos con otros pueblos de la laguna que los socorrieron, y acometieron a la gente que estaba al derredor de el templo guardando la persona de su rey, y dando sobre ellos los desbarataron. Muchos de los propios tlatelulcas que se veían morir y acabar sin remedio y oían las voces de Moquihuix que los animaba, le decían: bujarrón, afeminado, baja acá y toma las armas, que no es de hombres estar mirando en la guerra a los que pelean, y si no nosotros subiremos allá a derribarte del templo por habernos metido en guerra que jamás quisimos; fueron subiendo mexicanos a lo alto del templo y uno de ellos llamado Quetzalhua, se llegó a él (que estaba peleando y defendiéndose valerosamente) y lo arrojó de las gradas abajo, por donde vino rodando y llegó al suelo casi muerto. De allí lo llevaron a la presencia de el rey mexicano, el cual él mismo le abrió el pecho y le sacó el corazón en el barrio de Copolco, que está vecino de Tlatelulco, aunque cuando llegó a sus manos iba ya muerto del golpe grande que dio cuando cayó del templo. Entraron en esta sazón los pueblos de Xuchimilco, Cuitlahuac, Mizquic, Mexicatzinco y Huitzilopuchco, a ver lo que pasaba; pero ya era muerto el rey y cuasi acabada la batalla y los tlatelulcas puestos en huida; y así se volvieron a sus casas, sin ayudar a los unos ni los otros. Quedaron vencidos los tlatelulcas y muertos en la batalla cuatrocientos y sesenta, entre los cuales murieron muchos capitanes de valor y esfuerzo y también de los mexicanos otros; aunque con haber alcanzado victoria no sintieron la pérdida de su gente. Esta guerra pasó así, y por las causas dichas, y no porque se le habían rebelado los tlatelulcas al mexicano, como dice Acosta; pues por lo dicho en esta larga historia dejamos probado tener rey los unos como lo tenían los otros y ser repúblicas de por sí cada una, ni tampoco prendió al rey Tlatelulcate el mexicano, sino que ya muerto le sacó el corazón, como ya dejamos dicho.

Aquí dicen algunos, que los que se metieron en las aguas de la laguna se pusieron en traje de unos pájaros que llaman yacacim, y que después de rendida la gente y apoderándose los mexicanos de los tlatelulcas los sacaron del agua, y por escarnecer y burlar de ellos les hacían graznar como aquellos pájaros yacacimes, cuya figura ellos tomaron; y de aquí nació llamarles de presente yacacimes (de que se corren grandemente y aun dicen palabras muy pesadas en retorno porque nace el nombre de un tan afrentoso caso). Aquí feneció el reinado de Tlatelulco y nunca más tuvo rey y fue después gobernado por gobernadores nombrados por los reyes mexicanos, aunque siempre eran de los del mismo pueblo.

Sosegada la gente y entregada por tributaria de Axayacatl, hicieron justicia pública en el mercado de el dicho barrio de Tlatelulco de Ehecatzitzimitl y Poyahuitl por haber sido sospechosos en la sedición y alboroto de esta guerra, y fueron muertos con ellos otros muchos de muy grande valor y esfuerzo. A poco tiempo después mataron a Xiloman, señor de Culhuacan, que se había aliado con el tlatelulca y otros veinte de sus capitanes. También murieron de los gobernadores de Cuitlahuac, Cihuanenemitl y Tlatolatl, y otro día adelante mataron a Quauhyacatl de Huitzilopochco; y con estas muertes y guerra quedó por entonces pacífica esta ciudad y los tlatelulcas reconocían por señor a Axayacatl, el cual vengó bien sus afrentas y la de su hermana, mujer que había sido de Moquihuix, cuyo nombre entre los tlatelulcas hasta hoy día es como el de Tarquino en Roma, que no le nombran ni le cuentan entre sus reyes y con razón, pues fue tan ruin y malo y que tanta afrenta les causó a estas gentes, que vivían contentos y honrados con el gobierno del rey como lo tenían los mexicanos.

CAPÍTULO LIX. *De cómo el rey Nezahualpilli de Tetzcuco hizo palacios en que vivir y el de Mexico Axayacatl prosigue los hechos y guerras comenzadas, con ayuda de los dos reyes tepaneco y tetzcucano; y se dice la muerte de el señor de Xuchimilco y la causa de ella y de la de este dicho rey Axayacatl*



EZAHUALPILLI QUEDÓ NIÑO DE POCA EDAD cuando murió su padre Nezahualcoyotl, y por esta causa no se dicen cosas que hubiese en su reinado en estos primeros años que lo tuvo, aunque se afirma que muchos de sus hermanos, sentidos de verle rey y no ellos asimismo reyes, anduvieron buscando orden y traza para darle la muerte; y esto trataban en secreto con los de la provincia de Chalco, por ser fáciles para cualquier traición; y aunque le ordenaron muchas, jamás consiguieron su mal intento. Y luego que se vido rey, trató con los de su reino de hacer casa en que viviese, a imitación de su padre, que cuando entró en el reino las hizo de mucha y muy grande majestad para su morada; comenzáronse muy apriesa y acabáronse con mucha brevedad donde se pasó. A cuya estrena hizo muy grandes fiestas, en las cuales le dejamos por volver a las cosas del reinado de Axayacatl, el cual debía de tener alguna mala voluntad a Xihuitlemoc, señor de la ciudad de Xuchimilco (por ventura, porque no vino a tiempo de poderle ayudar en la guerra que tuvo contra los tlatelulcas) y con ella andaba buscando traza cómo matarle y ordenóle la muerte de esta manera: habiendo venido este señor a esta corte mexicana díjole el rey que jugasen a la pelota (porque fue este juego muy usado entre estos indios), lo cual Xihuitlemoc rehusó todo lo posible, porque concibió algún daño que de él le podía resultar; porque era grande jugador y si ganaba dejaba afrentado al rey y si se hacía perdidizo se podía presumir que lo ultrajaba

y hacía burla de él; pero aunque consideró todo esto y vencido de sus recelos no quisiera entrar en el juego, fue más fuerte y eficaz el mandamiento real y voluntad de Axayacatl, con que lo compelió a que lo aceptase. Hízolo así, y Axayacatl puso por precio las rentas del año presente y unos pueblos de la laguna y a Xuchimilcatl, su ciudad. Comenzaron su juego y desde luego se fue conociendo la ventaja que Xihuitlemoc hacía al rey; y en conclusión le ganó las rayas, dejando con muy pocas al rey, de que no quedó muy gustoso, que no sentía tanto perder sus rentas, cuanto el crédito y opinión de jugador, porque se preciaba de serlo; y después de acabado el juego, dijo Axayacatl: Xihuitlemoc es por este año rey, de que se mostraron muy sentidos los mexicanos; pero Xihuitlemoc que era muy sagaz y discreto, dijo: señor, vos sois mi rey siempre, y el haber ganado no han sido las rentas reales sino favores de haberme dejado ganar mi rey; y de cualquier manera es vuestra la ciudad de Xuchimilco que yo tengo en tenencia; pero el rey, que estaba escocido con la pérdida, no admitió el buen comedimiento, y le dijo: yo he perdido y como hombre que perdió debo la paga; tomad todo lo que aposté y llevadlo a vuestra casa y haced de la plaza y laguna lo que quisiereis. Esto fue sobre malicia, porque luego lo despidió y se entró en su palacio, y hizo llamar a los que tenían cargo de la república, y les dijo: Xihuitlemoc me tiene ganada la plaza y laguna, y como a señor de ello acudid de aquí adelante a lo que os mandare. No sintieron bien estos señores de esta razón; y pareciéndoles que dejar a su rey por el vasallo no era lícito, le dijeron que no le diese cuidado nada, que ellos acudirían a lo que viesen que más convenía; saliéronse de palacio y diéronse tal maña que se concertaron en la misma ciudad de Xuchimilco con la gente de una parcialidad, y en un convite que hicieron a Xihuitlemoc, echándole un sartal de rosas al cuello le ahogaron, y maltrataron con él a todas las que pudieron de sus gentes; y con esto quedó libre el rey Axayacatl de la deuda que había quedado debiendo al xuchimilcatl Xihuitlemoc. Y este caso está pintado en la cabecera de Tepetenchin, como se refiere y se atribuye esta traición a los de la de Tecpan, y así son, hasta ahora, grandes contrarios los unos de los otros.

En estos mismos tiempos Axayacatl, rey de Mexico, siguiendo la milicia y cebado en las victorias que de todos alcanzaba, fue contra la provincia matlatzinca acompañado de este dicho rey Nezahualpilli; porque la alianza hecha con su padre pasó adelante; y llevó consigo al de Tlacupa y los vencieron; y sacando mucha gente de sus pueblos los hizo venir a poblar al estalage que ahora se llama Xalatlauhco. Fueron contra los de Tzinacantepec y los vencieron. Al sexto año del reinado de este rey tembló la tierra y fue tan recio el temblor que no sólo se cayeron muchas casas, pero los montes y sierras en muchas partes se desmoronaron y deshicieron. Después de este espantoso terremoto venció a los ocuiltecas, y luego a los de Malacatepec y Coatepec. Hizo guerra a los chichimecas o otomíes de la provincia de Xiquipilco, cuyo señor se llamaba Tlilcuetzpalin y enmedio de la batalla quiso señalarse Axayacatl, y Tlilcuetzpalin le acometió con grande ánimo y le dio un golpe en un muslo de que quedó herido; acudieron luego

otros dos otomíes a ayudar a su señor, llamados Itzcuicuani y Tlamaca, y cargando sobre él hiriéronlo cruelmente, y aunque hizo mucho en defenderse eran muy valientes los contrarios y así lo derribaron. Dejáronlo los soldados de quien más confiaba y huyeron; pero los mozos, que vieron a su rey caído, llegaron con mucha ligereza a socorrerle, y fue a coyuntura que ya le tenían rendido y casi para matar. Libráronlo y lleváronlo a curar; y estando herido el rey en la parte dicha (de que quedó cojo para siempre), venció la batalla. Un año después hubo un eclipse de sol. Hizo señor de Xalatlauhco a Mozauhqui, pagándole con esto los buenos servicios que al imperio había hecho en las guerras en que tan valientemente había probado. Cautivó de los xiquipilcas once mil y sesenta y fueron muertos de los mexicanos ciento y seis. Volvió con esta gran victoria, y después que sanó de la herida del muslo hizo junta de muchos señores y principales, así del reino de Tetzcuco como del de Tlacupa y todas las demás provincias comarcanas, y en un gran convite que les hizo fueron muertos Tlilcuetzpalin, señor de Xiquipilco (que fue el que lo hirió) y con él murieron juntamente los otros dos capitanes que le ayudaron; y esto fue a vista de las mujeres de Axayacatl, que quiso el rey que fuese así para mostrar su mayor grandeza; quedóle desde entonces aquella provincia tributaria.

Volvieron a hacer guerra a los matlatzincas, y fue a Toluca y a Tlacotepec que está junto de este pueblo, y prendió, por su persona, dos valerosos soldados con sus mujeres y hijos; aunque en esta guerra murieron muchos mexicanos y aculhuas. A este tiempo mataron a ciertos mercaderes mexicanos y tetzcucanos los de la provincia de Tochpan, y fueron contra ellos y los volvieron a sujetar al imperio. Rebeláronse también, por este tiempo, los de Tototlan y mataron unos mercaderes mexicanos y envió contra ellos y los venció y mató a todos sin dejar a ninguno a vida. Otras muchas empresas hizo de que alcanzó grandes victorias; y siempre siendo él el primero que guiaba su gente y acometía a sus enemigos, por donde ganó nombre de gran capitán y muy valiente soldado; y no se contentó con rendir a los extraños sino que a los suyos rebeldes les puso freno, ¡cosa que sus pasados no habían podido ni osado! Y como la muerte viene a los hombres cuando menos lo aguardan, llegó a este príncipe tan venturoso y fuéralo todo lo imaginable si en las cosas del alma hubiera tenido la dicha que en las de su reino; pero como idólatra que era murió en el servicio del demonio; y así acabó su memoria con el estrépito y ruido que fenecen las cosas caducas y perecederas de la vida.



CAPÍTULO LX. *De la elección del rey Tizoc, séptimo rey mexicano, y de cosas sucedidas en su tiempo*



IZOC, SÉPTIMO REY MEXICANO, fue hermano mayor de Axayacatl (como ya dijimos), pero fue puesto en el gobierno primero, por lo que dejó dicho Motecuhzuma cuando murió. Muerto pues Axayacatl, rey poderoso y de mucho valor, entraron los mexicanos en elección y salió con todos los votos electo Tizoc, que era capitán general de los ejércitos mexicanos. En este oficio entró Ahuitzotl, su hermano. Fue coronado el rey con la solemnidad que sus antecesores y comenzó a regir y gobernar su república como rey de ella. Acosta dice[1] que en su elección le horadaron la nariz y que por gala le pusieron allí una esmeralda y que ésta es la causa porque en los libros de los mexicanos se denota este rey por la nariz horadada. Esto no tiene apariencia, porque antes que fuera rey se llamaba Tizoc (que quiere decir agujereado o ensartado), y la pintura que denota este nombre en sus libros es una pierna pasada con una flecha por la pantorrilla; y esto he visto en cuantas pinturas hay suyas; y si porque le horadaron las narices se llamó de este nombre, también se pudieran llamar así todos los señores, porque ninguno hubo en la gentilidad de estos indios que no las tuviese horadadas; y las orejas también, y de ellas colgaban joyas de oro y otras piedras ricas y de valor.

Este rey no debió de ser de tanto ánimo como sus pasados (aunque tuvo guerra con los de Tlacotepec y los venció), y así hizo junta de sus consejeros y otras gentes principales, y les dijo: ya sabéis el esfuerzo de los huexotzincas, y que han ayudado en veces al imperio mexicano a vencer y sujetar las provincias de Tzapotitlan y todas sus tierras; y dijeron que no contentos con aquellos vencimientos habían de entrar por todas las tierras de Anahuac. Podrá ser que se nos alcen con ellas y por esta causa conviene que les quitemos la ocasión de las manos; y pues tan buenos hermanos nos han sido, es razón que los tratemos con respeto y amor y no con imperio y señorío; y así me parece que les demos casa y asiento en nuestra corte. Parecióles bien a los presentes y así se hizo; y puede ser que los pretendiese dejar por tener guerras ayudando ellos, de las cuales nacía aprovecharse de orejeras y tezacates y otras preseas ricas, y estimaban en tanto la valentía de los huexotzincas que a ningún soldado daban insignias de valiente que no hubiese hecho presa en ellos.



[1] Acosta. 1.

CAPÍTULO LXI. *De cómo el rey Nezahualpilli de Tetzcuco hizo guerra a los huexotzincas, y las cosas notables que en ella hubo*

EL PRIMER AÑO DEL REINADO DE TIZOC y al octavo de el de Nezahualpilli de Tetzcuco quisieron los huexotzincas matar por traición al tetzcucano, solicitados de sus hermanos que siempre le querían mal por verle rey y tan mozo; pero Nezahualpilli, que lo supo, juntó un poderoso ejército y fue contra ellos. Lo cual sabido por los huexotzincas apercibiéronse para aguardarle. El señor de Huexotzinco, que sabía que si mataba al rey tenía muy cierta una muy grande promesa, comenzó a inquirir y saber la insignia que llevaba para que siendo conocido pudiese echar la mayor fuerza de la gente sobre él y matarlo; y aunque hizo esta inquisición muy secretamente no lo fue tanto que el rey Nezahualpilli no lo supiese, y el día de la batalla llamó a un capitán esforzado suyo, y díjole que trocasen las armas porque convenía a su honor y crédito de su reino hacerlo así, y las trocaron; y así desconocido y disfrazado el rey entró en la batalla. El huexotzincatl, que traía pintadas sus armas, viendo en la batalla al capitán vestido con ellas, pensando que era Nezahualpilli, fuese a él y hizo señal a los suyos que le acometiesen, porque muerto él fácilmente concluiría la guerra. Ellos con la noticia que tenían de su divisa, y creyendo ser el rey, cerraron con él, con tanto ímpetu, que en muy breve rato le mataron y despedazaron y el que alcanzaba un adarme de carne de su cuerpo le parecía que iba bienaventurado. Pero el famoso rey, que con las armas de su capitán iba disfrazado, siempre buscaba ocasión de acometer al huexotzincatl, y en ésta, que todos cargaron sobre el cuerpo de su capitán, arremetió a él y comenzóse entre ambos una muy rigurosa y reñida batalla, y fue tanto el ánimo que tomaron los huexotzincas, entendiendo que tenían ya muerto al rey, que hicieron retirar mucha de la gente del ejército tetzcucano, y como se retiraron dejaron al rey desamparado riñendo con su enemigo, el cual no quiso dejar la pelea aunque veía que estaba puesto a muy grande riesgo de su vida por estar apartado y desfavorecido de los suyos; y viéndose en tan conocido peligro arremetió a él y dio con él en el suelo. Los huexotzincas, que vieron caído a su señor, fueron a favorecerle; pero Nezahualpilli, que estaba encima, como vido venir la gente y con las macanas levantadas para herirle, levantó el cuerpo de su contrario y diole un vuelco dejándose caer él debajo para que las macanas, si hiciesen golpe, fuese en el huexotzincatl y no en él hasta tanto que le matase, porque ya él se tenía por muerto y quería que pues moría en la guerra no quedase vivo su contrario; y aunque usó de aquella astucia no le valió para que no le alcanzase un golpe en una pierna, de que quedó cojo.

Conocieron los huexotzincas que era Nezahualpilli el que su señor tenía debajo, y fue tanta la ventura de este rey que, con estar cercado de enemi-

gos y cargado de muchos golpes de ellos, no le mataron; y antes haciendo campo detuvieron la gente para que no llegase sin decir la causa por qué lo hacían; porque quisieron haberle vivo a las manos para preciarse (por ventura) de haber cautivado un tan valeroso y esforzado rey. A ésta sazón vieron los tetzcucanos cómo les faltaba su rey y como leones rabiosos revolvieron contra los enemigos y haciéndolos huir llegaron donde los dos estaban caídos y con su ayuda se desasió de él y volviendo a ponerse encima le quitó la vida, cortándole la cabeza. Muerto este capitán y señor desampararon el campo los soldados y quedó por los tetzcucanos, los cuales entraron la ciudad y la saquearon y mataron mucha de su gente. Y con este hecho se volvió victorioso a la ciudad de Tetzcuco con muchos cautivos que cautivó en la guerra, aunque herido en una pierna; y en memoria de esta gran victoria se hicieron muchas y muy grandes fiestas y un muy gran cercado, y le dio tanta largura cuanto el espacio de tierra que era lo que cogía la gente de el campo enemigo, cuando estuvo caído en el suelo con su contrario; el cual dicho cercado, hoy día se ve en la parte de Tetzcuco, que es saliendo hacia Cohuatlichan y tiene el mismo nombre del día que sucedió la victoria.

CAPÍTULO LXII. *De el casamiento que hizo Nezahualpilli con una señora mexicana, sobrina de el rey Tizoc de Mexico; y de la muerte de este dicho rey mexicano, que fue muerto con hechizos*



OMO YA ESTOS REYES INDIANOS habían hecho costumbre de tener muchas mujeres y legitimar al hijo que los había de suceder en el estado, siendo de la mujer más noble de las que por mujeres tenía, éstos de Tetzcuco tenían por la mayor y de más merecimiento la que recibían de la casta mexicana. Por esto, aunque Nezahualpilli tenía algunas hijas de señores y gente principal, pidió mujer en Mexico, que fue una doncella hija de Tzotzocatzin, señor de las casas de Aticpac y sobrina del rey Tizoc. Hízose el casamiento y para celebrar las bodas juntóse en Tetzcuco lo más lucido y granado de los tres reinos. Esta señora tenía una hermana menor que era llamada Xocotzincatzin, las cuales dos se querían mucho; por esto pidió la reina a su padre le hiciese merced de darle a su hermana para que en su palacio la hiciese compañía. Otorgósela el padre, y el rey Nezahualpilli recibió de ello muy gran placer. Era esta doncella Xocotzincatzin muy hermosa y de muchas y muy buenas gracias naturales, por lo cual se agradó el rey de ella tanto que la pidió a sus padres también por mujer. Diéronsela, y dicen que fueron estas bodas las más celebradas de toda la Nueva España. Entraron estas dos hermanas en el número de sus muchas mujeres, y la mayor se hizo preñada y parió un niño al cual pusieron por nombre Cacama, que fue el que después de la muerte de su

padre fue levantado por rey y le dio garrote Cortés en las casas de Motecuhzuma (como decimos en el libro de la conquista).

Fue Xocotzincatzin tan bien afortunada, que la amó Nezahualpilli más que a todas las demás mujeres; que fue con él esta señora como la hija del rey Faraón con el rey Salomón del pueblo de Israel.[1] Tuvo de ella copiosa generación, cuyo primogénito se llamó Huexotzincatzin y luego le nacieron cuatro hijas y tras ellas Cohuanacochtzin (que fue rey después de la muerte de Cacama y el que Fernando Cortés ahorcó con el rey de Mexico Quauhtemoc yendo a las Higueras) y nacióle otro, llamado Ixtlilxuchitl (que fue el que se hizo de la parte de Cortés en la conquista, como allí decimos). Con estos casamientos y partos de estas sus dos mujeres vivía Nezahualpilli muy contento y acudía a las cosas de su gobierno con grandísima prudencia; porque dicen de él que les hizo ventaja a todos los reyes de la Nueva España en saber y gobierno, porque era muy entendido en muchas de las cosas naturales.

A esta sazón que el tetzcucano gozaba su buena suerte y la compañía de sus queridas mujeres y hijas, andaban otros en el reino mexicano disgustados con su rey Tizoc y así le ordenaron la muerte, que no fue natural sino violenta. Acosta dice,[2] que sus gentes le notaron de poco belicoso y de cobarde; y descontentos los mexicanos de tener rey poco animoso y poco guerrero trataron de darle fin con ponzoña, y que por esto no duró en su reino más que cuatro años. Esto que el padre Acosta dice es fuerza decir que así lo halló escrito en su relación, pero mal entendida del que se la dio. La verdad es que al tercero año de su reinado le ordenó la muerte Techotlala, señor del pueblo de Itztapalapan, por alguna pasión que con él debía de tener o por otra cosa oculta y secreta de pesadumbre que con él tuviese (porque la historia no dice la causa), y fue de esta manera: habiéndose determinado de matarle, y no atreviéndose a fiar de ninguno de los de su pueblo para matarle, envió con mucho secreto al de Tlachco, veinte y cinco leguas de él, al señor de aquella provincia llamado Maxtlato, pidiéndole que le enviase de las mujeres brujas y hechiceras (que las había en gran número en la tierra caliente en aquel tiempo y ahora no faltan algunas) para que matasen muy de secreto y ocultamente al rey Tizoc de Mexico. Maxtlato que lo oyó, y debía de ser mal intencionado o debía de estar agraviado de los reyes de Mexico, luego al punto envió dos o tres, o las que más le pareció que para aquel menester eran necesarias; las cuales secretamente entraron en Mexico, y aguardando ocasión la hallaron, saliendo una vez el rey Tizoc de su casa donde hicieron sus hechizos, con los cuales el rey volvió a su palacio echando sangre por la boca, de que luego murió. Conocieron los mexicanos la muerte de su rey ser violenta y hecha por magos o encantadores; y con el dolor y sentimiento que les causó el atrevido hecho buscaron con suma diligencia los malhechores; y como no hay cosa tan secreta que por alguna parte no se trasluzca dieron con las hechiceras, las cuales sin mucho tormento (como al fin mujeres)

[1] 3. Reg. 12.
[2] Acosta. lib. 7. de Nat. Histor. c. 17.

confesaron de plano haber venido por orden de su señor Maxtla y que Maxtla había sido solicitado y persuadido de Techotlalla, señor de Itztapalapan. Hecha la pesquisa y averiguación y sabiendo ser así, como las magas lo habían dicho, fueron todos justiciados públicamente con muerte digna de tan grande atrevimiento.

De aquí se colige claramente no haber sido sabidor ni participante el común de esta república en esta muerte, que a serlo no justiciaran a los malhechores, antes lo callaran y fingieran haber sido algún accidente con que excusaran el caso; pues no hay muerte que no tenga algún achaque, según la opinión de los hombres; y pienso y tengo por muy averiguado que aunque no fuera este rey tan animoso y valiente como sus antepasados lo toleraran estos mexicanos, por ser muy amigos de servir y honrar a sus señores y reyes; y sabemos, por muy larga experiencia que el mundo tiene de esto, que muchos reyes ha habido en él que han sido muy afeminados y poco briosos y no por eso les han quitado la vida sus vasallos, sino que han pasado el curso de ella hasta que la muerte los ha librado de esta carga; porque ni todos los hombres son valientes ni todos cobardes y poco animosos. De manera que aunque Tizoc no debía de ser de mucho corazón, ni muy esparcido en las guerras, pasaran con él como otros han pasado con otros; cuanto y más que no me persuado a que era cobarde, pues era tlacàtecatl de los ejércitos mexicanos, que es ser capitán general, el cual entró en este oficio por haber pasado al de rey su hermano Axayacatl, por cuyo fin y muerte fue elegido él por rey. Confieso lo que tengo dicho, de que no sería muy esparcido y mañoso para las guerras, pues siendo mayor en años que su antecesor no le halló Motecuhzuma Ilhuicamina suficiente para que le siguiese en el gobierno (como dejamos dicho en el capítulo pasado), pero séase lo uno o lo otro ello es cierto que murió en hechizado y fue solemnizada su muerte y honras con la solemnidad que los demás reyes mexicanos lo habían sido; y asistieron al castigo de los matadores el rey Nezahualpilli de Tetzcuco y Chimalpopoca, que entonces lo era de Tlacupa y todo lo más principal y lucido de estos tres reinos; y ni más ni menos a sus honras y entierro. Este rey Tizoc debía de ser más dado a la religión de sus falsos dioses que a las cosas de la guerra, y así deseó grandemente hacerle una muy gran casa a su dios Huitzilopuchtli y comenzó a juntar materiales y la comenzó; pero como le sobrevino esta desdicha de muerte cesó el edificio y no pasó adelante.



CAPÍTULO LXIII. *De la elección del rey Ahuitzotl, octavo del imperio mexicano y muerte de el de Tlacupan; y nombramiento que se hizo de su hijo Totoquihuatzin; y se dicen otras guerras y elecciones*



HUITZOTL, HERMANO DEL DIFUNTO y de su antecesor Axayacatl, era tlacateclatl o capitán general de los mexicanos y era uno de los de más cuenta en la república; y como ya traían estas gentes de costumbre ir eligiendo los hermanos, unos tras otros hasta que pasaba la tanda de todos, hicieron la elección en este capitán, tanto por guardar el orden que venía corriendo, cuanto por parecerles el más digno para tan alta y preciada dignidad; y no se engañaron en esto porque era de muy atrevido corazón y muy afable y amigo de hacer bien a todos. Y en lo que primero puso mano en la ciudad fue en hacer el templo que su antecesor había comenzado, y luego se fue a hacer guerra a los mazahuas que se habían rebelado y los venció, y lo mismo hizo de los tziuhcoacas y tochpanecas en la provincia y reinos de Xalixco y guardó todos los cautivos que trajo de estas guerras para sacrificarlos en la estrena del templo cuando se acabase. Volvió sobre los tzapotecas (que demás de haberse rebelado habían muerto unos mercaderes mexicanos y aculhuas) y, vencidos, fue contra los de Tlacupan y también hizo guardar los cautivos que trajo de estas guerras. A esta sazón se acabó la casa y templo del demonio y para su estrena fueron llamados los dos reyes de Tetzcuco y Tlacupan y todas las gentes principales sujetas a los tres reinos, que cogen de mar a mar por las partes del mediodía al norte y todo lo que corre la tierra de oriente a poniente, y juntos todos (que parecían infinitos) se comenzó la dedicación de la diabólica casa y fueron los cautivos tantos que puestos en renglera por la entrada de San Antón desde Malcuitlapilco, que es el cabo de la calzada donde fenecen las casas de la ciudad, hasta donde ahora es la iglesia mayor o casas de Alonso de Ávila (que allí era el templo) por la parte de mediodía, y otra renglera por la del poniente, que comenzaba media legua del lugar del sacrificio, venían cayendo a él en las manos de los falsos sacerdotes que los mataban y la sangre corría por las gradas abajo del cu y altar como arroyos de agua cuando llueve muy continua y reciamente. Y no hay que espantar de tanta sangre y copiosa mortandad, pues fueron los sacrificados en esta diabólica dedicación setenta y dos mil y trescientos y cuarenta y cuatro cautivos. Duró esta fiesta cuatro días con grandísima celebración y el rey Ahuitzotl dio dones y preseas a todos los convidados, según la cualidad de cada uno, que fueron riquezas sin cuento las que se gastaron y lo más de ello fue distribuido por su mano, por sólo mostrar amor y voluntad a todos los de las provincias que se hallaron en su corte.

Este mismo año, después de la estrena de este detestable templo de Huitzilopuchtli, hizo Mozauhque, señor de Xalatlauhco, la de otro templo que

acabó, para la cual tenía recogidos muchos cautivos que, como querido que había sido de los reyes mexicanos, había tenido mano para prenderlos; pero, aunque se notan por muchos, no fueron con grande número tantos como los pasados; y aquí quiero que se advierta cuál andaba el demonio en estas estrenas con estos indios y la copiosa siega que hacía en ellos, con que llevaba tantos al infierno; y la ceguera de estos desventurados idólatras, que como bestiales hacían riza en tanta sangre humana. Alabado sea Dios por siempre que ordenó que cesase tanta maldad y dio conocimiento a estas gentes de su santo nombre para que de presente le alaben los que de ellos han quedado.

Al cuarto año del reinado de Ahuitzotl dicen que tembló muy reciamente la tierra y apareció una fantasma que llamaron toyohualitohua y debió de ser anuncio de algunas muertes (como lo suelen ser algunas cosas prodigiosas), y así pareció que dicen haber muerto luego un gran señor del pueblo o ciudad de Coyohuacan, llamado Tecocohuatzin; y el rey de Tlacupa, Chimalpopocatzin, fue contra los de Cuextlan que se habían rebelado y dejó allá muertos muchos de los señores mexicanos, entre los cuales fueron Ayoquentzin, Chalchiuhquiauhtzin y otros. Pasó a Chinantla (que es la costa de la Mar del Norte que le cae a esta ciudad al oriente) y los venció y a los coyotlapanecas, y los hizo tributarios.

Luego que el rey de Tlacupa, Chimalpopoca, hijo de Totoquihuatzin el primero, murió fue puesto en su lugar Totoquihuatzin el segundo, a cuya elección se hicieron grandísimas fiestas y regocijos y asistieron en ellas todos los más nobles de los reinos, y en Coyohuacan se nombró también señor. En Itztapalapan, Cuitlahuatzin y en Azcaputzalco, Tezozomoctli (aunque ya no con nombre de rey sino de gobernador), y en Tula Ixtlilcuechahuacatzin, que todos éstos eran nombrados por los reyes mexicanos como a los que ya reconocían vasallaje. Hizo guerra a los cuzcaquauhtenancas y vencióles, y por haber estado muy rebeldes y porfiados en la guerra y no habérsele rendido asoló la provincia y unos pocos que se escaparon se pasaron huyendo a Quauchpanco; y pasó a sujetar a los de Quappilollan. Pasó con la continuación de sus victorias a Cuezalcuitlapillan, provincia grande de gente y muy valientes y haciéndoles guerra no pudo vencerlos, aunque hubo muertes de ambas partes. Túvolos cercados algún tiempo, pero por más que hizo no los rindió y volvióse a su casa sin triunfar de ellos. Y dice la historia que aunque muchas otras veces les hicieron guerra, jamás quedaron vencidos y fueron desde entonces para los mexicanos, como los de la provincia de Tlaxcalla, que de las guerras que con ellos tenían, traían esclavos y cautivos para sus detestables sacrificios.

Al quinto año del reinado de este valeroso rey fue contra los de Quauhtla (en la misma provincia de Cuextlan), y les hizo fuerte y cruda guerra y entre los que allí más se señalaron fue uno, Motecuhzuma (que después le sucedió en el imperio y fue aquel grande monarca en cuyo tiempo entró Fernando Cortés en esta Nueva España). Este Motecuhzuma hizo presa de algunos en esta guerra, que era lo más honroso que entre ellos se acostumbraba, porque aunque el matarlos era de mucho esfuerzo tenían por

mucha mayor hazaña cautivarlos y traerlos vivos para sacrificarlos. En este mismo tiempo quisieron hacer guerra los huexotzincas a los de Quauhquechola y era al mismo que los reyes mexicano y tetzcucano la iban a hacer a Atrisco; pero como oyeron que los de Huexotzinco iban contra ellos se partieron en tres tropas y fueron los unos su camino derecho a Atrisco y los otros hacia Quauhquechola y los otros por la parte de Tenextepec, metiéndose por un valle llamado Xonacatepec, y allí les cogieron el paso a los huexotzincas, donde tuvieron su batalla y muerieron muchos de ambas partes; porque los huexotzincas eran valientes, aunque los ejércitos mexicanos, aculhuas y tepanecas llevaron la victoria. Aquí hizo muchas valentías y prendió algunos cautivos Tetzcatzin, hijo del rey Axayacatl y sobrino de Ahuitzotl, que debía de ser menor de edad que su hermano Motecuhzuma, pues entró primero en el reinado en la muerte de su tío. También hizo muchas valentías y mató y prendió muchos enemigos otro mexicano llamado Tlitototl, que después fue capitán general de los mexicanos. De vuelta de esta guerra hizo unas grandes fiestas Ahuitzotl, en las cuales sacrificó los huexotzincas que trajo presos y los de Cuextla y Quauhtla que tenía enjaulados, que fueron en muy pujante y crecido número (que éste era el fin de todos estos prendimientos).

CAPÍTULO LXIV. *Donde se dicen condiciones naturales del excelentísimo rey y monarca Nezahualpilli, de Tetzcuco, que son mucho de notar*



SER UNO DOTADO DE BUENA RAZÓN y entendimiento es merced grande que Dios le hace, porque con este soberano don se hace señor (las más veces) de sí mismo y llega a gozar de la vida mortal que vivimos con más aventajados gozos que otros que saben menos; porque del más o menos entendimiento de cada uno se conocen los más o menos efectos que produce. No fue nuestro tetzcucano Nezahualpilli de los que pudieron quejarse de la naturaleza en haber sido con él escasa, en darle mucha y muy buena razón y gallardía de entendimiento con el cual supo regirse y gobernarse todos los años que reinó (que fueron muchos), y con él se hizo señor no sólo de los corazones de sus vasallos sino también de todos los reyes y señores que le trataban y gozaban de sus sentencias y doctrina. De este rey se dice que sus gentes le tenían por hombre encantado; y en alguna manera tenían razón, porque de su niñez se dice que criándolo sus amas le veían en la cuna en diferentes figuras de animales; unas veces les parecía león, otras tigre y otras águila que volaba; pero llegando a la edad de discreción comenzó a dar olor de sí, de lo que después vino a ser en sus reinos, mostrando mucha prudencia y uniformidad de voluntad con que hacía igual rostro a todas las cosas, mostrando en lo adverso ánimo invencible y en lo próspero y pujante poca alteración de

gozo y alegría. Dicen que fue grande astrólogo y que se preciaba mucho de entender los movimientos de los astros celestes; y con esta inclinación que a estas cosas tenía hacía inquisición por todas las partes de sus reinos de todos los que sabían algo de esto y los traía a su corte y comunicaba con ellos todo lo que sabía; y de noche se subía a las azoteas de su palacio y desde allí consideraba las estrellas y argüía con todos los que de ellas dificultaban. Al menos yo sé decir haber visto un lugar en sus casas, encima de las azoteas, de cuatro paredes no más altas que una vara ni más ancho el lugar que lo que puede ocupar un hombre acostado, y en cada esquina tenía un hoyo o agujero donde se ponía una asta en las cuales colgaban un cielo. Y preguntando yo que ¿de qué servía aquel cuadro?, me respondió un nieto suyo (que me iba mostrando la casa) que era del señor Nezahualpilli para cuando de noche iba con sus astrólogos a considerar los cielos y sus estrellas, de donde inferí ser verdad esto que de él se dice; y pienso que el estar levantadas las paredes una vara del suelo y tener puesto cielo de algodón o seda pendiente de las varas debía de ser para mejor tantear el curso celeste; como el otro Filósofo que metido en una cuba estuvo treinta y dos años mirando con puntualidad el curso de una estrella.

Dícese de este rey que cuando apareció en el cielo aquella gran señal de resplandor que se dividía en tres cruces, levantándose de la parte del oriente a la del poniente (como en el fin de este libro decimos), este rey dijo cómo habían de venir gentes de extrañas tierras y regiones no conocidas y que era una gente blanca y barbada, que habían de venir a poseer esta tierra y ser señores de ella, porque eran invencibles y que traían armas nunca vistas y que habían de venir de aquella parte donde el sol salía; y que pues venían de donde estaba el sol, que sin duda debía de ser su dios y que sería posible que le adorasen por causa primera, y que por esto los habían de vencer por traer en su ayuda este dios que ellos adoraban. Esta señal dicen que el rey Motecuhzuma había comunicado con un grande hechicero que tenía en su corte, y que le había dicho lo mismo que Nezahualpilli decía; y que comunicándolo y confiriéndolo todos entre sí, fue de parecer Nezahualpilli que cuando viniesen (si acaso sucediese como lo entendían) que fuesen recibidos de paz los extranjeros, y que no los exasperasen en nada. Y aunque lo oyó Moctecuhzuma no quiso darle crédito, aunque cobró gran temor de lo pronosticado. Que había sido esto así, pudo ser, y más si el demonio fue el trujimán del caso, que ya por estos tiempos veía a los españoles que andaban en demanda de estas tierras y sabía que en ánimo y fuerzas excedían a los indios y que por esto podía ser fácil quitarles el imperio.

Era sabio este rey (como se ha dicho), y aunque dicen que decía que la idolatría era detestable, en especial en el sacrificio de hombres por ser horrendo, no se apartó de todo punto de ella como ni tampoco su padre Nezahualcoyotl, y hubo de seguir la opinión de sus mayores, especialmente la de los reyes de Mexico, que eran sus deudos y parientes, y muy engañados del demonio en esta falsa adoración; y aunque tenía la incitación de estos dichos mexicanos, con todo no seguía mucho su opinión, ni se mostraba

muy religioso en su mentirosa y falsa religión. Dolíase mucho de los pobres y gente necesitada y tenía hecho un mirador en su palacio, cubierto con celosías, de manera que pudiese ver y no ser visto, y desde allí miraba la gente que iba a los mercados y en viendo alguna mujer pobremente vestida y que llevaba hijos hacíala llamar con criados que para esto tenía allí consigo y sabía de ella su vida y necesidad y la vestía y al hijo o hijuelos que llevaba también; y mandaba darles de sus trojes el sustento necesario del año; esto era muy ordinario en este príncipe. Mandó que todos los niños huérfanos y viejos imposibilitados y los impedidos por enfermedades largas y contagiosas acudiesen a su palacio a recibir socorro; y así se le daba cada día. Los que en las guerras habían quedado cojos, mancos o ciegos o con algún defecto particular que los tuviese impedidos para no poder seguir la milicia eran sustentados en lugar particular, para esto señalado, con ración señalada según la calidad y suerte de cada uno; y en esto y en vestirlos algunas veces en el discurso del año gastaba gran parte de sus rentas; porque tenía continuamente gran número de gente en el servicio de estas obras pías; y él mismo en persona muchas veces los visitaba y miraba con cuidado y vigilancia si eran bien servidos o si les faltaba algo de su menester y regalo.

CAPÍTULO LXV. *De cómo el rey Nezahualpilli mandó matar a Huexotzincatzin, su hijo, porque violó una ley puesta en palacio*



A HEMOS DICHO COMO EL REY NEZAHUALPILLI, de Tetzcuco, casó con dos hermanas señoras mexicanas y que de la menor hubo algunos hijos, de los cuales el mayor se llamaba Huexotzincatzin, al cual quería muy en extremo; lo uno por haber salido mozo apacible y belicoso en las cosas de la guerra; lo otro por ser hijo de Xocotzincatzin, a quien él tanto quería y amaba. Pero sucedió que un día entrando en palacio llamado de su padre para hacerle tlacateccatl (que es capitán general), yendo acompañado con los ayos que lo habían criado, se encontró con una de las concubinas de su padre, a la cual dijo algunas palabras livianas y no tan compuestas como requería. La mujer, que no debía de ser de mucho seso, viéndose requebrada del príncipe o ya por haberse enfadado de el requiebro o ya con temor de que no lo supiese el rey su padre y quedase en alguna sospecha de su fidelidad entróse allá dentro. Algunos dicen que no la conoció sino que como la vido mujer hermosa y algo altanera y libertada se comenzó a requebrar con ella; pero la dueña, que se había entrado allá dentro, se fue a la presencia del rey y le contó lo que con Huexotzincatzin le había pasado. De esto que Huexotzincatl había hecho quedaron muy sentidos sus ayos y aun con no menos recelo de lo que el padre haría de castigo en él si lo supiese; porque sabían de su con-

dición severa que le mandaría matar, por ser caso vedado por ley en palacio, en especial con mujer o concubina del mismo rey. El rey que supo el caso, preguntó a la concubina si aquel requiebro que le había hecho y deshonestidad que había mostrado Huexotzincatzin había sido a solas entre los dos o en presencia de algunos que lo oyesen, porque bien quisiera Nezahualpilli no ejecutar en él la ley que le condenaba, porque era de muerte; pero la mal considerada mujer dijo que se le había atrevido en público en presencia de sus ayos y de otros muchos que le acompañaban. Mandó luego a esta mujer irse a su recogimiento; y el rey se retiró a unos cuartos que llamaban de la tristeza; y entrando una guarda a avisar cómo su hijo Huexotzincatzin, con otra mucha gente, quería entrar a besarle sus reales manos mandó que el príncipe o infante se quedase fuera y que los ayos entrasen, de donde coligieron lo que antes sospecharon. Entraron estos señores y con rostro muy severo el rey les preguntó el caso, y como no les convenía mentir (porque si mintieran y el rey lo averiguara murieran por ello) dijeron la verdad; pero facilitándolo mucho, excusando al infante, diciendo que no había conocido qué mujer fuese, ni tampoco las palabras habían sido con deshonestidad, ni que obligasen a que se juzgase por crimen ni exceso.

Oyólo el rey y mandó que luego lo prendiesen y tuviesen a recaudo; y este mismo día pronunció sentencia de muerte contra él. Sabido por todos los grandes de la corte fuéronse a él y con grandes lágrimas y persuasiones le pidieron que no lo hiciese tal y que mirase que era su hijo y el caso muy liviano, pero no aprovechó; antes, con lo que le decían, mucho más se animaba a la ejecución de su sentencia, y se excusaba con decir que si era ley que en el real palacio no hubiese semejantes atrevimientos, y que la guardaban inviolablemente todos los del reino, que cómo satisfaría a la república habiéndola quebrantado y violado su hijo y no castigándola; que para que supiesen que a nadie la perdonaría la castigaba en él, y que tendrían razón de decir que su rey hacía leyes para los extraños y no para los de su casa. Con esto los despidió y dijo que no le hablasen más en ello. La madre, que más que a otro le dolía la muerte de su hijo, viendo o sabiendo que el rey estaba determinado a dársela fuese a él con sus hijos y con palabras tiernas y amorosas procuró disuadirle de aquel intento; pero esta blandura mujeril convertía Nezahualpilli en dureza de corazón; y mientras más ella le decía, él mucho más se empeoraba. Viendo Xocotzincatzin que el hablarle en ello era más indignable, díjole (como desesperada y desconfiada de alcanzarle vida a su hijo) que la matase a ella también con él, pues se hacía carnicero de su propia sangre y que delante tenía los otros hijos que en ella había engendrado, que hiciese sacrificio en ellos como hombre que por no traspasar una liviana ley, puesta en palacio, traspasaba la natural de ser homicida de su propio hijo. El rey, aunque estaba enojado, no respondió con enojo a la reina, antes con rostro grave le dijo que se fuese de allí porque el caso no tenía remedio. La madre quebrantada de dolor salió del palacio y se fue al suyo y allí, con otras muchas señoras y damas que la visitaron, comenzaron un tierno y amargo llanto. Íbase

dilatando la muerte de Huexotzincatzin por los que la habían de ejecutar, y sabiéndolo el rey mandó que sin embargo de cosa viviente se la diesen. Así murió este desgraciado mancebo por sentencia difinitiva de su padre. El cual, luego que lo mandó matar con última resolución y sabiendo que se había ejecutado, se encerró en una sala donde estuvo, cuarenta días sin ver a nadie, llorando y sintiendo la muerte de su hijo que lo amaba más que a sí y le dio la muerte sólo por no quebrantar la ley puesta en honor y respeto de su palacio y casa. Mandó luego tapiar las puertas de la de su hijo y, con graves penas, que no entrasen en ellas porque arruinándose se cayesen y faltase la memoria de su dolor. Caso es éste, por cierto, harto de notar y aunque parece que huele a tiranía contra el amor natural fue al fin justicia rigurosa que no admitió epiqueya, por ventura; porque para otras cosas debió de parecerle al rey convenir así. De donde pudieron tomar doctrina los demás que quedaban en servicio del palacio y en administración del reino; que si en el árbol verde se hizo tal destrozo, que en el seco sería, cuando menos, el mismo y por ventura mayor; porque el que no perdona a su hijo, en el quebrantamiento de una ley, mucho menos perdonará al criado que la violare o quebrantare. Y de haberse hecho esto en alguna ocasión que los que vivimos ahora, sabemos ha habido grande cuidado y vigilancia en mirar por sí cada uno; y algún rey habrá sido llamado por esto y por otras semejantes cosas el prudente, y hay muy pocos que hagan esto; y por esto los pocos que ha habido son muy alabados, cuya memoria dura para siempre.

CAPÍTULO LXVI. *Que prosiguen las cosas de el reinado de Ahuitzotl, rey de Mexico*



EINANDO EL REY AHUITZOTL EN MEXICO y habiendo tenido tantas guerras y vencido tantas batallas no por esto dejaba de cuidar de las cosas de su república, mayormente las de la religión; y así fue haciendo algunas otras casas al demonio (después de haberle acabado la mayor que fue llamada de Huitzilopuchtli), y el año que venció al ejército Huexotzincatl, acabó la que se llamó de Tlacatecco, que aunque no era como la principal de su mayor dios era muy sumptuosa, en cuya dedicación hubo grandísimas fiestas; pero tuvieron por azar quemarse un templo del demonio en el barrio de Tlillan, que no poco temor causaría a estos mexicanos por ser como eran tan agoreros y notadores de señales. Murieron en esta dedicación todos los esclavos y cautivos que trajo de Quimichtlan y otras partes. Y luego partió contra los de Mizquitlan en la provincia de Cuextlan; y aunque los venció, murieron en la guerra muchos mexicanos. En medio de estas guerras con que Ahuitzotl andaba ensanchando su imperio, se desafiaron los de la provincia de Tepeaca y los de Cholulla, por no sé qué diferencias que entre los señores de estas dos provincias hubo. Y con este enojo salieron los de Tepeaca a hacer guerra a esotros que los aguardaron

en su ciudad y casas y trabaron una muy reñida batalla y fueron muchos muertos de ambas partes; aunque dicen que fueron más los que murieron de los cholultecas que de los otros que vinieron a buscarlos a sus casas y que llevaron los de Tepeaca cautivos mil y doscientos cholultecas.

Al doceno año del reinado de Ahuitzotl fue contra los de Atlixco y fue tan repentina su ayuda que casi no se supo de nadie y cuando llegó el ejército, como causó alteración, fueron corriendo a dar aviso de ello a los señores de aquella tierra, los cuales acudieron luego al socorro de los necesitados. Cuando llegó esta nueva a la ciudad de Huexotzinco estaba un valeroso capitán, llamado Tultecatl, jugando a la pelota con otros señores y como corrió la nueva de la llegada del ejército mexicano dejó el juego y sin ir a su casa por armas se partió de allí a Atlixco, que son cinco leguas, y metióse en la pelea sin armas; pero era tan valiente y animoso que sin ellas comenzó a destrozar enemigos y de los que mató y rindió se adornó de armas y prosiguió la batalla que fue muy reñida; y los mexicanos se volvieron sin ninguna ganancia; y Tultecatl, que se había señalado mucho en ella, volvió a Huexotzinco con un cautivo, al cual desollaron y vistiéndose el pellejo, volvió a pelear con él. Fue tanto lo que campeó en defensa de los suyos que luego lo aclamaron por señor y lo contaron por uno de los del gobierno. Y al segundo año que gobernaba su república muchos de los ministros de los templos andaban por la ciudad, con atrevimiento y desvergüenza, haciendo muchas maldades, quitando la ropa a las mujeres que se bañaban y sacando de las casas el maíz y las gallinas y haciendo otras cosas semejantes; por lo cual andaban los del pueblo muy disgustados; pero como eran ministros de los templos no se atrevían a hacerles mal ninguno. Tultecatl, que vio el daño y no veía la enmienda, quiso castigarlo y púsolo en ejecución; pero resistieron los ministros y pusiéronse en arma contra los de la república; y aunque eran muchos más los ciudadanos que se amotinaron contra ellos no valieron para resistirles; porque un sacerdote mayor, que capitaneaba a los otros (a cuyo cargo estaba un envoltorio de su dios Camaxtle, que tenían por muy gran reliquia) hizo ciertos hechizos mezclados con algunas palabras del demonio, con que hizo salir fuego de una calabaza que ellos llaman tecomatl, donde había otras cosas de superstición, y fue contra los contrarios y comenzó a quemarlos, ordenado así por el demonio, de que los señores y capitanes que hacían la guerra contra sus ministros se atemorizaron y pasaron de esta parte del volcán muchos de ellos, de los cuales llegaron a Amaquemecan, a la presencia de Cacama, señor de el pueblo, Ayauhtzin, Tlapixqui y Quauhtliztac; y a Tlalmanalco vino Tultecal, Quachayatl y Elotlaxcal, donde era señor de toda aquella provincia Itzcahuatzin; y dando razón todos de su venida y de lo que les había acaecido fueron recibidos con cautela de estos dos señores y dieron luego aviso del caso al rey Ahuitzotl, el cual, por pagarse de la que le hicieron en Atlixco, los mando matar y llevar a enterrar sus cuerpos a su pueblo de Huexotzinco. Esta justicia se hizo con acuerdo y parecer de los dos reyes de Tetzcuco y Tlacupa, que como eran de un poder en las guerras, eran asimismo de un parecer en la justicia.

En tiempo de este rey Ahuizotl fueron tantas las aguas que llovió un año que creció la laguna mexicana en grande exceso y cubrió todo el suelo de las calzadas y se cayeron muchas casas de la ciudad y los moradores de ella estaban subidos en tablas y maderos y el rey, que también tenía parte en este anegamiento, andaba muy congojado por no desamparar su ciudad; y envió a pedir a los reyes de Tetzcuco y Tlacupa le favoreciesen como a hermano y compañero; los cuales, como aliados y amigos, vinieron al socorro, y juntando mucha gente de sus reinos hicieron traer madera y piedra y hicieron el albarrada vieja, que divide la laguna salobre de la dulce, que fue de piedra y céspedes y estacas muy espesas y hondas, con que por entonces defendieron que las olas de las aguas no batiesen en las casas y las derribasen. A este anegamiento le sobrevino luego una grande hambre, porque por las muchas aguas pasadas no pudieron coger mucho pan, lo cual les pareció que lo había anunciado un eclipse de sol que hubo. Después de estas calamidades y desgracias fue continuando la guerra contra los que se le resistían y la hizo a los izquixuchitecas, y los venció; luego a los amaxtecas. Metióse la tierra adentro, hacia Guatemala. Llegó a Tecuantepec y rindió y sujetó aquella provincia, y sus ejércitos pasaron a Guatemala (trescientas leguas de esta ciudad) cuyo capitán fue Tliltototl y hizo cosas maravillosas en esta jornada y volvió con mucha pujanza y poder.

CAPÍTULO LXVII. *De cómo Ahuitzotl hizo traer el agua de Coyohuacan (llamada acuecuexatl) con que se anegó la ciudad de Mexico. Y de la muerte que dio al señor de aquel pueblo porque le replicó y contradijo esta traída; y de su muerte*



OMO YA LOS MEXICANOS SE VEÍAN SEÑORES de la mayor parte de este nuevo mundo, ya no se contentaban con las cosas ordinarias que desde sus principios habían tenido y usado; antes, haciéndose antojadizos de otras, procuraban traerlas a la ciudad; y así fue que no contentos con el agua que bebían de Chapultepec pidieron al rey que les hiciese traer la de Huitzilopuchco, que nace dos leguas de ella, de la cual se servían entonces los de Cuyohuacan; para lo cual envió a llamar al principal de aquella ciudad, llamado Tzutzumatzin, que era famosísimo hechicero y habiéndole propuesto el intento, respondió que le suplicaba no tratase de traerla a la ciudad porque no era permaneciente y que muchas veces faltaba; demás de que otras era tanta y tanto lo que crecía, que era posible anegar la ciudad si participase alguna vez de sus avenidas y crecientes, y que el caso era de consideración que lo mirase. Parecióle al rey que todas estas razones eran excusas para no hacer lo que le mandaba y aunque se lo volvió a mandar con imperio, Tzutzumatzin le replicó, y enojado el rey le echó de su presencia. Otro día envió por él, y entendido por el hechicero

a lo que venían aquellos ministros de el rey, les mandó entrar y púsose en forma de una grandísima y terrible águila, de cuya vista espantados se volvieron sin prenderle. Fueron luego otros y viéndolo en figura de tigre lo dejaron y huyeron; y enojado el rey envió otros terceros, a los cuales se les mostró en forma de una sierpe horrible y espantosa, de que huyeron espantados de su vista. Airóse el rey de estos embustes y envió a amenzar a los del pueblo, que si no se lo llevaban los asolaría y pasaría a todos a cuchillo. Ellos, forzados del mandamiento de el rey, lo llevaron y le mandó dar garrote, que era muerte de señor.

Muerto Tzutzumatzin mando Ahuitzotl abrir un caño y trajeron el agua con grandes ceremonias y supersticiones, yendo unos sacerdotes incensando a la orilla del caño; otros sacrificando codornices y untando con su sangre las paredes de la zanja o atarjea; otros tañendo caracoles y haciendo música al agua, llevando uno de los ministros de Chalchiuhtlatonac (diosa del agua) vestidas sus ropas, fingiendo ser ella la que la llevaba; y todos iban saludando al agua y dándola la bienvenida. De esta manera llegó el agua a Mexico; pero muy poco después se arrepintieron, porque luego comenzó a crecer y a henchir la laguna y estuvieron a pique de anegar la ciudad (como el otro había dicho); y viendo los mexicanos su daño levantaron el suelo de sus casas; pero no bastó el remedio porque como el agua no duerme, ni suspende jamás su curso natural, iba creciendo a muy gran priesa y con muy gran pujanza y llegó a término que ya no había calles en la ciudad por donde pudiesen andar por tierra; y todos se servían de canoas o barquillas en que andaban por el agua. Estaba el rey Ahuitzotl un día recogido en un aposento bajo, dentro de lo más secreto de su casa, y entró repentinamente, por la puerta, un golpe de agua que lo asombró; y pensando que se anegaba quiso salir con priesa. Era la puerta baja por lo cual sucedió que sin advertirlo, se dio un golpe en el cerebro, de que estuvo muy malo; y de aquí le procedió una enfermedad de que vino a morir a los tres años siguientes. Con esta turbación que las aguas le causaban, bien arrepentido de haberlas traído a la ciudad, y no hallando remedio, quiso favorecerse del rey Nezahualpilli (que era muy ingenioso) y envióle a suplicar se doliese de él y de su ciudad y de sus pobres mexicanos y que le pedía diese alguna traza como atajar el agua que le anegaba. Nezahualpilli, que era mañoso para cualquier cosa de dificultad, vino en persona con muchos de sus oficiales y fueron al lugar de las aguas y con grandes industrias del rey se cerraron los ojos y manantiales y cesó la avenida que anegaba a Mexico. No sé cómo Acosta, tratando la vida de este rey, no trata de Nezahualpilli que fue el que hizo lo que queda dicho; si ya no es que como no trató más que de mexicanos le pareció superfluo tratar de otra cosa.

Después de este anegamiento y enjutas las aguas dio Ahuitzotl en fortificar más los edificios de la ciudad (porque era muy gran republicano) y para esto descubrió la cantera de la piedra liviana que llaman tezontli (que parece que Dios la puso allí para el remedio de los edificios de este suelo, que como tan aguanoso tiene necesidad de piedra tan liviana y aun con ella es menester Dios y ayuda). Para el sacar de esta piedra se hizo llama-

miento de toda la comarca; y así fue mucha la que se sacó en muy breve tiempo; y lo primero que hizo fue terraplenar el suelo del patio del templo de Huitzilopuchtli y levantarlo de piedra y cal, que fue obra grandiosa. Luego reparó sus casas y palacios; y de aquí tomaron motivo todos los pueblos de la laguna y aun los de la tierra firme de hacer de piedra lo más de sus casas; y así se renovaron todos los edificios y se ennobleció de ellos esta ciudad y todas sus convecinas. Fueron los tres reyes después de todo esto sobre la provincia de Tlacuilollan y trajeron mil y doscientos cautivos que sacrificaron a los demonios. Rebeláronse los de la provincia de Huexotla (en la Huaxteca) y saltearon a los mayordomos y oficiales que traían los tributos reales a México y a Tetzcuco y se habían alzado con ellos; fueron contra ellos y tuvieron gran dificultad en allanar esta gente; pero al fin los vencieron y castigaron a los culpados y se volvieron a sus casas victoriosos. Otras guerras hizo este rey contra los xaltepecas y otras gentes con que ensanchó sus reinos y engrandeció su nombre y quedó muy poderoso y ya reconocido cuasi en toda Nueva España; y cuando había de gozar de sus victorias, vino la muerte a mostrarse (como siempre) vencedora. Adoleció gravemente de achaque del golpe que se dio en el celebro cuando salía huyendo de el agua en el anegamiento que hubo tres años antes en esta ciudad. Y no valiéndole remedios humanos, murió a los diez y ocho años de su imperio, dejando sus gentes lastimadas con la pérdida de tan gran señor y rey.

CAPÍTULO LXVIII. *De la elección y nombramiento de el gran emperador Motecuhzuma, segundo de este nombre, en este imperio mexicano*



OTECUHZUMA (aquel grande emperador mexicano en cuyo tiempo entraron en estas sus tierras nuestros españoles) fue hijo de el rey Axayacatl y sobrino de los reyes Tizoc y Ahuitzotl sus antecesores. Y muerto este dicho rey Ahuitzotl trataron los mexicanos de poner en su lugar otro, que imitando sus hechos, le pareciese en la grandeza y valentía; y para esto habiéndolo tratado y conferido entre sí, pusieron todos los ojos en Motecuhzuma. Era este excelentísimo varón de suyo muy grave y muy reposado, y por maravilla se le oía hablar y cuando hablaba en el supremo consejo (de el cual él era) ponía admiración su aviso y consideración; por lo cual aun antes de ser rey era temido y respetado. Estaba de ordinario recogido en una grande sala (o calpul) que tenía para sí señalada en el gran templo de Huitzilopuchtli, donde, decían, que le comunicaba mucho su ídolo hablando diversas veces con él; y así presumía de gran religión y devoción. Con estas partes y con ser nobilísimo y de grande ánimo fue su elección muy fácil y breve como en persona en quien todos tenían puestos los ojos para tal oficio. Dicen que cuando murió Ahuitzotl estaba en la provincia matlatzinca, que es en el valle de Tolucan, nueve leguas de

esta ciudad y que sabida su muerte se vino a ella a hallarse en la elección como uno de los electores. Otros dicen que no se halló en ella porque era sacerdote y que estaba en el templo, y lo uno y lo otro es creíble; y no le llamarían a ella por haber puesto los ojos en él y ser cierto haber de salir electo. Hicieron la elección todos en él sin discrepar en los votos. Hecha esta elección, dieron aviso de ella al rey Nezahualpilli de Tetzcuco, que estaba casado con primas hermanas de Motecuhzuma y al rey Totoquihuatzin de Tlacupa, los cuales vinieron luego a hallarse a su coronación y nombramiento. Dicen que cuando lo supo Motecuhzuma se fue al templo a esconder a aquella pieza y sala donde acostumbraba, ora fuese por consideración de el negocio tan arduo, que era regir tanta gente como el imperio mexicano tenía a cargo, ora fuese por hipocresía y muestra que no estimaba el imperio que le habían dado, aunque será posible que fuese por dar a entender que más estimaba la quietud de aquella vida que la inquieta en que de nuevo le ponían. Séase lo uno o lo otro a él le hallaron en el templo y hay quien afirme que estaba barriendo en él y que le quitaron la escoba de las manos. Aquí finalmente le hallaron y, dándole el recaudo de el senado, le llevaron con el acompañamiento y regocijo posible a su consistorio y sala; venía con tanta gravedad que, decían todos, le venía muy bien su nombre de Motecuhzuma (que quiere decir hombre severo o sañudo) y cuando entró hiciéronle gran reverencia los electores y, dándole noticia de su elección, lleváronle de allí al brasero de los dioses a incensar y luego a ofrecer sus sacrificios, sacándose sangre de las orejas, molledos y espinillas como era costumbre (como en otro lugar decimos), y cumplidas todas sus ceremonias y sentado en su trono oyó las oraciones que todos le hicieron que, según se usaba, eran con elegancia, gracia y artificio. La primera hizo Nezahualpilli, rey de Tetzcuco, que por ser muy sabio y gran retórico y haberse conservado la memoria de su oración, por ser muy elocuente, la pondré aquí para que vean cuan mal hablan de estos indios los que los tienen por bestias y se disuadan de tan conocido y pertinaz error, la cual dice así:

La gran ventura que ha alcanzado todo este reino (nobilísimo señor) en haber merecido tenerte a ti por cabeza de todo él bien se deja entender por la facilidad y concordia de tu elección y por el alegría tan general que todos por ella muestran. Tienen cierto muy gran razón, porque está ya el imperio mexicano tan grande y tan dilatado que para regir un mundo como éste y llevar carga de tanto peso no se requiere menos fortaleza y brío que el de tu firme y animoso corazón, ni menos reposo, saber y prudencia que la tuya. Claramente veo yo que el omnipotente Dios ama esta ciudad, pues la ha dado luz para escoger lo que le convenía; porque ¿quién duda que un príncipe, que antes de reinar había investigado los nueve dobleces del cielo, ahora obligándole el cargo del reino con tan vivo sentido no alcanzará las cosas de la tierra para acudir a su gente? ¿Quién duda que el grande esfuerzo que has siempre, valerosamente, mostrado en casos de importancia no te haya de sobrar ahora, donde tanto es menester? ¿Quién pensará que en tanto valor haya de faltar remedio al huérfano

y a la viuda? ¿Quién no se persuadirá que el imperio mexicano haya ya llegado a la cumbre de la autoridad, pues te comunicó el señor de lo criado tanta, que en sólo verte la pones a quien te mira? Alegráte, ¡oh, tierra dichosa!, que te ha dado el criador un príncipe que te será columna firme en que estribes; será padre y amparo de que te socorras; será más que hermano en la piedad y misericordia para con los suyos. Tienes, por cierto, rey que no tomará ocasión con el estado para regalarse y estarse tendido en el lecho, ocupado en vicios y pasatiempos; antes al mejor sueño, le sobresaltará el corazón y le dejará desvelado el cuidado que de ti ha de tener. El más sabroso bocado de su comida no sentirá suspenso en imaginar en tu bien. ¿Díme pues, reino dichoso, si tengo razón en decir que te regocijes y alientes con tal rey? Y tú, o generosísimo mancebo y muy poderoso señor, ten confianza y buen ánimo, que pues el señor de todo lo criado te ha dado este oficio, también te dará su esfuerzo para tenerle; y el que en todo el tiempo pasado ha sido tan liberal contigo, puedes bien confiar que no te negará sus mayores dones, pues te ha puesto en mayor estado, de el cual goces por muchos años y buenos.

Estuvo el rey Motecuhzuma muy atento a este razonamiento, el cual acabado, dicen, que se enterneció de fuerte, que acometido a responder por tres veces no pudo, vencido de lágrimas (que muchas veces el proprio gusto suele bien derramar, guisando un modo de devoción salida de su propio contentamiento con muestras de grande humildad), pero al fin, reportándose, dijo brevemente: harto ciego estuviera yo (buen rey y hermano mío) si no viera y entendiera que las cosas que me has dicho han sido puro favor que me has querido hacer, pues habiendo tantos hombres tan nobles y generosos en este reino echaron mano para él del menos suficiente que soy yo; y es cierto que siento tan pocas prendas en mí para negocio tan arduo que no sé qué hacerme sino acudir al señor de lo criado que me favorezca y pedir a todos que se lo supliquen por mí. Dichas estas palabras se tornó a enternecer y llorar y, con esto, siguieron otros dándole el parabién de su oficio, y con grande aplauso de todos lo llevaron a su casa donde se le hicieron muchas y muy grandes fiestas.

CAPÍTULO LXIX. *De lo que hizo Motecuhzuma, luego al principio de su reinado, en que mostró el valor que tenía*



RA COSTUMBRE DE ESTOS REYES INDIOS, luego al principio de su elección, hacer alguna salida de su corte contra los enemigos de sus reinos, ora fuesen rebelados, ora otros que no los hubiesen reconocido ni tributado. Y a esta sazón, que Motecuhzuma fue puesto en la silla de Mexico estaban los de Atlixco declarados por enemigos (porque como gente belicosa que era no quería acudir de gana a servir a Mexico). Salió luego a esta empresa Motecuhzuma y llevó consigo la flor de la caballería del

reino y entre los más de cuenta fueron Cuitlahuatzin, Matlatzincatzin, Pinahuitzin y Cecepaticatzin, sus hermanos, hijos del rey Axayacatl (y el primero de éstos, que es Cuitlahuatzin, fue el que eligieron los mexicanos después de su muerte en las guerras de Fernando Cortés). Fueron también en esta jornada dos sobrinos suyos, hijos de Tizoc su hermano, llamados Ymactlacuiyatzin y Tepehuatzin. En esta guerra se mostró el rey muy valeroso, haciendo hazañas muy dignas de su persona; y estos príncipes, sus hermanos y sobrinos, dieron asimismo muestras de muy valerosos capitanes y soldados y trajeron captivos, presos por sus manos, que es la mayor honra que de la guerra traían los indios de aquellos tiempos; pero quedaron muertos en ésta Huitzilihuitzin, Xalmich y Quatacihuatl, que eran grandes guerreros y capitanes y con ellos murieron otros algunos. Volvió Motecuhzuma con victoria y muy gran presa con que hizo las fiestas de su coronación.

Vuelto Motecuhzuma de esta guerra vino muy otro de lo que fue, porque a las que antes había ido había sido como soldado o capitán particular y así hacía lo que los demás, que no llevaban poder absoluto; pero como en ésta se reconoció señor superior y supremo comenzó luego a mostrar las grandezas de su corazón y el pecho levantado de su presunción; y el que tales muestras de humildad y ternura dio en su elección, viéndose ya rey comenzó a descubrir sus pensamientos altivos; y lo primero que mandó fue que ningún plebeyo sirviese en su casa, ni tuviese oficio real, como hasta allí sus antepasados lo habían usado; en los cuales reprehendió mucho haberse servido de algunos de bajo linaje y quiso que todos los señores y gente ilustre estuviese en su palacio y ejercitase los oficios de su casa y corte. A esto le contradijo un hombre anciano, de grande autoridad, ayo suyo, que lo había criado, diciéndole que mirase que aquello tenía mucho inconveniente; porque era enajenar y apartar de sí todo el vulgo y gente plebeya y que no osarían ni aun mirarle a la cara viéndose así desechados. Replicó Motecuhzuma que aquello era lo que él quería y que no había de consentir que anduviesen mezclados, plebeyos y nobles, como hasta allí y que el servicio que hacían era cual ellos eran, con que ninguna reputación ganaban los reyes. Finalmente se resolvió de modo que envió a mandar a su consejo que quitasen luego todos los asientos y oficios que tenían los plebeyos en su casa y en su corte y los diesen a caballeros; y así se hizo.

Había un gran capitán en los ejércitos mexicanos a quien los reyes debían buenos servicios, llamado Tlilxuchitl; y como Motecuhzuma se preciaba de gran señor y muy próvido en su gobierno, premió sus trabajos con hacerle señor del pueblo de Tlachauco, con que Tlilxuchitl quedó muy agradecido y recompensado, y Motecuhzuma con fama de muy reconocido y agradecido rey. Y luego al segundo año de su reinado hubo un eclipse del sol, de que temieron mucho estos mexicanos; porque como no alcanzaban ser cosa natural, creían que era algún anuncio de cosas venideras; y aunque es así, con todo, sucedió luego tras él, la muerte de Huitzilatzin, señor de Huitzilopuchco, dos leguas de esta ciudad; y este mismo año, segundo de su imperio, envió sus embajadores con un buen presente a la

provincia de Tlachquiauhco, a Malinal, señor de aquella provincia. Los cuales, entrando en su palacio, le dijeron: Motecuhzuma, nuestro señor y tu pariente nos envía a ti, diciendo que el rey Ahuitzotl, su tío, le dejó dicho cómo en tus jardines tienes un árbol llamado tlapalizquixochitl de lindas y olorosas flores, el cual deseó tener en sus huertas y por muchas cosas, en que andaba divertido, no se acordó de enviártelo a pedir; pero que él (codicioso de la mucha fama de aquel árbol) te ruega, como a pariente y amigo, que se lo des y que te lo pagará en todo aquello que quieres. Oyó Malinal la embajada y en lugar de dar buenas palabras (ya que no quiso dar el árbol, que con tanto comedimiento enviaba a pedir un tan poderoso rey) dijo a los mensajeros: ¿Qué decís vosotros, que parece que traéis perdido el seso? ¿Quién es este Motecuhzuma que decís, por cuyos mensajeros venís a mi corte? ¿Por ventura Motecuhzuma Ilhuicamina ya no es muerto muchos años ha, al cual han sucedido en el reino mexicano, otros muchos reyes? ¿Quién es este Motecuhzuma que nombráis? Y si es así, que hay alguno ahora y es rey de Mexico, id y decidle que le tengo por enemigo y que no quiero darle mis flores y que advierta que el volcán que humea tengo por mis linderos y términos. Esto dijo como si dijera, decidle, que si es rey, yo también lo soy y que tengo vasallos tantos que puedo con ellos hacerle guerra y que no me asombra su nombre. Aquí se me viene a la memoria lo que a Nabal Carmelo le sucedió con David, que enviándole el comedido rey a decir, con algunos de sus soldados, que le pedía y rogaba le favoreciese en aquella grande necesidad que pasaba con sus compañeros, enviándole alguna cosa de refresco de las muchas que en su casa le sobraban, no sólo no le acudió con nada, pero despreciando su persona dijo: ¿Quién es David, ese hijo de Isaí? ¿Por ventura quitarme he yo de la boca el pan para dárselo a él y a sus fugitivos soldados? Andad, decidle que no quiero; pero lo que resultó de esta respuesta fue ponerse en arma David contra él. De esta manera sucede en esta ocasión, que despachados los mensajeros de Motecuhzuma con este recaudo, lo representaron al rey con la crudeza que se les dio; de lo cual enojado Motecuhzuma hizo gente y envióla contra él y lo venció y mató, y se hizo señor no sólo de las flores, pero de los pueblos de Malinal, y de camino venció a las gentes de Achiotlan, con que vinieron victoriosos y con grande presa de captivos.

No se olvidaba Motecuhzuma de las cosas de su falsa religión aunque andaba muy ocupado en las de el gobierno y acudía a lo uno y a lo otro, con mucha puntualidad; y así, levantó casas al demonio en algunas partes que le pareció ser convenientes y puso la piedra de los sacrificios en lugar más alto que estaba y hizo un solemnísimo sacrificio en un templo que estaba en Zonmolli. Y este mismo año, que era principio del tercero de su reinado, se desavinieron los tlaxcaltecas y huexotzincas (que no fue cosa nueva entre ellos, porque muy de atrás se hacían guerra por muy livianas cosas, aunque la presente fue quererse meter los unos en las tierras de los otros) y como los huexotzincas eran menos que los tlaxcaltecas vinieron a Mexico y Tetzcuco a pedir socorro, el cual les dieron los reyes y fueron

contra ellos, ayudados de los mexicanos y aunque no los vencieron los echaron de sus tierras y cesaron las contiendas; y para que mejor se entiendan estas cosas pondré aquí el origen de sus guerras, no siguiendo la puntualidad de el tiempo ni de los años, porque entre ellos andan también confusos, pero las esenciales y de más cuenta fueron en los del reinado de Motecuhzuma, desde luego que comenzó a reinar, y así se dicen algunas en este año.

CAPÍTULO LXX. *Del origen y principio que tuvieron las guerras de los mexicanos con los de la provincia de Tlaxcallan*



A DECIMOS EN EL LIBRO DE LAS POBLACIONES, cómo estos tlaxcaltecas poblaron mucha parte de las tierras marítimas y apartadas de estas sus comarcas y por esta causa salían a tratar y a contratar con ellos, de donde traían oro, cacao, cera, algodón, ropa, miel y pluma rica, así de papagayos como de otras aves que por aquellas partes se criaban y otras cosas de riqueza que ellos mucho estimaban; por lo cual vino a ser este reino o provincia de Tlaxcalla de las mayores y de más estimación de las que por entonces había en esta tierra; y como siempre es odiosa la honra y buena fortuna para aquel que la desea y no la alcanza, tuvieron envidia de la prosperidad de Tlaxcalla todas sus convecinas, como fueron Chollullan, Huexotzinco, Quauhquechollan, Itzucan, Tecalpan, Tepeyacac, Tecamachalco y otras que por allí había, cuyos moradores siempre habían hecho amistad a los de aquella república; pero la sediciosa ambición que no duerme en los corazones de los ambiciosos pudo tanto en estas gentes, que faltando en el amor que les tenían lo convirtieron en odios y enemistades, haciéndose con los mexicanos para descomponerlos; porque como hemos visto, en el largo discurso de su historia, habiéndose aliado los aculhuas y mexicanos y entre ellos hubiese habido tanta amistad y concordia pudo, con esto, ir en crecimiento su imperio y señorío. Y no contentándose con lo que era suyo proprio pretendieron hacerse señores de los otros. Esto comenzó en Itzcohuatl y fue prosiguiendo en Motecuhzuma Ilhuicamina y luego en Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, los cuales fueron formando ejércitos muy cuantiosos con que fueron conquistando y ganando muchas tierras y provincias y sujetándolas a su señorío; porque con las muchas gentes que juntaban atemorizaban toda la tierra, y así unas provincias se les ofrecían de paz y otras a fuerza de guerra; y de esta manera rindieron la mayor parte de este nuevo mundo. Y como los tlaxcaltecas viesen la prosperidad y pujanza de estos mexicanos culhuas, y recelasen poder venir sobre ellos lo que veían en sus vecinos, trataron entre sí de ponerse en arma contra su mala intención, viendo el poderío tan grande que se había levantado en Mexico; y porque no les entrasen por ninguna parte determinaron de guardar y conservar sus tierras (sin pretender las ajenas, ni codiciarlas) mostrando paz con todos, como siempre la habían tenido.

Mas aunque estaban con estos recatos y prevenciones y usaban de este aviso, de querer tener paz con todos, no les valió, para que movidos de envidia los huexotzincas y cholultecas y otras provincias sujetas a los tenuhcas mexicanos no procurasen con astucias y mañas impedir la contratación de los tlaxcaltecas, por todas las partes que pudieron, haciéndoles recoger en sus tierras, y para más incitar a los tenuhcas y moverlos a ira hicieron falsas y siniestras informaciones contra ellos, diciéndoles cómo los tlaxcaltecas se iban apoderando de muchas provincias de las que ellos habían ganado y tenían por suyas, así por amistad como por contratos, especialmente las provincias de Cuetlaxtla, Tuztlan, Cempohuallan, Cohuatzacualco, Tabasco y Campech y con ellas otras muchas y lugares marítimos, que éstos les avisaban por la obligación que les tenían, que mirasen por sí, y lo más que convenía en ello. Lo cual, entendido por los tenuhcas y persuadiéndose a que podía ser así (por tener como tenían a los tlaxcaltecas por belicosos) viéndolos señores de lo más poblado de la tierra, y que a su imitación querían hacer otro tanto, pareciéndoles que el mando no permite igual, para remediar un tan grande estorbo y impedimento, procuraron de apoderarse de toda la Totonacapan y de las provincias de los tohueyos, xalapanecas, nauhtecas, mexcaltzincas y otras muchas que caen hacia la costa y Mar de el Norte que son muchas, sólo a fin de impedir la entrada que podían hacer estos tlaxcaltecas en ellas, estorbándoles las contrataciones y granjerías que tenían en todas estas tierras. Y porque no pasasen adelante procuraron de necesitarlos de muchas riquezas como en efecto lo hicieron. Y como los de Tlaxcalla viesen que de todo punto se declaraba la enemistad contra ellos, de parte de los tenuhcas mexicanos, trataron de defender su partido por la vía mejor que pudiesen, aunque como era mayor el poder de los mexicanos que el suyo procuraron de venirse poco a poco recogiendo a sus tierras, perdiendo la libertad que tenían de las contrataciones; y puestos en esta controversia, consultaron de enviar sus embajadores a los príncipes mexicanos pidiéndoles les hiciesen merced de darles la razón por qué los trataban tan mal y se movían a hacerles guerra, no habiéndoles dado ocasión para ello, ni de que sus gentes fuesen maltratadas de los suyos, estorbándoles sus contrataciones, quitándoles sus mercaderías y haciéndoles otros muchos males y desafueros.

A esto, respondieron los tenuhcas que el gran señor de Mexico era señor universal de todo el mundo y que todos los nacidos eran sus vasallos y que como a suyos los había de reducir a sí, para que le reconociesen por señor; y que los que no le quisiesen reconocer por tal, dándole la obediencia por bien, que los había de destruir y asolarles las ciudades hasta los cimientos y poblarlas de otras gentes; por tanto que procurasen de tenerle por señor y sujetársele, pagándole tributo y pecho como las otras provincias lo hacían; y que si por bien no quisiesen hacerlo iría sobre ellos y los destruiría. A esto respondieron los embajadores, diciendo: señores muy poderosos, Tlaxcalla no os debe vasallaje, ni desde que sus moradores salieron de las siete cuevas jamás reconocieron con tributo ni pecho a ningún rey ni príncipe del mundo, porque siempre han conservado su libertad; y como

no acostumbrados a esto, no querrán obedecer al rey de Mexico, y antes morirán que tal cosa, como ésa, consientan; y entendemos de su ánimo invencible que eso que les pedís querrán pediros a vosotros, y sobre ello derramarán más sangre que derramaron en la guerra de Poyauhtlan cuando la tuvieron con vuestros antepasados los nuestros; y así nos volvemos, con la respuesta que nos habéis dado, a dar razón de vuestro intento. De esta manera y con este recado volvieron a Tlaxcallan estos embajadores, y oída por el senado la ambiciosa respuesta se admiraron, y de allí en adelante vivieron sobre aviso para resistir cualquiera adversidad de fortuna que les viniese.

Habiendo, pues, los mexicanos sujetado la mayor parte de este nuevo mundo, y no teniendo que ganar desde la Mar del Sur a la del Norte y todo lo tuviesen por suyo, procuró su rey venir contra Tlaxcalla para rendirla y sujetarla como a los demás que le reconocían; y ya que no pudieron con halagos y engaños a los principios, comenzaron a acometerlos por todas partes con escuadrones formados, y tanta batería les dieron que los vinieron a acorralar dentro de pocos años en sus propias tierras y provincia, donde los tuvieron cercados más de sesenta años, necesitándolos de todo lo que humanamente los pudieron necesitar; porque no tenían algodón con que vestirse, ni oro ni plata con que adornarse, ni pluma ninguna con que engalanarse, ni cacao para beber, ni sal para comer; de todo esto (como decimos) carecieron por tiempo de más de sesenta años y quedaron de este cerco tan habituados a no comer sal, que hasta muy pocos años ha no la sabían comer, ni se les daba nada por ella, ni aun los hijos que se criaron luego que entraron los españoles en la tierra no la comían, aunque ya con la muchedumbre y abundancia que de ella hay, y por ver que los otros la comen, la usan ellos.

Volviendo a nuestro propósito, digo: que puestos en este cerco tenían siempre y muy de ordinario crueles guerras con los mexicanos, acometidos de todas partes; y como estos mexicanos no tuviesen otros tan continuos y tan conocidos enemigos y tan vecinos, muchos de los que querían huir de su tiranía venían a favorecerse a esta provincia, que estaba como en frontera, para hacer guerra al mexicano, y de esta manera se vinieron los xaltocamecas, algunos otomíes y chalcas donde fueron acomodados y recibidos por moradores de ella, dándoles tierras en que viviesen con cargo que los habían de reconocer por señores pagándoles tributo y terrazgo; demás de que habían de estar muy a la continua en arma para defender sus tierras, porque los mexicanos no les entrasen por alguna de ellas, y esto guardaron siempre sin quebrantar la palabra que de ello dieron hasta que vino Cortés y los quitó de litigios.

Con este continuo cuidado que los tlaxcaltecas tenían de guardar sus tierras nunca se las entraron los mexicanos, aunque muchas veces lo pretendieron; y muchas veces sucedía en los reencuentros que tenían quedar ricos de despojos; porque de otra manera ni alcanzaban oro ni plata ni otra cosa que fuese de riqueza. También sucedía que algunas veces se confederaban y tenían treguas por algunas causas que se les ofrecían, como

entre nosotros y otras naciones del mundo acontece; y de aquí resultaba haber algo más de lo ordinario. Y esto que se dice de estos tlaxcaltecas, decimos también de los huexotzincas y otras provincias entre sí con los mexicanos; pero eran muy fáciles en desavenirse; y por esto volvían a enemistarse y ser unos contra otros. Esto digo porque en lo que dejo dicho atrás parecerá que en algunas cosas de éstas puede haber contradición; pero podrálas excusar el que la pensare con haber oído lo dicho. Y en estas ocasiones (que solían durar por alguna temporada) los señores mexicanos y tetzcucanos enviaban a los nobles de la república grandes presentes y dádivas de oro, ropa, cacao, sal y otras cosas de las que en aquellos tiempos usaban; y esto era con mucho recato y sin que la gente plebeya lo supiese ni entendiese; y se saludaban secretamente, guardándose el decoro que se debían los unos a los otros; mas con todos estos trabajos jamás se dejaba de gobernar la república con la rectitud de costumbres que tenían, guardando inviolablemente el culto de sus falsos dioses y preciándose de no reconocer a ningún rey mexicano por señor, teniéndose por señores de su república ellos; y de esta manera se conservaron hasta que entró en el imperio Motecuhzuma, el segundo de este nombre.

CAPÍTULO LXXI. *De cómo el rey Motecuhzuma, al segundo año de su reinado, hizo mover guerra contra los de Tlaxcalla, y lo que sucedió*



A CUANDO MOTECUHZUMA había un año que reinaba se hallaban los mexicanos casi señores de toda la monarquía de este nuevo mundo. Sólo sentía su rey no verse reconocido de los de la provincia de Tlaxcalla (que en comparación de lo que tenía por suyo y a su obediencia, no era de ducientas partes una), y sentido de que solos éstos tuviesen libertad y viendo su gran poder echó bando, que todos los sujetos a Mexico saliesen en cierto día señalado a dar combate a los de Tlaxcalla, cercándoles la provincia por todas partes; pareciéndole que con este tan gran poder serían vencidos y asolados, o se darían a partido viéndose tan oprimidos y apretados. Eran en esta sazón los que gobernaban esta república cuatro hombres de grande autoridad y muy guerreros. El de la cabecera de Ocotelolco se llamaba Maxixcatzin, el de Tizatla, Xicotencatl y el de Quiahuiztlan, Teohuayyacatzin y el de Tepeticpac, Tlehuexolotzin. Éstos tenían todo el gobierno de esta república (como en otra parte decimos) y de éstos pendían todos los demás señores que había en ella, no faltándoles en nada.

Oído el bando de Motecuhzuma, que corrió muy apriesa por toda la tierra de su imperio, salió luego al cumplimiento de él Tecayahuatzin, señor de la ciudad y provincia de Huexotzinco y para hacer mejor su hecho se confederó con los cholultecas, que juntos los unos con los otros vinieron publicando guerra a fuego y sangre. También se quisieron valer en esta

ocasión de astucia y maña como de fuerzas, y para esto intentaron de atraer a sí y sobornar a los del pueblo de Hueyotlipan, sujetos de Tlaxcalla, que estaban puestos en frontera de mexicanos y tetzcucanos y a todos los otomies, que asimismo estaban por guarnición de sus términos; de lo cual los señores de Tlaxcalla tuvieron aviso dado por ellos mismos, y por esto vivieron de allí adelante muy recatados y casi no haciendo confianza de estas sus mismas gentes; porque por alguna traición o engaño no fuesen entrados y destruidos; porque era grande el combate que se hacía siempre a los de las fronteras y guarniciones con dádivas de joyas, rodelas, armas y otras cosas de estimación de que ellos carecían; y lo que les pedían era no que les fuesen favorables en la pelea, sino que cuando se hubiese de dar el combate general por todas las partes de la provincia, que los dejasen y no peleasen; y que si así lo hiciesen serían muy bien remunerados por los príncipes mexicano, tetzcucano y tepaneca, y que habiendo vencido y tomado el reino de Tlaxcalla serían libres de servidumbre y señores de muchas tierras y entrarían a la parte en todo lo que se ganase. Oían siempre estos fronteros todas estas razones y promesas; pero jamás consintieron en desamparar a sus amigos antiguos los tlaxcaltecas que de muchos años atrás los tenían por hermanos y confederados, con los cuales se habían conservado y a su amparo se habían defendido de otras gentes que les habían pretendido hacer guerra y destruirlos; y respondieron que no sólo no harían tan gran traición y aleve, pero que prometían de morir por su patria y república y desde entonces pusieron mucho más cuidado en guardar sus puestos y fronteras.

Viendo los huexotzincas y chololtecas (que fueron los primeros que llegaron a probar ventura en este cerco) que no podían inclinar los ánimos de los de las fronteras, que eran las partes por donde con más facilidad y a menos riesgo podían entrarles, salieron de sus ciudades determinados de entrar por donde pudiesen, y entrando por tierras de Tlaxcalla iban haciendo grandes daños, fuerzas y robos y llegaron a un lugar que está una legua de la ciudad de Tlaxcalla, llamado Xiloxuchitla, donde hicieron grandes tiranías y crueldades en sus moradores y otras gentes que por allí hallaron descuidados. Y aquí salió un valiente capitán, llamado Tizatlacatzin, con alguna gente a favorecer a éstos que con descuido los habían cogido, y aunque peleó valientemente con ellos no pudo resistirse por mucho tiempo, porque era con grande exceso mayor el número de la gente de los enemigos, y así lo mataron habiendo vengado su muerte muy varonilmente. La muerte de este capitán fue muy sentida, porque era uno de los más principales hombres de la cabecera de Ocotelolco; pero aunque murió este caballero en esta batalla parece que venció, porque con su llegada a aquel puesto detuvo a los enemigos que no pasasen adelante, los cuales viendo que ya habían sido sentidos se volvieron atrás, retrayéndose a sus tierras. Esta guerra hecha tan sin fruto en esta provincia fue principio de las otras muchas que entre sí tuvieron estas dos provincias en los años siguientes, hasta la venida y entrada de los españoles, que fue por tiempo de más de diez y siete años. Otros vinieron contra ellos por otras partes, pero fue muy in-

fructuosa su venida, porque como ya estaban apercibidos y ellos muy fortificados en su sitio no hicieron nada.

De este mal principio que los huexotzincas tuvieron en esta batalla dicha se escaldaron tanto los tlaxcaltecas que ya no sólo los aguardaban en sus casas para recibirlos de guerra, sino que saliendo de ellas les corrían las tierras y talaban los sembrados y los ponían en muy grande aprieto; y fue tanta la pujanza de los tlaxcaltecas que en poco tiempo los arrinconaron en un sitio muy abreviado y corto; en especial una vez que los acometieron por la parte alta de la Sierra Nevada donde los tuvieron muy apretados y a riesgo grande de perderse, por lo cual enviaron sus mensajeros con grande priesa a esta ciudad de Mexico al gran señor Motecuhzuma, diciéndole el peligro en que estaban y la necesidad grande que tenían de su favor y socorro. El rey Motecuhzuma que oyó el mensaje hizo juntar mucha gente que fuese en su ayuda y envió con ellos a un hijo suyo, llamado Tlacahuepantzin, por capitán general; y bien entendieron los huexotzincas que en llevar tan gran socorro y favor de tan gran rey acabarían con sus enemigos y así se partieron muy contentos y los mexicanos fueron al cerco que los tlaxcaltecas les tenían hecho. Hicieron su entrada por la parte de Tetela (que es la otra parte del volcán, hacia la del mediodía) y Tuchimilco y bajaron a Quauhquecholan donde les acudieron todos los de Itzucan y Chietla, como vasallos de Mexico. Tuvieron noticia los de Tlaxcalla de esta llegada y saliéronles al encuentro antes que pasasen adelante ni llegasen a sus tierras, porque no les hiciesen en ellas algún daño, y pudieron hacer esta salida muy fácilmente porque como los huexotzincas estaban subidos en la sierra, habían dejado los llanos desocupados por donde pudieron tener paso seguro los de Tlaxcalla para ir a detener los que les venían de socorro; y así entraron muy a su salvo y sin estorbo por Tlecaxtitlan, Acapetlahuacan y Atlixco, antes que los huexotzincas y mexicanos se desenvolviesen; y dieron sobre ellos con tanto ímpetu y ira que como los cogieron desapercibidos hicieron cruel estrago en ellos, tanto que desbaratados todos y muertos muchos se retiraron huyendo; y en este acometimiento murió Tlacahuepantzin, hijo del rey Motecuhzuma, que era su capitán general. Siguieron los tlaxcaltecas el alcance y hicieron un muy grande despojo de todo lo que llevaban, porque con la priesa del huir dejaban atrás el bagaje y riquezas. Con esta victoria se volvieron a su tierra muy alegres y honrados, con la cual pusieron tan grande espanto en toda la tierra que lo supo, que ya los tenían por invencibles.

Como de esta salida tuvieron los tlaxcaltecas tan buen suceso volvieron contra los cercados y, aunque por ser valientes y estar bien pertrechados no los pudieron ofender, les talaron los panes, y con este daño pasaron a sus tierras, de la cual les sobrevino a los huexotzincas y cholultecas tan grande hambre que perecían, y para valerse en ella y socorrerla se vinieron muchos de ellos a las provincias aculhuas y mexicanas donde, con licencia de sus reyes, estuvieron todo el tiempo de su necesidad en el ínterin que en ella se les proveía de remedio. Estas guerras, que aquí hicieron estas familias, se pueden llamar civiles, porque tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas

eran todos unos, parientes y amigos y aunque cuando tratamos de huexotzincas contra tlaxcaltecas no nombramos con ellos a los chololtecas, hase de entender que ambas familias se juntaban como confederadas y juramentadas contra ellos, pero no mostraban mucha valentía los cholultecas, porque eran más mercaderes y lapidarios que soldados, aunque acudían a ellos como confederados con los huexotzincas.

CAPÍTULO LXXII. *De lo que el rey Motecuhzuma hizo cuando supo la muerte de su hijo Tlacahuepantzin en la guerra contra los de Tlaxcalla*



L SUCESO PASADO DE LA HUIDA DE LOS MEXICANOS, muerte de su capitán general Tlacahuepantzin y victoria de los tlaxcaltecas llegó a oídos de Motecuhzuma, el cual apesarado del hecho y enojado contra los que le habían muerto el hijo determinó de destruir y asolar de todo punto la provincia de Tlaxcalla, para lo cual llamó a consejo de guerra y en él habló muy sentidamente con los suyos y entre otras muchas razones que les dijo fueron las de más cuenta éstas: determinado estoy de que todo el poder mexicano vaya contra los tlaxcaltecas, porque nos tienen grandemente ofendidos y enojados con los atrevimientos tan grandes que han tenido; y ya que hasta ahora los han dejado de destruir nuestros antepasados, por tenerlos enjaulados como codornices para hacer sacrificio de ellos y para que el ejercicio militar de la guerra no se olvidase y porque tuviesen en qué ejercitarse los hijos de los señores mexicanos, empero ahora, que han muerto a Tlacahuepantzin mi hijo, con atroz atrevimiento, es mi voluntad de destruir a Tlaxcalla y asolarla porque no conviene que haya más de una sola voluntad, un solo mando y un absoluto poder, y estando Tlaxcalla por conquistar no me tengo por señor universal del mundo. Esto oído por el senado votaron todos que así se hiciese. Luego salieron mensajeros por todas partes que fueron diciendo estas cosas por las provincias y reinos sujetos y confederados de los mexicanos; y al día señalado vinieron sobre Tlaxcalla tantos que parece número increíble. Cercaron la provincia por todas partes, poniéndose por las partes del norte los zacatecas y tuzapanecas y los de Tetellan, iztacmixtitecas y los tzauhtecas; luego seguían en contorno por las del sur los de Tepeaca, los quecholtecas y tecamachalcas, tecalpanecas y totomihuas; luego seguían chololtecas, huexotzincas, tetzcucanos, aculhuas, tenuhcas, mexicanos y otros muchos de otras familias, y fueron tantos que ciñeron toda la comarca de la provincia haciendo un círculo redondo para cogerlos enmedio y destruir las guarniciones y presidios, con ánimo de entrarles en la ciudad y pasarlos a todos a fuego y sangre.

De este repentino hecho estaban ignorantes los señores cabeceras de Tlaxcalla, porque aunque tenían siempre aviso de las cosas, de esto no lo supieron; y estaban en su ciudad descuidados, pero como toda la provincia

a la redonda estaba pertrechada y fortificada con presidios y tercios de gente muy valerosa no era mucho el daño que podían temer, porque confiaban de sus otomíes más que de su mismo valor y fuerzas. Pues como estas guarniciones, que por toda la redonda había, se vieron cercados hicieron su acostumbrada seña y salieron a ellos con ánimo de morir y a que los matasen y juntamente fueron a dar aviso a la señoría del gentío grande que los tenía cercados. Comenzaron la guerra y aunque fue muy prolija y reñida hubieron de volver las espaldas los que venían en favor de los mexicanos, porque como había de todas familias, así también eran pocas las fuerzas, y las de los contrarios tlaxcaltecas unas y muy aventajadas, y en breve tiempo los desbarataron y cuando llegaron los de la ciudad al socorro ya estaba hecha la batalla. Luego fue la nueva de lo hecho y cómo las fronteras habían peleado valerosísimamente y que los habían puesto en huida y muchos de ellos seguido el alcance. Vueltos los ejércitos mexicanos de esta vez con este despacho entraron los vencedores en Tlaxcalla con la presa y despojos que habían ganado, que dicen fue una muy grande suma de riquezas; y en recompensa de tan hazañoso hecho casaron muchos señores sus hijas con los capitanes otomíes, que eran fronteros, en pago de agradecimiento y armaron caballeros a muchos de ellos para que fuesen tenidos y estimados en la república por personas nobles y calificadas en ella. Hiciéronse en esta ciudad muy solemnes y regocijadas fiestas por esta tan grande y feliz victoria; y sobre todo pusieron grandísimo cuidado, de allí en adelante, de reforzar su ciudad, rehacer sus fuertes y renovar sus fosas, haciendo en ella otros muchos reparos; porque si Motecuhzuma revolviese sobre ellos no les hallase desapercibidos y los destruyese y avasallase.

CAPÍTULO LXXIII. *De una grande hambre que hubo en tiempo de este rey Motecuhzuma, y de lo que hizo para favorecer a sus gentes*



L CUARTO AÑO DEL REINADO de este poderoso y desgraciado rey hubo una muy grande hambre en toda la tierra convencina a esta ciudad, en muchas leguas a la redonda, que ya parecía que los cielos comenzaban a anunciarle la carestía de ventura que había de tener en los años siguientes, y fue grandísima la seca de este año y tanto abrasaba el sol que parecía que se abrasaba la tierra, y por esto creció el siguiente tanto la hambre que, no teniendo los mexicanos ni toda su comarca que comer, se apartaban a tierras muy lejas y extrañas a comprarlo; y llegó a extremo que habiendo gastado todo cuanto tenían estas cuitadas gentes en los bastimentos que les faltaban, llegó a punto de vender las madres a sus hijos por precios bien cortos y limitados; lo uno por remediarse a sí, y lo otro por no verlos perecer a ellos. Y aunque Motecuhzuma viendo la grande hambre que los suyos pasaban, había dado mucha parte de las semillas de sus

trojes para socorro de ellos; pero viendo la grandísima necesidad que había y que ya no les quedaba esperanza humana de remedio, mandó que las trojes se abriesen y que fuesen dando de ellas a todos por iguales partes, entrando él a la partición con ellos; y viendo que aún no bastaba les dio licencia para que cada cual se fuese a la tierra que le pareciese a socorrer su necesidad y a vivir en ella, si no quisiese volver hasta pasada la hambre. Dicen que con la licencia de su rey y necesidad que pasaban salieron muchos de por aquí y murieron de ellos gran parte en los caminos y otros se salvaron y muchos se quedaron después por allá pasada la hambre.

Es muy proprio de príncipes generosos mostrar largueza y liberalidad con sus vasallos cuando los ven en aprieto y necesidad, en especial de hambre; porque con esta franqueza se hacen señores queridos y muy dueños de los corazones de sus gentes, porque la liberalidad ata las manos, no sólo a los amigos para estar firmes en la amistad, sino también a los enemigos para olvidar injurias, como en otras partes hemos dicho. Y es muy notorio a todos los que saben y entienden algo de aquel valeroso griego Cimon, del cual dice Plutarco,[1] que fue tan liberal que mandó a sus labradores quitar los cercados y vallados de los sembrados y sementeras para que se aprovechasen los peregrinos y forasteros del pan que quisiesen para satisfacer la hambre que tuviesen; y no sólo los peregrinos sino también todos los que en la ciudad la padeciesen. De aquel consejo de Joseph[2] que dio al rey Faraón de Egipto redundó tener trigo y semillas en todo su reino para remedio de la hambre que sobrevino después de los siete años de abundancia que antecedieron a esotros siete estériles que pasaron; pero aunque hubo pan vendióse caro, porque al principio lo compraban a peso de plata y después que faltó el dinero a trueque de los ganados que tenían y cuando ya no había cosas con que comutarlo se dieron todos por particulares terrazgueros del rey; de manera que si hubo pan fueles muy caro y lo compraron con sus haciendas y libertad; pero en esta ocasión hace Motecuhzuma muy desinteresadamente porque no obliga a los moradores de su ciudad a ninguna paga, sino que libre y francamente abre sus trojes y graneros y comunica a sus vasallos las semillas que en ellos estaban encerradas para que con este favor socorriesen sus vidas y él quedase más amado y querido de los suyos; que si bien se mira esta liberalidad (y más en tiempo de hambre) hace a los hombres gloriosos y que su fama dure por todos los siglos y edades del mundo. De Pelópidas, ateniense, dicen los que engrandecen sus hechos que era tan liberal que, siendo rico y muy próspero en los bienes que había heredado de sus padres, comenzó luego en su mocedad a mostrarse muy franco con todos y que con los pobres y necesitados partía el pan que tenía; y dicen que decía que el hombre había de ser señor de su hacienda y no esclavo de ella; a cuyo propósito dijo discretamente Aristóteles que mucha parte de los hombres o no usan de sus riquezas por ser viles y apocados o ya que las tengan las gastan mal y sin cordura; y aunque este segundo es vicio, no es tan afrentoso como el

[1] Plutarco in Vita Cimoni.
[2] Genes. 41.

primero; porque el roto y desbaratado y mal distribuidor de su hacienda (aunque parece digno de nota por ser desperdiciado como lo fue el hijo pródigo), al fin será posible que, en aquella distribución indiferente que hace, dé algo que sea de merecimiento socorriendo algún pobre y necesitado y haciendo alguna otra obra buena; pero el escaso y miserable como guarda tanto, falta en las cosas forzosas de la honra y aun en las de la obligación de la caridad, como parece en el rico avariento que ni aun las migajas que se desperdiciaban en su mesa quería dar al pobre Lázaro;[3] y estos tales, ni son para reyes, ni aun para hombres, sino para sapos; que dicen de ellos los naturales que aun de tierra no se hartan, por ser de tan vil y baja naturaleza que les parece que aun la tierra les ha de faltar con ser elemento tan grande y tan común a todos. No se dice esto de aquel invictísimo César de gloriosa y santa memoria, Carlos V nuestro señor, sino que estando una vez ya para sentarse a la mesa, en cierta guerra que hacía y siendo tiempo de hambre, y que la padecía el ejército, entraron dos de los soldados y tomaron dos panes que estaban puestos en ella y mirando al emperador uno de sus capitanes que con él comía, para ver qué sentimiento mostraba, él que lo advirtió, le dijo: dejadlos, llévense el pan que para mí no ha de faltar y ellos lo hambrean; y si en mí no hallan socorro menos le tendrán del enemigo. Sentencia digna de tan valeroso y cristiano capitán. Pasóse este tiempo de tanta hambre y volvieron los mexicanos a gozar de mucho pan y quedó Motecuhzuma con nombre de muy padre de sus hijos.

En este mismo tiempo que corrió la hambre dejó de humear el volcán y estuvo veinte días sin hacer demonstración de humo ninguno y lo notaron estas gentes, pronosticando en esto que aunque faltaban los mantenimientos en la tierra había de venir año que cogiesen mucho pan, como sucedió, aunque también pudo ser anuncio de que el humo infernal de la idolatría, que tan en su punto estaba en esta ciudad y reinos por aquellos tiempos, había de faltar y el demonio había de ser echado de este su tan reconocido reino a las penas y tormentos infernales, como después sucedió con la entrada del evangelio, que con tanta gloria de él se predicó en toda esta Nueva España, aunque con inmensos trabajos de sus evangélicos ministros.

Reformados ya estos indios de la hambre pasada hizo guerra su rey a los de Quauhnelhuatlan, para cuya jornada dio armas y ropas nuevas de diversos colores a los capitanes y soldados, y lo estrenaron todo en aquesta guerra; y los muchos captivos que trajeron de ella fueron sacrificados en la estrena y dedicación del templo de la diosa Chicomecohuatl, por otro nombre Centeul, que se acabó en este año, cuyas fiestas fueron de grandísima celebración, por ser la abogada de los panes (como en otra parte decimos) y estar ellos con la memoria fresca de la hambre pasada y temerosos de otra que les sobreviniese.

[3] Luc. 16.

CAPÍTULO LXXIV. *De cosas en que el emperador Motecuhzuma mostró su grandeza, y se dicen algunas costumbres suyas*



IEMPRE LA LIBERTAD, QUE NO CONOCE SUPERIOR, vuela tanto que no parando en medios moderados se encumbra en lo más alto que sus fuerzas pueden. Esta altiva condición mostró el arrogante Motecuhzuma con las gentes de sus reinos; y vino a hacerse respetar tanto que ya casi no parecía hombre en la reverencia que le hacían, sino un dios adorado; porque ningún plebeyo le había de mirar a la cara, y si lo hacía, moría por ello. Cuando entraban en su palacio real todos habían de ir descalzos y los que iban a negociar con él habían de entrar vestidos con mantas groseras; y si eran grandes señores, o en tiempo de frío, sobre las mantas buenas que llevaban ponían una pobre y muy gruesa encima, con que las cubrían (porque no se habían de mostrar grandes en su presencia), y cuando le hablaban era con mucha sumisión y humildad, los ojos muy bajos al suelo, sin levantarlos para mirarle; y si él respondía era en voz muy baja que apenas parecía que movía los labios, y esto era pocas veces porque las más veces tenía junto a sí una persona que respondiese de los continuos de su cámara, que eran a manera de secretarios; y esto fue costumbre no sólo de este gran rey Motecuhzuma sino de otros reyes también. Y dice el padre fray Toribio Motolinía que vio usar esto en los principios no sólo en los que se preciaban de reyes sino a otros señores de particulares provincias (que lo habrían tomado de ellos para estimarse y engrandecerse con los suyos) y cuando oían toda la razón no respondían sino ajá, que quiere decir sí o bien está; y esto que apenas se oía. Esta costumbre de no dar respuesta los reyes por sí mismos sino por segunda persona, dice Justino[1] que comenzó en los babilonios o asirios después que reinó en ellos Nino; por haberse encerrado y ocultado de los hombres y metido en la compañía de las mujeres; el cual para los negocios que se ofrecían en sus reinos los despachaba por terceras personas; y de esto, que entonces fue vicio, quedó después por autoridad, y de ésta usaban estos indios.

Cuando salía de su palacio no iba en sus pies sino en andas levantado en hombros de señores, y si había de bajarse de ellas le ponían una alfombra rica donde pisase; acompañábanle muchos señores y principales del reino y toda la gente que estaba en las calles o caminos le hacían profunda reverencia y acatamiento, humillándosele sin levantar los ojos para mirarle y estaban, hasta que pasaba, de aquella manera muy caídos sobre sus rostros; teníanle grande reverencia y temor todos, así nobles como plebeyos, porque era muy severo y cruel en castigar a los que faltaban en sus mandatos. Jamás se vestía un vestido dos veces, ni comía ni bebía en una vasija o plato más de una vez, porque todo había de ser siempre nuevo; y de lo que una vez se había servido, dábalo luego a sus criados, que con estos continuos percances andaban muy bien vestidos y ricos.

[1] Just. lib. 1.

Era en extremo amigo de que se guardasen sus leyes y acaecíale, cuando volvía con victoria de alguna guerra, fingir que iba a alguna recreación y disfrazábase para ver si por no pensar que estaba presente se dejaba de hacer algo de la fiesta o recibimiento; y si en algo se excedía o faltaba, castigábalo sin remedio. Para saber cómo hacían sus oficios sus ministros, también se disfrazaba muchas veces y aun echaba quien ofreciese cohechos a sus jueces o los provocase a cosa mal hecha; y en cayendo en algo de esto eran luego sentenciados a muerte y morían sin reparo; no curaba que fuesen señores ni deudos ni propios hermanos suyos, porque sin remisión moría el que delinquía. Su trato con los suyos era poco; raras veces se dejaba ver y estábase encerrado mucho tiempo pensando en el gobierno de su reino.

Asimismo tenía para su recreación muchos jardines y vergeles y en ellos sus casas y aposentos (como en otra parte decimos). Tenía peñoles cercados de agua y allí mucha caza, bosques y montañas cercadas; y de éstas hay una en el pueblo de San Pedro Atlixco, dos leguas de la Villa de Carrión y veinte de esta ciudad, hecha en unos grandes pedregales y malpaíses, que cogen gran parte de aquellas faldas del volcán (la cual he visto y la ven todos los que por allí pasan) que dicen era para recoger los animales fieros que por allí había y traían de otras partes, y de aquel lugar se traían a las casas de esta ciudad, donde los tenían recogidos. Tenía en todas estas partes sus aposentos muy barridos y limpios, aunque jamás hubiese de entrar en ellos, porque de gente de servicio era como el mayor señor del mundo. Tenía grandísimo cuidado de que estuviesen barridas y limpias las calles y calzadas de esta gran ciudad, y era en tanto extremo que apenas se veía cosa sucia en ellas (bien al contrario de como las tenemos ahora), y por donde quiera que había de pasar este gran señor era tan barrido y el suelo tan asentado y liso que aunque la planta del pie fuera tan delicada como la de la mano no se lastimara, ni recibiera lesión ninguna. Por consiguiente manera hacía tener grandísima cuenta con la limpieza de los templos y así estaban todos limpios como si fueran tazas de plata; y sus casas y suelos no sólo estaban muy encaladas y blancas, mas muy bruñidas y lúcidas; y cuando en ellas hería el sol relumbraban como plata, y a cada fiesta principal que había se renovaban y parecían hechas de nuevo.

Tenía por opinión que la gente ociosa no podía hacer cosa buena y que estaba dispuesta para todo mal y daño, por esto traía a las gentes de sus reinos muy ocupados. A los que eran para la guerra los traía siempre en ella; a los que no, los hacía servir en las cosas del ministerio de la república; a unos labrando las tierras para los panes y a otros en otros ministerios, según ocurrían las necesidades en los oficios que había. A los que por muy pobres o enfermos no se podían ocupar en nada hacía que se ocupasen en coger piojos y que esto tributasen porque no les faltase en que entender. Del emperador Commodo, de Roma, dice su historia que comenzó a plantar viñas y dio licencia a los franceses y a los panonios para tenerlas; y porque no anduviesen ociosos y baldíos los caballeros, militares y soldados, el tiempo que no había guerras, los hacía ocupar en la plantación de las viñas

y en cultivarlas y que esto pasase por sus manos y no por las de sus criados; y con esto los tenía divertidos y fuera de pensamientos ociosos que siempre la semejante gente los encamina a cosas de descomposición; pues esto era lo que este prudente indio hacía en su república por excusar a los suyos de que cometiesen algún mal por ocasión de andar ociosos y holgados.

Tenía en su corte (de todas las provincias que había conquistado) hombres principales repartidos en casas proprias, que llamaban de comunidad, para la asistencia de los de aquellas provincias, donde venían a parar con los tributos y otras cosas que les eran pedidas. Y había señores asistentes en ellas y cuando se ofrecía algo para aquella provincia eran llamados los asistentes de ella que residían en esta corte y tomando razón del caso, despachaban a sus pueblos. De aquí debió de quedar la costumbre que aún hasta ahora ha durado de haber casas de comunidad en estas dos partes de Mexico y Santiago Tlatelulco, de muchos pueblos de esta gobernación donde vienen a parar cuando por algún negocio vienen a esta corte a traer sus tributos, cuando los traían a ella, aunque ya se usa esto muy poco, porque está remitido a otras personas y justicias por inconvenientes que se han hallado.

Era providentísimo en saber gratificar los servicios que los hombres valerosos y valientes capitanes habían hecho a la república; y así tenía dedicado el pueblo de Culhuacan (que es en esta laguna, dos leguas de esta ciudad, del cual tantas veces hemos hecho memoria) para que en él se recogiesen todos los hombres viejos e impedidos que se habían ocupado en guerras o en su servicio o que otras legítimas causas moviesen a ello, y tenía dado orden de que allí los sirviesen y regalasen como a gente estimada y digna de todo servicio (que no sería pequeño gasto, este que con ellos se haría), aviso por cierto digno para los reyes y príncipes del mundo que se sirven de sus vasallos para las cosas de su honra y conservación de su alta y soberana majestad; porque así como aquéllos ponen sus vidas a riesgo y peligro de perderlas, por sólo su servicio, es bien que lo reconozcan y que si cuando tuvieron fuerzas para servirlos lo hicieron, que cuando ya les falta y están imposibilitados y totalmente impedidos tengan refugio cierto en aquellos a quien sirvieron. Ésta fue piadosísima providencia (según escribe Plutarco)[2] de los atenienses, entre los cuales había ley que los que hubiesen cegado o perdido los ojos en la guerra fuesen servidos y regalados en la república como dignos de todo servicio, por haberse opuesto a los enemigos en defensa de su patria; pues es cierto que nuestro Motecuhzuma nunca leyó esta ley en los códigos o anales griegos; pero leyólo en los libros de la buena razón y como enseñado en ella lo mandó y ejecutó.

[2] Plutarcus in Vita Salonis.

CAPÍTULO LXXV. *De cómo Motecuhzuma hizo renovar el caño del agua en esta ciudad de Mexico; y se dice las guerras que tuvo con los de las provincias mixtecas, acompañado de los tetzcucanos y tepanecas*

AL QUINTO AÑO DE EL IMPERIO de este gran monarca Motecuhzuma, continuando el reparo de su república, hizo sacar un grande caño hecho de atarjea para el agua que en ella se bebía; y fue esta obra hecha sobre la antigua que otro su antecesor había hecho, añadiendo y fortificando la calzada por donde venía, que fue obra digna de rey; con que la ciudad quedó muy contenta y bien abastecida de agua. Pero tuvo un muy grande azar este regocijo, porque luego que llegó el agua por el caño nuevo cayó un rayo sobre el templo de Zonmoli que lo abrasó sin poderse remediar; y como comenzó a arder y a crecer el fuego los que no sabían lo sucedido del rayo entendieron que eran enemigos que habían entrado en la ciudad y que le habían puesto fuego; con lo cual todos se alborotaron, en especial los de la parte de Tlatelulco, que como más apartados se persuadieron fácilmente a esto; y alborotados tomaron sus armas y vinieron aclamando guerra. Motecuhzuma, que supo lo hecho (porque luego corrió la voz del albotoro y debió de pensar que era ruido hechizo de los tlatelulcas y que tomaban aquella ocasión para hacer algún desatino de que recibió notable pena y disgusto), reprehendióles el hecho, y temiendo otro semejante, o que no quisiesen hacerle guerra con la mano poderosa que tenían de tener muchos y muy principales oficios en la república, como deudos y parientes (que muchos de ellos lo eran suyos), los privó y despojó de ellos y les mandó que ni viniesen a la ciudad, ni entrasen jamás en su palacio. No les valió excusa ninguna a los tlatelulcas entonces, porque siempre eran tenidos por sospechosos desde la de Moquihuix; pero pasósele la cólera al rey a pocos días pasados y volviendo a su gracia volvieron también, otra vez, a sus oficios.

En este mismo tiempo hubo conjuración entre los señores de las provincias mixtecas y de toda aquella parte de Tecuantepec, donde estos señores mexicanos tenían sus presidios y guarniciones, y trataron entre sí de matarlos y volverse a su antigua libertad, pareciéndoles mucha sujeción la que tenían, dando parias y tributos a un rey, que en razón de hombre no era más que ellos y que en poder se le igualaban. Los más bulliciosos que en esto se mostraron fueron Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan y Nahuixochitl, señor de Tzozolan y con éstos todos los demás de aquellos reinos y provincias (como decimos) que eran muchos y de muchísima gente, y comprometieron todos los de esta conjuración en Nahuixochitl, señor de Tzozolan. Determinados en el hecho trazaron la traición en esta manera: Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan, hizo un convite general, al cual convidó a muchos de sus convecinos para más disimular, y entre ellos todas

las gentes que eran de presidio mexicano, en Huaxyacac (que ahora es de españoles y la llaman Huaxaca o la ciudad de Antequera) y otras partes, y les rogaron diciendo que pues era en orden de mostrarles amor y voluntad fuesen con sus mujeres y hijos para que todos participasen de el convite y regalo. Fueron todos con sus mujeres y hijos (porque los que estaban de presidio en alguna parte de estas Indias acostumbraban a llevarlas, para tenerlos los reyes más seguros), los cuales fueron regalados y servidos con grande abundancia de comida y luego se les dio a todos, chicos y grandes, vestidos y mantas a su usanza (que en esta ocasión no reparó en nada este señor, con el intento malo que tenía de haberlos de despojar presto de todo ello). Pasada la fiesta y deshecha la compañía partieron otro día, de mañana, los mexicanos con sus familias a sus lugares y puestos; y en uno que era barrancoso y cerca del pueblo estaba Nahuixochitl, señor de Tzozolan, con mucha gente de guerra en celada, aguardando al paso que por allí era forzoso a todos, antes de divertirse, para sus puestos particulares; y así como llegaron a él salieron los de la celada y dieron repentinamente en ellos y los mataron a todos sin dejar ninguno con vida; porque como iban de banquete, iban descuidados y sin armas. Tuvo aviso de esta traición otro gobernador de Motecuhzuma, llamado Texacan, que estaba en una frontera, y envió razón de todo lo sucedido a su señor y sintiéndolo mucho dio el mismo aviso a los dos reyes, sus confederados y todos tres hicieron gente que luego fue contra los rebeldes, aunque no los vencieron; porque demás de ser muchos los que se juntaron para encontrarse con estos ejércitos, eran malhechores y se defendían como los que sabían què eran dignos de muerte, cuando fuesen habidos a las manos; porque diferentemente pelea el que sabe que puede alcanzar perdón, cuando le venzan, que el que sabe que ha de morir aún después de vencido; porque éste con la certidumbre de su muerte procura dejarla bien vengada. Volviéronse los mexicanos de esta vez con sólo haberlos puesto en huida y ellos quedaron seguros en sus casas y puestos.

Volvieron a hacer gente los tres reyes para concluir esta guerra comenzada; pero cuando llegaron a los primeros pueblos de aquella provincia de Tzozolan no hallaron paso, porque ya todos los mixtecas estaban muy a lo descubierto, puestos en arma, y fueles forzoso hacer un rodeo muy grande y de muchas leguas, y llegaron a Huauhtlan, donde salió Cuzcaquauhqui, hermano de Cetecpatl, a confederarse con los mexicanos y dijo a Cuitlahuatzin (que debía de ser el capitán general) y a Tatlatzincatzin y otros del consejo, todo lo que su hermano con los demás tixtecas ordenaban contra los mexicanos para matarlos y que él no era participante en aquella intención mala que tenían. Agradeciéronle el aviso los mexicanos y marcharon hacia delante y llegaron de noche al puesto donde los mexicanos habían sido muertos en el arroyo de Tzozolan; y saliendo otro día los ejércitos contrarios trabaron entre sí una muy cruda batalla; pero siempre los mexicanos con reconocimiento de ventaja, hasta que ya de todo punto desampararon el pueblo los tixtecas y se encaramaron en un grande cerro que allí cerca tenían pertrechado. Fue esta guerra muy sin pensar de los con-

trarios, porque no aguardaban tan presto a los mexicanos y así había ido el señor de aquel pueblo a verse con el señor de Totopec, a apercibirlo para la guerra, y así sus ejércitos se descompusieron luego con la falta de su capitán.

Sabido lo hecho por Nahuixochitl señor de esta provincia, vino con priesa con la gente de Tototepec que traía de socorro y juntos éstos con otros fueron al lugar donde los mexicanos tenían empeñolados a los tzozoltecas y representáronles la batalla. Volvieron sobre ellos, los mexicanos y venciéronlos a todos y prendieron muy gran suma de ellos, y los pocos que escaparon, de esta muy reñida y sangrienta batalla, se fueron a sus pueblos, con más priesa que trajeron, temiendo la muerte que sobre ellos iba; pero los que estaban de presidio en Huaxyacac salieron a ellos y los corrieron y los hicieron muchas molestias y prendieron gran parte de estos que habían quedado. Vencida esta batalla y entrados los pueblos de esta república, sacaron todo el despojo que pudieron y a Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan, prendieron y con él a muchos de los de las provincias de Tototepec, Tecuantepec y Yopitzinco y vinieron a Mexico con grandísima presa y muy ufanos con tan gran victoria, y fue a tiempo que se celebraba la fiesta de tlacaxipehualiztli (que quiere decir desuellamiento de hombres) y en ella fueron todos muertos y sacrificados. Reservóse Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan, para otra ocasión, por razón de que los reyes querían informarse de el estado de las cosas de aquellas provincias y descubrió muchas y muy grandes traiciones que él, con los otros que quedaban, tenían ordenadas. Declarado todo lo que pasaba, fue muerto y sacrificado a los demonios; y por haberse mostrado fiel Cuzcaquauhqui fue puesto en el señorío de su hermano y fue a gobernarle con el reconocimiento que siempre les pidió el mexicano; pero no con esto se acabaron las guerras, por entonces, porque quedaba vivo Nahuixochitl que se les había ido por pies a los mexicanos; pero volviendo otra vez con gente lo vencieron y prendieron con otros muchos de los suyos y fue traído a Mexico y sacrificado; y de esta vez no levantaron más cabeza los tzozoltecas y quedaron tributarios perpetuos de los mexicanos.

CAPÍTULO LXXVI. *De otras guerras y sucesos, y de un caso entre huexotzincas y chololtecas*



STE MISMO AÑO, que estos reyes alcanzaron victoria de las provincias mixtecas, tuvieron algunas diferencias entre sí los huexotzincas y chololtecas y llegaron a las manos, y los huexotzincas los fueron retirando hasta meterlos en su pueblo y les quemaron algunas casas y mataron alguna gente; y recelosos los malhechores de que se había de saber en Mexico lo hecho enviáronlo a decir a Motecuhzuma con dos caballeros que eligieron para el caso. Los cuales, cuando llegaron a esta corte y estuvie-

ron en la presencia del rey, no sólo dijeron el acometimiento que entre las dos partes había habido y la verdad de lo que había pasado sino que se demasiaron en decir que los cholultecas habían perecido y los que habían quedado de ellos se habían huido y desamparado el pueblo. Y como éste era uno de los lugares más reverenciados que en esta tierra había, y muy frecuentado de los reyes y señores de esta Nueva España donde honraban al dios Quetzacohuatl, túvolo por grande azar, y llamando a los dos reyes de Tetzcuco y Tlacupa consultaron el caso y salió determinado que fuesen gentes suyas a Cholulla y supiesen la verdad de lo acontecido y si habían ofendido en algo a su dios Quetzalcohuatl (de que quedaban dudosos y muy atemorizados), y en el ínterin que iban detuvieron a los mensajeros huexotzincas. Hízose así y volvieron con razón verdadera de lo que había pasado (que es como se ha dicho y referido). Enojado de esta mentira el rey mandó aprestar las gentes de los tres reinos, y en campo formado los envió a Huexotzinco, mandando a los capitanes que llevasen sus mensajeros y los entregasen y dijesen el delito que habían cometido y que hiciesen conforme viesen la ocasión. Supieron los huexotzincas cómo los mexicanos, aculhuas y tepanecas iban a su ciudad de guerra y, como gente belicosa que era, saliéronlos a recibir al mismo fuero y sin aguardar razones los quisieron acometer en un lugar donde se habían alojado, llamado Oyacatla. Los mexicanos, que los vieron venir con esta determinación, les dieron voces de paz y los detuvieron y después de haberse quietado y detenido llegaron a ellos los capitanes generales de los tres reyes, y dijéronles: el señor que está en medio de las aguas, Motecuhzuma y el señor de Aculhuacan que está a las orillas de las aguas que riegan todas sus riberas, Nezahualpilli y el señor de los tepanecas que reina sobre las vertientes de los montes nos envían a que os digamos que estos vuestros mensajeros fueron a su presencia a decir de vuestra parte cómo habíais muerto y desbaratado a los cholultecas y destruido su ciudad, cosa que aunque no la creyeron, les puso en muy grande cuidado, por ser la casa de nuestro dios Quetzalcohuatl, que veáis si fueron razones vuestras o invenciones y mentiras suyas.

Bien entendían los huexotzincas que aquel recaudo y pregunta con tanta gente armada era para destruirlos si dijeran ser razones enviadas a decir del senado, y así dijeron: no habiendo sido el hecho tanto como eso, cosa clara es que fue mentira; y siéndolo no la había de decir una república tan grave como la nuestra; pero con el castigo de los que nos han afrentado lavaremos la sangre de nuestra inocencia; y llevándose a Tolimpanecatl y a Tzoncuztli, que eran los mensajeros que habían venido a Mexico, les cortaron las narices y las orejas (que era el castigo del traidor o mentiroso) y volviéronlos a los capitanes, y les dijeron: veis aquí los que trajisteis, llevadlos a vuestros señores y decidles lo que hemos hecho y cuán sus servidores somos. De esta manera pagaron estos mensajeros, y los mexicanos se volvieron sin hacer guerra, porque si aquello no hicieran los huexotzincas se la hicieran; y con esto quedaron satisfechos y contentos los tres reyes.

Este mismo año fueron contra los itztecas y les hicieron guerra y rindie-

ron, y luego contra los itzcuintepecas y les sucedió lo mismo asolando a fuego y sangre estas provincias; y debió de ser por haberles hecho demasiada resistencia; porque si la hacían los cautivaban a todos y a los que no podían mataban y no dejaban memoria de ellos. Volvieron con esta grandísima presa y en la fiesta que hicieron el año siguiente a la estrena de una grandísima sala, que llamaban tzumpantli, que era lugar donde tenían ensartadas en grandes astas las cabezas de los sacrificados (como en otra parte decimos), sacrificaron muchos y los otros que quedaron murieron en el cerro de Itztapalapa (que llaman Huixachtecatl) en la dedicación de la casa que llamaron ayauhcalli, que fue muy suntuosa y de mucha veneración, porque en aquel cerro se sacaba el fuego nuevo, como en otra parte decimos.

Este mismo año, sexto del reinado de este gran rey Motecuhzuma, fueron los tres reyes contra Atlixco (que siempre la gente de por allí era inquieta) y sentaron su campo en Acatlan y comenzaron a combatirlos un día muy de mañana, donde se mostraron muy valerosos los de la una y la otra parte, aunque de los mexicanos fue el que más lució este día Atlixcatzin y murieron de los de más cuenta Huitzilihuitzin, Ixtlilcuechahuatzin, Xihuitltemoctzin, Cecetzin, Tezcatzin, Tepolomitzin, Atlequitohuatzin y Chimalquauhtzin que eran de los más nobles y más valientes capitanes de los ejércitos mexicanos; y volviéronse por entonces con más daño que provecho, a dar razón a sus reyes de su grande pérdida. Fueron luego otros (si no fueron estos mismos) a Tecuhtepec y los vencieron y trajeron muy grande presa de cautivos, y era a sazón y coyuntura que se renovaba el fuego en el cerro Huixachtecatl (que se hacía de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, por el mes de diciembre, como ya decimos en otro lugar) que le cupo a Motecuhzuma este sexto año de su reinado y aquí fueron muchos los que murieron y entre ellos fueron estos tecuhtepecas; y luego hubo un eclipse del sol. Todas, señales de mal pronóstico para el desgraciado rey, porque como tenían creído estos indios que solos cincuenta y dos años les concedían los dioses de vida, y que llegado el último era posible acabarse el mundo, en cuya memoria hacían esta ceremonia de sacar fuego nuevo, como renovando el pacto que con el demonio tenían hecho para servirle de nuevo otro tanto tiempo, ya que no se acababa en aquél; púdole ser anuncio malo, viendo que en su tiempo le venía aquel azar; y si fuera esta concurrencia del año de su fuego trece años después, fuera muy cierto lo que de este embuste sentían; porque fue el último de su reinado y vida, pues en él la perdió y juntamente con ella cayó la grandeza del imperio mexicano. Y haberse eclipsado el sol tantas veces en el discurso de ellos bien le pudiera anunciar el eclipse de su majestad y grandeza, quedando obscurecido su poder con la entrada de los españoles, como la luz del sol con las causas naturales que le estorban para no poder mostrarse por el tiempo que dura aquel estorbo; pero como no sabía lo por venir (aunque de esto y de otras muchas cosas que siempre fueron sucediendo lo pudo recelar) pasaba el tiempo y gozaba de su imperio, queriéndose hacer señor de todos. Pasóse esta solemnidad, que fue de las más celebradas que hubo en estos reinos, porque ya el poder mexicano era muy grande y la

supersticiosa religión que seguían muy sabida y puesta en muy gran punto y así hubo ocasión de esmerarse en ella, y ésta fue la última que hicieron, aunque ellos no lo entendieron así, porque el demonio o no lo alcanzó a saber para decírselo o si ya lo barruntaba por cosas que pudieron dárselo a entender no se lo debió de querer decir, por tener de ellos más cosecha en los grandes e inmensos sacrificios que de ordinario le hacían. Desembarazado el rey del cuidado de esta festividad fue luego el año siguiente con los reyes, sus aliados, contra los de Zollan y Mictlan, dos naciones muy llenas de gente, pero no los hubieron a las manos; porque sabiendo su venida se metieron la tierra adentro en la sierra y desampararon sus casas, aunque no fue tan libremente que no les prendiesen algunos que o no pudieron seguirles o quisieron aguardarlos y defenderles sus casas. Y de vuelta fueron contra los de Quauhquecholla y les cautivaron tres mil y ducientos, y aquí hicieron valerosos hechos los capitanes Cuitlahuatzin (hermano del rey Motecuhzuma) y Mauhcaxacohitzin y Ezhuahuacatl; y murieron en esta guerra otros cinco muy esforzados capitanes y señores, llamados Macuilmalinaltzin, Tlacateccatl, Quitzquaquatzin, Ilamaehuatzin y Xochitlahuatzin; y volvieron los ejércitos con victoria y los cautivos fueron muertos en la fiesta de tlacaxipehualiztli (que se celebraba entonces) y en la estrena del templo de Zonmolli que se acabó de reedificar después de la quema del rayo que lo había consumido (como ya hemos visto).

Al octavo año de su imperio envió sus gentes contra los huexotzincas y no pudieron hacer mucho efecto y sólo cautivaron sesenta (aunque por ser huexotzincas que eran muy valientes lo tuvieron a buena dicha). Esta guerra les debieron de hacer por razón de la que ellos hicieron a los cholultecas (como hemos dicho) y haber quedado de ello amostazados los reyes, por ser lugar de su devoción; pero aunque la hicieron no llevaron más recado de ella que lo dicho.

Este mismo año fueron los tres ejércitos a la provincia de Amatlan contra sus moradores; pero enmedio del camino les sobrevino una tempestad de nieve muy grande, no siendo tiempo de ella, y vino con un muy grande huracán de vientos, y como estaban en montañas, entre bosques y arboledas muy espesas, hizo en ellos muy grande riza porque del frío de la nieve murieron muchos y otros de árboles que sobre ellos cayeron, arrancados de la fuerza del aire y otros murieron con golpes de piedras que se derrumbaron sobre ellos, caso inevitable y que no lo pudieron remediar. Y aunque los que quedaron vivos pasaron adelante, y llegaron a Amatlan, como no eran los necesarios en número para aquella guerra murieron los más en ella y los que volvieron fueron pocos y muchos menos los cautivos que trajeron, de que no quedaron muy consolados los que los enviaron. En este mismo tiempo apareció en el aire aquella columna de fuego que nacía en la parte de oriente y subía hasta la mitad del cielo y con la luz del sol cuando salía se desaparecía, de la cual decimos en el capítulo de los pronósticos, en este mismo libro, que causó grande turbación a todas estas gentes.

CAPÍTULO LXXVII. *De cómo el rey de Tetzcuco, Nezahualpilli, se vido con Motecuhzuma; y las cosas que entre los dos pasaron acerca de la señal que apareció en el cielo; y cómo jugaron estos dos reyes a la pelota en comprobación de la venida de otras gentes*



L REY NEZAHUALPILLI DE TETZCUCO (como ya hemos dicho) era hombre sabio y se preciaba de astrólogo (como también lo hacen así los que entre nosotros lo son), aunque los nuestros con más acertamiento que los indios; aunque esta ciencia no es de infalible verdad, pues lo más o lo mucho de ello es de cosas por venir, y que su cumplimiento está en la disposición divina, pero al fin como cosa que por alguna manera se trasluce en las naturales hacen alarde de ellas y levantan sus figuras como más y mejor les parece. Por esta razón Nezahualpilli, que era astrólogo, en viendo alguna cosa particular que saliese del término común de la naturaleza luego la notaba y levantaba figura sobre ella; y como apareció esta señal tan prodigiosa y extraña púsose en cuidado y quitóle muchas veces el sueño de lo que podía ser. Parecióle cosa muy nueva y que ni era señal de hambre ni de frío sino de otra cosa que amenazaba grande ruina a los reinos. Motecuhzuma, que también la había visto y de lo que pronosticaba le cabía a él la mayor parte (pues era la pérdida de su reino) no siendo nada enseñado en el curso de las estrellas y aspectos de los cielos, anduvo a tiento por algunos días, haciendo discursos proprios y comunicando adivinos, aunque ni de sus razones ni de las de sus magos se satisfacía y como de Nezahualpilli tenía tanta satisfación, le envió a decir que viniese a Mexico, o que él iría a Tetzcuco a verle y conferirían los dos las causas de aquella señal vista. Aquí se dice que aunque los ejércitos de estos reyes iban juntos a las guerras, cuando la hacían a las provincias contrarias, no se visitaban con mucha comunicación estos señores, desde que Nezahualpilli hizo matar a su hijo Huexotzincatzin, por cuya vida le rogó Motecuhzuma, por ser sobrino suyo, hijo de su prima hermana y no quiso perdonársela; pero por la fuerza de lo que ahora había acaecido le hizo enviarle este recado, el cual oído por Nezahualpilli vino luego a Mexico no consintiendo que Motecuhzuma fuese a su ciudad, y los dos reyes dieron y tomaron en la interpretación del resplandor que aparecía y otras cosas de agüero que habían pasado; y Nezahualpilli se vino a resumir en que aquella señal pronosticaba trueque de gobierno y venida de otras gentes, que por aquellas partes habían de entrar en la tierra, y procurar hacerse señores de ella, quitándoles sus señoríos; y añadió más, diciéndole: que para que viese en que estimaba el suyo, se lo jugaría con tres solos gallipavos. Motecuhzuma (que como muchas veces hemos dicho) era grande agorero y miraba mucho en señales aceptó el juego, no tanto por verse señor del un reino y del otro (que aunque no lo decía, lo deseaba) cuanto por certificarse de aquella ver-

dad que el tetzcucano le certificaba. Fuéronse al tlachco (que es el juego de pelota) y cada señor se puso a su parte, acompañado de los suyos; y según parece no iba más que a tres rayas, porque en esta ocasión no fueron señaladas más, ni fuera hacedero, porque se estaban mucho en ganar una. Ganó Motecuhzuma primero dos, sin que el tetzcucano ganase ninguna; y dicen que lo hizo de intento Nezahualpilli por darle aquel favor y contento a Motecuhzuma; el cual viéndose con dos rayas hechas y que no tenía ninguna el aculhua, le dijo: paréceme, señor Nezahualpilli, que me veo ya señor de los aculhuas como lo soy de los mexicanos; a lo cual respondió Nezahualpilli: yo, señor, os veo sin señorío y que acaba en vos el reino mexicano, porque me da el corazón que han de venir otros que a vos y a mí y a todos nos quiten nuestros señoríos; y porque lo creáis así como os lo tengo dicho, pasemos adelante con el juego y lo veréis. Prosiguiéronlo y por más que Motecuhzuma hizo no le pudo ganar más rayas, y el tetzcucano le ganó las tres; de que el mexicano quedó sumamente triste y lo mostró en el semblante de su cara. Sonaron luego sus músicas a su usanza (que así lo acostumbraban cuando jugaban los reyes), y como a victorioso fueron todos a dar el parabién a Nezahualpilli, el cual dijo a Motecuhzuma: señor, ya que gané los gallos, me pesa de no haber perdido en esta ocasión el reino; porque entrando en vos era ganarlo y en ganar gallos ahora creo que lo he de perder después y lo he de entregar a gentes que aunque se lo dé no me lo agradezcan. Fuéronse los dos reyes mano a mano al palacio de Motecuhzuma, donde les administraron de comer como lo usaban, y después de haber comido dicen que se encerraron los dos en otra sala y que estuvieron allí solos muy gran parte de la que quedaba del día tratando de cosas y acontecimientos varios y cada uno de ellos cuidadoso de las cosas prodigiosas y particulares que se veían. De aquí nació la fábula de los indios que dijeron, que cuando los dos se encerraron dijo Nezahualpilli a Motecuhzuma, que si quería escapar de las manos de aquellos advenedizos se fuesen ambos a los reinos de sus antepasados a reinar en ellos; y que lo llevó por los aires (como encantador que era) y se presentaron entrambos a los señores de aquellas partes de donde antes habían salido sus progenitores, y les dijo Nezahualpilli que era descendiente del gran chichimeca Xolotl, y que le rogaron que se quedase con ellos, y que le ofrecieron el gobierno; pero que no lo quiso por entonces y que les prometió de volver a mejor sazón; y que después de esto se habían vuelto ambos a su palacio; cosa que por ser fábula y mentira dejo en este punto, sin decir otras cosas muchas más que a esto añadían los que la contaban.

Pero volviendo a la verdad de nuestra historia decimos que como Motecuhzuma se vido perdido en el juego y oyó las razones de Nezahualpilli se atemorizó y por confirmarse en su opinión hizo comunicar a otro grande hechicero, que estaba en esta su ciudad, que por ser de mucho saber y haber dicho algunas cosas antes que sucediesen le tenían en muy grande estima y veneración y jamás entraba en palacio; mas cuando querían saber algo de él iban a su casa. A éste, pues, hizo comunicar Motecuhzuma enviándole a prometer muchas riquezas si le sacaba de aquella aflicción y duda

que tenía; el cual le envió a decir lo mismo que antes le había dicho Nezahualpilli (que el demonio que se lo dijo al uno se lo debió de decir al otro) y enojado el rey de esta respuesta (porque no la quisiera tan agria y desabrida sino como dice el profeta Isaías, cosas de placer y gusto) mandóle echar la casa encima y que así muriese el adivino, porque si era verdad lo que decía, fuese el primero en quien se ejecutase, y de esta manera murió este mago por no querer complacer con razones contrarias a su rey.

CAPÍTULO LXXVIII. *De otras guerras y acontecimientos habidos en estos tiempos que ya iban en su fin y acabamiento estos reinos y señoríos indianos; y de un dicho notable del rey Nezahualpilli, de ver una liebre que se entró en su palacio, con cosas prodigiosas de este tiempo*



O PORQUE LOS PRODIGIOS FUESEN A MÁS, iban estos reyes en sus guerras a menos; antes por vencer los temores de los males que algunos decían que les pronosticaban eran más continuos en ir contra sus enemigos; y así se dice que el año noveno del imperio de Motecuhzuma salieron contra los icpatepecas que estaban rebelados y los redujeron al imperio y trajeron cautivos tres mil y ochocientos y sesenta, donde se mostraron de mucho esfuerzo y ánimo Tezozomoctzin, Machimaletzin, Tonecuiltonoltzin, Cipactzin y Izcuinantzin. Fueron también a Malinaltepec y a Izquixochtlan y de la primera provincia trajeron ciento y cuarenta cautivos y de la segunda cuatrocientos. Vueltos de esta guerra, fueron contra los tlaxcaltecas sus mortales y continuos enemigos; y acabada su guerra trajeron la presa (que siempre era en orden de esto), y el que más se señaló de los mexicanos en esta guerra fue Acuechetzin. Luego revolvieron contra los huexotzincas (que nunca se quietaban) y les cautivaron alguna gente y en este acometimiento hicieron muy memorables hechos dos señores tetzcucanos, llamados Acatlymacotzin y Huexotzincatzin. Pasaron a Atlixco a cuyo socorro fueron los huexotzincas y les prendieron los mexicanos ciento y sesenta cautivos y murieron de los señores mexicanos, en esta guerra, Imactlacuitzin, Tozomitzin, Quitotomatzin, Ilhuicatzin y Quezinquachic.

Por este mismo tiempo fueron los recaudadores de Motecuhzuma a la provincia de Cuetlachtla a recoger las cosas de su servicio; pero cuando los cuitlachtecas los vieron los recibieron mal y no con el respeto que otras veces, y no sólo paró su desacato en el mal hospedaje que les hicieron, pero pasó su atrevimiento a matarlos en menosprecio del señor que los enviaba. El motivo que tuvieron para hacer este atrevido hecho fue que muchos de ellos eran hechiceros, y en un lugar que ellos tenían cabado en la tierra, a manera de pozuelo, donde adivinaban, vieron unos hombres barbados, armados y a caballo y que los caballos estaban enjaezados y con pretales de cascabeles y que los mexicanos iban detrás de ellos cargados con huacales

y otros instrumentos de servicio; de lo cual coligieron la ruina próxima del imperio mexicano hecha por aquella gente valerosa que los había de avasallar y rendir; y pareciéndoles que ya se llegaba este tiempo y que su atrevimiento y desacato no sería castigado le cometieron; y aunque vino esta voz a las orejas de Motecuhzuma no los castigó luego; porque también le zumbaban en ellas el brío y cólera española que ya se le venía acercando, y con este cuidado que comenzaba a afligirle se descuidó de este agravio y aguardó al que la fortuna le iba urdiendo. Luego tembló la tierra el año siguiente y aqueste mismo año apareció en el aire un gran pájaro a manera de paloma torcaz, con cabeza de hombre, que pronosticaba la velocidad con que venían los que los habían de desaposesionar de sus reinos. Este mismo año cayó una columna de piedra grande, junto al templo de Huitzilopuchtli, sin saber de donde había venido, sólo se supo el haberla visto caer. Por este tiempo hacia la Mar del Norte se anegaron los tuzapanecas, con un diluvio que por ellos pasó y asoló sus tierras. En el pueblo de Tecualoia, en un lugar llamado Teyahualco, cogieron un ferocísimo animal de muy horrenda y espantosa hechura. En Tetzcuco se vino del campo una liebre y entrándose por la ciudad se metió en las casas del rey y no paró hasta llegar corriendo a lo más interior de su palacio, y queriéndola matar sus criados, dijo el rey Nezahualpilli: dejadla, no la matéis, que ésa dice la venida de otras gentes que se han de entrar por nuestras puertas sin resistencia de sus moradores. Fueron los ejércitos de estos reyes este año contra los xuchitepecas y icpactepecas que se habían rebelado y los vencieron y trajeron grandísima presa de ellos.

CAPÍTULO LXXIX. *De cómo el emperador Motecuhzuma hizo traer una piedra para los sacrificios, y lo que sucedió en su traída; y se cuentan algunas guerras que los tres reyes hicieron*



SÍ COMO HABÍA CRECIDO LA MAJESTAD del imperio en estos reyes mexicanos, así también se iban engrandeciendo en las cosas de su república; y los que de tan humildes principios habían subido a la cumbre de esta alteza referida ya no se contentaban con las cosas comunes que otros sus antecesores habían tenido por bastantes y suficientes; y con la presunción de ser más que otros, se les aventajaban a todos en todo cuanto podían; en especial este gran rey Motecuhzuma, que como era de muy aventajado corazón así eran muy aventajadas las cosas que hacía, mayormente en las de su falsa y detestable religión; que en éstas excedió a todos sus antecesores y se pudo decir entre los indios otro Numa como lo hubo entre los romanos el cual, después de haber hecho un muy grande edificio en el templo mayor, acrecentando sus cercas, salas y edificios y otros algunos templos, le pareció que para tanta grandiosidad era muy pequeña la piedra de los sacrificios donde los hombres que eran ofrecidos al demonio

eran muertos. Por lo cual hizo buscar una que fuese tal y tan grande que mereciese nombre del rey que le había puesto. Anduvieron buscándola por toda esta comarca de Mexico y viniéronla a hallar en un lugar, dos leguas de esta ciudad, llamado Tenanitlan, junto al pueblo de Coyohuacan. Era la piedra como el rey deseaba y habiéndose labrado y entallado a las mil maravillas hizo que la trajesen, a lo cual concurrió grandísimo gentío de toda la comarca y la movieron de su lugar y la fueron arrastrando por el camino con grandísima solemnidad, haciéndole infinitos y muy varios y diferentes sacrificios y honras. Llegó la piedra con este aparato de majestad a las primeras casas de esta ciudad, en el barrio de Xoloco y queriéndola pasar por una puente que se hacía en la división de una grande acequia de agua (aunque era fuerte y para sólo aquel fin la habían reparado y pertrechado muy bien) no bastó, porque el peso de la piedra o era más de lo que pudo sufrir o el demonio que hacía que la trajesen la quiso introducir con azar en su infernal casa y templo y así se deslizó por la madera y se fue al agua llevándose tras sí su sacerdote mayor, que la iba incensando y otro grande número de gente que dio más presto en el infierno que la piedra en el centro y suelo del agua. Fue uno de los mayores azares y agüeros que los mexicanos tuvieron de su desventura, porque allí creyeron que ya su dios los desamparaba, pues no quería recibir aquel servicio que a su contemplación se hacía. Sacáronla con grandísimo trabajo y dedicáronla en el templo de Huitzilopuchtli, en cuya estrena murieron todos los cautivos que estaban rezagados de muchas provincias para sola esta fiesta que fue una de las mayores que los mexicanos hicieron, en la cual Motecuhzuma hizo convocación de todos los señores del imperio y hizo mercedes muy dignas de su grandioso pecho, en las cuales gastó un tesoro inmenso; porque se dice que no sólo a los reyes dio como a reyes y a otros señores como a señores, sino que a todos, chicos y grandes, dio joyas y preseas. Donde se me ofrece pensar que este rey se iba acabando como la candela que hace fin, con mayores luces y resplandores; porque esto fue al décimo año de su reinado, que fue aun más de la mitad del tiempo en que la fortuna le fue subiendo a esta suprema cumbre y grandeza.

Hizo luego el templo del demonio, llamado Tlamatzinco, a cuya fábrica vinieron los de Quauhquiahuac y Mixcohuatepetl y entonces también se hizo la casa de quauhxicali, que fue una grande fábrica. Y este mismo año salieron contra los de Tlachquiauhco y los destruyeron sin dejar ninguno en el pueblo y trajeron preso a Malinal, señor de aquella provincia; y todos los que en esta guerra cautivaron fueron muertos en la estrena y fiestas de los edificios dichos, que fueron doce mil y doscientos y diez los sacrificados. Al onceno año se rebelaron los yopitzincas y quisieron matar a traición a los mexicanos que estaban de guarnición en Tlacotepec; pero fue descubierto su intento y saliéronles los mexicanos al encuentro y los acometieron con tanto esfuerzo, que los desbarataron y les cautivaron doscientos de sus soldados, con que los yopitzincas se volvieron menos a sus casas sin haber podido efectuar su intento. Fueron los mexicanos este mismo año contra los de Nopallan y les cautivaron ciento y cuarenta hombres;

pero murieron de los mexicanos muchos; y de los señores y gente de cuenta veinte.

Al doceno año de su reinado salieron por tierra de chichimecas sus ejércitos y entraron por la Huaxteca y rindieron a los de Quatzalapan, y de los de esta provincia y cautivos que de otras partes prendieron fueron mil y trescientos y treinta y dos y quedaron muertos de los mexicanos noventa y cinco. Al treceno año salieron contra los de Cihuapohualoyan y Cuezcomaixtlahuacan, y a los primeros los asolaron y a los segundos no pudieron, porque se les fueron por pies y se les encastillaron en un lugar llamado Quetzaltepec.

CAPÍTULO LXXX. *De algunas cosas tocantes al reinado de Nezahualpilli, rey de Tetzcuco, y de su muerte que fue al quinceno año de el de Motecuhzuma, habiendo reinado más de cuarenta y cinco años*



L REY NEZAHUALPILLI DE TETZCUCO, que en compañía del de Mexico y Tlacupan hacía sus guerras, envió sus gentes el año mismo que murió contra los de Quetzaltepec y Iztactlalocan y los vencieron y sujetaron al imperio y hicieron hechos muy hazañosos en esta guerra Ihuitemoc y Quauhtemoctzin, que fue el señor tlatelulcatl, que era rey cuando los españoles se apoderaron de esta ciudad de Mexico; y como estas cosas llegan a punto de cansar y no pueden ser eternas, Nezahualpilli, que se hallaba viejo (o al menos cansado de tantas guerras como había hecho), quiso darlas de mano; y no sólo a éstas, pero también a las cosas del gobierno; y llamando a los de más cuenta de los de su corte, les dijo cómo se hallaba cansado y enfermo y que no se hallaba apto ni ágil para las cosas del gobierno como convenía, y que por esto quería irse a sus jardines y recreaciones a dar un poco de vado a sus cuidados y que en su lugar y nombre gobernasen las cosas que en el reino se ofreciesen dos señores deudos muy cercanos suyos los cuales allí nombró. Hecho este nombramiento mandó que ninguno de sus hijos saliese de la ciudad sino que en ella se estuviesen aguardando cosas que él pudiese mandarles. Hecho esto se fue a un jardín de grande recreación que tenía, llamado Tetzcutzinco, y llevó consigo alguna gente de su servicio de los que más le agradaban. Llevó también a Xocotzin, su mujer, madre de Cohuanacotzin y Ixtlilxuchitl, que era la que más quería y llevó de su servicio otras tres o cuatro mujeres y no consintió que fuese otra ninguna con él a esta retirada que hacía.

De esta casa de recreación salía cada día el rey a caza y se entretuvo en esta vida tiempo y espacio de seis meses, comunicando también todas las noches con sus sabios y manera de astrólogos los movimientos de los cielos (como dejamos dicho haber hecho en otras ocasiones antes). Pasado este tiempo se volvió a Tetzcuco y mandó a la reina Xocotzin, su mujer,

que con sus hijos se recogiese a los palacios de Tecpilpan y esto hizo por dejarla, porque ya no trataba a otra; y pasados algunos días se recogió en su palacio muy secretamente, y tan a lo oculto, que aunque preguntaban por él no decían nada los porteros. Poco pasó que deseosos los hijos de ver a su padre y las mujeres a su marido y los vasallos a su rey, vinieron a palacio y haciendo instancia en saber del rey, respondieron algunos señores viejos que con él se habían quedado, que era muerto y mostraron una figura que representaba un cuerpo, el cual tenían puesto en su trono real; y aunque turbó a los presentes el caso, dijeron los viejos que de lo hecho no tenían culpa porque su señor el rey les había mandado callar y encubrir su muerte y añadieron diciendo que les había encargado que no se divulgase por grandes inconvenientes que había; y como le habían tenido por tan sabio creyeron que así convendría hacerse, como lo mandaba y por esto quemaron su cuerpo sin pompa, ni majestad, como debiera ser quemado un rey tan famoso como Nezahualpilli había sido; y dicen que se quemó aquella figura tan fácilmente como que hubiera sido fingida de trapos viejos o paja a la manera que en otro tiempo Michol fingió la del rey David,[1] su marido, para engañar con ella a los soldados de su padre que entraron a matarle, creyendo estar acostado en su cama. Y que quedaron muy pocas cenizas de él, las cuales echaron en una cajita de oro y la pusieron en el lugar de su sepulcro; y como vieron que tan presto se había quemado un cuerpo humano, no se persuadieron algunos a que era él, sino alguna cosa que lo fingía; y se confirmaron en la bárbara opinión que tuvieron de que su rey Nezahualpilli no había muerto sino que se había ido a reinar a los reinos septentrionales (que dejamos dicho arriba cuando él y Motecuhzuma estuvieron una tarde encerrados) y decían que éste era el tiempo que había dicho que había de ir a gobernarlos.

Esta fábula o historia me parece semejante a la que cuenta Plutarco de Rómulo, poniéndola en varias opiniones, diciendo algunos que él mismo se mató; porque como era hombre anciano y quebrantado con los grandes trabajos que había tolerado, tenía ya debilitadas las fuerzas y colgada su vida ya cuasi de un muy delgado y débil hilo. Otros piensan que él mismo se dio la muerte bebiendo ponzoña. Otros que lo mataron de noche en su palacio. Y concluye con otra opinión, de haberse desaparecido en unas grandes fiestas que se celebraban en Roma un día que sobrevino una grande tempestad y torbellino; el cual pasado nunca más pareció, habiéndose desaparecido del lugar y silla donde estaba sentado. Esto, o casi semejante cosa, fingieron los griegos de Aristeo, del cual dicen que murió en casa de un batanador de lana, trabajando en aquel oficio; y que algunos días después de su muerte aconteció que unos hombres de su oficio, que venían de cierta romería y se volvían a sus casas, vieron en el camino la imagen de Aristeo (como también la de Rómulo en Roma, Julio Próculo) que se les representó a los ojos en figura más viva y resplandeciente que antes era y comunicó con ellos cosas muy maravillosas. Pues del otro Cleomedes cuen-

[1] 1. Reg.

tan que era de fuerzas muy dobladas y que habiendo cometido cierto grave delito y, huyendo de la pena, fueron tras de él y que viéndose acosado y a un riesgo de ser preso se metió en un sepulcro que estaba en un campo, por donde iba huyendo, y que se echó una grande losa encima para que no le hallasen; pero los que le seguían llegaron a quitarla y trabajaron tanto que salieron con su intento, y entrando dentro no hallaron a Cleomedes ni vivo ni muerto. Maravillados de este caso (que a la verdad parecía mostruoso) enviaron sus embajadores a la isla de Delphos a saber de Apolo lo que denotaba aquella maravilla; y respondióles el oráculo estas palabras: sabed que Cleomedes Asclepiadeo es el postrero que merece ser contado en el número de los héroes. Almena, madre de Hércules, cuando llevaban su cuerpo a la sepultura para enterrarle se desapareció de la presencia de los que la llevaban a enterrar, sin que persona del mundo supiese juzgar lo que de él se había hecho; y cuando fueron a echar mano de él para meterle en el sepulcro, hallaron en su lugar una piedra grande puesta en las andas. Muchas cosas a estas semejantes fingen los hombres, con sobrado atrevimiento, por ensalzar y hacer mayores las obras humanas, de lo que sufre por ordinario curso su naturaleza; porque es tanta la ambición de algunos que no pudiendo con hechos de honesta virtud ser celebrados inventan nuevas ficciones, transformando las obras humanas en divinas por engañar con superstición dañosa a otros, y gozar ellos de una sombra de vanagloria fingida y excusada.

Decir que Nezahualpilli no murió sino que se desapareció de las gentes y que se fue al reino de sus antepasados es locura; si ya no es que toman estos indios este reino por el infierno (porque allá tenía todos los que le habían antecedido, por haber sido idólatras y hombres sin verdadero Dios; y si le conoció éste, como lo dicen de él, al menos no le adoró como a solo y verdadero y mezcló su adoración con la del demonio; y así fue vano su servicio; y por esto está en el infierno, con los demás que siguieron este errado camino) no se le puede negar mucha virtud moral que tuvo, como en sus hechos y vida hemos visto; pero no por esto le debemos hacer inmortal y invisible; porque aunque a la virtud se le debe mucho, no tanto que se le atribuya merecer ser dioses los hombres por ella; y así dice Plutarco, que negar ser cosa noble y excelente la virtud será no solamente impío y perverso sino también de corazón vil y abatido; pero fingir falsas imaginaciones y hacer que los hechos mortales de los hombres parezcan inmortales, mezclando las cosas divinas con las humanas, es oficio de hombres locos y desatinados. Por tanto, dejadas aparte estas invenciones y vanidades de hombres necios, me parece lo más seguro ir por el derecho camino y ordenado curso de la razón y decir lo que Píndaro, poeta, que todos los cuerpos de los hombres mortales son sujetos a la muerte poderosa; pero que de los notables hechos de virtud permanece para siempre eterna memoria; y sin que este poeta gentil lo dijera, tenemos la sentencia de San Pablo, que dice, que es ley establecida de Dios la muerte y que todos pasan por ella, de este estado presente de mortalidad al futuro que esperamos de inmortalidad y perpetuidad eterna; y siendo verdad que este rey

murió (como lo es) dejó a los suyos en opiniones falsas y bobas y aun a sus hijos en hartas disensiones, por no haber nombrado de ellos a ninguno por su sucesor y heredero, como luego veremos.

CAPÍTULO LXXXI. *Donde se dice cómo los mexicanos pasaron a las provincias de Honduras y Nicaragua, y se hicieron señores de toda aquella tierra*



A EN ESTOS TIEMPOS, que eran los últimos de este imperio mexicano, cuando Motecuhzuma llegó a ser muy gran señor de la tierra y era tanta su fama que no se nombraba otra cosa en ella sino sólo su nombre, había entrado por las provincias de Guatemala y todas sus convecinas y se había apoderado de ellas; y pasando adelante sus ejércitos llegaron a Nicaragua, yendo poblando y conquistando todas aquellas tierras y provincias que eran riquísimas de oro y plumas verdes de mucha estimación, y de cacao y bálsamo, y otras resinas y licores que los naturales estimaban en mucho. Y como el miedo que por la fama que había de los mexicanos era mucho en todos, unos se les daban de paz con reconocimiento de algún tributo, y otros, que se querían mostrar valientes, se le entregaban después, rendidos y destrozados; y los que más animosos se mostraron fueron los de la provincia de Nicaragua; los cuales, como sintieron que iban tan poderosos ejércitos entrándoles las tierras, no quisieron aguardarlos en sus casas, sino que acompañados de otras gentes comarcanas y convecinas, salieron fuera a oponérseles para que no llegasen. Llegaron a vista de los mexicanos y con sus embajadores enviaron a decirles que no llegasen a su tierra y que si pasaban a alguna otra parte que buscasen otro paso, porque ellos no les habían de consentir entrar en ellas; y que en defensa de esto habían de morir. No curaron los mexicanos de estas razones y como gente hecha a vencer resistencias enviaron, con despecho, a los mensajeros y luego se pusieron en arma y los acometieron; y como muchos de ellos iban cansados y otros enfermos y los moradores de la tierra defendían sus casas y su libertad, fue tanta la fuerza que pusieron en esto, que a muy poco tiempo después de comenzada la batalla hicieron retirar a los mexicanos, dejando mucha de su gente en el campo muerta y a los que quedaron pusieron en muy grande aprieto.

Viendo los mexicanos la grande resistencia de los contrarios y cuan al revés les había sucedido de lo que pensaban, dieron en vencer con ardid y maña lo que con fuerzas y valor no podían. Y fue ésta la manera: fingieron que querían paz con ellos y pasar adelante a otras partes que nombraron, pues ellos no los querían tener por amigos ni por vecinos, y que porque habían perdido mucha gente en el camino y en los reencuentros que habían tenido con ellos y con otras gentes, iban faltos de gente, que por tanto les pedían que les diesen los hombres necesarios que les ayudasen

a llevar sus cargas y bagaje, y que así pasarían adelante y no los molestarían a ellos. Los moradores de Nicaragua, creyendo ser así como decían, vinieron en el concierto y diéronles cinco o seis mil hombres de carga, que fueron los que les pidieron. Habían concertado entre sí los mexicanos que concediendo los nicaraguas con su petición y viniendo en el concierto se dividiesen en dos partes y que los unos pasasen adelante con la gente de carga que les diesen y otros que los iban acompañando; y los otros se quedasen detrás, escondidos, y que cuando los hubiesen alejado de su tierra entrasen de golpe y les tomasen los puestos. Hiciéronlo así y cuando los de la provincia salieron con ellos acompañándolos y ayudándolos a llevar sus cargas salieron de golpe los que habían quedado de retaguardia y sin resistencia ninguna se entraron en la provincia y se alzaron con ella, estando los de la tierra bien descuidados de esta traición; y cuando los que habían ido cargados volvieron a sus casas, las hallaron ocupadas y a los enemigos en ellas, sobre los cuales cargaron los que habían ido delante y los estorbaron que no se pusiesen en arma contra ellos, que aunque pudieron matarlos en el camino no quisieron; porque su intento no era de matar sino de rendir gentes y sujetarlas al imperio mexicano; y así se hicieron señores de esta provincia como de las otras que atrás dejaban; y pasando adelante llegaron a la Vera Paz, haciendo éstas y otras cosas semejantes. Y de estas tierras les tributaban después oro y plumas verdes y otras cosas que la tierra daba y producía y piedras, así de esmeraldas como turquesas, de mucho valor y estima; y con estas astucias y mañas fue Motecuhzuma muy gran señor y se apoderó de cuasi todo lo más de este nuevo mundo, en más de cuatrocientas leguas de tierra, adelante de su ciudad de Mexico, ayudado de los dos reyes tetzcucano y tepaneca, que también iban a la parte en las rentas y tributos que las gentes sujetas daban.

CAPÍTULO LXXXII. *De otras cosas sucedidas en estos últimos años del imperio de Motecuhzuma; y se dice cómo, aunque quiso sujetar la provincia de Tlaxcalla, nunca pudo; y un caso muy notable de un capitán tlaxcalteca llamado Tlalhuicole*

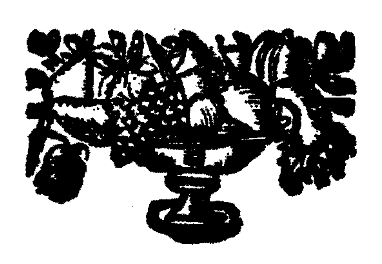


DESDE QUE MOTECUHZUMA COMENZÓ a hacer guerra a los de Tlaxcallan, en los primeros años de su imperio, nunca dejó de seguirlos en las ocasiones que pudo; lo uno por ejercitar sus gentes en las cosas de la guerra (como dejamos dicho) y lo otro por tener abasto de gente para los sacrificios hechos en las festividades de sus falsos dioses; y aunque esto era su intento también le movía la gana de verse señor de ellos, como de las demás naciones y familias de sus reinos; porque sentía que siéndolo de tantos no lo fuese de éstos (que en comparación de los demás eran muy pocos) y con esto les hacía guerra continua (unas veces más y otras menos, conforme se hallaba desocupado de la que hacía a otras provincias). Al-

gunos han dicho que si Motecuhzuma quisiera destruirlos lo hubiera hecho muchas veces, pero que, por las razones dichas, nunca se determinó a ello; y aunque parece, según era mucho su poder, que lleva color de poder haber sido así, como se dice, hay otras cosas que parece que lo contradicen; porque si así fuera no tomaran tan de veras la demanda los señores de aquella provincia para venir contra los mexicanos como vinieron en favor de los españoles; y por donde se entiende que la enemistad que se tenían los unos a los otros era mortal, se colige porque nunca jamás trabaron parentesco ninguno, ni jamás casaron mexicanos con tlaxcaltecas, ni por ninguna manera eran amigos; antes a los tlaxcaltecas les era odioso y aborrecible el nombre de los mexicanos; y se sabe, y es muy notorio, que en todas las demás provincias emparentaban unos con otros y con éstos nunca jamás hubo concordia. De donde se infiere que la guerra que se hacían era pura necesidad y no voluntad de entretenimiento.

Estando, pues, en este continuo cerco y perpetua guerra, siempre se cautivaban los unos a los otros y jamás se rescataban ni redimían sus personas, porque lo tenían por muy grande afrenta y caso de menos valer; sino que o habían de morir peleando o, después de cautivos, sacrificados, en especial la gente noble y capitanes de cuenta; en cuya comprobación se dice que, pocos años antes que llegaran los españoles a estas tierras, sucedió que en una guerra que tuvieron los huexotzincas con los tlaxcaltecas, donde vinieron en su ayuda y favor los mexicanos, prendieron un valerosísimo capitán tlaxcalteca, llamado Tlalhuicole, tan valiente y animoso que cuando los enemigos oían su nombre huían de la parte donde se hallaba peleando; y era de tan grandes fuerzas que la macana con que peleaba era tan grande que tenía bien que hacer un hombre de buenas fuerzas en levantarla del suelo. Y como no siempre es igual la ventura en los hombres, fuele adversa a este capitán en esta ocasión, en la cual después de muchas victorias que había tenido y casos hazañosos en que se había mostrado le prendieron los huexotzincas en un lugar cenagoso (donde por desgracia le metió llevado con engaño de los enemigos), y habiéndole prendido lo enjaularon y trajeron con grandes bailes y fiestas a esta ciudad de Mexico y le presentaron al emperador Motecuhzuma; el cual, sabiendo quien era, no sólo no le mandó matar ni hacer mal, mas antes lo puso en su libertad y le hizo muchas y muy aventajadas mercedes y le dio permiso para que se volviese a su tierra (cosa jamás usada con ninguno), pero nunca (por mucho que fue persuadido a esto Tlalhuicole) quiso aceptar la libertad ni consentir en el deseo y gusto del rey Motecuhzuma; antes con instancia le pedía le ofreciese a los dioses como lo habían acostumbrado sus antepasados; pero Motecuhzuma, que más estimaba su vida que la ofrenda de su muerte, no quiso oír su petición y fuela dilatando por algunos días en los cuales se le ofreció hacer guerra a los del reino de Mechuacan, y agradado de la valentía de Tlalhuicole le mandó llamar y le hizo capitán general del ejército; el cual aunque enemigo de la gente que llevaba, la gobernó y rigió como si fuera muy amiga y propria; y llegando a las fronteras donde el rey tarasco tenía sus fuerzas y gentes (que son las partes de Tlaximaloyan, Maravatio,

y Acambaro y Tzinapiquaro) representaron los mexicanos la batalla al enemigo; la cual se dio y hubo de ambas partes muchos heridos y muertos (porque los tarascos es gente belicosa y valiente) y mostróse tan valeroso este capitán Tlalhuicole que, aunque no les ganó el lugar, les quitó mucha de la plata y oro que tenían con otro mucho y muy rico despojo de otras cosas y prendió un muy grande número de tarascos. Con esta presa volvió a Mexico muy ufano y los mexicanos muy alegres de haberle llevado por su capitán y entraron diciendo grandes cosas de él a su rey Motecuhzuma, el cual agradecido de la buena fe que le había guardado le volvió a pedir que se fuese a su tierra, porque no quería que muriese tan buen caballero; pero Tlalhuicole le volvió a replicar a esto diciendo: que no le estaba bien habiendo sido cautivo volverse a su ciudad vencido; pidióle entonces Motecuhzuma que pues no se quería ir libre se quedase en su corte, para su capitán, como uno de sus cortesanos y que le prometía muchos favores y mercedes para sí y para todos los que quisiese. A esto dijo que no lo aceptaba porque no quería ser traidor a su patria, diciéndose de él que hacía favor a sus enemigos y que le pedía de merced que pues no le podía servir en nada la recibiese de mandarlo sacrificar y dar fin a sus desgraciados días; porque viviendo se tenía por afrentado y muriendo ganaba la honra que tanto había procurado toda su vida y que la mayor sería darle la muerte que morían los valientes hombres (que era en la piedra digladiatoria como en otra parte decimos). Viendo Motecuhzuma su pertinacia y que no aceptaba ningún partido le mandó poner en la piedra atado como lo acostumbraban y que saliesen a él los más valerosos hombres que tenía; y el mismo rey, con otras infinitas gentes, estuvieron presentes al espectáculo y saliendo uno a uno a él mató ocho de ellos y hirió a más de otros veinte; pero al fin cayó de un golpe, y así aturdido le llevaron a la presencia de su dios Huitzilopuchtli, donde le sacaron el corazón y dejaron ir rodando el cuerpo por las gradas abajo donde acabó de morir, teniendo por gloriosa aquesta muerte (siendo tan loca y bárbara como se ha contado). Dicen que antes de sacarlo a la contienda festejaron los mexicanos ocho días su sacrificio con grandes fiestas y bailes por ser de persona tan singular y eminente; y que como estuvo tres o cuatro años en esta ciudad se vino a hacer vida con él una de sus mujeres y que murió este mismo día, cuyas partes verendas la cortaron y dieron a comer aquel mismo día de la muerte de ambos a Tlalhuicole su marido; y con esto feneció el valor de este esforzado y valiente capitán tlaxcalteca.



CAPÍTULO LXXXIII. *De cómo los de el reino de Tetzcuco, luego que murió su rey Nezahualpilli, se juntaron para entregar el reino a Cacama, su hijo, que era el que le seguía en el reinado*



UCHAS VECES HA ACONTECIDO EN EL MUNDO que por no haber quedado nombrado sucesor en un reino se han seguido muchas cosas adversas en él; porque como el ser más que otro es muy apetecido de los altivos y soberbios luego que ven la ocasión, los que lo son, acometen la empresa; y de aquí nacen guerras y sediciones y que ni haya hermano para hermano, ni siervo para señor. Esto vemos verificado en este reino de Tetzcuco; porque como murió Nezahualpilli (que había más de cuarenta y cinco años que lo gobernaba) y no dejó hecho nombramiento de sucesor, cada cual quería ser rey pareciéndole que lo merecía y que si su padre hiciera nombramiento en alguno había de ser en él. Por esta causa, luego que se acabaron las obsequias de Nezahualpilli, se juntaron todos los grandes del reino y quisieron hacer nombramiento en Cacamatzin, por ser el que (según su costumbre) era el legítimo sucesor, por ser hijo de la señora mexicana con quien Nezahualpilli había casado; y todos juntos en la sala de la casa, que llamaban hueytecpan, levantóse en pie el mayor señor de los que en ella se habían hallado, y el más anciano, y en nombre suyo y de los demás presentes dijo: con la licencia que tengo de ser el más viejo de todos los que aquí estamos juntos y también porque en otras ocasiones me habéis dado licencia para ser el primero en mi parecer y en ésta también me la habéis concedido, la tomo para deciros lo que siento; y es que en la dilación de cosas graves suelen seguirse muy grandes inconvenientes y porque en este tan célebre y antiguo reino de los aculhuas no se verifiquen, por estar falto de rey, se le demos a Cacama por ser legítimamente suyo, según el orden y leyes que nuestros reyes hasta ahora han guardado; y esto todos lo sabéis; pues sabéis también que es el mayor de sus hermanos, nacidos de las dos señoras mexicanas y confío de él, que como hijo de tal padre y hombre que por sí mismo se ha mostrado muy valeroso en diversas ocasiones, nos regirá y gobernará como buen rey y nos amará como padre, haciendo en esto lo mismo que sus antepasados nuestros reyes han hecho con todos sus siervos y vasallos. Acabó con decir que aquél era su parecer y lo que en justicia debía hacerse; y sin hablar más se volvió a sentar para oír lo que otros (que habían estado hablando entre dientes) decían. Luego se puso en pie otro de no menos autoridad y dijo: que le parecía muy bien lo dicho y muy mala la dilación en ponerlo en ejecución y volviéndose a sentar fueron todos por orden conformes en este parecer; y así quedó Cacama recibido por rey en esta junta (que era mozo de veinte y un años o veinte y dos) y, pareciéndoles que lo hecho entre ellos bastaría para recibirle por rey, salieron fuera a otra sala donde Cacama estaba con sus dos her-

manos, Cohuanacotzin y Ixtlilxuchitl, hijos de la hermana menor de su madre (y otros muchos hermanos que tenían, habidos en otras mujeres legítimas y concubinas que el rey Nezahualpilli había tenido) y les suplicaron que entrasen en la sala del juzgado a oír la determinación del reino; y haciendo sentar a Cacama en el supremo lugar de ella y a sus dos hermanos, Coanacotzin e Ixtlilxuchitzin, junto de él, y a los otros luego por su orden; después de haber tomado todos asiento se levantó aquel señor principal, que en la consulta había sido el primero, y dijo, cómo todo el reino daba la obediencia a su señor Cacama, jurándolo por rey así por el derecho y acción que tenía, por ser hijo mayor de la señora mexicana, como por votos de todos los presentes que eran los consejeros del reino y que les suplicaba así lo quisiesen y confirmasen.

A este punto Ixtlilxuchitl (que era de edad de diez y nueve años), sin aguardar a que su hermano Coanacotzin hablase, se levantó en pie y dijo que el rey su padre no había dejado declarada cosa ninguna en orden del gobierno y que siendo tan sabio y tan valeroso si muriera lo nombrara; y que pues no lo había nombrado creía no ser muerto, ni razón que viviendo se nombrase rey hasta que él volviese y lo nombrase; que cierto sería que se lo daría a su hermano, si le viniese por herencia y que por esta causa le parecía que por entonces se suspendiese la jura de nuevo rey; y que pues que los consejos habían gobernado cuasi un año, viviendo el rey Nezahualpilli su padre, que fuesen ahora continuando por más días en él, hasta saberse con más certidumbre lo sucedido del rey su señor y padre. Oyendo estos señores lo dicho por Ixtlilxuchitl (y pareciéndoles no contradecirle por ser mozo recio de condición y belicoso) pidieron a Coanacotzin, su hermano mayor, que dijese su sentimiento, el cual puesto en pie, dijo que a él le parecía que el príncipe Cacama, su hermano mayor, luego fuese jurado por rey y recibido por todos; porque de la dilación que ponía su hermano Ixtlilxuchitl se podía esperar algún mal suceso y causar gran daño y alboroto en el reino; y con esto cesó; pero Ixtlilxuchitl, que no llevaba a paciencia esta jura, dijo a Coanacotzin que se determinaba muy presto y no advertía a los designios del rey Motecuhzuma, su tío, el cual quería en demasiado grado a Cacama y era porque le hallaba hecho de cera para imprimir en él su figura y hacer de él lo que quisiese. A esto respondió Coanacotzin (porque Cacama a nada de cuanto se decía hablaba por no parecer que litigaba con ambición, en defensa de su derecho): razón sería, señor Ixtlilxuchitl, que no contradijeseis a un caso tan manifiesto y a cosa tan bien y justamente ordenada por estos señores y por mí; pues sabéis que si a Cacama no le viniera el reino había de entrar yo en él, pues soy mayor que vos, en años y nacimiento. A esto dijo Ixtlilxuchitl que si por valor de las personas se hubiera de dar el reino, que ni Cacama ni él se le antepusieran, aunque eran en edad mayores, ni que Motecuhzuma se le atreviera; pero que esto lo remitía al tiempo. Comenzó entre los hermanos a manifestarse desabrimiento; y porque de la multiplicación de las palabras suelen seguirse atrevimientos de manos, pusieron silencio los consejeros en este negocio y sin aguardar a la conclusión de él se salió Ixtlilxuchitl de la sala y se fue

a la de su madre Xocotzin: Cacama, con los demás que habían quedado, se salieron tras él, porque le tenían por muy determinado y creyeron alguna novedad repentina que sobre ellos viniese; y aunque (como se ha visto) fue nombrado Cacama por rey, no fue jurado por entonces; y deshecha esta junta, con esta indiferencia, tomó la posta Cacama sin despedirse de sus hermanos, con mucho acompañamiento de gente, y se vino a esta ciudad de Mexico a la presencia del rey Motecuhzuma, su tío. Coanacotzin se entró en la sala donde estaba su madre Xocotzin, donde halló a Ixtlilxuchitl, su hermano y en el semblante de sus rostros conoció que venían desavenidos y encontrados; y con este sentimiento les comenzó a hablar con palabras blandas y amorosas, pidiéndoles le dijesen lo que había pasado y que dónde estaba el príncipe Cacama, su hermano. Coanacotzin (que favorecía la causa de su hermano) le dijo todo lo que había pasado y cómo Ixtlilxuchitl, su hermano, era de contrario parecer; y como oyó la reina que su hijo lo había contradicho, ora fuese por lo mucho que había querido al rey Nezahualpilli, su marido, ora por temer la ira del mancebo Ixtlilxuchitl (que lo tenía por demasiadamente atrevido), dijo que no le parecía mal lo que había dicho y que para jurar a Cacama había tiempo; pues que conforme a derecho era suyo el reino. Estas últimas palabras no sonaron bien en las orejas de Ixtlilxuchitl y sin aguardar más dijo: bien parece, señora, que vuestra alteza es mujer y no ha penetrado la intención y designios de Motecuhzuma, que aún en tiempo del rey mi padre le parecía que había de ser señor del imperio, absolutamente sin tener en la tierra otro su igual, habiendo de ser conforme a razón muy al contrario; pues su bisabuelo sólo era señor de Mexico y ahora pone sus gobernadores hasta las últimas tierras donde nace el sol y aún le parece que también los podrá poner en las partes septentrionales, donde está el imperio de mis antepasados; pero algun día se castigará esta locura; y con esto cesó y no dijo más; pero Coanacotzin le respondió que mirase lo que decía y que no eran palabras aquéllas que a la reina, su señora, se habían de decir; y a esto le replicó Ixtlilxuchitl diciendo, que tan de cera era él como Cacama, pues veía la figura de Motecuhzuma esculpida en ambos. De estas palabras y otras, que en esta ocasión pasaron, quedaron estos dos hermanos disgustados y dentro de pocos días se dividieron como se verá en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO LXXXIV. *De lo que Cacama hizo en Mexico y de cómo se fue Ixtlilxuchitl a la provincia de Metztitlan a hacer gente para defender la posesión del reino a sus hermanos*



UEGO QUE CACAMA SALIÓ DE LA SALA DE LA CONSULTA se vino a Mexico (como ya hemos dicho) pareciéndole que se mostraban tibios los señores del reino en dárselo, y dijo al rey Motecuhzuma, su tío, todo lo que había pasado, quejándose de su hermano Ixtlilxuchitl y suplicándole tomase la mano en favorecerle, porque como él quisiese le era esto muy fácil, y que fuese antes que comenzasen algunas revoluciones y tuviese tiempo Ixtlilxuchitl de amotinarlos, o se le apoderase de alguna parte del reino; porque bien conocía cuan belicoso y atrevido era. Motecuhzuma lo recibió muy bien; porque de todos los sobrinos y deudos que tenía éste era a quien más quería por ser mozo valiente, en quien concurrían muchas partes buenas; diole esperanzas de que le ayudaría y pondría en la posesión de su reino; y díjole también que le parecía que para cualquier trance y ocasión que se ofreciese sería bien que retirase los tesoros de su padre Nezahualpilli a esta ciudad de Mexico; porque si corriesen las cosas adversas estuviesen en ella más guardados para que sus hermanos no se los distribuyesen o tomasen sin darle parte de ellos y que procuraría de atraer con razones blandas y amorosas a Ixtlilxuchitl; y que cuando no le pudiese reducir por este modo le prometía toda su fuerza y poder, pues en ayudarle en esta tan justa causa hacía la suya, demás de debérselo a su mucho amor y voluntad que tenía, y ser heredero, derecha y legítimamente, del reino de su padre y haber concurrido juntamente la voluntad del pueblo en dárselo. Como Ixtlilxuchitl vido que su hermano Cacama se había venido a Mexico y le pareció que con el amor que Motecuhzuma le tenía le ayudaría a darle la posesión del reino, no gustando de verle rey y pareciéndole que él también podía serlo se salió de Tetzcuco lo más apriesa que pudo, y con grande acompañamiento de la gente parcial que tenía se fue a la provincia de Metztitlan (que está situada en las montañas que llaman Sierra Alta) porque los ayos que lo habían criado eran señores de todas aquellas tierras; envióles sus mensajeros dándoles aviso de cómo iba, los cuales en sabiéndolo salieron algunas jornadas a recibirlo y le fueron festejando el camino con muchos bailes y regocijos hasta llegar al mismo pueblo de Metztitlan, donde fue servido como señor propio. Aquí hizo llamamiento de todas las gentes serranas y les manifestó sus intentos y dijo cómo quería favorecerse de ellos para no dejar entrar en posesión del reino a su hermano Cacama; porque recelaba que siendo rey no lo había de ser de el poderoso imperio aculhua, sino Motecuhzuma, y sería caso escandaloso que lo que sus antepasados tanto tiempo y con tanta gloria habían conservado se perdiese ahora sólo por no querer su hermano hacer contradición a un advenedizo que a fuerza de armas se alzaba con los señoríos que de justicia y por razón otros

poseían, y que él quería (como señor natural que era, por ser hijo de Nezahualpilli) el señorío de aquellas treinta y tres provincias que caen hacia aquellas partes del norte y que esto no lo hacía por tiranizar el nombre de rey a su hermano sino porque había conocido, en su modo de proceder, que Motecuhzuma se había de dar tan buena maña con él que le había de venir a quitar el imperio tan antiguo chichimeca aculhua; y que cuando mucha merced le hicese se lo dejaría con título de feudatario y vasallo suyo y que para estorbar esto quería llevar gente y ponerla en parte donde impedir tan errada cosa, si así sucediese, haciendo presidios en las fronteras de Otumpa y que los señores mexicanos se contentasen con Tenuchtitlan y aun de esto entendía recuperar las parcialidades que Nezahualpilli su padre había dado al rey Ahuitzotl, pues Motecuhzuma ya no acudía a pagar cierto reconocimiento a que se obligó por ello el rey Ahuitzotl nombrado, y que confiaba en Dios que con su ayuda y favor castigaría cualquier agravio que en sí o en alguno de sus hermanos se hiciese. Oyeron aquellos señores estas razones de Ixtlilxuchitl y sin contradecir ninguna le prometieron la ayuda que les pedía.

Coanacotzin, que vido ausente a su hermano Ixtlilxuchitl y que no había en la ciudad quien le pudiese hacer contradición y deseando mucho que su hermano Cacama fuese recibido por rey, diole luego aviso a Mexico de su partida y cómo deseaba componer las cosas de manera que no se le denegase la posesión de su reino, y que en esto pensaba servirle no como a hermano que tanto quería sino como a su rey y señor que era, y que le parecía se viniese a la ciudad donde con facilidad sería coronado. Despachados estos mensajeros comenzó luego a tratar con aquellos señores, que se habían hallado en la consulta y con otros que después habían venido, el caso; pero no los hallaba tan fuertes y constantes como a los principios y como era menester; porque aunque todos eran de un ánimo y parecer de que Cacama se recibiese por rey (pues en realidad de verdad lo era) decían que convenía allanar primero a Ixtlilxuchitl, porque no estando llano él no se atrevían a hacer contra su voluntad ellos; y así iban entreteniendo y dilatando el caso y suceso de este negocio.

Cacama, que aunque estaba en Mexico con esperanzas de ser rey, deseaba verse en posesión de su reino; con el aviso que tuvo de su hermano Coanacotzin y confianza de que estando en su ciudad sería recibido en el asiento y silla de su padre pidió a su tío Motecuhzuma que le diese favor para irse, el cual le dio mucha gente de acompañamiento y mandó a su hermano Cuitlahuac, señor de Itztapalapan (que también era su tío) que fuese con él y le metiese en la posesión del reino. Así fue Cacama con esta autoridad y con otra tanta fue recibido de su hermano Coanacotzin y los otros señores de Tetzcuco y fueron aposentados en la hueitecpan (que es el gran palacio), al uno como a rey propio y al otro como a hermano del rey de Mexico y tío de éste de Tetzcuco y a toda la demás gente principal que con ellos vinieron. Luego Cuitlahuac trató de componer las diferencias que entre los sobrinos había y ordenó de que Cacama fuese jurado por rey; para esto juntó a todos los señores consejeros y presentándoles a su rey lo

recibieron (dando cada uno su parecer como antes habían hecho) y trataron de la jura, la cual quedó determinada para el día siguiente (y esto sucedió en los primeros días del año de mil quinientos y diez y siete de manera que había ya un año, poco más, que el reino andaba entre estos hermanos en límites y contiendas), y estando la ciudad muy alegre y los hermanos de Cacama muy contentos con ver a su hermano y rey en su casa llegaron nuevas de cómo Ixtlilxuchitl venía bajando de la sierra con un poderoso ejército y que traía intención de asolar la tierra. Alborotáronse todos y suspendióse por entonces la jura de Cacama y trataron de otras cosas, según las requería el tiempo, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LXXXV. *De cómo Ixtlilxuchitl vino sobre Otumpa y sentó su campo a vista de los de Tetzcuco y Mexico; y encuentros que con unos y otros tuvo*

NO SE DORMÍA IXTLILXUCHITL en las provincias serranas donde se había ido a favorecer de sus moradores acerca del intento que llevaba, antes con la mayor diligencia que pudo los ganó; de manera que los sacó de sus tierras (habiéndolo ya recibido por señor) y los trajo consigo a la jornada que hacía; y cuando vinieron bajando a Tulantzinco (que es pueblo diez y ocho leguas de esta ciudad a la parte del norte) traía ya más de cien mil hombres; debió de tener nuevas de lo que en Tetzcuco pasaba y aceleró su jornada y vino a Tepepulco donde, o por miedo o por amor, fue bien recibido y lo mismo hacían todos los pueblos por donde pasaba y le daban la obediencia como a su rey y señor; y desde este lugar envió sus mensajeros a Otumpa (que era cabecera de toda su provincia) a dar aviso al señor y principales de ella de su venida, y que saliesen a recibirle y darle la obediencia como a su rey. Los otumpanecas, que estaban parciales a Cacama, le respondieron que de ninguna manera lo harían porque ellos no conocían, después de la muerte de el rey Nezahualpilli, su señor, sino a Cacama, su hermano, del cual tenían aviso cómo estaba en la posesión de su reino de Tetzcuco y muy apercibido para defenderlo y que sus tíos, los señores mexicanos, eran en favor y ayuda para contra los que no le obedeciesen. Volvieron los mensajeros con esta respuesta de que se agravió mucho Ixtlilxuchitl y mandó marchar su gente sobre ellos (que juntamente con la respuesta que dieron se quedaron apercibiendo para aguardarle) y en llegando a los términos otumpanecos salieron los de la provincia no a ofenderle sino a defenderle de él si les acometiese; pero Ixtlilxuchitl, que venía enojado, los acometió con toda fuerza y se trabó entre todos una muy reñida batalla y aunque duró un buen rato, luego conocieron los otumpanecas la fuerza del enemigo y reconocieron su daño y se fueron retirando; pero murió el señor de esta provincia estando peleando valientemente con Ixtlilxuchitl; y con su muerte desmayaron sus gentes y huyendo cobró Ixtlilxuchitl la ciudad y apoderóse de ella y de toda su comarca.

Como en Tetzcuco se supo esta nueva (como dejamos dicho) cesaron las fiestas y comenzaron a convocar gente y a formar campo para lo que se ofreciese. Los señores mexicanos se partieron luego de la ciudad a esta de Mexico donde ya corrían las nuevas de lo que pasaba, y todos se apercibieron de guerra, en especial los dos hermanos, Cacama y Coanacotzin, que fortificaron su ciudad y la pertrecharon por todas partes; pero Ixtlilxuchitl que se veía señor de una tan poderosa provincia, como la de Otumpan, haciendo en ella su asiento puso sus presidios y fronteras en Aculman y Chicuhnauhtlan, Papalotla, Tecaman, Tzompanco y Huehuetocan que eran las partes más comunes por donde los de Tetzcuco y Mexico le podían salir a hacer guerra; y de esta manera se confrontó con Motecuhzuma, su tío, y con sus hermanos Cacama y Coanacotzin y sustentó esto hasta el año de diez y nueve que llegaron los cristianos; y muchas veces llegó con su ejército hasta cerca de esta ciudad de México por ver si podía sacar a su tío Motecuhzuma a la batalla, el cual nunca jamás quiso salir; pero enviábale algunos señores de los más valerosos capitanes que tenía para que se detuviesen y hiciesen resistencia en sus demasías y éstos muchas veces volvían desbaratados; y una vez, en una escaramuza que tuvieron, prendió a un señor del pueblo de Itztapalapan, deudo suyo y capitán valeroso de los ejércitos mexicanos, el cual había prometido a Motecuhzuma llevárselo preso y maniatado a su presencia (de que tuvo aviso Ixtlilxuchitl) y por este atrevimiento con que había hablado le mandó atar de pies y manos a vista de todos los suyos y cubrirle de caña seca y le pegó fuego y lo quemó allí vivo; de que cobraron grande asombro los mexicanos y no le osaban a acometer como hasta entonces.

Los hermanos, que estaban en Tetzcuco, estuvieron muchas veces determinados de conformarse con él, aunque nunca se lo trataron por no parecer que mostraban cobardía; pero Ixtlilxuchitl ni les daba guerra ni les hacía mal ninguno, sólo mostraba serles contrario en habérseles puesto en frontera, y la causa que le movió a poner las de Mexico fue haberle salido muchas veces los mexicanos a hacer guerra con ánimo de matarle y desbaratar sus gentes, porque nunca él tuvo ánimo a los principios de hacerles mal, sino defender que los tetzcucanos no lo recibiesen de los tenuchcas por ver a su hermano Cacama parcial con Motecuhzuma y temer no se le entrase en sus tierras con engaño y dolo, y que entendiese Motecuhzuma que si quisiera pudiera pasar adelante, porque todas las gentes que había desde Tlaxcalla y Cholullan hasta cuasi Campech los tenía ya a su devoción y amistad con pacto secreto que entre ellos había y con mucho seguro le enviaban a ofrecer su ayuda (por verse libres de la sujeción de Motecuhzuma). De donde se puede inferir el ánimo dispuesto que tenían para cualquier cosa cuando llegaron a la tierra los españoles, pues con la opresión que pasaban a cada repique de broquel se ofrecían a desamparar al rey de Mexico y pasarse a los que le hacían guerra; pero Ixtlilxuchitl respondía agradeciéndoles su voluntad y certificándoles que si necesario fuese les avisaría para que le ayudasen y que en el ínterin no se removiesen porque no había necesidad. Estas cosas puestas en este estado duraron hasta que

sonó la trompeta de la divina voz, que fue venir los cristianos con la ley evangélica y conquista que los nuestros hicieron de estas gentes que quiso Dios que así estuviesen divisas para que mejor entrasen los que habían de conquistarlos.

CAPÍTULO LXXXVI. *De cómo Ixtlilxuchitl se concertó con sus hermanos, el rey Cacama de Tetzcuco y Coanacotzin y dividieron su señorío*



STANDO LAS COSAS EN EL ESTADO QUE SE HA DICHO y viendo el rey Cacama cómo su hermano Ixtlilxuchitl, aunque estaba en frontera de su ciudad y de la de Mexico con tanta gente, no hacía mal a los tetzcucanos, antes aunque entrasen y saliesen gentes y fuesen de la una parte a la otra, no le pesaba de ello ni hacia molestia ni agravio, y tenía mandado a sus gentes que regalasen a todos los señores que encontrasen y a los que venían a verle los recibía bien y regalaba; entendieron que su intento no era hacerles guerra, ni enojarlos, sino que debía de ser (según había mostrado en algunas ocasiones) el enojo con su tío Motecuhzuma y así determinó Cacama, con acuerdo de Coanacotzin, de enviarle a hablar con unos señores, deudos suyos, a quien Ixtlilxuchitl tenía mucho respeto, y envióle a decir con ellos que le dijese su intento y de lo que gustaba y que si quería quedarse con las provincias de la sierra lo hiciese, que él se contentaba con el reino de Tetzcuco y las demás provincias a él sujetas y que tenía determinado de partir con su hermano Coanacotzin la otra tercia parte de sus rentas, y con esto fueron estos señores que de él fueron bien recibidos y oída su embajada les respondió: por cierto, señores, hagan mis hermanos, muy enhorabuena, lo que más gusto les diere, que en eso no haré contradición alguna; porque mis intentos no han sido de hacerles mal, sino de reprimir el que podía venirles; porque siempre tuve entendido de que nuestro tío, el rey Motecuhzuma, se había de querer para sí el imperio, tan antiguo, de nuestros antepasados los chichimecas y aculhuas; porque entendí, pocos años ha, que en cierta ocasión que el rey mi padre le envió a consultar ciertos negocios (como muy de atrás era costumbre entre ellos) él le respondió (¿y por ventura mis hermanos no lo habrán sabido, y si lo supieron no tienen mi corazón y coraje?) que le dijesen a Nezahualpilli que ya era otro tiempo que el pasado y que él era el rey de los reyes y que no tenía ya que enviarle a apercibir de negocios; porque él solo era el que los había de tratar y no Nezahualpilli. Lo cual oído por el rey mi señor y padre lo sintió tanto que, fingiendo que se quería holgar en sus jardines, se fue una temporada a ellos donde estuvo con más pena que contento tratando en su corazón la discordia y guerras que aquella respuesta amenazaba; y yo, que lo oí y supe lo que pasaba, quedé tan sentido que quisiera luego si pudiera hacerle guerra; porque consideraba que

Motecuhzuma solía ser un capitán de mexicanos y mi padre rey de los aculhuas y que entró en el reino mexicano dándole mi padre la investidura de rey y por ventura se la quitó a otro que con más justicia se le debía; y esto sabéis, señores, muy bien, pues pasó en vuestro tiempo y en vuestra presencia; y siendo esto así verdad, ¿qué razón tuvo Motecuhzuma de atreverse a mi padre? ¿Fue por ventura porque después que trató con él de la venida de otras gentes se le daba poco a mi padre de las cosas del gobierno? ¿Pues no sabéis (y yo lo sé) que si el rey Nezahualpilli, mi padre, quisiera le costara muy poco quemallo a él y a su ciudad, como hizo el emperador Nezahualcoyotzin, mi abuelo, en tiempo de Izcohuatzin, a quien de su mano hizo rey, que fue el primero que tuvieron sin tributo los mexicanos? Y si todas estas cosas son verdad y han pasado en vuestro tiempo, ¿qué razón hay para que mis hermanos Cacama y Coanacotzin se sujeten a la voluntad del rey Motecuhzuma? De manera, señores, que concluyendo digo que hagan enhorabuena lo que quisieren y que se guarden de las astucias y asechanzas del rey de Mexico, nuestro tío, que yo espero que el imperio se juntara (cuando ahora se divida) y no estará diviso y será en la persona que por valor lo mereciere. Con esto despidió a estos señores y se vinieron con la respuesta a Tetzcuco.

Cacama, que era rey y se había introducido en el reino con el favor de su hermano Coanacotzin, quiso pagarle esta buena obra y amor que le tenía con darle una parte de las rentas de su reino y señalóle treinta y tres provincias de las que le tributaban hacia la parte del sur y él se quedó con el señorío de todo y con la renta común que de las otras partes le tributaban. De esta manera se concertaron estos tres hermanos y no les duró más tiempo que espacio de dos años, porque luego el de mil quinientos y diez y nueve fue la venida de los españoles; y cuando llegó la nueva de su llegada las cosas se volvieron de otra manera, como adelante veremos; y esta división presente parece que fue un pronóstico de la ruina que ya de próximo les amenazaba.

CAPÍTULO LXXXVII. *De otras guerras hechas por el rey Motecuhzuma de Mexico y Cacama de Tetzcuco y Totoquihuatzin de Tlacupan*



UERTO EL REY NEZAHUALPILLI DE TETZCUCO y entrando en su lugar su hijo Cacama (como se ha visto por los capítulos pasados) corrió la confederación de los reyes como hasta entonces lo habían acostumbrado; y este mismo año, de este nuevo rey, vinieron los huexotzincas a Mexico a pedir a Motecuhzuma favor contra sus enemigos (con los cuales había ya más de diez años que traían guerra) y juntamente a pedir treguas para con los mexicanos. Consultólo con Cacama, rey de Tetzcuco y con Totoquihuatzin de Tlacupan; y siendo todos de un parecer concedieron su

petición, con calidad de que habían de ir presidios de mexicanos, aculhuas y tepanecas a aguardar y tener seguras las tierras del volcán y sus laderas; lo cual se hizo sin contradición ninguna; y con estas treguas y seguro que hubo de la una parte y de la otra vinieron los huexotzincas a la provincia de Chalco y a tierras de Mexico y Tetzcuco a tratar y contratar y buscar las cosas necesarias para su conservación; y mandó Motecuhzuma que fuesen tratados como proprios por todas partes y que no les hiciesen mal ni los comprasen ni tuviesen por esclavos; pero los tlaxcaltecas, que supieron estas nuevas treguas y que los mexicanos pasaban los puertos y volcán para estar de presidio en la otra parte de la sierra, en los términos de sus tierras, saliéronles al camino y tuvieron una muy reñida batalla y murieron muchos de ambas partes; pero de los mexicanos hubo muchos muy valerosos en especial Xiuhpanoctzin, Ayximachoctzin, Itzpapalotl y Atotococtzin, y fueron presos de los tlaxcaltecas Tlacahuepantzin y Ometochtli; y fue esta guerra muy celebrada por haber sido entre gente tan valerosa y haberse hecho muchas y muy buenas suertes en ella.

En el año quinceño de este rey Motecuhzuma fueron sobre los de la provincia de Centzontepec, la cual asolaron y destruyeron y cautivaron sus moradores y vinieron con victoria. Y este mismo año un señor muy principal de Huexotzinco, llamado Tlachpanquizqui, cometió adulterio con dos mujeres de otros dos señores, llamados Quauhtencoztli y Huiznetzin, de que se alborotó la república por ser personas muy de cuenta en ella los ofendidos; y juntos algunos señores de la parcialidad de los ofendidos no hallaban traza ni manera cómo vengarse por ser poderoso, así en su persona como en poder Tlachpanquizqui, que era el ofensor, y determinaron de venir con la queja a Motecuhzuma, el cual la oyó y prometió el castigo. Ofrecióse en esta sazón que los tlaxcaltecas tuvieron guerra con los huexotzincas, viniendo en ella un valeroso capitán tlaxcalteca que hacía riza en los ejércitos contrarios. Este Tlachpanquizqui lo prendió y cautivó y trajo a Mexico; y porque de su prisión resultó un muy grande vencimiento y victoria, que se alcanzó de los dichos tlaxcaltecas con mucha honra de los mexicanos, le fue perdonada esta culpa y hechas muy grandes mercedes. Luego el año siguiente tuvieron guerra los mexicanos con los tlaxcaltecas, donde se juntó casi todo el poder mexicano; y no sólo no los vencieron, pero murieron en ella muchos de los amigos y confederados y de los mismos mexicanos tres mil y doscientos; y de los señores valientes y belicosos, Motlatocazomatzin y Itzpapalotzin; y de los que estaban de presidio en Huexotzinco fueron Huitzilihuitl y Temictzontemoc y Cipac; y de estos mismos de esta frontera y presidio hicieron presa y cautivaron esclavos Motelchiuhtzin y Chopitl, y se mostró en esta guerra muy valeroso Quauhtencoztli; y después de esta guerra fueron estos reyes a los chichimecas y tierras de Mazatzintla y les salieron al encuentro los metztitecas, que eran de la parte de Ixtlilxuchitl, y tuvieron un muy reñido reencuentro; pero vencieron los mexicanos y tuvieron muy rica presa y conquistaron también a los zacatepecas. En estas guerras y otras semejantes se ocupó Motecuhzuma los años que fueron diez y seis, diez y siete y diez y ocho de su reinado; y al diez

y seteno permitió a los huexotzincas irse a su casa y les quitó el presidio que les tenia puesto; y el diez y ocheno hicieron los mexicanos la estrena de un templo llamado Cohuatlan, donde fueron sacrificados y muertos muchos de los cautivos habidos en estas guerras dichas (que fueron cuasi sin número); y luego al año siguiente, que fue el diez y nueve del gobierno de este rey, entraron en la tierra los españoles y cesó con su entrada todo esto y las cosas tomaron otro camino; y con esta mudanza se acabó este monárquico imperio como han acabado otros muchos que ha habido en el mundo, como en otra parte hemos dicho.

CAPÍTULO LXXXVIII. *De la manera con que se servía el rey Motecuhzuma en su comida y la gente que le asistía a ella, y audiencia que daba y pasatiempos de que gustaba en aquella ocasión*

POR REMATE DE LAS GRANDEZAS de este rey Motecuhzuma quiero decir lo que otros también han dicho; pero porque no lo han tratado con la misma puntualidad que el padre fray Bernardino de Sahagún, que fue el que más supo de ello, digo con él que era tanta la grandeza de este idólatra rey, que cuasi se quiso parecer a Nabucodonosor en la soberbia; y aunque no se hizo adorar como dios, al menos hízose reverenciar como hombre que parecía endiosado; y en lo que mostraba mucha de su autoridad era en el acto del comer porque comía solo; y era tan grande la abundancia de viandas que se le llevaban, tan varias y de tantas maneras aderezadas, que parece cuasi increíble y podían comer de ellas todos los principales de su casa. La mesa era una almohada o un par de cueros de color; la silla un banquillo bajo y pequeño (que llaman icpalli) con su espaldar hecho de una pieza, cavado el asiento y lo mismo el respaldo, labrado de talla y pintado de colores con todo primor y artificio; los manteles, pañizuelos y toallas, eran de algodón (porque no conocieron lino ni cáñamo ni otra cosa de que poder tejer sus ropas, ni en esta tierra lo hubo si no fue el maguey que sirve como el cáñamo); y era esta ropa tan sutilmente hilada y tejida como la muy fina holanda, y tan blanca como el papel o la nieve; la que de esta ropa se ponía una vez nunca se volvía a poner otra; pero quedaba después de haber servido a la mesa del rey para sus caballeros y oficiales de boca.

Traían la comida cuatrocientos pajes caballeros, hijos de señores, y poníanla toda junta en una sala, y cuando el rey salía a comer mirábala toda y con una vara o con las manos señalaba lo que mejor le parecía, y luego el maestresala ponía debajo de ello braseros para que no se enfriase; y nunca Motecuhzuma dejaba de hacer esto sino alguna vez que los mayordomos le alababan mucho algún particular guisado o potaje. Antes que se sentase a comer llegaban veinte mujeres de las más hermosas de su palacio

y servíanle las fuentes con grande reverencia; luego que se sentaba a la mesa cerraba el maestresala una baranda de madera que dividía la salida para que la nobleza de los caballeros que acudía a verle comer no embarazase la mesa y él solo ponía los platos y los quitaba, porque los pajes ni llegaban a la mesa, ni en aquel lugar hablaban palabra; había grandísimo silencio y si alguno hablaba era de los truanes que el rey tenía o la persona a quien preguntaba algo; y el maestresala estaba siempre de rodillas y sin zapatos sirviendo y no alzaba los ojos para mirar a ninguna parte; no entraba hombre calzado en la sala so pena de muerte; el mismo maestresala servía la copa, que era una jícara de diversas hechuras, unas veces de plata, otras de oro y algunas de calabaza y otras de concha de pescados de particulares y extrañas hechuras.

Asistían a la comida (aunque desviados) seis señores ancianos, a los cuales daba algunos platos del manjar que le sabía bien y allí los comían con gran respeto y veneración. Servíase siempre con mucha música de flautas, zampoñas, caracoles, huesos, atabales y otros instrumentos de poco deleite a los oídos de los españoles, y no alcanzaban otros mejores, ni tenían música de canto (como la que usamos en voces concertadas) porque no sabían el arte, hasta que de los castellanos lo aprendieron (en especial fue maestro de él, en esta nueva iglesia, el apostólico varón fray Pedro de Gante, fraile lego de la esclarecida orden de mi glorioso padre San Francisco), aunque en sus bailes y fiestas cantaban en voces iguales al son de su teponaztli (como en otra parte decimos). Había siempre a la comida enanos, gibados y otros tales para mover a risa, y comían de los relieves de la mesa al cabo de la sala con los truanes y chocarreros (que los que daban en esto eran muy discretos y graciosos); lo demás que sobraba comían tres mil hombres de guarda ordinaria que estaban de ordinario en los patios y plazas, y por esto se llevaban siempre tres mil platos de comida y tres mil vasos con vino (que es una muy notable grandeza de las que se pueden contar de un rey). Jamás se cerraba la despensa y botillería, por lo que de ordinario entraba y por lo que se sacaba. Guisaban en la cocina de cuanto se vendía en la plaza, que eran infinitas cosas sin otras muchas que traían cazadores, renteros y tributarios. Los platos y todo el servicio de vasijas era de barro muy bueno y no se servía al rey más de una vez. Tenía muy gran vajilla de oro y plata, con diversas figuras de animales y no se servía de ella por no usarla dos veces, porque se tenía por bajeza esta continuación de una misma cosa. Llevábanla toda o parte de ella a los sacrificios y fiestas de los dioses. Algunas veces (aunque pocas) comía carne humana, pero ésta había de ser de la sacrificada y aderezada muy por extremo y de otra manera no la comía, como quisieron, falsamente, imputarle algunos que ni lo supieron ni entendieron, sino por mala voluntad que les tenían concebida a los indios. Levantados los manteles llegaban las mujeres (que mientras duraba la comida habían estado en pie asistiendo en ella) a darle agua a manos; y con esto se iban todos a comer, quedando los que eran de guarda.

Ida la gente (y entradas las mujeres en su sala) se quedaba alguno de los seis señores para parlar con el rey, y si el tiempo lo pedía reposaba un poco,

arrimado al espaldar de la silla (que ordinariamente era tan alto como el cuerpo del que estaba sentado y muy proprio para tomar en él el sueño); luego daba audiencia con mucha afabilidad y gravedad, llamando para ello a los secretarios por quien respondía y decretaba lo que se había de hacer. Entraban los que habían de negociar y dejaban a la puerta del palacio los cacles o suelas de que usaban o los llevaban en el cinto, debajo de la manta. En este tiempo de entrar a negociar los grandes señores (si no eran parientes del rey) echaban sobre sus mantas ricas otras más groseras, porque decían que era poco respeto parecer tan galanes delante del rey. Cuando le iban a hablar todos eran iguales en el acatamiento, porque primero que llegasen a hablar hacían tres y cuatro reverencias, no le miraban al rostro y hablaban inclinada la cabeza y tan bajo que si no eran los secretarios, nadie podía entender lo que decían; oía con grande atención, y si de turbado alguno no acertaba a hablar, mandaba que se sosegase y dijese el negocio a alguno de sus secretarios. Respondía a todos con buen semblante y muy de espacio y en pocas palabras; los que habían negociado se volvían a salir sin volverle las espaldas. Acabada la audiencia entraban señores y otros muchos cortesanos y gustaba de oír en sus cantares las grandezas de sus antepasados, cantadas en los instrumentos músicos que ellos usaban. Holgábase de oír hablar a truhanes, porque divertían el cuidado de los negocios, y decía que debajo de burlas decían verdades que sabios no se atrevían a declarar; hacíales muchas mercedes, porque era aficionado a ellos; otras veces holgaba de ver jugadores de pies (como los hay de manos, y volteadores entre nosotros los castellanos o españoles) que era cosa muy de ver (y lo decimos en otra parte); deleitábale una manera de juego a manera de matachines, porque se subían tres hombres, unos sobre otros, de pies levantados sobre los hombros, y el postrero hacía maravillas como si estuviera de pies en el suelo, andando y bailando el que estaba enmedio; algunas veces miraba el juego del patoli (que en algo parece al juego de las tablas reales, de que hacemos memoria en otra parte).

CAPÍTULO LXXXIX. *Donde se dice el excesivo número de mujeres que el gran rey Motecuhzuma tenía en su palacio; y se dice también haberse hecho preñadas de él a un tiempo muchas. De su corte, de su guarda y tributos*



RA TAN GRAN PRÍNCIPE y señor en todo, Motecuhzuma, que ninguna cosa tenía para su servicio o para su contentamiento, que no fuese real y digna de tan gran señor; y para ellas y para su asistencia tenía muchas casas (como en el libro de las poblaciones decimos); pero en la de su asistencia, aunque tenía muchos de guarda, dormían pocos hombres en ella; tenía en su real palacio tres mil mujeres, entre señoras, criadas y esclavas (y esto es más cierto que lo que otros dicen, que no eran más de

mil). Las señoras, hijas de caballeros, que eran muchas y muy bien tratadas, tomaba para sí Motecuhzuma, en especial las que mejor le parecían, y las otras daba por mujeres a sus criados y a otros caballeros y señores; y así dicen que hubo vez que tuvo ciento y cincuenta preñadas a un tiempo, las cuales a persuasión del demonio movían, tomando cosas para poder despedir las criaturas y estar desembarazadas, para dar solaz a Motecuhzuma. Tenían estas mujeres muchas viejas de guarda, que jamás se apartaban de ellas, no dejando que aun las mirasen los hombres; porque así Motecuhzuma, como los otros reyes, sus antepasados, procuraron en su casa toda honestidad y castigaban rigurosamente cualquier desacato y desvergüenza que en ella sucediese, y muy raras veces acontecía esto. Tenían estas señoras muy gran servicio de mujeres, andaban a su modo muy ricamente aderezadas, labábanse muchas veces, porque era Motecuhzuma muy amigo de limpieza.

Juntamente con lo dicho guardaba este grande emperador gran majestad en la guarda y acompañamiento de su persona; porque cada día entraban seiscientos señores y caballeros muy principales de guarda y cada uno de éstos, el que menos, con tres y cuatro criados y muchos con veinte y treinta, según la posibilidad y renta de cada uno. Todos traían sus armas y venían a ser, entre amos y criados, más de tres mil personas; y hay quien diga y lo afirma por verdad que eran más de cinco mil. Todos éstos comían en palacio de lo que sobraba del plato real (como dejamos dicho); los criados no subían ni entraban en lo interior de la casa a los terraplenos, ni se iban hasta la noche, después de haber cenado. Los señores, también con sus armas, estaban en lo alto de los terraplenos por las salas, sin entrar donde estaba el gran señor Motecuhzuma. Unos estaban en pie, otros (que eran los más) estaban sentados en sus banquillos o icpales de cuatro en cuatro y de seis en seis, parlando entre ellos y bien bajo, porque era desacato hablar alto en la casa real. Eran finalmente tantos los de la guarda que, aunque eran grandes los patios, plazas y salas, lo hinchían todo; y no faltó de los nuestros quien dijo de los que se hallaron presentes que por los castellanos y por mayor majestad y seguridad de su persona había doblado la guarda Motecuhzuma, aunque la verdad es decir que aquélla era la ordinaria, porque los señores que estaban debajo del imperio de Motecuhzuma, que eran treinta de a cien mil vasallos y tres mil señores de lugares y otros muchos vasallos, personas preeminentes y de cargos, residían en Mexico por obligación y reconocimiento del gran señor, cierto tiempo del año; y estaban tan sujetos con ser tantos y con tantos vasallos que ninguno osaba ir a su tierra y casa sin licencia y beneplácito de este gran señor; y si iban dejaban algún hijo o hermano por seguridad que no se alzarían, ni serían contra la obediencia que tenían jurada; y a esta causa tenían todos casas en la ciudad de Mexico y Tlatelulco (como ya hemos dicho), de donde parece clara la violencia de aqueste imperio; pues es cierto que el rey natural es amado y querido de tal manera de los suyos que si no fuese por la autoridad real, podría andar y dormir sin guarda, las puertas abiertas. Ésta era la guarda de tantos y tan principales señores que

Motecuhzuma tenía, obedecido más por temor que amado por rey natural; porque cada cual quería ser señor de sí mismo en su rincón y casa. Tenía tan sujetos a sus vasallos y tan avasallados a los que de nuevo sujetaba que ninguno había por gran señor que fuese que no le tributase. Los señores y nobles le pechaban tributo personal, asistiendo en la corte lo más del tiempo del año, gastando en ella sus haciendas, con que no poco adornaba su corte; y si se ofrecían guerras los señores eran los que primero iban a ellas, por la obligación personal que tenían, en las cuales gastaban mucho más que en la corte, porque se preciaban de llevar más gente consigo y hacer más servicio del que eran obligados. Los labradores (que llaman macehuales) eran cuasi infinitos, porque la principal granjería que tenían era labrar los campos; éstos tributaban con sus personas y bienes. Ésta era la diferencia que había entre nobles y pecheros, que los pecheros eran en dos maneras, unos renteros, que arrendaban de otros las heredades a los cuales pagaban las rentas de ellas, y demás de esto tributaban de lo que les quedaba la mayor parte al rey. Había otros pecheros que labraban sus heredades y pagaban cada año de todo lo que cogían, de tres fanegas una; y de todo lo que criaban, de tres uno. Las sementeras eran maíz, frijoles y otras semillas. Los instrumentos con que labraban eran de piedra (cosa bien nueva para nuestros españoles); otros trataban en sal, miel, mantas, plumajes, algodón, cacao, camotli y otras cosas a este tono, de todas frutas y hortalizas, de que principalmente se sustentaban y mantenían los renteros; porque pagaban estas rentas por meses o por años, en tanta cuantidad, por esto se llamaban esclavos, porque tributaban dos veces; y cuando comían huevos les parecía que el rey les hacía gran merced; y estaban tan oprimidos que casi se les tasaba lo que habían de comer y lo demás era para el rey. En este estado dicho estaba este grande monarca Motecuhzuma y los otros reyes y señores en sus reinos y estados cuando se trocaron las cosas como en los capítulos siguientes parecerá claro.

CAPÍTULO XC. *De las señales y pronósticos que hubo en esta Nueva España, antes de su conquista, que fueron anuncios de su fin y acabamiento*



EN CASOS ARDUOS Y NEGOCIOS DIFICULTOSOS, que por justos juicios de Dios acontecen en el mundo, suele haber señales y prodigios que pronostican estos acontecimientos antes que sucedan, en especial en acabamiento y desolación de algún reino. Y porque importa antes de decir los que hubo en la destruición de estas gentes indianas probar esta verdad, con lo acaecido en otros, quiero hacer esta probanza con los que hubo en aquella ciudad de Dios, que tanto la quiso y amó y tanto defendió a sus moradores, hasta que por sus muy graves pecados alzó la mano de su defensa y la entregó a los enemigos, que como tales la asolaron y destruyeron

no dejándole piedra sobre piedra (como antes de su pasión el mismo Jesucristo nuestro señor había dicho de ella), y aprovechándome para este intento de lo que dice Josepho,[1] diré los prodigios y señales que antecedieron a aquella ruina por el orden que las cuenta; de las cuales es la primera una cometa que vieron en el cielo a manera de espada que relumbraba y parecía llama de fuego que duró espacio de un año continuo antes de la guerra que hicieron los emperadores Tito y Vespasiano. Al octavo día de el mes de abril, estando todo el pueblo congregado en la celebración de la Pascua de los ácimos, a las nueve horas de la noche, salió de junto del altar y de todo el templo una tan grande claridad que parecía haber salido el sol y ser de día muy claro, la cual duró por espacio de media hora. Los simples y que poco sabían atribuyeron esta señal a algún buen acontecimiento y favor que por ella Dios quería hacerles; pero los sabios y prudentes creyeron ser anuncio de alguna grande calamidad que Dios quería enviarles. Este mismo día, trayendo una vaca al sacrificio, parió un cordero en el mismo altar donde era sacrificada y muerta. La puerta interior de la parte del oriente, siendo de bronce y tan grande y pesada que apenas podían moverla veinte hombres de buenas fuerzas, cuando de noche se cerraba, se vido a las seis horas de la noche que ella misma, sin movimiento de ninguna persona, se abrió como si fuera de papel y movida con algún recio viento. Corrió esta voz por todos los señores y magistrados del pueblo y acudiendo el semanero a mandarla cerrar apenas pudieron los ministros ordinarios. Este caso, dice Josepho, les pareció a los necios ser de algún próspero suceso, porque decían que Dios les abría la puerta de los bienes para que los gozasen; pero los más prudentes comenzaron a recelar desde aquel día la ruina y asolación de el templo, que creían haber de ser hecha en él y que como a casa dejada de Dios abría las puertas para que por ellas entrasen los enemigos. Pocos días después, que fue a los veinte y uno de mayo, dice que se vido una señal que excede los límites de la fe humana y que no se atreviera a escribirla si no tuviera testigos vivos en su favor que pudieran de presente testificarlo; y fue que este día, poco antes de anochecer, entre el fin de la luz del día y el principio de las tinieblas de la noche, se vieron grandes ejércitos de gente armada, muchos carros de soldados y grandes tropas de enemigos, que vagueando por los aires dieron vuelta a toda la ciudad y la cercaron. El día de Pentecostés, en la noche, entrando en el templo los sacerdotes a la celebración de la fiesta y a disponer las cosas necesarias del culto divino, oyeron gran ruido y estruendo en el templo y juntamente una voz que decía: vámonos de aquí, que según Lira y otros fue voz de ángel de los que guardaban aquel lugar, que la decía a los otros sus compañeros, como manifestando en esto que Dios había de desamparar aquel lugar, por los graves pecados de su pueblo; y lo que echa el sello a estos pronósticos y parece que pone más espanto (dice Josepho) fue que un mancebo llamado Jesús, hijo de Anani, hombre plebeyo, zafio y rústico, cuatro años antes que se comenzasen las guerras y cuando

[1] Ioseph. lib. 7 de Bello Iudai. cap. 12.

la ciudad estaba en su mayor paz y quietud, viniendo con otros a la celebración de una pascua, comenzó repentinamente a dar voces y a decir las razones siguientes. Voz de el oriente, voz de el occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y contra el templo, voz contra los recién casados y contra las nuevamente desposadas y voz contra todo este pueblo. Esto decía este hombre de día y de noche, dando vuelta a la ciudad por todos los barrios y parroquias de ella. Muchos de los nobles de la república tuvieron esto por mal agüero y indignados contra el simple mozo que las decía lo ataron y azotaron rigurosamente, dándole muchos azotes en un muy grande intervalo de tiempo; el cual ni en su defensa ni contra los que lo azotaban dijo palabra ninguna mientras le duro el tormento; pero no cesaba en él de repetir todas aquellas palabras con que el primer día había comenzado. Viendo los magistrados que en esta aflicción y azotes no cesaba de decir porfiosamente estas palabras, lleváronselo al prefecto de los romanos que asistía en la ciudad, en cuya presencia fue azotado de nuevo tan cruelmente, que abiertas las carnes se le parecían por las heridas de los azotes los huesos; pero ni en ellos se quejó, ni pidió misericordia, ni jamás le vieron derramar lágrima en tan acerbos dolores; pero con voz dolorida y baja a cada azote que le daban, respondía: ¡Ay, ay de Jerusalén! Preguntóle el prefecto Albino (que así se llamaba) que ¿quién era o de dónde era o por qué causa decía aquellas cosas? Pero a nada de esto le respondió y a todas las preguntas que se le hacían respondía con la perdición de Jerusalén; y enfadado el juez de su pertinacia lo envió libre como a hombre insensato y loco; pero el prodigioso mancebo no comunicaba desde allí en adelante hasta la destruición de la ciudad con ningún vecino de ella ni le oyeron hablar palabra alguna con nadie; pero su común lenguaje era: ¡Ay, ay de Jerusalén!, y jamás pudo ser persuadido de ninguno a que dijese el fundamento que tenía para decir aquellas palabras, ni se defendía los días que lo azotaban y afligían; ni tampoco decía mal de los que lo prendían y maltrataban, sola su respuesta para todos era este triste y doloroso presagio: ¡Ay, ay de Jerusalén!, y en especial lo repetía muchas veces los días festivos y de concurso de gente; y esta perseverancia le duró por siete años y cinco meses y en todos ellos ni se le enronqueció la voz ni desflaqueció jamás el pecho, hasta que llegó el cerco de la ciudad y el asalto que la hicieron, que con el cumplimiento del pronóstico cesó de decir aquello que tantos tiempos y veces había repetido; en el cual cerco, como ya llegase el fin de este dicho cumplimiento se subió en el muro y dándole vuelta a la redonda decía a grandes voces: ¡Ay, ay de la ciudad, del templo y de la gente!, y después de haber repetido esto muchas veces, llegándose a lo último del muro dijo por última vez: ¡Ay, ay de mí!, y juntamente llegó una piedra del campo enemigo y le quitó la vida y derribó del muro abajo.

El que considerare estas cosas hallará que muchas veces Dios las ordena para que movidos los hombres de ellas conozcan lo que les conviene y elijan los medios mejores de su conservación y paz; porque viendo cosas nuevas, y que salen del curso común de la naturaleza, caben en su consi-

deración; y viendo que son particulares conozcan en ellas también algunos particulares fines y que siendo las señales de fuego de espadas, de gente armada y de otras cosas semejantes, entiendan que no pronostican buenos fines sino que los anuncian malos y contrarios. De éstos tuvieron estos mexicanos (también como la república de Israel a quien en mucho los hemos comparado en diversos lugares de esta historia) y en número tan crecido como ella y algunos muy semejantes a aquéllos; de los cuales fue el primero una llama de fuego, notablemente grande y resplandeciente, hecha en figura piramidal, a la manera de una grande hoguera, la cual parecía estar clavada enmedio del cielo teniendo su principio en el suelo, de donde comenzaba, de grande anchor y desde el pie iba adelgazando en la forma dicha y echaban centellas en tanta espesura que parecían chispas de pólvora encendida, la cual comenzaba a aparecer en el oriente a la media noche y iba subiendo con el movimiento de el cielo, hacia la parte del poniente; de manera que cuando salía el sol llegaba al puesto donde él está al mediodía, y cuando salía el sol perdía su resplandor (como todas las demás estrellas) y se desaparecía, hasta que la noche siguiente volvía a parecer en el mismo lugar y a la misma hora. Esto duró por espacio de un año cada noche; y esto es lo que dice Herrera,[2] que haciendo sol vieron cometas en el cielo por el aire, y de tres en tres por la parte de occidente, que corrían hasta oriente con tanta fuerza que esparcían brasas de fuego, que como este historiador habla de lejos no es posible que cuando tuviese alguna duda la pudiese averiguar, pues en España no tenía con quien más que con los papeles que otros le dieron; pero la verdad es que estas cometas no fueron más que esta referida, porque así parece por los libros de pintura de estos indios que yo tengo en mi poder y lo tengo muy averiguado con hombres muy prácticos en historia, y el padre fray Bernardino de Sahagún en sus *Memoriales* así lo testifica: cuando la gente veía salir por el oriente esta nube inflamada o materia encendida que parecía de fuego daban grandes gritos y voces, dándose palmadas en las bocas como lo acostumbraban en cosas que les causaba horror y espanto o cuando lo quieren poner a otros en las guerras; y conociendo ser pronóstico de algún mal acontecimiento futuro multiplicaban los sacrificios de sangre y supersticiones para saber de sus dioses qué pudiese ser aquello y qué pronosticaba señal tan horrenda, porque sentían ser de malos acaecimientos.

El segundo pronóstico sucedió en esta ciudad de Mexico, que sin saber cómo se encendió el templo de Huitzilopuchtli (que era el principal dios de estos mexicanos) y el mayor y más sumptuoso de todos, y cuando comenzó a arder parecía que las llamas de el fuego salían de el corazón y entrañas de la madera, y esto sucedió en una noche apacible y clara, sin haber nubes en el cielo, ni preceder trueno, ni relámpago, ni señal ninguna que pudiese ser indicio de aquel incendio. Como vieron esto los tlapixques que guardaban el templo comenzaron a dar voces para que viniesen a apagar el fuego y, aunque se juntaron muchos y echaban agua en las llamas,

[2] Dec. 2 lib. 6. cap. 15.

nunca pudieron apagarse, antes parecía que ardía más con el agua; y de esta manera se consumió y abrasó el templo. Esto sucedió el año de 1510. El tercero fue que el templo de el dios llamado Xiuhtecutli (que es el dios del fuego) se encendió también como el de Huitzilopuchtli, sin trueno, ni relámpago, ni turbación del cielo, aunque es verdad que hacía nublado y lloviznaba al tiempo que comenzó a arder, y lloviendo se fue quemando hasta que se consumió toda la madera. Este templo estaba en el barrio que se llama Tzunmulco. Tuvieron los indios este incendio por mal agüero y decían unos a otros, el sol ha quemado este templo, porque ni hemos visto relámpago, ni hemos oído trueno; y no acertó el que dijo a Herrera,[3] que había caído rayo sobre él, sin trueno. El cuarto pronóstico aconteció de día claro y fue una cometa que cayó hacia la tierra, que tenía tres cabezas y una cola muy larga y puede ser ésta la que el mismo Herrera dice haberse visto de día y con sol; pero no fueron muchas sino una sola y es verdad que comenzó en el poniente y fue corriendo hacía el oriente, despidiendo de sí muchas centellas de fuego; y de la novedad de esta cometa hubo grande espanto entre todos los que la vieron. El quinto pronóstico fue que esta laguna grande de Mexico, sin haber aire ni otra ocasión que pudiese causarlo, comenzó a hervir y a espumear como agua que tiene mucho fuego, y creció así en ancho como en alto un grande exceso y se extendió por mucha parte de la ciudad, y las casas que estaban junto a ella fueron bañadas y golpeadas de sus olas y algunas de ellas se cayeron todas y otras en parte, que también causó grande y nuevo espanto, porque lo tuvieron por mal agüero. Esto sucedió el año de mil y cuatro cientos y noventa y nueve. El año de mil y quinientos y once aparecieron en el aire hombres armados que peleaban unos contra otros y se mataban. El año de mil quinientos y cinco hubo grande hambre en toda la tierra, solamente hubo maíz en lo que llaman Totonacapan, que es la cordillera de serranía que corre hacia la Mar del Norte (como decimos en otra parte) y allí acudieron a proveerse y remediarse los que pudieron. Por estos mismos tiempos acaeció que los pescadores de esta laguna mexicana (donde solía haber infinidad grande de aves, antes que los españoles las amedrentasen y aventasen con los arcabuces) cazaron una ave parda a manera de grulla y por la extrañeza que en ella vieron la llevaron luego, sin dilación, a presentar a su emperador Motecuhzuma, que a la sazón estaba en sus palacios en una pieza que llamaban tlillan calmecac (que quiere decir la sala negra) y era a tiempo que se ponía el sol; dicen que esta ave tenía en la cabeza una diadema o corona redonda a manera de espejo diáfano y transparente, por el cual se veía el cielo y las estrellas y las que nosotros llamamos astillejos, de que Motecuhzuma quedó espantado, teniendo por señal de gran prodigio haber visto estrellas siendo de día y que tornando a mirar segunda vez, a la cabeza de la ave, vio número de gentes que venían andando a manera de escuadrones puestos en ordenanza, aderezados en forma de guerra y parecían medio hombres y medio venados. Visto por Motecuhzuma caso tan extra-

[3] Dec. 2 lib. 6. cap. 15.

ño mandó llamar sus agoreros y adivinos para que le declarasen lo que aquello quería pronosticar. Dicen que estando los agoreros para echar sus juicios desapareció el ave, a cuya causa no pudieron decirle cosa alguna porque faltó un Joseph, como lo tuvo Faraón y un Daniel, como lo tuvo el rey Balthasar, que fueron declaradores verdaderos de los sueños que habían soñado y cosas que habían visto, que todos los otros hechiceros fueron hombres torpes y ciegos y como tales pedían que declarase el rey lo que había visto. Así que careció Motecuhzuma de uno de estos santos varones que le certificasen la verdad de lo que el ave y ejército, en ella representado, significaba, que por aquí pudiera ser que se previniera de remedio, buscando los medios de su defensa y tomando los ciertos de su salvación.

También dicen que por veces vieron dos hombres unidos en un cuerpo que los indios llaman (tlancanetzolli) y otros cuerpos de dos cabezas formadas en un solo cuerpo, los cuales llevaban a los palacios de Motecuhzuma, a la sala negra (que según parece era la sala de los agüeros) y que llevados allí desaparecían luego y se hacían invisibles. Últimamente, en el año que llegaron los españoles a esta tierra (que fue el de diez y nueve), apareció un cometa grande en el aire de grande resplandor que estaba fijo en el mismo aire y no se movía y duró así muchos días. Por espacio de estos años sobredichos muchas veces se oía de noche la voz de una mujer que, a grandes gritos, lloraba y decía congojándose mucho: ¡Oh hijos míos, del todo nos vamos ya! Y otras veces decía: ¡Oh hijos míos!, ¿adónde os llevaré para que no os acabéis de perder? Ya vuestra destruición ha llegado.

Demás de esto declararon los naturales de esta tierra que muchos años antes que los españoles viniesen (por tiempo de cuatro generaciones) los padres y las madres juntaban a los hijos; y los viejos de la parentela a los mozos, y les decían lo que había de suceder en los tiempos venideros: sabed (decían) que vendrá una gente barbuda que traerán cubiertas las cabezas con unos como apaztles (que son los barreñones o lebrillos de barro) y con unos como cobertores de las trojes (y esto decían por los sombreros y gorras que ellos nunca antes usaron ni vieron) y vendrán vestidos de colores (que para ellos también era cosa nueva) y cuando éstos vinieren cesarán todas las guerras y en toda parte del mundo habrá paz y amistad (esto decían porque no pensaban que había más mundo que la tierra que llega hasta la mar) y todo el mundo se abrirá y hacerse han camino en toda parte para que unos con otros se comuniquen y todo se ande. Decían esto porque en tiempo de su infidelidad todo estaba cerrado y no se comunicaban ni contrataban a causa de las continuas guerras que las provincias tenían unas con otras; y así decían: entonces se venderán en los mercados cacao (que es la almendra de que hacen la bebida que en otra parte decimos) y se venderán plumas ricas, algodón y mantas y otras cosas de que entonces, en muchas partes, carecían por no haber comercio ni comunicación de una parte a otra, que en algunas aun la sal les faltaba; y más decían: entonces perecerán nuestros dioses y no habrá más que uno en el mundo y no nos quedará más que una mujer a cada uno. ¡Oh qué ha de ser de nosotros! ¡Cómo hemos de poder vivir! Mirad, hijos, que por ventura esto

acontecerá en vuestros tiempos o de vuestros hijos o nietos. Y así andaban los viejos con esta esperanza llena de temor; y siempre de mano en mano avisando a los mozos, y por esta plática que ellos entre sí traían miraban mucho en las señales arriba contadas y en otras que no habrán venido a mi noticia, teniéndolas a todas por pronósticos de lo que acerca de la destruición de sus dioses y de sus ritos y libertad en los tiempos advenideros había de suceder, juzgando que ya se iba acercando el tiempo y aguardando cada día cuándo se cumpliría; y ésta fue la causa (como después veremos) porque Motecuhzuma tanto sentía la llegada de Cortés a Mexico, con saber que traía tan poca gente y así procuraba de estorbársela, persuadiéndole con sus mensajes a que se volviese, en parte ofreciéndole dones y en parte poniéndole temores.

Pero cosa es de considerar lo que dicen, que tantos años antes anunciaban los padres a los hijos la venida de los españoles y lo que con ella había de suceder. Si fuera de veinte y siete años atrás cuando se descubrió la isla Española, o que fuese de treinta, poco más o menos, cuando Colón tuvo noticia de ella, no era mucho porque el demonio que lo anda todo podía desde entonces conjeturar que según es la codicia de los hombres no habían de parar en aquella isla los españoles (pues ya tenían nueva de estas regiones) hasta correrlas todas y sujetarlas a todo su poder, y como hablaba otras cosas a los indios de aquel tiempo, les diría también esto; más de cuatro edades atrás, no se yo cómo por vía del demonio se podía saber, si no es porque él sabía muy bien que el evangelio se había de predicar infaliblemente en todo el mundo; y también pudo acertar a decir verdad pensando que mentía o pudo ser que los que lo contaron se erraron en la cuenta de los años, y los treinta se les hacían trescientos, aguardando tan grande novedad, o por ventura lo supieron tantos años antes, por permisión divina, para que advirtiendo algunos de ellos con este aviso en los errores de su gentilidad y ceguedad de sus vicios, se fuesen con buenos deseos y buenas obras disponiendo y haciéndose, en alguna manera, capaces para merecer a sí y a su pueblo tan inefable misericordia, como la que nuestro clementísimo Dios quería usar con ellos conforme a aquello que dijo Abrahan:[4] si hallare cincuenta justos en la ciudad de Sodoma, con todos los demás usaré de misericordia por amor de ellos; y así se cuentan muchas virtudes de algunos señores y principales del tiempo de la infidelidad, en especial de Nezahualpilli, rey de Tetzcuco y de su padre Nezahualcoyotl: el uno de los cuales no sólo con el corazón dudó ser dioses los que adoraban, mas aún lo decía a otros que no le cuadraban ni tenía para sí que aquellos eran dioses; y entre los otros vicios (como más feo) dicen, que aborrecía el pecado nefando (como vimos en su historia y que hacía matar a los que lo cometían) y así habría otros a quien Dios alumbraría para vivir conforme a ley de naturaleza y dictamen de la razón; pero volviendo a lo comenzado, digo que estos pronósticos antecedieron a la conquista de estos reinos indianos y entrada de nuestros españoles en ellos.

[4] Genes. 18.

CAPÍTULO XCI. *De cómo por la misericordia de Dios se supo más de cierto en esta Nueva España la venida de los españoles y la fe de Jesucristo que traían, diez años antes que llegaran*



A SEÑAL MÁS CIERTA DEL PERDIMIENTO DE UNA NAVE es verla estar enmedio de la tormenta dando muchos vaivenes y levantando a veces la proa, a veces la popa, estando arfando con intervalos desasosegados, porque cuando esto hace es para irse a pique, porque rendida de la fuerza de las aguas que la contrastan no aguarda más de que se abran y se le traguen, haciendo demonstración que aquellos mecimientos con que vacila son las intercadencias de su vida. El que considerare esta república mexicana en aquellos últimos tiempos de su próspera conservación, con estas cosas que por tantas partes le acometían, verá fácilmente cómo iba navegando por el mar de la inconstante fortuna (como navío engolfado y combatido de tormentas muy deshechas) cuyos costados herían olas de pronósticos espantables, que atropellándose unos a otros mostraban el fin y acabamiento que la amenazaba. Y aunque es verdad que los referidos en el capítulo pasado hacían amago con esta amenaza, no eran al menos demonstrativos de ella, porque no daban claridad de lo que significaban; pero porque cuando llegasen a debida ejecución estas ruinas y adversidades, supiesen que así había de acontecer, quiso Dios diez años antes manifestarlo por la manera siguiente.

El emperador Motecuhzuma, luego que entró imperando, casó una hermana suya (llamada Papan) con el señor de este Tlatelulco; y aunque después de casada, a pocos años enviudó, quedóse en el pueblo y casas de su marido, donde era servida de señores y plebeyos con mucho respeto y cuidado; lo uno por ser mujer del señor de la media parte de esta ciudad (aunque con reconocimiento al emperador) y lo otro por ser hermana de un monarca tan grande y poderoso. Esta señora adoleció de una grave enfermedad de la cual murió, a cuyo entierro se halló Motecuhzuma, su hermano, y todo lo más noble de su corte, que fueron acompañando al emperador. Hízose el entierro en un jardín de su misma casa, en un lugar soterráneo, a manera de bóveda, que estaba junto a unos baños que estaban dentro del jardín, donde acostumbraba bañarse esta dicha Papan (por ser muy usados estos laboratorios entre los indios, así nobles como macehuales) y cubrieron la bóveda con una losa no muy pesada; y hechas todas las ceremonias que eran muchas (como decimos en otra parte) se fueron todos. Estuvo toda la tarde de aquel día que fue enterrada y toda la noche en el sepulcro; y al amanecer del día siguiente una niña, de cinco a seis años, se levantó del lado de su madre para ir al cuarto o salas donde vivía una dueña muy anciana y venerable, a cuyo cargo había quedado la casa y familia de la difunta, que también era ama de aquesta niña; era paso necesario

el del jardín para ir al cuarto de esta dueña; y llegando a una alberca de agua que estaba junto al baño vido sentada en una grada de ella a su tía Papan que el día antes habían enterrado; y aunque la vido no cobró ningún espanto de ello, porque como era de pocos años no la tenía por muerta; antes entendió que debía de estarse bañando como la había visto otras veces que la había acompañado. Cuando Papan vido a la niña llamóla diciendo: Cocoton (que es palabra común para las niñas). La niña, que la oyó y conoció, llegóse a ella y preguntóle, qué quería. Papan le dijo: ve al aposento de tu tía, mi mayordoma y dila que la llamo, que venga acá (porque ésta era la más querida suya y de quien más confiaba). Fue la niña donde estaba la dicha mayordoma y díjole que la llamaba su tía Papan en el baño. La dueña, teniéndolo por burla y creyendo que como niña la echaba menos y que se acordaba de ella y que por esto le decía que la llamaba, comenzó a regalarla con palabras tiernas y amorosas y le dijo: hija mía, ya tu tía está con los dioses gozando de gran descanso por la buena vida que vivió y mucho recogimiento que tuvo. La niña le tornó a decir que la llamaba su tía Papan y estirábala del guipil para que fuese con ella al lugar donde la llamaba; y por darle gusto (no creyendo la verdad y pensando que la burlaba) fuese con la niña hasta el baño donde sentada en un escalón de él vido a Papan; y como sabía que era difunta y que el día antes la habían enterrado, cobró grande espanto y cayó en tierra amortecida, sin poder hablar palabra. La niña, que así la vio caer, fuese corriendo al aposento de su madre y díjole lo que pasaba; la cual, con otras dos dueñas de casa fueron al baño y vieron a la una desmayada y caída en el suelo y a la otra sentada en el escalón del baño; y como conocieron ser la difunta cobraron temor; pero ella las habló y aseguró de todo mal y daño. Mandóles que la llevasen a su aposento y que en todo aquel día no la viese nadie, ni se divulgase este caso sino que se tuviese en gran silencio. Otro día mandó llamar a Tizotzicatzin (que era su mayordomo y ayo de su casa) y, diciéndole que las cosas secretas de Dios eran muy diferentes de las que los hombres platicaban en el mundo y que no temiese de la que veía; le mandó que luego fuese a palacio y le dijese al rey su hermano que era viva y que le pedía que viniese a verla, que tenía que decirle cosas de importancia. Tizotzicatzin, aunque la oyo, no se atrevió a ir con esta embajada al emperador porque sabía que era grande agorero y muy cobarde en cosas de agüeros, y temía no le quitase la vida por ello; y con toda humildad le pidió que le tuviese por excusado. Viendo el poco ánimo de su mayordomo, mandóle que le llamase a Nezahualpilli, su tío, que era rey de Tetzcuco (que debía de haberse hallado a su entierro; porque era costumbre de estos indios juntarse los reyes y señores, que más a mano se hallaban, al entierro de alguna persona real y de cuenta). Vino el rey al llamamiento de su sobrina (porque era hombre de gran corazón y esfuerzo y no temía semejantes visiones) y entrando en el aposento de Papan la saludó y consoló a su modo; ella le habló y dijo algunas cosas que por entonces convinieron y le pidió encarecidamente que le llamase a Motecuhzuma, su hermano. Fue Nezahualpilli a palacio y habló con el

rey y díjole el caso, con las razones mas cuerdas que supo porque no se alborotase ni recibiese temor. Oyólo Motecuhzuma con admiración, aunque dudó ser verdad el caso por saber que era muerta y que él mismo, dos días antes, la había enterrado y no haber visto ni oído que hombre que hubiese una vez muerto, hubiese vuelto a la vida; pero por saber lo que era hizo juntar los de su acompañamiento y vino con ellos a su casa; y cuando llegó al aposento donde la enferma estaba, dijo en alta voz que la oyeron todos: ¿Eres tú, hermana o el demonio en tu figura? Ella le respondió: Yo soy, hermano mío, no se turbe vuestra majestad, ni reciba espanto. Entró dentro Motecuhzuma y sentóse a su cabecera y el rey de Tetzcuco a su lado, y otros muchos grandes y señores, admirados de lo que veían, se pusieron en pie a oír las cosas que la difunta quería decir a su hermano. Con voz sosegada y algo alta comenzó Papan a decir las razones siguientes: Todos los presentes tendrán por cosa nueva esta que tienen presente, pareciéndoles que uno que muere nunca jamás vuelve a la vida mortal que antes vivía; y así es, según que por experiencia lo hemos visto en todos nuestros antepasados; pero los que no creyeren que fue muerte la que me sobrevino, entiendan que fue un parasismo que me trasportó por muchas horas y me privó del sentido y me dejó como muerta; y volviéndose a su hermano (que con grande atención estaba) le dijo: volviendo del parasismo en que me trasporté (si no creéis que fue muerte) y viéndome enterrada forcejeé por salir del sepulcro y levanté la losa con fuerzas que Dios debió de darme para hacerlo y salí, y con gente de mi casa hice traerme a este aposento y cama; y por ser ésta la voluntad de Dios, quiero decir lo que en este tiempo vi y las cosas que me pasaron. Vídeme en un valle muy espacioso y ancho, que parecía no tener principio ni fin, muy llano, sin sierras ni barrancas ni montañas, enmedio del cual iba un camino que después se dividía en diversas sendas, y a un lado de este valle pasaba un caudaloso río, cuyas aguas y corrientes iban haciendo grandes y espantosos ruidos; y queriéndome echar al agua, para pasar a la otra parte, se me apareció un mancebo vestido de hábito largo, blanco como un cristal, relumbrante como el sol y su rostro resplandeciente como una estrella, el cual tenía en la frente una señal (y haciéndola con los dedos de sus manos puso un dedo sobre otro en forma de cruz) y con unas alas de pluma rica que hacían muchos y muy galanos visos, los ojos garzos, de color de una esmeralda, muy honestos, rubio y muy bien apersonado y de muy gallarda estatura; y tomándome por la mano me dijo: ven acá, que aún no es tiempo que pases este río (que Dios te quiere bien aunque no le conoces), y yo, con grande humildad, le di la mano y me llevó por aquel valle adelante, donde vide muchas cabezas y huesos de hombres muertos y otros muchos que se quejaban con gemidos muy dolorosos que movían a mucha compasión. Más adelante vide muchas personas negras, con cuernos en la cabeza y los pies de hechura de los venados o ciervos, los cuales edificaban una casa y se estaban dando priesa en acabarla; y volviendo a mirar hacia la parte del oriente, al tiempo que el sol salía, vi que venían por las aguas del río arriba unos navíos (que ellos llaman acali) muy grandes, con mu-

chas personas de otro traje, diferente de este nuestro que vestimos y usamos, los ojos garzos, de color bermejo y con pendones en las manos y capacetes en sus cabezas, los cuales decían ser hijos del sol, y el mancebo que me llevaba de la mano y me enseñaba todas estas cosas me dijo, que Dios no era servido que por entonces me echara en el río, porque había de ver con mis ojos vueltas las cosas en otro estado y gozar de la fe que aquellas gentes traían y que los esperase, porque había de haber grandes guerras entre nosotros y ellos, y que ellos habían de ser señores de estos reinos; y que aquellos huesos y cabezas que gemían en aquellos campos eran nuestros antepasados que no habían tenido lumbre de fe, por lo cual estaban en aquella pena; y que aquella casa que edificaban los negros era para encerrar a los que muriesen en las batallas que habían de tener con los que venían en los navíos; y que me volviese y esperase aquella gente, y que cuando se apaciguasen las cosas y se publicase el labatorio del bautismo fuese yo la guiadora de las gentes que habían de ir a él.

Todas estas cosas oyó Motecuhzuma con grande suspensión y silencio y fue grandemente escandalizado con ellas, y sintiendo los señores presentes su turbación quisieron remediarla con decirle que la enferma estaba loca y que con el mal grave que tenía desvariaba; y sin responderle palabra se salió del aposento y casa y se fue a la suya, metido en muchos y varios pensamientos, cotejando aquesta relación con otras cosas que ya se habían comenzado a ver en el reino, que parece que querían singificar algún cierto y nuevo acontecimiento. Nunca más volvió a ver Motecuhzuma a su hermana Papan y fue pasando el tiempo hasta que se cumplió lo que por ella le fue dicho. Esta señora convaleció de su enfermedad y vivió después una vida muy particular y recogida y no comía más que una vez al día; y luego que entraron en esta ciudad los españoles y se comenzaron las cosas de la conversión y el bautismo fue la primera que lo recibió en esta parte de Tlatelulco, y llamóse doña María Papan, la cual, haciendo vida de buena cristiana, acabó sus días loablemente.

Bien pudiera Motecuhzuma advertir de este caso tan claro y de los otros referidos en el capítulo pasado que eran avisos que el cielo le enviaba para disponerse a mejor vida y costumbres de las que usaba; porque como dice del pueblo judaico, Josepho,[1] muchas veces acostumbra Dios a enviar señales por las cuales los hombres vuelvan en sí y considerándolas busquen los medios de su redempción; pero como necios y obstinados en sus pecados ellos mismos sacan mal del bien; y aquellas cosas que se les dan por aviso de sus daños las convierten en mofa y menosprecio. Así lo hizo este rey mexicano, y teniéndolo todo por devaneo y caso de locura menospreció a su hermana y la tuvo en poco y no creyó su daño hasta que lo experimentó en su persona. Esta historia, como en este capítulo se ha contado, se sacó de pinturas antiguas y se envió por escrito a España, y fue cosa muy cierta entre los antiguos, y doña María Papan muy conocida en este pueblo; y es de creer que así sucedería pues así se platicaba; y que esta

[1] Lib. 7 de Bello Iudai. cap. 12.

señora era del número de los predestinados y que el modo de su predestinación fue por este medio necesario del agua de el santo bautismo, según lo dejamos probado en otra parte.



LIBRO TERCERO

DE LOS VEINTE Y UN RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA

Compuesto por fray Juan de Torquemada de la Provincia de el Santo Evangelio en Nueva España

ARGUMENTO DE EL LIBRO TERCERO

Es cosa natural las poblazones, y así se han usado entre las gentes de el mundo. Cuando comenzaron, así poblaron estos indios. Dícense los principios de las poblazones de muchas provincias de esta Nueva España, en especial de la de Azcaputzalco y Tulla, y la de la muy famosa de Tlaxcalla, y valerosos caudillos y capitanes que tuvo, y guerras que tuvieron hasta llegar a gozar su sitio en quieta y pacífica posesión. Trátase de sus mayorazgos y señoría de los totonacas. De la provincia de Cholulla. De la de Huexotzinco y Tepeyacac. De la fundación de la ciudad de México en tiempo de su gentilidad y después de su cristianismo. La división de los tlatelulcas y mexicanos. De los palacios y casas de el rey Motecuhzuma. De la ciudad de Tetzcuco y su grandeza, y palacios de los reyes aculhuas. De la laguna mexicana y sus comarcas. La fundación de la Ciudad de los Ángeles. De la Villa de Carrión de Atrisco. De la ciudad de Quauhtemalan y su destruición. La ciudad de León y Realejo. La de Granada y población de Nicoya. La tierra de Honduras y sus poblazones. El reino de Mechoacan y el de Xalisco

PRÓLOGO AL LIBRO TERCERO



ARA QUE LOS HOMBRES, que desde el principio del mundo fueron creciendo y multiplicando, fuesen políticos y bien disciplinados, hubo necesidad de que viviesen en congregaciones y juntas de pueblos (como en el discurso de este tercero libro decimos), por lo cual comenzaron los primeros hombres de él a hacer casas y barrios, pueblos y ciudades, y en ellas se comunicaron, como racionales que son; y porque no sólo tuvieron por necesario, para su conservación en policía, vivir junta y congregadamente, sino también para vivir la vida que cada uno desea conservar lo más que puede, y esto no se puede conseguir naturalmente, sin el sustento y mantenimiento corporal: por esto se fueron dividiendo unos de otros, y apartándose de unas tierras a otras, buscando sitios que, demás de ser de buen temple para la pasadía de la vida, lo fuesen también para la producción de las cosas de su mantenimiento. De aquí nació la división de las gentes en todas las edades del mundo, y después de la confusión de las lenguas, en la torre de Babilonia, donde Dios los dividió por aquel modo maravilloso de no entenderse. Fueron varios los lugares en que se dividieron y fueron corriendo, ensanchando las poblaciones, según que iban procreando y teniendo los hijos que les nacían. De esta manera les aconteció a estos indios de esta Nueva España, como a todos los demás, y así fueron poblando las tierras conforme las hallaron los españoles cuando en ellas entraron. Y cómo tratar de poblaciones y fundaciones de casas, entre la narración del origen de estas gentes, y cómo se fueron haciendo señores unos de otros con guerras que entre sí tuvieron era confundir la historia y cortar el hilo del concertado proceder; por esto me pareció concluir, en los dos libros pasados, la venida de estas gentes a estas tierras con el modo que tuvieron para introducirse en sus reinos y señoríos, haciendo juntamente memoria de las guerras que se han podido averiguar, que entre sí tuvieron; y detrás de ellos seguir este tercero, que trata de cómo poblaron y se fueron extendiendo por toda ella, y qué naciones fundaron y en qué partes, y qué tiempos las poseyeron. Verdad sea que como en las averiguaciones que he hecho no he hallado en muchas la certidumbre de los años que he deseado, no me he curado mucho de concertarlas por ellos, procurando antes decir verdad que fingir puntualidad de años, donde con certidumbre no me han ocurrido; y así he seguido solamente la verdad de la historia y he dejado de seguir el tiempo en que se fundaron. Por esto

van en este libro las poblaciones de algunos reinos, que lo fueron en su gentilidad, que gozaban de reyes y señores, que no tenían subalternación ni dependencia de otros (aunque muchos después la tuvieron) y de otras provincias y ciudades, según que eran en el tiempo de su infidelidad y paganismo, y de la manera que están ahora en él, de su cristiandad y conversión. Hay en él cosas muy de notar, y entre las de más cuenta las poblaciones de Tlaxcalla, Mexico, y Tetzcuco, con sus maravillosos edificios y casas de los señores y reyes que tenían. Con lo dicho satisfago al que leyere estos libros, y salgo del yerro que podían notarme en tratar de sus fundaciones, después de haberlos dejado en el libro pasado, en los últimos años de su destruición y ruina.

CAPÍTULO I. *Cómo comenzaron su vida los indios naturales de esta tierra, comparados a todas las demás naciones de el mundo*



NTRE las inclinaciones naturales que el hombre tiene, es una: inclinarse naturalmente a la conservación y guarda de su individuo y persona, por ser lo contrario de esto nocivo y pernicioso y lo que aborrece, que es su corrupción; y por esta razón busca los medios más necesarios y requisitos para conseguir este fin; y de aquí nace que lo primero que conviene a los hombres es negociar cómo vivan y puedan sustentarse en todo cuanto a ellos les fuere posible en la conservación y duración de sus individuos y personas; y una de las más necesarias e importantes cosas de que tuvieron necesidad fueron casas en que vivir a los principios; y así, en el tiempo de los primeros hombres debemos imaginar y creer, sin duda, que así lo hicieron; y pruébase con decir que como las gentes se dividiesen por las tierras y estuviesen en una pura y llana simplicidad (como parece por lo que refieren los autores de historias antiguas de las gentes de el siglo dorado) y naciesen los hombres desnudos y estuviesen o viviesen así algunos años, sin casas, sin fuego y sin conocer los frutos de la tierra de los cuales se habían de mantener, ni supiesen cómo los habían de guisar, se viesen padecer frío en los inviernos, calor en los veranos y hambre cada hora, y por esta causa algunos muriesen; la misma necesidad (que es madre y maestra de las cosas) les hizo buscar remedio, y así fue uno, meterse primero en cuevas. Después cayeron en la cuenta e invención de hacer casas de cañas o palos o paja y yerba. Esto nota Isidoro,[1] porque dice que: casa es una agreste morada y vivienda de campo sin forma de policía y provechosa para defensa de los daños del calor y frío, y así se lee que las tenían los pueblos septentrionales, como lo escribe Plinio;[2] y los ingleses, según Diódoro;[3] y lo mismo Irlanda, según Volaterráneo;[4] y otras gentes, como las de África y cuasi las fronteras de España, que es Mauritania o hacia el nombrado Monte Atlántico, hacían sus casas de piedras de sal cubiertas con la misma techumbre de sal en lugar de teja o otra cobertura (porque en aquella región nunca llueve), como lo afirma Plinio,[5] y Herodoto en el cuarto libro de su historia.

Gustando también las yerbas monteses (es a saber) las coles, cebollas y ajos, las raíces y bellotas, castañas y frutas de los árboles, y hallándolas

[1] Lib. 15. cap. 12. Ethymol.
[2] Plin. lib. 16. cap. 37.
[3] Diodo. lib. 6. cap. 8.
[4] Volat. lib. 3.
[5] Plin. lib. 5. cap. 4.

en el gusto sabrosas y en su operación provechosas, comenzaron poco a poco, con el discurso de razón que tenían, a tomar experiencia de las mismas cosas comestibles para sustento y conservación del ser y vida humana. Después (yendo prosiguiendo el discurso de su conservación) de los ríos (cuando se secaban o cuando venían de avenida o con demasiada agua) tomaban pescado; y el tiempo andando sintieron convenirles cazar animales para vestirse de sus cueros y comer sus carnes; y por esta razón se debe creer que a los principios del mundo vivían los hombres durísima y muy trabajosa vida; y corriendo más el tiempo (que es el que todo lo descubre) se enseñaron a vivir vida regalada. Este discurso referido pone y sigue sabia y discretamente Diódoro y dice que así vivían los egipcios.[6]

Por esta manera dicha se ha de creer (y no dudarlo) que comenzaron los indios, antiguamente en sus principios, como las demás gentes del mundo; pues confesamos que son descendientes de ellas, como aquellas que proceden de Adán, como también los otros hombres, y siendo uno el discurso humano (cual más y cual menos), y no careciendo de él estos naturales, es fuerza concedérseles lo que a otras naciones no negamos; pues es cosa cierta que no solos ellos fueron comprehendidos en estos rústicos principios; pues (como vamos probando) comenzaron en aquella tierna edad del mundo; y así por el discurso de razón, al principio y también por la experiencia, vieron serles necesario hacer primero cuevas donde meterse y ampararse del rigor del tiempo e inclemencias celestiales; y según dicen, ochocientos años atrás vivían los flamencos en ellas; comían primero yerbas y raíces y frutas monteses; después curaron de hacer labranzas, sembrar y coger grano que hallaron nacido por el campo (que era silvestre y montesino) y, por consiguiente manera, los frutos otros de la tierra, haciéndolos domésticos y caseros con industria y habilidad (que es el oficio de la que llamamos agricultura, primera y natural granjería, según el Filósofo);[7] de esto hallamos bastantemente en estas tierras, por la abundancia de las labranzas de pan y de vino (o brebajes donde los quisieron usar) y en muchas partes frutas domésticas que hallaron e inventaron no sólo para sustentarse, pero para recrearse (como en otra parte se dirá); por manera que, según se ha visto, tenían y tuvieron siempre copia sobrada de todos los mantenimientos necesarios para su vida y edificaron también sus casas materiales, que es la defensa que prohíbe las corrupciones que causan los vientos y las lluvias, las tempestades y calores, como lo determina el Filósofo en el primero *De Ánima*, refiriendo las difiniciones de los dialécticos.

Juntamente tuvieron con la dicha invención de casas la industria de cazar venados y aves y otros animales. Tuvieron también el modo y arte de las pesquerías, para lo cual usaban de muy buen artificio haciendo lazos y redes y otros aderezos, y entre otras invenciones que alcanzaron fue una, facilitar tanto el modo de la caza, que se dice, por verdad averiguada, que un muchacho de siete o ocho años se subía en un árbol poniéndose una

[6] Diod. lib. 2. cap. 1.
[7] Philosoph. lib. 7. Polit.

poca de yerba en la cabeza y teniendo allí atado un papagayo, y tocándole con la mano hacíale graznar y en oyéndolo otros de su misma especie venían volando al árbol donde le oían y sentábanse a su redonda y el muchacho, con un lazo muy sutil que para el efecto traía puesto en una varilla delgada, echábale sobre la cabeza al papagayo y, cogiéndolo el cuello, le ahogaba y traía hacía sí y echábalo el árbol abajo, y de esta manera mataba tantos cuantos quería y él podía llevar a cuestas cargados.

Procuraban también hacer el vestido de algodón donde hacía frío, y esto tejido; y en la tierra firme, que había bestias y animales por artificiosos modos que tenían para ello, los prendían y cazaban, y de sus cueros y pieles se vestían, y hoy los visten donde los españoles no han llegado, y muy más maravillosamente adobados que en Castilla se adoban los guantes; y en la tierra que llamamos Florida se visten de mantas hechas de pluma y de muy buenas martas adobadas.

CAPÍTULO II. *De las poblazones y ciudades, cuando hayan tenido su origen y principio*

COSA MUY DE RISA SERÍA, y aun argumento muy bastante para quien quisiera hacer burla de este capítulo, querer en él probar que hay pueblos y ciudades en el mundo; pues de que los hay las mismas poblazones son testigos abonados de su misma cierta y averiguada probanza; y así, no negando que las hay (como principio que es demonstrativo en esta materia), confieso ser cosa averiguada haberlas, y por esta razón digo, que mi intención no es querer discurrir por esta manifiesta probanza, tampoco decir que antes de estos presentes siglos las ha habido; porque en los muy atrasados sabemos que han gozado de muchas y diversas, tan célebres y nombradas en el mundo, cuanto por autores antiguos dignos de fe y crédito, por tan elegante estilo, han contado; y presuponiendo este evidente principio, como verdad tan averiguada, decimos que el intento de este capítulo no es sino investigar e inquirir los tiempos en que semejantes poblaciones hayan tenido origen y principio, y después de haber visto su antigüedad, saber los fines que tuvieron los primeros pobladores de ellas.

Ciudad, como el glorioso padre Agustino,[1] en los libros de la *Ciudad de Dios*, dice, es una congregación y ayuntamiento de mucha gente, repartida por barrios y calles, recogida en aquel lugar con vínculo de amistad y paz. Del origen y principio de estos ayuntamientos ha habido varias y diversas opiniones; porque el Filósofo (que tuvo que el mundo fue eterno y que no tuvo principio) dijo también que las poblazones tampoco le tuvieron, cuya opinión fue falsa y la siguieron los caldeos y como falsa aquí no la admitimos. Otra opinión fue de los poetas que fingieron que en aquel siglo dorado, en el cual reinó Saturno, nunca hubo ciudades, sino que después

[1] Div. Aug. de Civ. Dei. tit. 15. q. 8.

de él comenzaron a ser edificadas (aunque será verdad decir, que en aquella tierra que él reinó, después de su huida de Atenas, que fue Italia, no las había como en otro lugar veremos), pero será falso decir que antes de él no las hubiese en el mundo. También es falsa la de los egipcios que dieron nueve mil años de antigüedad a la ciudad donde nació Solón (como dice Platón en su *Timeo,* haberlo afirmado así un su sacerdote gentil y bárbaro, hasta que Solón floreció), por razón que hasta aquel punto no había más de tres mil y quinientos años (pocos menos) la creación y fábrica del mundo. La cuarta opinión fue de los griegos y otros muchos que dijeron haber sido la primera ciudad fundada en el mundo por Cecrope; y esto afirma Plinio,[2] y que por esta razón fue llamada Cecrópea y después Acropolin; y otros que dijeron que la primera del universo había sido la ciudad Argos, fundada por Phoroneo, rey de los argivos, en la provincia de Acaya, habiendo sido todos éstos muchos años después del Diluvio; y fue este último contemporáneo de Jacob patriarca, y el primero del tiempo de Moisén. Otra fue de los egipcios que falsamente dijeron haber sido la ciudad de Diospolin (que por otro nombre se llamó Tebas) la primera del mundo, siendo cosa cierta que los egipcios son descendientes de Mefraín, nieto de Noé, el cual con los suyos poblaron la tierra de Egipto después de la dispersión y división de las gentes en la confusión de lenguas en la torre de Babel; pero el primero que inventó el muro, dice Plinio[3] que se llamaba Trason, que por ventura fue aquel pintor de quien habla Estrabón.[4] Y las torres, dice Aristóteles (según refiere Plinio) que las inventaron los cíclopes o fenices.

Dejadas pues opiniones falsas digo que la primera ciudad que hubo en el mundo fue fundada por Caín, primogénito del primer padre Adán (como la Sagrada Escritura nos lo dice en el *Génesis*) donde dice que andando vagueando por diversas tierras edificó una ciudad, a la cual puso por nombre Enochia, de su hijo Enoch. Esta ciudad (como dice Beroso) fue edificada cerca del monte Líbano, que cae a la parte de oriente, respecto de la región damacena; pero Isidoro dice que fundó esta ciudad en la India con sola la gente de su posteridad y descendencia, y que fue una muy populosa e insigne ciudad y morada de los gigantes; y dice más, que aún en su tiempo se veían en aquel sitio donde fue fundada muchas ruinas de edificios caídos y asolados y que los moradores comarcanos de aquel lugar le llamaban la ciudad de Caín; y dice haber oído esto a los mercaderes y peregrinos que conversaban y trataban en aquellos lugares de Damasco y Líbano.[5]

De manera que según esto, la fundación de las ciudades es casi tan antigua como la creación del mundo; y aunque parezca hacer esto dificultad, por razón de que en tiempo de Caín no había más gente que Adán su padre y Eva su madre y la mujer de Caín y su hijo Enoch (de quien tomó nombre la ciudad) y que ciudad no puede nombrarse de poca gente, pues

[2] Lib. 7. cap. 56.
[3] Lib. 14.
[4] Strab. lib. 17.
[5] Genes. 4. Et Ioseph. lib. 1. cap. 4. de Antiq. Et. Div Aug. lib. 15. de Civ. Dei. cap. 1. Et 5. Et Div. Isidor. lib. 15. cap. 1. Ethymol.

ha de constar de mucha, demás de que Caín andaba apartado de sus padres y por esta razón aún era mucho menor el número, pues no eran más que tres (conviene a saber, Caín, su mujer y su hijo Enoch), parece (como digo) hacer dificultad que entonces pudiese fundarse; pero para sacar de duda al que la tuviere, responde San Agustín en el libro citado y otros muchos que concuerdan con él, que no luego al principio del mundo sucedió esta fundación sino muchos años después, porque dado caso que Enoch fuese su primogénito (como en realidad de verdad lo era, y así lo dice Josepho,[6] y es opinión y razón muy más probable que otras) no luego, que en su mocedad lo engendró, fundó la ciudad, porque faltaba gente por lo dicho arriba para su fundación, sino que en su vejez (conviene a saber) a los quinientos o seiscientos años de su vida la fundó, en el cual tiempo, es cosa muy creíble, habría ya mucho número de gente (al menos suficiente) para poder fundarla, y según la fecundidad de la gente en el principio del mundo y lo mucho que multiplicaban no es dificultoso de creer que habría gente ya en aquellos años, no solamente para fundar la ciudad de Enochia, pero para hacer provincia en ciudades y pueblos repartida. Y para que el lector no lo dificulte le traigo a la memoria la multitud de gente del pueblo de Israel, y aquella su larga y extendida propagación y multiplicación en Egipto, que siendo descendientes de un solo padre, Abraham, en menos de cuatrocientos años de tiempo se multiplicaron los hebreos en tan excesivo número, que dice la Escritura que salieron al desierto en busca de la tierra de promisión seiscientos mil hombres; y esto se entiende los que podían tomar armas para pelear, sin los niños, mujeres, viejos y viejas y sin la gente que en el mismo destierro murieron en aquellos cuarenta años que anduvieron vagando por él. Dice la Sagrada Escritura,[7] que ninguno que salió de Egipto (si no fueron Cabeph y Josué) no entraron otros en la tierra prometida y entró el número referido; y siendo este tiempo ciento o doscientos años menos que los referidos arriba de Caín y habiendo multiplicado tanto, de creer es que en aquel primero sería mucho más el número; y si a esto se dijere que ésta fue voluntad de Dios y que fue por mostrar sus maravillas y por ilustrar aquel pueblo, que había escogido para sí, de donde había de tomar carne humana, digo que lo mismo pretendió en los primeros tiempos del mundo; pues uno de sus cuidados fue querer que se multiplicasen los hombres y extendiesen por la tierra las gentes, como lo expresó en la creación de Adán dándole mujer, y le dijo: multiplicad y enchid las tierras;[8] y hay más que encarecer en aquellos primeros tiempos que el vigor y fortaleza de los hombres era más antes del Diluvio que lo fue después; que esto también era muy grande ayuda para lo dicho y es razón bastante para pensar que se multiplicaban entonces en más crecido número que después, porque fue la naturaleza desflaqueciendo y descayendo sus vigorosos y fuertes principios; y por esta razón fue más poderosa entonces para poder dar abasto al mundo de hombres que hinchesen y

[6] Lib. 1. de Antiq.
[7] Exod. 1. num. 1.
[8] Genes. 1.

poblasen villas y ciudades, como la primera que fundó Caín, de donde tomaron fundamento para edificarlas después y en el mismo tiempo.

Qué razón haya tenido Caín para fundar ciudad no se sabe, sólo se puede conjeturar de dichos y parecer de sabios que hubiese sido por asegurarse de sus enemigos y gente que podían hacerle mal, porque como fratricida que era, por haber muerto a su hermano Abel, le parecía que este pecado había de llegar a tener castigo y digna recompensa de su malicia, y que esto no podía ser por otro medio más cierto que por muerte violenta como él la había dado a su hermano, y que era fácil andando vagabundo por montes y desiertos y que con más seguridad podía excusar estos temores viviendo en compañía y comunidad donde las cosas (y más de mal) no tan fácilmente se ponen en ejecución con temor de que se han de saber y ha de llegar el castigo de ellas; y con este pensamiento pudo ser que se recogiese con toda su gente al lugar arriba referido. Y no deja de tener Caín algún fundamento para querer repararse y huir de la muerte por este modo; porque sabía que su padre Adán la había querido excusar cuando Dios vino sobre él, en el paraíso, pidiéndole razón de la culpa que había cometido quebrantando su mandamiento, y se escondió entre lo espeso del deleitoso lugar (como que para Dios hubiese lugar[9] que sea oculto ni escondido), y así como al padre entre árboles le pareció estar seguro, así al hijo le parecería estarlo entre muros de ciudad y cercado de ellos; o pudo ser (ya que no hubiese sido la razón dicha), por ventura, por recoger en un lugar todos los suyos y vivir con ellos en aquel sitio siendo como padre y cabeza de todos ellos. Otra se puede creer, que fue ser él mal inclinado (como lo era) porque, según dice de él Josepho, era robador; y no contentándose con la hacienda propia que tenía, procuraba aplicarse la ajena y era salteador, robador y maestro de otros, que de él aprendieron este oficio; y por vivir más suelta y libremente sin tener daños ni peligros inventó la ciudad, donde con seguridad pudiese recoger lo que por violencia y rapiña a otros había quitado. Estas razones se aplican a Caín y pudo ser que aun en alguna manera le cuadren, ya que no le convengan en el todo; pero la razón (aunque tuviese otro de los motivos que después diremos) porque no se le aplican, pienso que es ser él tan malo como era y parecer que hombre tan malo no pudo pensar cosa buena. Platón (que entre otras cosas que trató de *República* fue una ésta) dijo en su *Protágora* que una de las más principales causas que tuvieron los hombres en fundar y edificar ciudades fue defenderse de la rabia y ferocidad de las bestias. Pero Aristóteles que lo trató muy largamente y con discurso de hombre prudente y sabio, en el libro primero de sus *Políticas*, dijo: que la razón que tuvo el hombre para congregarse es ser más sociable y amigo de compañía que los animales que carecen de razón; y si el animal, que no tiene uso de razón, busca su semejante y con él se abriga y ampara para conservarse en su especie (como también dijo Tulio)[10] mucho más el hombre; y no hay modo mejor ni más proprio para traer a debida ejecución este intento que la co-

[9] Genes. 3.
[10] Tul. lib. 1.

municación y congregación, porque (como el mismo Cicerón dijo en el lugar citado) tiene inclinación de conservar su cuerpo y tener mucho cuidado con la vida, buscando medios como acrecentarla; huye de todo aquello que le puede causar daño; aplícase a las cosas que le son provechosas para su bien y remedio; busca el sustento y el lugar más dispuesto y acomodado para pasar con descanso la vida. Y prosigue tras esto el Filósofo, en el lugar antes dicho, que la razón y la experiencia hallaron ser la vida de comunidad muy más propia para los deleites humanos que la solitaria, y que entre muchos se halla más fácilmente lo necesario que en la soledad, por haber de todo; y esto tuvieron por principal motivo los hombres para principiarlas y edificarlas en número cuantioso de gente. Añade más el Filósofo: que a los principios comenzaron esta vida social y acompañada en casas particulares; y después en barrios que según, San Isidoro en sus *Etymologías*, es congregación de gente poca, en pocas casas y es una parentela que ha crecido y héchose de uno muchos y pobládose de una casa muchas y constituídose de una vecindad de hijos y nietos, según el Filosofo; y en comprobación de esto dice Ludovico Vives, en sus *Comentarios* sobre los libros de la *Ciudad de Dios*,[11] haber en España, en memoria de sus padres, un barrio de cuasi cien casas, procedientes todas de un solo viejo, que aún a la sazón vivía, y era el barrio todo de este linaje; de manera que de linajes se comenzaron los barrios, aunque después, con crecer y multiplicarse las gentes, debió de hacerse de diversas familias. Llama San Isidoro en sus *Etymologías*,[12] al barrio de este nombre por ser casas pocas aunque sean de diversas familias, el cual no está cercado de muro y que después creció el número y trocó el nombre en el de ciudad (que es congregación de muchos barrios). Que esto haya sido por este orden no se sabe (como lo dice el Filósofo), pero lo muy cierto es que comenzó el mundo por casas, ya de piedra o otros materiales semejantes, y que está lleno de lugares, aldeas, villas y ciudades, y de esta manera se conserva en estos presentes siglos que lo gozamos.

Este estilo tan antiguo y general que en el mundo todas las gentes han tenido, conservándose en sus familias y congregaciones, hallamos haber usado estas indianas naciones tan derramadas y extendidas por este inmenso y nuevo mundo, donde estaban de muchos años congregados en pueblos y ciudades tan grandes y numerosas que parece espanto querer contarlo, y como la ciudad conste de casas, que es el primero o segundo elemento de la ciudad (como dice el Filósofo)[13] y las casas de materiales y cada nación use de ellos como más puede y mejor sabe, estos indios hacían las suyas según la región que habitaban y conforme a la experiencia que tenían de las necesidades que ocurrían, de manera que fuesen fuertes, convenientes, provechosas, curiosas y muy bien edificadas.

Los vecinos de la Isla Española y de las demás islas comarcanas y aun parte de la tierra firme hacia la costa de Paria y en otras algunas partes

[11] Lib. 1. Polit. cap. 1. Ludov. sup. lib. 15. de Civit. cap. 8.
[12] Div. Isidor. lib. 15. cap. 2.
[13] Lib. 1. Polit. cap. 2.

hacían sus casas de madera y paja de la forma y hechura de una campana. Éstas eran muy altas y muy capaces que moraban en cada una de ellas diez y más vecinos. Su hechura era de esta manera: hincaban los palos gruesos (como el gruesor de la pierna y muslo) en un círculo redondo, medio estado en hondo y muy espesos, y todos ellos venían a juntarse en lo alto donde los ataban con ciertos cordeles (como raíces de árboles largas que se llaman bejucos). Sobre aquellos primeros palos ponían al través y cruzados otros muchos delgados y muy atados con aquellas raíces (o bejucos) y de estas raíces y cortezas de árboles, teñidas con tinta negra, y otras desolladas que quedaban blancas hacían lazos y señales o follajes como pinturas por la parte de dentro, que no parecía sino que eran de otra hermosa y pintada materia. Otras adornaban con carrizos mondados y muy blancos (que son unas cañas muy delgadas y delicadas) y de ellas hacían sus labores y lazos y tan graciosamente sentadas y entretejidas que parecían pintadas las casas. Por de fuera cubríanlas de paja muy delgada, muy hermosa y odorífera (que por entonces la había en aquellas partes, aunque ya por la mucha abundancia de ganados se ha destruido y no la hay) y se vido casa de éstas hecha de indios, que vendió un español a otro por seiscientos castellanos o pesos de oro, que cada una valía cuatrocientos y cincuenta maravedís; y esto lo afirma un testigo fidedigno y lo he referido para que se vea cuán cumplida y bien obrada era, pues tanto valía y se dio por ella y que a este respecto se consideren las otras sus semejantes.

En esta Nueva España y por más de quinientas leguas al derredor de Mexico hacían los naturales sus casas de adobes y piedra y su techo de madera y de cantería, muchas (como después se verá) y en Yucatán y en la Florida y Cibola. En el Pirú de gran cantería y cuasi como fortalezas muy fuertes, y muchas de edificios admirables, como también se dirá en su proprio lugar.

CAPÍTULO III. *De cómo en este indiano mundo, nuevamente descubierto, poblaban las gentes de algunas provincias e islas, y de su pacífica y quieta asistencia y morada*



SI QUISIÉRAMOS PROBAR QUE LAS GENTES de este gran reino de las Indias tenían pueblos, lugares grandes, villas y ciudades y otras comunidades como otras políticas gentes, no será necesario traer testigos del cielo, que bastarán hombres de la tierra, y de éstos podemos presentar, en la ocasión presente, a todos aquellos primeros españoles que vinieron a él y gozaron de su primera vista; y si por haber ya pasado y muerto pareciere la alegación dudosa, presento los que al presente viven; pues lo pueden ser de haberlos visto tan grandiosos y llenos de gente, que ha puesto en admiración su muchedumbre; y de esta feria (como dicen) podrán contar los conquistadores y los que los han heredado en las posesiones y suce-

siones de pueblos y encomiendas como les ha ido en ella; y aunque ésta es verdad averiguada no pretendo en este capítulo tratar de su muchedumbre (que lugar tendrá proprio, siendo Dios servido, adelante) sino del modo que en algunas partes tenían de poblar y ordenar su pueblo.

En la Isla Española y en la de Cuba, la de San Juan y Xamayca y las de los Lucayos había infinitos pueblos y tenían juntas las casas y en ellas muchos vecinos juntos, de diversos linajes (puesto que de un solo linaje de éstos se pudieran hacer muchas casas y barrios si en ellos se repartieran), y porque en las islas dichas era entre ellos muy asentada y perpetuada la paz y conformidad de unos pueblos y reinos con otros (y no había bestias dañosas ni otras cosas exteriores que pudiesen molestar e inquietar a los vecinos y moradores de ellas); por esto no tuvieron necesidad de juntarse y congregarse mucha gente ordenando pueblos de muchos vecinos; y así había en todas estas islas (por la razón dicha) pueblos pequeños y comúnmente eran de ciento, doscientas y quinientas casas; y en cada una de las dichas casas, a diez y a quince vecinos con sus mujeres e hijos; y esto es cosa notable y muy cierto argumento de la bondad natural, mansedumbre y humildad de estas occidentales naciones, y esto corre por todas aquellas islas en común y se viera en ellas que en una casa de paja, que comúnmente tenía treinta o cuarenta pies de hueco (aunque redonda como ya se dijo) y que no tenía retretes, ni apartados, pudiesen vivir diez y quince vecinos toda la vida, sin tener ruido ni hacerle entre sí, ni los maridos con las mujeres, ni las mujeres con los hijos, ni vecino con vecino, sino que viviesen tantos juntos como que no fuese más que uno, parece que admira y (como digo) es argumento de su mansa y pacífica condición y es cosa manifiesta que si tuvieran reyertas y bregas entre sí y no vivieran en paz, unidad y conformidad, no se pudieran sustentar unos con otros, ni sufrirse, y por consiguiente se dividieran y apartaran los unos de los otros, haciendo casas distintas que en cada uno hiciera su morada. Y para prueba de esto basta saber (y los más haberlo visto por experiencia) lo que pasa entre nosotros los españoles y otras muchas naciones del mundo que los padres muchas veces no pueden sufrir a los hijos, ni los hijos a los padres (mayormente si se casan), que luego cada uno quiere declinar jurisdición y parecer gallo en su muladar y cantar a solas donde nadie le perturbe, lo cual no se halla entre los indios referidos. Y aunque esta conformidad y pacífica conversación en tan angostas y estrechas moradas pone en admiración al prudente juicio que lo rumia y considera, mucha mayor la causa lo que de esto se sabe que pasa en aquel reino que se llama Río de la Plata, donde no solos diez vecinos viven juntos en una casa (como se ha dicho) pero pasa el número de quinientos y seiscientos; y para que se haga creíble digo que son en aquel reino las casas unas de más de quinientos y otras de ochocientos pasos en largo y de ciento y más en ancho; van en ambos a dos lados sus ringleras de casillas, como celdas de frailes en un largo dormitorio, dejando un callejón enmedio donde salen las puertas de las casas, por donde se comunican unos con otros. Tienen estas mismas casas a sus espaldas otra puerta por la cual se sirven en las cosas de necesidad y manuales para lo necesario

de casa. En cada casa de estas dichas viven marido y mujer y hijos y los demás que les pertenecen (que para todo tienen suficiencia y capacidad). Ésta es la razón porque un pueblo de tres mil y cuatro mil vecinos no consta de más de cuatro calles y otros tantos cuartos que se incluyen en cuatro casas, las cuales cuatro casas hacen enmedio de sus cuatro esquinas y cuadras una plaza muy grande, donde corresponden las puertas principales por donde entran y salen al dicho pueblo y casas grandes para repartirse cada uno a la suya particular y propria; y este modo de edificio es harto de ver y admirable, y mucho más ver tanto vecino junto y que entre ellos no haya disensiones ni barajas, sino vida pacífica y quieta, reconociéndose todos por hermanos y muy amados y queridos unos de otros.

Los pueblos de estas dichas islas no los tenían ordenados por sus calles (como los del Río de la Plata, ni otras provincias), pero el modo era que la casa del rey o señor del pueblo estaba en el mejor lugar y asiento, y ante las casas reales estaba una plaza grande, muy llana y barrida, más larga que cuadrada, la cual en su lengua llamaban batey, que quiere decir en la nuestra, juego de pelota (porque como en otro lugar se dice la jugaban en éste). También había otras casas cercanas de esta misma plaza; y si era el pueblo muy grande había otras plazas o juegos de pelota menores que la principal y junto de ellas casas, como se dijo de la primera. Las poblaciones y ayuntamientos o ciudades de esta tierra firme eran, en aquellos sus gentílicos tiempos, en gran número y multitud de casas, como en su lugar se dirá.

CAPÍTULO IV. *Cómo muchas gentes de estos reinos estaban pobladas, esparcida y derramadamente, y las causas porque lo usaron*



YA SE HA DICHO, en uno de los capítulos pasados, cómo estas gentes indianas estaban pobladas en estas tierras en pueblos y ciudades (como luego veremos), y declaramos también el modo de la ciudad y la intención que al principio tuvieron los que las fundaron; pero no todos los moradores de estos larguísimos e inumerables reinos guardaron, inviolablemente, este orden y modo; porque como las tierras no son iguales, así no todos pudieron seguir un parecer. Por lo cual vemos, que si los de la tierra llana guardaron el orden de ciudad y congregación concertada, no lo pudieron guardar ni seguir por este modo los que poblaron sierras y montañas y otros lugares cenagosos y húmedos; y así vemos (y vieron los pasados) que en algunas provincias y regiones tenían estos dichos naturales a trechos, como a manera de barrios, de la misma manera que en nuestra España están esparcidos y derramados en las provincias de Galicia y en las montañas.

Este modo de poblar se ha hallado en los reinos de Guatemala y provincias totonacas y meztitecas, que caen en las serranías de la Mar del Norte

y en otras partes semejantes a las dichas; pero hase de advertir que en algunas de estas dichas provincias usaron que los pueblos que hacían cabeza y metrópolis de la nación o provincia tenía algún más concierto que las otras poblaciones o congregaciones sujetas y pertenecientes a esta dicha señoría o reino. En esta principal congregación y cabeza acostumbraban a tener sus templos y culto que (por ser atribuido a sus falsos dioses) lo tenían por divino. Aquí asistía el señor y rey, y tenía sus casas muy sumptuosamente labradas. Acompañábanlas otras casas de gente principal y noble; y aunque no en calles formadas, al menos en orden concertado, conforme el lugar les daba mano y larga a su deseo. Y esta congregación (en alguna manera confusa y derramada) era en número de ciento y ducientas casas y en partes más y en partes menos. El otro pueblo (digo los demás de esta nación o señoría), que era como miembros de esta cabeza, estaba derramado por los cerros y serranías, por valles y quebradas que hacían número cuantioso y de grande exceso, y éstos se acomodaban como cada uno mejor y más podía.

Las causas de estar así derramados y esparcidos en algunas de estas dichas provincias, y no todos juntos y en orden de ciudad distribuidos, fueron dos; la una, por ser la tierra de sierras ásperas y fragosas y no tener disposición de lugares como los pide y demanda el orden de ciudad, por carecer de llanadas y otras comodidades necesarias para lo dicho, a cuya falta es fuerza que las casas no puedan guardar orden en su asiento, sino que sólo le tengan en el sitio conforme le ofrece el lugar; y en estas serranías son muy raros y singulares los que no están muy rodeados de peñascos y piedras de inmensa grandeza. La otra razón es su pobreza voluntaria, la cual es y fue en ellos tan voluntaria que no quieren (los que de presente viven) ni los pasados quisieron tener ni poseer más de aquello que les basta para sustentar y pasar la vida, y que les parece ser necesario para este fin sin pretender otro; y no se ha de decir que es esta condición en ellos vituperable ni falta de razón (si ya no es que por tales los juzgan los hombres mundanos que tienen el deseo corrupto y aplicado a la codicia de adquirir hacienda, moviéndose a decirlo hartos de ella, como el sapo de tierra), mayormente que es doctrina de Cristo no atesorar ni ser solícitos los hombres en las cosas superfluas; antes nos manda dar a otros lo que sobra como parece por San Matheo y San Lucas.[1] Y todo aquello sobra que no es necesario para legítimo y suficiente sustento de nuestra naturaleza humana; y esto es muy poco, según Boecio,[2] *De Consolatione*, donde dice que es tan mirada y recatada nuestra naturaleza, que con poco que le dé está contenta; y también vemos que los santos varones y los que verdaderamente son cristianos, curan muy poco de guardar lo superfluo y los grandes tesoros y San Pablo dice, que basta para pasar la vida una mediana pasadía de comer y vestir y que habiéndolo, con esto debe estar el hombre contento. De manera que por contentarse estas gentes con sólo lo necesario son voluntariamente pobres; no quiero decir que lo fuesen en su genti-

[1] Math. 6. Luc. 11.
[2] Boec. lib. 2. Psosa. 5.

lidad dignos de la bienaventuranza que se promete a los semejantes, porque como no conocían al Señor que lo mandaba, tampoco el fin porque lo hacían; y así no eran capaces del premio a esta virtud heroica prometido; pero éranlo moralmente (conviene a saber) que conocían que la pacificación y quietud de la vida consiste en no cuidar de muchos bienes donde para pasarla bastan pocos; y como por ser pobres y no tener fausto ni embarazos de criados y esclavos, tienen necesidades que son comer y beber, tienen la de estar junto al agua y río para poder ir fácilmente y sin mucho trabajo por ella, y junto al monte para traer su leña, en cuyas espesuras se provean de alguna cosa para su comida; y tener (también) al derredor de su casa la huerta o aquello que tienen en lugar de hortaliza y las otras cosas de que tienen necesidad ordinaria; y porque para todo esto han menester ocupar lugar y solares mayores, que requiere la forma del pueblo o ciudad concertada, por eso viven así algo derramados y esparcidos, por no estorbarse los unos a los otros. Concuerda con esto lo que dice el Filósofo en el primero de sus *Políticos,* donde dice que algunas veces causa la pobreza en los hombres que no vivan juntos en ciudad (como lo vemos en muchos de los nuestros españoles) y si esto puede la pobreza en uno, mucho más puede causar (y menos inconveniente es) que lo pueda en muchos y que vivan algo derramados y esparcidos.

Y aunque viven los serranos en este modo de vivienda, no por eso dejan de tener sociedad y compañía de pueblo y tener tratos y comunicación en las cosas a la vida necesarias, como vecinos y ciudadanos; que ya que no pudieron hacer su ciudad en un determinado lugar, por la repugnancia y contradición de la tierra, lo son por unión y conformidad, viviendo debajo de una cabeza, de unas leyes, ritos y costumbres, que es el fin próximo por el cual inclinó la naturaleza a los hombres a ser políticos y comunicables, como lo dice Santo Thomás,[3] sobre el primero de las *Políticas* y en los libros del *Regimiento de los príncipes;* y de esta manera, en aquellas partes y lugares donde estas gentes y casas están derramadas y esparcidas, acaece durar una poblazón mucha distancia de tierra; porque las hubo de seis mil, ocho mil y diez mil casas; y así corrían los sitios tres y cuatro leguas por estar esparcidos y derramados y no poderse recoger en menos distancia; y esta verdad se verificó en el reino de Guatemala y en la provincia de Cumana (donde cae muy junta la isleta que llamaban de Cubagua, donde se pescaban las perlas); aunque no estén tan divididos y apartados que no estén juntas de cierta a cierta distancia, muchas casas, como a manera de barrios, que tienen sus principales hombres que las rigen (como entre nosotros los jurados en las colaciones o parroquias) los cuales todos juntos, obedecían y obedecen al principal señor; y era de tal manera que sí convenía juntarse la gente por mandamiento del señor, se juntaban todos en espacio y término de dos horas, por grande que el pueblo fuese o por distante que estuviese y (como se vido en otro lugar por dicho del Filósofo)[4] solían antiguamente vivir, por este modo los hombres, derramados y espar-

[3] Div. Thom. in 1. Polit. Et lib. 1. c. 1. de Regimine Princip.
[4] 1. Polit.

cidos en los principios del mundo y en otros tiempos cuando aún no todos sabían de la formación de las ciudades; y esto no era por falta de razón, sino por no tener aún experiencia de los inconvenientes y necesidades que después, con el tiempo, les fueron ocurriendo, afligiendo y necesitando y, también, por no ofrecérseles las comodidades que habían menester para vivir juntos.

Testigo es Cornelio Tácito,[5] de los alemanes, en el libro que compuso de sus costumbres donde dice: que en su tiempo vivían sin ciudades; pero no tanto por su pobreza, cuanto por su áspera y rígida condición de no sufrirse los unos a los otros, aunque también asigna y da otras causas, el mismo autor, que son a la vida necesarias (conviene a saber), tener la fuente o el río o el monte o el campo de su labor junto a su vivienda y también por el inconveniente que hallaban de no pegar fuego de una casa a otra (que según esto eran sus casas pajizas) o por ventura debía de ser la causa (concluye Cornelio) porque hasta entonces aún no sabían ni tenían la traza de edificar ciudades. Corriendo más los tiempos, y experimentadas las necesidades que ocurrían de guardar las haciendas y también las personas de los peligros de las bestias fieras y de las fuerzas y violencias de los tiranos y mal diciplinados hombres, cayeron en la cuenta de serles necesario juntarse y estar cerca los unos de los otros y cercar los tales ayuntamientos con muros, de donde vino que llamaron *opidum* el lugar cercado *(quasi locum muris munitum)* donde se guardaban seguramente las haciendas y tesoros.

CAPÍTULO V. *De las grandes poblazones que había en la Nueva España cuando los españoles entraron en ella. De sus muy grandes ciudades y ricos edificios y torres*



IEN QUISIERA EN ESTE CAPÍTULO ir tan comedido y corto en los números de que tengo de tratar, que antes parecieran las cosas muy cortas y de menos estima, que no que por ser tan cuantiosos y largos le quedase escrúpulo al que lo leyere para no creerlo; pero ya que escribo historia, y es fuerza que por serlo trate verdad, pido humildemente al discreto lector que oiga con paciencia lo que aquí dijere y me dé fe; pues nace la humana de la buena opinión y crédito del que afirma una cosa; y como sea verdad que todas las cosas que de suyo no tienen contradición, sean también factibles, hacederas y fáciles de creer; por esto digo que las que en el capítulo presente van escritas, salen de todo escrúpulo de contradición por ser verdades que los testigos de ellas fueron los nuestros, que con sus ojos proprios las vieron, y ellos mismos hicieron las relaciones de donde estas palabras se sacaron y tuvieron origen y principio.

Supuesto este principio, digo que luego que nuestros españoles entraron en esta Nueva España lo primero que a la vista les ocurrió fue una gran

[5] Cornel. Tacit. de Mor. Germa.

ciudad que se llamaba Cempoala, que contenía de veinte y cinco a treinta mil vecinos, cuyos edificios de casas reales, de templos, de patios, de torres y de otras muchas casas y habitaciones principales y de otras particulares eran tan aventajados cuanto se puede decir. Unas de estas casas eran de piedra de mampostería y otras de adobes; pero también encaladas y enyesadas, adornadas y hermoseadas y en calles ordenadas, que los nuestros (que al principio entraron en esta ciudad y la vieron) quedaron admirados y como fuera de sí y no se cansaron, por muchos días, de mirar los edificios y contemplar su buena hechura. Eran labradas de cal y canto (y como se ha dicho), blanqueadas con yeso de espejuelo, tan lucidas y limpias, como se pueden pintar los suelos de los patios de los templos (y comúnmente de todas las casas, en especial las de el señor principal y otros señores menores) tan limpios y resplandecientes que pudo engañar la luz a los nuestros, pensando que era el oro y plata que venían a buscar; lo cual acaeció de esta manera.

Yendo delante del ejército y campo de guerra, el día que entraron en este pueblo cien hombres de a caballo, llegaron a una plaza en la cual había un muy gran patio, cercado de cal y canto, todo al derredor almenado y el suelo del patio daba tanto resplandor con los rayos del sol, que herían en el encalado, que parecían sus visos (a los que no lo sabían) de oro y plata. Los nuestros, que no repararon en discurrir sobre lo que pudiese ser, sino engolosinados de el deseo de haber oro y plata a las manos, pareciéndoles que aquello lo era y que ya la tenían en ellas muy cierta, sin más razón que la dicha, volvieron muy a paso tendido las espadas (casi atónitos y como fuera de sí de contento) a pedir albricias al capitán, diciendo a voces y afirmando que aquella ciudad tenía todo el suelo chapado de oro y plata. Vinieron a la voz y vieron que era suelo; y no hay que maravillar que lo pareciese ni que los que lo dijeron se engañasen; porque eran los patios y suelos de ellos de argamasa, y después de encalados cubrían la superficie y haz con almagre, y después bruñíanlos con unos guijarros y piedras muy lisas y quedaban con tan buena tez y tan hermosamente bruñidos que no podía estarlo más un plato de plata. Pues como fuese de mañana y el sol comenzase a derramar y esparcir la lumbre de sus rayos y comenzasen a reverberar en los suelos, encendíanlos de manera que a quien llevaba tan buen deseo y ansia de haber oro y plata, le pudo parecer que era oro el suelo; y es muy cierto que los suelos de las casas y de los patios (en especial de los templos y de los señores y personas principales) se hacían y aderezaban en aquellos tiempos tales, que eran muy de ver, y algunos de éstos hemos visto (y ruinas de los pasados) tan lisos y limpios que sin asco se podía comer en ellos sin manteles cualquier manjar.

No trato de otros muchos pueblos fuertes, a su modo, y fortalezas que había por allí, ni de las grandes poblazones que atrás dejaban en la provincia de Tabasco (las cuales por entonces no vieron), las de Guazacualco, la poblazón de Xalapa y Xicochimalco, Pueblo Fuerte y Zacatlan, donde había maravillosos edificios y grandes vecindades, y entre éstos y otros hallaban pueblo que tenía de travesía cuasi dos leguas, según iban juntas y continuas

las caserías, con casas de los señores, señalada y particularmente labradas de cal y canto.

Había fortalezas de piedra y cantera cercadas de sus barbacanas que aún podían tenerse por fuertes en España; había, a una parte y a otra del camino que los españoles traían, millares de pueblos de tres y cuatro y cinco mil vecinos, y la ciudad de Tzumpantzinco que tenía veinte mil casas en la provincia de Tlaxcalla, y otras muchas, maravillosamente fundadas y edificadas, e infinitas villas y lugares en aquella provincia, que por ella vieron y hallaron, por las cuales fueron discurriendo, y otras muchas que no vieron.

Y dejando ahora de tratar de los edificios materiales, bastando lo dicho y dejando lo que falta para decirlo en sus lugares, digamos de la fundación de los pueblos, cómo comenzaron en sus principios con sus señoríos y cualidades, de los cuales será el primero el de Azcaputzalco, por ser uno de los más antiguos de esta tierra.

CAPÍTULO VI. *De el origen y aumento de el señorío de los señores de Azcaputzalco, que vino a ser cabeza del imperio aculhua y tepaneco, en tiempo de Huehue Tezozomoctli, que mató a Ixtlixuchitl, rey y monarca de todas estas gentes y provincias de esta Nueva España, y se dice el asiento de su ciudad*



EGÚN LA CUENTA QUE TIENEN los de Azcaputzalco de la fundación y origen de su ciudad (que fue en otros tiempos de las mayores poblazones que hubo en estos reinos) ha mil y quinientos y sesenta y un años que se fundó. Que esto sea así verdad no lo aseguro, por cuanto estas gentes no tuvieron mucha cuenta con los años; y porque también para hacerla ahora faltan las cuentas de seis reyes, de los que reinaron y gobernaron esta ciudad y república; por lo cual no tengo mucha confianza de esta cuenta, mayormente que si el primero que fue señor de ella fue Xolotl, emperador primero de todas estas naciones, no ha tantos años que pasó, si ya no es que la cuenta que seguimos en sus historias está errada y hay menos años en ésta que en esotra, la verdad es que los unos y los otros son iguales en tiempo, y siéndolo pondremos la sucesión de todos, según por sus historias parece.

El primero fue Aculhua; yerno de el emperador Xolotl, lo cual parece por lo que de él se dice en la historia de este mismo emperador Xolotl; pero porque las historias azcaputzalcas dicen que el primer señor que hubo en aquel pueblo se llamó Huetzintecuhtli, por esto hay dificultad en cuál de éstos haya sido; pero para salir de duda digo que pudo ser que fuese llamado por estos dos nombres, porque las gentes antiguas de aquellos tiempos los tuvieron (como en las historias tlaxcaltecas decimos), y hubo muchos que no solamente tuvieron uno y dos nombres; pero también tres y cuatro, según los acontecimientos y cosas memorables que hacían. Y no es cosa

nueva ésta en los hombres, pues de las Sagradas Escripturas sabemos que los reyes de Israel y otros de otras partes fueron nombrados con dos y tres nombres. De manera que nuestro rey azcaputzalcatl, llamado Aculhua, pudo también ser llamado Huetzintecuhtli por alguna causa que concurriese en la diversidad de estos dos nombres, o pudo ser que le conociesen los de su familia, cuando entró en estas tierras, por este nombre de aculhuacatecuhtli, y después los de su señorío y ciudad de Azcaputzalco le conociesen y nombrasen por Huetzintecuhtli. Y hace mucha fuerza creer que el uno y el otro nombre convienen a una misma persona, porque las historias aculhuas tetzcucanas dan mucha vida y años a Aculhua, yerno del emperador Xolotl y éstas de los de Azcaputzalco dicen que este Huetzin, primer rey suyo, vivió poco menos de ducientos años, que lo uno y lo otro conforma y hace conveniencia a la vida de este rey.

Muerto Aculhua Huetzintecuhtli entró en su lugar Cuecuex, hijo suyo, del cual no se dice los años que reinó, pero que fue mucho el tiempo que gobernó su reino; el cual siendo muerto tuvo por sucesor a un hijo suyo llamado Quauhtzintecuhtli, nieto del rey Aculhua Huetzintecuhtli, ya nombrado; cuyos hechos y años se ignora por haberse perdido los papeles de su historia. A éste sucedió Ilhuicamina y a Ilhuicamina Matlaccohuatl; y a éste, otro llamado Tezcapuctli; y a Tezcapuctli otro que se llamó Teotlehuac, cuyas historias y años de su reinado y gobierno han faltado y perecido, o porque los indios antiguos escondieron estos papeles porque no se los quitasen los españoles cuando les entraron la ciudad y tierras, y se quedaron perdidos por muerte de los que los escondieron, o porque los religiosos, y obispo primero don Juan de Zumárraga, los quemaron con otros muchos de mucha importancia para saber las cosas antiguas de esta tierra; porque como todas ellas eran figuras y caracteres que representaban animales racionales y irracionales, yerbas, árboles, piedras, montes, aguas, sierras y otras cosas a este tono, entendieron que eran demonstración de supersticiosa idolatría; y así quemaron todos cuantos pudieron haber a las manos, que a no haber sido diligentes algunos indios curiosos en esconder parte de estos papeles y historias, no hubiera ahora de ellos aun la noticia que tenemos.

A este rey Teotlehuac le sucedió en el reino Tzihuactlatonac, el cual reinó sesenta años, en el discurso de los cuales llegaron a esta tierra y laguna los mexicanos. Este Tzihuactlatonac dejó un hijo recién nacido cuando murió, llamado Tezozomoctli, por lo cual y por no poder gobernar luego por su poca edad, trató las cosas del gobierno su madre, llamada Cihuacxoch, la cual gobernó tiempo de cuatro años, a cuyo gobierno siguió el de su hijo Tezozomoctli, el cual había sido jurado por rey luego que su padre murió; y no se dice que fue la causa de que no gobernase esta reina más de cuatro años, pero puédese entender que fue porque murió al cabo de ellos y como ya el niño entonces tenía cuatro años, comenzaron a estimarle por rey, y tratarían algunos señores del reino las cosas de el gobierno hasta que el rey Tezozomoctli llegase a tener edad de discreción para tratarlas por su propria persona. Éste, dicen que reinó ciento y sesenta años (aunque las

historias tetzcucanas dicen que fueron ciento y ochenta los de su reinado, que fueron todos los que vivió; pues se dice que luego que nació fue jurado y tenido por rey de su reino), el cual, como en otra parte decimos,[1] tiranizó el imperio y se hizo único monarca de él, y a muchos de los hijos que tuvo, hizo reyes y señores de muchos pueblos y provincias. A éste sucedió Maxtlaton, hijo suyo; porque mató a un hermano suyo que le venía la herencia del imperio que su padre Tezozomoctli había tenido; pero no vivió más de tres años en él, porque le mataron Nezahualcoyotl, rey de Tetzcuco, hijo del emperador Ixtlilxuchitl, al cual Ixtlilxuchitl había muerto por traición este dicho Tezozomoctli, por alzarse con el imperio, a cuya muerte ayudó el rey de Mexico que en aquella sazón reinaba, como también vimos en el discurso de los reyes tetzcucanos.

Aquí perdieron los tepanecas azcaputzalcas el imperio de toda la tierra y señorío de su ciudad de Azcaputzalco; pero fueron señores después sujetos, y fueron también sucediendo por el orden que se sigue. A Maxtlaton sucedió Ahquenithuiztli en cuyo tiempo volvieron a esta ciudad de Azcaputzalco los tepanecas que habían pasado a Quauhximalpan (que es un lugar en la sierra, cuatro leguas de esta ciudad, a la parte del poniente); tuvo el señorío cuatro años. A éste sucedió Yohualpai, hermano de Ahquenithuiztli que señoreó cuarenta y un años. A éste sucedió un hijo de Yohualpai, llamado Tezozomoctli el Mozo (a diferencia del otro primero que se llamó el Viejo) y gobernó veinte y cinco años por cuya muerte cesó el señorío por algunos años, los cuales pasados entró en el señorío Tlaltecatzin, hijo de Tezozomoctli el Mozo, y al décimo año de su señorío llegaron los españoles a quitárselo a él y a todos los demás que lo tenían en esta Nueva España.

Fue desde sus principios esta ciudad de Azcaputzalco de las mayores y más populosas de este reino y una de las primeras que en él se fundaron (como en otra parte decimos); tuvo muchos y muy sumptuosos edificios y templos de mucha majestad y hasta hoy hay ruinas de estas grandezas.

CAPÍTULO VII. *De la poblazón de Tullan y su señorío*



UANDO LOS MEXICANOS LLEGARON A ESTE PARAJE y puesto de Tulla ya estaba poblado de muchas gentes; porque según la verdad de las más puntuales historias de estas naciones, a los setecientos años de la encarnación del hijo de Dios, comenzaron a poblarse; cuyo primer capitán y caudillo fue llamado Totepeuh, el cual vivió muchos tiempos en gran tranquilidad y sosiego, como valeroso y famoso príncipe, por cuyo fallecimiento y muerte alzaron por rey los de esta provincia de Tulla a otro llamado Topil, el cual reinó cincuenta años. A éste sucedió el rey Huemac, de quien en otra parte hacemos mención, tratando de los embustes de Que-

[1] Lib. 2. cap. 36.

tzalcohuatl. Este Huemac fue rey muy poderoso y muy temido, que se hizo adorar como dios, el cual salió de Tulla a ensanchar su reino por algunas partes de esta Nueva España. En todo el tiempo de su reinado se ocupó en conquistar y ganar tierras y provincias siguiendo más el orgullo de la milicia y guerra que la tranquilidad y quietud de la paz; y como este dicho rey andaba ausente, ocupado siempre en guerras, alzaron los tultecas por su rey y señor a Nauhyotzin, que fue el segundo señor natural de los chichimecas; el cual asimismo salió de Tullan y caminó hacia esta laguna con gran poder de gente a conquistar lo que pudiese de sus comarcas. Reinó más de sesenta años por cuya muerte fue dado el reino a Quauhtexpetlatl, del cual sucedió Huetzin Nonohualcatl; y después de éste reinó Achitometl, y después Quauhtonal y a los diez años de su reinado vinieron a salir los mexicanos a Chapultepec, de manera que cuando estuvieron estos mexicanos en la ciudad o provincia de Tulla, aún no era rey, ni señor de ella, este príncipe (como dice Gómara). Pero pasando adelante con la cuenta y sucesión de estos reyes tultecas, decimos que a este dicho Achitometl le sucedió en el señorío Mazatzin; y a Mazatzin le sucedió Quetzal, tras éste vino Chalchiuhtona; y a éste sucedió Quauhtlix; y a Quauhtlix, Yohuallatonac; y tras éste reinó Tziuhtecatl; y se dice que a los tres años del reinado de este señor entraron los mexicanos adonde es ahora esta ciudad de Mexico. Muerto Tziuhtecatl sucedió en su reino Xiuhtemoctzin, y a éste sucedió Coxcotzin.

Estando pues poblada esta provincia de Tulla, con el origen y principio que hemos dicho, algunos años después de esta poblazón, vinieron de hacia la parte del norte ciertas naciones de gentes que aportaron por la parte de Pánuco. Estas gentes fueron unos hombres bien traídos y bien aderezados de ropas largas, a manera de turcas o de lienzo negro como sotanas de clérigos, abiertas por delante y sin capillas y los cuellos escotados y las mangas cortas y anchas que no llegaban al codo, que el día de hoy algunas de estas ropas usan los naturales en sus bailes, contrahaciendo aquellas naciones. Estas gentes pasaron adelante de Pánuco con buena industria, sin ningún rencuentro de guerra ni pelea; y viniendo de lance en lance hasta Tullan (donde llegaron y fueron recibidos y hospedados de los naturales de aquella provincia), allí fueron muy regalados porque era gente muy entendida y hábiles, de grandes trazas e industrias y labraban oro y plata y eran muy grandes artífices de cualquier arte; eran grandes lapidarios, sobre extremo, así en estas cosas delicadas como en dar otras industrias para la sustentación humana, y para labrar y romper tierras; de suerte que por su buen gobierno y grandes industrias y habilidades tuvieron gran cabida con ellos y adonde quiera que llegaban los tenían y estimaban en mucho y hacían grande honra. Mas esta nación no se sabe de dónde haya podido venir, porque no hay más noticia de ésta que la que al principio dijimos, que vinieron a aportar a la provincia de Pánuco. Quieren decir que fueron algunos romanos o cartagineses que con temporales siniestros pudieron venir a dar a alguna costa de las que caen debajo del norte y que como no tuvieron con que tornar a pasar mar tan largo se aventuraron a entrar la

tierra adentro. Otros quieren decir que debieron ser de algunos irlandeses. Y en cuanto a esto, por no desvariar, sólo se puede dejar a Dios. La razón que dan por donde se colige ser irlandeses, es porque se rayaban las caras como éstos y comían carne humana y por estar tan cerca de los Bacallaos y un estrecho que hay asimismo muy pequeño por donde también pudieron venir y pasar. Y visto por estas nuevas gentes que en Tulla no se podían sustentar, por estar la tierra tan poblada, procuraron pasar adelante y fueron a poblar a Cholullan, donde por el consiguiente fueron muy bien recibidos, donde conocidamente se sabe que emparentaron los naturales de allí con ellos y quedaron poblados y arraigados muchos tiempos. Y se cuenta en este paso un cuento y es: que como hubiesen llegado a Tullan estas gentes, traían consigo una persona muy principal por caudillo que los gobernaba, al cual llamaban Quetzalcohuatl (que después los cholultecas adoraron por dios). Éste se tiene por muy averiguado que fue de muy buena disposición, blanco y rubio y barbudo y bien acondicionado; y que estando en Tullan le cometieron adulterio los señores de allí, especialmente Tetzcatlipuca, Huemac; y que visto su mal término se salió de Tullan muy enojado y se vino a Cholullan, donde habitó muchos años con sus gentes; de las cuales envió desde allá a las provincias de Huaxyacac a poblarla y a toda esa mixteca baja y alta y tzapotecas; y estas gentes dicen, que hicieron aquellos grandes y sumptuosísimos edificios romanos de Mixtlan (que quiere decir infierno en la lengua mexicana). Que ciertamente es edificio muy de ver, porque se arguye de aquellos que lo obraron y edificaron ser hombres de muy gran entendimiento y para mucho y de muy grandes fuerzas. Y así estas gentes, como atrás tengo dicho, dieron industria de muchas cosas buenas para el uso de la vida humana (como atrás dejamos declarado), de donde se toma derivación de llamarse artífices de cualquier primor y sutileza; y así, a los que son maestros de cualquier arte, ingenio sutil y delicado a nuestro entendimiento, le llaman los naturales tultecatl, que quiere tanto decir como si dijésemos el artífice, tomando aquel nombre primero del pueblo de Tullan, que es donde vinieron a parar los tultecas. Y así por esta causa llaman el día de hoy a la ciudad de Cholullan, Tollan Cholullan; y así los cholultecas se llaman por excelencia grandes tultecas, porque son grandes artífices, y de aquí se ha tomado costumbre de llamar a los hombres discretos, y que tratan sus negocios con discreción, grandes tultecas. De suerte que la derivación comprehende sabiduría, y así estos cholultecas son grandes plateros, aunque no de martillo ni masonería, sino de vaciarlo en moldes sutiles y muy grandes lapidarios, no para conocer la propriedad de las piedras, ni aplicarlas para ninguna virtud, más de para tenerlas por cosas preciadas y en mucha estimación; mas sabíanlas labrar y las labraban y limpiaban en grande perfección, que de bastas y toscas, las limpiaban y las formaban de diversas labores con mucha medida, igualdad y forma, y las abrían con las esculturas que eran necesarias, fabricando las imágenes y figuras que querían en ellas, con delicada y sutil escultura de todas las variedades que se les pedía.

Tornando pues al discurso que llevamos de los tultecas, que fueron pa-

sando hacia Cholullan (cuyo caudillo fue Quetzalcohuatl), habiendo estado mucho tiempo en la dicha ciudad de Cholullan y habiendo también emparentado con los moradores antiguos de ella; habiendo ido muchos de ellos a las provincias de Huaxyacac a poblar por mandado del dicho Quetzalcohuatl, tuvo noticia cómo Huemac (su grande enemigo) venía con muchas gentes en su demanda, y por todas las partes que llegaba venía destruyendo y talando todas las cosas que hallaba por las provincias por donde pasaba y haciendo muchas crueldades y tiranías. Y como este dicho Quetzalcohuatl tenía al rey Huemac por grande guerrero no le quiso aguardar y determinó salirse de la ciudad; y así lo hizo y se fue con muy gran parte de su gente, dando color de su ida con decir que iba a visitar otras provincias y gentes que había enviado a poblar las tierras de Onohualco, que son vecinos del mar y son las que ahora llamamos Yucatán, Tabasco y Campech, que todas aquellas provincias las nombraban estos naturales, en su gentilidad, Onohualco.

Finalmente, viendo Quetzalcohuatl que venía contra él el dicho Huemac con tan grandes ejércitos y poderes, no lo quiso esperar y pudo ser que lo rehusase por hallarse ya muy viejo o por no tener mas reencuentros con él, ni poner en condición y peligro sus glorias y gentes, recelando perderlas, o por conservar lo que tenía ganado y poblado, cuyo intento no sabemos. Sólo se dice que se fue y no quiso aguardarlo.

Llegando Huemac al sitio y lugar donde entendió hallar a su enemigo Quetzalcohuatl, y sabiendo que se le había ido sintiólo mucho, y con el enojo que recibió hizo grandes matanzas en todos los que pudo haber de la tierra, y a tanto llegó el temor que le cobraron que se hizo adorar por dios, pretendiendo en esto destruir y obscurecer la fama que había dejado en aquella ciudad Quetzalcohuatl y hacerse señor no sólo de la ciudad de Cholullan; pero también de la de Quauhquechulan, Itzyucan, Atlixco y todas las provincias de Tepeyacac, Tecamachalco, Quecholac y Tehuacan, de todo lo cual fue rey y señor y aun después adorado por dios de todos ellos.



ORIGEN DE LAS POBLAZONES DE LA PROVINCIA DE TLAXCALLA, QUE FUERON LOS TEOCHICHIMECAS QUE ECHARON A LOS ULMECAS Y XICALANCAS DE AQUELLOS LUGARES Y SE HICIERON SEÑORES DE ELLOS

CAPÍTULO VIII. *Que trata de cómo los ulmecas, xicalancas y zacatecas, llegaron a poblar las tierras de Tlaxcallan, los cuales las poseyeron por mucho tiempo*



OMÚN OPINIÓN ES ENTRE TODOS los naturales de todo lo descubierto de esta Nueva España, que salieron de un lugar llamado Siete Cuevas, y los que no tienen haber salido de él al menos confiesan haber pasado por ellas. Por lo cual, y sabiendo que todas las dichas gentes son advenedizas y peregrinas en todos estos reinos, es fuerza que tratemos de ellos según la disposición y noticia que de cada cual de ellos alcanzamos.

Ya habemos dicho en el libro de la venida de estas gentes, cómo los primeros pobladores de esta laguna y sus riberas fueron los chichimecas (después de la destruición de los tultecas), y tras ellos entraron los aculhuas (que son los tetzcucanos, mezclados con la sucesión del tiempo con esos mismos chichimecas), y tras estas gentes referidas vinieron los chalmecas, ulmecas, xicalancas, tepanecas, xochimilcas y tlalhuicas; todos los cuales fueron tomando sitio y lugar en las partes más acomodadas que hallaron y según las gentes que ya estaban pobladas quisieron. Pero estos xicalancas y ulmecas viendo que esto por aquí todo era estrecho y corto y demasiadamente ocupado, no contentos con meterse enmedio de ellos, pasaron adelante atravesando los puertos del volcán y Sierra Nevada y otros, rodeándolos por la parte del mediodía, hasta que vinieron a salir a un lugar que de presente se llama Tochmilco. De allí pasaron a Atlixco, Calpan y Huexotzinco, hasta llegar al paraje y tierras de la provincia de Tlaxcallan; y haciendo asiento en el principio y entrada de la dicha tierra, hicieron su fundación en el pueblo que ahora se llama nuestra señora de la Natividad (y en lengua mexicana Yancuictlalpan). De allí pasaron a otro poblado, el referido, llamado Huapalcalco junto a una ermita que llaman de Santa Cruz, al cual llaman los naturales Texoloc, Mizco y Xiloxuchitla, donde ahora es la ermita de San Vicente y el cerro de la Xochitecatl y Tenayacac, donde están otras dos ermitas, a poco trecho una de otra, que las llaman de San Miguel y de San Francisco, enmedio de las cuales pasa el río que viene de la Sierra Nevada de Huexotzinco. Y aquí en este sitio hicieron los

ulmecas su principal asiento y poblazón, como el día de hoy nos lo manifiestan y descubren las ruinas de sus edificios que, según las muestras de ellas hay, fueron grandísimas y muy fuertes; porque las fuerzas que ahora parecen barbacanas, albarradas, fosas y baluartes, aunque destruido todo en gran parte, son indicios de haber sido la cosa más fuerte de esta tierra y de las más defensibles del mundo y haber sido obrado todo por manos de inumerables gentes y pueblos sin cuenta.

Esto es así de creer porque donde tuvieron su principal asiento y fortaleza es un cerro o peñol que tiene casi dos leguas de circuito y redondo, en cuyo contorno, así en las entradas como en las subidas de él antes de llegar a lo alto, tiene cinco albarradas y otras tantas cavas o fosas de más de veinte pasos de ancho; y la tierra que de ellos fueron sacando le servía de bastiones o muralla de terrapleno, muy fuerte; la hondura de estas cavas debía de ser de grande profundidad, porque con estar como están de presente todas tan arruinadas, por los muchos tiempos que han pasado, tienen más de una lanza en alto, y entrando yo a querer satisfacerme de la grandiosidad del lugar, quise medir su altura y haciendo poner a un hombre a caballo le di una asta, del tamaño de una lanza y apenas llegaba arriba en muchas partes de estas dichas fosas, estando, como digo, ya ciegas y llenas de tierra con el mucho tiempo que ha pasado y avenidas de aguas que las han ido enzolvando. Estas fosas y albarradas ciñen toda la redondez y cerco del cerro, en el cual se ranchearon y poblaron estos dichos ulmecas y en él se ampararon y defendieron de sus enemigos (que este fue el intento con que le hicieron), y en este mismo lugar hay, hoy día, muchos indios poblados, aunque no en aquella pujanza que los primeros; y mucho de este sitio y lugar está sentado sobre peña viva en la cual cavaban las fosas que hemos dicho y se aprovechaban sus moradores de muchas cuevas que había en este cerro y en ellas vivían. En este cerro y fuerte tan antiguo, inexpugnable y en la sierra de Tlaxcallan (que llaman Matlalcueye) y en lo alto y cumbre de Tepeticpac (que es una parte de la ciudad de Tlaxcallan) se retiraron y se guarecieron las mujeres y niños cuando el capitán Fernando Cortés y sus compañeros vinieron a la conquista de esta tierra y entraron por esta provincia de Tlaxcallan, hasta que después asegurándose con paz bajaron de estos lugares.

En otro sitio que se llama ahora San Felipe, dos leguas de esta ciudad de Tlaxcallan, a la parte del poniente, hubo otra poblazón de ulmecas, xicalancas y zacatecas, cuyo caudillo y capitán fue uno que llamaban Coxanatecuhtli. Por todas estas tres familias (aunque divididas en legiones distintas) eran todos unos de un lenguaje y de una misma disposición y traza; los cuales tuvieron pobladas más de cuatro leguas de tierra en diversos lugares de esta provincia, cuyos edificios son ahora conocidos, aunque deshechos y arruinados. Éstos son los primeros pobladores de esta gran provincia de Tlaxcallan, los cuales poblaron estas tierras referidas, sin defensa ni resistencia de alguno que por suyas las reconociese, por haberlas hallado despobladas y inhabitadas.

CAPÍTULO IX. *Que trata de otras gentes, llamados teochichimecas, que vinieron en busca de los ya poblados en estas tierras de esta Nueva España*



IEN QUISIERA (así como hacen los demás historiadores) poner las cosas de historia que voy contando por el modo y estilo que los demás han hecho, contando los años y certificando las edades de todas ellas; pero como sigo los escritos y crónicas que estos mismos naturales tenían no puedo poner en ejecución mi deseo e intento; porque según corre ya por ellos sólo se han contentado con hacer memoria de todas estas cosas en cantares que para ello han hecho y ordenado sin atender a los años en que todas sucedieron. Lo cual no hace pequeña falta para la satisfacción de los que la leyeren, a los cuales advierto que ya que falta la cuenta de los años, no al menos la puntualidad y verdad de la historia, por haberla examinado con grandísima particularidad y sumo cuidado.

Siguiendo pues mi intento digo: que tras estas familias, y generaciones ya nombradas, vinieron otros ejércitos y escuadrones de gentes, llamados teochichimecas, muy semejantes a los primeros pobladores de esta tierra, los cuales habiendo peregrinado por grandes desiertos y serranías grandes y muy ásperas montañas en demanda y busca de los primeros chichimecas, aculhuas, tepanecas, chalmecas, ulmecas y xicalancas, deudos y parientes suyos, llegaron a la provincia de Xilotepec y a la de Hueipuchtlan, Tepotzotlan y Quauhtitlan donde hicieron mansión y asiento por algún tiempo; pero viendo la tierra tan poblada y tan llena de estas que primero habían venido prosiguieron su viaje hacia la provincia y reino de Tetzcuco, donde sabían ser la cabeza y señorío de los aculhuaques y tetzcucanos, los cuales llegados fueron muy bien recibidos de los señores de la tierra, sabiendo que eran todos unos de una generación y de una patria. Y después de haberlos acariciado y regalado los acomodaron y situaron en un lugar donde pudiesen asentar su campo en el ínterin que hallaban tierra en que poder poblar. Este sitio fue entre la ciudad de Tetzcuco y pueblo de Chimalhuacan, que es a la vera del agua de esta laguna mexicana, casi dos leguas de la misma ciudad de Tetzcuco. Los chichimecas se arrimaron a las faldas de la sierra y montaña de Tetzcuco, que los naturales llaman los llanos de Poyauhtlan; y otros dicen que este asiento es el que ahora tienen los del pueblo de Quauhtinchan, que según esto son estas gentes mezcladas con aquellos primeros que vinieron, cuyo rey y principal caudillo fue Xolotl. Y aunque es verdad que allí se alojaron de paz, estuvieron siempre en continua vela; porque aunque los naturales de aquellos lugares y provincias les habían dado la tierra que poseían y les habían hecho mucha caricia y regalo con muchas mercedes que habían recibido, no se fiaban del todo de ellos porque se temía no les hiciesen algún agravio o enojo, cogiéndolos descuidados como suele suceder en casos semejantes con gentes extranje-

ras. En este lugar de Poyauhtlan estuvieron poblados mucho tiempo, en el cual se sustentaban de caza y monte (como costumbre que tienen y han tenido chichimecas, por ser como eran grandes arqueros y aventajados en esta arma, más que otros ningunos).

Estos teochichimecas tenían por dios a Camaxtle (que es el mismo que los mexicanos llamaron Huitzilopuchtli), el cual hablaba con ellos y les decía y revelaba todo lo que habían de hacer y en que partes y lugares habían de poblar y permanecer; y como las gentes vecinas sabían el favor que su dios les hacía y el daño que les podía resultar en agraviarlos no los osaban enojar. Pero pasado algún tiempo que allí estuvieron, como se iban multiplicando y los vecinos y comarcanos perdiendo sus tierras (porque los teochichimecas las iban ocupando y se apoderaban de ellas) recelaron su daño y con el temor que tenían pensaron que si prevalecían habían de llegar a ser señores suyos los que antes habían recibido por huéspedes. También sucedió que estos teochichimecas, olvidados del buen hospedaje y tratamiento que les habían hecho, comenzaron a desmandarse y hacer algunos agravios a los comarcanos, en orden y razón de ensanchar su sitio y engrandecer su lugar. Por lo cual los dichos comarcanos y vecinos, olvidado el miedo que les habían cobrado, determinaron de echarlos de él y hacerles que fuesen a buscar otro. Para esto les movieron guerra, a la cual se juntaron grandes huestes por parte de la laguna y ejércitos copiosos por estotra parte de la tierra y todos juntos vinieron a dar sobre estos teochichimecas de Poyauhtlan.

Los teochichimecas (como gente valerosa y esforzada que era) habiendo vivido siempre sobre aviso y con recelo de esto que ahora pasaba no estaban a la sazón descuidados, y así les salieron al encuentro con gran furia y ferocidad a defenderse y resistirse de la muerte que los enemigos los ordenaban; y fue de tal suerte y manera el acometerlos que dicen las historias y cantos antiguos, donde esto se trata, que desde el lugar donde es ahora el pueblo de Cohuatlichan hasta el de Chimalhuacan y toda aquella marina y orillas de la laguna no había otra cosa sino arroyos de sangre y hombres muertos, en tanta manera que toda el agua de aquellas riberas no lo parecía sino pura sangre; y tanta maña se dieron los teochichimecas que desbarataron a sus enemigos con grande mengua y afrenta que llevaron, y se volvieron ellos cantando victoria y llenos de gloria vana a su asiento y real de Poyauhtlan.

Dicen los naturales de aquella tierra que en memoria de esta tan sangrienta batalla comen cierto marisco, que en esta misma laguna se cría, que tiene por nombre izcahuitli y hay en ella mucha cantidad y tiene el color de sangre algo requemado y de color leonado, que es a manera de llama colorada, la cual cogen y la tienen por granjería los pescadores de allí; y dicen fabulosamente que de la mucha sangre que se derramó en aquellas aguas se convirtió en esta lama y marisco. La verdad es que esta yerba se cría en el agua y en esta parte también fue el derramamiento de aquella mucha sangre.

Pasada esta dura y cruel guerra, entre los aculhuas y tepanecas con los

teochichimecas, y viéndose ya una vez acometidos pusieron en sus corazones que si más aguardaban les harían mayores guerras (porque esto es cierto que el enemigo descubierto lo es en todas ocasiones). Por lo cual determinaron de irse de allí y pasar adelante en busca de tierras nuevas, más extendidas y anchas donde más a su placer y gusto viviesen saliendo de aquella estrechura en que estaban.

CAPÍTULO X. *Que trata de cómo estos teochichimecas desampararon el lugar de Poyauhtlan y pasaron adelante por mandamiento y ordenación de su dios Camaxtle; y se dice cómo se dividieron en dos partes, yendo los unos por las tierras de los chalmecas hacia el mediodía; y los otros hacia la parte del norte; y cómo muchos de ellos quedaron poblados en algunos sitios del camino que llevaron, en especial en Tullantzinco*



UIDADOSOS VIVÍAN ESTOS TEOCHICHIMECAS desde aquel día de la batalla y ganosos de desamparar el sitio por buscar otro que más a cuento les estuviese; pero aunque estaban determinados de hacerlo no se atrevían hasta consultar a su dios, para que como en otras ocasiones en ésta los ayudase y dijese su voluntad, el cual les habló diciendo, que levantasen el real y partiesen a otras tierras donde había de permanecer y establecer su nombre; porque el lugar que habían poseído hasta entonces no era el proprio de su asiento, que fuesen buscando el día y el sol.

Este modo de hablar, cuentan las historias tlaxcaltecas, que se lo dijo el ídolo por estas palabras: *oncantonaz, oncantlahuiz, ocanyazque, ayamonican*; quiere decir: Adelante habéis de pasar, que aún no es aquí adonde ha de amanecer y salir el sol; queriéndoles decir en esto que estaba adelante su ventura y señorío. Ellos, consolados con la respuesta de su oráculo y viendo que tenían propicio a su dios, dieron de ello aviso a los señores tetzcucanos, pidiéndoles licencia como a hermanos y amigos para partirse, excusándose de lo pasado y diciendo cómo su venida no había sido para matar gentes sino para vivir en paz y sosiego con los vivos, pero que los vecinos y comarcanos, ofendidos de su morada, les habían querido hacer guerra, y que por esto (y también porque su dios se lo mandaba) los dejaban y se iban; pero que ellos lo supiesen y estuviesen ciertos que los amaban como a deudos y padres y estimaban como a señores, y que pretendían pasar adelante hacia aquellas partes donde sale el sol y llegar hasta Teotlixco Anahuac, que quiere decir a los fines de la tierra y a las orillas y costas de la mar; para lo cual, y emprehender esta jornada, querían su beneplácito, deseando que fuese con su licencia y voluntad, porque si en algún tiempo les aconteciesen algunos trabajos e infortunios y los hubiesen menester para hacerles favor y socorro, los hallasen y acudiesen

a hacerles esta merced como hombres prosperados y que estaban de asiento en la posesión de sus provincias y reinos.

Según esto dicho parece que los tetzcucanos no fueron en la conjuración que los comarcanos hicieron contra estos teochichimecas; antes siguiendo el parecer y dicho de las historias tlaxcaltecas fueron comprehendidos en ella los aculhuas, que son los de la ciudad de Culhuacan y sus alderredores, que era gente pujantísima en aquellos tiempos y los tepanecas mexicanos. Lo cual no contradigo porque no tengo bien averiguado el tiempo en que reinaba en Tetzcuco el rey, que ya a esta sazón lo era; ni tampoco es de creer que saldrían a esta ofensa los puros mexicanos que fundaron esta gran ciudad de Mexico; porque si es verdad que los tlaxcaltecas habían venido algunos años antes que ellos, es fuerza confesar que ya estaban poblados en la ciudad y provincia de Tlaxcallan estos que en este lugar de Poyauhtlan hicieron esta guerra. De manera que decir las historias tlaxcaltecas que los aculhuas y tepanecas mexicanos fueron los que más enemigos se mostraron, entiendo yo que hablan de los de Culhuacan, Azcaputzalco y Tenayucan y otros alderredores, que el día de hoy se llaman tepanecas y éstos se aliarían y conjurarían con xuchimilcas, y todos juntos darían sobre ellos.

Siendo pues así que los tetzcucanos no sólo no les habían hecho mal pero aun tratádoles como a hermanos y parientes, no sólo admitieron la razón que daban para irse sino que también les rogaban con mucha instancia que se quedasen en la posesión de su sitio. En estas demandas y respuestas pasaron muchas cosas de la una parte y de la otra; pero al fin quedó resuelto en que se fuesen y que buscasen asiento donde pudiesen poblar a su gusto y voluntad, ofreciéndose siempre a su favor y ayuda, y para más establecer y afirmar esta amistad no los dejaron ir solos, pero diéronles guías y adalides que los llevasen por las sierras altas de Tetzcuco, desde cuyas cumbres les mostrasen las tierras que están de estotra parte hacia el oriente, que son muy extendidas y largas.

Subidos los teochichimecas, que iban por exploradores de la tierra con las guías tetzcucanas que los llevaban, en lo más alto de las sierras de Tlalocan (que así se llaman) descubrieron desde allí grandes e inmensas tierras, llenas de muchos valles, sierras y llanos, con ríos y fuentes que casi les pareció otro nuevo mundo. Los cuales habiéndolas visto y que a su parecer no estaban todas pobladas (como a la verdad era así porque los xicalancas y ulmecas que estaban de aquella parte no estaban muy extendidos), bajaron a lo llano y dieron relación y noticia de lo visto a los teochichimecas que aguardaban saber si eran aquellas tierras las que su dios les prometía, y oyendo las nuevas que les daban, alegres de oírlas, hicieron grandes fiestas y solemnizaron el nombre de su dios Camaxtle. Después de las cuales y agradado el ídolo de haberse visto festejado dicen que les mandó marchar hacia aquellos lugares, los cuales eran donde habían de poblar y permanecer en muy grande y extendido señorío, y que desamparasen luego aquel sitio de Poyauhtlan, porque no les convenía estar en él, ni entre los aculhuaques, pero que estuviesen ciertos que en sus necesidades y trabajos les

darían favor y harían grandes socorros, como en el discurso del tiempo lo verían.

Sabidas ya las tierras que había de estotra parte de las sierras, y que todas aquellas les prometía el falso dios Camaxtle, salieron del puesto de Poyauhtlan para hacer jornada. Pero cuentan las historias tlaxcaltecas que se dividieron en dos parcialidades, una de las cuales y la mayor fue hacia la provincia de Chalco, que es toda la tierra que cogen las faldas del volcán y Sierra Nevada y va discurriendo por allí adelante hasta la tierra caliente que confina con la Tlalhuic que cae a esta tierra dicha de Tetzcuco y sitio de Poyauhtlan a la parte del mediodía. Los otros, que se dividieron de éstos, los cuales llevaban por capitán y caudillo a Chimalquixintecuhtli, echaron por la otra parte que va hacia el norte, para lo cual les dieron paso los tetzcucanos; y dicen afirmativamente de éstos que llegaron a las provincias de Tullantzinco y Quauhchinanco por no subir ni atravesar las serranías y puertos de la Sierra Nevada y volcán de Amaquemecan, y que entonces algunos de ellos quedaron a poblar este pueblo y provincia de Tullantzinco y Quauhchinanco, en los cuales sitios halló Chimalquixintecuhtli poblado a Macuiltacatlecuhtli con otros muchos de su parcialidad y alianza.

No puedo pasar de aquí sin pedir de paso que se note cómo ya cuando estos teochichimecas llegaron a estos lugares hallaron otras gentes que los tenían poblados y éstos eran de los primeros hombres de aquellos primeros tiempos, en los cuales el rey Xolotl y su hijo Nopaltzin y los demás sucesores habían ido poblando por éstas y otras muchas partes, a la cual poblazón ayudaron muchos de estos que ahora vinieron; y como en otra parte tengo averiguado, estos teochichimecas son los que ahora se llaman otomíes, de la cual lengua y de la que llamamos comúnmente mexicana está poblado aquel pueblo, dividido en dos parcialidades; una que llaman Tlatohcan, es de los mexicanos, aculhuas y tetzcucanos y ésta cae a la parte del mediodía. La otra que cae hacia la del norte, que se llama de Tlaixpan, es de los que hablan esta lengua otomí y ninguno de todos ellos se nombran por este nombre sino por el nombre de chichimecatl que es el antiguo que ellos tuvieron, aunque ahora los unos y los otros la hablan mexicana, pero en realidad de verdad son diversos porque los unos son aculhuas y los otros chichimecas. De aquella parte que digo hacia el norte hay pueblos de otomíes que hablan en su lengua y son sujetos a estos dichos de la parte de Tlaixpan. Así como también a estotra parte del mediodía cae en otros pueblos que hablan la lengua mexicana y son sujetos a los señores de la parcialidad de Tlahtocan. Y así digo que estas dos naciones fueron las que antiguamente poblaron estas provincias, y pruébase con grande facilidad ser aculhuas y chichimecas, porque los nahuatlacas, que hablan esta lengua que llamamos mexicana, tienen su lenguaje y pronunciación como los mismos tetzcucanos; el cual lenguaje corre desde esta dicha ciudad de Tetzcuco por Otumpan, Teotihuacan, Cempohuallan, Tzihuinquillocan hasta Tullantzinco y Quauhchinanco y pasa adelante a la sierra, y entre todos éstos hay de estas dos parcialidades (conviene a saber): nahuatlacas, acul-

huas y chichimecas otomíes. Pero volviendo a nuestro intento, digo que después que Chimalquixintecuhtli llegó a este lugar de Tullantzinco fue bien recibido de Macuilacatl, que ya estaba allí poblado; y no sólo le recibió de paz, pero por ser soltero le dio mujer con quien casase (que en aquellos tiempos estos dichos chichimecas no acostumbraban el uso de muchas mujeres sino solamente contraían con una). También dieron mujer en aquel pueblo a Totolamihua, que era de los de más cuenta en estas familias.

De estas dichas gentes se poblaron grandes provincias, de las cuales se nombran todas las sierras y costas de mar, hacia el norte y parte del oriente, como son Tuzapan, Papantlan, Tonatiuhco, Metzitlan, Achachalintlan, Nauhtlan y otras, que por evitar prolijidad callo. A los demás, que no hicieron asiento y morada en estos dichos lugares, dejó ir caminando y haciendo paradas hacia la tierra que es ahora llamada de Tlaxcallan, que aunque duerman por un poco los despertaremos a su tiempo, cuando ya hayamos tratado de estotros que siguen la vuelta de Chalco y contorno del volcán.

CAPÍTULO XI. *De cómo fueron marchando estos teochichimecas hacia las tierras de Tlaxcallan por las faldas del volcán, siguiendo la parte de mediodía, y lo que en el camino les sucedió, y poblazones que fueron haciendo*



UNQUE ESTOS TEOCHICHIMECAS comenzaron a marchar en busca de las tierras que deseaban tener y poseer para vivir pacífica y quietamente en ellas, no luego que salieron de Poyauhtlan hicieron la jornada entera, antes fueron parando y deteniéndose en sus pasos, tanto que jornada que pudieron andar en ocho días o diez, a más tardar, yendo marchando en cuerpo de ejército, la anduvieron en espacio y tiempo de quince años, corriendo en los años medios de este dicho tiempo la provincia de los chalmecas que (como hemos dicho) discurre y se extiende por todas estas llanadas y faldas del volcán y Sierra Nevada.

Fueron haciendo su viaje por Tetella, Tochmilco, Atlixco, Cohuatepec y Tepapayecan, y de estos mismos se adelantaron (según dicen las historias) algunos que fueron a poblar al sitio de la gran ciudad de Chollullan, donde ya otros muchos estaban poblados, cuyos capitanes dicen haber sido Tololohuitzitl, Iyexicohuatl, Quetzaltehueyac y Cohuatlinechquani y Ayapantli. Los cuales después que supieron que estos sus parientes teochichimecas, que habían quedado atrás, iban saliendo por aquellas partes dichas y nombradas, los vinieron a recibir; y otros dicen que hasta la provincia de Chalco y Amaquemecan, entre los cuales habían sido bien recibidos sin mal ni daño de sus personas y les habían dado paso libre para su jornada. Los cuales, caminando en prosecución de su intento, llegaron a un lugar que se llama Tetliyacac, junto la ciudad de Huexotzinco, y de allí se fueron

unos la vuelta de mediodía a poblar las tierras que hallasen desocupadas y desiertas; cuyo capitán y caudillo fue Tloquetzalteuhtli y Yohuallatonac y poblaron el pueblo y provincia de Quauhquechollan, y otro caudillo, llamado Quezalxiuhtli, hizo la poblazón de Cohuatepec.

Otra cuadrilla pobló a Ahuayocan, donde también hallaron poblados a los ulmecas y zacatecas y en otro pueblo que se llama Xocoyocan. El pueblo de Totollan pobló Tetzitzimitl y el de Atlmoyahuacan, Quauhtzintecuhtli, el cual entró después por la poblazón de Huexotzinco y hizo parte de su poblazón en aquel lugar, y otro caudillo que se llamaba Cozcaquauhhuehue pobló el barrio de Teopan, y Tlotlitecuhtli, un poco más abajo en el barrio de Contlan, Tempatlahuac, y en el de Xaltepetlapan otro llamado Cacamatecutli, y Toltecatlecuhtli pobló en Calpan, y Zimatecuhlti fue a poblar la parte de Atlixco y tuvo correspondencia en la poblazón de Totomihuacan. Cuando todo esto se poblaba no estaban divididas las provincias, hasta que por discordias y pasiones las vinieron a dividir por manera que todos vivían vida pacífica y quieta, no atendiendo a más que a hacer sus poblazones y dividir sus gentes y ensancharlas por todas aquellas extendidísimas tierras.

Pasaron pues adelante estos teochichimecas que venían marchando para proseguir sus poblazones y ciudades que ha habido en esta tierra y otra, una legua de ella, llamada Tecalpan (que ahora se dice Tecali) y fueron marchando adelante hacia la otra sierra nevada que los naturales llaman Poyauhtecatl y nosotros los españoles Sierra de Perote; todo esto hicieron con intención de ver la tierra y poblarla toda en cuanto ellos pudiesen, no solamente estas gentes teochichimecas, que ahora venían marchando, sino también los otros que a éstos antecedieron. Y entre las poblazones que hicieron fueron Amaliuhcan, Nacapahuazcan y Chachapatzinco en los cuales lugares vinieron a visitar tres señores llamados Tololohuitzitl, Quetzaltehueyac y Ixcohuatl, que son aquellos que llegaron a poblar la parte que les cupo de la ciudad de Cholullan, los cuales les trajeron ollas de barro en que guisasen de comer, porque hasta aquellos tiempos no usaban comer las carnes cocidas ni guisadas, sino crudas o mal asadas en barbacoas o a las llamas del fuego que eran más chamuscadas que asadas; y porque en este lugar recibieron este beneficio que antes ignoraban, le llamaron Nacapahuazcan, que quiere decir donde se cuecen las carnes.

De aquí fueron a Huehuetlan y Atliztacan y a Tepexic, donde también hicieron sus poblazones, y en este lugar de Nacapahuazcan se armaron caballeros muchos de ellos después de haber echado de sus tierras a los xicalancas, chocamecas y zacatecas, como en realidad de verdad lo hicieron y les quitaron las que poseían; los cuales, despojados y destruidos de ellas, fueron a poblar a otras partes.

Dieron la vuelta, desde aquí, todos los demás que quedaban y vinieron a hacer el sitio en el que ahora es el de Tlaxcallan para poblar en él muy de propósito y de asiento. La cual poblazón comenzaron por un lugar que se llama Atzalan y Azaquanac y Acohuazacapechpan donde hallaron a Tlalchiyach y Aquiach, los cuales quisieron resistirles la entrada y les dije-

ron que no tenían que parar allí, porque aquellos términos y tierras habían ganado ellos y los tenían por mojoneras de la provincia y ciudad de Chollullan y toda la sierra de Matlalcueye que es la que llamamos de Tlaxcallan.

No hicieron caso de esta razón los teochichimecas y les dijeron: muy engañados vivís en pensar que esta tierra es vuestra, porque los dioses a quien adoramos nos la han dado y todo esto que veis y tenéis delante de vuestros ojos es nuestro y no hemos parado, que aun todavía vamos caminando, y así os pedimos de paz que nos dejéis pasar. Los capitanes que defendían el paso, o con temor de la valentía de los que lo pedían o por persuadirse a que era así verdad lo que demandaban, les dejaron pasar sin ningún riesgo. Los cuales fueron haciendo mansiones por lugares diversos de esta provincia, poblando en los mejores y que más acomodados les parecían. Esta entrada que hicieron estos teochichimecas en esta provincia de Tlaxcallan fue echando a las gentes que la poseían de ella, que eran ulmecas y zacatecas; los cuales se fueron de ellas, unos de paz (temiendo a los advenedizos) y otros saliendo por fuerza, por la guerra grande que les hicieron estos teochichimecas que entraban matándoles un grande y famoso capitán que los regía y gobernaba, llamado Colopechtli, el cual muerto acobardaron todos y desampararon el lugar y se fueron huyendo hacia la parte del norte con sus mujeres y hijos, como luego diremos. Echadas estas gentes de este sitio, se apoderaron los nuevos teochichimecas de él, y hicieron su asiento en la expugnable sierra y cabeza que ahora se llama Tepeticpac y se llamó Texcalticpac y Texcallan. De aquí enviaron a poblar algunos de ellos a la provincia que ahora se llama Xicochimalco.

Los ulmecas y zacatecas que salieron de aquel sitio de Tlaxcallan echados por los teochichimecas fueron vagueando y discurriendo por algunos lugares buscando sitio acomodado donde parar. Lo cual fueron haciendo muy de espacio, y poco a poco, porque los enemigos que los echaron de su provincia y sitio no pretendieron destruirlos ni acabarlos, sino sólo introducirse y apoderarse del lugar que tenían, por tener entendido que aquél era el que su dios les tenía prometido. Y así pararon (entre otros lugares) en uno llamado Coyametepec y pasaron adelante a otro que se dice Tecoyotliyac y adelante Amamaztlipilcayan, donde no hallaban reposo por ser las tierras secas y no del temple y estalaje del que habían perdido; y pasando a otro lugar donde hallaron algunas aguas y montes, pensando poblar allí, pareciéndoles el sitio algo acomodado, hallaron después con las mudanzas del tiempo destemples muy grandes, así de frío como de otras inclemencias que los maltrataban. Y acordándose los viejos del buen temperamento de la tierra que habían dejado y lo mal que les iba en esta que ahora pensaban habitar, lloraron su desgracia y pusieron por nombre al lugar, Huehueichocayan, que quiere decir lugar del llanto de los viejos. Y no fue poca la ocasión que tuvieron para llorar, pues viniendo de camino sin casas ni tiendas, no hallaron en él cuevas en que meterse para guarecerse de las grandes y continuas lluvias que sobre ellos cayeron por más de veinte días. Y pasando adelante llegaron a Tenamitic, donde es ahora el pueblo de la provincia de Zacatlan, cuyos capitanes y caudillos fueron Ixcohuatl,

Xopancatecuhtli; y en Otlatlan asentaron su pueblo donde los dejamos hasta que tratemos de los totonacas, que fueron después sujetos a estos chichimecas referidos.

CAPÍTULO XII. *De la guerra que hicieron los de los valles y comarcas de Huexotzinco a los teochichimecas que poblaron el sitio de Tlaxcallan, cuyo principal caudillo era Culhuacatecuhtli Quanez; y se dice cómo los tlaxcaltecas vencieron esta batalla y los medios que para vencerla tuvieron*



ASADO ALGÚN TIEMPO que los chichimecas se habían situado y rancheado en el cerro de Tepeticpac (donde tuvo su origen y principio esta ciudad de Tlaxcallan), y como también se fuesen multiplicando, parecióles a los de la ciudad de Huexotzinco, y a los otros señores que habían poblado en los llanos y tierras más bajas, que de tanta fortaleza como allí tenían y iban haciendo no podía redundar ningún bien para ellos, porque entendían que desde allí los habían de tener sujetos y avasallados. Lo cual no llevaban en paciencia, porque decían que siendo todos unos y iguales en sangre y linaje que no era razón que unos fuesen más que otros y que cada cual se contentase con la parte que le había cabido en suerte, y por aquesto trazaron de substraerse de la mayoría que querían tener los de la sierra de Tepeticpac. Y ordenaron juntamente de atajarles los pasos y pujanza que llevaban de señorear todo aquel mundo, derribándolos de su altivez y soberbia, dividiendo sus provincias y lugares y señalando sus términos y mojoneras, para que fuesen conocidas y de todos guardados, aborreciendo estar sujetos a un solo capitán o rey. Y así en voz de libertad convocaron la mayor parte de la gente plebeya (que como es fácil de mover fácilmente vinieron en ello) y tomando armas contra los dichos texcaltecas vinieron sobre ellos y en tanto grado los apretaron que los retiraron a las cumbres más altas de aquel sitio, habiendo muertes inumerables de los de una parte y otra sin respetar hermanos a hermanos, hijos a padres y padres a hijos, mezclándose la sangre sin diferencia de ninguno; y no se puede decir ni explicar las no pensadas crueldades que en esta guerra acontecieron.

Desbaratados pues los chichimecas mayores de Texcaltipac, con la grande y repentina traición que contra ellos los de esotras familias usaron, y retirados a sus fuertes con la grande ofensa que los contrarios les habían hecho, quedaron cercados por todas partes con intención que tenían los huexotzincas y los otros sus confederados de dar fin y cabo de ellos. Para lo cual iban juntando de cada día gran muchedumbre y pujanza de gentes, con las cuales les hacían continua guerra. Y viéndose tan apretados de la fuerza con que los enemigos los combatían, enviaron a pedir socorro al rey de Tetzcuco y a otros señores sus amigos y confederados; enviando a

llamar juntamente a Tzipactecuhtli, que estaba en las poblazones de Xicochimalco y a otros que habían ido a las de Xalpan. Oído el caso referido por los tetzcucanos vinieron en su ayuda y favor con grandes y poderosos ejércitos, como antes se lo tenían prometido. Y el rey, que entonces reinaba, envióle al de Texcaltipac un vaso de alabastro muy fino, que le enviaba por grandeza y señorío. Fueron las gentes tetzcucanas muy bien recibidas de Colhuacatecuhtli Quanez, que ya lo era de Tlaxcallan y fueron alojados en lo mejor y más acomodado del real texcalteco.

En este ínterin que vinieron los tetzcucanos y las demás gentes que fueron llamadas fueron fortificando los chichimecas los lugares de su morada con muchas albarradas y fosas y otros reparos y pertrechos muy grandes y necesarios, demás de los profundos despeñaderos que tiene la propria sierra, que en partes es peña tajada. Con estos reparos y seguros estuvieron aguardando el fin que había de tener esta guerra comenzada. Y a lo que yo pienso no fue tanto el cuidado que pusieron estas gentes en la mucha fortaleza con que se fortificaron para defenderse de los enemigos, cuanto hacerla con intención de eternizar su memoria y fama, para que los que viesen la obra quedasen admirados del poder de los que la habían hecho. También se aseguraban de todo daño por haberlos favorecido su dios Camaxtle, diciéndoles que habían de ser vencedores de todas las gentes y que allí había de ser el principio de su monarquía.

Xiuhtlehuitecuhtli, señor de Huexotzinco, que guiaba y capitaneaba estos ejércitos, viendo que los chichimecas cercados tenían de cada día socorro, al cual les venían muchas gentes de diversas partes y lugares, procuró abreviar la guerra. Para lo cual envió a pedir ayuda y favor a los mexicanos tepanecas, reinando en ellos Matlalihuitzin, enviándole a decir que los chichimecas de Poyauhtlan, sus enemigos capitales, se iban rehaciendo y apoderando de la tierra con grandes tiranías y extorsiones, usurpando a todos los que la poseían el señorío que tenían en ellos, los cuales parecía que estaban con determinación de no parar hasta los fines de la tierra y costas de la mar (como ellos decían) y que no era razón que se les diese tanto lugar ni los dejasen apoderar tanto de todos, siendo como eran tan crueles y tiranos.

Oída por Matlalihuitzin, rey tepaneco, la demanda y embajada de Xiuhtlehuitecuhtli, maravillóse de el suceso y repentino caso, porque siempre tuvo entendido que entre todas aquellas familias nunca había habido diferencias ni disensiones; y pareciéndole caso grave darle favor contra gente tan belicosa y que temía que se había de perder en la demanda, no queriendo desconsolar al que le pedía el socorro, envióle a decir con cautela que acudiría a darselo. Y despedidos con este recaudo los mensajeros de Huexotzinco, envió otros, por otra parte, dando aviso a los chichimecas de Texcalticpac de lo que pasaba, cuya embajada dieron los embajadores tepanecas a los de Texcalticpac de esta manera:

A vosotros los señores y poseedores de la alta cumbre de Texcallan, sabed que somos mensajeros y embajadores del muy gran señor, vuestro sobrino y pariente Matlalihuitzin, aquel que señorea y tiene en guarda las

aguas de la gran laguna de Tenuchtitlan, el cual os envía a avisar y a decir cómo la gente de Huexotzinco y su capitán, llamado Xiuhtehuitl, le ha enviado a pedir socorro contra vosotros en la guerra que os hace y enemistad que os tiene; y que ruega a este gran señor nuestro, que es el que a vosotros nos envía, le envíe gente y favorezca en esta demanda. El cual se la ha prometido y se la piensa enviar; pero de tal manera que no sea de provecho ni para ningún efecto su venida, sino tan solamente para que haga una aparente reseña de socorro, sin intención de combatir ni mover las armas contra vosotros. Este aviso os envía para que de su parte estéis ciertos y enterados de que él ni ninguno de sus gentes os vendrán a ofender. Y por tanto os ruega y pide con grande instancia que no os hagáis contra los suyos, pues no vienen a pelear, ni a enojaros sino a hacer una sola muestra de cumplimiento para con los huexotzincas. Y esto se nos mandó, que os dijésemos a vosotros, los fuertes chichimecas, y también que cuando hagáis vuestros encantamientos que preservéis en ellos a los tepanecas y no les hagáis ningún daño ni mal, como lo hicisteis cuando la gran batalla de Poyauhtlan, a las orillas de la laguna.

Oída esta embajada por Culhuacatecuhtli Quanez, señor de los chichimecas texcaltecas y por los demás de su senado, envióle a dar las gracias del aviso, encareciendo mucho el favor que recibían él y todos los de su pueblo, con la merced que les ofrecía, diciendo que quedaba en perpetuo reconocimiento de aquel favor y con ánimo de servirlo en todas ocasiones, como se vería cuando se ofreciese. Con esto despachó a los embajadores y se quedó ordenando su gente para el rompimiento de la batalla; pero como todas las cosas no tienen buen principio si primero no son encomendadas a Dios, las cuales van guiadas por su divina mano, estos idólatras que reconocían serlo muy suyo Camaxtle, no creyendo que era demonio falso y mentiroso, acudieron al altar donde estaba su imagen a hacer oración y a pedirle favor contra sus enemigos.

Trajeron para esto mucha caña de carrizo y jara y otra muchedumbre de varas tostadas con sus lengüetas y arpones y cantidad de nervios y pluma para hacer flechas y saetas, y puesto esto todo delante del altar y presencia del ídolo invocaron al demonio con grandes suspiros, mucho derramamiento de lágrimas y fervientes oraciones, suplicándole les favoreciese y ayudase en aquel conflicto y peligro, así como en todo tiempo lo había hecho; pues sabía que ahora más que nunca lo habían menester, en especial que los que contra ellos hacían guerra eran de los propios deudos, parientes y vasallos suyos, habiéndose conspirado y rebelado contra ellos, que sin culpa padecían aquella mengua y afrenta, y siendo tan injusta su demanda. Este acto de orar, llorar y gemir fue por algunos días continuos, en los cuales ayunaron y ofrecieron muchos sacrificios de diversas cosas.

Hecho esto por los afligidos chichimecas y mostrando el demonio tener poder para librarlos, les respondió por boca de su infernal imagen: que no temiesen y que tuviesen ánimo y corazón, que el fin lo verían bueno y que convenía que usasen de una superstición y embuste que fue el que se sigue: Mandóles buscar una doncella muy hermosa, que tenía el un pecho y teta

más grande que la otra, y que se la trajesen a su casa y templo. Fue buscada esta doncella con grande solicitud y presteza, y hallada fue traída al templo de Camaxtle. A la cual mandó el ídolo que le diesen a beber un bebedizo de cierta yerba medicinal y que después de haberlo bebido le exprimiesen el pecho y la sacarían leche que era para aquel acto necesaria. Hecho así, estrujáronle el pecho y reventóle de él una sola gota de leche, la cual fue recibida en un vaso, que llamaban teocaxitl, que quiere decir vaso de dios, el cual tenía la hechura siguiente: el asiento redondo y ancho y enmedio un remate redondo a manera de botón, y la copa de él era como la de un cáliz y todo el vaso de abajo arriba tenía un codo de alto. Éste, según dicen algunos, era de madera muy preciada, negra, a manera de ébano, aunque otros dicen que era de piedra negra muy sutilmente labrado, de color de azabache, que la hay en esta tierra y la llaman los naturales teotetl, que quiere decir tierra de dios.

Sacada esta leche y puesta en el vaso, y al pie del altar las cañas de carrizo y varas y los arpones, lengüetas, puntas y nervios de venado, todo junto, lo cubrieron con ramas de laurel y lo dejaron. Fueron ofreciendo con esto muchos sacrificios, y entre otros papel cortado, espinas y abrojos y una yerba que parece al beleño, que llaman picietl y otros perfumes odoríferos, culebras, conejos y codornices, los cuales animales y aves mataban en gran cantidad y ofrecían ante la imagen de Camaxtle. Detrás de todo esto hacían su oración los sacerdotes y sátrapas infernales, en especial el sacerdote mayor que llamaban achcauhtli teopixqui y por otro nombre tlamacazca achcauhtli, la cual acabada incensaba toda la ofrenda con grandes perfumes y sahumerios, mayormente el vaso o cáliz donde estaba la leche que había destilado el pecho de la doncella; haciendo esta ceremonia de incensar a la mañana, a medio día y a la puesta del sol y a la media noche. Hecho esto tres días sin intervalo, miraba con grande atención en el vaso y en las saetas y cañas, por ver si en ello se obraba alguna cosa; pero viendo que no había novedad ni se conseguía el efecto que deseaban y que la gota de leche estaba casi seca y marchita y muy resuelta y encogida, mostraban aflicción y desasosiego.

Llegóse el día de la batalla y estando los chichimecas muy congojados y afligidos (aunque no desconfiados del favor que les prometía su dios), llegó el sacerdote mayor a ver el vaso y las cañas del carrizo y jara, nervios y puntas de varas tostadas con sus lengüetas, y halló que las saetas y arpones estaban hechas y encajados los casquillos en las cañas y las varas en sus lengüetas y emplumadas y el vaso lleno de espuma a manera de saliva fresca. Y en tanta abundancia iba espumando que se derramaba y vertía el vaso por todo el altar, como una olla cuando hierve. Y a este tiempo el campo de los huexotzincas, y todos los demás sus aliados, habían hecho sus repartimientos de gentes y formado sus escuadrones y puesto en orden la batalla, teniendo en poco a los cercados, pareciéndoles que su poder era mucho con las espaldas que tenían y favor que llevaban de todo el común y gente plebeya y las demás parcialidades que para esto habían convocado. Y fueron las gentes que para este efecto se juntaron tantas

que cubrían los cerros y los campos y casi agotaban los ríos y arroyos por donde pasaban cuando bebían. Todos estos escuadrones se repartieron de esta manera: en los campos y cerros de Xoloteopan, que es junto al barrio de San Nicolás, en Totollan donde está la iglesia de San Juan Bautista y por todo aquel llano hasta la puente de Panotlan y en el barrio de Teotlalpan, donde está la ermita de la Purificación y en el barrio que es ahora de San Marcos, llamado Contlantzinco; y por no ofender con tanta prolijidad y particularidad de sitios digo, en conclusión, que toda la redondez de la sierra estaba tomada por todas partes sin haber cosa vacía detrás de ellas.

A este tiempo llegó el socorro tepaneco que los huexotzincas aguardaban, y haciendo su reseña, como su rey había dado por aviso, apartáronse del cerro y subiéronse a unas sierras muy altas que se llaman de Tlamacazcatzinco Quauhticpac, no pretendiendo llegar al socorro ni hacer guerra a los chichimecas cercados; y siendo ya tiempo de comenzar la batalla acometieron los huexotzincas y todos los demás ejércitos conjurados con grandísimo ímpetu y muy mayor gritería y alarido, a combatir a los chichimecas y a subirles por la sierra arriba. Los chichimecas que estaban aguardando, no sólo los esperaron en su real y campo, pero con grandísimo esfuerzo y osadía salieron a recibirlos, y a los primeros golpes y encuentros de su combate prendieron los texcaltecas a uno de los del campo contrario y como primicias de su victoria lo llevaron con gran presteza a ofrecer y sacrificar al ídolo Camaxtle; al cual abrieron por el pecho y le sacaron el corazón y se lo pusieron por obvención y ofrenda al pésimo y horrendo ídolo Camaxtle, y desollando al mísero cautivo se puso su pellejo y cuero uno de ellos, atado y ceñido con sus proprias tripas, arrastrando por el suelo los pies y manos del sacrificado. De esta manera se presentó ante el infernal dios, hecho Xippe (que así los llamaban a los que hacían esta ceremonia y diabólico espectáculo).

A este tiempo tocaban sus atambores y bocinas y caracoles marinos y trompetas de palo y otros instrumentos de guerra, con grande estruendo y ruido, acompañado de aquella inmensa gritería que hacían y alarido que el coraje y cólera les causaba, que como rabiosos perros arremetían a sus contrarios, los unos por vencer y los otros por defenderse y no ser vencidos. Y de esta manera peleaban los unos contra los otros, con el mayor ímpetu y fuerza que podían, con el arrebatado furor que su pasión encendida les incitaba. Arrojaban muchísima piedra con hondas, enviaban torbellinos de saetas y varas tostadas los unos contra los otros y unos a otros se asombraban y quitaban las vidas con diferentes golpes que se daban. Y era tanta la sangre vertida y derramada de los miserables cuerpos muertos y heridos que por los cerros y collados corría que parecían arroyos de aguas llovidas del cielo; y es tanto más lo que fue que lo que digo, que porque no parezca imposible, lo callo.

Estando pues en esta furia combatiéndose y hiriéndose todos, el maldito sacerdote estaba orando a su falso dios y pidiéndole con grandes suspiros la victoria de su pueblo. Después de haber hecho su ahincosa oración salió

movido por el demonio con el vaso de la leche en la mano, y díjoles: ea, soldados valerosos, chichimecas invencibles, no queráis temer que el tiempo del vencimiento y victoria es ya llegado; que ya nuestro gran dios Camaxtle se compadece de nosotros, y diciendo éstas y otras exhortatorias razones derramó el vaso de la leche, que traía en sus manos, sobre aquel que estaba vestido con el pellejo y piel del cautivo sacrificado. Luego incontinenti tomó una flecha de las que por arte diabólica se habían forjado y, poniéndola en un corvo y mal formado arco, la arrojó hacia los enemigos; y luego al mismo punto las saetas que estaban al pie del altar del ídolo comenzaron a moverse y a salir del templo con gran furia y a herir a la gente enemiga, haciendo gran matanza entre ellos. También a este mismo instante se levantó una muy espesa y obscura niebla, y tanto que unos a otros no se veían ni divisaban. Aquí fue el matarse los enemigos unos a otros, sin saber quién a quién mataba; porque ni se conocían ni se veían, sino solamente sentían el dolor de los golpes que se daban. Halláronse ciegos y mucho más turbados, y con esta grande turbación que recibieron, unos se despeñaban sin saber por dónde iban; otros topando en piedras se mataban; y de éstas y de otras muchas cosas hubo ardides y astucias del demonio. Y parece caso jamás oído ni visto en el mundo y fue en tan grande exceso esta mortandad y acabamiento de enemigos que se cuenta por verdad, que las barrancas y grandes quebradas, que por partes hace la sierra, estaban llenas de cuerpos muertos y que las mujeres de los chichimecas, niños y niñas y todos los imposibilitados que habían quedado excluidos del campo, por no ser para la guerra, salieron al despojo del sangriento alcance y prendían y cautivaban seguramente las gentes que querían; y quedaron tales los huexotzincas y todos los demás conjurados con este diabólico y endemoniado hecho, que cuasi no escapó ninguno de cautivo o muerto, y los pocos que pudieron huir llevaron tales nuevas, que tenían bien que contar no solamente a los presentes, a quien pudieron darlas, sino a otras muchas generaciones futuras y por venir, que oyendo lo que allí pasó quedaron atónitas y espantadas. Visto pues por el ejército tepaneco que en sus sitios y sierras estaba alojado el fin de la cruel y lamentable batalla, sin hacer ruido se volvieron a sus tierras espantados de el caso sucedido y mucho más gozosos de no haberse en él hallado.

Esta guerra, como aquí la hemos contado, dejó en memoria un famoso y valeroso capitán chichimeca, llamado Tequanitzin, en unos versos y cantares que compuso de las hazañas de sus antepasados los teochichimecas, primeros pobladores de esta ciudad y provincia de Tlaxcallan; y él mismo cuenta, en estos mismos versos, la pasada con los tepanecas y culhuas en los llanos de Poyauhtlan, en las orillas de la laguna. Y por ser tenido este capitán por muy valeroso y puntual en sus palabras, he querido hacer memoria de él y referir estas guerras, según las dejó él dichas, en la lengua náhuatl, que llamamos mexicana. Pero al fin esto se escribió en verso y en forma de poesía, y se debe tener por fabuloso en la mayor parte, como se entiende de las cosas heroicas que escribieron los poetas griegos y latinos.

CAPÍTULO XIII. *Donde se trata de la pacificación que estos tlaxcaltecas tuvieron, después de esta guerra dicha, con los huexotzincas, y se hicieron confederados con todas las demás naciones y provincias, y fueron prosiguiendo en sus poblazones por otras partes de la tierra*



UE ESTA BATALLA REFERIDA tan horrenda y espantosa para las orejas de todos los que la oían, que ya no tenían a los teochichimecas de Tlaxcallan por hombres puros y mortales, sino por dioses divinos revestidos de hombres en la apariencia. Por lo cual fueron tenidos y en grande manera reverenciados; y pareciéndoles a todos los reinos y provincias a cuya noticia llegó la fama de esta guerra, que hacerla con ellos era trabajar en vano y que su amistad sería más provechosa, determinaron de hacer paces con ellos, las cuales juraron con muy estrechos prometimientos; y los primeros que llegaron a este partido fueron los chichimecas y gentes que habían quedado en la poblazón de Huexotzinco y todos los otros conjurados que habían sido de la misma gente de esta dicha provincia de Tlaxcallan. Lo mismo hicieron los tepanecas, movidos y incitados de lo mucho que sus capitanes y soldados les dijeron haber visto en la refriega pasada. Lo mismo ofrecieron los culhuas y aculhuaques (aunque éstos siempre fueron amigos y confederados), los cholultecas, los tepeyaques, quauhquechultecas, itzyucanos y los quauhtinchantecas, totomihuaques, chochones, pinomes, tecamachalcas, quecholtecas, calimapes, tehuaques, cozcatecas, teotlitecas y de las provincias de los ulmecas tzacuhtecas, iztacimaxtlitecas, tlatlauhquitepecas, tetellacas, zacatepecas y, finalmente, otras muchas provincias, las cuales vinieron de paz y la tuvieron con estas gentes, en la cual permanecieron por muchos tiempos sin tener ninguna contienda ni refriega, y les trataban con mucha familiaridad y contrataban los unos con los otros con mucha afición y benevolencia. Habiendo pues este asiento con todas estas provincias y naciones, y no teniendo ocasión de hacerse guerra, tuvieron lugar de hacer sus poblazones en sus mismas provincias y de repartir sus tierras, haciendo sus límites y mojoneras según les pareció que a cada una provincia convenía, para lo cual señalaban ríos, sierras y cordilleras de grandes serranías, según les parecía convenir y conforme cada legión y capitanía lo merecía o podía caber en suerte, poblando en las mejores partes que podían y dándoles libertades según los más méritos y calidades de cada uno, y puestos en este cuidado fueron hinchendo la tierra con tanto crecimiento que en poco más de trescientos años, se dice que ocuparon la mayor parte de esta Nueva España, extendiéndose de mar a mar, desde la una costa del norte hasta la otra del sur, corriendo las tierras medias que hay hacia el oriente, donde se incluyen las provincias de Tabasco, Champoton, Yucatán o Campech y Cozumel hasta las Hibueras, quedando enmedio de estas referidas otras muchas provincias como son las de Cohuatzacualco,

Cempohuallan y Nauhtlan (que es donde llaman ahora Almería), Tonatiuhco, Tozapan, Papantlan, Achachalintlan, Sierra de Metztitlan y toda la Huaxteca de Panuco y otras muchas que callo. Todo lo cual se fue poblando de estos chichimecas y aculhuas y las demás generaciones o familias que decimos haber venido de aquellas partes del poniente por las jornadas y mansiones que de todas ellas en estos libros hemos ido contando.

CAPÍTULO XIV. *Que prosigue el discurso de la poblazón del reino y provincias de Tlaxcallan y de la división que de él se hizo*



STANDO LOS TEXCALTECOS en la pacífica posesión de sus tierras y reino tenían por señor y rey único, sin que reconociese a nadie vasallaje, a Culhuacatecuhtli Tepanecatl Quanez (que estos todos fueron sus nombres) el cual tenía un hermano llamado Teyohualminqui Chichimecatecuhtli y después fue llamado Cuicuitzcatl Teochichimecatl; y viéndose viejo y tan poderoso con las muchas gentes que regía y gobernaba, determinó de partir el reino con el dicho Teyohualminqui, su hermano; y así fue que Colhuacatecuhtli llamó a su hermano y delante de todos los señores que podían recibir parte de este caso le hizo entrega de la mitad de las gentes de su gobierno, encargándole los tratase como padre y a todos los tuviese por hijos. Lo cual Teyohualminqui recibió con mucha alegría y lo estimó como muy fiel y buen hermano. El cual, viéndose ya rey de la mitad del reino de Texcallan, bajó su casa a un sitio que se llamó y de presente se llama Ocotelolco, que quiere decir en el cerrillo del pino hecho a mano o en el altozano del pino, y la casa que en este lugar edificó la llamó Culhuacan en memoria de Teocolhuacan, que es la parte donde estas dichas gentes vinieron y por otro nombre se llamó Tecpancalli, que quiere decir los palacios reales o el alcázar y casas del señorío. El cual viéndose ya señor, sin relación a su hermano, comenzó a señorear y gobernar sus gentes con gran prudencia, como le conviene a aquel que de nuevo entra en algún señorío, porque de esta manera granjea y rinde las voluntades de todos; y fue tan astuto y sabio en aprovecharse de este consejo que supo avasallar los corazones más soberbios de los que al principio no gustaron de esta división, y sujetar y acariciar las voluntades de todas las demás gentes del pueblo; y fue de manera que en muy breve tiempo se hizo mayor señor que Culhuacatecuhtli su hermano, rey de Tepeticpac, olvidándose todos de Culhuacatecuhtli con las buenas obras y beneficios que de Teyohualminqui recibían. Pero no por esto los dos hermanos jamás se desavinieron, antes gozaban sus señoríos y reinos con mucha conformidad de entrambos. Dioles leyes en que viviesen y estableció la permanencia de su reino con otras muchas y buenas cosas.

Por muerte de Teyohualminqui, rey y señor de Ocotelulco, le sucedió en

el señorío un hijo suyo llamado Tlailotlac Tetzpatzin, por otro nombre Papalotl, que se llamó después Tlacatecuhtli, el cual siguiendo la bondad de su padre gobernó con grande benignidad sus gentes y vasallos sin ninguna discordia ni alteración, aunque en su tiempo hubo muchos acaecimientos, los cuales no refiero por evitar prolijidad y por pasar con priesa a dar razón y cuenta de la fundación y origen que tuvieron estas cuatro cabeceras de Tlaxcallan, habiendo sido en sus principios una sola. Este Tlailotlac Tetzpatzin, después de sus días, dejó en gobierno de la cabecera de Ocotelulco a un hijo suyo llamado Colhuateyohualminqui, que vivió muy poco tiempo; este Teyohualmininqui dejó otro hijo en su sucesión y señorío, llamado Acatentehua que ya entonces se llamaba esta parte de reino Culhuacan, Tecpan, Ocotelulco. Este príncipe y señor fue uno de los más belicosos y más temidos que hubo en aquellos tiempos porque demás de sustentar todo el señorío que su abuelo y padre le habían dejado, supo él por sí mismo darse tal maña que con su mucho saber hizo grandes asientos, fundó muchas parcialidades y entre todos los suyos tuvo tan de su mano todas sus voluntades que ninguno la hacía sin parecer ni gusto de Acatentehua. Hizo los grandes repartimientos de tierras, dioles muchas dádivas, usó con ellos de grandes franquezas y así se hubo en todos sus intentos que jamás le faltaron en cosa que pusiese mano. De esta manera pasó más de cincuenta años que tuvo de gobierno, al cual mataron, por cuya muerte pasó el señorío a otra familia que fue la conjurada para esta traición, como parecerá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XV. *De cómo mataron a Acatentehua, señor de la parte de Ocotelolco; y se dice cómo se introdujo en el reino y señorío Tlacomihua, hombre tirano, advenedizo de las partes de Chollulan que es de donde tiene origen la señoría y cabecera de Ocotelolco*



ARA PROSEGUIR CON MAYOR CLARIDAD en la historia que vamos contando de la fundación y progreso de la cabecera y señorío de Ocotelolco, hemos de tomar la corrida de más atrás refiriendo lo que en otra ocasión hemos dicho. Lo cual se entenderá sabiendo que cuando los chichimecas primeros vinieron poblando desde el lugar de Poyauhtlan, que es en las riberas de la laguna mexicana, después de aquella gran guerra que tuvieron con los tepanecas y culhuas y vinieron rodeando el volcán y poblando muchas tierras y provincias y dejando gentes en ellas con caudillos y capitanes muy principales que los rigiesen y gobernasen, quedaron en Chollullan pobladas muchas y copiosas gentes; y entre todos hubo muchos muy calificados de mucha cuenta y estimación, de los cuales a cabo de mucho tiempo que habían hecho allí su asistencia y habiendo pasado la guerra que movieron los huexotzincas y estos cholultecas con todos los

demás conjurados contra los texcaltecas y estando ya todos en paz y hechos de una alianza y conformidad, olvidados juntamente de todas las pasiones pasadas, determinaron algunas familias, de estas que habían quedado pobladas, de pasarse de esta ciudad y provincia de Cholullan a la de Texcallan, como parientes y deudos que eran suyos. Entre estos que vinieron de la ciudad de Cholullan fue uno muy principal y de muy esclarecida sangre, llamado Tecuhtotolin, el cual pobló en el barrio de Tecuitlizco. Y aunque a los principios se mostró humilde y sujeto y muy rendido a la voluntad de Acatentehua, rey y señor de esta parte de Ocotelulco, después con la sucesión del tiempo y más bríos que iba cobrando con la estimación que de él hacían, comenzó a quererse mostrar parcial y hombre que por sí mismo merecía todo el señorío de la cabecera. Verdad sea, que aunque trataba este pensamiento con su corazón no lo daba a entender a los otros. Lo uno, por hallarse obligado del rey que con mucho amor lo había recibido en su tierra y lo otro, porque no se hallaba con suficiente poder para ejecutar sus propósitos. Y aunque vivía con deseos de mandar, pasaba su vida obedeciendo en lo que se le mandaba; pero siempre fue ganando voluntades y acariciando corazones para ver si en alguna ocasión podía hacerse mayor de lo que era.

Con este deseo murió Tecuhtotolin y quedó en el gobierno de su familia Axochuamemeloc, hijo suyo, y por vivir también poco tiempo entró en la herencia de su casa su hijo llamado Tlacomihuatzin, el cual a cabo de pocos años que regía las gentes de su pequeño barrio no se contentó con verse señor de las gentes que su abuelo y padre le habían dejado, sino que quiso así como heredero de ellos poner en ejecución el mal propósito que su abuelo Tecuhtotolin había tenido de señorear toda aquella república. Para lo cual comenzó a mover plática de este designio, tratando con la gente común del pueblo muchas cosas contra el rey, diciendo que como era ya tan viejo (que pasaba de más de ochenta años) no gobernaba con aquella rectitud que había comenzado, ni era tan suave en sus palabras como convenía, ni trataba a los suyos con el amor que debía tener a sus hijos un buen padre. Éstas y otras muchas cosas decía Tlacomihua, sólo con ánimo y intención de irritar a los del pueblo contra el rey y moverlos a su propósito. Las cuales razones, como las refería una y muchas veces a todos los más que podía del pueblo, mostrándose como celador del bien que les importaba y suspirando falsamente los descuidos que fingía haber en el rey, movió las voluntades y ánimos de muchos a su mal intento (como otro Absalón en el pueblo de Israel contra su padre David), y comenzó a tratar con ellos de que el rey muriese.[1] Para lo cual él les daría favor y sería su capitán y caudillo. Y tanto pudo persuadirlos que pareciéndoles a los plebeyos que era la ocasión buena para matar a su rey, que decían ser tirano, no quisieron perderla ni dilatar punto su ya pensada conjuración. Los cuales alterados y puestos en arma (sin que esto se supiese de los deudos, parientes y familiares de este tan grande príncipe y señor) fue-

[1] 2. Reg. 15.

ron a su casa con mano armada fingiendo ir a visitarle, y levantando voz de libertad y hallándolo descuidado de tan gran traición le mataron, como los que acometieron a Julio César en el Senado, habiendo sido cuasi la misma conjuración de aquéllos la que éstos hicieron en esta ocasión.

Hecho esto fueron con mucha diligencia y cuidado antes que su traición fuese entendida a las casas de los más principales amigos y parientes de este desgraciado rey y a cuantos hallaron en ellas mataron; llevando a hecho todos sus hijos, sobrinos y más cercanos parientes que tenía, porque no quedasen reliquias de esta estirpe ni descendencia, recelosos de que en algún tiempo no hubiese quien pidiese esta traición y clamase por la venganza de ella. Esto parece lo que sucedió a Jehu cuando se hizo rey de Israel, que mataron todos los hijos del rey Acab, porque no quedase quien sucediese en el reino de su generación, aunque esto fue con diferente intento.[2] Ésta fue la muerte de este rey tan querido y amado de los suyos y en tanta ancianidad y vejez como la referida, cuya muerte, después que en la república se supo, causó grande espanto y alteración, y puestos en arma los que de ella no sabían andaban por las calles de la ciudad muy turbados y era tanto el alarido de las mujeres y niños que causaban en todos grande confusión. Estando pues todos en esta confusión dicha y dolor de la pérdida y muerte de su rey, los que comenzaron a querer tomar venganza de ella desistieron de su intento, pareciéndoles que era echar mal tras mal; porque en matar a todos los culpados era matar padres a hijos, hijos a padres y hermanos a hermanos y derramar toda la sangre patricida con guerras civiles, y considerando que ya lo hecho no tenía remedio dejaron el caso sin pasar más adelante.

Tlacomihua, que había sido el inventor de esta traición, trató luego de quedar por señor de la cabecera y señorío de Ocotelulco; y aunque es verdad que muchos de los que no consintieron en la muerte de su rey tampoco venían en este propósito; como eran muchos más los conjurados que lo habían recibido por su capitán, para aquel hecho, lo recibieron también para que en el señorío los gobernase; pero no por esto dejó de quedar en los otros fieles y leales contienda y baraja, sobre cuál de ellos había de entrar en el señorío de Ocotelulco; porque como el rey Acatentehua tuviese muchas hijas casadas con principales y señores de esta república, estaban los yernos amotinados de tal manera que queriendo cada cual reinar no prestaban consentimiento para que Tlacomihua reinase. Pero como el intento de este tirano era verse señor, no hizo caso de lo que estos caciques trataban, y como era mayor y más pujante su poder, fácilmente los hizo callar a todos. Y así se quedó con el gobierno y señorío, gozando en mucha paz y tranquilidad por muchos años y tiempo; el cual muerto le sucedió en el estado su hijo Xipincotlitzin Cuitlizcatl; y a éste le sucedió Atlapaltzin Cuitlizcatl, el cual vivió poco tiempo porque un hermano suyo, llamado Tlepapalotzin, lo mató. El cual muerto sucedió en el señorío Maxixcatzin, en cuyo tiempo vino Fernando Cortés y fue cristiano y leal amigo de los

[2] 4. Reg. 10.

cristianos, amparo y defensa suya, como en otra parte decimos. Esto dicho es el origen de los señores de esta segunda parte y cabecera de Tlaxcallan, habiendo comenzado la partición del reino en los dos hermanos referidos, y mediando el señorío en el tirano Tlacomihua y feneciendo en gentes de su descendencia hasta llegar a Maxixcatzin. Lo cual todo hemos dicho por deshacer la falsa opinión que algunos han tenido queriendo macular este linaje, diciendo que de gente baja y plebeya habían subido al señorío, siendo verdad como dejamos probado que de muy atrás son y han sido de muy noble y esclarecida sangre, que para ser gente principal no importa haber sido advenedizos, pues consta también que aunque vinieron de Cholullan a esta ciudad de Tlaxcallan, son los mismos que allí dejaron los que poblaron en ésta y todos deudos y parientes de una sangre y una familia.

Por concluir las cosas tocantes a esta cabecera y señorío de Ocotelolco digo: que del rey Acatentehua muerto a traición quedaron dos hijos pequeños, los cuales las amas que los criaban los escaparon de la refriega huyendo con ellos y disfrazándolos con vestidos y traje de mujeres pobres y viles, con huipiles y naguas muy rotas; los cuales llevaron a criar entre las gentes pobres que hacían su habitación en despoblados, por las heredades, campos y lugares más pequeños que hallaban para más asegurarlos. Los niños, que cuando perdieron el regalo de su padre eran muy pequeños y no supieron el caso sucedido, ni creían que tenían otro padre, ni otra madre más de aquellas mujeres que los criaban, después que llegaron a mayor edad y crecidos años, viéndose entre gente común y labradores, no gustaban de la vida que entre ellos pasaban, porque la sangre ilustre que les daba vida hervía y pugnaba por sacarlos de aquel humilde estado en que se criaban; y así les ofendía y daba gran enfado la rústica conversación del campo en que sus amas los entretenían. Y aspirando a cosas más altas porfiaron con ellas, pidiéndoles que los llevasen a partes de más concurso y donde hubiese ejercicios militares, y que si esto no querían, los llevasen a la casa de algún señor donde se ocupasen en su servicio. (Este caso parece el mismo de Rómulo y Remo su hermano, que siendo de linaje real no se hallaban en la vida con que los ejercitaba su madre loba, ni en los otros ejercicios humildes en que se criaban, hasta que llegaron a casa del rey Numitor, abuelo suyo.) Viendo las amas la instancia de los mancebos (aunque con muy gran temor de que siendo conocidos los matasen) acudieron a la petición que les hacían y fueron traídos a la casa de un señor llamado Totzcopile, y fue su ventura y suerte tal que habiendo compasión de ellos este señor los recibió en su casa, y sabiendo de secreto que eran los hijos del rey, que sus amas habían escapado, hizo de ellos mucha cuenta y tratólos con gran cuidado, y aunque no pudo restituirlos en el reino, introduciéndolos en él de todo punto, hizo que les diesen alguna parte de sus tierras y señorío por vía de concierto, quedándose por señor absoluto Tlacomihua. Y estos dos señores, aunque hijos de rey, fueron vasallos de este tirano por no tener poder ni gente para hacer la guerra. El asiento de esta cabecera es una ladera o loma de cerro que parecía desde lo bajo

y desde lejos ni más ni menos que la ciudad de Granada, en España (mirada por aquella parte que viene de Archidona) y hace esta parte de ciudad muy agradable vista y adorna mucho a la demás poblazón de la ciudad. Aquí en este barrio era la mayor fuerza de Tlaxcallan cuando los españoles vinieron. Aquí también había una grande plaza donde cada día se hacía un grandísimo mercado, aunque ahora se ha pasado a lo llano, la cual está cercada de muy lindas y bien labradas casas y las del mismo Maxixcatzin. En ella este capitán, en su primer sitio, tenía muy grandes casas y muchos y muy buenos aposentos, y en una sala baja tuvieron los frailes de San Francisco su iglesia por espacio de tres años, hasta que se pasaron a su monasterio, y en esta iglesia tomó posesión después el obispo primero don Julián Garcés, para la iglesia catedral y llamóla Santa María de la Concepción.

CAPÍTULO XVI. *Del progreso y sucesión del señorío y cabecera de Tepeticpac después que Culhuacatecuhtli partió el reino con su hermano Teyohualminqui*



ESPUÉS QUE COLHUACATECUHTLI QUANEZ hubo partido el reino de Texcallan con su hermano Teyohualminqui, quedóse en la parte alta que había escogido para sí, gozando del sosiego y quietud que tenía por el menos cuidado que ya le daban las cosas del gobierno. Y de esta manera pasó algunos años hasta que murió, cuyo entierro y obsequias fueron muy celebradas de los suyos; al cual sucedió en el estado un hijo suyo, llamado Texcallihuehue, y porque no sabemos las cosas que en tiempo de éste pasaron, dejamos pasar su señorío y decimos que después de su muerte entró en él Pantzintecuhtli su hijo, al cual Pantzintecuhtli sucedió Cocotzin, y a Cocotzin otro hijo suyo llamado Teiztlacohuatzin, y a éste sucedió Umacatzin, el cual vivió poco tiempo porque como hombre belicoso que era no sólo no se contentó con la paz que tenía, pero salió a buscar guerra y en la entrada que hizo con su gente murió en ella. Otros dicen que murió en un rencuentro que tuvo con los mexicanos, al cual sucedió en su señorío un hijo suyo llamado Tlehuexolotzin, por otro nombre Tlacazcallitecuhtli. Reinando éste en su cabecera con feliz y próspero estado llegó Cortés, en cuyo tiempo se ganó y conquistó la tierra; y con lo dicho damos fin a lo que restaba de decir en el capítulo pasado de lo que faltaba de la segunda parte en que se dividió este primer reino de Texcalticpac.

FUNDACIÓN DE LA CABECERA Y SEÑORÍO DE QUIAHUIZTLAN, LLAMADA POR OTRO NOMBRE TLAPITZAHUACAN



STA TERCERA PARTE DE SEÑORÍA, que hubo en esta república texcalteca, fue fundada por los señores chichimecas que se apartaron de los llanos de Poyauhtlan cuando los que fundaron este reino vinieron a dar a él por las faldas del volcán, de los cuales estos dichos señores y chichimecas se apartaron y comenzaron a hacer su jornada por estotra banda o parte del norte, que habiendo pasado por la gran ciudad de Tetzcuco hicieron su alojamiento primero en un lugar, una legua de ella, llamado Tepetlaoztoc, donde hallaron muchas y muy grandes cuevas donde meterse y estuvieron en aquel lugar por algún tiempo. Y, habiendo habitado estas cuevas algunos días, pasaron adelante casi los más de ellos y llegaron al sitio donde es la ciudad de Tlaxcallan; y viendo que ya todo estaba poblado y repartido, conociendo cada cual lo que tenía de parte, llegaron a besar las manos al rey Culhuacatecuhtli Quanez pidiéndole les acomodase en alguna parte de aquella tierra que ya reconocía por suya. A los cuales Colhuacatecuhtli recibió muy bien como a gente que era de su misma parentela y familia y, acudiendo a su justa petición, les dio sitio y tierras donde cómodamente poblasen y así lo hicieron, reconociendo por suyo el lugar que habían tomado; cuyo primer señor y príncipe que los trajo y acaudilló fue llamado Mizquitl. A éste le sucedió Timaltecuhtli y a Timaltecuhtli, Tozcoyahuatecuhtli y a éste, Cohuatzintecuhtli y a este Cohuatzintecutli, Quetzalxiuhtzin. Por muerte de este señor hubo discordias en este señorío, queriendo muchos de los más principales introducirse en el gobierno; por lo cual tuvieron muchas y muy grandes diferencias y casi llegaran a las manos si de conformidad todos no desistieran del derecho y acción que cada uno alegaba tener al dicho gobierno y señorío; y de común consentimiento y acuerdo eligieron a un caballero llamado Zacancatzin, que era de la señoría y cabecera de Ocotelulco, señor de un barrio llamado Contlantzinco; el cual Zacancatzin era por vía de la madre de aquella misma cabecera de Quiahuiztlan, la cual fue mujer del señor de este dicho barrio de Contlantzinco. Y estando descuidado Zacancatzin de esta elección y muy a la mira en lo que sucedía a los caciques y principales de aquella señoría, vinieron por él y lo llevaron para que los rigiese y gobernase. Lo cual Zacancatzin aceptó en conformidad de toda su república y fue señor de ella dos años; por cuya muerte sucedió en el señorío Iyactzinteohuatecuhtli, que también vivió poco en el gobierno, por cuyo fin y muerte entró en él Citlalpopocatzin, que fue el último en cuyo tiempo llegó Cortés a Tlaxcallan.

en éste hallaron los nuestros a Xicotencatl tan viejo que cuasi ya no veía, y cuando salió a recibir a Hernando Cortés, salió en brazos de dos caballeros de su casa y para poderle ver le levantaron los párpados de entrambos ojos, porque con la mucha vejez los tenía muy caídos sobre ellos; y cada vez que había de ver algo era lo mismo. El cuarto y último el de Quiahuiztlan, fundado por los chichimecas y señores que después vinieron por la parte del norte. En este orden y manera de república se conservaron y gobernaron mucho tiempo, haciendo sus entradas y guerras, ofendiendo a los que querían ofenderlos y quitarles sus tierras y defendiéndose cuando querían entrarles por ellas. Y aunque eran cuatro señores los que gobernaban esta grandísima provincia, era de manera que no parecían cuatro en la voluntad sino sólo uno. Y aunque para las cosas particulares cada cual regía y mandaba a los suyos, para las generales y de república todos cuatro juntos las determinaban; que no es poca cordura ni menos prudencia, lo cual en estos señores debe ser alabado como lo es en otros que rigen y gobiernan otras señorías del mundo. Es esta provincia de Tlaxcallan una de las más principales de toda la Nueva España y denomínase toda ella del nombre de la dicha ciudad, por ser costumbre denominarse toda la tierra de una provincia del nombre de la ciudad más principal de ella; y ha sido costumbre de esta tierra llamar a un pueblo grande, y que tiene sujetos otros menores, provincia; como también en otro tiempo al señor de un pueblo o ciudad le llamaban rey, como parece en el *Génesis*;[1] y de estos reyecitos venció Abraham cuatro, saliendo a ellos con trescientos y diez y ocho criados, como parece en el mismo capítulo. De esta misma manera llamaban en esta Nueva España (y de presente se usa llamar provincias) a los pueblos grandes, aunque incluían en sí muy poco término y distrito de tierra y reyes a sus poseedores. Pero Tlaxcalla era muchísima la gente que tenía (como ya hemos visto) y corrían sus términos y aledaños de oriente a poniente, quince leguas y de norte a sur, diez. Esta ciudad con toda su comarca es fertilísima y cógese en ella grande abundancia de maíz y otras legumbres, que esto quiere decir Tlaxcallan, tierra de pan, como otra de Bethleem. Cógese en ella mucha suma de grana. Hay un mercado o tianguiz, de ocho a ocho días los sábados, de mucho gentío, donde concurre gran parte de la tierra y se rescatan muchas arrobas de grana. Los indios de esta ciudad y provincia son amicísimos de flores, más que todos los otros de otras partes, y así gastan muchísimas los sábados, traídas de otros pueblos de más de doce y veinte leguas de allí; y es en tanto número, que me certificaron un sábado de ramos, que se habían gastado en flores aquel día cantidad de seiscientos pesos.

Tiene a la parte del oriente más inclinada al mediodía una sierra muy alta que comienza a dos leguas de la ciudad y otras dos de subida hasta lo alto; es toda su montaña de pinos y encinas; los más de los años cúbrese su corona de nieve, por navidad, la cual la tiene pelada. Es esta sierra redonda y tiene de cepa y ruedo más de quince leguas y casi toda ella es

[1] Genes. 14.

término de Tlaxcallan. En esta sierra se arman los nublados y de aquí salen las nubes que riegan a Tlaxcallan y pueblos comarcanos y la más cierta señal que tienen por aquella tierra, de que ha de llover, es ver tocada esta sierra de alguna nube y así tienen por infalible el agua. Comenzaban a cuajarse las nubes (y ahora es lo mismo) al tiempo de las diez hasta mediodía, y de allí a vísperas comienzan a repartirse unas hacia la ciudad y otras hacia la de los Ángeles, que cae al mediodía y otras a la de Huexotzinco, hacia el poniente, inclinada al mediodía; y de esta manera reparte Dios el agua por todas aquellas tierras y tan cierta es en poniéndose la nube que no hay duda.

Por esta razón los indios, antes que los españoles viniesen, tenían este lugar por deífico y hacían gran reverencia al demonio en él; porque toda la tierra, a la redonda, venía aquí a demandar agua, y el año que faltaba eran muchos los sacrificios que en ella se hacían. Adoraban en esta sierra la diosa llamada Matlalcueye, que quiere decir saya o faldellín azul; y debe de ser la razón por estar rodeada la sierra de montaña, la cual está azuleando de lejos con los humos de la tierra que la cercan, y tener descubierta la corona y pelada por no hacer en la cumbre montaña, y así la llamaron la diosa del faldellín azul; y también porque como la invocaban para las lluvias y el agua es azul o cerúlea, por eso le llamaron Matlalcueye, tomando la denominación de una flor azul, llamada matlallin.

CAPÍTULO XVII. *Donde se trata de los mayorazgos y casas solariegas que estos señores tenían y cómo se fundaban; y los tributos y maneras de reconocimiento que los menores de estas familias hacían a las dichas casas*



UNQUE SE FUNDÓ EL REINO y provincia de Tlaxcallan por la manera ya dicha (conviene a saber) por los cuatro señores que la regían y gobernaban, no se ha de entender que no solos estos cuatro tenían vasallos a quien mandar y de quien recibir tributos; porque aunque se reconocían por mayores que todos los demás había otros que, aunque eran menores que estos cuatro, tenían sus tierras, juros y heredades y gentes que los servían, por razón de que cuando vinieron estas gentes a poblar este sitio de Texcallan vinieron muchos capitanes, caudillos, maestros de campo y otras muy calificadas personas que en sangre y nobleza eran muy iguales al primer capitán que fue rey de todos. Y así fundaron pueblos y familias, cada cual a parte y en la tierra que les cupo, según la división que atrás dejamos hecha. Pero todos éstos, aunque eran señores de vasallos, tenían reconocimiento cada cual a su mayor, como acontece en los reinos de España, que habiendo un rey que rige y gobierna toda la universal monarquía de su reino, tienen sus tierras a su sombra y amparo muchos duques, condes y marqueses, que siendo señores en los pueblos y tierras que poseen (y por

tales los sirven sus vasallos). Estos señores así servidos y reconocidos, sirven y reconocen al rey, en cuyo reino tienen sus señoríos.

Estos señores referidos tenían (como dejamos dicho) sus mayorazgos en pueblos y en ellos sus casas solariegas; los cuales tenían reconocimiento a las casas mayores de donde procedían. Como si dijésemos de la que se fundó en Tepeticpac, que fue la primera a la cual acudían los demás señores con reconocimiento, respetando al que lo era de aquel lugar como a rey; y después que se dividió en dos partes este reino fueron los menores dividiéndose y acudiendo a reconocer al señorío de Tepeticpac y al de Ocotelolco, que fueron las dos partes en que se dividió, y así se ha de entender de las otras dos, llamada Tizatlan una, y la otra Quiahuiztlan. Porque de cada casa de éstas procedían muchos mayorazgos que llamaban tecuhtles, que quiere decir caballeros y señores, los cuales fundaron casas que llamaban pilcalli, que es como decir casas solariegas de principales hombres, caballeros y hidalgos, los cuales, aunque al presente han llegado casi todos a ser muy pobres (por lo mucho que de ellos carga y el poco favor que tienen) son tenidos por muy calificados y no usan oficios mecánicos ni tratos bajos ni viles, ni jamás permiten que algún otro los cargue, ni haga trabajar en labranzas, diciendo que no lo heredaron de sus pasados.

Y para mejor entender la substancia de este capítulo, según lo que vamos tratando, es de notar que cualquier capitán o tecuhtli que fundaba una casa solariega o vínculo de mayorazgo (que es el teccalli dicho o pilcalli por otro nombre) tomaba para la casa principal, donde este dicho mayorazgo se fundaba, todas aquellas tierras que le caían en suerte o por repartimiento con montes, fuentes, ríos y lagunas; tomando (como decimos) para la casa principal, la mayor y mejor suerte o pagos de tierra que en su contorno había; y luego las demás que quedaban se partían por las gentes que eran de su servicio y vasallaje (conviene a saber) sus soldados, amigos y parientes, y entre estos todos se repartía todo muy igualmente. Todos éstos estaban obligados (y si algunos hay hoy lo están de presente) a reconocer la casa mayor y acudir a ella así a repararla como a hacerla de nuevo, siendo continuos en ella con reconocimiento de aves, casas, flores y ramos para el regalo y servicio de este señor mayorazgo; y el que lo es, está obligado a regalarlos y acariciarlos y darles de comer en su casa, como amigos y familiares y parientes que son de ella. Y así se llaman estos tales teixhuihuan, que quiere decir, los nietos de la casa solariega de tal parte. De esta manera se hicieron todos los repartimientos en sus principios, así entre los cuatro señores mayores como entre estotros que llamamos menores, a los cuales se les debe dar muy justamente título de marqueses, duques y condes, porque como estos señores son servidos de sus vasallos, lo eran estotros también de los suyos, y con tanta abundancia, respeto y reverencia, que dejándolos de servir como a hombres, casi los adoraban como a dioses. Y de esta manera fueron haciendo sus poblazones y los vasallos reconociendo a sus señores con tributos y pechos de las cosas que criaban y cogían. Y por este orden vinieron a ser muchos de ellos señores de muchas gentes y vasallos, y todos juntos ennoblecieron esta insigne poblazón de la

ciudad de Tlaxcallan y toda su provincia. La cual fundada por esta manera se conservó en paz y concordia, así entre sí, como con todas las otras provincias comarcanas, grandes tiempos, y se trataban y comunicaban en gran conformidad con todos y atravesaban los unos y los otros todas las tierras, provincias y reinos que querían, yendo a contratar del un mar al otro y de oriente a poniente, por todas las partes que estaban pobladas; muchas de las cuales lo estaban de estas gentes y traían por rescate de lo que llevaban oro, cacao, algodón, ropa, miel, cera, pluma rica de pájaros, papagayos y otras riquezas que mucho estimaban. Y fue este comercio tan abundante y continuo que vino a ser el reino de Tlaxcallan uno de los mayores que hubo en estas partes de este nuevo mundo, hasta que por su grandeza y majestad vino a ser enviado de las provincias vecinas y comarcanas, como después en el discurso de esta historia diremos cuando comiencen las gentes a rebelarse de veras los unos con los otros y el imperio mexicano quiera sujetar esta ilustre y célebre república, como decíamos en el segundo libro.

CAPÍTULO XVIII. *De la señoría de los totonacas y cómo comenzó y de los señores que tuvo*



LOS TOTONACAS (que es una gente diferente en la lengua, que los mexicanos y fueron los que recibieron en Cempoala y Quimichtlan a Fernando Cortés) están extendidos y derramados por las sierras que le caen al norte a esta ciudad de Mexico. De su origen dicen que salieron de aquel lugar que llamaron Chicomoztoc o siete cuevas, juntamente con los xalpanecas y que fueron veinte parcialidades o familias, tantos de unos como de otros; y aunque estaban divisos en las parcialidades eran todos de una lengua y de unas mismas costumbres. Dicen que salieron de aquel lugar dejando a los chichimecas allí encerrados, y ordenaron su viaje hacia esta parte de Mexico y llegados a estas llanadas de la laguna pararon en el puesto donde ahora es Teotihuacan, y afirman haber hecho ellos aquellos dos templos que se dedicaron al Sol y a la Luna, que son de grandísima altura (como en otra parte decimos). Estuvieron allí por algún tiempo, y después o no contentos del lugar o con ganas de pasarse a otros, se fueron a Atenamitic que es donde ahora es el pueblo de Zacatlan; de aquí se pasaron más abajo cuatro leguas, entre unas sierras muy ásperas y altas, para mejor defenderse de sus enemigos, y aquí comenzó su primera poblazón y se fue extendiendo por toda aquella serranía por muchas leguas, volviendo al oriente y dando en las llanadas de Cempoala, junto al puerto de la Vera Cruz, poblándose toda aquella tierra de muchísimo gentío.

Estos totonacas, situados en Mizquihuacan, fueron gobernados por una sola cabeza y gastaron en nueve edades y vidas de otros tantos señores, tiempo de ochocientos años, gobernando cada uno de estos gobernadores

ochenta años, no más ni menos; que parece que es caso que pide nota y particular consideración, y esto es cosa muy cierta y averiguada y probada con historias muy auténticas y fidedignas. El primero de los que llegaron a este puesto de Mizquihuacan (que se llama San Francisco) que vino por caudillo y señor supremo de estas gentes, a quien toda esta provincia (que era muy grande) reconocía por señor con particular servicio y tributo, fue llamado Umeacatl, el cual gobernó ochenta años poniéndolos en muy gran policía y sustentándolos en paz y en justicia, y a los veinte de su gobierno comenzó una hambre (cuasi como la de Egipto) que duró por tiempo de cuatro años, de la cual resultó pestilencia tan grande que morían en grandísimo número y tan sin él que todas sus regiones y pueblos eran en continuo hedor y los aires estaban en gran manera inficionados y eran tantos los muertos que apenas quedaron algunos vivos y donde quiera que les cogía la muerte se quedaban sin sepultura porque no había quien los enterrase. De este señor se dice que no murió, pero que entrando en un temazcal (que es baño) allí se desapareció, y aunque más diligencias se hicieron no bastaron porque nunca más pareció.

Desaparecido este señor entró en su lugar y tomó el gobierno un hijo suyo llamado Xatonton, en cuyo tiempo parecieron en los términos de sus tierras, por la parte del poniente, los chichimecas (gente que toda esta tierra llegó a temer en extremo), los cuales hicieron asiento en un lugar llamado Nepoalco, seis leguas de la cabecera y lugar principal de esta señoría y llamóse Nepoalco porque allí se contaron. Estos dichos chichimecas tuvieron comunicación los unos con los otros y comenzaron a tratarse como gente vecina y que partía términos; y como viese este señor que los chichimecas eran una gente desnuda y pobre quiso en señal y demonstración de caricia vestirlos y así les ofreció mantas y vestidos a su modo y como solían usarlos en aquellos antiguos tiempos; también les hizo algunos convites y banquetes, administrándoles en ellos carnes de diversos animales y aves cocidas y guisadas; pero como los chichimecas no estaban acostumbrados a semejantes potajes, por ser su mantenimiento carne cruda, no las comían, antes, en gustando algo guisado lo echaban de la boca como cosa desabrida y desacostumbrada a su gusto. Murió este señor en la amistad de estos chichimecas, habiendo gobernado otros ochenta años, como su padre, y no dejó más noticia de su gobierno; y así fue enterrado en un honroso sepulcro que él, poco antes que muriese, había mandado hacer con este propósito de enterrarse en él, él y todos sus descendientes, lo cual dejó mandado como en cláusula de testamento, y fue precepto inviolable que todos sus futuros descendientes guardaron.

Este Xatonton, segundo señor de esta señoría de los totonacas tuvo tres hijos: el uno llamado Tenitztli, el tro Ichcatzintecuhtli y el tercero Itecupinqui. El primero, llamado Tenitztli, le sucedió en el señorío de Mizquihuacan, que era la cabeza de esta señoría; pero porque los otros dos no quedasen destituidos y desheredados le dio a Ichcatzinteuhtli el gobierno de un pueblo, llamado Macuilacatlan, una legua más abajo de este nombrado, la tierra adentro, que ahora se llama Ahuacatlan. Y al tercero, llama-

do Itecupinqui le dio otra parte del dicho señorío llamada Tianquizolco, que por otro nombre se llama Quiahuiztlan (llamóse Tianquizolco porque allí era el lugar del mercado y ahora está todo despoblado porque se juntaron al sitio de Ahuacatlan); éstos, después que fueron sujetos al imperio mexicano, no le reconocían con más que con flechas y arcos y macuahuitl (que son macanas) y adargas.

A este Xatonton, que fue segundo señor de estos totonacas, sucedió Tenitztli, hijo del pasado y nieto del primero, y gobernando ochenta años, como su padre, murió sin saber qué decir de su tiempo, por no haberle sucedido nada, el cual gobernó su pueblo en suma paz y tranquilidad. A éste sucedió un hijo suyo llamado Panin, el cual murió con el mismo sosiego que su padre, habiendo gobernado otros ochenta años, como él. Sucedióle un hijo suyo llamado Nahuacatl y murió a los ochenta años de su gobierno, y entró en la herencia y gobierno de este señor un hijo suyo llamado Ithualtzintecuhtli. En tiempo de este señor se les ofreció una guerra con los de Tecpanquimichtlan, los cuales fueron enviados y aun muy bien cohechados y pagados por los tzauhtecas y iztacimaxtitlantecas, que son sus convecinos aunque algunas leguas apartados, a la parte del oriente de esta señoría, y resistióles con tanta valentía y ánimo que los venció, y los que parecía que venían por lana volvieron trasquilados; y así murieron todos en sus manos y apenas quedó de ellos quien pudiese ir con las nuevas de esta su tan grande ruina y pérdida. Gobernó ochenta años, como sus pasados y murió cumplido de malos días, yendo a contarlos al infierno y fue enterrado en el sepulcro y monumento de sus padres. A este cacique siguió un hijo suyo llamado Tlaixehuatenitztli y gobernó ochenta años y sin más memoria murió. A éste sucedió su hijo llamado Catoxcan, que vivió en paz y murió a los ochenta años de su gobierno.

Este señor dejó dos hijos, los cuales le sucedieron en el gobierno, llamado el uno Nahuacatl y el otro Ixquahuitl, los cuales ambos a dos (no cediendo el uno al otro ni reconociendo mayoría ni menoría) juntos mandaban; pero cuando las cosas van así nunca parece que tienen buenos fines; porque una vez o otra se han de descomponer, porque no consiente igual el mando, como vemos en Rómulo y Remo y en otros infinitos (de que hacemos larga relación en esta historia). Y así fue que aunque estos dos eran hermanos no curaron mucho de las leyes de hermandad y siendo entrambos casados se hicieron traición el uno al otro; y de aquí resultó perder entrambos sus señoríos, porque luego se partió en bandos el pueblo, favoreciendo cada cual al señor que le estaba más aficionado, y haciéndose guerra el uno al otro, se ausentaron de su pueblo y el hermano menor llamado Ixquahuitl, desbaratado del motín fue a dar a un pueblo llamado Ocotlan y allí casó y tuvo hijos y pasó a Xoxopanco y allí casó otra vez y tuvo también hijos y señorío y gobernó aquella gente el tiempo que vivió. Muriendo éste dejó su señorío a un hijo suyo llamado Quatemazatl y éste tuvo un hijo que fue bautizado en la introdución del santo evangelio en estos reinos y se llamó don Miguel. El mayor de estos dos hermanos también desamparó el pueblo de su señorío y se fue a otro de otra provincia y asentó

con el señor de ella y casó y tuvo hijos y acabó sus días dejando un hijo en esta totonaca.

Pues viéndose los totonacas entre sí divididos y ausentes sus señores por las guerras que entre sí tuvieron, ellos también se ausentaron y repartieron los más de ellos por diversos pueblos de aquella provincia, y como ya en estos tiempos se habían acercado los chichimecas a estos sitios y estaban muchos de ellos revueltos con ellos, en el lugar que de presente se llama Zacatlan y en otro tiempo se llamó la provincia de Tenamitic y, viendo las revueltas de estas gentes, se metieron por sus tierras como por tierras sin señor ni dueño, y hízose señor de ellos uno de estos chichimecas llamado Xihuitlpopoca y desde entonces los trataron estos chichimecas como a vasallos y sujetos, haciendo en sus términos y tierras sus sementeras, aunque de pocos años acá, habiendo alegado ser otra nación diferente de esta dicha, se les han substraído por autoridad del virrey que tiene a cargo el gobierno de indios y españoles y han elegido sus alcaldes a pesar del gobernador y cabildo de los de Zacatlan, que son a cuyo gobierno estaban.

De este Xihuitlpopoca dicen los indios que no tuvo padre, porque aunque fue verdad que su madre fue casada con un señor llamado Chalchiuhtzin, él certificó que no había tenido acceso a la dicha su mujer y que no sabía cuyo hijo fuese. De este mozo se dice que a los tres años que nació se hizo varón perfecto y tomó el gobierno de la señoría que los totonacas hermanos habían perdido, habiéndola sustentado sus antecesores y pasados por tiempo y espacio de ochocientos años. También dicen de él que variaba las formas de su persona, porque unas veces parecía niño, otras hombre, otras mujer, otras viejo y finalmente se transformaba como se le antojaba. Esto no es verdad en su propria persona porque estas transformaciones, real y verdaderamente, no se pueden hacer humanamente, ni por virtud del demonio (como en otra parte decimos) sino con poder divino, y si algo de esto pareció así, como se dice, sería en cuerpos fantásticos y fingidos y con ilusión y engaño del demonio, que para hacer estos fingimientos todavía le quedó virtud; porque en lo natural (como dicen los teólogos) no le fue quitado nada y se quedó con las mismas calidades con que fue criado y sabe hacer estas cosas por esta virtud dicha, con permiso que Dios le da para ello, y con esta autoridad, que parece tener, hace éstas y otras semejantes cosas, y que no tuviese padre es fingimiento o embuste suyo o de los que lo inventaron.

A este señor, dicen que se le ofrecían en tributo corazones de hombres, los cuales (y mucha sangre que vertían) tenía por su ordinaria comida. Dicen que pronosticó la venida de los españoles a esta tierra y con temor de verlos se desapareció y nunca más le vieron. Sucedióle a éste, Motecuhzuma, principal señor entre los chichimecas; y a éste sucedió Quauhtlaebana y fueron sujetos de los mexicanos después, y aunque se quedaron con su señorío tributaban al imperio; y con esto tuvo fin sin esta señoría totonaca y de esta manera los halló Fernando Cortés cuando llegó a sus costas y saltó en tierra y le recibieron los de Cempoala, que eran gente de esta nación como en otra parte decimos.

Lo que parece que podía hacer dificultad en esta historia es oír que todos los que gobernaron esta familia la poseyeron tiempo de ochenta años como si tuvieran hecho pacto y concierto con la vida, para que ni fuera más ni menos; y aunque esto que a otros puede hacer dificultad, también a mí me pone en admiración y maravilla. Con todo digo que así lo averigüé con los mismos indios totonacas y entre ellos hubo uno que si fuera en el tiempo de su infidelidad heredara el señorío (el cual se llamaba don Luis y vivía el año de mil seiscientos, que fue cuando yo hice esta averiguación en aquella provincia), y tenía el viejo entonces tres o cuatro años más de ochenta, porque nació el año de umecalli y los españoles vinieron el año antes, que fue el de diez y nueve que ellos contaban ceacatl; y me dijo esto este indio, certificando que así era, que su padre había gobernado los ochenta años y que el mismo año que los españoles entraron fue bautizado, y según esto debían de vivir mucho estos señores y aún ahora me dicen que vive este indio don Luis y que está en su pueblo y débesele de dar crédito, porque siendo esta gente por la mayor parte de tan poca cuenta, que nunca se curan de sus años y los dejan pasar sin ella, éste la tuvo y dice que su padre le dijo que si en algún tiempo le preguntasen por su edad le decía el año en que había nacido para que diese razón de ella. Yo no tengo otra para probar lo que digo y así cada cual crea lo que le pareciere, que yo me persuado a que debe de ser verdad; y si se me admite un pensamiento que se me ofrece en esto, digo: que lo que entiendo en esto es que todo el tiempo de la vida y gobierno de estos señores sería de ochenta años y que no vivió ninguno menos tiempo que éste y esto lleva mejor camino y va menos escrupuloso.

CAPÍTULO XIX. *De la ciudad de Cholulla, su sitio y poblazón, templos y altares*



LA CIUDAD DE CHOLULLA está cuatro leguas desviada de la de Tlaxcallan, en contra suya, a la parte de mediodía; y era después de Tlaxcallan la principal señoría, aunque primera en religión, porque era la que en esto más se esmeraba entre estos indios. Está sentada en un muy grande y espacioso campo y se divisa de toda aquella comarca. Era su poblazón mucha y los que quieren darle número, cuando entraron los españoles, dicen que tenía más de cuarenta mil vecinos esta ciudad; y es así porque sola la ciudad tenía veinte mil casas y otras veinte mil estaban repartidas fuera, en lo que llaman estancias y aldeas. Fue la madre general de la supersticiosa religión de esta Nueva España. Veníase a ella de ciento y ducientas leguas en romería, de todas aquellas gentes de reinos y provincias convecina; y en ella ofrecían sus ofrendas y sacrificios y cumplían sus votos y promesas, conforme ellos entonces sentían de su falsa e idolátrica adoración; y ésta fue una de las razones porque teniendo por deífico aquel

lugar, todas las gentes de esta tierra ordenaron todos los señores de ella tener en él un templo y así los había muchos y muy sumptuosos, y junto a cada uno de ellos las casas del señor, cuyo templo era. Enmedio de esta gran poblazón se comenzó aquel gran cu y altar que se quedó comenzado como la Torre de Babel. Es un edificio tan grande que admira haber de creer que a mano se hubiese hecho; porque considerado y visto es un cerro muy grande que debe de tener de ruedo y falda más de un cuarto de legua y de alto bien más de cuarenta estados; fue hecho de adobe y piedra, todo puesto por muy gran concierto; y aunque luego que lo iban haciendo y levantando debía de estar con forma de relejes y gradas bien concertado ahora no las tiene; pero échase bien de ver que en otro tiempo las tuvo. Está de presente a manera de cerro natural, lleno todo y cercado de yerba y otros matorrales y plantas. El intento que tuvieron en hacerle debió de ser mostrar la grandeza de su poder y que pues el lugar era deífico, le hiciesen altar tan alto que pareciese que de él podía ser fácil subir al cielo. Esta obra no llegó a colmo y así se quedó en sus cimientos, que según su traza, sin duda lo eran para un muy gran edificio. En este lugar pusieron los religiosos de San Francisco (que son los que desde sus principios los han doctrinado e industriado en la fe y ahora los administran los santos sacramentos y doctrina cristiana) una cruz luego que entraron en el, hasta que edificaron en el mismo lugar una ermita de la vocación de Nuestra Señora de los Remedios, que es ahora de mucha devoción y se va a decir misa a ella todos los sábados, donde concurre mucho número de gente a los oficios.

Eran los edificios de estas insignes casas de cal y canto y no sé de cierto si por entonces usaban el ladrillo; pero sé decir que ahora son todas sus portadas de él y muy bien labradas. Tenían las torres en suficiente distancia, altas, muy blanqueadas de cal y yeso. Tiénese por muy cierto y averiguado que tenía tantos templos como días tiene el año. Había en cada uno de ellos una torre y en algunos dos y muy altas. De éstas torres se contaron en su principio cuatrocientas y sobre todas era señalada la del templo mayor. Ver por defuera esta ciudad, viniendo de Tlaxcallan y de otras partes que pueda descubrirse, era de grandísima recreación por estar tan torreada, almenada y cercada de tan vistosos y hermosos edificios. Sus calles fueron y son de las mejores, así en ancho como en largo de cuantas ciudades tiene el mundo; no tuercen en ninguna manera, sino que comienzan derechas y acaban con el mismo orden que comenzaron; y aun ahora, que no debe de tener siete mil vecinos (y faltándole la hermosura de aquellos sus grandes templos y torres, que memoria de todo esto no ha quedado) parece tan linda y tan ordenada que es de recreación descubrirla por cualquier parte que se parezca, por sus buenos edificios, aunque todos bajos y mucha frescura de arboleda con que está adornada. Afirmaron muchos de los nuestros, cuando entraron en esta ciudad, que tuvieron por relación verdadera que se sacrificaban cada año seis mil criaturas de ambos sexos. Gobernábase entonces por un capitán general, elegido por la república con el consejo de seis nobles. Asistían a este consejo también sacerdotes, por-

que ninguna cosa se emprendía que primero no se tratase por vía de religión; por lo cual llamaban a esta ciudad el santuario de todos los dioses. Cógese en su distrito mucha cantidad de cochinilla. Los campos son muy fértiles para todo género de sementeras y ganados. Los hombres y mujeres son de muy buen tamaño y parecer; y ellas, dadas al trabajo mujeril de hilar y tejer (y no a ser plateras y entalladoras, como Francisco López de Gómara dice, aunque es verdad que muchas usan el trato de la mercancía y andan de mercado en mercado vendiendo ropa; y otras hacen cucharas y otras cosas de concha, pero éstas son muy pocas; y esto no lo oí como Gómara, pero helo visto con mis proprios ojos). Había entonces grandes mercaderes que contrataban muy lejos y ahora casi todos lo son, aunque no de tanto grueso. La gente pobre vestía de nequén, que es la tela gruesa y basta que se hace del maguey y los ricos vestían de algodón, con orlas labradas de pluma y pelo de conejos, aunque ahora todos visten bien, porque todos tienen sus inteligencias así entre españoles como entre indios, dentro y fuera de la ciudad. Hallaron los castellanos en esta ciudad pobres mendicantes, cosa hasta entonces no vista en toda esta Nueva España en otra parte, y entendióse que iban en romería por la devoción de los templos. Su mayor dios era Quetzalcohuatl, que quiere decir culebra de plumaje (y no dios del aire, como dice Herrera) aunque era dios del aire (como decimos en otra parte). Era grandísima la contratación de diversas cosas que había en esta ciudad; y lo que causó mayor admiración a los castellanos, en los días que allí se detuvieron, fue la loza tan hermosa y delicada como la de Florencia, en Italia, de la cual mucha cantidad se vendía en los mercados.

CAPÍTULO XX. *De la ciudad de Huexotzinco, y cómo la ha dedicado Dios para casa de San Diego*



LA CIUDAD DE HUEXOTZINCO estaba sentada en la falda de la Sierra Nevada que está contigua y pegada con el volcán que humea. Esta ciudad era de mucha y belicosa gente. Tenía, cuando entraron en esta tierra los españoles, de treinta y cinco a cuarenta mil vecinos. Esta ciudad tan populosa no permaneció en su sitio, donde antes la habían situado los teochichimecas que la fundaron (como dejamos dicho), porque pareciéndoles a nuestros religiosos de San Francisco, que los han dotrinado siempre, desde entonces, que no era el sitio acomodado para su habitación, los bajaron y sacaron de aquellas quebradas una legua más abajo, a lo llano, donde de presente está situada; y ésta debió de ser la causa (o Dios que así lo quiso) que fue diminuyendo en el número de gente; y a muy poco tiempo quedó cuasi despoblada y lo está en estos tiempos que no sé si llegan a mil vecinos o pocos más con sus aldehuelas.

No es mucho que tratando de los muros gentilicios y poblazones de idólatras, que mezclemos con ellas casas maravillosas y que la divina mano de

Dios ha querido fundar después del cristianismo; que si algún tiempo ha permitido al demonio lozanearse con casas, que en la tierra le ha dejado fundar, al fin se las ha derribado; y fuera de las que en su nombre ha hecho edificar como Dios, que en ellas quiere ser adorado, ha dado mano a sus amigos que en ellas entren a la parte; y es muy conforme a razón que donde los enemigos son sufridos y por algunas ocultas causas disimulados, los que son amigos sean favorecidos en aquellas mismas cosas que los enemigos gozan. Y como Dios no sólo se precia de amigo para con sus amigos, mostrándoles su pecho y dándoles la lealtad de su corazón, sino haciéndoles mercedes, como otro Alexandro a Ephestion, por ser su amigo, que le daba de su plato y mesa la vianda y aposento en su casa, así a los suyos les da casa en la misma suya, como se verá en la que tiene San Diego, fraile lego de la orden de mi padre San Francisco en esta ciudad, donde parece que le ha querido muy en particular magnificar y hacer ilustre en una ermita pequeña que está fuera del convento, aunque algo cerca de él, lo cual sucedió de esta manera:

Había en esta ciudad, entre otros vecinos españoles que en ella moran, una mujer humilde y pobre; ésta tenía un hijo de edad de cuatro años y medio o cinco, llamado Alonso, y como era pobre y falta de servicio, servíase de su hijo en las cosas manuales que él podía ejercitar. Sucedió pues que un día salió el niño de su casa a un mandado a que su madre le enviaba, y como los niños de tan poca edad más cuidan de jugar y travesear que de hacer con puntualidad lo que se le manda, yendo a su mandado se detuvo en un lugar que estaba cerca de su casa, que solía ser corral y cercado de unas casas antiguas cuyas paredes estaban todas aportilladas, caídas y arruinadas y casi pegado con la una de ellas un pozo, que de su antigüedad había cabado su dueño para aprovecharse del agua para el servicio de su casa. Este pozo estaba apartado y diviso de la pared poco más de una vara y todo rodeado y cercado de yerba y matorrales. Estaba juntamente de la otra parte, según se dijo, alguna manera de cañaveral y subido el niño sobre la pared del dicho cercado, que debía de tener de alto un estado, a cuya parte caía el dicho pozo. Tomóle gana de alcanzar desde allí una de las cañas que de la otra parte estaban y aunque estaban algo distantes, como no le atemorizó el peligro tampoco reparó en el daño; y avalanzándose a tomar la caña hizo fuerza por quebrarla o arrancarla y como tenía poca fue bastante la que puso para que perdiendo pie cayese y diese consigo en lo hondo del pozo. Y porque más se conozca la grandeza del milagro es bien que consideren sus circunstancias: era este pozo muy angosto, que apenas tenía poco más de una braza de hueco y tenía de hondo cinco y media, según se tomó por fe y testimonio, y aunque en otro tiempo tenía agua, entonces no la tenía, porque con la antigüedad de haber faltado el haberla menester estaba ciego, pero lamoso y cenagoso. Hacia un lado del suelo una manera de covachuela, aunque no honda ni metida mucho en la pared. Criaba juntamente en el cieno o lama algunas sabandijas inmundas, mayormente sapos, de los cuales había algunos. Cayó pues el niño Alonso en este pozo sin hacerse mal ninguno, aunque dio en lo bajo

el golpe, tal cual se puede considerar su hondura de cinco brazas y media que son once varas, en el cual estuvo seis días y cinco noches sin más compañía que la de aquellos sapos y unos abejones que entre las matas se criaban, que se llaman en la lengua mexicana xicotes y entraba en lo hondo de él a buscar alguna cosa de su ordinario sustento. Viéndose el niño en aquel solitario y obscuro lugar, sin saber el modo de su remedio, tomaba por alivio llamar a su madre, lo cual hacía muchas veces, y como no le respondía a ninguna de las voces con que la llamaba, afligíase y lloraba amarga y continuamente. Pasó esta angustiada y vida llorosa seis días y cinco noches (como se ha dicho), en el discurso de los cuales se le apareció por cuatro o cinco veces un frailecito con hábito de San Francisco y sin corona, a quien él llamaba hermano en la superficie de la tierra, a la boca del pozo, el cual le hablaba familiarmente y decía: niño Alonsico, no te cuites que ahora vendrá tu madre y te sacará de ahí, no tengas pena. El niño se acallaba con estas razones y le rogaba al dicho frailecito que se quitase de la boca del pozo, no cayese, como él había caído.

Volviendo pues a hacer memoria de la madre digo: que luego el primer día de los seis que estuvo aguardando a su hijo por algún espacio de tiempo y viendo que no volvía, recelando el daño y temiendo lo que pudiera acontecerle, por ser tan niño, salió de su casa en busca suya y fue hacia la plaza, que es donde le había enviado, y para ir a ella era fuerza pasar por el lugar donde el pozo estaba (aunque escondido por la mucha yerba y matas altas que lo cubrían y estar él sin brocal), porque atravesaba por medio del solar y cercado una senda que lo cortaba y dividía al sesgo, de esquina a esquina; y aunque pasó por allí aquel día muchas veces y todos los seis restantes y el niño lloraba y daba voces, jamás las oyó; aunque dicen otras personas de los indios que las oían, por ser aquella senda frecuentada y usada para atravesar una calle, que sale al mercado o plaza, y aunque oían las voces y gemidos del niño los dichos naturales, era de manera que más parecían asombros de cosas prodigiosas y visiones de esotra vida que voces de persona necesitada de ésta mortal que vivimos. Y como los indios de la ciudad (cuando no lo sean, todos lo son en parte, agoreros y supersticiosos) tienen entre sus abusos antiguos creer que todas las veces que oían gemidos ocultos y no se sabía quien los daba, que es el hijo de la tierra el que gime y que si acaso los oye y los descubre y manifiesta, han de morir todas las mujeres preñadas de su familia, o si no la persona más conjunta y llegada a él; y por esta razón y creyendo (como digo) su antiguo error y supersticioso pronóstico, ninguno de los que oyeron los semejantes gemidos y voces, las manifestó ni descubrió a ninguno. Todos estos días anduvo la madre como leona furiosa, bramando por su hijo y como mujer de razón encomendólo a las gentes vecinas y a todos los que por las calles y caminos encontraba, y como el verdadero cristiano, que pone su confianza en Dios y en sus santos, sabe que donde no pueden las fuerzas humanas y faltan las sendas del saber ahí llega Dios con su clemencia, acogióse a sagrado, yéndose a la iglesia de los frailes menores (que como se ha dicho, no hay otros en aquella doctrina) y fuese a favorecer de San Die-

go, cuyo altar e imagen estaba dedicada en el cuerpo de la dicha iglesia, y sin adornar ni pulir su oración con colores retóricos ni lenguaje afectado, le comenzó a pedir a su hijo a voces diciendo: San Diego, dadme a mi hijo y mirad que tengo de seros importuna y molesta hasta que me le deis y deparéis; mirad santo bendito, que no tengo otro hijo y que soy mujer pobre y me hallo sola y huérfana sin él. De esta manera y con esta desnudez de palabras visitaba cada día y aun muchas veces al día al glorioso San Diego. Conmovidas ya las entrañas misericordiosísimas de Dios y apiadándose de aquella simple y pobre mujer, cuya fe había sido tan viva que pudo merecer la salud de su hijo, como otra Cananea y Régulo, que con ella alcanzaron el remedio de sus necesitados y desauciados hijos, pasados los seis días (como hemos referido) le dio a su hijo vivo, a la que vivo ni muerto le hallaba, lo cual pasó de esta manera:

Pasaba a caballo, por la calle a la otra parte de la pared y pozo donde el niño estaba, un mozo de la dicha ciudad llamado Pedro Bernal, y aunque iba al paso de su caballo y divertido en sus cuidados oyó gemir y, parando el caballo por certificarse de si era verdad o antojo los gemidos que le parecían haber oído, volvió a oírlos de nuevo y poniendo cuidado y atención para saber a la parte que fuese, parecióle, según salía el hecho de la voz, que era a la otra parte de la pared que correspondía a la calle por donde pasaba, y dio voces llamando por ver si le respondían, y como nadie le respondió, pasó de largo hacia la plaza, que era adonde iba, y volviendo otra vez por satisfacerse de la verdad (y lo más cierto, porque Dios le movía el corazón para que fuese él el ministro instrumental por quien se descubriese este tan maravilloso milagro y fuese alabado en él su santísimo nombre y San Diego, conocido por muy particular amigo suyo) llegó al dicho lugar donde la vez primera oyera los gemidos y voces; y como las diese llamando y no le respondiese nadie, se determinó a buscar por allí y dando vuelta al cercado llegó a la boca de el dicho pozo y viéndola entre las matas y yerbas, se asomó a él y mirando por entre la obscuridad que en lo hondo el dicho pozo hacía, oyó al dicho niño llorar y dar voces y como por la hondura y mucha distancia que había al suelo y centro donde estaba no pudiese distinguir qué voces fuesen, le dijo: ¿quién está ahí abajo? El niño le respondió con voz animosa y entera: ¿yo soy Alonsico, no me conoces? Y como el dicho Pedro Bernal se certificó que era él, sin aguardarle razón alguna fuese a su madre y la dijo cómo su hijo había parecido, que llevase una soga para sacarle del pozo donde había caído. Salió la madre con aquellas alegres nuevas como fuera de sí y encantada a favorecer a su hijo, el cual sacaron del pozo entrando un hombre que le ató por medio del cuerpo y ayudó a salir. Salió el niño bueno y sano, aunque todo el cuerpo helado y los pies entumecidos por el mucho tiempo que en aquella obscuridad había estado, entre la lama y cieno, sin haberle dado rayo ninguno del sol, por la angostura mucha del lugar y espesura de matas y yerba que su angosta boca cubría. Sucedió esto delante de muchísima gente, porque sabiendo que había tantos días que se había perdido y ahora parecido, no podían creer que estuviese vivo; y como a cosa de milagro concurría infi-

nidad de gente a verlo. Llevólo su madre a su casa y envolviólo en una sábana de lino y de allí lo llevaron a la iglesia de los frailes menores y en el altar de San Diego se le dijo una misa y luego anduvo el niño, desencogiéndosele las piernas y fortificándosele los huesos y miembros; de donde vino a conocerse el milagro, y cómo por San Diego Dios había querido obrarlo. Y no sólo se conoció por esto sino por la razón que el niño daba del frailecito lego, que tantas veces se le había aparecido y confortado con palabras tiernas y consolatorias que le decía, las cuales dijo el niño, que fueron las que arriba se refieren.

Caso es el referido (que aunque Dios puede hacer y hace cosas mayores, es ésta una donde se mostró muy maravilloso) porque si bien se considera, se verá que un niño de tan tierna edad y en un lugar tan obscuro y frío y seis días con cinco noches que no comió ni vio el sol y sólo con sola la compañía de abejones (que fueron los que más le afligían, según declaró) viviese y con tanto aliento como si estuviera entre los mayores deleites de la vida (según lo manifestó en la voz que dio cuando Pedro Bernal le llamó del pozo), y aunque fue milagro que todos conocieron y supieron haberle querido hacer Dios por mostrar el valor y amor grande que a San Diego tiene, con todo digo, que como es Dios el que lo hizo y sabemos que aquello es lo menos de su poder, por ser todo poderoso e infinito en cuyas manos caben todas las cosas, no hay que maravillar sino darle gracias por todo y alabar sus misericordias, confesando de su clemencia que no desampara al afligido y necesitado y que oye al que le llama e invoca en la tribulación.

Otro milagro concurre en éste, de estar este niño tanto tiempo en el pozo, y es que pasando por junto de aquel lugar tantas veces su madre y siendo más las voces del niño no las oyese y las hubiese oído el otro que pasaba por la calle con el ruido que el caballo hacía y descuidado y siendo el pozo tan hondo. Otro fue, que siendo este pozo tan angosto y hondo no sólo no se mató el niño cayendo, pero ni aun se lastimó en ninguna parte de su cuerpo, que parece caso imposible si Dios no hubiera puesto las divinas manos de su misericordia debajo (como dice David) sobre las cuales cayese. Ofreció la madre al hijo a San Diego y de aquella pequeña edad lo dio a los religiosos de San Francisco y vistiéndole su hábito lo tuvieron en este Colegio de Santiago Tlatelulco donde le enseñaban a leer y escribir. Aunque ya ha tomado el hábito y es profeso, Dios le dé tanta gracia que llegue a ser otro San Diego.

Era provincial a la sazón que este milagro aconteció el padre fray Juan de Lazcano, el cual pasando por allí luego que sucedió, mandó limpiar aquel lugar y erigió y levantó un altar enmedio del cercado, junto al pozo, y fueron en procesión desde el convento de los frailes hasta aquel lugar, donde dijo la misa muy solemnemente en memoria y hacimiento de gracias del milagro y, consagrando el dicho lugar al glorioso San Diego, se le hizo una ermita. Y limpiando el pozo le alegraron de manera que luego dio agua, de la cual sacan muchas personas y la beben los enfermos de diversas enfermedades, y han sanado muchos con ella y dado vista a los ciegos que con fe la han bebido y lavádose los ojos con ella.

Esto dicho pudiera bastar para conocer que aunque Dios no ha menester casa, por ser inmenso e infinito que no cabe en lugar y que para sus santos es la mejor y más estimada su divina visión y presencia; pero porque no sólo ha querido usar de este modo dicho, sino que en la tierra ha querido elegir lugar como fue el de su templo salomónico y otros muchos, que por excusar prolijidad no cuento, y por consiguiente manera sus ángeles, como el de San Miguel en el Monte Gargano; de su madre santísima, como el de Santa María la Mayor en Roma, en tiempo del papa Tiberio, en el lugar que apareció nevado, y de sus santos, como Santiago de Galicia, en España y otros diversos que por la razón dicha callo, quiere que en esta ciudad se le conozca casa propria al santísimo Diego, fraile humilde del número y compañía de los menores y así le ha ilustrado en él como en particular asiento donde le ha querido dar casa y botica de espirituales medicinas, que lo son las aguas de aquel pozo; y son tantas las que sacan que la víspera y día siguiente de su fiesta pasan de veinte y más arrobas de agua, y mientras más sacan más va ofreciendo y no sólo este día, pero en muchos del año van por ella de diversas partes, la cual llevan con mucha devoción para remedio (como se ha dicho) de sus enfermedades.

En medio del patio y junto al pozo levantaron una cruz de madera, la cual todos los días de su fiesta y el día antes, desde las vísperas, hacía sus movimientos, en modo de cruz, inclinándose ella sola hacia el oriente primero, y luego hacia el poniente y luego hacia el mediodía y últimamente hacia el norte o septentrión y esto de manera que todos los presentes lo veían, y admirados del caso y dudando no fuese antojo o engaño de la fantasía o viento que pudiese moverla, la quitaron a cabo de algunos años y pusieron en su lugar otra de piedra, la cual hacía el mismo movimiento que la primera, en los días dichos; y porque parece de grandísimo espanto un milagro tan ordinario, doy por testigos a todos los que los días de San Diego están en la dicha ciudad y ermita, los cuales lo han visto y ven, y ellos mismos lo atestiguan y son tantos que no tienen número.

CAPÍTULO XXI. *De la poblazón de Tepeacac y de otras muchas poblazones que había en esta tierra cuando los españoles entraron*



LA CIUDAD DE TEPEACAC, que está seis leguas de la de los Ángeles al oriente en contra de esta ciudad, era en número de gente muy famosa. Tenía más de treinta mil vecinos y lo es ahora de labranzas, porque se cogen en sus tierras y otras convecinas más de cien mil fanegas de trigo, sin otras tantas y más de maíz y es una de las mejores que hoy se conocen en la tierra. Otros pueblos había y hay que van entrando por aquella parte al reino y gobernación de Guatemala, como son la ciudad de Hua-

xacac, que lo es ahora de españoles, la de Chiapa de los Indios, Chiapa de los Españoles, Tecuantepec y otras muchas, sin villas y aldeas que son sin número.

De estotra parte del volcán y cuatro leguas de Mexico, a la parte del mediodía, está la ciudad de Xuchimilco, una muy hermosa y populosa ciudad, la poblazón de Chalco, Tlalmanalco y Amaquemecan, que con sus lugares y aldeas tenían más de treinta mil vecinos. La provincia de Otumpa, que era su gente sin número, que cae de Mexico ocho leguas hacia el norte. Adelante de ésta diez leguas, Tullanzinco y otros grandísimos pueblos. Corría la provincia y señoría de los totonacas hacia el oriente, en contra de este gran pueblo de Tullanzinco. Era su gente infinita (como decimos en su lugar). La provincia de Metztitlan, a la del norte con otros señoríos y pueblos grandísimos, hasta dar a la provincia de Panuco, llamado por otro nombre Huaxteca, donde ha habido muchedumbre de chichimecas, gente caribe y brava, que han dado guerra continua a los nuestros.

Junto a Mexico y una legua, la ciudad de Tlacupa, cabeza del reino de los tepanecas. A la parte del norte, que corresponde a Tlacupa, la de Azcaputzalco, otra legua y dos de Mexico. Luego sigue, otras dos adelante, la gran poblazón de Cuauhtitlan; y casi comienza allí la grandísima provincia o reino de los otomíes, que coge a Tepexic, Tula, Xilotepec, cabeza de este reino, Chiapa, Xiquipilco, Atocpan y Queretaro, en cuyo medio de estos pueblos referidos hay otros inumerables, porque lo eran sus gentes y distintas de los mexicanos.

A la parte de Mexico, al mediodía, está la ciudad de Itztapalapan cuyo señor, cuando entraron los españoles, era Cuitlahuatzin y fue elegido por emperador en la muerte que dieron entre los nuestros a Motecuhzuma, en la ciudad de Mexico (como decimos en el libro de la conquista). Una legua de ésta cae la de Huitzilopochco y junto a ésta la de Coyohuacan, pasadas las sierras que distan de Mexico cuatro o seis leguas. Por la parte del poniente entra el valle que llaman de Tulocan, villa del marqués del Valle; tenía y tiene, en su contorno y comarca muchísimas villas y aldeas, así matlatzincas como mazahuas. Corriendo adelante, hacia el poniente, entra el reino de Mechuacan, Pazquaro, Guayangareo, Tzintzontzan y otros sin cuento, tierra apacible, como dejamos dicho, que son los que llaman tarascos; era en su gentilidad de los más populosos y llenos de gente, de cuantos se pueden decir. De éste corre el de Jalisco o de Galicia, que incluye no menos pueblos y gente que los referidos. Está la ciudad de Guadalajara, donde asiste la Audiencia Real; luego, desde ésta, corriendo hacia el norte, entran aquellas famosas minas que llaman las Zacatecas, que tanto han enriquecido al mundo; no era muy poblada de gente, porque los que las habitaban eran caribes y como gitanos en su manera de vivir, manteniéndose de caza usando de arco y flechas y no tenían lugar conocido (ni le tienen los que de éstos han quedado) pero duermen donde les coge la noche.

Pasa adelante la tierra y corre por aquella parte la gobernación de la Nueva Vizcaya, que incluye grandísima tierra, aunque poco poblada por

ser la gente que la habita de la condición de la ya refrida de Zacatecas; pero tenía grandísimo gentío y ahora le tiene por montes, valles, riscos y quebradas. De aquí se da en las poblaciones que llaman de Cibola, Pataragüeyes y Nuevo Mexico, como se verá en su lugar, porque le tendrán proprio en esta historia.

Por estotra parte del mediod,a que corresponde a Mexico, entra el marquesado, cuya cabeza es Quauhnahuac, doce leguas de la dicha ciudad de Mexico, pasadas las sierras que la dividen, gente nahuatl y era de grandísimo gentío y la tierra caliente, y muy deleitosa donde se dan mil géneros de frutas, así de la tierra como de Castilla. Pasando adelante están los yopes, nación muy grande. Entran adelante y casi pegados a la Mar del Sur los cuytlatecas, provincia que corre de oriente a poniente, más de ochenta leguas, cuyos pueblos fueron muchos y de mucha gente, entre los cuales hubo uno que se tenía por cabeza de los otros, que testifican tener en su gentilidad más de ciento y cincuenta mil vecinos y después que lo mudaron los nuestros de su sitio, dos leguas más abajo de la sierra donde estaba (aunque también era sierra), disminuyó en tanto extremo que no quedaron en él mil vecinos y ahora debe de tener ciento, éste se llama Mexcaltepec.

De estas ciudades que arriba hemos nombrado había algunas de diez mil y otras de quince mil y más y menos vecinos, y las que llamamos villas y aldeas eran las que menos tenían de a mil vecinos y si alguna había de menos gente era muy singular y rara y no sé si la había. Eran los edificios de los templos de estas ciudades muy señalados y no menos los de las casas de los señores, en especial el de las casas del señor de Itztapalapan, que (como dijimos) era hermano del emperador Motecuhzuma, cuya ciudad en sus dos partes estaba fundada en la laguna. Eran (como decimos) sus palacios muy de ver, tenían grandes salas y aposentos altos y bajos, todos de cantería y carpintería, con las vigas de cedro blanco muy bien labradas; tenía cuartos y patios muy espaciosos y grandes. En éstos se aposentó Cortés y toda su gente, que fueron cuatrocientos hombres con sus caballos e infinitos indios que llevaba de servicio y otra gente y de los amigos de Tlaxcallan y otras partes que los acompañaban. Tenía unos jardines fresquísimos, llenos de árboles y flores odoríferas, con sus cercados y calles de carrizo muy curiosamente labrados. Tenía estanques de agua dulce y una huerta grande, llena de frutales. Tenía una alberca de cal y canto, de cuatrocientos pasos en cuadro y mil y seiscientos en torno, con sus escalones hasta el agua y del agua hasta el suelo. Había en ella mucho pescado y acudían a ella muchas garcetas y otras aves de agua.



CAPÍTULO XXII. *De la ciudad de Mexico, de su principio y fundación*



O HA SIDO PEQUEÑO INDICIO y motivo de confusión querer tratar del principio y origen de algunas antiguas y populosas ciudades; porque como es el tiempo consumidor de todas las cosas, con él han fenecido las memorias de sus fundaciones, mayormente de las muy antiguas y de siglos que los que en ellos las habitaban o no sabían modo cómo dejarlas en memoria o si le tenían era tanta su flojedad que sólo vivían la vida sin cuidar de los por venir y futuros; y por esta causa (como dice San Isidoro en sus *Ethimologías)*[1] no hay que maravillar, que muchos autores de ciudades y fundadores de ellas no sean con puntualidad conocidos ni tampoco los años que las dichas fundaciones tuvieron su principio; y para prueba de esta verdad sólo basta traer a la memoria la ciudad de Roma, que tiene puesto en opinión al mundo, sin saber cuál sea su primer fundador; y así no es mucho que otras que no han florecido y campeado tanto estén en noticia obscura. Y esta verdad la hacen manifiesta diversos autores que diversamente han sentido de su origen y principio. Salustio en su *Jugurta* dice, que los troyanos y aborígenes la fundaron, cuyas palabras son: la ciudad de Roma (según por tradición y memoria de los pasados, yo supe) fue fundada por troyanos y aborígenes. Y Virgilio en sus libros *Eneidos,*[2] contradiciendo el dicho de Salustio, atribuye su fundación a Evandro, y Enio dice, en contra de ambos que fue su fundador Rómulo. Lo mismo sintió Solino antes de Virgilio. De manera que no hay cosa cierta y la que lo es más es que se ignora, y pues de ciudad tan célebre no hay certidumbre, no es mucho que de otras que no lo son tanto falte de todo punto su noticia; y no por esto deben ser condenados y juzgados por ignorantes los escritores que hablan variamente de una cosa, porque en caso de historia cada uno habla como la sabe y la misma antigüedad es causa de este engaño y error. Y con este presupuesto digo, que si no damos fundadores de todas las ciudades y poblaciones dichas y referidas es la razón la dicha; pero porque no corra nuestra historia tan sin luz como ha parecido en el capítulo pasado, pongo en el presente la fundación de la ciudad de Mexico, la cual fundaron los mexicanos a pocos años después que llegaron a la tierra.

Fue la ciudad de Mexico fundada a los cincuenta y cinco o cincuenta y seis años después de haber llegado a esta tierra y riberas de la laguna, donde ahora está asentada, cuyos fundadores fueron nueve familias, de las cuales era el mayor y cabeza en una de ellas llamado Huitzilihuitl, porque le sucedió otro de su nombre luego, y hijo suyo, se llamó el Viejo. Estas familias comenzaron la fundación de esta ilustre y magnífica ciudad, aunque se

[1] Div. Isidor. lib. 15. Ethymol. cap. 1.
[2] Lib. 8. Aeneid.

dice de ella que fue tan pobre en sus principios, que las casillas de los pobres mexicanos eran de cañas y paja muy humildes, por no tener comodo en aquel medio de la laguna, para mejores edificios.

No pienso que es fuera de propósito hacer memoria en este lugar de la populosísima y tan ilustre ciudad de Roma, cabeza que fue en un tiempo de los reinos e imperios gentilicios y ahora lo es de toda la cristiandad, a la cual ha tomado Dios en la tierra por silla y tribunal de sus tenientes los sumos pontífices; y la razón que me mueve para ello es parecerme, en la mayor parte de sus principios, que esta mexicana se le parece; y colegir de esta similitud y semejanza cómo escogía esta ciudad para cabeza de Iglesia en este Nuevo Mundo, como escogió la de Roma para el mismo fin en el que respeto de éste llamamos Viejo, corriesen parejas en el modo de su principio ambas, y que por razón de haberlo de ir echando y desterrando de las tierras y reinos al demonio, para ir introduciendo su ley evangélica y nombre benditísimo, no fuese menor su victoria en éste que lo fue en esotro, quitándole una ciudad que llegó a llamarse cabeza de todos estos reinos indianos.

Dejadas pues diversas opiniones, que acerca de la fundación de Roma hubo (como en el principio de este capítulo dijimos), doy por recibida (como más verdadera) la que dice que su fundador fue Rómulo el cual, para haber de dar principio a su ciudad, buscó día en el cual no se derramase sangre de ninguna cosa viviente; buscó agüero que le fuese próspero y hallólo en doce buitres que iban volando. Las gentes que concurrieron en esta fundación (dice Salustio) que fueron aborígenes y troyanos. Gente vagabunda que anduvieron perdidos y descarriados por las tierras de Italia, después que se perdieron de Troya, sin lugar ni casas, haciendo diversas mansiones (como lo dice Virgilio en sus *Eneidas*)[3], buscando lugar, conforme a sus supersticiosos agüeros (como el mismo Virgilio lo dice) y desterrados de su patria en tan lejas tierras, y acompañados de los aborígenes (gente antiquísima en Italia que por no saber su origen se llamaron sin principio) gente agreste, rústica y sin leyes, que vivían por los campos sin orden. De esta gente tal fue la ciudad de Roma fundada y aunque tuvo tales, y tan rústicos principios, sabemos por sus historias ciertas y verdaderas los fines que alcanzó de pulicía y saber; pues se vinieron a aventajar los moradores de ella a todos los del mundo y ahora está la silla apostólica en ella levantada y tan en su punto cuanto sabemos, siendo la cabeza de toda la cristiandad.

Y volviendo a nuestra historia y fundación de nuestra gran ciudad mexicana dicen las historias antiguas, que yo he visto y con suma diligencia examinado, que luego que llegaron los de la familia mexicana a estas riberas de la laguna estuvieron como peregrinos y sin ciudad, vagueando de unas partes a otras más de cincuenta años, hasta que presos y cautivos de los aculhuas de Colhuacan (como se vido en su lugar) se entraron en la laguna; y como tenían su oráculo y respuesta de su sitio, fuéronlo buscan-

[3] Virg. Aeneid. lib. 1. Et. 3.

do por entre los carrizos y espesura de juncias y otras yerbas que en la dicha laguna dulce se criaban, como en el libro de su peregrinación y venida se cuenta, diciendo aquí solamente aquello que hace a este propósito, lo cual sucedió de esta manera.

Para mejor acertar (y no errar en nada, conforme a su determinación) juntáronse los mexicanos en un lugar llamado Temazcaltitlan, que es muy metido en la laguna y algo cerca del sitio que ahora tiene la ciudad; y consultando su cuidado (como aquellos que ya deseaban reposo) salió determinado comprometer en dos de sus sacerdotes, llamado el uno Axolohua y el otro Cuauhcoatl, y encomendándoles el caso les pidieron con muchos ruegos que con mucha diligencia anduviesen por todos aquellos carrizos y juncales (de que toda la laguna estaba llena y espesísima) y eligiesen lugar seguro y bueno donde poblar. Aceptaron los sacerdotes la petición del pueblo, y tomando en sus manos unos bordones (en que poder hacer fuerza para saltar pasos malos y lugares divididos del agua) fueron por entre las cañas y juncia buscando camino y lugares menos espesos por donde pasar; y habiendo apartádose de su gente un breve trecho, vieron enmedio de los carrizos o cañaverales un lugar pequeño de tierra enjuta y enmedio de él el tenuchtli (que ahora tienen por armas) y al derredor del pequeño sitio de tierra un agua muy verde que cercaba el dicho lugar y era tan viva su fineza que parecían sus visos muy finas esmeraldas. Llegados a este lugar, y habiendo visto la particularidad de sus aguas y contemplado la singular y nunca vista visión, quedaron admirados y suspensos en la consideración del fin que podía tener. Luego repentinamente desapareció Axolohua sumiéndose en lo hondo del agua verde sin saber quién lo hubiese sumido. Viendo el compañero que quedaba lo que había pasado, lleno de temor y asombro, se fue a su gente a contarles lo que había pasado y darles aviso del singular caso. Quedaron los mexicanos tristes y confusos cuando lo oyeron y cada cual hacía el sentimiento que más podía por lo sucedido, no sabiendo cosa cierta a que atribuirlo; pero estando ellos en esta confusión y pasmo, echando juicios y dando suspiros de su desgracia y muy cercados de tristeza, apareció Axolohua (que era el anegado) otro día después a la misma hora que se había sumido en el agua (pasadas ya veinte y cuatro horas) y fue a la presencia de sus mexicanos, los cuales viéndolo quedaron más asombrados que antes lo habían estado y con más admiración (entonces) que tristes habían antes estado. El cual los saludó y aseguró de todo mal y daño, y recibiéndolo con amor y caricia los mexicanos le dijeron: seas bien venido Axolohua, que te certificamos que nos has puesto y tenido harto confusos y cuidadosos, después que Quauhcohuatl, tu compañero, nos contó lo que a él y a ti os había pasado. No temáis mexicanos (dixo Axolohua) de lo que habéis sabido, porque aunque es verdad que yo me sumí en el agua en presencia de Quauhcohuatl, fue con particular misterio; porque en lo interior de ella vide a uno (por cuyo poder yo llegue a aquel lugar) que dijo llamarse Tlaloc (que en nuestro lenguaje quiere decir, señor de la tierra) y me habló de esta manera: sea bien venido mi querido hijo Huitzilopuchtli (que era el dios que habían

traído los mexicanos consigo y los había guiado hasta aquel lugar) con su pueblo; diles a todos esos mexicanos, tus compañeros, que éste es el lugar donde han de poblar y hacer la cabeza de su señorío y que aquí verán ensalzadas sus generaciones. Este lugar (según la mejor razón que yo he podido averiguar y examinar) es donde ahora está edificada la iglesia mayor y plaza de la ciudad; de manera que si es verdad que se dijo esto entonces por boca de aquel engañador o falso profeta, parece quiso Dios que por su boca se dijese, pues se ven en él los hijos de la Iglesia ensalzados y levantados y junto a ella las casas reales donde se representa el señorío y poder de los cristianísimos y católicos reyes de Castilla.

Oyeron los confusos mexicanos con atención las alegres nuevas y cercados de gozo y alegría se movieron todos a ver el prodigioso lugar, confesando que ya había tenido fin su peregrinación y que aquél era el lugar de su tierra prometida.

Habiendo visto el lugar, y estando certificados (por las palabras del oráculo, referidas por Axolohua) de que aquél era el de su poblazón y que ya no tenían que temer ni que andar en busca de nuevos sitios, comenzaron a ranchearse a la redonda del tenuchtli, haciendo chozas y ramadas de juncia y cañas (como cada uno más podía). Limpiaron aquel lugar donde hallaron el tenuchtli y juntamente lo ensancharon con céspedes que de lo hondo del agua sacaron, y de allí adelante lo tuvieron y estimaron por divino y sobre todos los demás por más maravilloso, tomándolo por armas y memoria de su señorío y próspera fortuna. Este sitio duró muy honrado y venerado hasta la venida de los españoles, que con ella y con haber henchido y llenado de tierra todos aquellos lugares perdió su nombre y estimación gentílica.

Puestos en este lugar pasaban su vida pobre y miserablemente, comiendo cosas de marisco, hasta las raíces de la enea o tule, y éste fue el origen de esta gran ciudad y el principio que tuvo, pareciéndose a la de Roma en su poblazón, en haber sido de familias descarriadas, agorada por la visión del tunal y piedra, como la de Roma de los doce buitres; fue poblada de gente descarriada y que hacía su habitación en los campos, en casillas humildes y pobres, que es lo mismo que de ésta hemos contado, de manera que si Mexico comenzó con prodigiosos y humildes principios, lo mismo fue de Roma. De los primeros que llegaron a la fundación de esta ciudad se halla haber sido cuatro muy señalados; el uno llamado Aatzin, Ahuexotl, Tenuch y Ocelopan. Esto hallé en unos cantares antiquísimos que tratan de la fundación de esta ciudad y no sabré dar razón si fueron de las nueve cabezas o capitanes que acaudillaban a las nueve familias que llegaron al primer sitio de Chapoltepec o hijos y descendientes de ellos; porque la confusión de las historias antiguas no dan más luz. Sólo puedo afirmar que el principio y origen de esta gran ciudad es lo que tengo referido, por la manera y modo que el capítulo lo ha contado.

CAPÍTULO XXIII. *De cómo creció y se ensanchó esta ciudad de Mexico; de sus edificios y número de gente cuando entraron en ella los españoles; y se declara este nombre: Mexico*



OR EL CAPÍTULO PASADO hemos visto el origen y principio que tuvo la ciudad de Mexico, la cual como en principios tiernos de poca y pobre gente pudo sustentarse en aquel pequeño y humilde lugar que en los primeros tiempos hallaron. Pero después que la gente fue creciendo, y en número mayor multiplicando, les fue forzoso buscar más sitio en que extenderse, y así pasaron adelante a otro lugar que hallaron descubierto del agua y cubierto de arena, al cual llamaron Xaltelolco y allí se puso la mitad de la gente y es el segundo barrio de esta grandiosa ciudad, que se llama Tlatelulco, como en otra parte decimos. Ya hemos visto también cómo fue situada esta ciudad entonces en el agua; pero vino a henchirse de gente de manera que llenaron aquella parte de agua que corresponde a la tierra por la del poniente, y llegaron edificando hasta la misma tierra por aquella parte; de manera que en esta ciudad (como otra Venecia) estaban fundadas en aguas sus casas. Después que fue creciendo en número de gente y más polida y descansada eran de adobe, que es a manera de ladrillo en la forma, aunque mayor y no cocido. Dícese de esta ciudad que cuando entraron los españoles en ella tenía ciento y veinte mil casas y en cada una tres y cuatro y hasta diez vecinos, por manera que a esta cuenta eran sus vecinos más de trescientos mil. Las casas (como hemos dicho) eran de adobe comúnmente y con sus terrados y azoteas muy bien hechas y pisadas y muchas de ellas encaladas por encima, que de ninguna manera se pueden llover; estas casas, que llamamos comunes, no eran muy vistosas ni lucían mucho, que sólo servían a los dueños de abrigo y amparo de la vida y así eran bajas y humildes; pero las casas de los caballeros y señores eran cumplidas en grandísima manera y muy bien edificadas; tenían altos sobre el primer suelo, cumplidos y espaciosos.

Las calles de esta ciudad eran en dos maneras, una era toda de agua, de tal manera que por ésta no se podía pasar de una parte a otra sino en barquillas o canoas, y a esta calle o acequia de agua correspondían las espaldas de las casas y unos camellones de tierra en los cuales sembraban su pan y legumbres, los cuales camellones dividían zanjas de agua y muy hondas. Estas calles de agua eran para sólo el servicio de las canoas y de las cosas comunes y manuales de casa, y así tenían también puertas que se llaman falsas, para este ministerio, y podían pasar de una parte a otra por puentes que las dichas acequias tenían. Otra calle había toda de tierra, pero no ancha, antes muy angosta y tanto que apenas podían ir dos personas juntas (y hay hoy día de estas calles en los barrios de los indios que son los arrabales de la ciudad de los españoles), son finalmente unos callejones muy estrechos. A estas calles o callejones salían las puertas princi-

pales de todas las casas y por éstas entraban y salían y eran las del recibimiento de las cosas que se servían por tierra.

Por las calles de agua entraban y salían infinitas canoas o barquillas con las cosas de bastimento y servicio de la ciudad que era necesario, y así no había vecino ninguno que no tuviese su canoa para este ministerio y no sólo en la ciudad se usaban estas canoas, sino en toda la redonda de esta laguna, con las cuales todos los de la comarca servían a la ciudad que eran sin número. Tenía sus plazas muy espaciosas y grandes delante de los templos y casas del señor. Como el sitio de esta gran ciudad era dispuesto para cualquier planta por sus muchas aguas, por esta razón plantaron por toda ella árboles de diversas maneras, entre los cuales había cedros hermosísimos, cipreses muy copados, sabinas altísimas y sauces verdes y deleitosos a la vista. Había también otros árboles de flores odoríferas y muy pocos o ningunos frutales, porque como a los señores les traían de diversas partes las frutas no pretendían en su ciudad y jardines tener otros árboles ni plantas, sino de flores; y es también la razón de esto ser los indios naturalmente inclinados a buenos olores y pudiendo haber una flor jamás la dejan de las manos, y así se daban a plantar árboles olorosos para coger rosas y flores y por razón de que en ellos criasen aves y pájaros, así para gozar de su canto como para tirarles con cerbatana, de la cual usaban mucho y eran muy diestros tiradores. Toda esta frescura de árboles y arboledas la hacían tan vistosa y apacible que parecía un paraíso.

Entraba en esta ciudad el agua de una fuente que nace y mana una legua de ella, a la parte del poniente, en el lugar donde ellos antes ranchearon y situaron, llamado Chapoltepec; ésta la traían por atarjea de cal y canto, por un muy hermoso y ancho caño, y en llegando el agua a la ciudad se repartía por diversas partes de ella y entraba en las casas de los señores en muchos y muy grandes estanques que en sus jardines tenían. De esta agua gastaban todos los barrios y donde no alcanzaba ni podía alcanzar por tierra la llevaban en canoas, y eran tantas las que se ocupaban en esto, que era cosa muy de ver su número, y aun después de la entrada de los españoles ha durado esta costumbre, aunque en estos tiempos es en muy poca cantidad por haber faltado las acequias y ser muy pocas y porque en caballos y mulas la sirven con barriles y es este modo de acarrear agua casi tan de ver como el de las canoas.

Tenía entonces esta ciudad solas tres entradas, que fueron tres calzadas que para este fin se hicieron (y son ahora los caminos principales y más pasajeros que la ciudad tiene). Fueron hechas a mano, de tierra y céspedes y muy cuajadas de piedra; son anchas, que pueden pasar por cada una de ellas tres carretas juntas o diez hombres a caballo; la una de estas calzadas entra a la ciudad por la parte del norte y corre una legua; la otra por la del poniente hacia la tierra firme y corre poco más de media legua; la otra entra por la parte de el mediodía y corre cuasi dos leguas, hasta el paraje de la ciudad de Itztapalapa y corre muy derecha; por la parte del oriente no le correspondía, ni ahora le corresponde, camino alguno, porque son las espaldas de la ciudad y por aquella parte le corresponde la laguna salobre y honda.

El primer suelo sobre que esta ciudad fue a sus principios fundada y después continuada no es el que ahora tiene, porque como no entendieron que podían crecer las aguas y anegarlos, no se curaron de levantarlo mucho de ellas y por esta causa quedó algo bajo; y como la laguna siempre estaba llena de agua, por el cebo que de ordinario tenía de sus ríos y manantiales, sucedió que dos leguas adelante de la ciudad, a la parte de el mediodía, se abrió un gran manantial de agua (como decimos en otra parte, por mandado de el rey de Mexico) por donde salió tanta agua que, en pocos días, hizo crecer las de la laguna y subir sobre el primer suelo de la ciudad un estado en alto. Visto por los vecinos fuéronse saliendo a la tierra firme y otros se favorecieron en sus barquillas y dando orden cómo cerrar aquel manantial de agua, fue así hecho por traza del señor de Tetzcuco (como se dice en la vida de los señores y reyes). De esta ocasión la tomaron de levantar el suelo otro estado más, que era lo que el agua había subido y hicieron el albarrada con que atajaron, como con muro, la violencia de las aguas para que si otra vez creciesen no llegasen a enojar ni hacer daño, y por este modo se aseguraron de otro segundo diluvio, librándose con maña de las fuerzas del primero.

Esta inundación y anegamiento fue (según cuenta cierta historia de los naturales) veinte años antes que los españoles llegaran a la tierra; y es caso que admira ver que aquellas aguas reventasen por aquella parte donde jamás se habían visto; y según dicen, y entonces platicaban, deben de ser aguas de algún río que corre por debajo de la tierra y por las laderas de aquellos montes que son a esta ciudad convecinos; que según escribe el padre fray Toribio Motolinía en sus *Memoriales* (que quedaron escritos de mano) ya otras veces se había visto salir entre las dos sierras que llaman nevada y volcán diez o once leguas de esta ciudad, las cuales tiene a la vista hacia la parte de oriente y mediodía. La una vez fue después que los españoles están en la tierra y la otra, pocos años antes, y fue tanta el agua la primera vez, que señalan los indios ser dos veces, tanta que el río Atoyac, que pasa por entre la ciudad de Cholulla y la de los Ángeles (el cual por las más partes siempre se pasa por puente), creció y subió de su ordinario en mucha distancia, recibiendo en sí estas dichas aguas. Y pruébase esta verdad para hacer creer que las unas y las otras aguas fueron procedientes de algún río soterráneo; porque afirmaban los indios que cuando reventó por aquella parte de la sierra, que corresponde al oriente en contra de esta ciudad y en las vertientes de la de Huexotzinco, salían por la boca del río peces muy grandes y tan gruesos como la pierna, que ponían en asombro a los naturales que lo vieron, y los mismos (al menos de aquel tamaño y grosor) fueron los que salían por la boca que las aguas abrieron cuando reventaron cerca de la ciudad y estuvo a pique de anegarse, y esta vez puso también en grandísima admiración a los indios la grandeza de los peces, porque hasta entonces jamás sus semejantes habían visto, porque en la laguna salobre no se crían de ningún género y los que se dan en las aguas dulces son de a palmo y menos. El padre fray Toribio afirma haber estado en el lugar donde reventó este río por aquella parte de la sierra y tiene con

los demás que estas aguas son de río que corre debajo de tierra y responde alguna parte de las de tierra caliente que corren hacia la Mar del Sur.

Mexico, según su etimología en esta lengua mexicana, han querido algunos interpretar, fuente o manantial, y a la verdad hay en ella y en su redonda tantos ojos de agua y manantiales que pudiera en alguna manera quebrarle este nombre y así no parece que van muy fuera de razón los que han querido pensarlo; pero los mismos naturales afirman que este nombre tomaron del dios principal que ellos trajeron, el cual tenía dos nombres, el uno Huitzilopuchtli y el otro Mexitly, y este segundo quiere decir ombligo de maguey y así dicen que los primeros mexicanos lo tomaron de su dios, y así en sus principios se llamaron mexiti, y después se llamaron mexica y de este nombre se nombró la ciudad, siendo el primero que tuvo Tenuchtitlan, por razón del nopal que hallaron sobre la piedra cuando llegaron a esta parte de la laguna cuando en ésta fundaron y aunque la ciudad se llama en común nombre Mexico entre los españoles e indios que ahora se van criando, los viejos nunca la llamaban ni llaman Mexico sino Tenuchtitlan, a diferencia del otro segundo barrio que se llamó Tlatelulco, que es la otra parte segunda de esta grandísima poblazón y ciudad, en la cual a los principios se dividieron (como decimos en otra parte). En este barrio, que se llamó Tenuchtitlan, fundaron los señores mexicanos y edificaron sus casas, y en él tenía el gran emperador Motecuhzuma sus casas (como en otro capítulo se dirá) y es la parte donde también los españoles poblaron.

CAPÍTULO XXIV. *De cómo se dividieron los tlatelulcas de los tenuchcas mexicanos y fundaron su parte en esta ciudad, haciendo cada parcialidad, barrio y mansión de por sí; y se confuta la razón de Acosta y Herrera acerca de estas divisiones*



A ESTABAN LOS MEXICANOS poseyendo este lugar del tenochtli como proprio y dado de su dios para que en él no sólo viviesen y conservasen la vida que vivían, sino para que creciendo y multiplicando saliesen de aquellos cortos y encogidos límites y se extendiesen por las provincias y reinos de este mundo nuevamente descubierto y hiciesen glorioso su nombre entre todas las naciones de él; pero antes de llegar a este punto, decimos, que como el sitio era estrecho y las gentes que lo moraban iban creciendo vivían con cuidado de ensancharse y no hallaban manera conveniente por la opresión con que los de la tierra firme los trataban. Estando con este cuidado los mexicanos y mirando uno de ellos hacia el cielo, vio que se levantaba de entre carrizos y espadañas, un poco más adelante del lugar donde estaban, hacia la parte del norte (que es éste donde al presente lo escribo, llamado Tlatelulco), un viento o aire a manera de remolino que parecía llegar con la punta al cielo, quedándose la otra extremidad de este dicho remolino o aire entre las cañas y tular dicho; y pareciéndoles que era

prodigio y señal representativa de alguna necesidad o acaecimiento, tomóles gana a muchos de ellos de querer ver lo que aquello significaba. Vinieron a verlo y en el lugar donde el remolino nacía hallaron un montecillo de arena que hacía una placeta fuera del agua y enjuta y muy dispuesta para poder edificar en ella. En este lugar no sólo hallaron la comodidad dicha sino también una culebra enroscada, una rodela y una flecha, que todo junto puso en admiración y cuidado a los que lo vieron.

Estas gentes que vinieron a ver esta maravilla que encontraron con este lugar fueron los tlatelulcas, que ahora tienen este nombre; los cuales volviendo con este recado y visión a dar aviso a los de su parcialidad y familia entraron todos en consulta, así hombres como mujeres, para determinar lo que este caso significaba. Salió determinado que aquel lugar era para su vivienda, pues ellos lo habían visto y no los otros que se llaman tenochcas. Y como de muy atrás estaban amordazados (por lo que dejamos dicho de la piedra preciosa que hallaron en el camino que traían cuando venían marchando de su provincia y tierra y de los palillos donde se halló la invención del fuego) no traían aquella conformidad con que salieron; y ya por esto o por otras cosas que también fueron sucediendo en el discurso de la jornada, no se querían ni amaban los unos a los otros como hermanos, parientes y amigos que eran (aunque para las cosas comunes de sus guerras y aflicciones nunca se deshermanaban) y así hallada ahora la ocasión de poderse apartar de ellos lo hicieron viniéndose a este dicho lugar, para lo cual lo comunicaron con los que en el otro dejaban. Esto dicho se halla en una de las historias antiguas de estas gentes tlatelulcas, la cual tengo en mi poder. Otros dicen que este lugar donde éstos se pasaron era donde enjugaban sus redes después de haber pescado y que los tlatelulcas, por apartarse de esotros, lo pidieron para su morada. Siendo esto así no sé cómo dice Gómara, en el libro de la conquista de Mexico, que primero fue fundado el barrio de Tlatelulco que el de Tenuchtitlan, cosa muy apartada de todo lo que todos dicen; lo cual dice por estas palabras: primero que se poblase este barrio Mexico estaba ya poblado el de Tlatelulco, que por comenzarlo en una parte alta y enjuta de la laguna le llamaron así.

Esta división y apartamiento hecha de estas dos parcialidades, dice Joseph de Acosta,[1] que fue por ocasión de haberse dividido en cuatro parcialidades y cabeceras estas gentes fundadoras de esta ciudad y que los viejos que en esta repartición quedaron agraviados, por no habérseles dado los oficios y dignidades que en ellas quisieran, hicieron esta segregación y apartamiento. Lo mismo dice Antonio de Herrera en el libro segundo de su *Historia occidental de Indias*;[2] y como éste dice las palabras formales que Acosta pone y el dicho Acosta va diciendo las que halló escritas en unos papeles mal averiguados (que yo tengo en mi poder) no hay que culpar a entrambos que hablan muy de lejos y no entre personas que pueden sacarles de duda en lo que escribieron, y si me dicen que porque siendo papeles dudosos, digo yo también alguna cosa de lo que hay en ellos; pues siendo

[1] Acosta. lib. 7. cap. 8.
[2] Herr. lib. 2. Dec. 3. cap. 11 Et 12.

para ellos dudosos también lo habían de ser para mí, a esto respondo que lo que digo en estos míos, que conforma con lo que ellos dijeron, no lo digo porque ellos lo dicen sino porque son comunes, que por serlo tanto conciertan todos en ello, que a ser particulares hubiera de decirlas por la duda grande que tengo de su verdad; porque en muchas cosas de las que he querido conferir, con otras de otras historias, las he hallado muy ajenas de las condiciones que las dichas historias piden.

Confieso que es así verdad, que esta ciudad de Mexico está repartida en cuatro barrios principales y cada barrio de éstos tiene otros menores y particulares inclusos en sí, y todos así en común, como en particular, tienen sus mandones y gente que los tiene a cargo (como en otra parte decimos tratando del buen gobierno de estas gentes); pero que esto haya tenido el principio arriba dicho no lo hallo en ninguna historia tulteca, chichimeca, ni aculhua, ni tepaneca, ni mexicana, porque a ser así, en alguna de éstas se dijera como cosa principal y muy necesaria para el gobierno de estas gentes; antes es lo cierto que los mismos señores lo ordenaron para mejor gobernar sus repúblicas (como en otra parte decimos).

También confieso que estos mexicanos y tlatelulcas no sólo se hicieron contradición y tuvieron sus cosquillas en los tiempos pasados, donde se trataban muy áspera y rigurosamente; pero en los presentes también se hacen contradición y tienen sus cosquillas los unos contra los otros, siendo estos tlatelulcas algo más belicosos que los tenochcas y así se verá que en la conquista, en solos tres días, vencieron los españoles toda la parte de los de Tenochtitlan (que ahora se llama Mexico) y se recogieron los vencidos a esta parte de Tlatelulco, donde duró la guerra tiempo y espacio de noventa días, y conquistados éstos quedó rendida toda la ciudad y la victoria cantada por los nuestros. Y volviendo a nuestro propósito digo, que los tlatelulcas, divididos de los mexicanos, fundaron su ciudad en este lugar dicho, el cual en sus principios no se llamó Tlatelulco, que quiere decir monton de tierra echada a mano o terrapleno, sino Xaltilulco, que quiere decir montón de arena, como en realidad de verdad la hallaron en este dicho lugar, el cual es ahora el que cae en esta plaza, sobre el cual está puesta la horca de los malhechores; pero como después se fueron cegando las aguas con tierra y piedra, según cada cual podía, perdió el nombre de Xaltilulco y cobró el de Tlatelulco, que es el común con que ahora se nombra. Y esta parte de los tlatelulcanos y la otra de los tenochcas (aunque divididos en dos parcialidades) hacían una entera ciudad, la cual, toda junta, cuando llegaron los castellanos a ella, tenía por cuenta ciento y veinte mil casas y en cada una de ellas de cuatro a seis, hasta diez vecinos. Y éste fue el número de gente que vino multiplicando desde su principio y fundación, hasta que fue rendida y desbaratada por nuestros castellanos que (como decimos en otra parte) no fue de hombres el hecho sino de Dios, que quiso hacer esta victoria venciendo a tantos enemigos tan pocos cristianos, como a la conquista vinieron.

CAPÍTULO XXV. *De las casas y palacios del gran emperador Motecuhzuma; de sus jardines, bosques y recreaciones*



UNQUE ES VERDAD QUE HUBO en esta ciudad de Mexico muchos señores y reyes que fueron ilustrando esta ciudad y en ella edificaron palacios y casas reales, no se hace memoria de ellas porque no hubo quien las notase o ya que se vieron no eran de mucha consideración y sólo se trata de los palacios y casas del gran emperador Motecuhzuma, no sólo porque las vieron los nuestros, sino por su mucha majestad y grandeza, que parece, que aunque hubo reyes y emperadores antes de él, la grandeza de todos juntos (la que tuvieron, digo, y la que pudieron tener) se cifró en este monarca excelentísimo; y así se dice que la casa real donde este príncipe ordinariamente vivía, era cosa admirable ver su grandeza, así de salas como de otros retraimientos, altos y bajos, aposentos, puertas y edificios y todas estas cosas muy notables.

Tenía esta casa real veinte puertas que salían a la plaza y a otras calles grandes. Tenían tres patios grandes y en el uno una fuente donde recibía el agua que venía de Chapultepec. Estaban en esta casa real muchas salas y cien cámaras o aposentos de a veinte y cinco pies de largo y otros tantos en ancho (por manera que eran cuadrados) y cien baños en ellos. Los edificios de cal y canto y las paredes de muchas piedras preciosas y particulares (conviene a saber) mármol, jaspe y pórfido y de una piedra negra, que es a manera de azabache, tan lisa y clara que se parecen en ella los rostros como en espejos y de otra piedra blanca que casi se trasluce y es transparente.

Los enmaderamientos eran de cedros blancos y de palmas (que es madera tan dura como hueso), de cipreses y pinos y otras muy buenas y excelentes maderas y todas estas maderas muy bien labradas y entalladas. En una sala de estas casas reales (que era de ciento y cincuenta pies en largo y cincuenta en ancho) tenía Motecuhzuma su capilla o oratorio, todo chapado con planchas de oro y plata, casi tan gruesas como el dedo. Estaba también muy adornada esta capilla de piedras muy preciosas, esmeraldas, rubíes y topacios (según de ella se afirmó, por los que la vieron) y de otras piedras preciosas de otras especies y géneros. En esta capilla o oratorio entraba Motecuhzuma a hacer sus idolátricas oraciones y a cumplir sus votos, si algunos en guerras o por otras causas los hacía; y en este mismo lugar ofrecía los sacrificios que tenía de costumbre.

Las otras casas en que aposentó a Hernando Cortés y a los demás españoles que con él venían, el día primero que en la ciudad entraron, eran casas muy lindas y espaciosas, con salas y aposentos admirablemente edificados, y eran tan grandes y cumplidas que no sólo cupieron los españoles en ellas; pero también otros más de dos mil amigos, indios tlaxcaltecas que venían en su favor y ayuda y toda la gente de servicio que los unos y los

otros traían, y quedaron muy bien hospedados. Estas casas habían sido del rey Axayacatl su padre. No sólo tenía este grande y magnífico emperador casas muy cumplidas y salas y aposentos grandiosos para su morada, para sus consejos y señores y toda la demás gente que llegaba a ser digna de su hospedaje y recibimiento, donde como su misma persona real eran servidos y acariciados; pero por más mostrar el valor ilustre de su grandeza tenía en la misma cuadra y cerca de sus casas otras diversas y cuartos maravillosos para bestias, fieras y animales bravos que en jaulas y aposentos encerraban, y también para aves, las cuales eran de muchos aposentos y con sus corredores fundados sobre pilares de jaspe y cada pilar de éstos, sobre que estos corredores sentaban, era de una piedra. Obra grandiosísima y digna de tan gran señor. Caían estos corredores sobre una huerta muy grande en la que había puestos y sentados a trechos de muy buena y curiosa obra diez o doce estanques; unos de éstos eran para las aves acuátiles que de ordinario viven en el agua y se mantienen de las cosas que en ella nacen y se crían (digo de agua salada), los otros de agua dulce para las que en ella se crían y viven.

Estaban estos estanques dichos muy limpios porque había cuidado muy grande de desaguarlos y limpiarlos y volverlos a henchir de agua limpia y muy espejada, y esto por razón de que la pluma de las aves estuviese limpia siempre; porque hacían de ella (como en otro lugar se dirá) figuras como imágenes, labores admirables en las rodelas y armas y cosas dignas de ver, para la gala de sus bailes y fiestas. Andaban en estos estanques y albercas tanta inmensidad de aves que parecía haberse juntado en aquel lugar todas las que en más de ducientas leguas a la redonda se criaban; todas se diferenciaban unas de otras por ser de diversas colores, especies y formas y por esta causa todos los nuestros que las vieron (demás de quedar muy admirados) no sabían determinarse si en el mundo había más géneros, ni más vistosas y galanas aves; dábaseles a cada especie de ellas la misma comida de que se mantenían en los campos y lugares donde naturalmente se criaban; si se mantenían con grano, dábaseles grano, si con frutas de árboles o arbustas, se los daban. A las que eran de agua y se mantenían de pescado se les daba muy copiosa y abundantemente; y era voz común y verdad averiguada que en sólo el sustento de las aves de agua se gastaba cada día diez arrobas de pescado que pescaban por la laguna. A las que con moscas se sustentaban se las daban; a otras, lagartijas y lagartos y otras viandas con las cuales ellas se mantenían y sustentaban.

Estaban dedicadas trescientas personas para el servicio y cura de estas aves. De estas personas las unas limpiaban los estanques y albercas, otras pescaban los peces y sabandijuelas que comían, otras tenían cargo de darles la comida, otras las espulgaban, otras les guardaban los huevos, otras se los ponían a sus tiempos para haber de empollarlos y sacar aves de su misma especie, otras las pelaban y guardaban la pluma (que era el fin último, sin la recreación ordinaria que de verlas recibía Motecuhzuma) porque tanto cuidado se tenía con ellas y se guardaban para hacer las cosas ricas y vistosas, que de sus plumas se obraban y hacían.

La otra casa de animales era muy notable y grande, con muchos cuartos y aposentos, altos y bajos; en algunos de éstos estaban las aves de rapiña muy curadas y sustentadas. En los cuartos bajos de esta gran casa había jaulas de vigas muy gruesas y fornidas, donde estaban leones, tigres, adives o zorros, lobos y otros muchos animales de diversas especies; y esto es cierto que no se conoció animal de ningún género o especie, en más de trescientas leguas a la redonda de Mexico, que no se trajese a las jaulas y casa de animales de este poderoso emperador, que demás del gusto que en verlos tenía, quiso mostrar en esto su poder y no se contentaba con ver estos animales y aves en jaulas presos y volar en sus estanques, sino que si pasaba volando cualquiera que fuese, mandaba que se la cogiesen y trajesen a sus manos. De esta verdad fue testigo un español de los nuestros, que estando en su presencia vio pasar el emperador un gavilán y, aficionado de su hermosura y vuelo, mandó luego a su gente que se lo cogiesen y trajesen a su presencia y fueron tantos los que tras él salieron y tanta la diligencia y cuidado que pusieron que cogieron al gavilán altanero y bravo y como mansa y doméstica paloma la pusieron en su presencia. No se puede encarecer más la grandeza y poder de la palabra de un hombre, pues llega a vencer su gusto el vuelo natural de una tan ligera y magnífica ave; quisieron decir algunos que hizo esto por mostrar a los españoles cuán obedecido y servido era de sus vasallos y el grande poder que tenía.

Había también de aquellos tan nombrados cocodrillos (que fueron tan celebrados en Egipto, que acá llamamos lagartos de agua), tan grandes y gruesos como grandes y poderosos vigas y de los que rastrean por la tierra que son pequeños; culebras ferocísimas y víboras de admirable grandeza. Otros animales que son comestibles y su hechura es a manera de lagartos pequeños y se llaman iguanas; y para todos los animales que se arrastran por el suelo, había recaudo y servicio de tinajas y vasijas grandes, unas llenas de tierra y otras de agua, cada cosa para lo que era; y todos estos animales en cuartos y aposentos distintos, porque no se mezclasen.

En otra sala estaban las aves generosas, como son halcones, azores, gavilanes de toda especie de ellos y águilas reales y otros menores, y en otra milanos y buitres; y de todos los animales y aves dichas tenía muchas. Para el mantenimiento cotidiano de estas aves y de todos los animales que comían carne, se afirmó que cada día se mataban quinientos gallos y gallinas de la tierra. Era muy grande el número de gente que por todos los señoríos y tierras de este grande emperador andaban cazando y buscando de éstos y otros animales incógnitos y aves de todas maneras para traer a las jaulas y recreaciones de su casa; y asimismo eran muchos los que se ocupaban en cuidar de ellos y servirlos. Los bramidos de los leones, los aullidos y silvos y estruendos que daban y hacían las sierpes y los otros animales y aves cuando pedían de comer, no eran para las orejas de nuestros españoles tolerables, porque causaban asombro y espanto.

Sobre las salas grandes de estos hermosísimos cuartos había otras mansiones y aposentos; unos donde continuamente moraban y asistían hombres y otros mujeres. De estos aposentos había unos donde estaban niños

codos blancos (que en esta nación es cosa monstruosa, por ser todos de tolor moreno y cuasi amulatados) y no sólo en los cuerpos sino también en el cabello. Había en otros cuartos enanos y corcovados, quebrados y contrechos (que de propósito los quebraban y contrechaban cuando niños para el servicio de la casa real, porque en ella se servían de éstos como en otros tiempos príncipes infieles de eunucos) y juntamente con éstos había otros cualesquiera que fuesen prodigiosos y raros en naturaleza. Tenía cuartos apartados para los oficiales de pluma.

Tenía también, este excelentísimo monarca, otras casas dentro y fuera de Mexico de grande recreación y placer, con huertas y jardines de todas las flores que por todo este reino se podían hallar (que no son pocas, sino en grandísimo número sus diferencias); tenía junto con esto otras huertas y bosques donde tenía muchos y diversos géneros de animales de caza, así ciervos como conejos, liebres y otros de otras especies. En estos lugares de recreación tenía sus casas de monte tan limpias y barridas que aunque en la vida hubiese de entrar en ellas, estaban tan limpias como si de continuo las morara; y para todo esto y repararlas había gente mucha dedicada sin ocuparse en otra cosa. En estos lugares las casas de ellos eran todos de ríos, fuentes y estanques admirables y tan de ver y bien ordenados que no pueden ser encarecidos.

CAPÍTULO XXVI. *De la insigne ciudad de Mexico después que la poblaron los españoles*



UCHO DE LO QUE DE ESTA CIUDAD MEXICANA hay que decir está ya dicho cuando tratamos de ella en el tiempo de su fundación y crecimiento en su gentilidad; y aunque es verdad que allí se dijeron por menudo y extenso sus grandezas, es fuerza traer a la memoria en este capítulo algunas, para tratar de ella en este tiempo que es poseída de españoles; porque está tan diferente ahora de como estaba entonces que, sin apartarnos de la verdad, podemos afirmar ser otra muy diferente y no haber quedado de la primera más que el asiento (y éste no con las acequias y zanjas de agua que tenía) y la memoria de que en otro tiempo lo fue de otras gentes y naciones, y en sus arrabales indios que pueden decir que son descendientes de aquellos que la poblaron, señorearon, sustentaron y engrandecieron; y aún entre los que han quedado no hay rastro ni señal de edificio ni otra particularidad que en su gentilidad tuviesen, con ser los sitios que ahora tienen los mismos que en su gentilidad eran parte de la ciudad, y haber tenido uno de sus reyes sus palacios y casas en aquella parte y barrio que corresponde a la ciudad, saliendo de ella a Chapultepec (que es al poniente); por manera que si ahora por ordenación de Dios resucitaran los nuestros y aun los naturales que en sus primeros tiempos la vieron (digo en los de su conquista) no pudieran decir, con verdad, que era aquélla su

ciudad, aunque conocieran su sitio. Y dado caso que sea verdad (como lo es) que fue esta ciudad de Tenuchtitlan tan populosa y célebre, eslo tanto más ahora que está poseída y edificada de españoles, que no tiene comparación; sólo en lo que se le aventajaba la gentílica a esta cristiana era en el número de gente; pero aunque ahora no es tanta son al fin muchos y según me han certificado por cuenta cierta o poco errada tiene siete mil españoles vecinos y son los indios con el barrio de Tlatelulco ocho mil; por manera que por todos son quince mil poco más o menos. Esta ciudad está ahora fundada y constituida en el riñón y medio de lo que antes era poblazón de los indios de este primer barrio llamado Tenuchtitlan; la razón debió de ser hallar entonces nuestros españoles las casas reales y templo mayor de los ídolos en esta parte y ser aquí la corte imperial. No se mezcla esta ciudad con los indios; pero cércanla por sus cuatro partes haciendo barrios por sí, que son los arrabales de la dicha ciudad.

Sus calles son muy hermosas y tan anchas que pueden pasar por ellas tres carretas juntas o nueve y diez hombres a caballo sin impedirse los unos a los otros, y en esto excede a la primera por ser todas angostas. Es en edificios (generalmente) de las mejores y más aventajadas del universo; todas las casas de cal y canto, grandes, altas y con muchas ventanas rasgadas, y balcones y rejas de hierro con grandes primores. Y estos edificios tan lindos y parejos hacen las calles muy lindas y labradas; no tienen vueltas ni revueltas (como por la mayor parte lo son las de las ciudades de España); pero son muy largas y derechas y, como comienzan al principio, así acaban; corren las unas de oriente a poniente y las otras, de norte a sur, cruzando unas] por otras por muy concertado orden y haciendo las cuadras iguales.

Por algunas calles de éstas pasan acequias (que son como en el primer sitio de esta ciudad dijimos, zanjas de agua) por donde se comunican las cosas de bastimento y servicio de república que vienen de los pueblos de la comarca y otras muchas partes, y en particular es una que pasa por el un lado de la plaza mayor y más principal, que es el lugar donde está situada la Iglesia Mayor, Casas Reales y las de cabildo, con todo el trato y comercio de la ciudad. A esta acequia acuden grandísima suma de canoas con las cosas dichas de bastimento, como es trigo, maíz y frutas y de las de servicio, como es leña y yerba para el sustento de los caballos que son muchos en número. Están en esta plaza los portales de mercaderes y sederos a la parte de el poniente; a la de el mediodía caen las casas de cabildo y cárcel (que llaman de abajo, que es el juzgado del corregidor y alcaldes ordinarios). A la del oriente las casas de palacio, donde asiste el virrey de esta Nueva España y Casas Reales donde están las salas de las audiencias de oidores y alcaldes de corte. Tiene repartidos por calles los oficiales mecánicos y esto es lo más común y ordinario.

Tiene esta excelentísima ciudad muchas plazas y mercados donde se trata y contrata en todas las cosas de comercio así de ropas y sedas como de cosas de bastimentos y comidas. Las plazas de la ciudad son tres, todas continuadas y asidas unas de otras. La principal es la que coge en sí las Casas Reales e Iglesia Mayor; en ésta, como se ha dicho, es el mayor trato

de ella. A la parte de el norte le corresponde la plazuela del Marqués, en la cual están sus casas y sale la Puerta del Perdón de la Iglesia Mayor. A la otra parte de esta plaza principal (entre el mediodía y oriente) le corresponde la plazuela de el Virrey, que solía llamarse de el Volador y ahora se llama de las Escuelas; porque las han edificado en ella y son cosa muy insigne y de ver. Divídese esta plaza de la principal con sola una esquina. De la dicha plaza a esta de las Escuelas reales se ha pasado el comercio de los indios y su mercado, por razón de que estén divididos y apartados de los españoles fruteros.

A los principios de la tierra tenía tres mercados de grandísima contratación; el uno era de Santiago Tlatelulco y era el universal de toda esta tierra en tiempo de su gentilidad y en éste había mucho despacho de mercaderías de la tierra y cosas de bastimento. Este mercado se pasó al que ahora se llama de San Juan, aunque jamás falta gente en él a las tardes; pero toda del mismo barrio y sus aldehuelas. El otro es el de San Hipólito y en éste hay mercado y contratación dos días en la semana, que son miércoles y jueves, y a éste concurre gran número de gente de la comarca y de otras tierras apartadas y remotas; hay en este sitio, antes de llegar al dicho mercado, viniendo de la plaza, una alameda y bosque de mucha arboleda por sus calles, muy concertada, que el virrey don Luis de Velasco, el segundo, plantó para recreación de la ciudad la primera vez que gobernó esta Nueva España; enmedio de la cual está una muy linda y graciosa pila y otras que por los cuadros de la dicha alameda la rodean y cercan. Hay otro mercado que se nombra de San Juan, éste es el lugar donde se pasó la contratación del de Santiago y en éste la hay ordinaria, así de indios como de españoles, todos los días de la semana, fuera de los dos dichos (conviene a saber) miércoles y jueves, que se pasa al de San Hipólito. La fuerza del trato comienza poco antes de mediodía y se acaba con la noche, aunque no falta alguna por la mañana.

A esta ciudad se entra por las tres calzadas (que referimos en la descripción que hicimos de ella, de el tiempo de su gentilidad) aunque como ahora hay menos agua en la laguna ha descubierto más suelo por donde se pueda salir de ella; pero esto se ha de entender en tiempo de seca, que en el de aguas, como crecen las llovedizas, no deja descubierto sino sólo el de las calzadas y por ellas se anda; aunque otras dos calzadas se han aumentado en este tiempo que ha que la poseen españoles y es la una la que sale hacia Cuauhtitlan, por donde se anda la carrera de Zacatecas (aquellas minas tan célebres y famosas que han henchido y llenado el mundo de su plata) y la otra, la que se ha hecho para traer por ella el agua de Chapultepec, como abajo se dice. Otra nueva hay ahora, que llaman de la Piedad y es muy grande y muy bien hecha.

Tiene dos maneras de aguas con que se sustenta esta ciudad, una que nace en las fuentes de Santa Fe, dos leguas de la ciudad en una cañada o quebrada que hace aquel lugar hacia el poniente, y viene por atarjea de cal y canto hasta dar a unos arcos que están en el bosque de Chapultepec, donde nace la otra agua que (por vía distinta de la ya dicha de Santa Fe)

entra en la ciudad en atarjea de cal y canto muy alta y viene a dar a la plaza o mercado de San Juan, enmedio de la cual está una muy hermosa y deleitosa pila; y es esta agua el servicio de cuasi media ciudad, así de indios como de españoles. La otra ya dicha de Santa Fe entra por la calzada de Tlacupa y en el principio de la ciudad se reparte a diversas partes y entra en la plaza principal y sirve a la otra media ciudad y barrio de Tlatelulco.

Si las cosas dichas hacen hermosa y linda esta ciudad, no es de menor hermosura (sino lo que más hermosea y alinda) decir lo mucho que la ilustra la gente noble, la cual es tanta en número que se aventaja a otras mayores que ella de las que hay en el mundo; porque apenas se hallará calle donde no hay casas de caballeros y gente principal y no una ni dos ni cuatro solas, pero muchas.

Tiene grandísima suma de caballos de carrera y de rúa, y dudo que muchas ciudades juntas tengan tantos como esta ciudad sola, y es fácil el tenerlos por razón del pienso que es muy abundante, el cual en todo el año no falta verde; porque una parte de él tiene la hoja del maíz, que es con la que se les da el verde y quedan con él gordísimos; y lo restante tienen un junquillo que nace en la laguna, que aunque hace delicadas y fofas carnes, los sustenta en ellas y con el maíz y pajadas que algunos les dan suplen la flaqueza y debilitación del junco. Tiene esta excelentísima ciudad la Santa Iglesia Catedral, cuya cabeza es el arzobispo que en ella reside. Todas sus dignidades son graduados y muchos de ellos en dos y tres facultades. Esta santa iglesia es muy bien servida donde se celebra el culto divino y oficios eclesiásticos con toda la curiosidad imaginable. Florecen en esta ilustradísima ciudad las letras de todas las facultades, como en cualquiera de las universidades del mundo; hay cátedras de todas ellas y muy bien rentadas. Acuden a esta Universidad de todo este reino de las Indias a oír de todas ciencias y facultades y de aquí se reparten a muchas partes de él, donde más son menester y a lo que cada uno se inclina. Verdad es que como los que estudian son tantos y la tierra corta donde todos quepan, se detienen y quedan casi todos en esta ciudad, y de aquí nace ser tan florentísima por tener aislados en ella tantos buenos ingenios y habilidades de hombre doctos, así de lo secular y secular eclesiástico, como de lo regular y religioso.

Demás de la Iglesia Mayor hay otras dos parroquias y juntamente trece conventos de religiosos de todas órdenes y otros trece de monjas, seis hospitales, uno de bubas, otro del Marqués; el cual había edificado para entierro suyo y de todos los conquistadores sus compañeros, aunque su cuerpo está en la ciudad de Tetzcuco depositado; otro, que llaman de los Desamparados, y en éste está la cuna, la cual es un torno donde se reciben todos los niños que no se les conocen padres y en él hay amas que los crían y de él los reparten por personas caritativas que los crían y aquí están ahora los hermanos de Juan de Dios. Está el de los Convalecientes, donde acuden los cachupines y gente pobre que viene de España y otras partes; y aquí está juntamente la casa de los locos. El Hospital Real de los Indios,

donde se curan todos universalmente; y todos tienen sus capellanes, médicos y oficiales, muy cumplidamente.

Hay otras iglesias y entre ellas el Colegio de los Niños de San Juan de Letrán, donde a los principios se criaban niños pobres y otras gentes hijos de españoles, habidos en indias (que como a los principios hubo pocas mujeres españolas, hubiéronlos los nuestros en las naturales de la tierra, los cuales todos se recogían con mucho cuidado en este colegio y se administraban con regalo y doctrina y ahora también hay muchos donde aprenden a leer y escribir). Hay otro que llaman de las Niñas, que se fundó con el mismo intento y ahora hay recogidas en él muchas doncellas y nobles; y de allí las sacan para casarlas y darlas estado. Estos dos colegios cogen enmedio a San Francisco; el de los Niños a la parte del poniente y el de las Niñas a la de el oriente y están espaldas con espaldas; y es la razón, porque por orden de los frailes de esta orden, fueron edificados e instituidos y aun al principio administrados.

Una excelencia tiene esta grandiosísima ciudad sobre todas las del mundo y es, que entre semana, ya que se parezca a las otras en la diferencia de los hombres, el domingo y día de fiesta, no se halla entre ellos distinción; porque tan ilustre parece el oficial como el que no lo es por nobleza y sangre y tan bien vestido sale de su casa el uno como el otro, y no me alargaré en decir que algunos mejor que otros por razón de que el oficial gana a su oficio el vestido que se pone, con que se honra, y el noble muchas veces no puede más que sustentar con pobreza la nobleza de sus padres, y aunque en alguna manera se podía llamar esto desorden, en una tan honrada república bien concertada, parece que no lo es, pues se permite y yo no lo refiero sino para decir la generalidad de la abundancia de esta ciudad sobre todas las demás; porque en esotras de España y otras tierras producen las cosas de sus principios conocidas; y el oficial es oficial y el caballero caballero; y por esta razón es conocido el oficial, también el día de fiesta como entre semana y en esta ciudad de Mexico no; porque como decimos, saca tanta raja, seda, oro y plata el oficial, como el muy rico caballero, dejando envidioso al pobre que se acuerda que lo poseyó en otro tiempo su padre y que él lo ayuna y lasta ahora, y que comiendo muy bien el dicho oficial el desventurado caballero pobre lo suspira y llora. Remato sus excelencias y grandezas con decir que es ahora cabeza de este reino y nuevo mundo descubierto, como en otro tiempo lo era en poder de gentiles, y que en esta ciudad concurren todas las calidades y buenas partes que se pueden pensar para poder afirmar de ella ser de las mejores del mundo, y que ninguna de su tamaño es tan buena y que a muchas mayores excede.

Y porque no parezca que hablo con afición (aunque no niego tenérsela por haberme criado en ella) sino que hablo con la fuerza de la verdad, diciendo todo lo bueno que la alinda y hermosea, teniendo todas las partes necesarias que a una república se piden, quiero referir las que el Filósofo, en el seteno de sus *Políticos* dice[1] que ha de tener una ciudad, de las cua-

[1] 7. Polit. cap. 9.

les es la primera, que sea abastecida de bastimentos para el sustento de la ciudad. La segunda que esté llena de oficios y oficiales y otras artes, por serle muy necesaria para su conservación. La tercera que tenga fortaleza para que los magistrados sean temidos y obedecidos (cuando no por amor al menos por temor). Otra que tenga propios juros y heredades, y cuidado del culto divino (que son sacrificios) y lo que echa a todo lo dicho el sello, que tenga justicia con que se mantenga la ciudad y república en ella. Esto es en cuanto a sus condiciones en el gobierno; pero en el capítulo undécimo del mismo libro pone las que ha menester en el sitio diciendo: que ha de participar de mar y tierra y que sea común a todo el reino; que esté al oriente para que el sol la bañe y los aires la refresquen; que participe de aguas, unas para beber y otras para el servicio de la dicha ciudad; que tenga estanques y fuentes para su recreación. Consideradas estas cualidades y condiciones veremos ser muy propias de esta ilustre ciudad, diciendo acerca de la primera que no la tiene el mundo más proveída por concurrir en ella, no sólo del suelo de su comarca, pero de casi todo el reino, en cuya plaza y calles se hallan todas las cosas más baratas y abundantemente que en las mismas partes donde se crían y hacen.

La segunda que dice, que haya oficiales, digo que son tantos de cada oficio que no hay calle de las que se llaman de comercio y trato que no estén llenas de ellos y no sólo entre los españoles; pero de indios que en casa de los mismos españoles y en las propias suyas trabajan y ganan la vida a sus oficios; y es tanto su poderío en justicia, que si en tiempo de su gentilidad abundaba en ella, siendo cabeza donde asistía el rey y la corte, con los demás tribunales y audiencias, en éste de su cristianismo asiste en ella el virrey y Audiencia con otras justicias y cabildo secular y está tan rodeada y llena de justicia que de ella salen proveídos todos los que la han de administrar en todo el reino, y están tan temidos y respetados que ningún tribunal del mundo más, y de aquí nace haber mucho concierto y buen gobierno en ellas.

Los propios, que dice el Filósofo que ha de tener, tiene aventajadamente; entre los cuales se cuenta la sisa del vino, que es de muchísimo interés e importancia, lo cual se gasta en los reparos de la ciudad y obras públicas y en vestirse los del cabildo, cuando los señores virreyes vienen de España y entran nuevamente en ella, cuyos recibimientos son tales y tan buenos que han menester libro particular, y por no ser materia de mi obra lo callo y lo dejo a los que de propósito escribirán de ellos. En lo que toca al sitio ya está dicho cuan bueno es, y que si hay ciudad en el mundo bien favorecida y acompañada de agua y tierra para las cosas de su provecho y servicio es la de Mexico, estando como está situada en el agua y ella pegada a la tierra, de cuyas dos partes le viene todo lo necesario para su conservación y sustento, muy ajustado al deseo y a pedir de boca y gusto.

Habiendo pues dicho de ella estas cosas, que parece que la hacen ilustre y muy preciada, será bien que consideremos más de propósito otras mayores circunstancias que más la ilustran y engrandecen (que no es bien que habiendo tratado de su suelo y sitio y materiales edificios, dejemos de acor-

darnos de otras cualidades que más la honran) y sea la primera notar (como dijimos en la situación y descripción primera de esta ciudad, en tiempo de su gentilidad) cómo está fundada la iglesia mayor en el mismo sitio que antiguamente el templo mayor del demonio; porque quiere Dios que se conozca que si por algún tiempo le permite y da mano para que se muestre glorioso a los ojos corporales de los ciegos hombres, llegue el desengaño cuando ve su divina majestad que más conviene y que en los mismos lugares que ha puesto su trono sea destruido y levantado el estandarte de sus gloriosas victorias; y si antes tenía cuarenta templos menores al derredor del mayor, ahora tiene cuarenta iglesias, así de clérigos como de frailes y monjas, donde es Dios ordinariamente alabado con divinas alabanzas y cánticos y en todos éstos se celebran todos los días misas, y pienso que son más de quinientas y cincuenta o seiscientas. Otra nota no es de menor importancia y es saber cómo el convento de mi padre San Francisco está sentado en el lugar que antes era casa de recreación y estanque de aves de volatería del rey Motecuhzuma, y la iglesia de este convento fue la primera que hubo en esta ciudad, la cual fue edificada el año de veinte y cuatro, que fue el que entraron los religiosos en ella, cuya capilla mayor fue hecha con solicitud y cuidado de don Fernando Cortés, marqués del Valle; era de bóveda y piedra labrada la cual se quitó de las gradas y escalones del templo del demonio; y las que antes servían de escalones para subir al altar de satanás, ahora fueron sentadas por techo hermoso de la casa de Dios, para que se entienda que la misericordia de Dios juntó estos dos pueblos (conviene a saber) cristiano y gentílico, como en otro tiempo hizo (como dice San Pablo)[2] de los pueblos gentílico y judaico, y la piedra reprobada de los artífices y oficiales (como dice David) fue hecha cabeza en lo alto y cumbre de esta iglesia.

Aquí en este convento está la capilla de San José, patrón de toda esta Nueva España, a la cual concurre su día todo el pueblo, virrey y Audiencia, donde los religiosos dicen la misa y predican por estar a nuestro cargo la doctrina de los indios de ella, los cuales la poseen por propria; es cosa muy insigne y muy bien y altamente labrada como en otra parte decimos. Estaba en el patio de este convento (que es muy espacioso y grande) una cruz, más alta que la más alta torre de la ciudad, y se divisaba antes de entrar en ella por todos los caminos y alderredores, y era grande alivio para los caminantes verla tan alta y levantada; la cual se hizo de un muy alto y crecido ciprés que se había criado en el bosque de Chapultepec (que como hemos dicho está cuasi una legua de esta ciudad, al poniente) el cual (según dijeron indios antiguos) lo tenían los mexicanos por cosa deífica, y así lo limpiaban y escamondaban muy de ordinario y con sumo cuidado en tiempo de su gentilidad, y luego que entraron los religiosos y tuvieron casa, cortaron el dicho ciprés y levantáronlo en cruz enmedio del patio.

Pero sucedió que hecha la cruz y queriéndola levantar los señores mexicanos (que todos eran principales los que asieron de ella) y estando muchí-

[2] Ad Ephes. 2.
[3] Psal. 117.

sima gente presente, por más que hicieron fuerza para levantarla no pudieron moverla del suelo; y a esta sazón estaba un santo viejo, religioso, en el coro en oración, el cual vido en revelación cómo el demonio estaba asido de la cruz y la apesgaba, y saliendo del coro con priesa bajó al patio y apartando la gente dijo: ¿cómo han de levantar esta cruz, estando asido de ella el que está? Y llegándose a la cabeza de la dicha cruz dijo: apártate, maldito, levantarán la cruz de Jesucristo, y el estandarte de la fe será enarbolado. Luego vieron todos visiblemente al demonio que estaba asido de ella, el cual huyó y levantaron fácilmente aquel árbol (semejante al de nuestra espiritual vida, donde pendió el remedio de nuestras saludables esperanzas) y quedaron los presentes muy espantados y más firmes en la fe. Derribáronla después de hecha la iglesia nueva porque decían los maestros que declinaba sobre ella y llevaban por reliquia sus astillas. En este mismo lugar, donde el demonio tenía su templo, vemos que están las casas arzobispales, el cual antes era donde asistía el sacerdote mayor de los ídolos y ha trocado Dios en ellos mismos el culto y adoración; porque si antes era idolátrico, ahora es divino y si en aquel tiempo gentílico allí eran sacrificados cuerpos de hombres al demonio, ahora es ofrecida en hostia aplacable la carne y sangre de Jesucristo, por la redempción de los hombres y por esta razón vuela mucho más ahora su fama que en los tiempos pasados; porque por los cristianos en éstos resplandece la fe y la que antes era maestra de errores y pecados (como San León dice de la de Roma), ahora es discípula de Cristo y enseñadora de verdades y la que antes estaba en tinieblas y obscuridad, ahora campea con rayos de luz y resplandor de doctrina católica y cristiana. Y así digo que más la ensalza y engrandece la sujeción y obediencia que ahora tiene a la católica majestad de los reyes de Castilla que el tiránico señorío con que en otro tiempo quería y sujetaba a todos; porque entonces era una Babilonia y república de confusión y maldades y ahora otra Jerusalén, madre de provincias y reinos. Entonces andaba e iba donde quería, según la voluntad de un idólatra que la regía con leyes bárbaras y tiránicas, ahora está dilatada y regida de príncipes cristianos que la gobiernan con leyes ajustadas a la de Dios. En otro tiempo regida por autoridad del demonio sacrificaba hombres en número grandísimo, cuya sangre se le ofrecía como a bestia fiera que de sangre humana y corazones de hombres se mantiene, ahora con oraciones y con fiesta alaba al señor de los señores y cree en Jesucristo nuestro señor. Y concluyo con decir que tiene ahora más ángeles buenos que la defienden y amparan y socorren en sus peligros que ángeles malos y demonios fueron en otro tiempo contra ella para derribarla en ofensas y errores.



CAPÍTULO XXVII. *De la insigne ciudad de Tetzcuco y casas y palacios del rey*



NA DE LAS MAYORES POBLAZONES que se hallaron en esta tierra, luego que los nuestros entraron en ella, fue la populosa y magnífica ciudad de Tetzcuco, la cual, según cuenta cierta y verdadera, tenía ciento y cuarenta mil casas, pero no se ha de entender que toda esta casería estaba recogida y junta, porque aunque en su mayor parte lo estaba, otra mucha estaba repartida como en familias y barrios; y de tal manera corría esta poblazón desde el corazón de ella (que era la morada y palacios del rey) que se iba dilatando por tres o cuatro leguas. Esta ciudad fue antiquísima morada de los chichimecas primeros que vinieron a esta tierra, donde pasaron su imperio y la hicieron cabeza de él; y en sus principios no la habitaron sus gentes en casas, sino en cuevas y guaridas de piedras y peñascos, hasta que viniendo los aculhuas (gente política y de razón) que la fundaron y redujeron en aquel sitio y sacaron de las cavernas y selvas a los chichimecas.

Fue ésta ciudad imperial, y gozó de nombre de cabeza del chichimeca imperio muchos años, hasta que un vasallo del imperio, llamado Tezozomoctli, rey de Azcaputzalco, por traición mató al emperador (como en las historias de los reyes se cuenta) y se alzó con el imperio y así quedó Azcaputzalco (que era su ciudad) con el nombre imperial aunque le duró poco; porque prevaleciendo el pueblo mexicano con ayuda del heredero de Tetzcuco no gozó desde entonces de este nombre; nunca perdió su antigua estimación y siempre tuvo rey y señor legítimo que la regía y gobernaba y era igual con el de Mexico. Tenía esta ilustre ciudad la gente muy cortesana, porque como siempre había sido corte quedó con el lenguaje y trato cortesano, con mayor policía que todas las demás ciudades y reinos; y así vemos ahora, los que entendemos su lengua, que es la tetzcucana la más elegante y pulida de todas las familias que la hablan.

Había en esta ciudad muchos y muy buenos edificios, y aunque había muchas casas de señores que la ilustraban, fueron dos las que (entre otros de los pasados y presentes) pueden ser de mucha y célebre memoria; el antepenúltimo rey que la gobernó, llamado Nezahualcoyotl, que edificó sus casas y palacios muy grandes, cuyo asiento fue un suelo de terrapleno de más de tres estados en alto, encima del terraplenado edificó sus casas con grandísimas salas y aposentos, y por huir prolijidad digo que eran tales que bien podían gozar el nombre de imperiales. A su lado (digo a la parte del poniente) le caía la laguna grande salada, la cual se veía desde cualquier parte del palacio muy clara y distintamente por estar tan alto. Tenía a la parte del mediodía una huerta de grandísima recreación, la cual cercaban más de mil sabinas muy altas y crecidas y un muy ancho y espacioso foso de agua que era de un río que por él corría, y aunque ahora está muy arruinado este real edificio, está aún cuasi entera la cerca de las sabinas.

El hijo que heredó a este monarca, llamado Nezahualpiltzintli (de más de ser muy sabio en ciencia natural), era grandísimo arquitecto, y así edificó otros palacios, donde hizo su morada, tan aventajados a los que su padre había hecho que no tenían comparación ninguna. Edificólos un poco apartados de los de su padre, a la parte del norte, y tan artificiosos que parecían un muy proprio laberinto de los que los antiguos usaron; tan ordenados sus aposentos y recámaras y con tantas entradas y salidas (en lo interior de la casa) que si no llevara guía el que en ellos entrara, era fácil perderse. Tenía (y tiene de presente) un patio, antes de entrar en este interior que hemos dicho, muy grande todo enlosado, muy igual y parejamente, enmedio del cual está una muy crecida y gruesa sabina que cuasi hace sombra a todo el patio. Tiene muchas salas y aposentos, a la entrada de él, muy grandes y buenos; y en este patio hay un terrapleno de más de vara y media de alto que hace un ambulatorio de doce o trece pies de ancho, con un pretil de una vara en alto, todo de piedra labrada y encalado. Están tres salas (que llaman en su lengua calpules) que cogen de esquina a esquina todo el patio; son (ciertamente) piezas muy de ver, éstas servían a los señores de los reinos e imperios comarcanos; la una era del consejo mexicano, cuando por alguna causa iban a Tetzcuco; otra del rey y consejo de Tlacupa y la otra del consejo de el mismo reino tetzcucano. Sobre estas grandísimas salas hay otros cuartos y aposentos que tienen otros ambulatorios y pasadizos donde los reyes y señores de la casa real se recreaban y algunos dormían, todo muy curioso y de ver.

Tenía (y tiene, aunque no tan vistosa ahora) una huerta de muchísima recreación, de muchas flores y yerbas odoríferas. Tienen en un patio interior que corresponde a sus dormitorios piedras de espantable grandeza, puestas allí a mano y todas cavadas por mil partes que hacen a manera de piletas donde echaban agua y venían a beber pájaros de diversas maneras, a los cuales tiraba el rey con cerbatana desde su sala y retrete, sin ser de los pájaros visto y de esta manera mataba muchos; y esto tomaba por recreación todas las mañanas y tardes. Tenía enfrente de sus palacios un estanque y alberca de agua tan grande como toda la cuadra de su casa, estaba también cercado y íbase a él por debajo de tierra, por una bóveda que entraba de la esquina de la huerta a la esquina del estanque y entraba en él por canoa, de manera que de nadie era visto. Este estanque tenía grandes recreaciones de aves y otras cosas de agua en que se entretenía él y los que consigo llevaba, que solía ser alguna de sus más queridas mujeres.

Había en esta ciudad muchos y muy sumptuosos templos y el principal y mayor era tan grande que excedía al templo mayor de Mexico, con siete o ocho gradas o escalones. Su dios principal, a quien estaba dedicado, era llamado Tezcatlipoca. Sus rentas y proprios eran muchos y tenía pueblos adjudicados en mucho número que lo servían. Tenían estos señores tetzcucanos unas casas de bosque, una legua de esta ciudad, tan maravillosamente labradas cuanto se puede pensar. Están sentadas en unas lomas y pedregales que corresponden a la ciudad por la parte de las sierras del oriente. Son casas de mucha recreación y a éstas venían algunos tiempos

del año a espaciarse y a descansar de los cuidados ordinarios del gobierno. En ésta se recogió el gran señor y rey Nezahualcoyotl siendo ya muy viejo, cuando dejó el gobierno a su hijo Nezahualpiltzintli.

No tiene esta ciudad la multitud de gente que en su gentilidad tenía, pero es de las buenas que ahora hay en la Nueva España. Hay en ella muchos españoles y sus comarcas y tierras son todas labranzas de pan, donde se coge mucho y muy bueno. Tiene un riachuelo que pasa por una parte del pueblo y suele ser algunas veces peligroso, en especial el año de 1597 salió tanto de madre que anegó muchas casas del dicho pueblo y pasó por medio de él como si fueran aguas de aquel general y universal Diluvio y causó más espanto y temor por razón de ser de noche que no se podía prevenir el remedio ni se sabía hacia dónde huir el daño. Tenía en su contorno y redondez, esta ciudad, muchas y muy grandes poblaciones, en especial tres que están pegadas a sus arrabales, donde hay conventos de religiosos franciscos, que son los que tienen la doctrina de la ciudad y su comarca.

CAPÍTULO XXVIII. *De la laguna mexicana y comarca de esta gran ciudad con sus sierras y montes*

NO SERÁ JUSTO QUE LLEGANDO A OCASIÓN de leer estos capítulos que atrás quedan escritos acerca del asiento, poblazón y grandeza de esta ciudad de Mexico, así en el tiempo de su gentilidad como en este presente que la habitan y moran españoles, quiera el lector notarme de apasionado por ella, pareciéndole que lo estoy en contar sus grandezas que aunque es verdad que una de las tres cosas que ha de ser defendida (como lo notan todos los antiguos, prudentes y sabios y fue la mayor de los hombres) es la patria (gloria del elocuentísimo Cicerón que fue morir diciendo: finalmente muero por mi patria, tantas veces por mí defendida), aunque no lo es mía, ésta al menos téngola por propria, por haberme criado en ella y así digo que no ha sido mi intención encarecer patrañas sino decir verdades muy conocidas y en realidad de verdad digo que antes he quedado corto en contarlas que demasiado en encarecerlas. Y ciertamente que si hubiera de poner todas las cosas que en memoriales antiguos he hallado escritas (demás de lo que yo tengo muy averiguado y visto) que parecieran de libros de caballerías donde no se pretende más que decir mentiras a montones, como en el lenguaje mismo que se escriben de verdades; y confieso que hago agravio a todos los que acerca de esto han escrito y dejado estas cosas en memoria, en no decirlas todas y con el mismo encarecimiento que se escriben, pues son personas abonadas los que las testifican, entre los cuales son el que llamaban el padre de Las Casas, que fue obispo de Chiapa y de la Orden de los Predicadores y uno de los primeros (como en su lugar se verá) pues corre la misma razón con sus escritos que en otros tiempos corrió con los antiguos escritores, que para creerlos no hubo ni hay más

testigos que los abonen que la fe humana con que les creemos sus escritos, es razón que estos padres y otras gentes que vieron estas cosas y las notaron, sean creídos, y yo con ellos, pues no sirvo de más que de referir sus dichos y contar los que de presente ven y saben los presentes, a los cuales hago testigos de estas verdades.

Habiendo pues tratado del sitio de esta ciudad hemos de tratar ahora de su comarca y cosas pertenecientes a su adorno y frescura. Está cercada y rodeada de montes y tiene una muy hermosa corona de sierras al derredor y no es mucho que siendo emperatriz de este reino e imperio mexicano, tenga sobre sí corona tan hermosa y linda con la cual está adornada y abastecida de todo lo necesario. La mayor parte de estas sierras son montuosas (mayormente las que pueden bañar el norte que cogen a esta ciudad al oriente, poniente y mediodía, porque estotra parte del mismo norte es más rasa y todos sus cerros más pelados y pedregosos que montuosos. Son sus montañas de muy buenas arboledas de cipreses, cedros, sabinas, pinos y otros géneros que por excusar prolijidad callo). De estas montañas bajan arroyos y ríos, y en sus laderas y en contorno nacen muchas y muy grandes fuentes. De esta agua (juntamente con la llovediza) hacen una muy gran laguna que se divide en dos partes; la una es de agua salobre (y ésta es la grande) que le cae la ciudad de Tetzcuco al oriente y la de Mexico al poniente y queda ella enmedio; la otra parte es de aguas dulces y sabrosas. Esta parte de la laguna dulce le cae a esta ciudad al mediodía y al poniente y corre mucha parte de esta llanada, dentro de la cual fue la fundación de esta ciudad. Esta parte de la laguna dulce entra en la salada por razón de estar alta y así corre a la segunda parte que es la salada y se incorporan las dos aguas, y forman la una y la otra la grande y honda laguna salada, la cual tiene de travesía, yendo de Mexico a Tetzcuco, cinco leguas y de largo ocho y de bojeo, catorce; en contorno y veras de esta laguna hay muchos pueblos que lo fueron en su antigüedad de grandísimo gentío.

Estotra laguna de aguas dulces debe de tener de ruedo y bojeo otras tantas leguas, cuyas orillas y contornos gozan de otras muchas poblazones, en cuyo medio está la ciudad de Mexico, aunque en estos tiempos está su suelo continuado con el de la tierra firme. Enmedio de esta laguna dulce hay muchos pueblos situados y es la razón no ser laguna formada ni tener sus aguas continuadas y seguidas en un lugar, sino divididas en acequias y camellones, en los cuales hacen los naturales sus sembrados y sementeras. Toda esta llanada que incluye y encierra en sí esta corona y contorno de sierras que dijimos, tuvo en su gentilidad millones de gentes y pueblos muchísimos; y aunque de presente son los mismos pueblos es muchísimo menos el número de la gente, porque de cien partes no hay la una (como en otra parte decimos). Hay en este contorno y ruedo que hacen estas sierras y en todas estas llanadas más de quinientas iglesias en las cuales se dice misa al año (en la que menos) tres veces. Entre estas iglesias, hay cuarenta y dos, donde asisten curas y ministros de doctrina, de clérigos y frailes de todas órdenes, aunque la de San Francisco administra la mayor parte de estas doctrinas. Todas estas poblazones dichas cogen enmedio a esta fa-

mosísima ciudad, y la tienen por corazón, sentado en el cuerpo místico de esta república.

Y aunque esta célebre ciudad es toda un huerto o jardín (en especial considerada por la parte del mediodía y poniente) los tiene con otro mucho número de huertas, de grande recreación, donde hay de todo género de frutas, así de las que la tierra en diversas partes produce, como de las traídas de España y corren por esta parte del poniente más de una legua. Tiene los baños calientes (que se llaman del Peñol) metidos en la laguna, distancia de una legua y caen a la parte del oriente. Otro bosque de recreación (que se llama Chapultepec) le cae a la parte del poniente, otra legua; y todo aquel sitio y contorno es de huertas y recreaciones.

Todas las faldas y laderas de estas sierras, que cercan esta famosísima ciudad, son labranzas de trigos y mucha parte de sus llanadas, donde se coge grandísimo número de cahices y hanegas. Y no se ha de entender que está esta ciudad como ahogada de estas sierras que hemos dicho y que está sentada como en hoja, sino que está muy desenfadada y escombrada, porque por la parte del oriente (que es donde cae la laguna salada) las tiene apartadas y desviadas más de seis leguas, por la del mediodía más de cuatro, por la del norte más de ocho o diez (y en esta parte son los cerros no muy grandes, hasta dar al de Tepepulco doce leguas de esta ciudad), por la parte del poniente, que es por la que más se comunica con la tierra firme, los tiene a legua (comenzando a considerarlas desde sus laderas y faldas). Estas laderas y lomas son las famosas tierras que se llaman los Altos de Mexico, que fueron las primeras labranzas de pan que hubo en esta tierra. Bien pudiera en esta ocasión tender las velas de la consideración y pintar estos lugares más frescos y recreables de lo que van escritos, si tuviera lenguaje suficiente para corresponder al intento; porque de contarlo con estilo corto a verlo con las especies largas de la vista hay mucha diferencia; porque verdaderamente me parece este lugar (con todo lo en él referido) no menos que en otro tiempo pareció aquella región del Jordán, donde caían aquellas numerables ciudades de Sodoma y las demás con sus fresquísimas riberas, graciosas alamedas y amenos campos, de quien refiere y dice la Escritura,[1] que parecía un paraíso de Dios; todo lo cual visto de Loth, sobrino de Abraham, apeteció para su vivienda y morada; y por no parecer demasiado en contar estas grandezas quiero poner aquí formalmente las palabras que el padre fray Toribio dice, hablando de este lugar y contorno, las cuales son: no piense nadie que me alargo en contar el blasón de Mexico, porque en la verdad muy brevemente he tocado una pequeña parte de lo mucho que se podía de ella decir y blasonar; porque creo que en toda nuestra Europa hay pocas ciudades que tengan tal asiento y tal comarca y tantos pueblos al derredor de sí y tan bien situados; y aun dudo si hay alguna tan buena y tan opulenta cosa como Tenuchtitlan y tan llena de gente; que tiene esta gran ciudad Tenuchtitlan, en su contorno, grandes ciudades e infinitas recreaciones. Éstas son palabras de este santo religio-

[1] Genes. 11.

so, que por excusarme, con el que me hubiere tenido por prolijo e importuno en contarlas, las he referido.

Otro lugar hay en la provincia de Palestina que llaman el mar de Galilea, que aunque se llama mar, no lo es en realidad de verdad, como los que se conocen mares por el mundo; pero llámase mar porque a todas las congregaciones de aguas que hacen lagunas llaman los hebreos mares, como se ve en el *Génesis*,[2] que a las congregaciones de las aguas llamó mares; de manera que este mar, hablando legítimamente, era laguna, en cuyas riberas (como nota Plinio)[3] estaban situadas ciudades y villas de grandísima recreación, por cuyo medio pasan las del río Jordán, que las hacen dulces y abundantes de mucho y muy buen pescado; y tienen cercanas a sus playas, huertas y jardines y muchedumbre de arboledas. Este lugar hallo que se le parece en el asiento y poblazón mucho, el cual engrandece Josepho[4] diciendo muchas más cosas que Plinio notó, entre las cuales dice éstas (conviene a saber): que son fertilísimas riberas, sembradas de árboles fructíferos, y todas sus comarcas labradas y sembradas de semillas y panes, cuya fertilidad enamora a los hombres y los provoca a que de continuo las siembren, sin dejar suerte de todas ellas que no esté sembrada y ocupada con cosas de el sustento humano, en cuyo circuito y contorno hay infinidad de ciudades y villas de las cuales la menor poblazón pasa de quince mil vecinos y todos dados al arte de la cultura y labranza. Éstas son sus palabras en el lugar citado, las cuales notadas se verá cuán parecida es esta nuestra laguna y comarca mexicana a la referida de Galilea; pues tan cercada está de huertas, de arboledas y frescuras, de ciudades y villas, que en su gentilidad eran sin cuento sus moradores y todos dados a la cultura y labranza de las tierras, de las cuales jamás dejaba de sembrarse fuerte ninguna de ellas, dando de ordinario pan muy abundante y comunicando a sus moradores ordinario sustento. Esto no contradice a lo que en otra parte decimos de las hambres que hubo en esta ciudad, porque allí se ha de entender de las cosechas de tierra firme. Y era cosecha tan segura la de todos los años en toda esta laguna, que un año que hubo avieso y no se cogieron las mieses con el concierto y abundancia que antes, se admiraron sus moradores, y confesaban no haber visto ni oído tal cosa a los pasados; de manera que si Josepho engrandece tanto el mar o la laguna de Galilea, por su abundancia y frescura, no carece de esta misma alabanza y grandeza esta nuestra mexicana, en cuyo sitio está esta tan hermosa y abundante ciudad, llamada Tenuchtitlan o Mexico.

En estas lagunas dulce y salada solían entrar siete ríos que, aunque no eran grandes, eran suficientes para tenerlas llenas de agua; y ésta era la causa porque esta ciudad estaba cercada y rodeada de ella y así criaba mucho pescado que llaman blanco (que son unos peces de a palmo el que más) y otros algunos de otras especies aunque todos pequeños; y éstos se crían ahora, aunque no en tanto número; lo uno por ser menos las aguas

[2] Genes. I.
[3] Lib. 5. cap. I.
[4] Ioseph. lib. 2. de Bello Iudaic.

dulces donde se crían; y lo otro por la mucha saca que hay. Comenzó a menguar (según se dice) el agua de esta laguna el año de mil y quinientos y veinte y cuatro y han ido en grandísima disminución las aguas desde entonces; y es en tanta manera que cuasi lo más de la laguna dulce, por las partes del norte y poniente, está seca y enjuta y la salada muy resuelta y encogida, dejando grandes playas secas y enjutas.

Qué haya sido la razón de haberse ido disminuyendo estas aguas en su principio, no la sabré dar, porque no hallamos escrito que tuviesen algún fundamento; si ya no es que así como las aguas de el Diluvio (después de haber castigado Dios a los hombres con ellas) fueron luego disminuyendo, en señal de paz y de merced que Dios hacía al mundo, así, ni más ni menos, habiendo hecho un tan gran castigo en esta gente idólatra, satisfaciendo con él muchos pecados que contra su majestad se habían cometido, muriendo en la conquista la mayor parte de la gente, en señal de el aplaco de su ira, con la entrada de su fe y evangelio, quiso dar señal en la diminución de estas aguas.

Pero dejada esta razón (que más toca a las cosas espirituales que a la fuerza de la historia) digo, que la que yo alcanzo y hallo que puede haber sido, es haberla desangrado de estos arroyos y ríos (que como venas en un cuerpo que con su sangre lo sustentan y fomentan, así las sustentaban y fomentaban) habiéndolos todos sacado de sus madres para regar con ellos muchas tierras que de presente se siembran de trigo y para otras cosas de el servicio de haciendas; y ésta es la razón porque faltan sus aguas en tiempo de verano y seca; y por ésta misma razón menguan las de la laguna y se seca en grandísima distancia; y las acequias, que son de agua dulce, vienen a quedar, en lo interior de la ciudad, casi secas; y las de fuera, en muy gran parte menguadas. También le han quitado, desde sus principios, las aguas de Chapultepec y Santa Fe, las cuales entran encañadas; y estas aguas (que son muchas) henchían su parte, y así, aquel lado de Chapultepec está seco, siendo verdad que antes que se tomase esta agua, hacía laguna aquel lugar. También se prueba por qué por estotra parte de el norte (aunque caído al poniente) había otros ojos de agua que nacían junto a Azcaputzalco, los cuales hacían laguna todo aquel sitio y después que se ha encañado y entra por caño, en Santiago, se ha secado aquel pedazo de laguna, de manera que esto la seca y ha secado; y como algunos no advierten esta razón se admiran de esta mudanza y lo atribuyen a que los tiempos se han mudado en sus influencias; y aunque es verdad que es buena esta razón y muy verdadera, acerca de otras cosas, al menos no lo es para ésta que hemos referido; porque nace su sequedad de las sangrías que le hacen, quitándole el ordinario cebo de sus aguas, el cual tenía de los ríos que en ella entraban y con este desaguamiento la rinden y secan; porque vemos que, en lloviendo, comienzan a henchirse y quedan llenas las llanadas, que en lo antiguo lo estaban y que no ha sido el faltar de estas aguas tener sumidero en lo interior de la laguna (como algunos han querido decir y pensar), porque a ser así, en tiempo que no llueve, ni tiene fomentación y cebo de aguas de las que los ríos lo socorrían, se desaguara de

todo punto y quedara el sitio y lugar de la laguna seco, lo cual vemos al contrario y que no se seca; luego la que la tierra chupa y embebe en sí, esa sola es la que falta y viene a diminuir por tiempo de el año tanto, que si luego no fuera socorrida con aguas llovedizas de todo punto faltara.

Y siendo esto así, se ofrece ocasión de dudar, ¿cómo, quedando llenas estas lagunas, con las aguas llovedizas, no se sustentan, por todo el año, en aquel colmo y llenura, y más no faltándole el agua de los ríos que en tiempo de seca desangran, por razón de los riegos? A lo cual digo: que no se hinchen como antiguamente; quiero decir, que no llegan las aguas llovedizas y las de sus arroyos y ríos al parejo que en su antigüedad estaban, sino que sólo sirven de henchir los lugares de el suelo, para que no se parezca parte ninguna de la tierra, que de atrás estaba cubierta de ella; pero que esto es de manera que no sube, con mucho, al parejo que antes estaba; y la razón que hallo para no admirarme de que en tan breves días, después de pasadas las aguas (que comúnmente es por octubre), se vuelva a secar y quedar como al principio de las aguas, es decir, que como está enjuta y seca la tierra y no pasada, ni calada, como cuando está con aguas continuas, por esta causa se seca presto; porque las aguas que están en la superficie de la tierra van pasando y calando los poros de ella e incorporándose con lo interior de su cuerpo y todo lo que va sumiendo hacia abajo es lo que va faltando de encima, y los aires que por su parte van secando mucho.

Esto, como queda referido, escribí el año de mil y seiscientos y cuatro, y luego el siguiente, de cinco, vino tanta agua sobre esta ciudad que cuasi todo el suelo de ella se anegó, si no fue en algunas pocas calles que estaban más altas de otras. Fue la inundación y acometimiento de el agua muy grande (como en otra parte decimos) y hubo calles que se pasaron en canoas, por haber subido mucho el agua en ellas, que turbó la ciudad y la puso en aprieto y se hinchó la laguna salobre y todos los campos de agua; y aunque el año siguiente, por no ser muchas se fue secando, volvió luego, dos años después a crecer el agua; y aunque no con aquella pujanza y fuerza, al menos de manera que tiene llena la laguna y casi todos los campos que antes se anegaron; y no bajan las aguas, y aunque se secan y enjugan al tiempo de la seca, no al menos de manera que mengüe y falte de todo punto; y ha sido caso que ha puesto a muchos en cuidado y aun ha habido quien ha querido atribuirlo a castigo particular con que Dios está amenazando esta ciudad; y aunque es bien que entendamos que pecados son causa de inundaciones que Dios envía sobre ciudades (como sucedió en la general de el mundo, donde todos perecieron), con todo, debemos investigar causas naturales a que podamos atribuirlo; y así digo, que la que se ofrece (y parece ser la verdadera y cierta) es haberse llenado de cieno y lama todo el vaso de la laguna y todos los otros lugares que antes estaban más hondos. Y para que mejor se entienda, es de advertir que como ha ido creciendo el número de españoles y todos dan en tener labranzas y sembrar, se han ido cultivando todas las tierras a la redonda de esta laguna y otras muchas más en las gargantas de las sierras que la contornan, bojean

hasta las montañas y arboledas (que por ser monte no se cultiva, ni labra) y como no hace tez ni rostro la tierra y está mullida y blanda, en lloviendo se llevan las aguas la flor y nata de ella y como no tiene otro paradero ni desagüe más que esta laguna y llanadas y siendo muchas las avenidas, cuando llueve entra en este receptáculo el agua; y como la tierra busca su centro (aunque es flor y nata, la que ha traído el agua, incorporada en sí, aunque es poca y no mucha) siéntase en el suelo, sobre la otra tierra; y como es una vez y otra y tantas, va levantando aquella superficie de tierra al paso que va recibiendo, y con todo lo que recibe de lama, que va hinchendo el hueco de el vaso y receptáculo que la laguna tenía, va quedando menor y menos capaz para recibir en sí las aguas; y como estas aguas siempre sean unas cada año en cuantidad (aunque algo más, o algo menos unos años con otros) y el vaso no sea el mismo que antes para recibirlas (porque por haber recibido tierra no tiene capacidad para recibir agua) por esto se derraman y van extendiéndose por el suelo llano; porque en el hondo, que antes tenían, ya no caben. Y esta verdad se prueba en el valle de Atrisco, cuyas tierras, por la parte alta de el convento de San Francisco, se sembraban a los principios que se comenzaron allí las labranzas, y en aquellos primeros tiempos no pudieron sembrarse las que están hacia el oriente, debajo de el mismo convento, porque eran pantanos y cenagales; y como aquel valle todo es de riego (como decimos en otra parte) fuéronse robando de un año a otro las tierras altas y venídose la flor de la tierra a la parte baja, que era ciénaga, donde se empapaba y consumía el agua con que arriba se regaban los trigos; y después quedó la ciénaga y pantano tan buena tierra y tan enjuta, que ahora son las mejores labores de el valle, y las primeras están esquilmadas y flacas porque la tierra que tenían se la ha llevado el agua de los riegos a esotras que no la tenían para ser sembradas; de manera que se ha ido hinchendo aquella hoja y ya no tiene la humedad que tenía, porque la tierra que ha recibido ha sido mucha.

Esta misma verdad se verifica en todas estas llanadas de esta laguna y en el mismo vaso y receptáculo de ella, que se ha ido llenando con la flor de la tierra que baja de las labores; y así se ven muchas de las labranzas ya faltas de tierra y descubierto el tepetate y tosca que estaba debajo y sin tierra, y es fuerza confesar que la tierra que allí falta, pues no se ha consumido, que ha ido a otra parte; y no habiendo dónde vaya, sino a estas llanadas, hemos de conceder que se ha quedado en ellas y que han de haber henchido otro tanto lugar acá, como por ella han desocupado; y ésta es la causa, a lo que pienso, y no otra. Algunos han querido decir que sería cosa muy saludable que esta laguna se secase de todo punto, porque por razón de ella es húmedo el suelo de la ciudad y cielo que lo contorna y bojea, y por consiguiente enferma, y por ventura debe de haber sido ésta la causa de haber cegado la mayor parte de las acequias y casi todas; y en realidad de verdad imagino que se engañan todos los que lo dicen, porque a mi juicio (salvo el de los señores médicos, cuya facultad no he estudiado, si no es la filosofía, sobre la cual, como en cimiento, han

edificado la casa de su medicina) sería más enferma, pues quedarían salitrales, cuyos polvos cegarían la ciudad con los aires que de continuo soplan; y vemos que cuando va faltando el agua sale un olor de marisco que inficiona a los hombres; y como sea cierto que de todo punto no puede faltar el agua, por ser el lugar hondo y donde ha de recibir las de el cielo cuando a su tiempo llueve, está en disposición de matar su mal olor, causando pestilencias, queriéndola sangrar y desaguar de todo punto, pues no hinchendo aquella hondura de tierra y emparejándola con la demás (lo cual es imposible) se ha de henchir de agua, que es lo más fácil y cierto; y ésa, por ser poca y las razones dichas, ha de ir en disminución, y por esta razón creciendo el mal olor que de sí hecha y matando con él; y así me parece que si el interés de las labranzas no llamara por su parte, era muy mejor para la ciudad que siempre estuviera llena, pues sabemos que a sus moradores indios nunca hizo mal, aunque más llena y colmada estaba.

CAPÍTULO XXIX. *De otras muchas y grandes poblazones que había en este mundo nuevamente descubierto*



A QUE LA MAJESTAD Y GRANDEZA de Mexico y su comarca me han forzado a detener algo más de lo que la brevedad pide en historias, quiero correr la mano en lo que resta, para que la brevedad de lo uno supla la prolijidad de lo otro. Y tornando a los edificios y poblazones de esta Nueva España y otras algunas provincias de distintas gobernaciones, decimos que hubo muchas, grandes y populosas (en especial en esta Nueva España) dentro de trescientas leguas, contando de Mexico hacia el oriente y mediodía, y de estotra parte de el poniente a Mechuacan o gente tarasca, cuya cabeza fue Pazcuaro, cuarenta leguas de la dicha ciudad de Mexico, la cual está situada en una ladera sobre una muy hermosa laguna, tan grande y mayor que esta mexicana; y excede esta laguna de Mechuacan a la de Mexico en ser de agua dulce y tener mucho pescado y bueno; y uno, que es a manera de sardinas que en su lengua llaman charari y es en algunas partes muy hondable, la cual se navega en canoas y algunas muy grandes por el peligro de las olas cuando sopla el viento.

La provincia de Panuco, a la Mar del Norte; la provincia de Zacatula, a la de el Sur; la ciudad de Huaxacac, al oriente, ochenta leguas, con otras muchas poblazones de la provincia que se llama de los mixtecas y zapotecas; y la de Nexapa, la de Tequantepec, la de Xoconochco, donde se coge gran cosecha de cacao, que es la almendra que en otro lugar dijimos; el reino de Quauhtemala por la parte que va por las sierras; y había entre ellas ciudades cercadas de cava muy honda, como era la que se llama Quauhtemala (o ciudad vieja), y otra que era como cabeza del reino, llamada Ultatlan, fundadas de maravillosos edificios de cal y canto. Por la parte de los llanos, a la costa de el Mar de el Sur, es toda tierra felicísima,

y cuando al principio entraron por aquella tierra los españoles, eran tantos y tan grandes los pueblos y lugares y de tan inmensas gentes, que a los que iban adelante les parecían ciudades tan grandes como la de Mexico y, volviendo al capitán con mucho gozo, le pedían albricias por hallarlas tan parecidas a ella, en el gentío y edificios nobles, así de templos de ídolos, como de casas de señores; y esto era cuasi a cada paso. Tanta como ésta era la poblazón de aquella tierra y la fecundidad de los moradores de ella.

Yendo predicando religiosos de mi padre San Francisco y confesando por la provincia zapoteca (cuya cabeza es Tequantepec) llegaron a un pueblo llamado Mictlan (que quiere decir Infierno) y fuera de contar la muchedumbre de gente que en el pueblo había, notaron los más soberbios y suntuosos edificios de cuantos habían visto en esta Nueva España; entre los cuales fue un templo del demonio y aposentos para morada de sus infernales ministros, y entre otras muchas cosas que en él había muy de ver, era una sala, cuya obra era artesonada, edificada de piedra labrada de muchos lazos y otras muy curiosas labores. Había muchas portadas y cada una de solas tres piedras, dos en hileras a los lados y otra atravesada encima, de manera que con ser muy altas y espaciosas estas puertas, eran las piedras suficientes para el edificio; tan gruesas y tan anchas eran que afirman poderse hallar pocas sus semejantes.

Había en aquellos edificios, o cuadro de templo, otra sala toda armada sobre pilares redondos de piedra muy altos, y tan gruesos que apenas dos hombres de buena estatura los podían abrazar, ni juntar las puntas de los dedos el uno con el otro; y estos pilares eran todos de una pieza y, según dijeron, todo el pilar y columna de alto abajo tenía cinco brazas y eran muy semejantes a los de la iglesia de Santa María la Mayor en Roma, todos muy bien y lisamente labrados.

CAPÍTULO XXX. *De la fundación de la Ciudad de los Ángeles, de su sitio y aumento*



A CIUDAD DE LOS ÁNGELES (según tradición, relación y noticia verdadera de los antiguos) fue fundada primero de indios naturales, los cuales por guerras que tuvieron con enemigos convecinos se despobló, quedando el sitio destruido y asolado, y no pienso que esto fuese hecho acaso sino muy a consejo y acuerdo de Dios, el cual para honra de sus ángeles quería que allí, en aquel mismo lugar, fuese edificada ciudad cuyo nombre y blasón fuese de ellos y que se conociese en la tierra (destruyendo el sitio de la falsa adoración de los ídolos y debajo de ellos los ángeles malos y rebeldes el poder que contra ellos les dio Dios en el cielo, echándolos de él confusos y avergonzados de haber acometido pensamiento tan loco y atrevido como era apetecer la igualdad de su majestad altísima,

siendo hechuras suyas y obra de sus manos, y que no sólo le debieron perseguir en el cielo (con celo de tan conocida justicia) sino que en la tierra era razón que le hiciesen guerra llevando siempre adelante (y no decayendo un punto) de la alteza que en esta defensa y victoria merecieron.

La fundación de esta ilustre ciudad fue en esta manera: como la gente española iba creciendo en número, por la mucha que de España pasaba a estas partes de Anahuac y no hubiese otra dónde asistir, sino la de Mexico, y todos anduviesen ya cuasi vagabundos y aguardando encomiendas de pueblos, sin aplicarse a ningún ejercicio y por esta causa todos anduviesen holgazanes mano sobre mano, trataron los religiosos de mi padre San Francisco de consultar a los señores de la Audiencia, que entonces gobernaban, el presidente, el señor obispo don Sebastián Ramírez de Fuenleal, oidores, el licenciado Juan de Salmerón, el licenciado Alonso Maldonado, el licenciado Francisco Zahinos, y el licenciado Vasco de Quiroga, sobre que fuesen servidos de mandar fundar y edificar otra ciudad y pueblo donde parte de los españoles pudiesen aplicarse a labranzas y cultura de tierras al modo y manera de España, pues la tierra presente ofrecía mucha bondad y comodo para este efecto, y que con este entretenimiento se ocuparían los hombres y dejarían de andar ociosos y baldíos, esperando repartimientos y encomiendas de indios; y que haciendo esto harían pueblo donde se recogerían muchos cristianos y darían principio en uno para muchos que después se irían fundando, que de esta manera (hallándose los españoles prendados con haciendas) tomarían amor a la tierra y no suspirarían y clamarían por volverse a España y darían en esto buen ejemplo a los naturales de ella, y unos a otros se ayudarían y favorecerían.

Oídas estas razones, de nuestros antiguos y santos padres por los señores presidente y oidores y conocido el santo pecho y cristiano celo con que lo decían y la razón grande con que hablaban, determinaron de tomar el consejo y, dando recaudos bastantes para ello, encomendaron esta nueva fundación a los dichos religiosos, en compañía de la justicia real, que llevaba comisión para hacerla. Y habiendo visto y examinado muchos y diversos sitios fue elegido, de común parecer, el que ahora tiene, por las muchas particularidades y circunstancias que en él concurren.

Hecha pues la elección del lugar, y buscados moradores para poblarle, fue llamada gente de los pueblos y ciudades comarcanas, la cual fue mucha en número, porque de Tlaxcalla vinieron siete o ocho mil indios, y de Huexotzinco otros tantos, de Tepeyacac y otras provincias este número o pocos menos, todos con los materiales para hacer la planta de la nueva poblazón (que fue en sus principios de madera y paja). Venían los dichos indios a la nueva fundación repartidos muy en orden. Entraban cantando y bailando y tañendo campanas y atabales en favor de el pueblo nuevo y cristiano, y con tanto regocijo, que parecía entonces que el regocijo que los ángeles hacen en el cielo, según la palabra de Cristo nuestro señor, cuando un pecador se convierte, se mostraba con voces y cantos de placer en las bocas de aquellos nuevos cristianos y recién convertidos a la fe, en la fundación de aquel su nuevo pueblo, que para que en él fuese Dios

alabado, en su nombre, entonces se fundaba; pareciendo también en aquellos regocijos y placeres, con que se principiaba aquella obra, que ya desterraban de aquel lugar al príncipe de las tinieblas y echaban fuera la adoración falsa y engañoso culto que en otro tiempo allí se le hizo; y que saliendo desterrados por una parte los demonios y huyendo de el cristianismo, entraba Dios triunfando por otra, enconmedando aquella frontera y sitio a los ángeles que tan fieles amigos, en todas las ocasiones, los había hallado.

Aparejado todo y juntos los peones que habían de trabajar en la fábrica del nuevo pueblo, a diez y seis días del mes de abril del año de mil y quinientos y treinta, en la infraoctava de Pascua de Resurrección y día de Santo Toribio, obispo de Astorga, limpiaron el sitio y echados los cordeles por un oficial de albañil que se halló presente, después de haberse dicho misa que fue la primera que allí se dijo por el padre fray Toribio Motolinía, en cuya presencia se hizo la traza y repartieron los solares, que certifica no fueron más de cuarenta en número, por no ser más los pobladores que venían a poblarlo; cuyas casas acabaron los dichos indios comarcanos en sola una semana; y aunque edificios pobres, no tan estrechos y cortos que no tuviesen mansiones necesarias y bastantes para el servicio de el morador de ella.

Después de situado el pueblo y rancheados en él sus pocos moradores, fue de manera lo que llovió aquel año que por no estar pisada la tierra parecía pantano; por cuya causa estuvieron los vecinos por desampararlo, aunque como el sitio era de ángeles lo ampararon de suerte que detuvieron a sus moradores, y después que desaguaron sus calles, por acequias que abrieron, quedó tan enjuto y bueno como los muy trillados y enjutos; y el lugarejo, que en sus principios pareció poco y despreciado, fue luego creciendo en número de gente tanto, que es ahora (después de Mexico) el mejor de la Nueva España; de cuya populosidad y gentío (con otras cosas que en él concurren) informada la majestad real, le dio título de ciudad y comunicó muchos fueros y privilegios, como de presente los tiene y goza.

De presente es la segunda poblazón de esta Nueva España, de las mejores y más llena de gente, de las que hay. Tiene catedral, porque aunque el obispo de aquel obispado se llama e intitula de Tlaxcalla tiene su silla en la de los Ángeles, por razón de ser de españoles; y como la dicha ciudad no estaba poblada cuando vino el primer obispo, tomó la posesión en la de Tlaxcalla, por ser la cabeza de aquella señoría y provincia y de donde comenzaba el obispado. Tiene seis conventos de religiosos, cinco de monjas, otra parroquia más de la Iglesia Mayor. Tiene sus cabildos, así eclesiástico como secular y es regida por alcalde mayor elegido por el virrey de esta Nueva España. Tiene muchos y muy buenos edificios, porque aunque a los principios comenzó a fundarse esta ciudad de madera y paja y luego de adobe y tosca, tan a lo tosco como lo eran los materiales, después acá, como ha ido creciendo el número de la gente, se ha ido edificando más pulida y artificiosamente, como por gente que ya permanece en aquel lugar y hace haciendas para sus sucesores y herederos. Esta ciu-

dad es el refugio para las flotas que vienen de España a estas Indias, porque en ella se proveen de matalotaje, así de cecinas de puerco como de bizcocho, porque en ella más que en otra parte se usa este trato. Hay muchos obrajes donde se hacen paños y sayales de diversas colores para el gasto y vestuario de la gente y otras cosas de servicio muy necesarias. Hácese en la plaza de esta ciudad un mercado y feria todos los jueves de la semana, a los cuales acude gente mucha de la comarca, con que se abastece la dicha ciudad de muchísimas cosas que al dicho mercado se traen y venden, en especial aves, así de Castilla, como de la tierra. Aunque este sitio de esta ciudad era un eriazo cuando al principio se fundó, y no tener indio morador una legua en su contorno, después que fue habitado de españoles se ha ido poblando también de indios de diversas partes, los cuales están fuera de los españoles y cuasi como cerca de la ciudad, cuyas congregaciones y vecindades son los barrios de esta ciudad y son muchos en número los que se han poblado y pueblan de nuevo cada día.

Tuvo esta ciudad, en sus principios (y aún después algunos años de su fundación), muchísimas contradiciones y estorbos para que antes fuese a menos que a más; pero con ser tantos parece que habiéndole de ser muro, que les atajase su ampliación y medra, eran las mismas contradiciones azadas con que les abrían los cimientos para edificar más casas; y de aquí me obligo yo, a mí mismo, a creer que los ángeles, en cuyo amparo se pusieron y a cuya protección se dejaron sus primeros fundadores, los han defendido y librado de las manos y pechos mal intencionados de los contrarios; y así ha ido creciendo y ensanchando sus costados como amparada y defendida de ángeles. Está situada esta ciudad en una gran vega y rodeada de grandísimas llanadas. Pásale a poco menos de una legua un muy gran río, a la parte del poniente, el cual nace de dos fuentes (como otro Jordán) que manan al pie de la Sierra Nevada, la una y la otra en otras serrezuelas que de ésta distan cuatro leguas.

Siendo averiguado que para haber de fundar pueblo se ha de buscar el sitio que tenga las condiciones requisitas, es lo mucho tenerlas la ciudad de los Ángeles, porque así de aguas, como de montes, pastos y comarcas de gente que pueda sustentarla está muy rodeada. En aguas es tan abundante que casi pasa por medio de la ciudad un arroyo con cuya agua muelen muchas paradas de molinos. Tiene a su redonda muchos ojos y manantiales, algunos de agua muy buena y otros de agua salobre y azufrada. Está rodeada de ciudades, cáele a la parte de el norte, cuatro leguas, la de Tlaxcalla; a la del oriente, seis leguas, la de Tepeaca y a la del poniente, dos leguas, la de Cholulla y otras tres adelante, la de Huexotzinco (cuasi al mediodía), luego la villa de Atrisco, seis leguas. Estas ciudades, cuando se fundó la de la Puebla, eran populosísimas y ahora son de las mejores y más llenas poblazones que hay en la Nueva España. Tiene otros muchísimos pueblos en su contorno y comarca, de manera que por ser el sitio tan rodeado de gente y tan apacible fue escogido para la ciudad que se fundó con nombre de Ángeles. No tiene necesidad de ir lejos por los materiales, porque para la madera tiene el bosque a una legua, y la piedra y cal dentro

de sus casas, porque todas ellas están fundadas y cimentadas sobre piedra de cal que la sacan como laja y de ella hacen paredes y cal para juntarlas.

Tiene esta ciudad a su redonda y circuito muchas huertas de muchas y muy buenas frutas, así de las de España como algunas de las de la tierra, en especial las que se dan en tierra fría; y es tan fértil la tierra que da ciento por uno, y refiere el padre fray Toribio en sus *Memoriales* que, en el sitio que ahora es San Francisco, había sembrado aquel año, que se edificó, su amo una hanega de trigo y cogió ciento de ella; y no era el primer año aquél sino el quinto que se sembraba. De manera que si Palestina era muy alabada y aun en grande manera engrandecida en la Escritura, porque cogió Isaac ciento por uno, no menos ésta, como adelante se verá, tratando de la fertilidad, vigor y fuerza de la tierra.

En este lugar caían muchos rayos (y un día, como yo lo vi, tres y mataron tres personas) y un lego de nuestra orden, devoto y siervo de Dios, temiendo naturalmente el espantoso ruido y muerte repentina que causa, suplicó a Dios librase aquel convento de la furia y aceleración; y como el Señor no falta, al que de corazón le llama, oyó su petición y desde entonces nunca más se vio caer rayo en todo el circuito y compás de el convento, siendo muy continuos en la ciudad y por toda su redonda. Por ruegos de aquel su especial siervo se vido, que cayendo un rayo dentro de la cerca de la huerta fue dando en un muy grueso álamo que estaba muy junto a la pared y, quebrándolo, dieron rayo y árbol fuera de la cerca; y era tanta la fe que se tenía con la prerrogativa, que decían los religiosos que aquel bendito lego había alcanzado de Dios que aunque viniesen tempestades y se oyesen truenos muy espantosos y viesen relámpagos grandísimos no temían ser ofendidos de rayos (tanto como esto puede la fe y confianza que se tiene en las promesas de Dios, porque aunque de nuestra parte haya falta y quiebra, de la del soberano Dios hay estabilidad y fijeza). Muchos años después (siendo tantos los rayos que caían y el daño que hacía y temor que causaba) eligieron por patrón de aquella ciudad y defensor de las inclemencias celestes, contra los rayos, al gloriosísimo padre San Joseph, cuya iglesia sirve de parroquia, y desde entonces parece que ha sido servida la majestad de Dios de mitigar aquel furor y dar más segura confianza a sus moradores.

En el dicho convento de San Francisco, entre los religiosos que están enterrados, que acabaron su curso con olor de santidad y fama de virtud, está el cuerpo de el beato fray Sebastián de Aparicio, a quien Dios ha querido ilustrar con gran suma de milagros que por sus merecimientos ha obrado en muchas personas, y porque de ellos y de su vida santa compuse un libro los años atrás (el cual anda de molde e impreso, al cual me remito) callo sus maravillosas obras. En esta dicha iglesia está también la imagen de nuestra señora, que llaman la Conquistadora, que dicen los antiguos que la trajeron los primeros que vinieron de España, a la cual hallaron favorable en diversas ocasiones y por hablar más ciertamente en todas, y la tienen en gran veneración, la cual resplandece por milagros y la tienen por reliquia muy preciosa, tanto por ser imagen y semejanza de la virgen san-

tísima, madre de Dios, cuanto porque con particular respeto es acatada de todos y por quien la virgen reina de los cielos es muy invocada para particulares milagros.

CAPÍTULO XXXI. *De la Villa de Carrión y Valle de Atrisco y su tierra*



INCO LEGUAS DE ESTA CIUDAD de los Ángeles (y casi a las haldas de el volcán y parte de el poniente) hay una vega, en la cual está situada la Villa de Atrisco (o Carrión). Antes de ser este lugar poseído de españoles lo fue de indios, y fueron tantos sus moradores cuanto la antigüedad lo manifiesta. Tuvo y de presente tiene diversos nombres este valle o vega; uno es Atlixco, otro Acapetlahuaca y otro Huehuecuauhquecholla, de los cuales nombres usaron los indios en su antigüedad por diversos respectos, los cuales, no sabidos de los españoles causó en ellos confusión; y porque las escrituras (en especial siendo historia) han de sacar de ella y allanar dudas, decimos que aunque a todo el valle le llaman de Atrisco, no cae el proprio lugar que tiene este nombre en el que tienen de presente ocupado los españoles, sino dos leguas más arriba, muy pegado a las faldas del volcán, junto al cual sitio nace una fuente hermosísima, de la cual y de otras fuentecillas y manantiales que tiene en su contorno se forma el río grande que riega casi toda aquella vega y valle; y así viene el nombre de el lugar con el agua que de los manantiales mana y nace; porque Atrisco quiere decir en la haz o superficie del agua y de presente llaman los españoles aquellos manantiales las fuentes de San Balthasar, que es un pueblo que está situado en su nacimiento y muy conjunto con el que se llama Atrisco; y como este río que riega esta vega nace en Atlixco, le llaman Atrisco.

Llamóse (y los indios aún la llaman ahora) Huehuecuauhquechola o Cuauhquecholla la Vieja, cuya denominación y etimología la toma de cierto pájaro muy galano llamado cuauhquecholli. La razón es porque en los tiempos antiguos, los que ahora están en Cuauhquecholla (que es tres leguas más abajo hacia la parte de el mediodía) fundaron en este lugar su pueblo; y como fuese multiplicando y creciendo en número de gente, fueron también creciendo en arrogancia y orgullo; y pareciéndoles ya poca su tierra y queriéndose enseñorear de la ajena fueron a dar guerra a los de Calpa, que es cuatro leguas más arriba, hacia la parte de el norte, en contra de este lugar; los cuales, como descuidados de recibir traición de sus vecinos, fueron molestados, muertos y cautivos muchos de ellos; lo cual, visto por los calpaneses y que su mayor valentía era huir (siendo cierto que la mayor valentía contra una traición es saber huir y escaparse de ella). Fuéronse retirando los de el pueblo, hacia Huexotzinco, que está una legua de éste adelante y en él se defendieron y escaparon de la muerte, que como descuidados de el daño y desapercebidos en su defensa iban recibiendo.

Agraviados y sentidos los calpaneses de la guerra tan injusta que los cuauhquecholtecas les habían hecho y viendo que para vengar su injuria no eran suficientes, por la gran matanza que en ellos habían hecho sus enemigos, pidieron favor a los de Huexotzinco, los cuales aliados y confederados (movidos por su sinrazón) fueron sobre ellos, a los cuales vencieron matando muchos más que los que fueron muertos de Calpa, y los que quedaron de Cuauhquecholla fuéronse huyendo el río abajo y alojáronse dos leguas apartados de su sitio. Viéndolos los calpaneses y huexotzincas puestos en huida, y los muchos que habían muerto y el gran número de cautivos que les quedaba, no siguieron el alcance y volvieron a sus casas muy contentos con la presa y venganza de tanto desquite y empatamiento de el agravio antes recibido.

Si los hombres supiesen gozar su ventura y seguirla cuando con pujanza se les viene a las manos y entra por sus puertas, usarían de ella con la largueza que se les comunica y saldrían victoriosos en sus propósitos; pero como son cobardes y más hechos a pérdidas que a ganancias, cualquier bien que les viene les embriaga y cualquier ventura que tengan les parece mucha y de aquí nacen las desgracias y disfavores que del tiempo y ocasiones reciben. Si cuando Pompeyo ganó la victoria contra César en los campos Emathios de Tesalia (como cuenta nuestro poeta cordobés Lucano) fuera siguiendo el alcance y matara a su enemigo que iba huyendo, no volviera contra él y le matara y gozara de la mayor gloria que hasta aquel punto la ventura a hombre había ofrecido; pero porque se ofuscó con sola la de haberle vencido y puesto en huida y no quiso seguir el venturoso alcance le sobrevino su muerte y afrenta. No les hubiera estado mal a los calpaneses haber seguido el alcance y muerto en esta ocasión a sus enemigos, porque acabados pudieran también acabarse los recelos y sobresaltos que podían causar, como (al fin) enemigos conocidos; pero gozando de el presente y no previniendo los peligros por venir, sólo se contentaron con lo hecho y se volvieron a sus casas, adjudicándose el sitio y morada de los vencidos y desterrados.

Vivieron los de Cuauhquecholla en aquel lugar donde se retiraron el día de su huida algún tiempo, el que les pareció ser bastante para que el enojo de los agraviados calpaneses hubiese pasado y mitigádose la furia de su cólera (cosa muy necesaria para negociar bien y conseguir los fines que se pretenden), y deseosos de volverse a su puesto y casas, por ser el lugar ameno y apacible y muy favorable para su barriada, ordenaron entre sí de irlo a pedir y humillarse a los de Calpa. Estudiaron sus razones y ordenaron un buen presente (como otro Jacob cuando le salió al camino su hermano Esaú para haberle de aplacar por razón de tenerle enojado por el mayorazgo que le tenía),[1] y enviando sus embajadores a los de Calpa y dándoles su presente y diciéndoles sus humildes razones con la sumisión y respeto debido, fueron oídos muy bien y como gente olvidada de el daño recibido, y viendo a sus enemigos a sus pies rendidos, otorgáronles

[1] Genes. 32.

su petición y que se viniesen a sus casas, lo cual hicieron los desterrados muy alegremente.

Pero pasados algunos años y muertos los que recibieron el perdón y olvidados los mozos que vivían de tan singular beneficio, tomóles gana de ir otra vez contra los de Calpa, los cuales (aunque es verdad que los debieran tener por amigos reconciliados de los cuales siempre hay más que recelar de mal que esperar de bien) no vivían con este cuidado, sino que debían de creer que no era posible que hombres que tenían la vida de merced habían de pretender quitarla a los que se la habían dado, mayormente que eran todos deudos y parientes y venían de un abolengo y tronco; y vueltos a la locura pasada los dichos cuauhquecholtecas fueron contra los de Calpa, los cuales pudieron decir en esta ocasión, cuanto mayor había sido la suya, no sólo en haberles otorgado las vidas cuando pudieron darles muerte, sino en haberles concedido tierras donde teniendo descanso le pretendiesen quitar a los que se le habían dado y verificarían por verdad muy notoria y manifiesta cuán acertada cosa es acabar la victoria antes que la ventura se acabe y cuando como a otro rey de Israel y a Pompeyo se le vino a las manos y entró por las puertas, la cual una vez despreciada es más cierto perderla de vista que seguirla por las sendas mal holladas que pasa;[2] y ésta es la razón porque los antiguos pintaban a la ocasión calva y con sólo un copete para dar a entender que cuando llega y no se aprovecha de ella luego que pasa no hay asirla; porque vueltas las espaldas va el copete delante, que es el asidero y no queda otro en las espaldas para detenerla. De esta manera les sucedió a los de Calpa, que habiendo perdido la ocasión quedaron a pique de perderse en ésta; porque viniendo sobre ellos los cuauhquecholtecas hicieron en ellos muy gran matanza y cautivaron a muchos y se volvieron a sus casas con el contento de haberlos destruido. Los de Calpa, viéndose segunda vez burlados y aun casi destruidos, volviéronse a aliar con los de Huexotzinco y todos juntos volvieron sobre los de Quauhquecholla, y llegando a las manos los vencieron y pusieron en huida; los cuales viendo su peligro y la gente que les mataban desampararon el lugar y fuéronse retirando a fortalecer al lugar donde ahora es Quauhquecholla, donde quedaron sin más esperanza de volver a cobrar el sitio perdido.

De aquí se tomó la ocasión de llamar aquel lugar hasta hoy Huehuecuauhquecholla, por haber morado allí los antiguos cuauhquecholtecas y de esta vez los de Calpa y Huexotzinco repartieron entre sí aquellas tierras como conquistadores de ellas y trajeron gente de sus provincias que las habitasen y estuviesen en guarda de ellas, que fueron como terrazgueros de los dichos señores conquistadores de Calpa y Huexotzinco. Dos leguas adelante de este sitio está el pueblo que llaman Thochmilco, y esto por estar confuso el vocablo por haber usado de él los españoles indiferentemente, porque su propio nombre no es sino Ocopetlayoca, y Tuchmilco es nombre genérico de aquella provincia, que aunque en lo presente es muy poco todo, en su gentilidad y antigüedad era mucho. De aquí salieron y tuvieron ori-

[2] 4. Reg.

gen los de Calpa y Huexotzinco y después que se apoderaron de la tierra y la repartieron entre sí juntaron las familias de la una parcialidad y la otra (conviene a saber), los que eran por la parte de Calpa y los que eran por la de Huexotzinco, para que siempre fuesen como testigos en la cercanía de sus pueblos de haber sido entrambas repúblicas las que habían ganado y ganaron aquella suerte de tierra.

CAPÍTULO XXXII. *Que prosigue la materia del pasado y se dice la fertilidad de este Valle de Atrisco*



O DICHO EN EL CAPÍTULO PASADO es todo lo más que se ha podido averiguar de Atrisco en sus principios y tiempo de su gentilidad; pero prosiguiendo en otras cosas que a la misma materia pertenecen digo, en cuanto a su temperamento y temple, que es muy bueno porque aunque parece algo cálido es con templanza su calor y en tiempo de fríos hace las mañanas tan frías (casi) como en Mexico y todo el año las más lindas y serenas que se pueden imaginar. Danse en esta vega muchos géneros de frutas de las de la tierra y de las de España, no con menor fortaleza que allá, como son naranjas, limas y otras. De aquí nació que entrando los españoles en este valle y vega y viendo su fertilidad y la amenidad y frescura de el sitio le llamaron Val de Cristo (como quien dice paraíso de Dios o Valle de Cristo) y no sin mucha razón; porque si en la Sagrada Escritura son muy celebradas aquellas vegas de Sodoma, las cuales por regarlas las aguas de el Jordán las llama Paraíso de Dios, no menos parecen éstas, porque con el riego de el río que por medio de ella pasa (cuyas aguas se sacan por diversas partes) la hacen y hacían tan frescas, alegres, apacibles y vistosas que enamoraban los ojos y ahora los enamoran con mirarlas.

Hay grandísima suma de aras y templos que solían ser de el demonio en el contorno de este lugar, que dice su muchedumbre la grande copia de ídolos que en él se adoraban. Éste es aquel valle tan nombrado y célebre que parece que lo puso Dios enmedio de esta tierra para remediar las necesidades de ella, y es un valle que provee a Mexico y su comarca de mucho trigo por mayo y junio, que es la cosecha y siega; de manera que por el socorro que este hermoso y fertilísimo valle da al medio año es imposible que haya hambre que pueda notarse, por ser la cantidad y número de hanegas de trigo de ochenta a cien mil cada año, y como acude cuando ya pudiera hacer falta, el que por toda la tierra se siembra y coge de temporal, no es posible haber hambre ni tampoco faltar este dicho socorro, porque es de riego y se siembra por octubre. Una de las razones que a esta fresquísima vega la hacen de más precio y estimación es tener el río de Atoyac que pasa por medio de ella y la baña y riega toda, porque una de las cosas que hacen fértiles las tierras es la continua agua con que se humedecen y por esta razón hace particular memoria la Sagrada Escritura

de la tierra de Egipto, notándola de amena y fresca y así el *Génesis*,[1] la compara al paraíso diciendo: es como el paraíso del Señor; y es la razón porque es regada con las aguas del río Nilo, las cuales fertilizan aquellas tierras, en especial el valle y riberas que correspondían a Segor (una de aquellas cinco ciudades que destruyó Dios con fuego de el cielo),[2] y así era esta suerte de tierra (como nota Lyra) hermosísima y muy amena por tener aguas de pie que derramadas por cima le hacían producir frescura y tener fuerza y frescura y vigor ordinario para alimentar con abundancia de panes la tierra. De esta misma manera se me representa este valle y tierras por razón de tener tantas aguas que, sacadas de el común suelo y canal por donde las mismas aguas habían buscado camino y vía para el mar, las reparten por particulares acequias y zanjas para regar cada cual su pertenencia, y así acaece (comúnmente) que la propria madre va seca a poca distancia, después que pasa de esta vega. Por esta razón no sólo es fértil y provechosa para sí, sino también para reparo del reino, y es de tanto socorro que muchas veces hubiera habido grandes y crecidas hambres en él si los panes y mieses de Atrisco no le favorecieran (como decimos), y es tan seguro este socorro que jamás falta porque como la tierra es templadísima por esta razón los fríos no le son dañosos. Siembran por septiembre y octubre (que es cuando se acaban las aguas) y con la templanza de el tiempo nacen y crecen las mieses, tan lindas y frescas y tan ahijadas y espesas, que bien parece y se echa de ver la particular mano con que el cielo las favorece. Y está todo este valle y vega por los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero (que son los estériles y secos de el año) tan fresco y verde que parece un albahaquero. Y aunque es verdad que hay años de más y menos panes, nunca al menos de total ruina, porque nunca se ha visto faltar de todo punto el año; y aun no puedo dejar de encarecer (que parece cuasi milagro) que con sembrarse todos los años unas mismas tierras están tan fértiles y abundantes como las muy descansadas y que jamás se sembraron y dan el trigo abundantísimo y bueno, y hay tierras que acuden a más de sesenta hanegas, cosa que admira y espanta a los más antiguos y ejercitados labradores y afirman ser esta vega mucho mejor que la de Granada y la de Orihuela, en España. Por lo cual vengo a persuadirme (y no a fuerza de tormentos) que es la tierra mejor de toda la Nueva España para lo dicho; porque aunque es verdad que hay otras muchísimas de temporal, como están atenidas al riego del cielo, así también a la contingencia de las secas y heladas, y como les falta el agua algunas veces o les sobra el hielo otras, es fuerza que se pierda el año y se siga hambre en la tierra, como diversísimas veces lo hemos visto y experimentado; y si la fertilidad de esta grandiosa vega viniera a noticia de aquel grande labrador Virgilio, no sé con qué lenguaje la sublimara y encareciera en sus *Georgicos*;[3] porque por no hallar tierras que pudiesen sufrir el continuo trabajo de las semillas, aconseja a los labradores a que les den descanso

[1] Genes. 13.
[2] Genes. 19.
[3] Lib. 1. Georg.

de un año cuando menos (que es lo mismo que por acá decimos tierras de año y vez) y para los que no pueden hacer esto, aconseja que las estercolen y hagan otros beneficios, como consta en el primero de su *Agricultura*. ¿Pues quién creerá que sin ningún beneficio de éstos dan el suyo estas excelentísimas tierras? Y no hay decir que el riego solo lo causa, que ya vemos en una huerta que se riega la hortaliza, y para sembrar la era que otra vez se sembró, se hinche de estiércol porque de la vez pasada quedó esquilmada; y así se recupera la fuerza que había perdido, de manera que el ser la tierra buena de suyo hace que la cosecha sea siempre cierta.

Dieron a los principios en sembrar morales para criar y coger seda, y dábase tan bien que se cogía dos veces en el año; pero entiendo que tuvo fin por razón de que quería la semilla mudarse y traerse de fuera, por morirse la que allí se hacía. No sé de cierto el fin que tuvo ni la causa que hubo para acabarse, sólo sé que ya no la hay, ni aun morales que puedan servir de memoria.

CAPÍTULO XXXIII. *De la fundación de la Villa de Carrión y de su origen y principio, y cómo se fundó de españoles, y otras curiosidades de aquel tiempo*

ERA ESTE SITIO, ANTES QUE LE POBLARAN LOS ESPAÑOLES, un grandísimo bosque de arboleda, de cerezos, tzapotes, guayabos y otros muchos árboles; y en tanto extremo, que por parte ninguna se podía entrar en él, sino por sola una sendilla que tenían hecha los indios de Huexotzinco, hombres viejos y muy antiguos en el conocimiento de aquellas breñas y montañas. Eran muchos los mosquitos que había y esto hacía inhabitable de españoles el sitio; y por esta causa y por estar el mayor número de la gente en la parte más alta de aquel lugar se edificó el convento (que es de la advocación de la Visitación de Nuestra Señora) en la parte que ahora está, que es a la ladera de un pequeño cerro que está en el mismo lugar; hizo la capilla mayor el padre fray Toribio Motolinía, según relación de Pedro de el Castillo, hombre el más antiguo que allí hubo y dice, que fueron él y Catalina Pérez, mujer de Juan Pérez Romero, los que echaron las primeras piedras de cimiento y que ayudaron a hacer la obra. Lo demás de la iglesia, que es de bóveda y muy linda, acabó el padre fray Juan de Alameda y la manera de fundar el primer pueblo en la parte alta donde estaba a los principios es ésta:

En aquellos primeros tiempos vino de España un oidor llamado Monte Alegre, el cual trajo dos hermanos, el uno casado; éste, como hombre que venía a las Indias y traía mujer, vino prevenido de una cédula y merced de tierras para una labranza, la cual alcanzó por los mejores medios que pudo de la princesa doña Juana; vino a este valle porque el corazón le debía de decir la buena tierra que era y lo mucho que en estos tiempos había de va-

ler; anduviéronla Pedro del Castillo, que era teniente, en compañía de Antón Martín Calero, y como el tiempo era de aguas y la yerba estaba muy crecida y por esto y por la aspereza de las breñas no se pudiese andar, tomaron ocasión los que no gustaban de la merced, de decir que se dejase por entonces para mejor ocasión; y después aconsejaron al dicho Monte Alegre que no pidiese allí la merced, porque la tierra no era a propósito y que más era para perderla que para ganarla; y insistieron que la pidiese en la parte alta del cerro, que le corresponde al poniente, en un lugar que se llama Popocatica, como vamos a San Martín, lo cual el dicho Monte Alegre hizo, y tampoco les pareció muy a cuento a los indios de Huexotzinco (que eran los propietarios de aquel lugar) y así ido Monte Alegre por el juez que había de medirle las tierras de su merced y quedando de volver luego a dos días; los indios que lo entendieron trazaron entre sí de hacer en aquel mismo asiento un pueblo para estorbar con él lo que no podían con razones; y así vinieron aquella misma noche de Huexotzinco, muy callada y secretamente, cuatro o cinco mil indios cargados de paja de jacal y varas y magueyes, mujeres y hijos, y hicieron muchas casas y amanecieron hechas más de treinta cuya cubierta (que es de paja) parecía muy vieja y harta de servir, y las varas ahumadas y en ellas sus moradores con sus mujeres y hijos, perros, gatos, gallinas. Hecho y formado un pueblo, donde los gallos cantaban, los perros ladraban y los niños lloraban, y unos con otros se trataban como si de muchos años atrás se hubiera formado.

Vino otro día siguiente Monte Alegre con el juez a tomar posesión de sus tierras y como vido el pueblo desconoció el lugar; pero sabiendo que era aquél no supo que decirse y entristecióse mucho y santiguándose decía, que juraba no ser aquel lugar el que había dejado elegido para medir sus tierras; desengañáronle diciéndole que no pidiese nada en aquel pueblo, que no se le había de dar y que no lo hiciese pleito porque no sacaría de él más que lo gastado; lloraba Monte Alegre su pérdida y fuele dicho que para en recompensa de ella le darían trescientos pesos y que se fuese con Dios a pedir aquella merced en otra parte; parecióle bien el concierto (que aunque malo le fue mejor que buen pleito) los cuales trescientos pesos le dio luego en nombre de los indios Francisco Vázquez Barneto, con que se fue Monte Alegre triste del mal lance que había echado. Luego la ciudad de Huexotzinco dio a renta a este Francisco Vázquez unas tierras en el camino que va al barrio de Canta Ranas; y de esta manera se libraron de un español y dieron en las manos de otro, porque lo que fue entonces a renta de cuatro o cinco años, fue para quedarse después con ellas a menos precio y cuasi de balde, porque así las hubieron a los principios cuasi todos los que las compraron. Éste fue el principio de las labores de Atrisco, que no hubo más que estos pocos españoles nombrados.

Algunos días después fue visitando la tierra el virrey don Luis de Velasco el primero y llegando a Atrisco, como ya se habían juntado algunos españoles a la fama de la buena tierra, pidieron al dicho virrey les señalase solares donde pudiesen hacer pueblo de españoles; negóseles el estar entre los indios, pero dióseles licencia que en un puesto, que le llamaron Val

Sequillo, que es junto a la villa como salen para Cholulla, pasado el arroyo a mano izquierda, el cual puesto está enmedio de este camino dicho y el de Huexotzinco; pero aunque se tomaron solares y señaló iglesia no luego se comenzó el pueblo, y después sobrevino una pestilencia tan grande que morían las gentes a montones; con esto se disminuyeron los indios y quedóse por hacer la poblazón, y con la grande mortandad que hubo de indios faltaron los dueños de muchas tierras, así en Huexotzinco como en Atrisco y tuvieron ocasión los españoles de comprar solares y en ellos formaron pueblos, juntándose en él los que estaban en el barrio de Canta Ranas y otros divididos en labores y estancias (aunque todos cercanos unos de otros), y pidieron tierras. En la ciudad de Huexotzinco hizo junta el virrey don Luis de Velasco de los señores y principales dueños de estas mismas tierras y en presencia de los frailes franciscos, que tienen la doctrina a su cargo en el patio de la misma iglesia, los concertó mandando que se les arrendasen; y que por cuanto las suertes de los indios eran pocas y que ningún labrador podía pasarse con tan poca cantidad de sembrado, se juntasen las tierras de algunos indios y se les diese a los dichos labradores las bastantes, conforme a su posibilidad y avío, que llegasen hasta cuarenta hanegadas de sembradura; y que el primer año diesen de arrendamiento por cada hanega de sembradura media a sus dueños y que no fuese más porque habían de romper las tierras; el segundo año que diesen a hanega y media por hanega de sembradura. Que la tercia parte de estos arrendamientos fuese para la tecpan o comunidad y las otras dos partes para los dueños de las tierras. Que se nombrasen dos mayordomos, así para recoger el tercio que se le había de dar a la comunidad como para recibir las otras dos partes y repartirlas a sus dueños. Esto se hizo así, aunque los indios siempre aborrecieron que los españoles labrasen sus tierras, adivinándoles el corazón que se les habían de quedar con ellas.

Esto dicho, aunque a los principios pareció al virrey bien y se comenzó a coger la renta y se llevaba a Huexotzinco, no duró mucho el buen concierto y repartimientos; antes a breves años sucedió que los indios principales lo recibían todo y se quedaban con ello. Viendo esto, los propietarios vendieron sus tierras a menos precio a trueco de potros y caballos, ropa y otras cosas, de manera que lo que valía ciento daban por uno, como gente que andaba afligida por ello y que no gozaba de lo que era suyo. De esta manera pasaron algunos años y en tiempo del virrey don Martín Enríquez, como ya eran muchos los vecinos de Atrisco, le pidieron les diese repartimiento de indios para el beneficio de los panes y licencias para hacer en su vecindad iglesia donde les administrasen clérigos; y aunque se les denegó pasaron su pleito a la Audiencia Real y salieron con él. Hicieron iglesia y pusieron clérigo, dióseles repartimiento de indios para las sementeras y nombróseles repartidor. Así se conservó algún tiempo este pueblo. Volvieron a pedir al mismo virrey don Martín les diese título de villa a su poblazón, el cual escribió al rey sobre ello y se le dio facultad para hacer en el caso como mejor viese que convenía. Parecióle convenir y fue a su nombramiento el doctor Hernando de Robles, oidor de esta Real Audien-

cia de Mexico, nombró la villa y salieron por primeros alcaldes de ella Christóbal Ruiz de Cabrera y Pedro de el Castillo. Los regidores por algunos años fueron cadañeros. Llamóse la Villa de Carrión y está tan ilustrada de presente, que es uno de los buenos pueblos de la Nueva España, y ahora tiene los regidores perpetuos, como en las demás ciudades. Tiene su iglesia parroquial donde acuden los españoles. Tiene tres conventos de religiosos y al de San Francisco acuden los indios como a primero en esta poblazón. Esta orden administró todo este tiempo dicho a sus vecinos como ministros suyos.

Antes que este pueblo de Atrisco se hiciese villa, había en este mismo valle un pedazo de tierra que era de la Ciudad de los Ángeles y el regimiento de ella ponía cada año un alcalde ordinario que administraba justicia; pero luego que se hizo villa se adjudicó a ella la administración de aquella justicia y quedó inserto en el gobierno de ella, desposeyendo a la dicha Ciudad de los Ángeles de la acción que tenía en la judicatura, enajenándola de todo en todo de cualquier derecho que pudiese alegar.

Todo lo que en este capítulo digo saqué de una relación hecha por Pedro del Castillo que va aquí nombrado, la cual está firmada de su nombre, al cual yo conocí muchos años y la concluye con decir estas palabras formales: advierto a todos los vecinos de este valle que yo soy el más antiguo que en él hay, así de vecinos como de viejos, porque tengo cumplidos ochenta y tres años y ha más de cincuenta que vivo en éste valle, lo más del tiempo con cargo de justicia, en lo cual, como todos saben, yo he servido mucho a la villa en todo lo que se ha ofrecido en hacer y repartir los solares y en pleitear el repartimiento y en ir muchas veces por negocios de la villa a los señores virreyes y en trazar la iglesia y en hacer la villa y en todo cuanto ha habido, como es público y notorio y todos lo saben: y como hombre que lo sé todo y he visto todo lo que aquí digo, advierto que todos debemos a la santa orden de San Francisco muy mucho, porque por ellos comemos nosotros y nuestros difuntos comieron y comerán nuestros hijos y parientes, y si no fuera por ellos no hubiera aquí hombre de nosotros. Y esto digo y juro a Dios y a Santa María que es y pasa así, y que jamás los indios apetecieron nuestra estada aquí, sino que los padres lo hicieron y lo ordenaron y salieron con ello, y por ser así verdad lo firmo de mi nombre, en cuyo hoy a cinco de abril de mil y seiscientos y un años, como si estuviera en el *articulo mortis*. Pedro de el Castillo el pobre. Éstas son sus formales palabras y yo se las traigo a la memoria a los de aquella villa para que vean en la obligación que están a la orden de San Francisco; y lo mucho que sienten ahora algunos, la poca limosna que les hacen (que los beneficios recibidos fácilmente se olvidan si el que los recibió se murió, aunque el beneficio sea de comunidad y república; y si no véase en el patriarca Joseph, en los que hizo a Egipto, cuya memoria duró en su tiempo, y poco después de su muerte entró otro rey que abarrajó y afligió a sus hijos y descendientes;[1] porque los nuevos en una república no

[1] Gen. 41. Exod. 3.

se acuerdan de los beneficios pasados). Bien sé yo que si vivieran los antiguos de aquella villa, que quisieran a sus ministros franciscos como entonces los quisieron, pero muertos ellos han venido otros que atropellan obligaciones pasadas; pero donde faltan los hombres sobra Dios que vale más que todas las cosas.

CAPÍTULO XXXIV. *De la fundación de la ciudad de Quauhtemallan*



A CIUDAD DE QUAUHTEMALLAN (que los españoles llaman Guatemala) fue fundada en los principios de la conquista de esta tierra por Pedro de Alvarado y los otros soldados que llevó consigo a la conquista de aquellas provincias de Otlatlan. Llamóla Santiago de Quauhtemallan y luego nombró para el gobierno común dos alcaldes, cuatro regidores y todos los oficios necesarios a la buena gobernación de un pueblo. Hizo una iglesia del mismo nombre (y ahora está en ella la silla del obispado) y situóla en el lugar, que ahora llaman la ciudad vieja; y para que mejor se sepa la causa que hubo de mudarla de aquel sitio a este que ahora tiene, donde permanece con buen número de gente, es de saber que luego que se ganó la ciudad de Mexico y todas las provincias sus convecinas y los reinos que se habían reducido a la obediencia de el rey de Castilla, volvieron a substraerse de ella los de Quauhtemallan. Por lo cual Hernando Cortés envió contra ellos a Pedro de Alvarado, uno de sus capitanes, diole gente de guerra, así de españoles como de indios, para que fuese a conquistarla (si no quisiesen por bien reducirse); hízolo así Alvarado porque Cortés le enviaba siempre españoles, caballos, hierro y ropa y cosas de rescate y le favorecía mucho, porque le habia prometido de casarse con una su prima hermana y así le hizo su teniente en aquella provincia. Con estos favores que Cortés le hacía y socorros ordinarios que le enviaba vino Alvarado a señorearse de aquellos reinos y señoríos y después de haber fundado otros pueblos de españoles hizo la fundación de esta ciudad de Santiago de Guatemala. Púsola a las faldas de la sierra grande que reventó (que ahora se llama San Juan Bautista).

Habiendo fundado esta ciudad Pedro de Alvarado y estándose en ella muy pacífico y próspero en el gobierno procuró licencia de el emperador para ir a descubrir y poblar en Quito, en el Perú; y habida fue allá con siete navíos, en el cual viaje padeció muchos trabajos; y no hallando la comodidad que quería vendió sus navíos y cosas que llevaba en cien mil castellanos a Francisco Pizarro y a Diego de Almagro, y volvióse rico y contento a Quauhtemallan; pero no quieto con lo hecho hizo después diez o doce navíos, una galera y otras fustas de remo con el dinero que trajo y determinóse de ir con ellas al descubrimiento de la especería, por la punta de Ballenas (que otros llaman la California); a esta coyuntura se hizo el

descubrimiento de la tierra de Cíbola por el provincial fray Marcos de Niza (como decimos en otra parte) y como luego corrió la voz de las nuevas tierras y andaban ganosos los españoles de ver si hallaban las riquezas que los primeros que entraron en Mexico habían tenido, luego se movieron a la jornada, en especial don Antonio de Mendoza (que entonces era primer virrey de esta Nueva España) en compañía de don Fernando Cortés, que ya era marqués de el Valle y tenía hecha la merced de los descubrimientos de la Mar de el Sur y todas sus costas; pero no se concertaron, mas antes riñeron sobre ello y luego Cortés se fue a España y don Antonio, como sabía que Alvarado tenía navíos, envió a llamarle. Vino Alvarado con su flota al puerto de la Navidad y dejándola allí se vino a Mexico (que dista de aquel puerto esta ciudad ochenta o noventa leguas), y en llegando se concertó con el virrey para ir a Cíbola (sin respeto de el perjuicio y ingratitud que usaba contra Cortés a quien debía cuanto era). Para volver a su armada fuese por Xalisco, para remediar y reducir algunos pueblos de aquel reino que andaban alzados y a porrazos con los españoles. Llegó a Ezatlan, doce leguas adelante de la ciudad de Guadalaxara, donde estaba Diego López de Zúñiga haciendo guerra a los rebeldes; fuese con él a un peñol, donde se habían hecho fuertes algunos indios. Combatiéronlos nuestros españoles con ánimo, pero fue mucha la fuerza de los indios y así los hicieron huir, quedando muertos treinta españoles; y como la refriega y combate era en lugar tan alto y peñascoso fueron cayendo algunos caballos la cuesta abajo. Pedro de Alvarado, que vido venir uno sobre sí, apeóse con mucha ligereza por huir el golpe y púsose en parte que le pareció que estaba más seguro, más como el caballo venía volcando de muy alto traía mucha furia y presteza y con ella dio un gran golpe en una peña y resurtió adonde Pedro de Alvarado estaba y llevóle consigo la cuesta abajo (día de San Juan de el año de cuarenta y uno) y fue a parar en unas matas, molido y muy herido. Los que le vieron ir fueron tras él a guarecerle y cuando llegaron a él le hallaron sin sentido y casi muerto. Lleváronlo al real y vivió cuatro días, en los cuales volvió en sí, dándole Dios juicio para confesarse y disponer su alma y murió día de los apóstoles San Pedro y San Pablo, como lo testifica el padre fray Toribio Motolinía, de cuya relación tomó Gómara para escribir este caso. Fue su muerte en el pueblo de Ezatlan (cuasi cuatrocientas leguas de la ciudad de Guatemala y ciento de esta de Mexico a la parte del poniente). Cuando le preguntaban aquellos días que vivió después de la caída, ¿qué le dolía?, respondía que el alma, y nunca dio otra respuesta. Dice Gómara que era hombre suelto, alegre, muy hablador, tenía poca fe con sus amigos y así le notaron de ingrato y aun de cruel con los indios. Pasó muy mozo a las Indias y porque traía un sayo y capa que le dio en Badajoz un su tío, que era de el hábito de Santiago, comendador de Lobon, le llamaban muchos el comendador; y así, cuando fue a España, procuró el hábito de Santiago y lo alcanzó, porque de veras se lo llamasen. Estuvo en Cuba y vino con Juan de Grijalva y después con Fernando Cortés a esta Nueva España, en cuya conquista y guerras tuvo los cargos que en la conquista de Mexico se cuen-

tan. Fue mejor soldado que gobernador. Casó, por dispensación, con dos hermanas, habiendo consumado el matrimonio con la primera que fueron doña Francisca y doña Beatriz de la Cueva y de ninguna tuvo hijos. Dejó por ellas a Cecilia Vázquez, honradísima mujer, para ganar (como ganó) el favor de Francisco de los Cobos, secretario privado deel emperador. Éstas son palabras de Francisco López de Gómara y helas dicho para decir quién fue el fundador de la ciudad de Guatemala, que fue hombre particular y llegó a ser adelantado de aquellos reinos y provincias. Y dice Gómara que no quedó más hacienda, ni más memoria de él sino ésta y una hija que hubo en una india, la cual casó con don Francisco de la Cueva, al cual conocí en Guatemala; y esta señora se llamó doña Leonor de Alvarado y fue hija de una señora tlaxcalteca.

No dejó de causar temor y espanto esta muerte, viendo una persona tan próspera y sublimada, que de más de la gobernación de Guatemala y de otras provincias que tenía a su cargo, había venido por mar con buena armada a hacer otros descubrimientos y jornadas, y cuando volvía a despachar sus navíos, lo despachó a él un caballo muerto que rodó por subir con tanta priesa como él vino rodando por la cuesta y peñascos, al tiempo que urdía tela para más engrandecerse y halagarse en el señorío; y fue su subida tan alta para dar mayor caída, diciendo el salmo: levantándome en alto, Señor, me estrellaste en una peña, pereciendo su memoria (como dice en otra parte el salmista) con ruido y estruendo. Era el armada de quince navíos nuevos (según lo refiere el padre Motolinía) que son más en la Mar de el Sur, que ciento en la Europa y luego se comieron de broma y fue menester vararlos en tierra para echarles tablas nuevas.

CAPÍTULO XXXV. *De la tempestad grande y espantosa que sobrevino a la ciudad de Quauhtemallan, por donde se dejó aquel sitio y pasó al que de presente tiene*



LEGÓ LA NUEVA DE LA MUERTE de este caballero a Guatemala, a principio de septiembre de este año de mil y quinientos y cuarenta y uno, con cuya muerte dice que hizo esta señora doña Beatriz grandes extremos, luego que la supo y que dijo cosas muy de loca; mandó teñir luego su casa por de dentro y por de fuera; lloraba mucho y no comía, ni dormía, ni quería consuelo ninguno; y si alguna persona movida de su dolor la consolaba, dicen que respondía que ya Dios no tenía más mal que hacerla (palabra de blasfemia y de mujer inconsiderada y que parece ser dicha sin corazón ni sentido y muy desatinadamente, y pareció muy mal a todos como era razón que lo pareciese); pero enmedio de aquellos llantos y tristezas entró en el regimiento y se hizo jurar por gobernadora (desvarío y presunción de mujer y cosa nueva entre los españoles de Indias). Hizo las honras de su difunto pomposamente y con grandes llantos y lutos comen-

zárense el mismo día de la natividad de Nuestra Señora, jueves a ocho de este mismo mes de septiembre; y este año fueron en toda esta Nueva España las aguas muy grandes (según el padre fray Toribio, cuya relación voy siguiendo) y este mes de septiembre mucho más continuas. Comenzó (pues) a llover día de Nuestra Señora y llovió reciamente aquél y otros dos días siguientes, que fueron viernes y sábado; y este dicho sábado, que fue a diez de este dicho mes de septiembre a las dos horas de la noche, baja de esta tierra y volcán, en cuyas laderas estaba fundada la ciudad, una muy grande avenida, porque como la lluvia fue mucha y había muchos días que corría traía tras de sí mucha tierra y íbanse haciendo grandes quebradas y hoyas por donde acanalaba el agua, y como mucha parte de aquella sierra es de una arena gruesa, negra o parda y entre aquella arena hay también grandes piedras peladas guijarreñas muy grandes y crecidas y como la lluvia robaba la tierra, moviólas y trájolas tras sí y con esta tempestad comenzaron a venir muchas por la sierra abajo; y como unas daban en otras, arrancábanse y caían todas y traíanse consigo muchos árboles que la misma agua arrancaba (que los hay muy grandes en esta sierra, que es de muy hermosa arboleda), y la fuerza de el agua que bajaba de lo alto con tanta piedra y maderos que consigo traía, acanaló el agua por una de aquellas quebradas con tanta furia y ímpetu que parecía un río muy caudal que había salido de madre. La noche era muy obscura y el aire que corría muy furioso y recio, y parecía que todo el mundo se acababa y que se hundía la tierra.

Era tanta la fuerza y golpe de el agua que parecían las piedras y árboles que traía unos corchos sobreaguados, y toda esta agua vino sobre la ciudad, siendo una de las primeras casas en que dio la de el adelantado don Pedro y llevóse de el pri ner encuentro las paredes de la huerta con muchos naranjos y árboles que en ella había y derribó otros aposentos de la misma casa. Ya a esta hora (con el grande ruido) se había levantado de su cama doña Beatriz de la Cueva, mujer de Pedro de Alvarado y saliendo de la cámara donde estaba pasóse a un oratorio que tenía cerca con otras once mujeres, y subióse encima de el altar y abrazóse con una imagen encomendándose a Dios. Los hombres que había en casa ya se habían levantado y queriendo llegar al favor de las mujeres no pudieron, porque la fuerza de el agua los llevaba, y llamando a otras doncellas y mujeres, que estaban en otro aposento salieron para irse al oratorio; pero arrebatólas la fuerza de la corriente y llevóselas consigo. Estas personas eran siete y las tres se ahogaron y cuatro se escaparon, que las echó la tormenta poco trecho fuera de la ciudad, las cuales se hallaron el día siguiente arrojadas del agua en diversos lugares de el campo, ya casi muertas. Pero volviendo a la furia con que el agua fue creciendo dicen que subió muy alta en esta desgraciada casa y la derribó, cayendo primero aquella cámara y capilla donde se había entrado a favorecer doña Beatriz y ahogóla con las otras once criadas que habían entrado con ella. Fue muy grande su desgracia porque si se hubiera estado queda en la cámara donde dormía no muriera, que no se cayó por tener mejores cimientos que las otras, mas buscando la vida halló

la muerte. Túvose a milagro que quedase en pie el aposento de donde había salido para no morir y haberse caído el oratorio donde pensaba librarse; y este milagro lo atribuían a lo que había dicho y hecho. Todos son secretos de nuestro gran Dios y dicen nuestras lenguas lo que sienten nuestros juicios. Unos escapan por huir de el peligro y otros mueren como hizo esta señora. Había llorado y sentido demasiadamente la muerte de el adelantado, su marido, y deseaba morir juntamente como él (como es costumbre decir los casados que mucho se aman en vida), pero venidos al punto de el morir no hay quien no tema la muerte. Al contrario aconteció a esta señora que al profeta Elías. Iba Elías huyendo de la muerte que la cruel reina Jezabel quería darle, y el santo profeta pedía por otra parte a Dios que le sacase de este mundo y le diese la muerte; la causa era porque huía de la muerte de manos de hombres crueles y demandaba y quería la muerte de Dios (que es misericordioso); porque la muerte que Dios da a los suyos es preciosa; y halló la vida muy larga, que hasta ahora vive y vivirá. Esta señora, si se estuviera queda, fuera posible que viviera, y murió buscando la vida; y por decir mejor, no hay quien pueda huir de el poder de Dios.

En la misma casa murieron indios (demás de las once mujeres que murieron con doña Beatriz), y era tanta el agua que arrancaba las casas por los cimientos y las llevaba enteras por aquella ladera abajo. Murieron muchos españoles, y de algunas casas marido, mujer y hijos y todos los indios, criados y esclavos. De otras, la mitad de la gente. De éstos algunos que parecieron fueron enterrados, otros muchos ni muertos ni vivos no parecieron. De otras casas unos escapaban y otros morían, en especial aquellos que los cogían debajo las casas que se caían; otros, que el agua los arrebataba y ahogaba; otros llevándolos el agua iban a parar encima de algunas casas; otros que se asían de los árboles y en ellos se escapaban, y otros que subidos en maderos se dejaban ir en el agua abajo y cuando se tendía en lo llano se libraban de aquel grande peligro.

El número de los difuntos (según mejor se pudo contar) fueron seiscientos indios y muchos españoles; y de éstos más fueron mujeres que varones y muchos niños, porque como cada uno buscaba su remedio y salían fuera de las casas a socorrer la vida, y la noche era tan obscura quedábanse los niños sin favor de sus padres; y casa hubo donde murieron cuarenta personas y casa donde cincuenta. Piedras hubo en esta avenida tan grande como grandes cubas y otras como carabelas, y verlas ahora por aquellos lugares (como yo las he visto) parece caso increíble por su mucho peso y grandeza. Quedó la mitad de la ciudad llena de estas piedras y de arena y cieno y en partes más alto que una lanza. Perdiéronse y ahogáronse muchos caballos y otros ganados y preseas de muy gran valor.

Dicen que vieron andar en la plaza y calles una vaca por medio de la agua con un cuerno quebrado y en el otro una soga arrastrando, que arremetía a los que iban a socorrer la casa de doña Beatriz, y a un español que porfiaba lo atropelló dos veces y no pensó escapar de sus pies y de el cieno. Otro español estaba caído en tierra con su mujer y encima de ambos una gran viga y que pasó por allí un negro no conocido y que le rogaron que

les quitase la viga de encima y ayudase a levantar; el negro preguntó si era Morales el caído y como le dijo que sí, alzó la viga y sacó al marido y volvió a dejar el madero sobre la mujer y dejóla ahogar y fuese corriendo el negro por el agua y lodo, y afirmaba este español que no podía ser otro que el demonio, porque le vio ir por la calle adelante como si fuera por suelo muy enjuto, lo cual parecía imposible porque había más de dos estados de cieno y lodo sin el agua. También dicen que vieron por el aire y oyeron cosas de grande espanto. Esto bien pudo ser, aunque con el miedo todo se mira y piensa al revés. Tuvieron creído muchos que aquel negro era el demonio (como lo afirmó el español que sacó de debajo de el madero) y dice Gómara que la vaca (según decían) era una agustina, mujer de cierto capitán, hija de una que por alcahueta y hechicera azotaron en Córdoba, la cual había enhechizado y muerto allí en Quauhtemallan a don Pedro Portocarrero, porque la dejaba siendo su amiga, y el don Pedro traía siempre a cuestas o a las ancas cuando iba a caballo una mujer, y decía que no se podía librar de aquella carga y fantasma; y estando enfermo y ya para morir, porfiaba que sanaría si Agustina lo viese, mas nunca ella quiso por el enojo grande que de él tenía o por deshacer aquella ruin fama.

Si este caso fue castigo que Dios quiso hacer en esta mujer (como por entonces se platicaba entre todos los que quedaron vivos) no lo sé, porque como Dios no nos da razón de sus juicios no tenemos nosotros licencia de juzgarlos; sólo digo que conviene mucho a los hombres humillarse, mayormente en los tiempos que Dios nos visita con tribulaciones, a ejemplo del santo Job, que cuando Dios le visitó asperísimamente, entonces se le humilló más y confesó ser Dios santo y justo en sus juicios; y es de advertir también que no todas veces, ni de todas personas sufre Dios ofensas, ni quiere que queden sin castigo aquellos pecados que parecen traer consigo palabras de blasfemia, según aquello que se dice en las Sagradas Escrituras.[1] Los que blasfeman y dicen cosas indecentes y mal sonantes han de ser castigados, porque a nadie es lícito hablar cosas que son en ofensa y agravio de Dios y de su pureza; y es cosa muy común llamar el vulgo buenos casados a los que mucho se aman y no miran si se aman según Dios y con aquellas cualidades y medida que Dios quiere que se amen; porque el amor principal, que es de todo corazón y de toda voluntad y sobre todas las cosas, a solo Dios se debe; y si una persona tiene puesta su memoria, voluntad y entendimiento en otra más que en Dios, no es cosa lícita ni buena; y este tal amor mejor se dirá idolatrar que amar, ora sea el padre al hijo, ora sea el gentil a su dios de oro o plata; si en estas criaturas pone el ánima y sus potencias, este tal amor se puede decir idolatría y entonces el dios del gentil es aquel ídolo; y el de el avariento son las riquezas; y el dios de el padre es el hijo; y el dios de la mujer es el varón; pues que a éstos dan su corazón y cerca de estas cosas tienen lo vivo de sus deseos. Porque ¿qué otra cosa es idolatrar sino quitar de Dios las cosas que son suyas y darlas a las criaturas? Medida tiene el amor del hijo al padre, que ha de

[1] 2. Math. 12.

ser reverencial y el del padre al hijo, que ha de ser paternal; y el amor de la mujer al marido, que ha de ser cordial y fiel; y no es contra el amor divino sentir una mujer mayor ternura natural en el corazón. Y el amor de los buenos casados es que se amen en Jesucristo, y que el uno al otro se den buen ejemplo de santidad y virtud, y que tengan cuidado de doctrinar y criar sus hijos y familia en la ley y mandamientos de Dios, y no consentir en sus personas ni en su casa ofensa suya; y a los tales llamaría yo buenos casados, mas a los que tanto se aman que nunca se querrían apartar y el uno de el otro se tienen más afición y amor que a Dios, de estos tales dice ese mismo Dios: el que ama al padre o a la madre o a la mujer o al marido o a los hijos más que a mí, no es digno de mí ni de mis soberanos bienes, porque idolatrando puso el amor de Dios en la criatura; y miren bien los que se tienen por buenos casados, que no se hagan idólatras;[2] y aun pudiéramos decir esto a doña Beatriz (si fue verdad que dijo que no le podía hacer Dios más mal de el que le había hecho), pues le podía privar por aquella palabra de el mismo Dios, que es el mayor mal de los males, y sobre esta privación darle penas y tormentos eternos, de los cuales haya el mismo Señor sido servido de librarla.

CAPÍTULO XXXVI. *Que prosigue la relación de esta tempestad, y se dice lo que sobrevino a toda la comarca de esta sierra y dónde se hizo segunda poblazón*



UEDÓ AQUESTA CIUDAD TAN DESTROZADA y deshecha con esta inundación y avenida, que no había hombre que quisiese quedar en ella, con el temor de otra ruina semejante: y bien se cumplió en ella lo que el profeta dice: la ciudad pertrechada y cercada de muros (que era la señora y fortaleza de toda aquella gobernación) fue asolada y destruida y dejada de los hombres sus moradores y hecha desierto, llena de cieno y de piedras; y es así que luego los vecinos hicieron en el campo una ranchería y en ella sus casas de paja, hasta que se pasaron media legua apartados de donde antes estaban en el mismo valle, a la parte de el norte. Y en memoria de esta inundación iban cada año, en el mismo día que le corresponde al de el anegamiento (y yo me hallé en ella un año y no sé si se continúa ahora), pidiendo a Dios seguridad en la segunda poblazón y perdón de haberle ofendido. Hay Audiencia Real de solos oidores, aunque al principio fue gobernación y por no ser necesaria la Audiencia se quitó la primera que se puso y prosiguió la gobernación; pero por acuerdo que después se tuvo de su necesidad en aquel reino, volvió a entablarse la dicha Real Audiencia y permanece en los tiempos presentes. Hay obispo y en casos de inquisición está subalternada a la que reside en esta ciudad de Mexico. Poblóse de mucha gente noble y permanece en su nobleza. Tiene

[2] Math. 10.

conventos de religiosos, dominicos, franciscos y mercenarios, y trato y comercio como en otras repúblicas concertadas.

Está sitiada en un valle redondo, todo cercado de altas montañas, y tiene muy buen temple que ni es frío, ni caliente y dase en él muy buen trigo y mucho maíz y muchas frutas, así de la tierra como de las de Castilla. Aquel azote que Dios allí dio es una recordación y enseñamiento con que a todos nos avisa que estemos apercibidos y velando, porque no sabemos a qué hora nos llamará, si a la mañana, si a la media noche o al canto de el gallo, que a sola su divina disposición está concedida esta sabiduría.

La misma tormenta y muchedumbre de agua bajó aquella noche de aquella sierra y vertió por otras muchas partes y se hicieron unos arroyos tan grandes como el que vino sobre Quauhtemallan y muy llenos de grandes árboles y piedras; y dice el padre Motolinía (que anduvo toda aquella sierra a la redonda, visitando y doctrinando los pueblos que por allí hay, la cual tiene de box doce o trece leguas) que el aguaducho o tormenta que corrió hacia el oriente, cerca de el pueblo de Amatitlan fue mayor, que no la que vino sobre Quauhtemallan y ahogó y mató muchos indios y que vinieron, por allí grandísimos árboles y piedras tan grandes como una casa pequeña de un indio y algunas de estas piedras las llevó la corriente (aun después por tierra llana) grande trecho. Afirman los indios que la misma corriente y agua que de la sierra bajaba trajo tras de sí dos muy grandes dragones y dicen que tenían los ojos tan grandes como una copa de un sombrero; y también que los llevó la corriente camino de la mar, que no está muy lejos de aquel sitio.

Esta misma noche se ahogaron muchos indios y españoles en otras partes de aquella tierra, porque como toca la tierra en caliente acostumbran a dormir en los campos, en especial los caminantes; y en esta ocasión pasaba un Andrés de Palacios, natural de la villa de Benavente, en España, que venía de la villa de San Salvador a esta ciudad de Mexico, que traía cobrada cierta herencia de un deudo suyo, y aquella noche paró cerca de un río que estaba entre la ciudad de Quauhtemallan y villa dicha de San Salvador, un buen tiro de ballesta apartado de el río y ribera de donde comúnmente corría el agua, y creció tanto la avenida que pasó mucho adelante de donde el desgraciado Andrés de Palacios estaba y lo cogió la corriente a él y a otros españoles y otros muchos indios con todo su fardaje, caballos y mulas y los llevó y los ahogó, escapándose muy pocos indios de todos, porque despertaron con tiempo y salieron medio a nado.

Los que han subido encima de esta alta sierra y redonda, al pie de la cual estaba fundada la ciudad de Quauhtemallan, dicen que en lo alto hace una gran plaza y en tiempo de aguas se recoge allí mucha agua y en aquella tempestad después de llena debió de reventar; y ayudó para que fuese mayor la tormenta la mucha agua que llovía, para que abajo hiciese tanto daño como está ya dicho; séase lo que se fuere ello sucedió y no sabemos por qué causa.

CAPÍTULO XXXVII. *De algunas poblazones de la gobernación de Quauhtemallan y de la fertilidad y bondad de la tierra*



A GOBERNACIÓN DE QUAUHTEMALLAN en los principios que la poseyeron los españoles fue gran cosa y ahora es muy buena porque demás de la ciudad principal, que es la de Santiago de Quauhtemalla, hay otras cinco o seis poblazones de españoles, entre las cuales es una la ciudad de Chiapa de los Caballeros, donde asiste el obispo que llaman de Chiapa. Está Xoconocho, la villa de San Salvador y la de Zonzonate y la de San Miguel, y Puerto de Caballos. Y hay en ella muchas provincias y pueblos de indios y muchas generaciones y diversas y extrañas lenguas entre ellos. Es gente más robusta y más rehecha que la mexicana. Toda aquella gobernación es tierra muy doblada de muy grandes quebradas y barrancas. Hay muchas montañas de buena madera. Hace muchos valles y vegas, pero pequeñas, mas muy fértiles. El maíz muy mayor en caña y mazorca que en esta tierra de Mexico, y en razonable año una fanega de sembradura acude y se multiplica hasta trescientas y cuatrocientas fanegas. Es tierra de muchas y buenas aguas, sana y no muy rica de metales.

La mayor riqueza que esta gobernación tenía y tiene es de cacao, porque hay mucho y muy bueno y es la principal moneda que por toda esta Nueva España se trata. Hanse criado en aquella gobernación y multiplicado mucho los ganados, así de caballos como de vacas. Es tierra bien abundosa y harta de mantenimientos. Cógese en ella mucho bálsamo y es de mucha estimación por ser licor tan medicinal y saludable y se lleva a Castilla en mucha cuantidad.

En la ciudad de Quauhtemallan y en todas aquellas provincias (en especial en lo más caliente de ellos) truena mucho y son muchos lós rayos que caen, de que no pocos mueren; pero los truenos que hace en la villa de San Salvador de Cozcatlan (que es la villa que dejamos dicha de esta misma provincia) son muy espantosos; tanto que asombran y causan grande asombro y temor en los moradores de ella; y a esta causa se mudó después cinco leguas, apartada de donde primero la habían fundado. Asimismo en Quauhtemallan tiembla muy a menudo la tierra y por ser cosa tan acostumbrada no tienen tanto temor sus vecinos; y este temblar de tierra dícese causarlo, que la ciudad está fundada entre dos volcanes que son los referidos, el grande que reventó y anegó la ciudad y el de fuego que está dos leguas de ella.



CAPÍTULO XXXVIII. *Del asiento y calidad de la ciudad de León y del Realejo, y de los nombres de los principales pueblos de la nación de Nicaragua*



STA PROVINCIA DE NICARAGUA se descubrió y comenzó a conquistarse el año de mil quinientos y veinte y dos. Fue tierra bien poblada, terná de largo cuarenta leguas, poco mas o menos, digo desde el Realejo hasta Nicaragua; y de ancho diez o doce y a partes menos. No cuento aquí la provincia de Nicoya ni la tierra que está desde el Realejo a la Choroteca, que todo es de esta gobernación; pero sale de estas cuarenta leguas, que fue la principal tierra y la más poblada y toda es una lista de tierra que corre cuasi norte sur. Tiene esta tierra de Nicaragua, de la parte del occidente la Mar del Sur y de la parte del oriente van dos muy grandes lagunas o lagos de agua dulce y encima de las lagunas, al oriente, son sierras y montañas altas. Éstas, de la una parte, vierten a la Mar del Norte; y de la otra, a las dichas lagunas. La Mar del Norte es la que traemos viniendo de España a esta tierra de Anahuac.

Esta tierra de Nicaragua, entre otros, tiene un muy buen puerto a la Mar del Sur, cerca del Realejo. Unos le llaman el puerto de la Posesión, otros el puerto de la Concepción. Este puerto hace dos bocas a la mar; por la una entran los que van de la Nueva España al Perú y salen por la otra. Al contrario es de los que vienen del Perú. De este puerto sube un estero muy bueno la tierra adentro, cuasi dos leguas y en el mismo estero entra un río pequeño de agua dulce, el cual entra hasta la iglesia de el dicho puerto, que las casas de españoles se dice el Realejo.

Hácense aquí muchos navíos. En el año mil quinientos y cuarenta y cuatro se echaron a la mar seis navíos, que son o valen tanto como sesenta en Vizcaya. Navío había que llevaba más de noventa caballos, porque como en España cuentan por toneles, acá contaban por caballos.

En el fin de este estero, donde entra el agua dulce, está la poblazón que llaman el Realejo, pueblo entonces de oficiales de navíos y de gente de la mar.

Del Realejo a la ciudad de León (que es la cabeza de aquella gobernación) hay doce leguas. Antes que el Perú se descubriese fue bien poblada y había en ella muchos repartimientos de indios y fue poblada de gente noble, de honrados españoles.

Está poblada esta ciudad a la orilla de una hermosa laguna de agua dulce que tiene buen pescado. Tiene esta ciudad la laguna delante de sí, hacia el oriente y el mediodía, terná de box la dicha laguna veinte y cinco leguas y de ancho diez. Hace un islón gracioso con un peñol casi a vista de la ciudad. Sin aquélla tiene otras tres o cuatro islas pequeñas. A la orilla de la dicha laguna, entre el norte y el mediodía, está un cerro tan alto, que terná una legua de subida la tierra del cual es toda como acije,

de lo que se hace la tinta para escribir, de la cual (dice el padre fray Toribio) yo, estando allá, tomé y eché de ella en un tintero y escribía lo que había menester. Este cerro que he dicho, la tercera parte de él de la parte de arriba, está hecho como un cobertor de un alcántara, por entre el cual cobertor y la parte de abajo sale siempre humo que huele como piedrazufre.

Hacia la mano derecha de la ciudad (esto es hacia el occidente) de esta laguna, hace un ancón de más de una legua, que todo fue muy poblado de indios naturales y súbitamente en una noche se anegó, donde perecieron muchas ánimas, porque esto era de lo más poblado de toda la tierra. Dícese haberse así anegado y perecido porque tomaban muchas mujeres más de las que sus antecesores acostumbraban y por otros graves pecados que allí se cometían, porque como los moradores abundaban de mantenimientos (que la tierra era muy fértil como otra Sodoma) los habitadores de ella diéronse a ociosidad y a vicios y perecieron como otra Gomorra y Sodoma. Hoy día los indios naturales en sus cantares lo lloran y cuentan como perecieron por sus pecados. ¡Oh cuántas villas y ciudades perecerían y serían asoladas si no fuese porque la misericordia de Dios los espera con paciencia a que hagan penitencia!

El sitio donde está sentada esta ciudad de León se llama, en lengua de los naturales, Nagarando. Los pueblos principales que hubo en esta gobernación fueron Manaban, aquí hubo mucha gente; Matiare, Navatia, Quezaluta, que es una provincia que los españoles llaman los Desalados, en términos con la provincia de Masaya, adonde está la boca del infierno del cual haremos capítulo por sí, y Altepu; aquí está poblada la ciudad de Granada, que en otro tiempo fue cuasi como León; de esta ciudad se dirá en el capítulo siguiente, prosigamos ahora los nombres de los pueblos principales, Nadayma y Mombacho, Quauhcapolca, que por otro nombre se dice Nicaragua. Esta provincia fue muy poblada y de aquí dieron nombre a toda aquella gobernación. Nicoya está más adelante de Nicaragua treinta leguas. En todas estas provincias y pueblos ya dichos, el día de hoy no creo que hay cinco mil hombres.

CAPÍTULO XXXIX. *El cual trata de la ciudad de Granada y de su muy hermosa laguna y de el río que de ella sale*



LA CIUDAD DE GRANADA, que es en la provincia de Nicaragua, está sentada a la orilla de una grandísima laguna. La ciudad está sentada a la parte del norte, respecto de la laguna, la cual corre hacia el mediodía y al oriente. Hay de León a Granada diez y ocho leguas. Cerca del camino a mano derecha está la boca del infierno, tres leguas antes de la ciudad de Granada.

La laguna de Granada tiene de largo treinta leguas, antes más que menos y de ancho veinte. Hace algunos ancones y boxa noventa leguas buenas.

De la laguna de León sale un río razonable y viene a desaguar a esta laguna de Granada. Asimismo entran en esta laguna de Granada otros muchos ríos y arroyos. Es también de agua dulce y tiene mucho pescado y en entrambas lagunas andan muchos caimanes.

De esta gran laguna sale un grande y hermoso río, compáranlo al río del Pouh, que es el mayor río de Italia. Este río, después que sale de la laguna, corre treinta leguas y va a desaguar a la Mar del Norte y entra con tres bocas a la mar. En la principal boca está un puerto razonable, no muy lejos del Nombre de Dios. En este río hay mucho pescado y bueno; tómanse en él sábalos tan grandes como toninas; haylos en otro gran río cerca de la mar y a veces andan sobreaguados, como toninas; tienen toda la manera y forma que los sábalos y son de escama y como digo muy grandes; la escama es como un pequeño plato y es muy buen pescado.

Este río lleva buena corriente y hace tres saltos; el uno muy alto y velocísimo y tiene más de un tiro de ballesta de caída o cerca de dos tiros. El primero que se atrevió a lo saltar o navegar fue el capitán Calero, el cual se atrevió y se metió en una fragata, que es una fusta como bergantín pequeño y con éstas navegan aquellas lagunas y el río que digo. Este español Calero metió consigo indios, muy buenos nadadores, que luego como dieron a la vela aunque se trastornó la fragata ninguno se ahogó, y vuelta la fragata metiéronse dentro y desde entonces se navega aquel río. Luego a los primeros años se descubrió y llámase ahora el desaguadero, por el cual se provee la dicha ciudad de Granada y León, cuando por otra parte no les viene provisión; que antes que este desaguadero se descubriese no estaban tan bien proveídas estas dos ciudades de lo necesario que de Castilla viene.

Para subir por allí las fragatas descargan toda la ropa y así ligeras las suben con cabestrante y la ropa llévanla por tierra, obra de dos tiros de ballesta; y al bajar también descargan las fragatas; ya tienen sabido cómo han de echar la fragata y por dónde y en cayendo abajo están diestros en volver el gobernalle y así por aquel desaguadero va a salir a la Mar del Norte, porque la laguna está dos leguas y media del Mar del Sur. Por lo cual dijeron algunos que se podría abrir por tierra y hacerse estrecho. Un cosmógrafo, vecino de Mexico, varón de deseos, estuvo determinado de ir a medir y a pesar el altor de la una mar y de la otra, y estorbáronselo diciéndole: que tal obra a solo el rey pertenecía, porque sólo él tiene posibilidad. Créese que la Mar del Sur está más alta que la Mar del Norte, porque donde la laguna está más cerca de la Mar del Sur es por Nicaragua y aquellas dos leguas y media que digo que podía haber parece tierra llana, aunque en el medio parece que hace unas lomas; y si allí hay peñas, dificultosa cosa sería hacer estrecho. A esto dice el padre fray Toribio estas palabras: yo desde el pueblo que se dice Nicaragua lo miré, que no tuve tiempo de atravesar ni de ir a la Mar del Norte, a quien le pertenece de oficio y le sería interese mándelo ver y pesar si quiere, quizás hallaría otra tierra más llana o alguna quebrada para hacer canal o estrecho.

La razón porque se cree la Mar del Sur estar más alta que la Mar del

Norte es porque de la laguna a la Mar del Sur no abaja mucho y la del Norte va aquel río que digo que sale de la laguna con buena corriente treinta leguas y en el camino hace dos raudales buenos y aquel grande, que llaman el Raudal del Demonio y estando la laguna muy cerca del Mar del Sur, va a desaguar a la del Norte.

En esta laguna de Granada se hacen muchas islas. Dicen que en la dicha laguna y en el río que de ella sale, pasan de doscientas islas, chicas y grandes. De éstas hay seis pobladas de indios. La principal y la mayor se llama Ometepetl, que quiere decir dos sierras; porque hace dos sierras altas a la manera de la sierra de Tenerife, aunque no son tan altas. Boxa esta isla veinte leguas. Está a vista de Nicaragua. Para pasar a ella han de atravesar dos leguas de agua. Cógese en esta isla centli, axí, algodón, frijoles, calabazas y muchas frutas de las que hay en tierra caliente. Hay también en ella muchos venados de los pequeños y monas pequeñitas, de las de la cabeza blanca. La segunda isla se llama Colentenami. Boxa ocho leguas. La tercera isla poblada se llama Coatenametl. Ésta es pequeña, que no boxa más de dos leguas. La cuarta se dice Taca-Xolotepec, tiene de box cinco leguas; también en ésta hay de los venados pequeños. La quinta isla poblada se llama Chomitl Tenamitl. Los españoles la pusieron por nombre la Isla del Zapatero. La sexta y última isla poblada se dice Comaltenamitl.

CAPÍTULO XL. *Que cuenta donde moraron y de donde vinieron los indios de Nicoya y los de Nicaragua; y de las cosas que sus alfaquíes les dijeron*



EGÚN SE PLATICA ENTRE LOS NATURALES de esta tierra, mayormente los viejos, dicen que los indios de Nicaragua y los de Nicoya (que por otro nombre se dicen mangnes) antiguamente tuvieron su habitación en el despoblado de Xoconochco, que es en la gobernación de Mexico. Los de Nicoya descienden de los chololtecas. Moraron hacia la sierra, la tierra adentro; y los nicaraguas, que son de la de Anahuac, mexicanos, habitaban hacia la costa del Mar del Sur. La una y la otra era muy gran multitud de gente; dicen que habrá siete u ocho edades o vidas de viejos y éstos, que vivían larga vida hasta venir a ser muy ancianos, que vivían tanto que de viejos los sacaban al sol.

En aquel tiempo vino sobre ellos un grande ejército de gente que se decían olmecas. Éstos dicen que vinieron de hacia Mexico y que antiguamente habían sido capitales enemigos de aquellos que estaban poblados en el despoblado, que ahora es entre Xoconochco y Tequantepec. Estos olmecas dieron guerra, vencieron y sujetaron a los naturales y pusiéronles grandes tributos y teníanlos tan avasallados que entre otras cosas les demandaban grande número de mujeres doncellas para tomar por mujeres y para servirse de ellas. Asimismo les demandaban cada día que se les diesen, de

cada pueblo, dos niños; no supieron declarar los indios que dieron esta relación, si querían éstos para sacrificar o para comer o para servicio. Habían también de darles cada día cien gallinas y servíanse de ellos como de esclavos; y en recibiendo el menor descontentamiento del mundo, de su servicio, luego los flechaban.

Viéndose en tanta aflición y en tan grave servidumbre los que antes estaban señores de aquella tierra y la poseían pacíficamente, demandaron consejo a sus alfaquies, que les dijesen qué debían hacer, que ya no podían sufrir tan tiranos tributos y tantos trabajos y muertes. Entonces los alfaquíes demandaron término de ocho días para responder y consultar con sus dioses lo que debían hacer. Al término de los ocho días dijeron: que se apercibiesen para que todos en un día, lo más secreto que pudiesen, levantasen sus mujeres y niños y sus haciendas y se fuesen adelante y dejasen aquella tierra, mas ellos respondieron que tenían muy grande temor que los acabarían de matar, viendo que se querían ir de aquella manera. Entonces los alfaquíes los aseguraron que no tuviesen miedo, porque sus dioses venían en su guarda tras de ellos y con ellos guardándolos y defendiéndolos; y esforzados con el consejo y prometimiento que sus alfaquíes les prometían salieron de aquella tierra que antes habían morado con grande contentamiento y gusto.

Después que comenzaron a caminar, a los veinte días se les murió uno de los dos alfaquíes principales que dijimos. Pasaron por la tierra de Quauhtemallan y anduvieron cerca de cien leguas adelante. Allegaron a una provincia que los españoles llaman la Cholulteca o Choroteca y allí se les murió el otro alfaquí. Antes que muriese les dijo muchas cosas que les habían de acontecer; y entre otras dijo a los de Nicoya que iban en la delantera: vosotros sois malos y Dios está muy enojado de vosotros porque verná tiempo que serviréis a unos hombres blancos barbudos y los ternéis por señores y os tratarán tan mal y peor que los olmecas.

También dijo a los olmecas: vosotros iréis y poblaréis cerca de la mar que es la de el Sur, hacia el occidente que ahora llaman el golfo de San Lúcar y allí se hace un buen puerto, cerca de una isla que la llaman Chira y fue poblada de gente cuasi desnuda y son olleros y sírvense de ellos los de Nicoya.

En la provincia que se llama Nicoya están cuatro principales pueblos. La cabeza más principal se llama Nicoya. De éstos algunos traen bezotes, a la manera de los indios de Panuco, que es en la gobernación de Mexico y son muy amigos de los españoles y hácenles buen servicio a los que por su tierra aportan. El segundo pueblo se dice Cantren, está seis leguas hacia la mar. El tercero se llama Orotina, por agua está siete leguas y por tierra veinte. El cuarto pueblo se dice Chorote, está por mar diez leguas y por tierra más de veinte.

A los de Nicaragua dijo el alfaquí: vosotros poblaréis cerca de una mar dulce, que tiene a vista una isla en la cual hay dos sierras altas redondas; y también les dijo que servirían a la gente barbuda, que de toda aquella tierra se había de enseñorear y los tratarían como a los de Nicoya.

Esta generación vino por la costa del Mar del Sur y pasaron por tierra de Quauhtemallan entre los naturales de aquella tierra. Éstos, adonde veían algún buen asiento para poblar, poblaban; y de esta generación son los que en la nación de Quauhtemallan llaman pipiles, como son los pueblos que llaman los Ezalcos, que es la mayor y mejor huerta y más abundante y rica de cacao y algodón que hay en toda la Nueva España, aunque entre dentro toda la gobernación de Quauhtemallan. El pueblo de Mictlan y el de Yzcuintlan y otros algunos dejaron poblados aquellos indios que pasaron adelante.

También se dice que de esta generación de indios fueron algunos de ellos atravesando y aportaron a la Mar del Norte, y cerca del desaguadero está un pueblo de ellos y hablan en lengua mexicana no tan corruta como estotra de los pipiles. Y asimismo dicen que fueron por la costa del Mar del Norte al Nombre de Dios que no es muy lejos del desaguadero y de allí tornaron atravesar la tierra en busca de la mar dulce, y hallaron poblados a los de Nicoya, cerca del sitio que les había dicho su alfaquí. Los que ya estaban poblados dijeron a los otros que más arriba, tres o cuatro jornadas, estaba otra laguna dulce y fueron allí a poblar y es adonde está ahora la ciudad de León o muy cerca, adonde se llama Xolotlan en lengua de los naturales pipiles y en lengua de mangnes se llama Nagarando.

Y como no estuviesen allí contentos por no ser aquél el lugar que su alfaquí les había dicho, vinieron a Nicaragua, que son veinte y siete leguas, y allí estuvieron algunos días como huéspedes y pensaron una traición para poderse quedar con aquella tierra; y fue que demandaron tamemes (esto es muchos indios de carga) para que les ayudasen a llevar su recuaje o hacienda y ellos por quitarse de la pesadumbre que les daban, diéronles muchos indios y salieron aquel día y asentaron aquella noche no más de una legua de allí al río que se dice de las Piedras y en durmiéndose los tamemes matáronlos y luego volvieron de guerra y mataron también a los que quedaban en el pueblo; y los que se escaparon fueron huyendo adonde ahora se dice Nicoya, y adonde aquellos traidores quedaron se dice Nicaragua.

CAPÍTULO XLI. *De la provincia de Honduras y de sus poblaciones*



A PROVINCIA DE HONDURAS (que por otro nombre se llama tierra de Hibueras) parte términos con Guatemala, por las ciudades de San Salvador y San Miguel y villa de la Nueva Xerez (que son pueblos de españoles) y por la otra parte con Nicaragua hacia la Nueva Segovia (que también es de españoles) y por el otro lado con la provincia de Tlacuzcalpan (que llamaron la Nueva Extremadura). Por la mar tiene el puerto de la ciudad de Truxillo y la villa de San Juan del Puerto. Llamóse golfo de las Hibueras, porque pasando por allí navíos de los primeros españoles

(que costeaban la tierra) hallaban por la mar gran suma de calabazas que se crían en aquella tierra, que en Santo Domingo llaman hibueras y se crían en unos árboles que se dicen hibueros. Y porque topando en una población que llama Guaimura (que según se entendió procuraron de tomar puerto en ella) y porque para entrar habían de doblar una punta que sale a la mar y la iban fondando; y aunque llegaron a zabordar en tierra en mucho trecho no hallaron fondo (al menos estaban en grandísima hondura cuando tocaron fondo), dijeron: bendito Dios que hemos salido de estas honduras; y de aquí tomó nombre de Cabo de Honduras. Y asimismo toda la costa y toda la tierra de por allí o se llama Hibueras o Honduras, desde aquellos tiempos; y ésta es la tierra adonde fue Fernando Cortés luego que conquistó a Mexico, en cuya jornada y caminos padeció tanto como decimos en otra parte.

La más principal población de esta provincia fue Truxillo y así la llamaron porque la pobló gente de Extremadura. Era tierra rica, con lindos valles muy fructíferos y poblados en que hicieron gran daño las guerras civiles y la saca de la gente. Los llanos de esta tierra son pocos. Las montañas y sierras grandísimas. Tienen el río Haguaro a la parte de Truxillo, grande y hermoso, en cuyas riberas había grandes poblaciones y se regaban grandes sementeras de las semillas antiguas de los indios. Hay otros ríos, aunque ninguno de las cualidades y grandeza de éste. Pasa otro por cerca de la ciudad de San Pedro, que se llama Chamalucon, que pasa para ir de San Pedro a Acomayahua. El río Ulhua tiene veinte leguas de hermosa ribera, poblada de ambas partes; hasta que entra en la mar sale por orden maravilloso; y en esta provincia cada río tiene su ordinario curso y extiende sus aguas y riega todas las arboledas y huertas y las reverdece, con que dan su fruto, y esto acontece por San Miguel y San Francisco y no tiene otras fuentes ni acequias de que aprovecharse. Da con mucha fertilidad el maíz, frutas, hortalizas, cazabi y todo lo demás de la tierra y de Castilla.

Está, asimismo, en esta provincia la Nueva Valladolid, con un valle muy acomodado, fértil y bueno y de muy apacible vista y los aires aquí son sanos. En la campiña hay multitud de ganados y buenas minas de plata. La ciudad de San Pedro es malsana y calurosa; solía ser mejor por el comercio de las mercaderías y como se pasó a las provincias comarcanas ha quedado arruinada, porque se descubrió el Golfo Dulce, por donde todas las cosas del trato se llevaban y llevan en barcas, y así se ha perdido aquel trato. La ciudad de Gracias a Dios está sentada en un cerro de tierra áspera y no es de ningún trato; viven en ella labradores que cultivan trigo (que para éste se debió de fundar en aquellos primeros tiempos aunque por la aspereza de los montes se cultiva con trabajo), crían mucha abundancia de mulas con que llevan el trigo a San Salvador y su comarca y hay cría también de muy buenos caballos por ser la tierra pedregosa.

La villa de San Jorge está en el valle de Olancho y aunque muy grande, es enfermo y muy poblado, aunque con las discordias de los castellanos perdió mucha gente; hase sacado del río Guayape (que está en su comarca) gran suma de oro. Hay de esta villa a Valladolid poco más de treinta le-

guas; otras tantas a Gracias a Dios y a San Pedro, que están en triángulo; lo mismo de estas dos ciudades y de la ciudad de Truxillo a San Jorge otras tantas; de suerte que el camino difiere en muy pocas leguas y está toda la provincia en comarca y redonda. Las granjerías con que se sustentaban los naturales y pagaban sus tributos (y ahora debe de ser lo mismo en los pocos que han quedado) eran mantas blancas de cuatro hilos, mucha miel, que cogen en grandes árboles y debajo de tierra, donde la crían las abejas (aunque ésta no es tan buena como esotra) y no tienen otras colmenas. Tienen chile o axí y batatas y siembran maíz y frijoles tres veces en el año. Rozaban grandes montañas con unas azuelas de pedernal, que aún no todos lo alcanzaban hasta que les llegó el uso del hierro; volvían la tierra con unos palos largos con dos ganchos, uno arriba y otro abajo para hacer fuerza con el pie y con el brazo y también unas palas agudas, a manera de las vangas que usan en Navarra y a fuerza de brazos y pies. Sembraban poco, porque eran haraganes y dicen que viciosos, y así tenían hambre los más de los años, y también comían diferentes raíces. Vestían las mujeres unos pañetes cuadrados, con una punta que les cubría el pecho y la otra las espaldas a la manera que los totonacas (aunque ya dicen que traen huipiles como la gente mexicana). Traen también una manta pintada hasta media pierna (que son las naguas que usa toda esta gente). Nunca se trenzaron y traían el cabello tendido y suelto, aunque ahora lo trenzan. Llevan unas cobijas sobre las cabezas cuando van a la iglesia, que así se lo han mandado los sacerdotes, sus ministros; pero en volviendo a casa las dejan, como hacen todas estas naciones que usan de ellas.

Los hombres andaban desnudos. Los señores o gente de guerra traían una manta de poco valor y unos pañetes largos con que cubrían sus partes secretas. Su granjería era criar aves. Comían bollos de maíz cocidos con ceniza y con alguna sal, cuando la alcanzaban; y esto con gran trabajo porque mataban por los caminos a los mercaderes que la llevaban a vender. Comían cigarros, hormigas aladas y ratones, lagartos, arañas grandes y piojos, cuando se limpiaban o espulgaban y de mejor gana las mujeres, porque son las que más se espulgan y los suelen dar a los atericiados (y yo los he tomado en agua de coles bebida, sin saber lo que era y sané de ella, siendo mancebo) y dicen que son buenos para la vista (aunque ya las indias ladinas se afrentan si las llaman come piojos). Esto y otras muchas cosas más comían sin perdonar cosa alguna viva.

Bebían en las fiestas cierta forma de aguamiel que los emborrachaba fuertemente. El beber cacao sólo los señores lo usaban, ahora todos lo beben. Cuando se emborrachaban veían malas y terribles visiones del demonio y se acordaban de sus antigüedades; y borrachos cometían muchas maldades y torpezas unos con otros. Era tanto el furor de la borrachera que morían muchos; y aunque se ha procurado de vedárselo, cuando pueden todavía lo hacen. Cantando sus cantares y vestidos de cueros de leones y tigres y muy empenachados referían sus hazañas, sus desgracias y otras cosas; y así, antes que fuesen los españoles a sus tierras, vivían vida ancha y suelta. Tenían las mujeres que querían. La borrachera era en las fiestas más so-

lemnes de noche, adonde revueltos hombres y mujeres cometían indiferentemente muchos pecados. Después de cristianos se fueron luego remediando. Hacen grandes cazas cercando un grande circuito de tierra en el campo y quemándolo, y como el fuego va apretando la caza, ellos la iban flechando que era mucho de ver y grande regocijo el correr de los venados y animales, y matarlos a palos y a flechazos; y otras veces los mataban en pozos que hacían en el campo llenos de agua; y esta caza la cecinan al humo. Para hacer una gran pesquería con rama y tierra atajan un río y dejan una pequeña salida con una red o zarzo de caña y allí andaban nadando, flechando el pescado y matándolo a palos, hombres y mujeres. Sucedió en Guayaquil que habiendo echado fuego a un cerco los tigres, cabras y puercos monteses, vacas, potros, leones y lobos se juntaron (como si fueran capaces de razón) y comenzaron a pisar la yerba de un gran sitio y lo desherbaron; y como el fuego no halló por aquella parte materia en que prender no ardió, y así se salvaron por aquella parte todos aquellos animales cuando los apretaron por esotras, y cada día en esta caza de fuego suceden cosas notables y ésta es de grande consideración pues la naturaleza unió para su bien animales y sujetos entre sí tan contrarios.

Tenían diferencias de lenguas, y la más general es la de los chontales, que participan de la gobernación de Nicaragua (que así los llaman los castellanos, queriendo decir bozal o rústico). Contratan otras naciones en esta provincia, en especial los de Yucatán, que iban por la mar en canoas y llevaban mantas, plumas y otras cosas y volvían con cacao. En naciendo las criaturas las lavan en agua fría y luego les hacen un bollo de yuca (que es raíz comestible y de la especie de el cazabi y es a manera de batata), chupan del bollo y luego se les va deshaciendo en la boca y con esto se crían; y así sale la gente pequeña y desmedrada. Por uso antiguo (sin otra causa) se hacían guerra y se arrebataban y quitaban de sus heredades y no estaban seguros sino cuando había sus paces, acordadas en ciertos tiempos del año que duraban; y las contrataciones de aves, mantas, plumas, sal, cacao y achiote (que es una semilla que se echa en el chocolate y tiene el efecto de bermellón en el color), pero los que jamás tenían paz entre sí eran las naciones que se diferenciaban en lenguas. Hacían sus saltos y emboscadas y para las batallas campales enviaban embajadores sin más causa que imitar a sus pasados y que tenían necesidad de esclavos y si no aceptaban entrábanles las tierras destruyéndolos. Cortaban las narices a los esclavos y si habían hecho resistencia despeñábanlos diciendo que no harían aquéllos más daño. Los esclavos sembraban y cultivaban, molían el maíz y hacían otros servicios. Para ir a las guerras sacrificaban gallos de papada y perros que no ladraban (porque no tenían otros) y aun también sacrificaban hombres. Miraban en sueños y por ellos adivinaban los sucesos futuros. Generalmente no comían los de esta provincia carne humana (aunque por las continuas guerras que tenían, algunos creen que sí, pero son adivinanzas éstas). De la antigüedad de estas gentes de Cerquin no se ha podido averiguar más, sino haber dicho los viejos que había doscientos años que había llegado a ella una señora que llamaban Comizahual (que significa tigre que

vuela, porque era muy sabia y estos indios estimaban en mucho al tigre y así le aplicaron este nombre). Decían que era blanca como castellana y era muy sabia en el arte mágica y que hizo su asiento en Cealcoquin, la tierra más fértil de la provincia, adonde estaban las piedras y caras de leones adonde idolatraban, y una piedra grande de tres puntas que en cada una tenía tres rostros disformes; y decían algunos que aquella señora la llevó allí por el aire y que en virtud de la piedra vencía las batallas y extendió su imperio, y que hubo tres hijos sin ser casada, aunque otros dicen que eran sus hermanos y que no conoció varón; y que viéndose vieja les repartió las tierras y dio buenos consejos para el buen tratamiento de sus vasallos y que mandó sacar su cama de casa y vino un gran relámpago con truenos y vieron un lindísimo pájaro volando que, porque nunca más pareció la señora, creían que era ella el pájaro y se iba al cielo y desde entonces hasta que llegaron los españoles solemnizaron aquel día con gran fiesta. Dicen más, que luego repartieron estos tres hermanos la provincia de Cerquin y la gobernaron en policía y buenas costumbres, y fue la gente valiente y guerrera; y como la señora Comizahual era mágica hacía muchos encantos, así dio a entender a la gente lo que quería de religión y supersticiones; y entre los muchos ídolos que adoraban era uno que le llamaban el gran padre; y otro a quien decía la gran madre y a éstos pedían salud. Otros dioses introdujeron, de los cuales a unos pedían hacienda, a otros remedio en su pobreza y que los sacasen de sus necesidades, diesen de comer y criasen sus hijos, guardasen sus sementeras y ayudasen en sus granjerías; y muchos años en los viejos duraron estas supersticiones y engaños de satanás.

CAPÍTULO XLII. *De el reino de Mechhuacan y de sus poblazones y abundancia*



ECHHUACAN QUIERE DECIR LUGAR DE PESCADO (como ya en otra parte dejamos dicho) y es abundante de mantenimientos, es de muy buen temperamento; y dice el padre Motolinía que muchos enfermos, de largas y prolijas enfermedades, se iban a morar a aquella tierra y que cobraban entera salud. Tiene muy buenas aguas de ríos y fuentes y de estas fuentes unas son de agua delgada y fría, otras de agua tibia y otras de agua caliente y algunas lo son tanto que no se puede sufrir su mucho calor. Hay en este reino grandes estanques y lagunas por los cuales se anda con canoas, como en la de esta ciudad de Mexico; son de buena agua dulce y en ellas hay mucho pescado.

Por la fertilidad de esta tierra y su buena templanza se han criado y multiplicado en ella muchas plantas y árboles de España, así árboles de tierra fría como de los que se dan en tierra caliente. Hácese en ella muy bien el trigo y acude con grande multiplicación; críase grana de la buena. Hay en este reino muchas y muy provechosas montañas de buena madera

y muchos cedros y cipreses. Tiene muy abúndosos pastos y en esta provincia tienen los españoles muchas estancias donde crían ganado mayor y menor. Hay en ella buenas salinas y se halla en ella la piedra negra de que sacan los indios las navajas y otra más fina, que es natural azabache y salen grandes pedazos de ellas.

Esta tierra de Mechhuacan es la más rica de metales de toda la Nueva España, así de cobre y estaño, como de oro y plata. En el año de mil quinientos y veinte y cinco se descubrió una mina de plata riquísima sobremanera (que llamaron de Morcillo), y por ser tan rica no se contentaron los oficiales reales con los quintos que al rey le venían de ella, sino que quitándosela a su dueño se la aplicaron y adjudicaron toda al rey (y no sé si fue este color y rebozo para tomársela después ellos) y ordenó el señor (que ve todo lo que el corazón traza y enreda) que desde aquel mismo día que se la quitaron a su dueño se desapareció, que nunca más se supo de ella y demás de ser secreto de Dios y justicia muy suya quitarla y encubrirla; porque se la quitaron al que él se la había dado fue también providencia soberana suya; porque en esta sazón estaban las cosas de Mexico en mucho riesgo y peligro, porque todos los castellanos desamparaban la ciudad, con la codicia de la plata de estas minas que son las que dijimos allí haberse descubierto en aquellos tiempos. Hízose mucha diligencia en buscar las vetas que antes gozaban y nunca más pudieron ni fue posible hallarlas por más que trabajaron. Unos dicen que cayó encima una sierra y la cegó del todo; otros que los indios la cubrieron con tanto artificio que nunca más se vido rastro de ella, y otros que fue juicio y permisión de Dios que se desapareciese, por haberla tomado al que la había descubierto; y es así, que quien todo lo quiere, todo lo pierde; y quien quita al pobre, por hacerse rico, quiere Dios quitarle la riqueza y dejarle pobre.

La gente de Mechhuacan es robusta y de mucho trabajo y entre las otras naciones de indios es hermosa. Son belicosos y grandes tiradores de arco y flechas y eran tan diestros que a más de cien pasos no erraban un pequeño blanco, en especial los indios que llaman teules chichimecas, que muchos de éstos sujetaban al rey de Mechhuacan. Por mucho tiempo que estos mexicanos tuvieron guerras con estos de Mechhuacan nunca les ganaron pueblo ninguno, ni bastó todo el imperio de Mexico para vencerlos; antes tenían los mexicanos continuas guarniciones y fuerzas en las fronteras de aquel reino, porque no les entrasen en sus tierras, ni hiciesen daño por aquella parte; y lo mismo hacían esotros y se guardaban y recelaban los unos de los otros.

La principal ciudad de este reino (donde asistían los reyes) era Pazcuaro; hay de Mexico a ella cuarenta leguas y está situada en una ladera de una sierra, sobre una hermosa laguna, tan grande o mayor que esta de Mexico. En esta ciudad estuvo la silla episcopal a los principios; y así hay religiosos en ella de todas órdenes, aunque después se pasó a Guayangareo, que es la ciudad de Valladolid (como en otra parte decimos). Está en este reino la villa de Xacona, llamada de Zamora, valle fertilísimo de panes. Cáenle a este reino, a la parte del norte, las tierras que llaman de chichimecas, donde

fue siempre la gruesa de los ganados; y en estas mismas vertientes las minas famosas de San Luis (que por su mucha riqueza le llamaron Potosí, a imitación de las que en el Perú tienen este nombre) de donde han sacado plata y oro en grandísima abundancia, y hasta el día de hoy corren con mucha riqueza, aunque no tanta como en sus principios. A la parte del mediodía le cae la costa, que llaman de Zacatula, tierra que cuando tuvo gente fue muy abundante de cacao, y aunque ahora lo hay no es tanto por haber faltado sus moradores, que se han muerto casi todos. En esta provincia está la villa de Zacatula, población de españoles, pero tan pocos que apenas hay quien sea alcalde; y muchas otras villas hay en esta Nueva España, de quien se puede decir lo mismo, porque aunque en sus principios se fundaron con mucha consideración y comenzaron a tener moradores, como las tierras son calientes y no todos pueden sufrir los calores y mosquitos, fuéronse a otros lugares donde hallaron mejor comodidad y después acá hanse entremetido entre los indios, mezclándose en sus pueblos, y son ya muchos los que están en ellos y por esto han dejado sus primeros puestos y habitación.

Toda la tierra de Mechhuacan es fértil y muy abundante de mantenimientos, en especial de los que los indios naturales usan, maíz, chile, frijoles, calabazas y frutas de muchas y diversas maneras, miel, cera, gallinas y mucha caza, así de venados como de conejos y liebres. Cógese también en esta tierra mucho algodón y bueno, y hácese muy buena ropa de él; y dice el padre fray Toribio que las minas destruyeron mucho aquella tierra.

CAPÍTULO XLIII. *De el reino y provincia de Xalixco, que llaman la Nueva Galicia y de su tierra y de la de Zacatecas*


ALIXCO ES OTRO REINO Y PROVINCIA que le cae a este de Mechhuacan a la parte del poniente. Es de muchas poblazones y lo fue en el tiempo de su gentilidad de muchos indios. Salió a descubrir estas tierras Nuño de Guzmán, año de mil quinientos y treinta y uno, porque siendo presidente de la Audiencia primera que hubo en esta Nueva España (como decimos en otra parte) no se llevaba con los oidores y no quería el gobierno a medias; y para verse libre de ellos (y ellos por echarlo de sí también por mandar a solas) le dieron comisión para venir a descubrir estas tierras, donde salió con doscientos y cincuenta caballos y quinientos infantes, muchos de los cuales llevó por fuerza (porque era tirano). Pasó por Mechhuacan, por ser por allí el paso, donde tomó al rey Caczoltzin diez mil marcos de plata y mucho oro bajo y seis mil indios para carga y servicio de su ejército y viaje; y aún después de haberle quitado todo esto le quemó con otros muchos indios principales (caso el más cruel que decir se puede), y fue la causa porque no pudiese quejarse de estos tan manifiestos agravios que justificadamente se pueden llamar robos y tiranías.

Entró luego en la provincia de Xalixco y conquistó a Centipac, provincia grande y muy poblada, junto a la mar. Sujetó a Chiametla, por aquella misma cordillera y toda la tierra de Tonala (que son los cocas tequexes y otras naciones que moran el reino de Xalixco). Pasó a Cuixco Chiamulan Culhuacan (que ahora llaman los españoles Culiacan) y otras tierras, donde le mataron muchos españoles, por ser las gentes de estas provincias muy valientes, y tuvo día de veinte mil enemigos en campo y él mató y cautivó hartos indios. A la tierra de Cautipac la llamó la Mayor España (con emulación de Fernando Cortés que llamó a esto descubierto Nueva España y afirmaba ser más su conquista y de mayores tierras que las que Cortés había conquistado, todo a fin de disminuir la gloria y fama de Cortés). A Xalixco llamó la Nueva Galicia, por ser región y tierra áspera y de gente recia. Pobló allí a Compostela, porque conformase el nombre con la de España; más acá (que fue en tierra de Tonala) pobló la ciudad de Guadalajara, dándola el nombre de su pueblo en España. En la ciudad de Compostela estuvo la Audiencia que hay en aquel reino un poco de tiempo; pero por no estar en lugar acomodado para el mejor despacho del reino, se pasó a estotra de Guadalajara, cuya población era de gente principal y de muchos caballeros que la poblaron en sus principios. Pero después que vino allí la Audiencia se fueron desperdigando muchos, huyendo la autoridad de aquellos señores (que en aquellos tiempos eran poco menos que dioses), y fuéronse desparramando por diversos lugares, aunque la que quedó es noble y lo menos noble de la ciudad son mercaderes. En esta ciudad está el obispo y hay religiosos de todas órdenes.

Fundó Nuño de Guzmán las villas del Espíritu Santo, Concepción y San Miguel, que caen a treinta y cuatro grados; es tierra muy abundante de mantenimientos, aunque por aquella parte de la mar, pobre de plata; pero en parte muy rica de perlas y aun hubo mucho oro en los ríos en aquellos tiempos y se aprovecharon los nuestros de él con daño y muerte de los indios naturales. Cáenle las tierras y minas de Zacatecas al norte, tierra riquísima de metales de plata, de donde se ha sacado tanta, como han llevado a España y a otras muchas partes del mundo.

Demás de la ciudad de Zacatecas está más adelante la villa de Guadiana, de españoles, cabeza de la Nueva Vizcaya, donde está la casa real y asisten sus oficiales. Está la villa de Nombre de Dios, también de españoles, tierra muy apacible y fresca, abundante de panes y frutas y las de Castilla se dan maravillosamente, en especial uvas de que se ha hecho y hace extremado vino, aunque no en mucha cuantidad. Es tierra muy templada porque declina algún tanto al mediodía y hay ganados vacunos que cubren el suelo. Las mujeres de este reino de Xalixco o Tonala, demás de vestir naguas, como las indias de esta Nueva España, y luego un huipilillo corto que llaman ixquemitl o xoloton, se cubren con otras naguas que es vestidura entera y cerrada que les cubre desde los hombros hasta los pies y echan la abertura por cima del pecho y sacan por allí la una o las dos manos; es vestidura honesta y que parece bien. Los hombres visten como los de por acá de Mexico. Traían zapatos de cuero en su gentilidad (aunque ahora

usan de los que vieron a los españoles). Cargaban en palos sobre los hombros y una vez se rebelaron porque los cargaban sobre las espaldas teniéndolo por afrenta. Ellas casi en todo este reino son de muy buena disposición y de buenos cuerpos y casi en general hermosas. Los varones son recios y belicosos; sus armas eran como las que usaban los mexicanos, aunque los señores y capitanes no traían armas ningunas en la guerra, sino unos bastones con que sacudían a los que no peleaban o se desmandaban o no guardaban el orden. Cuando no tenían guerra seguían la caza, por ser extremados flecheros. Es la tierra fértil y abundante de cera y miel. Cáele la villa de Colima a la parte de mediodía, cuarenta leguas de esta ciudad de Guadalajara, tierra de mucho cacao y abundantísima de frutas; y adelante, hacia el poniente, está el Puerto de la Navidad, donde vienen a reconocer los que vienen de la China y aún allí desembarcan algunos.

